CONSEJOS PARA LA IGLESIA

Elena G. de White

Prefacio

Puesto que el movimiento Adventista del Séptimo Día creció alrededor del mundo, los miembros que hablan y leen los diferentes idiomas han deseado vivamente beneficiarse con la lectura de los Testimonies for the Church [Testimonios para la iglesia], los cuales, en su totalidad o en parte, han resultado de edificación y de bendición para la iglesia en todo el mundo. No es posible publicar en cada idioma el contenido completo de los 9 tomos de los Testimonies ni la totalidad de los numerosos libros del espíritu de profecía. Sin embargo, en este volumen se presenta una selección general de los consejos extraídos de esas fuentes que resultarán de gran utilidad y de ayuda práctica para la iglesia.

La selección de materiales, que han sido agrupados convenientemente en los 66 capítulos de este volumen, es obra de los fideicomisarios del Patrimonio White, que son los responsables del cuidado de la obra escrita de Elena G. de White en la sede mundial de la Iglesia Adventista del

Séptimo Día, en Silver Spring, Maryland, Estados Unidos de Norteamérica. Ha sido una tarea cuidadosa reunir, compaginar, traducir y publicar en este libro una amplia selección de las numerosas páginas de los libros de Elena G. de White.

Debido a lo limitado de este volumen, sólo se pudieron incluir los consejos más esenciales sobre temas vitales, y aun esto representa una amplia gama de temas. En algunos casos la selección se limitó a unos pocos párrafos que a veces fueron tomados de fuentes dispersas. Las referencias a los libros de los cuales se extrajeron las selecciones que aquí se incluyen están indicadas en forma abreviada al final de cada capítulo. Mediante la Clave de abreviaturas usted puede saber qué libros corresponden a las siglas indicadas en cada caso. No se han usado puntos suspensivos para indicar la omisión de párrafos o frases.

Los libros de Elena de White que tenemos en castellano fueron traducidos en las primeras décadas de este siglo. Por ello y por razones de claridad, algunas expresiones del texto inglés

original han sido vertidas en un estilo más comprensible para el lector actual, sin que ello afecte el contenido y el sentido del original.

En algunos casos, esa intención clarificadora se logró transcribiendo de la versión Reina-Valera revisada (1960) los textos bíblicos contenidos en las citas.

No confunda la introducción escrita por los fideicomisarios con los escritos de Elena G. de White, que comienzan recién en el capítulo primero.

Con gozo y satisfacción ponemos ahora este libro a disposición de los que han esperado durante tanto tiempo su aparición. Que la instrucción y el consejo precioso que llena estas páginas pueda profundizar las convicciones de cada lector en las verdades del mensaje adventista, ampliar su experiencia cristiana y fortalecer su esperanza de victoria en el día final, cuando regrese nuestro Señor, es la sincera oración de

Los Fideicomisarios del Patrimonio White

El don profético y Elena G. de White

Preparación para enfrentar la crisis

Todos los adventistas del séptimo día aguardan con anhelo el día cuando Jesús vendrá para llevarlos al hogar celestial que ha ido a prepararles. En aquella tierra mejor no habrá más pecado, ni chascos, ni hambre, ni pobreza, ni enfermedad, y no habrá muerte. Cuando el apóstol Juan contempló los privilegios que aguardan al fiel, exclamó: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. 1 Juan 3:1, 2.

Ser semejantes a Jesús en carácter es el ideal de Dios para su pueblo. Desde el principio, fue el plan de Dios que los miembros de la familia humana, creados a su imagen, desarrollaran caracteres

semejantes al suyo. Para lograr esto, nuestros primeros padres iban a recibir instrucción de Cristo y de los ángeles en conversaciones cara a cara. Pero después que Adán y Eva pecaron, ya no pudieron hablar libremente con los seres celestiales cara a cara.

Para que la familia humana no quedara sin dirección, Dios eligió otros medios para revelar su voluntad a su pueblo, uno de los cuales fue por medio de los profetas. Dios dijo a Israel: “Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él”. Números 12:6.

El propósito de Dios es que su pueblo esté informado e instruido, que conozca y entienda no sólo los tiempos en los cuales vive sino también lo que va a suceder. “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”. Amós 3:7. Esto pone en contraste al pueblo de Dios, los “hijos de luz” (1 Tesalonicenses 5:5), con la gente del mundo.

La obra del profeta incluye mucho más que anunciar lo que ocurrirá en el futuro. Moisés, un profeta de Dios que escribió 6 libros de la Biblia, escribió muy poco acerca de lo que iba a suceder en el futuro. Oseas describe su obra en su significado más amplio: “Y por un profeta Jehová hizo subir a Israel de Egipto, y por un profeta fue guardado”. Oseas 12:13.

Un profeta no es alguien designado para ese cargo por sus semejantes, ni tampoco se nombra a sí mismo. La elección de una persona para ser profeta está completamente en las manos de Dios. Tanto hombres como mujeres han sido elegidos ocasionalmente por Dios para hablar por él.

Estos profetas, estos hombres y mujeres elegidos por Dios como canales de comunicación, hablaron y escribieron lo que Dios les reveló en santas visiones. La preciosa Palabra de Dios contiene sus mensajes. Por medio de estos profetas, los miembros de la familia humana han sido guiados a una comprensión del continuo conflicto por las almas de los hombres, el conflicto entre

Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles. Sus escritos nos guían para poder comprender este conflicto en los días finales de la historia de este mundo, y los medios que Dios ha provisto para cuidar de su obra y para perfeccionar los caracteres de su pueblo.

Los apóstoles, los últimos escritores de la Biblia, nos dan un cuadro claro de los acontecimientos de los últimos días. Pablo escribió acerca de los "tiempos peligrosos", y Pedro exhortó acerca de los burladores que andan según sus propias concupiscencias y dicen: "¿Dónde está la promesa de su advenimiento?" En ese tiempo la iglesia estará en lucha, porque Juan vio a Satanás "que se fue a hacer guerra contra el resto". El apóstol Juan identifica a los miembros de la iglesia de los últimos días como "la iglesia remanente", como "los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo", señalándola como una iglesia que guarda los mandamientos. Apocalipsis 12:17. Esta iglesia remanente también tendría el "testimonio de Jesús", que es "el espíritu de la profecía". Apocalipsis 19:10. Pablo declara

que la iglesia que espera anhelante la venida de Cristo no carecerá de ningún don. 1 Corintios 1:7, 8. Sería bendecida con el don del testimonio de Cristo.

Queda claro, pues, que cuando en el plan de Dios surgiera la iglesia de los últimos días, tendría en su medio el espíritu de profecía. Cuán razonable es que Dios hable a su pueblo que vive en los últimos días de la historia de la misma manera que habló a su pueblo en tiempos de gran necesidad en los siglos pasados.

Cuando esta iglesia de la profecía, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, surgió a mediados del siglo XIX, se escuchó una voz entre nosotros que decía, “Dios me ha mostrado en santa visión”. Estas no eran palabras jactanciosas, sino la declaración de una joven de 17 años que había sido llamada para hablar en nombre de Dios. Durante 70 años de ministerio fiel se escuchó esa voz, guiando, corrigiendo e instruyendo. Y esa voz aún se oye hoy a través de miles de páginas escritas por la mensajera elegida del Señor, Elena G. de White.

La visión del gran conflicto
Entre Cristo y Satanás

La pequeña escuela situada en un pueblo de la parte oriental de los Estados Unidos de Norteamérica estaba repleta de hombres y mujeres que se habían congregado para un servicio religioso aquel domingo por la tarde a mediados de marzo del año 1858. El pastor Jaime White dirigió el funeral de un joven y predicó el sermón. Al terminar de hablar, Elena G. de White se sintió movida a decir unas palabras de consuelo a los dolientes. Se levantó, habló durante 1 o 2 minutos, y después hizo una pausa. La gente la contemplaba para escuchar las siguientes palabras de sus labios. Se alarmaron un poco al oír la exclamación: "¡Gloria a Dios!" repetida 3 veces con énfasis creciente. Elena G. de White estaba en visión.

El pastor White habló a la gente acerca de las visiones dadas a la Sra. de White. Les explicó que había estado recibiendo visiones desde que era una joven de 17 años. Les dijo que aunque sus ojos

estaban abiertos y parecía que estaba viendo algo a lo lejos, estaba absolutamente inconsciente de las cosas que la rodeaban y no sabía nada de lo que pasaba a su alrededor. Se refirió a (Números 24:4, 16), donde leemos de uno que “oyó los dichos de Dios” y “vio la visión del Omnipotente; caído pero abiertos los ojos”.

Les explicó que no respiraba mientras estaba en visión. Buscó después (Daniel 10:17) y leyó la experiencia de Daniel cuando estaba en visión: “Al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento”. Luego el pastor White invitó a todos los que así lo desearan a que pasaran adelante y examinaran a la Sra. de White. Siempre permitió que la examinaran y se alegraba si algún médico estaba presente para que la examinara mientras estaba en visión.

Cuando se acercaban a ella, podían ver que Elena G. de White no respiraba, aunque su corazón continuaba latiendo normalmente y el color de sus mejillas era natural. Se trajo un espejo y se lo colocó frente a su cara, pero no se condensó ninguna humedad sobre él. Luego trajeron una

vela, la encendieron y la colocaron cerca de su nariz y boca. Pero la llama permaneció recta, sin titilar. La gente podía ver que ella no respiraba. Caminaba alrededor del cuarto moviendo sus brazos en forma graciosa mientras hablaba en cortas exclamaciones acerca de lo que le había sido revelado. Al igual que Daniel, sufrió la pérdida de las fuerzas naturales, y luego se le impartió una fuerza sobrenatural. Véase Daniel 10:7, 8, 18, 19.

Elena G. de White estuvo en visión durante 2 horas. No respiró durante 2 horas. Después, cuando terminó la visión, realizó una inhalación profunda, hizo una pausa durante 1 minuto más o menos, volvió a respirar, y pronto estaba respirando naturalmente. Al mismo tiempo empezó a reconocer lo que estaba a su alrededor, y era consciente de lo que le sucedía.

La Sra. Martha Amadon, quien frecuentemente vio a Elena de White en visión, hace la siguiente descripción:

“En visión sus ojos estaban abiertos. No había

aliento, pero había movimientos graciosos de los hombros, brazos y manos, significativos de lo que veía. Era imposible que otra persona le pudiera mover las manos o los brazos. A menudo profería palabras sueltas, y algunas veces oraciones, que manifestaban a los que la rodeaban la naturaleza de lo que estaba viendo, ya en el cielo o en la tierra.

“Su primera palabra en visión era ‘Gloria’, que sonaba al principio como algo cercano, y luego se alejaba en la distancia, aparentemente como si estuviera lejos. Esto a veces se repetía...

“Nunca había excitación entre los presentes durante una visión; no había nada que causaba temor. Era una escena solemne y tranquila...

“Cuando se terminaba la visión, y perdía de vista la luz celestial, como si viniera regresando a la tierra otra vez, exclamaba con un largo suspiro, mientras tomaba su primera respiración natural: ‘O-SC- U-R-O. Luego estaba débil y sin fuerzas”.

Pero debemos volver a nuestro relato de la

visión de 2 horas de duración ocurrida en el edificio de escuela. Acerca de ella, escribió más tarde Elena G. de White:

“La mayor parte de lo que había visto diez años antes concernien te al gran conflicto de los siglos entre Cristo y Satanás fue repetido, y se me instruyó a que lo escribiera”.

En la visión le parecía estar presente, presenciando las escenas que aparecían ante ella. Primero parecía que estaba en el cielo, donde presenció la caída de Lucifer. Luego vio la creación del mundo y vio a nuestros primeros padres en su hogar en el Edén. Los vio cuando cedieron a las tentaciones de la serpiente, y cuando perdieron su hogar en el jardín. Los eventos de la historia bíblica pasaron ante ella en rápida sucesión. Vio las experiencias de los patriarcas y los profetas de Israel. Luego presenció la vida y la muerte de nuestro salvador Jesucristo y su ascensión al cielo donde desde entonces ha estado ministrando como nuestro Sumo Sacerdote.

Después de esto vio salir a los discípulos para esparcir el mensaje del evangelio a los confines de la tierra, seguido rápidamente por la apostasía y la oscuridad de la Edad Media. Luego, en visión, vio la Reforma, durante la cual hombres nobles defendieron la verdad a riesgo de sus vidas. Fue trasladada a las escenas del juicio que comenzó en el cielo en 1844, y a nuestro tiempo, y luego al futuro para ver la venida de Cristo en las nubes del cielo. Presenció las escenas del milenio y de la tierra nueva.

Con estas representaciones vívidas ante ella, después de regresar a su casa, Elena G. de White emprendió la tarea de escribir lo que había visto y oído en la visión. Unos 6 meses más tarde apareció publicado un pequeño volumen de 219 páginas con el título The Great Controversy Between Christ and His Angels and Satan and His Angels [El gran conflicto entre Cristo y sus ángeles, y Satanás y sus ángeles].

Ese librito fue recibido con entusiasmo porque describía en forma vívida la experiencia que estaba

ante la iglesia y desenmascaraba los planes de Satanás y la manera como intentaría engañar a la iglesia y al mundo en el último gran conflicto de la tierra. Cuán agradecidos estaban los adventistas porque Dios les estaba hablando en estos últimos días por medio del espíritu de profecía, exactamente como lo había prometido.

El relato del gran conflicto, expuesto tan brevemente en el pequeño volumen de Spiritual Gifts [Dones espirituales], fue reimpreso más tarde en la segunda parte de Primeros escritos, donde se encuentra hoy.

Pero al crecer la iglesia y al pasar el tiempo, en muchas visiones sucesivas el Señor le mostró la historia del gran conflicto más detalladamente y Elena G. de White lo volvió a escribir entre 1870 y 1874 en 4 tomos llamados The Spirit of Prophecy [El espíritu de profecía]. El libro The Story of Redemption [La historia de la redención] presenta las partes más importantes de la historia del gran conflicto extraídas de esos 4 tomos. Este libro, publicado en muchos idiomas, presenta ante mucha

gente lo que ella vio en esas visiones del gran conflicto. Más tarde, en los 5 tomos de la “serie del conflicto de los siglos” (Patriarcas y profetas, Profetas y reyes, El Deseado de todas las gentes, Los hechos de los apóstoles,y El conflicto de los siglos) Elena G. de White presentó con detalles minuciosos toda la historia del conflicto entre el bien y el mal.

Estos libros que son paralelos al relato bíblico desde la creación hasta la era cristiana y que continúan con la historia hasta el fin del tiempo, nos dan mucha luz y aliento. Estos son libros que ayudan a hacer de los adventistas del séptimo día los “hijos de luz” e “hijos del día”. Vemos en esta experiencia el cumplimiento de la promesa: “Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”. Amós 3:7.

Escribiendo acerca de cómo recibió la luz, dice Elena G. de White: “Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la lucha secular entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe

estas páginas. En una y otra ocasión se me permitió contemplar las peripecias de la gran lucha secular entre Cristo, Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa ley de Dios... Al revelarme el Espíritu de Dios las grandes verdades de su Palabra y las escenas del pasado y de lo por venir, se me mandó que diese a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que trazase un bosquejo de la historia de la lucha en las edades pasadas, y especialmente que la presentase de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura que se va acercando con tanta rapidez".

Cómo llegó la luz al profeta

Como ya hemos visto, una vez en la experiencia de los hijos de Israel, el Señor le dijo al pueblo cómo se comunicaría con ellos por medio de los profetas. Dijo Dios: "Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él". Números 12:6.

Dijimos antes que la visión del gran conflicto

en 1858 fue acompañada por algunos fenómenos físicos. Uno podría preguntarse lógicamente por qué se dieron las visiones de esa manera. Sin duda fue para establecer la confianza de la gente y para asegurarles que el Señor verdaderamente estaba hablando al profeta. No muy a menudo se refirió Elena G. de White en forma detallada a su condición mientras estaba en visión, pero en una ocasión dijo: “Esos mensajes fueron dados en esa manera para confirmar la fe de todos, para que en estos últimos días podamos tener confianza en el espíritu de profecía”.

Al desarrollarse la obra de Elena G. de White, podría ser probada por sus resultados. “Por sus frutos los conoceréis”. Pero lleva tiempo para que el fruto se desarrolle y al comienzo el Señor dio evidencias en conexión con las visiones, que contribuyeron a que la gente creyera en ellas.

Pero no todas las visiones fueron dadas en público, acompañadas por fenómenos físicos manifiestos. El Señor prometió comunicarse con los profetas también por medio de sueños.

Números 12:16. Estos son los sueños proféticos, tales como los que tuvo Daniel. El declara: “En el primer año de Belsasar rey de Babilonia tuvo Daniel un sueño, y visiones de su cabeza mientras estaba en su lecho; luego escribió el sueño, y relató lo principal del asunto”. Daniel 7:1.

Cuando Daniel relata lo que le fue revelado, en varios lugares dice: “Miraba yo en las visiones de la noche”. Del mismo modo, Elena G. de White recibió visiones cuando su mente descansaba durante las horas de la noche. A menudo sus escritos contienen la declaración introductoria: “En las visiones de la noche algunas cosas fueron claramente presentadas ante mí”. Frecuentemente Dios habló al profeta en un sueño profético. Pueden surgir preguntas en cuanto a la relación que existe entre un sueño profético o una visión nocturna y un sueño ordinario. Acerca de esto, ella escribió en 1868:

“Hay muchos sueños que provienen de las cosas comunes de la vida, con las cuales el Espíritu de Dios no tiene nada que ver. Como hay falsas

visiones, hay también falsos sueños, que son inspirados por el espíritu de Satanás. Pero los sueños del Señor están clasificados en la Palabra de Dios con las visiones... Los tales sueños, teniendo en cuenta a las personas que los tienen, y las circunstancias en las cuales son dados, contienen sus propias pruebas de veracidad".

En una ocasión, en los últimos años de la vida de Elena G. de White, su hijo, el pastor W. C. White, mientras buscaba información para ayudar a los que tenían menos conocimiento, le hizo esta pregunta: "Mamá, tú hablas a menudo de asuntos que te son revelados en la noche. Hablas de sueños en los cuales la luz viene a ti. Todos tenemos sueños. ¿Cómo sabes que Dios te está hablando en los sueños a los que frecuentemente te refieres?"

"Porque", contestó ella, "el mismo ángel mensajero se para a mi lado instruyéndome en las visiones de la noche, como se para junto a mí instruyéndome en las visiones del día". Al ser celestial al cual se refería le llamaba en otras ocasiones "el ángel", "mi guía", "mi instructor",

“el joven”, etc.

No había confusión en la mente del profeta, ni duda alguna en cuanto a la revelación que venía durante las horas de la noche, porque las mismas circunstancias en relación con ella mostraban claramente que era instrucción que venía de Dios.

En otras ocasiones, mientras Elena G. de White estaba orando, hablando o escribiendo, recibía visiones. Los que estaban a su alrededor no se daban cuenta de la visión a menos que hubiera una breve pausa si estaba hablando u orando públicamente. En una ocasión escribió:

“Mientras estaba en ferviente oración, perdí conciencia de cuanto me rodeaba; la habitación se llenó de luz, y estaba presentando un mensaje a una asamblea que parecía ser el Congreso de la Asociación General”.

De las muchas visiones que se le dieron durante su largo ministerio de 70 años, la visión más larga duró 4 horas y la más corta apenas un breve

momento. Generalmente duraban una media hora o un poco más. Pero no se puede establecer una regla que incluya todas las visiones, porque fue como dijo Pablo:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas”. Hebreos 1:1.

Al profeta se le impartía la luz por medio de las visiones, pero no escribía mientras estaba en visión. Su obra no era una tarea mecánica. Excepto en raras ocasiones, el Señor no le daba las palabras exactas que tenía que decir. Ni el ángel guiaba la mano del profeta en las palabras exactas que tenía que escribir. De su mente, iluminada por las visiones, escribía o hablaba las palabras que llevarían la luz e instrucción a sus oyentes, sea que leyeran el mensaje o que lo escucharan.

Podemos preguntarnos cómo se iluminaba la mente del profeta, ¿cómo obtenía la información e instrucción que iba a impartir al pueblo? Así como no puede establecerse una norma fija para las

visiones, tampoco puede establecerse una norma para determinar la forma en que el profeta recibía el mensaje inspirado. Sin embargo, en cada caso existió una experiencia muy vívida que causó una impresión indeleble en la mente del profeta. Y así como lo que vemos y experimentamos crea una impresión más profunda en nuestras mentes que lo que sólo oímos, así también las representaciones mostradas a los profetas, en las cuales parecían ser testigos de eventos dramáticos, hicieron impresiones profundas y duraderas en sus mentes. Elena G. de White escribió una vez: “Mi atención con frecuencia es dirigida a escenas que suceden en la tierra. A veces soy llevada muy lejos en lo futuro, y se me muestra lo que ha de suceder. Luego otra vez se me muestran cosas que han ocurrido en lo pasado”.

Según esto, es evidente que Elena G. de White vio cómo se sucedían estos eventos, aparentemente como si fuera un testigo presencial. Fueron representados ante ella en visión y así causaron una impresión vívida en su mente.

En otras ocasiones le parecía que estaba tomando parte realmente en la escena que se le presentaba, y que estaba sintiendo, viendo, oyendo y obedeciendo, cuando, por supuesto, no era ése el caso, pero de una manera inolvidable se grabó la impresión en su mente. Su primera visión, que aparece en las páginas del primer capítulo de este libro, fue de esa naturaleza.

En otras ocasiones, mientras estaba en visión, Elena G. de White parecía estar presente en reuniones, en hogares o en instituciones situadas en lugares distantes. Tan real fue esa sensación de estar presente en tales reuniones, que podía informar en detalle las acciones realizadas y las palabras pronunciadas por varias personas. Una vez, cuando estaba en visión, tuvo la sensación de que estaba siendo llevada en una gira por una de nuestras instituciones médicas, como si estuviera visitando las salas, viendo todo lo que pasaba. Acerca de esta experiencia escribió:

“La conversación frívola, las bromas necias, la risa sin sentido, causaban aflicción... Quedé

asombrada al ver las actitudes llenas de celos y al escuchar las palabras que revelaban envidia, la conversación descuidada, que avergonzaba a los ángeles de Dios”.

Después se le revelaron otras condiciones más placenteras en la misma institución. Fue llevada a las habitaciones “desde donde se oía la voz de la oración. ¡Qué sonido tan bienvenido!” Se escribió un mensaje de instrucción basado en esta aparente visita a la institución y en las palabras del ángel que parecía guiarla a través de las diferentes salas y habitaciones.

Elena G. de White a menudo recibía luz en representaciones simbólicas y vívidas. En las frases que siguen se describe claramente una representación así, tomada de un mensaje personal enviado a un dirigente al que vio en peligro:

“En otra ocasión usted me fue representado como un general montado sobre un caballo, llevando una bandera. Vino uno y quitó de su mano la bandera que llevaba las palabras: ‘Los

mandamientos de Dios y la fe de Jesús’, y fue pisada en el polvo. Lo vi rodeado por hombres que lo estaban vinculando con el mundo”.

También hubo ocasiones cuando le fueron presentados 2 puntos diferentes,—uno ilustrando lo que sucedería si ciertos planes o normas fuesen seguidos, y otro mostrando la aplicación de otros planes o normas. Una ilustración excelente de esto puede citarse en conexión con la ubicación de la fábrica de alimentos saludables en Loma Linda, en la costa occidental de los Estados Unidos de Norteamérica. El gerente y sus asociados estaban planeando la construcción de un gran edificio muy cerca del edificio principal del sanatorio. Mientras los planes se desarrollaban, Elena G. de White, que estaba en su hogar, a cientos de kilómetros de distancia, recibió una noche 2 visiones. Acerca de la primera dijo:

“Me fue mostrado un edificio grande donde se hacían muchos alimentos. Había también algunos edificios menores cerca de la panadería. Mientras me paraba al lado, escuché voces altas en disputa

sobre el trabajo que se estaba haciendo. Había falta de armonía entre los trabajadores, y había confusión".

Después vio la preocupación del gerente y sus intentos para razonar con los que disputaban, para que hubiera armonía. Vio pacientes que oían estas disputas, y que expresaban "su pesar de que se estableciera una fábrica de alimentos en estas hermosas tierras", cerca del sanatorio. "Luego apareció uno sobre la escena y dijo: 'Todo esto ha pasado ante usted como una lección objetiva, para que pueda ver el resultado de llevar a cabo ciertos planes'".

Luego la escena cambió, y ella vio la fábrica de alimentos "a cierta distancia de los edificios del sanatorio, sobre el camino hacia la vía férrea".13 Aquí se estaba llevando a cabo la obra de una manera humilde y en armonía con el plan de Dios. En unas pocas horas, Elena G. de White se puso a escribir a los obreros en Loma Linda, y eso solucionó el problema en cuanto al lugar donde se construiría la fábrica de alimentos. Si el plan

original del gerente y sus asociados se hubiera llevado a cabo, en los años subsiguientes habríamos sido puestos en aprietos al tener un gran edificio comercial cerca del sanatorio. Podemos ver que de diferentes maneras, por medio de visiones durante el día o por la noche, la mensajera del Señor recibió información e instrucción.

El profeta habló o escribió al tener su mente iluminada, comunicando el mensaje de instrucción e información al pueblo.

Al hacer eso, Elena G. de White fue asistida por el Espíritu del Señor, pero no hubo control mecánico. Se le dejó escoger las palabras con las cuales comunicar el mensaje. En los primeros años de su ministerio declaró lo siguiente:

“Aunque dependo tanto del Espíritu del Señor para escribir mis visiones como para recibirlas, sin embargo las palabras que empleo para describir lo que he visto son mías, a menos que sean las que me habló un ángel, las que siempre incluyo entre comillas”.

Al igual que varios escritores bíblicos, bajo la dirección del Espíritu Santo, Elena G. de White elegía a veces usar el lenguaje de otros autores en los que apreciaba de manera especial su redacción y sus expresiones.

La vida y la obra de Elena G. de White

Elena G. Harmon y su hermana gemela nacieron el 26 de noviembre de 1827, en Gorham, estado de Maine, en la región septentrional de los Estados Unidos de Norteamérica. A los 9 años de edad, Elena sufrió un grave accidente. Una condiscípula inconsciente le arrojó una piedra, y la herida que sufrió en el rostro casi le costó la vida. De hecho, la dejó tan delicada que le resultó imposible continuar con sus estudios.

A la edad de 11 años, Elena dio su corazón a Dios. Cuando tenía 14 años fue bautizada por inmersión en el mar y recibida como miembro de la Iglesia Metodista. Juntamente con otros miembros de su familia, asistió a las reuniones adventistas

que se iniciaron en Portland, estado de Maine. Aceptó plenamente las enseñanzas referentes a la inminente venida de Cristo que presentaban Guillermo Miller y sus colegas.

Una mañana de diciembre de 1844, mientras oraba con 4 mujeres, el poder de Dios descendió sobre ella. Al principio perdió la conciencia de las cosas terrenales; luego, en una revelación gráfica presenció las peregrinaciones del pueblo adventista hacia la ciudad de Dios. También se le mostró la recompensa de los fieles. Temblando, la niña de 17 años relató a sus correligionarios de Portland esta visión y otras ulteriores. Luego, a medida que se le presentaba la oportunidad, las relataba a grupos de adventistas del estado de Maine y otros estados cercanos.

En agosto de 1846, Elena Harmon se unió en matrimonio con Jaime White, joven ministro adventista. Durante los 35 años siguientes, su vida estuvo estrechamente vinculada con la de su esposo en arduos trabajos evangélicos hasta la muerte de él, ocurrida el 6 de agosto de 1881. Viajaron

extensamente por los Estados Unidos, predicando y escribiendo, plantando y edificando, organizando y administrando.

El tiempo y otras pruebas han demostrado cuán amplios y firmes fueron los fundamentos que ellos echaron, cuán sabia y prudente- mente edificaron. Iniciaron entre los adventistas del séptimo día la obra de publicaciones en 1849 y 1850, y hacia el año 1860 desarrollaron la organización de la iglesia sobre la base de un sano sistema financiero. Esto culminó en 1863 con la organización de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. El año 1866 marcó el comienzo de nuestra obra médica, y la gran obra educativa de la denominación comenzó a principios de la década del 70. En 1868 se había empezado a poner en práctica el plan de celebrar congresos anuales, y en 1874 los adventistas del séptimo día enviaron su primer misionero al extranjero.

Todos estos progresos fueron guiados por los numerosos consejos orales y escritos que Dios dio

a este pueblo por medio de Elena G. de White.

Al principio, la mayoría de las comunicaciones enviadas a la iglesia estaban escritas en forma de cartas individuales, o en artículos que aparecían en Present Truth, nuestra primera publicación regular. En 1851 ella publicó su primer libro, un opúsculo de 64 páginas titulado A Sketch of the Christian Experience and Views of Ellen G. White [Un esbozo de la experiencia cristiana y de las visiones de Elena G. de White].

En 1855 se empezó a publicar una serie de folletos numerados, cada uno de los cuales llevaba el título de Testimony for the Church [Testimonio para la iglesia]. Estos hacían accesibles los mensajes de instrucción y corrección que, de vez en cuando, Dios enviaba para bendecir, reprender y guiar a su pueblo. Para suplir la continua demanda de estas instrucciones, se volvieron a publicar en 1885 en 4 tomos encuadernados, y, con la adición de otros tomos que aparecieron entre 1889 y 1990, constituyen un conjunto de 9 tomos conocidos como Testimonies for the Church [Testimonios

para la iglesia].

A los esposos White les nacieron 4 hijos. El primero, Enrique, vivió hasta los 16 años; el último, Heriberto, murió a los tres meses. Los otros 2, Edson y Guillermo, llegaron a la madurez y se dedicaron activamente a la obra de la denominación adventista del séptimo día.

En respuesta a un pedido de la Asociación General, Elena G. de White fue a Europa en el verano de 1885. Allí dedicó 2 años a fortalecer la obra que se estaba desarrollando en el continente. Hizo de Basilea, Suiza, su centro, pero viajó extensamente por la Europa Meridional, Central y Septentrional, para asistir a los congresos de la iglesia.

Pasó luego 4 años en los Estados Unidos, y en 1891, en respuesta al pedido de la Asociación General, se embarcó para Australia. Allí residió 9 años y ayudó a iniciar y a desarrollar la obra, especialmente en sus ramos educativo y médico. Regresó a los Estados Unidos en 1900 y se radicó

en la costa occidental, en Santa Elena, California, hasta su muerte, ocurrida en 1915.

Durante su larga vida de servicio, 60 años en los Estados Unidos y 10 años en el extranjero, se le dieron aproximadamente 2.000 visiones, las cuales, por medio de su esfuerzo incansable para aconsejar a personas, iglesias, reuniones públicas y congresos de la Asociación General, modelaron en gran medida el crecimiento de ese gran movimiento. Nunca depuso la tarea de presentar a todos los afectados los mensajes que Dios le dio.

Sus escritos totalizan unas 100.000 páginas. Los mensajes de su pluma alcanzaron a la gente a través de la comunicación personal, de artículos semanales en nuestras revistas denominacionales, y de sus numerosos libros. Tratan asuntos que se refieren a la historia bíblica, a la experiencia cristiana diaria, a la salud, a la educación, a la evangelización y a otros temas prácticos. Muchos de sus libros están impresos en los principales idiomas del mundo y se han vendido millones de ejemplares. Sólo del libro El camino a Cristo se

vendieron unos 50.000.000 de ejemplares entre 1892 y 1990, en 127 idiomas.

En 1909, a la edad de 81 años, Elena G. de White asistió al congreso de la Asociación General en Washington. Ese fue su último viaje a través del continente. Dedicó los 6 años siguientes de su vida a completar su obra literaria. Hacia el fin de su vida declaró: “Sea que se me conserve la vida o no, mis escritos hablarán constantemente y su obra continuará mientras dure el tiempo”.

Con valor indómito y plena confianza en su Redentor, pasó al descanso en su casa, en California, el 16 de julio de 1915 y se la puso a descansar al lado de su esposo y sus hijos en el cementerio de Oak Hill, Battle Creek, Míchigan.

Tanto sus colaboradores, como la iglesia y los miembros de su familia, estimaron y honraron a Elena G. de White como una madre consagrada y como una persona que trabajó fervorosa e incansablemente en el campo religioso. Nunca tuvo cargos oficiales en la iglesia. Tanto la iglesia como

ella misma sabían que era “una mensajera” con un mensaje de Dios para su pueblo. Nunca pidió a los demás que la consideraran como modelo ni empleó su don para crearse popularidad y obtener ganancias financieras. Su vida y todo lo que poseía lo dedicó a la causa de Dios.

A su muerte, el redactor de un semanario popular, The Independent, en la edición del 23 de agosto de 1915, clausuró los comentarios relativos a su vida fructífera con estas palabras: “Fue absolutamente sincera al creer en sus revelaciones. Su vida fue digna de ellas. No manifestó orgullo espiritual ni procuró lucro indigno. Vivió y obró como una digna profetisa”.

Unos pocos años antes de su muerte estableció una junta de fideicomisarios compuesta por dirigentes de la iglesia a quienes dejó sus escritos con la responsabilidad de cuidarlos y promover su publicación. Desde su oficina en la sede mundial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, esta junta fomenta la publicación continua de los libros de Elena G. de White en inglés, y alienta su

publicación total o parcial en otros idiomas. También han publicado numerosas compilaciones de artículos de revistas y manuscritos, en armonía con las instrucciones de Elena G. de White. Este libro sale a la luz con la autorización de esa junta de fideicomisarios.

Elena G. de White tal como otros la conocieron

Al conocer la experiencia extraordinaria de Elena G. de White como mensajera del Señor, algunos se han preguntado qué clase de persona era. ¿Tenía los mismos problemas que tenemos nosotros? ¿Era rica o era pobre? ¿Se sonreía alguna vez?

Elena G. de White fue una madre prudente y una cuidadosa ama de casa. Fue una anfitriona genial, que a menudo hospedaba a miembros de iglesia, y fue una vecina servicial. Fue una mujer de convicciones, de una disposición placentera, y gentil en sus maneras y en su voz. En su experiencia no hubo cabida para una religión de cara larga, sin sonrisas y sin alegría. Uno se sentía

perfectamente cómodo en su presencia. Tal vez la mejor manera de conocerla es visitar su hogar. Para ello fijaremos la fecha de 1859, el primer año en el que llevó un registro diario de sus actividades.

Encontramos que los White vivían en las afueras de Battle Creek, en una pequeña casita de madera en un terreno grande, donde tenían una huerta, unos pocos árboles frutales, algunas gallinas, y un lugar para que sus hijos trabajaran y jugaran. En aquel tiempo era una mujer de 31 años de edad y su esposo tenía 36. Tenían 3 hijos de 4, 9, y 12 años respectivamente.

Encontramos en la casa a una buena joven cristiana empleada para ayudarles con las tareas hogareñas, porque la Sra. de White a menudo se ausentaba del hogar y con frecuencia estaba ocupada con sus discursos y sus escritos. Pero a pesar de eso, la Sra. de White se encargaba de las responsabilidades de la casa: cocinar, hacer la limpieza, lavar y coser. Algunos días iba a la casa editora donde tenía un lugar tranquilo para escribir. Otros días la encontramos en la huerta, plantando

flores y hortalizas, y a veces intercambiando plantas de flores con las vecinas. Estaba decidida a hacer de su hogar un lugar tan placentero como podía, para su familia, para que sus hijos pudieran siempre considerar el hogar como el lugar más apetecible donde estar.

Elena G. de White era reconocida como buena compradora, y los vecinos adventistas se alegraban cuando podían ir a hacer sus compras con ella, porque ella conocía bien el valor de las cosas. Su madre había sido una mujer muy práctica y le había enseñado a sus hijas lecciones valiosas. Sabía que a la larga, las cosas de mala calidad salen más caras que las de mejor calidad.

Hacía del sábado el día más placentero de la semana para sus hijos. Por supuesto, toda la familia asistía a las reuniones de la iglesia y si el pastor White y ella no tenían que hablar, toda la familia se sentaba junta durante el servicio religioso. Para el almuerzo había algún plato especial que no tenían los otros días, y si el día era agradable daba una caminata con sus hijos por el bosque o por el río,

observando las bellezas de la naturaleza y estudiando las obras creadas por Dios. Si el día era lluvioso o frío, reunía a los chicos alrededor de la estufa y a menudo les leía de materiales que había reunido acá y allá mientras viajaba. Algunos de esos relatos se imprimían luego en libros de modo que otros padres pudieran tenerlos para leérselos a sus hijos.

Elena G. de White no se encontraba muy bien en ese tiempo y a menudo desfallecía durante el día, pero esto no la desanimaba de continuar adelante con sus tareas de la casa así como con el trabajo que hacía para el Señor. Unos pocos años más tarde, en 1863, se le dio una visión acerca de la salud y el cuidado de los enfermos. En visión se le mostró la manera correcta de vestirse, el alimento apropiado para comer, la necesidad del ejercicio y del descanso adecuados, como también la importancia de confiar en Dios para mantener un cuerpo fuerte y sano.

La luz que recibió de Dios acerca de la dieta y de los peligros de los alimentos a base de carne le

hizo cambiar su opinión personal de que la carne era esencial para tener salud y fuerza. Con la luz que había recibido en la visión, instruyó a la cocinera que preparaba los alimentos para la familia para que pusiera en la mesa sólo alimentos saludables y sencillos preparados con cereales, vegetales, nueces, leche, crema y huevos. Había abundancia de frutas. En ese tiempo la familia White adoptó esencialmente una dieta vegetariana. En el año 1894, Elena G. de White desterró completamente la carne de su mesa. La reforma pro salud fue una gran bendición para la familia White, como lo ha sido para miles de familias adventistas alrededor del mundo.

Después de la visión sobre la reforma pro salud en 1863, y la adopción de métodos sencillos para tratar a los enfermos, con frecuencia los vecinos llamaban a los White en tiempos de enfermedad para que los ayudaran con tratamientos, y el Señor bendijo grandemente sus esfuerzos. En otras ocasiones les traían los enfermos a su casa y cuidaban tiernamente de ellos hasta que se mejoraban completamente.

Elena G. de White gozaba de períodos de descanso y recreación, ya fuera en la montaña, en algún lago, o en el mar. Cuando era de mediana edad, y vivía cerca de la Pacific Press, en la parte norte de California, le ofrecieron pasar un día de descanso y recreación. La invitaron junto con un grupo de obreros de su oficina para que se uniera con un grupo de obreros de la casa editora, y sin demora aceptó la invitación. Su esposo estaba en el este atendiendo asuntos de la iglesia. Encontramos un relato de su experiencia en una carta que le escribió a su esposo.

Después de gozar de un saludable almuerzo en la playa, todo el grupo fue a la bahía de San Francisco para un paseo en un barco de vela. El capitán de la tripulación era miembro de iglesia, y fue una tarde muy placentera. Después se propuso que salieran hacia el mar abierto. Al referirse a esa experiencia, escribió:

“Las olas se elevaban a gran altura, y nosotros éramos arrojados de aquí para allá bruscamente.

Mis sentimientos se encontraban a gran altura pero no hallaba palabras para decírselo a nadie. Era algo grandioso. La espuma del mar nos salpicaba... El viento soplaba reciamente más allá de la ‘Puerta de oro’ [se refiere al puente Golden Gate] y yo jamás gocé tanto como en esa oportunidad”.

Después observó los ojos atentos del capitán y la celeridad de la tripulación para obedecer sus órdenes, y comentó:

“Dios mantiene al viento sujeto en sus manos. El controla las aguas. No somos más que meros puntos en el ancho y hondo mar del Pacífico; sin embargo, los ángeles del cielo son enviados para guardarnos en este pequeño bote de vela a medida que surca las olas. ¡Oh, qué maravillosas son las obras de Dios! ¡Tan por encima de nuestro entendimiento! En una sola mirada él contempla los más altos cielos y también el medio del mar”.

Temprano en su vida, Elena G. de White adoptó una actitud de alegría en la adversidad. Cierta vez preguntó: “¿Me veis alguna vez tétrica,

abatida o quejosa? Mi fe me lo prohíbe. Lo que induce un estado tal es un concepto erróneo de lo que es el verdadero ideal del carácter y servicio cristianos... El servicio cordial y voluntario que se rinda a Jesús produce una religión alegre. Los que siguen a Cristo más de cerca no son tétricos.

En otra ocasión escribió: “En algunos casos, se ha tenido la idea de que la alegría no cuadra con la dignidad del carácter cristiano, pero esto es un error. En el cielo todo es gozo”. Descubrió que si uno prodiga sonrisas, recibe sonrisas; si uno habla palabras bondadosas, le hablarán con palabras bondadosas.

No obstante, hubo veces cuando sufrió mucho. Pasó un período de gran sufrimiento muy poco después de haber ido a Australia para ayudar en la obra de Dios. Durante casi 1 año estuvo muy enferma y sufrió intensamente. Durante meses estuvo confinada en cama y sólo podía dormir unas pocas horas por la noche. Acerca de esta experiencia escribió lo siguiente en una carta a un amigo:

“Cuando por primera vez me encontré en este estado de impotencia lamenté profundamente el haber cruzado el amplio mar. ¿Por qué no me encontraba en América? ¿Por qué estaba en este país a tal costo? Muy a menudo hubiera hundido la cara entre las cobijas para llorar. Pero no me permití el lujo de llorar por mucho tiempo. Me dije a mí misma: ‘Elena G. de White, ¿qué estás pensando? ¿No has venido acaso a Australia porque sentías que era tu deber ir adonde la Asociación General creyese más conveniente que fueras? ¿No ha sido ésta siempre tu costumbre?’

“‘Sí’, dije.

“‘Entonces, ¿por qué te sientes casi abandonada y desanimada? ¿No es éste el trabajo del enemigo?’ ‘yo creo que lo es’, me dije.

“Me sequé las lágrimas lo más pronto posible y dije: ‘Ya es suficiente. No miraré más el lado oscuro de las cosas. Sea que viva o que muera, encomiendo mi alma a Aquel que murió por mí’.

“Entonces creí que el Señor haría bien todas las cosas, y durante esos ocho meses de incapacidad, no me he abatido ni he tenido dudas. Miro ahora este asunto como parte del gran plan de Dios, para el bien de su pueblo en este país, y también para los de América, y para mi propio bien. No puedo explicar cómo ni por qué, pero así lo creo. Y soy feliz dentro de mi aflicción. Puedo confiar en mi Padre celestial. No dudaré de su amor”.

Cuando vivió en su hogar en California durante los últimos 15 años de su vida, iba envejeciendo, pero se interesaba en el trabajo de su pequeña granja y en el bienestar de las familias de los que la ayudaban en su obra. La encontramos ocupada en escribir, lo que hacía frecuentemente después de media noche, pues se retiraba temprano a la cama. Si se lo permitía su trabajo y si el día era agradable, salía para hacer un pequeño recorrido por el campo, deteniéndose para hablar con una madre que veía en la huerta o en el porche de una casa mientras ella pasaba. Algunas veces veía alguna necesidad de alimentos o de ropa y regresaba a su

casa y sacaba algunas cosas de las provisiones que tenía. Años después de su fallecimiento, los vecinos del valle donde vivió la recordaban como la mujer bajita, de cabello blanco, que siempre hablaba amorosamente de Jesús.

Cuando murió tenía poco más que para sus necesidades y las comodidades básicas de la vida. Fue una cristiana adventista del séptimo día que confío en los méritos del Salvador resucitado e intentó hacer fielmente la obra que el Señor le había encomendado. Con confianza en su corazón, llegó al final de una vida plena, consistente con su experiencia cristiana.

Mensajes que cambiaron vidas

Un evangelista tuvo una serie de reuniones en Bushnell, Míchigan. Sin embargo, poco tiempo después del bautismo dejó a la gente, sin haberla confirmado debidamente, al cuidado de los creyentes en el mensaje. Gradualmente surgió el desaliento y algunos comenzaron de nuevo a incurrir en sus viejos hábitos. Finalmente la iglesia

llegó a tener tan pocos miembros que los 10 o 12 miembros que quedaron decidieron que era inútil continuar por más tiempo. Exactamente después de que se habían dispersado de lo que creyeron había sido su última reunión, llegó el correo y entre las cartas había un ejemplar de la Review and Herald. En la sección donde estaba el itinerario había una noticia que decía que Jaime White y su esposa Elena irían a Bushnell el 20 de julio de 1867 para celebrar reuniones, precisamente el sábado siguiente. Enviaron a los niños a llamar a la gente que ya había ido a sus hogares para que regresaran. Decidieron preparar un lugar en el bosquecillo e invitar a los vecinos, especialmente a los miembros que habían apostatado.

El sábado de mañana del 20 de julio, los White llegaron al bosquecillo donde había 60 personas reunidas. El pastor White predicó por la mañana. Por la tarde, Elena G. de White se levantó para hablar, pero después de haber leído su texto parecía como si estuviera perpleja. Sin más comentarios, cerró su Biblia y comenzó a hablar a la gente en una forma personal.

“Mientras estoy aquí delante de vosotros, veo los rostros de los que me fueron mostrados en visión hace 2 años. Al mirar vuestros rostros recuerdo claramente vuestras experiencias y tengo un mensaje del Señor para vosotros.

“Allí hay un hermano cerca del pino. No sé su nombre porque no me ha sido presentado, pero su rostro me es familiar y conozco claramente su experiencia”. Luego le habló a ese hermano de su alejamiento de Dios. Lo animó a volver y andar con el pueblo de Dios.

Después se dirigió a una hermana que estaba en otra parte entre la congregación y dijo: “La hermana que está sentada al lado de la hermana Maynard, de la iglesia de Greenville, no puedo decir cómo se llama porque no se me ha dicho su nombre, pero hace 2 años la vi en visión y conozco su experiencia”. Entonces le dirigió un mensaje de ánimo.

“Allí hay un hermano junto a ese roble.

Tampoco puedo llamarlo por su nombre, porque aún no me ha sido presentado, pero conozco su caso claramente". Entonces se dirigió a ese hermano, revelando a todos sus íntimos pensamientos y contando su experiencia.

Y así fue dirigiéndose de uno a otro, hablándoles de lo que le había sido mostrado en visión hacía 2 años. Después de haber terminado su sermón, en el cual no dirigió sólo palabras de reprensión sino también de ánimo, se sentó. Uno de los que estaban presentes se puso de pie y dijo: "Quiero saber si lo que la hermana White nos ha dicho esta tarde es verdad. El pastor White y su esposa nunca han estado aquí. No nos conocen. La hermana White ni siquiera conoce los nombres de la mayoría de nosotros, y sin embargo ha venido esta tarde y nos ha dicho que hace 2 años tuvo una visión en la cual le fueron presentados nuestros casos, y luego nos ha hablado individualmente a cada uno, mostrando la conducta de cada uno y nuestros pensamientos más íntimos. ¿Es verdad todo esto? ¿O ha cometido la hermana White algún error? Yo quiero saberlo".

Uno por uno se fueron levantando. El hombre que estaba cerca del pino se puso de pie y dijo que la Sra. White había descrito su caso mejor de lo que él mismo hubiera podido hacerlo. Confesó su conducta desobediente. Manifestó su resolución de volver y caminar con el pueblo de Dios. También testificó la hermana que estaba sentada junto a la hermana Maynard, de la iglesia de Greenville. Dijo que la Sra. White había hablado de su experiencia mejor de lo que ella hubiera podido hacerlo. El hombre que estaba junto al roble dijo que la Sra. White había presentado su caso mejor de lo que él hubiera podido describirlo. Se hicieron confesiones. Se pusieron a un lado los pecados. El Espíritu de Dios se manifestó y hubo un reavivamiento en Bushnell.

El pastor White y su esposa regresaron el sábado siguiente, celebraron un bautismo, y la iglesia de Bushnell quedó sólidamente establecida.

El Señor amaba a su pueblo en Bushnell, como ama a todos los que lo miran. Algunos de los

presentes debieron recordar el pasaje de (Apocalipsis 3:19): “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete”. Cuando la gente contempló sus corazones como el Señor los veía, comprendieron su verdadera condición y anhelaron tener un cambio en sus vidas. Esto es el verdadero propósito de las numerosas visiones que se le dieron a Elena G. de White.

Muy poco tiempo después de la muerte de Jaime White, en 1881, Elena G. de White vivía cerca del Colegio Healdsburg (el actual Pacific Union College). Varias jóvenes vivían en su casa mientras asistían al colegio. En ese tiempo era costumbre usar una redecilla sobre la cabeza para mantener el cabello peinado y ordenado durante todo el día. Un día, mientras pasaba por el dormitorio de la Sra. de White, una de las jóvenes vio una hermosa redecilla para el cabello, como la que deseaba tener. Pensando que no se la echaría de menos, la tomó y la colocó en la parte superior de su baúl. Un poco más tarde, mientras se arreglaba para salir, la Sra. de White no encontró

su redecilla y tuvo que salir sin ella. Por la noche, cuando la familia estaba reunida, Elena G. de White preguntó acerca de la redecilla perdida, pero nadie parecía saber dónde estaba.

Un día después, cuando Elena G. de White pasaba por el dormitorio de esa joven, una voz le dijo: “Levanta la tapa de ese baúl”. Como el baúl no era suyo, no deseaba abrirlo. Cuando escuchó esta orden por segunda vez, reconoció la voz como la del ángel. Cuando levantó la tapa, se dio cuenta de por qué le había hablado el ángel, porque allí estaba la redecilla. Cuando la familia se reunió de nuevo, otra vez Elena G. de White preguntó acerca de la redecilla diciendo que no podía haber desaparecido sola. Nadie habló, así que ella no insistió sobre el asunto.

Unos días después, mientras Elena G. de White estaba tomando un descanso de su tarea de escribir, tuvo una visión muy corta. Vio la mano de una joven que acercaba una redecilla para el cabello a una lámpara de querosén. Cuando la red tocó la lámpara, la redecilla se quemó y desapareció. Así

terminó la visión.

Cuando la familia se volvió a reunir, la Sra. de White volvió a insistir sobre el asunto de la desaparición de la redecilla para el cabello, pero aún ninguna de las jóvenes confesó nada y no parecían saber del paradero de la redecilla. Un poco más tarde la Sra. de White llamó aparte a la joven, le contó acerca de la voz que había oído, y de lo que había visto en el baúl, y después le contó la corta visión en la cual vio como la redecilla para el cabello se quemaba en la llama de la lámpara. Con esta información ante ella, la joven confesó que había tomado la redecilla y que la había quemado para que no fuera descubierta. Arregló el asunto con la Sra. de White y con el Señor.

Podemos pensar que esto es un asunto insignificante para que el Señor se molestara por eso. Pero era un asunto mucho más importante que el valor de una redecilla hurtada. Aquí estaba una joven miembro de la Iglesia Adventista. Creía que vivía correctamente, pero no veía los defectos de su propio carácter. No veía su egoísmo, que la llevó a

hurtar y engañar. Ahora, cuando se dio cuenta de lo importante que son las cosas pequeñas, tanto como para que Dios le diera una visión a su atareada mensajera aquí en la tierra acerca de una redecilla para el cabello, comenzó a ver las cosas en su verdadera luz. Esta experiencia fue el punto decisivo en su vida.

He allí una de las razones por las que le fueron dadas visiones a Elena G. de White. Aunque muchos de los testimonios escritos por ella tuvieron aplicaciones muy específicas, presentan sin embargo principios que hacen frente a las necesidades de la iglesia en cada país del mundo. Elena G. de White ha hecho claro el propósito y el lugar de los testimonios en estas palabras:

“Los testimonios escritos no son dados para proporcionar nueva luz, sino para impresionar vívidamente en el corazón las verdades de la inspiración ya reveladas. El deber del hombre hacia Dios y sus semejantes ha sido especificado distintamente en la Palabra de Dios. Sin embargo, son pocos entre vosotros los que obedecen a la luz

dada. No son sacadas a relucir verdades adicionales; sino que Dios ha simplificado por medio de los Testimonios las grandes verdades ya dadas... Los Testimonios no han de empequeñecer la Palabra de Dios, sino exaltarla, y atraer las mentes a ella, para que pueda impresionar a todos la hermosa sencillez de la verdad".

Elena G. de White mantuvo la Palabra de Dios ante el pueblo durante toda su vida. Al terminar de escribir su primer libro declaró:

"Recomiendo al amable lector la Palabra de Dios como regla de fe y práctica. Por esa Palabra hemos de ser juzgados. En ella Dios ha prometido dar visiones en los "postreros días"; no para tener una nueva norma de fe, sino para consolar a su pueblo, y para corregir a los que se apartan de la verdad bíblica".

La visión que no pudo contarse

Elena G. de White se puso muy enferma durante una serie de reuniones realizadas en

Salamanca, Nueva York, en noviembre de 1890, cuando dirigía la palabra a grandes auditorios, debido a un serio resfrío que la atacó mientras viajaba hacia esa ciudad. Después de una de las reuniones, salió para su pieza desanimada y enferma. Estaba pensando en abrir su alma a Dios y pedirle misericordia, fuerza y salud. Se arrodilló junto a su silla y narró luego en sus propias palabras lo que sucedió, dijo:

"No había pronunciado ni una sola palabra cuando toda la pieza parecía llena de una suave luz plateada y toda mi carga de desaliento y dolor desapareció. Me sentí embargada de consuelo, esperanza y la paz de Cristo".

Y entonces se le dio una visión. Después de la visión no sintió necesidad de dormir ni de descansar. Estaba sana y se sentía descansada.

A la mañana siguiente había que llegar a una decisión. ¿Podía dirigirse a la ciudad donde se celebrarían las siguientes reuniones o debía regresar a Battle Creek? El pastor A. T. Robinson,

quien estaba al frente de la obra, y Guillermo White, hijo de Elena G. de White, llamaron a su pieza para saber su respuesta. La hallaron sana y vestida. Estaba lista para salir. Les contó cómo había sido sanada. Les contó también acerca de la visión. Les dijo: “Quiero relatarles lo que me fue revelado anoche. En la visión me pareció estar en Battle Creek y el ángel mensajero me dijo: ‘sígueme’”. Y entonces vaciló. La escena había desaparecido de su mente. Dos veces intentó contarla pero no pudo acordarse de lo que se le había mostrado. En los días siguientes escribió acerca de lo que se le había mostrado. Se relacionaba con planes que se estaban haciendo para nuestra revista sobre libertad religiosa que en ese tiempo se llamaba American Sentinel.

“En una reunión nocturna yo estaba presente en varias deliberaciones, y oí palabras repetidas por hombres de influencia, en el sentido de que la revista American Sentinel debía suprimir la frase ‘adventistas del séptimo día’ de sus columnas, y no debía escribirse nada acerca del sábado, pues de esa manera los hombres importantes del mundo la

patrocinarían; llegaría a ser popular y realizaría una obra mayor. Esta idea les pareció muy plausible.

"Vi que sus rostros se animaban y empezaban a sugerir ideas para que la Sentinel llegara a ser un éxito popular. Todo el asunto fue sugerido por hombres que necesitaban tener la verdad en las cámaras de la mente y el alma".

Es claro que vio a un grupo de hombres discutiendo los planes editoriales de esta revista. Después de la apertura del congreso de la Asociación General en marzo de 1891, se le pidió que hablara a los obreros cada mañana a las 5:30 y que dirigiera la palabra a toda la asamblea de unos 4.000 oyentes el sábado por la tarde. El texto que escogió para el sábado por la tarde fue: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Todo el sermón fue un poderoso llamamiento para que los adventistas del séptimo día mantuvieran al frente las grandes verdades distintivas de su fe. Tres veces durante el sermón trató de contar la visión

que tuvo en Salamanca, estado de Nueva York, pero sin éxito. Sencillamente había olvidado los acontecimientos de la visión. Entonces dijo: “De eso les hablaré más tarde”. Siguió con su sermón más o menos durante una hora, y la reunión se clausuró. Todos se dieron cuenta de que no había podido recordar la visión.

El presidente de la Asociación General fue a verla y le preguntó si iba a encargarse de la reunión de la mañana.

“No”, contestó. “Me siento cansada; he dado mi testimonio. Usted debe hacer otros planes para la reunión de la mañana”. Así lo hicieron.

Cuando Elena G. de White regresó a su casa, le dijo a los miembros de su familia que no asistiría a la reunión de la mañana. Estaba cansada y se iba a tomar un buen descanso. Dormiría el domingo por la mañana, e hizo planes para ellos.

Aquella noche, después de terminar la sesión del congreso, un pequeño grupo de hombres se

reunió en una de las oficinas del edificio de la Review and Herald. En esa reunión había representantes de la casa publicadora que editaba el American Sentinel, y estaban presentes también los representantes de la Asociación de Libertad Religiosa. Se reunieron para discutir y resolver un asunto muy molesto: la norma editorial del American Sentinel. Alguien cerró con llave la puerta y todos estuvieron de acuerdo en no abrir la puerta hasta que se resolviera el asunto.

Un poquito antes de las 3 de la mañana del domingo, la reunión terminó en un estancamiento, con la declaración de parte de los hombres de Libertad Religiosa de que a menos que la Pacific Press accediera a sus demandas y quitara las expresiones “adventista del Séptimo Día” y “el sábado” de las páginas de la revista, ellos no la usarían como el órgano de la Asociación de Libertad Religiosa. Eso significaba poner fin a la revista. Entonces abrieron la puerta y los hombres se dirigieron a sus piezas para dormir.

Pero Dios, quien nunca duerme ni dormita,

envió su ángel mensajero a la pieza de Elena G. de White a las 3 de la mañana. Fue despertada de su sueño y se le dijo que debía ir a la reunión de obreros a las 5:30 de la mañana, y allí debía presentar lo que le había sido mostrado en Salamanca. Se vistió, fue al armario, y tomó de él el diario en el que había registrado lo que se le mostró. Al aparecer la escena más claramente en su mente, escribió algo más al respecto.

Estaban justamente levantándose de la oración en el tabernáculo cuando se vio entrar por la puerta a Elena G. de White con un paquete de manuscritos bajo su brazo. El presidente de la Asociación General era el orador, y se dirigió a ella.

“Hermana White”, le dijo, “estamos contentos de verla”, ¿tiene un mensaje para nosotros?”

“Ciertamente”, dijo ella, y pasó al frente. Entonces empezó exactamente donde había dejado de hablar el día anterior. Les dijo que esa mañana había sido despertada a las 3 y que se le había ordenado que fuera a la reunión de obreros a las

5:30 para presentar allí lo que se le reveló en Salamanca.

“En la visión”, dijo, “me parecía estar en Battle Creek. Fui llevada a la oficina de la Review and Herald y el ángel mensajero me ordenó: ‘Sígueme’. Fui llevada a una pieza donde un grupo de hombres discutían acaloradamente un asunto. Había un celo manifiesto, pero un celo sin sabiduría”. Contó como estaban discutiendo en cuanto al plan editorial que debía seguirse con el American Sentinel, y dijo: “Vi a uno de los hombres tomar una copia del Sentinel, levantarlo en alto sobre su cabeza y decir: ‘A menos que estos artículos sobre el sábado y el segundo advenimiento se quiten de esta revista, no la podremos usar más como órgano de la Asociación de Libertad Religiosa’”. Elena G. de White habló durante 1 hora describiendo esa reunión que se le había mostrado en visión meses antes, y dando consejo basado sobre esa revelación. Luego se sentó.

El presidente de la Asociación General no sabía qué pensar sobre eso. Nunca había oído de tal

reunión. Pero no se hizo esperar mucho la explicación, pues un hombre se levantó en la parte posterior de la sala y empezó a hablar.

“Yo estuve en esa reunión anoche”. “¡Anoche!” observó ella y volvió a recalcar, “¿Anoche? Pensé que esa reunión se realizó hace meses, cuando tuve la visión”.

“Estuve en esa reunión anoche”, dijo él, “y soy el hombre que hizo declaraciones acerca de los artículos de la revista, mientras la levantaba en alto sobre mi cabeza. Lamento decir que estaba equivocado; pero aprovecho esta oportunidad para colocarme en el lado correcto”. Y se sentó.

Otro se levantó para hablar. Era el presidente de la Asociación de Libertad Religiosa. Notemos sus palabras: “Estuve en esa reunión. Anoche, después de la sesión del congreso, algunos de nosotros nos reunimos en mi oficina en el edificio de la Review and Herald donde nos encerramos con llave y allí discutimos los temas y el asunto que nos han sido presentados esta mañana.

Permanecimos allí hasta las 3 de la mañana. Si comenzara a describir lo que ocurrió, y la actitud personal de los que estaban reunidos, no podría hacerlo con la exactitud y corrección con que lo ha hecho la hermana White. Ahora veo que estaba equivocado y que la posición que tomé no era correcta. De acuerdo con la luz que hemos recibido esta mañana, reconozco que estaba equivocado".

Otros hablaron ese día. Todos los que estuvieron en la reunión la noche anterior se pusieron en pie y dieron su testimonio, diciendo que Elena G. de White había descrito con toda exactitud la reunión y las actitudes de los que habían estado presentes. Antes de terminar la reunión ese domingo por la mañana, el grupo de Libertad Religiosa fue convocado a reunirse, y rescindieron el acuerdo que habían tomado solamente unas 5 horas antes.

Si no se le hubiera impedido a Elena G. de White contar la visión, y si la hubiera relatado el sábado anterior por la tarde, su mensaje no habría servido para el propósito que Dios tenía en mente,

porque la reunión aún no se había realizado.

Por alguna razón, los hombres no aplicaron el consejo general dado el sábado por la tarde. Pensaron que sabían más. Tal vez razonaron como razonan hoy algunos: “Bueno, tal vez Elena G. de White no entendió”, o “ahora vivimos en tiempos diferentes”, o “ese consejo se aplicó hace años, pero no es apropiado para hoy”. Los pensamientos que Satanás nos susurra en estos días son los mismos con los cuales tentó a nuestros ministros en 1891. Dios, en su momento apropiado y en su propia forma, hizo claro que era su obra, que la dirigía, que la guardaba, que tenía su mano sobre el timón. Elena G. de White nos dice que Dios muchas veces permitió que las cosas llegasen a una crisis, a fin de que su intervención fuese más destacada. “Entonces demostró la existencia del Dios de Israel”.

Los Testimonios y el lector

Elena G. de White habló y escribió durante 70 años acerca de las cosas que Dios le reveló.

Muchas veces los consejos fueron dados para corregir a los que se descarriaban de la verdad bíblica. Muchas veces señalaron la dirección que Dios quería que siguiera su pueblo. A veces los Testimonios trataban acerca de la forma de vivir, del hogar y de la iglesia. ¿Cómo recibieron esos mensajes los miembros de iglesia?

Desde el comienzo de la obra de Elena G. de White, los dirigentes examinaron su obra para asegurarse de que la manifestación del don de profecía era genuina. El apóstol Pablo nos advierte: “No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo, retened lo bueno”. 1 Tesalonicenses 5:20, 21. Las pruebas que la Biblia presenta para saber si un profeta es verdadero se aplicaron a la obra de Elena G. de White. Y eso es lo que ella quería, porque escribió:

“La obra es de Dios, o no lo es. Dios no hace nada en sociedad con Satanás. Mi obra lleva la estampa de Dios, o la del enemigo. No hay medias conclusiones en el asunto”.

La Biblia presenta 4 pruebas básicas para examinar a un profeta. La obra de Elena G. de White soporta cada una de ellas.

1. El mensaje del profeta verdadero debe estar en armonía con la ley de Dios y con los mensajes de los profetas. Isaías 8:20.

Los escritos de Elena G. de White ensalzan la ley de Dios y dirigen a los hombres y a las mujeres a toda la Biblia. Ella señala a la Biblia como la única regla de fe y práctica y como la luz mayor hacia la cual señalan sus escritos, a los que llama "la luz menor".

2. Las predicciones de un verdadero profeta deben cumplirse dentro del contexto condicional. Jeremías 18:7-10; 28:9. Aun cuando la obra de Elena G. de White fue muy parecida a la de Moisés al dirigir y guiar al pueblo, ella escribió de una manera profética acerca de muchos acontecimientos que sucederían. Al comienzo de nuestra obra de publicaciones, en 1848, habló de cómo crecería hasta circundar el mundo con luz.

Hoy día la literatura de la Iglesia Adventista se publica en 200 idiomas por un monto de más de 100 millones de dólares anuales.

En 1890, cuando el mundo declaró que no habría más guerras y que el milenio estaba a punto de comenzar, Elena G. de White escribió: “La tempestad se avecina y debemos prepararnos para afrontar su furia... Veremos desgracias por todas partes. Miles de barcos serán arrojados a las profundidades del mar. Armadas enteras se hundirán, y las vidas humanas serán sacrificadas por millones”. Esto se cumplió en las 2 guerras mundiales.

3. El verdadero profeta confiesa que Jesucristo es venido en carne, que Dios se encarnó en carne humana. 1 Juan 4:2.

La lectura de El Deseado de todas las gentes hace claro que la obra de Elena G. de White está a la altura de esta prueba. Observe estas palabras:

“Jesús podría haber permanecido al lado del

Padre. Podría haber conservado la gloria del cielo, y el homenaje de los ángeles. Pero prefirió devolver el cetro a las manos del Padre, y bajar del trono del universo a fin de traer luz a los que estaban en tinieblas, y vida a los que perecían.

"Hace casi dos mil años, se oyó en el cielo una voz de significado misterioso que, partiendo del trono de Dios, decía: 'Sacrificio y ofrenda, no los quisiste; empero un cuerpo me has preparado... He aquí yo vengo (en el rollo del libro está escrito de mí) para hacer, oh Dios, tu voluntad'. Hebreos 10:5-7. En estas palabras se anunció el cumplimiento del propósito que había estado oculto desde las edades eternas. Cristo estaba por visitar nuestro mundo, y encarnarse... A los ojos del mundo, no poseía hermosura que lo hiciese desear; sin embargo era Dios encarnado, la luz del cielo y de la tierra. Su gloria estaba velada, su grandeza y majestad ocultas, a fin de que pudiese acercarse a los hombres entristecidos y tentados".

4. Tal vez la prueba más decisiva de un verdadero profeta se encuentra en su vida, su obra

y la influencia de sus enseñanzas. Cristo enunció esta prueba en Mateo 7:16: “Por sus frutos los conoceréis”.

Al contemplar el fruto tal como se manifiesta en las vidas de los que han seguido los consejos del espíritu de profecía, vemos que ese fruto es bueno. Los testimonios han producido buen fruto. Al mirar a la iglesia, sabiendo que hemos sido dirigidos en varias líneas de actividad gracias a estos consejos, debemos reconocer que la obra de Elena G. de White está a la altura de esta prueba. La unidad de enseñanza en los escritos que fluyeron de su pluma durante un período de 70 años también constituye un testimonio positivo en favor de la integridad del don.

Las pruebas prácticas de un profeta verdadero

Además de estas 4 grandes pruebas bíblicas, el Señor ha dado evidencias que muestran claramente que él está dirigiendo la obra. Entre éstas están:

1. La puntualidad del mensaje. El pueblo de

Dios tiene alguna necesidad especial y el mensaje llega justo a tiempo para suplir la necesidad, como ocurrió con la primera visión de Elena G. de White.

2. La naturaleza práctica de los mensajes. La información revelada a Elena G. de White en las visiones fue de un valor práctico, haciendo frente a necesidades prácticas. Fíjese en la manera como los consejos de los testimonios entran en una forma práctica en nuestra vida diaria.

3. El elevado plano espiritual de los mensajes. No tratan de asuntos que son pueriles o comunes, sino de temas grandes y elevados. El mismo lenguaje es grandioso.

4. La manera en la cual fueron dadas las visiones. Muchas estuvieron acompañadas de fenómenos físicos como se describieron antes. La experiencia de Elena G. de White en visión fue similar a la de los profetas bíblicos.

5. Las visiones fueron experiencias definidas, no solamente impresiones. En visión, Elena G. de

White vio, oyó, sintió y recibió instrucción de los ángeles. Las visiones no pueden explicarse por la excitación o la imaginación.

6. Elena G. de White no estuvo manejada por los que estaban a su alrededor. Escribió a cierto hombre: “Usted piensa que algunas personas han predispuesto mi mente. Si éste es el caso, no soy idónea para que se me confíe la obra de Dios”.

7. Su obra fue reconocida por sus contemporáneos. Tanto los que vivieron y trabajaron en la iglesia con Elena G. de White, como muchos que no pertenecían a la iglesia la reconocieron como “la mensajera del Señor”. Los que estaban más cerca de ella tenían plena confianza en su llamamiento y en su obra.

Estas 4 pruebas bíblicas y las evidencias adicionales que se han bosquejado nos aseguran que la obra de Elena G. de White es de Dios y es digna de incuestionable confianza.

Los numerosos libros de Elena G. de White

están llenos de consejos e instrucciones de valor permanente para la iglesia. Estos testimonios nos son útiles hoy día, sea que fueran de una naturaleza más general, o que fuesen testimonios personales para familias y personas. Con respecto a este punto, dice Elena G. de White:

"Puesto que la instrucción y amonestación dadas en los testimonios para los casos individuales se aplicaban con igual fuerza a muchos otros que no habían sido señalados especialmente de esta manera, me pareció que era mi deber publicar los testimonios personales para beneficio de la iglesia... No conozco ninguna manera mejor de presentar mis visiones de los peligros y errores generales, así como el deber de todos los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, que dando estos testimonios". Leer los testimonios para encontrar algún punto en el cual basar la condenación de algún miembro de la iglesia es hacer un uso equivocado de ellos.

Los testimonios nunca deben ser usados como un garrote para que algún hermano o hermana vea

las cosas precisamente como las vemos nosotros. Hay asuntos que deben ser dejados personalmente al individuo para que los arregle a solas con Dios. Los consejos deberían estudiarse para encontrar los principios básicos que se aplican a nuestras vidas en el tiempo actual. El corazón humano es muy parecido en todo el mundo; los problemas de uno son a menudo los problemas de otro. “Al reprender los males de uno”, escribió Elena G. de White, [Dios] “quiere corregir a muchos... Presenta claramente los errores de algunos, para que otros sean amonestados”.

Cerca del fin de su vida, Elena G. de White dio el siguiente consejo:

“Mediante su Espíritu Santo, la voz de Dios nos ha venido continuamente en forma de amonestación e instrucción... El tiempo y las pruebas no han anulado la instrucción dada... La instrucción que fue dada en los primeros días del mensaje ha de ser retenida como instrucción segura de seguir en estos días finales”.

Los consejos que siguen están extraídos de una cantidad de los libros de Elena G. de White, pero mayormente de los 3 tomos de Joyas de los testimonios, la edición mundial de los Testimonies for the Church, y representan las líneas de instrucción que pensamos son de más ayuda a la iglesia en áreas donde las limitaciones de la feligresía no hacen posible que se publique más que 1 volumen de un tamaño moderado. La tarea de seleccionar y compilar estos consejos fue hecha por una comisión de muchos miembros que trabajaron bajo la autorización de la Junta de Fideicomisarios del Patrimonio White, al que se le asignó la responsabilidad del cuidado de los consejos del espíritu de profecía. Las selecciones son con frecuencia breves y se limitan a una declaración de los principios prácticos básicos, y así está incluida una amplia gama de temas. “Creed en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados”. 2 Crónicas 20:20.

Los fideicomisarios del Patrimonio White

Washington, D.C.,

22 de julio de 1957

Revisado en Silver Spring, estado de Maryland, el 1 de enero de 1990

Capítulo 1

Una visión de la recompensa de los fieles

Mi primera visión

Mientras estaba orando ante el altar de la familia, el Espíritu Santo descendió sobre mí, y me pareció que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la tierra para buscar al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una voz me dijo: “Vuelve a mirar un poco más arriba”. Alcé los ojos y vi un sendero recto y angosto trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista andaba por ese sendero en dirección a la ciudad que se veía en su último extremo. En el comienzo del sendero, detrás de los que ya andaban, había una brillante luz, que, según me dijo un ángel, era el “clamor de media noche”. Esta luz brillaba a todo lo largo del sendero, y alumbraba los pies de los caminantes para que no tropezaran.

Delante de ellos iba Jesús guiándolos hacia la ciudad, y si no apartaban los ojos de él, iban seguros. Pero no tardaron algunos en cansarse, diciendo que la ciudad estaba todavía muy lejos, y que contaban con haber llegado más pronto a ella. Entonces Jesús los alentaba levantando su glorioso brazo derecho, del cual dimanaba una luz que ondeaba sobre la hueste adventista, y exclamaban: "¡Aleluya!" Otros negaban temerariamente la luz que brillaba tras ellos, diciendo que no era Dios quien los había guiado hasta allí. Pero entonces se extinguió para ellos la luz que estaba detrás, y dejó sus pies en tinieblas, de modo que tropezaron, y, perdiendo de vista el blanco y a Jesús, cayeron fuera del sendero abajo, en el mundo sombrío y perverso. Pronto oímos la voz de Dios, semejante al ruido de muchas aguas, que nos anunció el día y la hora de la venida de Jesús. Los 144.000 santos vivientes reconocieron y entendieron la voz; pero los malvados se figuraron que era fragor de truenos y de terremoto. Cuando Dios señaló el tiempo, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo, y nuestros semblantes se iluminaron refulgentemente

con la gloria de Dios, como le sucedió a Moisés al bajar del Sinaí.

Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. En su frente llevaban escritas las palabras: “Dios, nueva Jerusalén”, y además una brillante estrella con el nuevo nombre de Jesús. Los impíos se enfurecieron al vernos en aquel santo y feliz estado, y querían apoderarse de nosotros para encarcelarnos, cuando extendimos la mano en el nombre del Señor y cayeron rendidos al suelo. Entonces conoció la sinagoga de Satanás que Dios nos había amado, a nosotros que podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludarnos fraternalmente con ósculo santo, y ellos adoraron a nuestras plantas.

Pronto se volvieron nuestros ojos hacia el oriente, donde había aparecido una nubecilla negra del tamaño de la mitad de la mano de un hombre, que era, según todos comprendían, la señal del Hijo del hombre. En solemne silencio, contemplábamos cómo iba acercándose la nubecilla, volviéndose cada vez más esplendorosa hasta que se convirtió

en una gran nube blanca cuya parte inferior parecía fuego. Sobre la nube lucía el arco iris y en torno de ella aleteaban diez mil ángeles cantando un hermosísimo himno. En la nube estaba sentado el Hijo del hombre. Sus cabellos, blancos y rizados, le caían sobre los hombros; y llevaba muchas coronas en la cabeza. Sus pies parecían de fuego; en la mano derecha tenía una hoz aguda y en la izquierda llevaba una trompeta de plata. Sus ojos eran como llama de fuego, y escudriñaban de par en par a sus hijos. Palidecieron entonces todos los semblantes y se tornaron negros los de aquellos a quienes Dios había rechazado. Todos nosotros exclamamos: "¿Quién podrá permanecer? ¿Está mi vestidura sin manchas?" Después cesaron de cantar los ángeles, y por un rato quedó todo en pavoroso silencio cuando Jesús dijo: "Quienes tengan las manos limpias y puro el corazón podrán subsistir. Bástaos mi gracia". Al escuchar estas palabras, se iluminaron nuestros rostros y el gozo llenó todos los corazones. Los ángeles pulsaron una nota más alta y volvieron a cantar, mientras la nube se acercaba a la tierra.

Luego resonó la argentina trompeta de Jesús, a medida que él iba descendiendo en la nube, rodeado de llamas de fuego. Miró las tumbas de sus santos dormidos. Después alzó los ojos y las manos hacia el cielo, y exclamó: “¡Despertad! ¡Despertad! ¡Despertad los que dormís en el polvo, y levantaos!” Hubo entonces un formidable terremoto. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos revestidos de inmortalidad. Los 144.000 exclamaron: “¡Aleluya!” al reconocer a los amigos que la muerte había arrebatado de su lado, y en el mismo instante nosotros fuimos transformados y nos reunimos con ellos para encontrar al Señor en el aire.

Juntos entramos en la nube y durante siete días fuimos ascendiendo al mar de vidrio, donde Jesús sacó coronas y nos las ciñó con su propia mano. Nos dio también arpas de oro y palmas de victoria. En el mar de vidrio, los 144.000 formaban un cuadro perfecto. Algunas coronas eran muy brillantes y estaban cuajadas de estrellas, mientras que otras tenían muy pocas; y sin embargo, todos estaban perfectamente satisfechos con su corona.

Iban vestidos con un resplandeciente manto blanco desde los hombros hasta los pies. Había ángeles en todo nuestro derredor mientras íbamos por el mar de vidrio hacia la puerta de la ciudad. Jesús levantó su brazo potente y glorioso y, posándolo en la perlina puerta, la hizo girar sobre sus relucientes goznes y nos dijo: “En mi sangre lavasteis vuestras ropas y estuvisteis firmes en mi verdad. Entrad”. Todos entramos, con el sentimiento de que teníamos perfecto derecho a estar en la ciudad.

Allí vimos el árbol de la vida y el trono de Dios, del que fluía un río de agua pura, y en cada lado del río estaba el árbol de la vida. En una margen había un tronco del árbol y otro en la otra margen, ambos de oro puro y transparente. Al principio pensé que había dos árboles; pero al volver a mirar vi que los dos troncos se unían en su parte superior y formaban un solo árbol. Así estaba el árbol de la vida en ambas márgenes del río de vida. Sus ramas se inclinaban hacia donde nosotros estábamos, y el fruto era espléndido, semejante a oro mezclado con plata.

Todos nos ubicamos bajo el árbol, y nos sentamos para contemplar la gloria de aquel paraje, cuando los Hnos. Fitch y Stockman, que habían predicado el evangelio del reino y a quienes Dios había puesto en el sepulcro para salvarlos, se llegaron a nosotros y nos preguntaron qué había sucedido mientras ellos dormían. Procuramos recordar las pruebas más grandes por las que habíamos pasado, pero resultaban tan insignificantes frente al incomparable y eterno peso de gloria que nos rodeaba, que no pudimos referirlas, y todos exclamamos: "¡Aleluya! Muy poco nos ha costado el cielo". Pulsamos entonces nuestras áureas arpas cuyos ecos resonaron en las bóvedas del cielo.

Con Jesús al frente, descendimos todos de la ciudad a la tierra, y nos posamos sobre una gran montaña que, incapaz de sostener a Jesús, se partió en dos, de modo que quedó hecha una vasta llanura. Miramos entonces y vimos la gran ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada uno de sus cuatro lados y un ángel en cada puerta. Todos exclamamos: "¡La ciudad" ¡la gran ciudad!

¡ya baja, ya baja de Dios, del cielo!” Descendió, pues, la ciudad, y se asentó en el lugar donde estábamos. Comenzamos entonces a mirar las espléndidas afueras de la ciudad. Allí vi bellísimas casas que parecían de plata, sostenidas por cuatro columnas engastadas de preciosas perlas muy admirables a la vista. Estaban destinadas a ser residencias de los santos. En cada una había un anaquel de oro. Vi a muchos santos que entraban en las casas y, quitándose las resplandecientes coronas, las colocaban sobre el anaquel. Después salían al campo contiguo a las casas para hacer algo con la tierra, aunque no en modo alguno como para cultivarla como hacemos ahora. Una gloriosa luz circundaba sus cabezas, y estaban continuamente alabando a Dios.

Vi otro campo lleno de toda clase de flores, y al cortarlas, exclamé: “No se marchitarán”. Después vi un campo de alta hierba, cuyo hermosísimo aspecto causaba admiración. Era de color verde vivo, y tenía reflejos de plata y oro al ondular gallardamente para gloria del Rey Jesús. Luego entramos en un campo lleno de toda clase de

animales: el león, el cordero, el leopardo y el lobo, todos vivían allí juntos en perfecta unión. Pasamos por en medio de ellos, y nos siguieron mansamente. De allí fuimos a un bosque, no sombrío como los de la tierra actual, sino esplendente y glorioso en todo. Las ramas de los árboles se mecían de uno a otro lado, y exclamamos todos: “Moraremos seguros en el desierto y dormiremos en los bosques”. Atravesamos los bosques en camino hacia el monte de Sion.

En el trayecto encontramos a un grupo que también contemplaba la hermosura del paraje. Advertí que el borde de sus vestiduras era rojo; llevaban mantos de un blanco purísimo y muy brillantes coronas. Cuando los saludamos pregunté a Jesús quiénes eran, y me respondió que eran mártires que habían sido muertos por su nombre. Los acompañaba una innúmera hueste de pequeñuelos que también tenían un ribete rojo en sus vestiduras. El monte de Sion estaba delante de nosotros, y sobre el monte había un hermoso templo. Lo rodeaban otros siete montes donde

crecían rosas y lirios. Los pequeñuelos trepaban por los montes o, si lo preferían, usaban sus alitas para volar hasta la cumbre de ellos y recoger inmarcesibles flores. Toda clase de árboles hermoseaban los alrededores del templo: el boj, el pino, el abeto, el olivo, el mirto, el granado y la higuera doblegada bajo el peso de sus maduros higos, todos embellecían aquel paraje. Cuando íbamos a entrar en el santo templo, Jesús alzó su melodiosa voz y dijo: "Únicamente los 144.000 entran en este lugar". Y exclamamos: "¡Aleluya!"

Este templo estaba sostenido por siete columnas de oro transparente, con engastes de hermosísimas perlas. No me es posible describir las maravillas que vi. ¡Oh, si yo supiera el idioma de Canaán! ¡Entonces podría contar algo de la gloria del mundo mejor! Vi tablas de piedra en que estaban esculpidos en letras de oro los nombres de los 144.000. Después de admirar la gloria del templo, salimos y Jesús nos dejó para ir a la ciudad. Pronto oímos su amable voz que decía: "Venid, pueblo mío; habéis salido de una gran tribulación y hecho mi voluntad. Sufristeis por mí.

Venid a la cena, que yo me ceñiré para serviros". Nosotros exclamamos: "¡Aleluya! ¡Gloria!" y entramos en la ciudad. Vi una mesa de plata pura, de muchos kilómetros de longitud, y sin embargo nuestra vista la abarcaba toda. Vi el fruto del árbol de la vida, el maná, almendras, higos, granadas, uvas y muchas otras especies de frutas. Le rogué a Jesús que me permitiese comer del fruto y respondió: "Todavía no. Quienes comen del fruto de este lugar ya no vuelven a la tierra. Pero si eres fiel, no tardarás en comer del fruto del árbol de la vida y beber del agua del manantial". Y añadió: "Debes volver de nuevo a la tierra y referir a otros lo que se te ha revelado". Entonces un ángel me transportó suavemente a este obscuro mundo. A veces me parece que no puedo ya permanecer aquí; tan lóbregas me resultan todas las cosas de la tierra. Me siento muy solitaria aquí, pues he visto una tierra mejor. ¡Ojalá tuviese alas de paloma! Echaría a volar para obtener descanso.

Capítulo 2

El tiempo del fin

Estamos viviendo en el tiempo del fin. El presto cumplimiento de las señales de los tiempos proclama la inminencia de la venida de nuestro Señor. La época en que vivimos es importante y solemne. El Espíritu de Dios se está retirando gradual pero ciertamente de la tierra. Ya están cayendo juicios y plagas sobre los que menosprecian la gracia de Dios. Las calamidades en tierra y mar, la inestabilidad social, las amenazas de guerra, como portentosos presagios, anuncian la proximidad de acontecimientos de la mayor gravedad.

Las agencias del mal se coligan y acrecen sus fuerzas para la gran crisis final. Grandes cambios están a punto de producirse en el mundo, y los movimientos finales serán rápidos.

El estado actual de las cosas muestra que tiempos de perturbación están por caer sobre

nosotros. Los diarios están llenos de alusiones referentes a algún formidable conflicto que debe estallar dentro de poco. Son siempre más frecuentes los audaces atentados contra la propiedad. Las huelgas se han vuelto asunto común. Los robos y los homicidios se multiplican. Hombres dominados por espíritus de demonios quitan la vida a hombres, mujeres y niños. El vicio seduce a los seres humanos y prevalece el mal en todas sus formas.

El enemigo ha alcanzado a pervertir la justicia y a llenar los corazones de un deseo de ganancias egoístas. “La justicia se puso lejos: porque la verdad tropezó en la plaza, y la equidad no pudo venir”. Isaías 59:14. Las grandes ciudades contienen multitudes indigentes, privadas casi por completo de alimentos, ropas y albergue, entretanto que en las mismas ciudades se encuentran personas que tienen más de lo que el corazón puede desear, que viven en el lujo, gastando su dinero en casas lujosamente amuebladas y el adorno de sus personas, o lo que es peor aún, en golosinas, licores, tabaco y otras cosas que tienden a destruir

las facultades intelectuales, perturban la mente y degradan el alma. Los gritos de las multitudes que mueren de inanición suben a Dios, mientras algunos hombres acumulan fortunas colosales por medio de toda clase de opresiones y extorsiones.

Se me hizo contemplar una noche los edificios que, piso tras piso, se elevaban hacia el cielo. Esos inmuebles... eran garantizados [como] incombustibles. Se elevaban siempre más alto y los materiales más costosos entraban en su construcción. Los propietarios no se preguntaban cómo podían glorificar mejor a Dios. El Señor estaba ausente de sus pensamientos.

Mientras que esas altas construcciones se levantaban, sus propietarios se regocijaban con orgullo, por tener suficiente dinero para satisfacer sus ambiciones y excitar la envidia de sus vecinos. Una gran parte del dinero así empleado había sido obtenido injustamente, explotando al pobre. Olvidaban que en el cielo toda transacción comercial es anotada, que todo acto injusto y todo negocio fraudulento son registrados.

La siguiente escena que pasó delante de mí fue una alarma de incendio. Los hombres miraban a esos altos edificios, reputados [como] incombustibles, y decían: “Están perfectamente seguros”. Pero esos edificios fueron consumidos como el alquitrán. Las bombas contra incendio no pudieron impedir su destrucción. Los bomberos no podían hacer funcionar sus máquinas.

Me fue dicho que cuando llegue el día del Señor, si no ocurre algún cambio en el corazón de ciertos hombres orgullosos y llenos de ambición, ellos comprobarán que la mano otrora poderosa para salvar, lo será igualmente para destruir. Ninguna fuerza terrenal pue- de sujetar la mano de Dios. No hay materiales capaces de preservar de la ruina a un edificio cuando llegue el tiempo fijado por Dios para castigar el desconocimiento de sus leyes y el egoísmo de los ambiciosos.

Raros son, aun entre los educadores y los gobernantes, quienes perciben las causas reales de la actual situación de la sociedad. Aquellos que

tienen en sus manos las riendas del poder son incapaces de resolver el problema de la corrupción moral, del pauperismo y el crimen que siempre aumentan. En vano se esfuerzan por dar a los asuntos comerciales una base más segura. Si los hombres quisieran prestar más atención a las enseñanzas de la Palabra de Dios, hallarían la solución de los problemas que los preocupan.

Las Escrituras describen la condición del mundo inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo. He aquí lo que está escrito tocante a los hombres que acumulan con fraude sus grandes riquezas. “Vuestro oro y plata están corrompidos de orín [moho]; y su orín os será en testimonio, y comerá del todo vuestras carnes como fuego. Os habéis allegado tesoro para los postreros días. He aquí, el jornal de los obreros que han segado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado de vosotros, clama; y los clamores de los que habían segado, han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis cebado vuestros corazones como en el día de sacrificios.

Habéis condenado y muerto al justo; y él no os resiste”. Santiago 5:3-6.

Mas, ¿quién reconoce las advertencias dadas por las señales de los tiempos que se suceden con tanta rapidez? ¿Qué impresión hacen a los mundanos? ¿Qué cambio podemos ver en su actitud? Su actitud no se diferencia de la de los antediluvianos. Absortos en sus negocios y en los deleites mundanos, los contemporáneos de Noé “no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos”. Mateo 24:39. Las advertencias celestiales les fueron dirigidas, pero rehusaron escuchar. Asimismo hoy el mundo, sin prestar atención alguna a las amonestaciones de Dios, se precipita hacia la ruina eterna.

Un espíritu belicoso agita al mundo. La profecía contenida en el undécimo capítulo del libro de Daniel, está casi completamente cumplida. Muy pronto se realizarán las escenas de angustia descritas por el profeta.

“He aquí que Jehová vacía la tierra, y la

desnuda y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores... Porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa la maldición consumió la tierra, y sus moradores fueron asolados... Cesó el regocijo de los panderos, acabóse el estruendo de los que se huelgan, paró la alegría del arpa". Isaías 24:1-8.

"¡Ay del día! porque cercano está el día de Jehová, y vendrá como destrucción por el Todopoderoso". Joel 1:15...

"Miré la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos. Miré y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el Carmelo desierto, y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia del furor de su ira". Jeremías 4:23-26.

"¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él: tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado". Jeremías 30:7.

No todo el mundo ha tomado posiciones con el enemigo y contra Dios. No todos se han vuelto desleales. Queda un remanente que permanece fiel a Dios; porque Juan escribe: “Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús”. Apocalipsis 14:12. Muy pronto una furiosa batalla contra los que sirven a Dios será entablada por aquellos que no le sirven. Muy pronto todo lo que es susceptible de ser removido lo será, de modo que sólo lo inquebrantable subsista.

Satanás estudia la Biblia con cuidado. Sabe que le queda poco tiempo y procura en todo punto contrarrestar la obra que el Señor está haciendo sobre esta tierra. Es imposible dar una idea de lo que experimentará el pueblo de Dios que viva en la tierra cuando se combinen la manifestación de la gloria de Dios y la repetición de las persecuciones pasadas. Andará en la luz que emana del trono de Dios. Por medio de los ángeles, las comunicaciones entre el cielo y la tierra serán mantenidas constantes. Por su parte Satanás, rodeado de sus

ángeles, y haciéndose pasar por Dios, hará toda clase de milagros a fin de seducir, si posible fuese, aun a los escogidos. El pueblo de Dios no hallará seguridad en la realización de milagros, porque Satanás los imitará. En esta dura prueba, el pueblo de Dios hallará su fortaleza en la señal mencionada en. Éxodo 31:12-18. Tendrá que afirmarse sobre la palabra viviente: “Escrito está”. Es el único fundamento seguro. Aquellos que hayan quebrantado su alianza con Dios estarán entonces sin Dios y sin esperanza.

Lo que caracterizará de un modo peculiar a los adoradores de Dios será su respeto por el cuarto mandamiento, puesto que es la señal del poder creador de Dios y atestigua que él tiene derecho a la veneración y al homenaje de los hombres. Los impíos se distinguirán por sus esfuerzos para derribar el monumento conmemorativo del Creador y exaltar en su lugar la institución romana. En este conflicto, la cristiandad entera se encontrará dividida en dos grandes clases: la que guardará los mandamientos de Dios y la fe de Jesús y la que adorará la bestia y su imagen y recibirá su marca.

No obstante los esfuerzos reunidos de la iglesia y del estado para compeler a los hombres, “pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos”, a recibir la marca de la bestia, el pueblo de Dios no se someterá. El profeta de Patmos vio a “los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su señal y el número de su nombre, estar sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios”. Apocalipsis 13:16; 15:2, 3.

Pruebas terribles esperan al pueblo de Dios. El espíritu de guerra agita a las naciones desde un cabo de la tierra hasta el otro. Mas a través del tiempo de angustia que se avecina—un tiempo de angustia como no lo hubo desde que existe nación—, el pueblo de Dios permanecerá inconmovible. Satanás y su ejército no podrán destruirlo, porque ángeles poderosos lo protegerán.

Capítulo 3

Prepárate para encontrarte con tu Dios

Vi que no debemos retrasar la venida del Señor. Dijo el ángel: “Preparaos, preparaos, para lo que va a venir sobre la tierra. Correspondan vuestras obras a vuestra fe”. Vi que el ánimo debe apoyarse en Dios, que debemos ejercer nuestra influencia en favor de Dios y su verdad. No podemos honrar al Señor mientras seamos negligentes e indiferentes. No podemos glorificarle cuando estamos descorazonados. Debemos tener fervor para asegurar nuestra propia salvación, y para salvar a otros. Debemos conceder suma importancia a esto, y considerar secundario todo lo demás.

Vi la belleza del cielo. Oí a los ángeles cantar sus himnos arrobadores, tributando alabanza, honra y gloria a Jesús. Pude entonces percibir vagamente el prodigioso amor del Hijo de Dios. El abandonó toda la gloria, toda la honra que se le tributaba en

el cielo, y se interesó de tal manera en nuestra salvación que, con paciencia y mansedumbre, soportó toda injuria y escarnio que los hombres quisieron imponerle. Fue herido, azotado y afligido; se lo exendió sobre la cruz del Calvario, y sufrió la muerte más atroz para salvarnos de la muerte; para que pudiésemos ser lavados en su sangre, y resucitar para vivir con él en las mansiones que está preparando, donde disfrutaremos la luz y la gloria del cielo, y oiremos cantar a los ángeles y cantaremos con ellos.

Vi que todo el cielo se interesaba en nuestra salvación; y ¿habremos de ser nosotros indiferentes? ¿Seremos negligentes como si fuese asunto de poca monta el que seamos salvos o perdidos? ¿Despreciaremos el sacrificio que fue hecho por nosotros? Algunos han obrado así. Han jugado con la misericordia que se les ofrecía y el desagrado de Dios pesa sobre ellos. No siempre habrá de quedar entristecido el Espíritu de Dios. Si se le contrista algo más, se apartará. Después que se haya hecho todo lo que Dios podía hacer para salvar a los hombres, y ellos por su vida hayan

demostrado que desprecian la misericordia ofrecida por Jesús, la muerte será su parte y pagarán caro esa actitud. Será una muerte horrible, porque habrán de sufrir la agonía que Cristo soportó en la cruz para obtener la redención que ellos han rehusado. Y se darán cuenta de lo que han perdido: la vida eterna y la herencia inmortal. El gran sacrificio que fue hecho para salvar las almas, nos revela su valor. Cuando el alma preciosa se perdió, se perdió para siempre.

Vi a un ángel de pie con una balanza en la mano, que pesaba los pensamientos y el interés del pueblo de Dios, especialmente de los jóvenes. En un platillo estaban los pensamientos e intereses que tendían hacia el cielo; en el otro se hallaban los pensamientos e intereses terrenales. En este platillo se arrojaba toda la lectura de cuentos, los pensamientos dedicados a los vestidos, la ostentación, la vanidad y el orgullo, etc. ¡Oh, cuán solemne momento! Los ángeles de Dios, de pie, pesan con balanza los pensamientos de los que profesan ser hijos de Dios, de aquellos que aseveran haber muerto al mundo y estar vivos para

Dios. El platillo lleno de los pensamientos terrenales, la vanidad y el orgullo, bajaba rápidamente a pesar de que se sacaba pesa tras pesa de la balanza. El que contenía los pensamientos e intereses referentes al cielo, subía mientras que el otro bajaba. ¡Qué liviano era! Puedo relatar esto como lo vi, pero nunca podré producir la solemne y vívida impresión que se grabó en mi mente, al ver al ángel que tenía la balanza donde se pesaban los pensamientos e intereses del pueblo de Dios. Dijo el ángel: "¿Pueden los tales entrar en el cielo? No, no, nunca. Diles que la esperanza que ahora poseen es vana, y que a menos que se arrepientan prestamente, y obtengan la salvación, perecerán".

Una forma de piedad no salvará a nadie. Todos deben tener una experiencia profunda y viva. Esto es lo único que los salvará en el tiempo de angustia. Entonces será probada su obra para ver de qué clase es; si es de oro, plata y piedras preciosas, serán escondidos como en lo secreto del pabellón de Jehová. Pero si su obra es de madera, paja y hojarasca, nada podrá protegerlos del fuego de la ira de Jehová.

Vi que muchos se miden entre sí y comparan su vida con la vida de otros. Esto no debe ser. Nadie sino Cristo nos es dado como ejemplo. El es nuestro verdadero modelo, y cada uno debe luchar para distinguirse por su imitación de él. Somos colaboradores de Cristo, o colaboradores del enemigo. O juntamos para Cristo, o dispersamos contra él. Somos cristianos decididos y de todo corazón, o no lo somos en absoluto. Dice Cristo: "¡Ojalá fueses frío, o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". Apocalipsis 3:15, 16.

Vi que algunos apenas saben lo que es la abnegación o el sacrificio, o lo que significa sufrir por causa de la verdad. Pero nadie entrará en el cielo sin hacer un sacrificio. Debemos tener espíritu de abnegación y sacrificio. Algunos no se han ofrecido a sí mismos ni a sus propios cuerpos sobre el altar de Dios. Conservan un genio impulsivo y arrebatado. Satisfacen sus apetitos y atienden sus propios intereses, sin tener en cuenta la causa de Dios. Los que están dispuestos a hacer

cualquier sacrificio para obtener la vida eterna, la tendrán, y vale la pena sufrir por ella, crucificar el yo, y sacrificar todo ídolo. El más excelso y eterno peso de gloria, supera todo lo demás, y eclipsa todo placer terreno.

Capítulo 4

Unión con Cristo y amor fraternal

Uno con Cristo en Dios

El propósito de Dios es que sus hijos se fusionen en la unidad. ¿No es vuestra esperanza vivir juntos en el mismo cielo? ¿Está Cristo dividido contra sí mismo? ¿Dará el éxito a sus hijos antes que hayan apartado de su medio toda discordia y toda crítica, antes que los obreros, en una perfecta unidad de intención, hayan consagrado sus corazones, sus pensamientos y sus fuerzas a una obra tan santa a la vista de Dios? La unión hace la fuerza. La desunión causa debilidad. Trabajando juntos y con armonía para la salvación de los hombres, debemos ser en verdad "[coadjutores]... de Dios". Los que se niegan a trabajar en armonía con los demás deshonran a Dios. El enemigo de las almas se regocija cuando ve a ciertos hermanos contrariándose unos a otros

en su trabajo. Los tales necesitan cultivar el amor fraternal y ternura en su corazón. Si pudiesen apartar el velo que cubre el porvenir y percibir las consecuencias de su desunión, ciertamente se arrepentirían.

La unión con Cristo y con los demás es nuestra única seguridad

El mundo mira con satisfacción la desunión de los cristianos. Los incrédulos se regocijan. Dios desea que se realice un cambio en su pueblo. La unión con Cristo y los unos con los otros constituye nuestra única salvaguardia en estos últimos días. No dejemos a Satanás la posibilidad de señalar con el dedo a los miembros de nuestra iglesia, diciendo: "Mirad como éstos, que se hallan bajo el estandarte de Cristo, se aborrecen unos a otros. Nada necesitamos temer de ellos, puesto que gastan más energías luchando unos contra otros que combatiendo a mis fuerzas".

Después del derramamiento del Espíritu Santo, los discípulos salieron para proclamar al Salvador

resucitado, poseídos del único deseo de salvar almas. Se regocijaban en la dulzura de la comunión con los santos. Eran afectuosos, atentos, abnegados, dispuestos a hacer cualquier sacrificio en favor de la verdad. En sus relaciones cotidianas unos con otros, manifestaban el amor que Cristo les había ordenado revelar al mundo. Por sus palabras y sus acciones desinteresadas, se esforzaban por encender este amor en otros corazones.

Los creyentes debían continuar cultivando el amor que llenaba el corazón de los apóstoles después del derramamiento del Espíritu Santo. Debían proseguir adelante y obedecer gustosos al nuevo mandamiento: “Como os he amado, que también os améis los unos a los otros”. Juan 13:34. Debían vivir tan unidos con Cristo que se verían capacitados para cumplir sus requerimientos. Debían ensalzar el poder de un Salvador que podía justificarlos por su justicia.

Mas los primeros cristianos principiaron a buscarse defectos unos a otros. Al detenerse a hablar de sus faltas, al dejar entrar la crítica,

perdieron de vista al Salvador y el gran amor que había manifestado hacia los pecadores. Se volvieron más estrictos respecto a las ceremonias exteriores, más puntillosos acerca de la teoría de la fe, más severos en sus críticas. En su celo por condenar a los demás, olvidaban sus propios errores. Descuidaban las lecciones de amor fraterno que Cristo les había enseñado y, lo que es más triste aún, no se daban cuenta de lo que habían perdido. No comprendían que la felicidad y la alegría se alejaban de su existencia, y que pronto, habiendo ahuyentado de su corazón el amor de Dios, andarían en las tinieblas.

El apóstol Juan, comprendiendo que el amor fraterno desaparecía de la iglesia, insistió muy particularmente en él. Hasta el día de su muerte, suplicó a los creyentes que se ejercitaran constantemente en el amor. Las cartas que dirigió a la iglesia están impregnadas de este pensamiento. “Carísimos, amémonos unos a otros—escribe él—; porque el amor es de Dios... Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él... Amados, si Dios así nos ha amado, debemos

también nosotros amarnos unos a otros”. 1 Juan 4:7-11.

Hay hoy una gran necesidad de amor fraternal en la iglesia de Dios. Muchos de los que aseveran amar al Señor no tienen amor hacia aquellos con quienes están unidos por vínculos de fraternidad cristiana. Tenemos la misma fe, somos miembros de una misma familia, somos todos hijos de un mismo Padre, y tenemos todos la misma esperanza bendita de la inmortalidad. ¡Cuán tiernos y estrechos debieran ser los vínculos que nos unen! La gente del mundo nos observa para ver si nuestra fe ejerce una influencia santificadora sobre nuestros corazones. Prestamente discierne todo defecto de nuestra vida y toda inconsecuencia de nuestras acciones. No le demos ocasión alguna de echar oprobio sobre nuestra fe.

La armonía y la unión son nuestro testimonio más fuerte

No es la oposición del mundo la que nos hace peligrar más. El mal que los cristianos profesos

guardan en su corazón nos expone al más grave de los desastres, y retarda el progreso de la obra de Dios. No hay modo más seguro de debilitar nuestra vida espiritual que el ser envidiosos, sospechar unos de otros y dejarnos llevar por la crítica y la calumnia. “Esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica. Porque donde hay envidia y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Mas la sabiduría que es de lo alto, primeramente es pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, no juzgadora, no fingida. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz”. Santiago 3:15-18.

La armonía y unión existente entre hombres de diversas tendencias es el testimonio más poderoso que pueda darse de que Dios envió a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. A nosotros nos toca dar este testimonio; pero para hacerlo, debemos colocarnos bajo las órdenes de Cristo; nuestro carácter debe armonizar con el suyo, nuestra voluntad debe rendirse a la suya. Entonces trabajaremos juntos sin contrariarnos.

Cuando uno se detiene en las pequeñas divergencias, se ve llevado a cometer actos que destruyen la fraternidad cristiana. No permitamos que el enemigo obtenga en esta forma la ventaja sobre nosotros. Mantengámonos siempre más cerca de Dios y más cerca unos de otros. Entonces seremos como árboles de justicia plantados por el Señor, y regados por el río de la vida. ¡Cuántos frutos llevaremos! ¿No dijo Cristo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto?”. Juan 15:8.

Cuando el pueblo de Dios crea sin reservas en la oración de Cristo y ponga sus instrucciones en práctica en la vida diaria, habrá unidad de acción en nuestras filas. Un hermano se sentirá unido al otro por las cadenas del amor de Cristo. Sólo el Espíritu de Dios puede realizar esta unidad. El que se santificó a sí mismo puede santificar a sus discípulos. Unidos con él, estarán unidos unos a otros en la fe más santa. Cuando luchemos para obtener esta unidad como Dios desea que luchemos, nos será concedida.

No es el gran número de las instituciones, los grandes edificios ni la ostentación exterior lo que Dios requiere, sino la acción armoniosa de un pueblo peculiar, escogido por Dios y precioso, cuyos miembros estén unidos unos con otros, cuya vida esté escondida con Cristo en Dios. Cada uno debe ocupar su sitio y lugar y ejercer una influencia correcta en pensamiento, palabra y acción. Cuando todos los obreros de Dios actúen así y no antes, su obra será un conjunto completo y simétrico.

El Señor llama a hombres que tengan una fe sincera y un pensamiento sano, hombres que reconozcan la diferencia entre lo falso y lo verdadero. Cada uno debe mantenerse en guardia, estudiar y practicar las lecciones dadas en el capítulo 17 del Evangelio de Juan, y conservar una fe viva en la verdad presente. Necesitamos el dominio propio que nos permitirá conformar nuestras costumbres a la oración de Cristo.

El Salvador anhela que sus discípulos cumplan el plan de Dios en toda su altura y toda su

profundidad. Deben estar unidos en él, aunque se hallen dispersos en el mundo. Pero Dios no puede unirlos en Cristo si no están dispuestos a abandonar su propio camino para seguir el suyo.

Cooperación

Cuando se establecen instituciones en campos nuevos, es a menudo necesario confiar responsabilidades a personas que no están familiarizadas con los detalles de su tarea. Estas personas trabajan en condiciones muy desventajosas, y a menos que ellas y sus colaboradores se interesen sin egoísmo por la institución del Señor, este estado de cosas creará una situación que impedirá su prosperidad.

Muchos piensan que la clase de trabajo que realizan les pertenece a ellos solos, y que nadie puede darles un consejo al respecto. Hasta es muy posible que ignoren los mejores métodos para realizar el trabajo; sin embargo, si alguno se aventura a darles un consejo se ofenden, y quedan más decididos que antes a seguir su criterio de una

manera independiente. Por otro lado, hay algunos obreros que no están dispuestos a acudir en auxilio de sus colaboradores ni a instruirlos. Otros aún, sin experiencia, no desean que se reconozca su ignorancia; y cometen errores que cuestan tiempo y dinero porque son demasiado orgullosos para pedir consejo.

Es fácil determinar la causa de estas dificultades: mientras ellos debieran haberse considerado como los diversos hilos de un tapiz que han de ser tejidos juntos, los obreros se han separado como hilos independientes.

Estas cosas contristan al Espíritu Santo. Dios desea que aprendamos unos de otros. La independencia que no está santificada nos coloca en una posición tal que el Señor no puede trabajar con nosotros. Y Satanás queda satisfecho con tal estado de cosas.

Todo obrero será probado para que se sepa si trabaja en favor del progreso de la institución del Señor o para servir sus propios intereses.

El pecado más incurable es el orgullo y la presunción. Estos defectos impiden todo crecimiento. Cuando un hombre tiene defectos de carácter, y no lo sabe, cuando está tan lleno de suficiencia que no puede ver sus faltas, ¿cómo puede ser purificado? “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”. Mateo 9:12. ¿Cómo puede uno realizar progresos si se cree perfecto?. Nadie sino un verdadero cristiano puede ser un verdadero caballero.

Capítulo 5

Cristo nuestra justicia

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. 1 Juan 1:9.

Dios requiere que confesemos nuestros pecados y humillemos nuestro corazón ante él. Pero al mismo tiempo debiéramos tenerle confianza como a un Padre tierno que no abandonará a aquellos que ponen su confianza en él. Muchos de nosotros caminamos por vista y no por fe. Creemos las cosas que se ven, pero no apreciamos las preciosas promesas que se nos dan en la Palabra de Dios. Sin embargo, no podemos deshonrar a Dios más decididamente que mostrando que desconfiamos de lo que él dice, y poniendo en duda si el Señor nos habla de verdad o nos está engañando.

Dios no nos abandona debido a nuestros pecados. Quizá hayamos cometido errores y contristado a su Espíritu, pero cuando nos

arrepentimos y vamos a él con corazón contrito, no nos desdeña. Hay estorbos que deben ser retirados. Se han fomentado sentimientos equivocados y ha habido orgullo, suficiencia propia, impaciencia y murmuraciones. Todo esto nos separa de Dios. Deben confesarse los pecados; debe haber una obra más profunda de la gracia en el corazón. Los que se sienten débiles y desanimados deben llegar a ser hombres fuertes en Dios y deben hacer una noble obra para el Maestro. Pero deben proceder con altura; no deben ser influidos por motivos egoístas.

Debemos aprender en la escuela de Cristo. Sólo su justicia pue- de darnos derecho a una de las bendiciones del pacto de la gracia. Durante mucho tiempo, hemos deseado y procurado obtener esas bendiciones, pero no las hemos recibido porque hemos fomentado la idea de que podríamos hacer algo para hacernos dignos de ellas. No hemos apartado la vista de nosotros mismos, creyendo que Jesús es un Salvador viviente. No debemos pensar que nos salvan nuestra propia gracia y méritos. La gracia de Cristo es nuestra única esperanza de salvación. El Señor promete mediante su profeta:

“Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Isaías 55:7. Debemos creer en la promesa en sí, y no aceptar un sentimiento como si fuera fe. Cuando confiemos plenamente en Dios, cuando descansemos sobre los méritos de Jesús como en un Salvador que perdona los pecados, recibiremos toda la ayuda que podamos desear.

Miramos a nuestro yo como si tuviéramos poder para salvarnos a nosotros mismos, pero Jesús murió por nosotros porque somos impotentes para hacer eso. En él están nuestra esperanza, nuestra justificación, nuestra justicia. No debemos desalentarnos y temer que no tenemos Salvador, o que él no tiene pensamientos de misericordia hacia nosotros. En este mismo momento está realizando su obra en nuestro favor, invitándonos a acudir a él, en nuestra impotencia, y ser salvados. Lo deshonramos con nuestra incredulidad. Es asombroso cómo tratamos a nuestro mejor Amigo, cuán poca confianza depositamos en Aquel que

puede salvarnos hasta lo último y que nos ha dado toda evidencia de su gran amor. Mis hermanos, ¿esperáis que vuestros méritos os recomendarán para recibir el favor de Dios, pensando que debéis ser liberados del pecado antes de que confiéis en su poder para salvar? Si ésta es la lucha que se efectúa en vuestra mente, temo que no ganéis fortaleza y que al final quedaréis desanimados.

En el desierto, cuando el Señor permitió que serpientes venenosas atacaran a los israelitas rebeldes, se instruyó a Moisés que erigiera una serpiente de bronce y ordenara que todos los heridos la miraran y vivieran. Pero muchos no vieron la utilidad de ese remedio indicado por el Cielo. Los muertos y moribundos los rodeaban por doquiera, y sabían que sin la ayuda divina su muerte era cierta. Mas estaban dispuestos a lamentar sus heridas, sus dolores, su muer- te segura, hasta que se terminaba su energía y sus ojos quedaban vidriosos, cuando podrían haber recibido una curación instantánea.

“Como Moisés levantó la serpiente en el

desierto, así” también fue “el Hijo del hombre... levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:14, 15. Si estáis conscientes de vuestros pecados, no dediquéis todas vuestras facultades a lamentaros por ellos, sino mirad y vivid. Jesús es nuestro único Salvador, y aunque millones que necesitan ser curados rechacen su misericordia ofrecida, nadie que confía en sus méritos será abandonado para perecer. Al paso que reconozcamos nuestra condición impotente sin Cristo, no debemos desanimarnos. Debemos confiar en un Salvador crucificado y resucitado. Pobre alma, enferma de pecado y desanimada, mira y vive. Jesús ha empeñado su palabra; salvará a todos los que acuden a él.

Venid a Jesús, y recibid descanso y paz. Ahora mismo podéis tener la bendición. Satanás os sugiere que sois impotentes y que no podéis bendeciros a vosotros mismos. Es verdad: sois impotentes. Pero exaltad a Jesús delante de él: “Tengo un Salvador resucitado. En él confío y él nunca permitirá que yo sea confundido. Yo triunfo

en su nombre. El es mi justicia y mi corona de regocijo". En lo que respecta a esto, nadie piense que su caso es sin esperanza, pues no es así. Quizás os parezca que sois pecadores y estáis perdidos, pero precisamente por eso necesitáis un Salvador. Si tenéis pecados que confesar, no perdáis tiempo. Los momentos son de oro. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". 1 Juan 1:9. Serán saciados los que tienen hambre y sed de justicia, pues Jesús lo ha prometido. ¡Precioso Salvador! Sus brazos están abiertos para recibirnos, y su gran corazón de amor espera para bendecirnos.

Algunos parecen sentir que deben ser puestos a prueba y deben demostrar al Señor que se han reformado, antes de poder demandar sus bendiciones. Sin embargo, esas queridas almas pueden pedir ahora mismo la bendición. Deben tener la gracia de Cristo, el Espíritu de Cristo que les ayude en sus debilidades, o no podrán formar un carácter cristiano. Jesús anhela que vayamos a él tal como somos: pecadores, impotentes, desvalidos.

El arrepentimiento, tanto como el perdón, es el don de Dios mediante Cristo. Mediante la influencia del Espíritu Santo somos convencidos de pecado y sentimos nuestra necesidad de perdón. Sólo los contritos son perdonados, pero es la gracia de Dios la que hace que se arrepienta el corazón. El conoce todas nuestras debilidades y flaquezas, y nos ayudará.

Algunos que acuden a Dios mediante el arrepentimiento y la confesión, y creen que sus pecados han sido perdonados, no recurren, sin embargo, a las promesas de Dios como debieran. No comprenden que Jesús es un Salvador siempre presente y no están listos para confiarle la custodia de su alma, descansando en él para que perfeccione la obra de la gracia comenzada en su corazón. Al paso que piensan que se entregan a Dios, existe mucho de confianza propia. Hay almas concienzudas que confían parcialmente en Dios y parcialmente en sí mismas. No recurren a Dios para ser preservadas por su poder, sino que dependen de su vigilancia contra la tentación y de la realización

de ciertos deberes para que Dios las acepte. No hay victorias en esta clase de fe. Tales personas se esfuerzan en vano. Sus almas están en un yugo continuo y no hallan descanso hasta que sus cargas son puestas a los pies de Jesús.

Se necesitan vigilancia constante y ferviente y amante devoción. Pero ellas se presentarán naturalmente cuando el alma es preservada por el poder de Dios, mediante la fe. No podemos hacer nada, absolutamente nada para ganar el favor divino. No debemos confiar absolutamente en nosotros mismos ni en nuestras buenas obras. Sin embargo, cuando vamos a Cristo como seres falibles y pecaminosos, podemos hallar descanso en su amor. Dios aceptará a cada uno que acude a él confiando plenamente en los méritos de un Salvador crucificado. El amor surge del corazón. Puede no haber un éxtasis de sentimientos, pero hay una confianza pacífica permanente. Toda carga se hace liviana, pues es fácil el yugo que impone Cristo. El deber se convierte en una delicia, y el sacrificio en un placer. La senda que antes parecía envuelta en tinieblas se hace brillante con los rayos

del Sol de Justicia. Esto es caminar en la luz como Cristo está en la luz.

Capítulo 6

La vida santificada

Nuestro Salvador reclama todo lo que tenemos; pide nuestros primeros y más santos pensamientos, nuestros más puros y más intensos afectos. Si en realidad somos participantes de la naturaleza divina, su alabanza estará continuamente en nuestros corazones y en nuestros labios. Nuestra única seguridad es entregar todo lo que somos a él, y estar constantemente creciendo en la gracia y en el conocimiento de la verdad.

La santificación que presentan las Sagradas Escrituras tiene que ver con el ser entero: el espíritu, el alma y el cuerpo. He aquí el verdadero concepto de una consagración integral. El apóstol San Pablo ruega que la iglesia de Tesalónica disfrute de una gran bendición: “Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. 1 Tesalonicenses 5:23.

Existe en el mundo religioso una teoría sobre la santificación que es falsa en sí misma, y peligrosa en su influencia. En muchos casos, aquellos que profesan poseer la santificación no conocen esa experiencia en forma genuina. Su santificación consiste en pura charla y en el culto de la voluntad.

Prescinden de la razón y el juicio, y dependen totalmente de sus sentimientos, basando sus pretensiones de santificación sobre las emociones que tengan en una oportunidad determinada. Son tercos y perseveran en sus propias y tenaces pretensiones de santidad, usando muchas palabras, pero sin llevar el fruto precioso como prueba. Esas personas que profesan ser santas no solamente están engañando sus propias almas con sus pretensiones, sino que ejercen una influencia que desvía a muchos que desean fervientemente conformarse con la voluntad de Dios. Se los puede escuchar reiterar una y otra vez: “¡Dios me guía! ¡Dios me guía! Vivo sin pecado”. Muchos que se relacionan con este espíritu se encuentran con algo oscuro y misterioso que no pueden comprender.

Pero es precisamente aquello lo que difiere totalmente de Cristo, el único modelo verdadero.

La santificación es una obra progresiva. Los pasos sucesivos, según se los presenta en las palabras de Pedro, son los siguientes: “Poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud; y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza; y en la templanza paciencia; y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios, amor fraternal, y en el amor fraternal caridad”. 2 Pedro 1:5-8. “Por lo cual, hermanos, procurad tanto más hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. Vers. 10, 11.

He aquí una conducta en virtud de la cual se nos asegura que nunca caeremos. Los que están así trabajando según el plan de la adición para obtener las gracias de Cristo, tienen la seguridad de que Dios obrará según el plan de la multiplicación al concederles los dones de su Espíritu.

La santificación no es obra de un momento, una hora o un día. Es un crecimiento continuo en la gracia. No sabemos un día cuán intenso será nuestro conflicto al día siguiente. Satanás vive, es activo y cada día necesitamos clamar fervorosamente a Dios por ayuda y fortaleza para resistirle. Mientras reine Satanás tendremos que subyugar el yo, tendremos asedios que vencer, y no habrá punto en que detenerse, donde podamos decir que hemos alcanzado la plena victoria.

La vida cristiana es una marcha constante hacia adelante. Jesús está sentado para refinar y purificar a sus hijos; y cuando su imagen se refleja perfectamente en ellos, son perfectos y santos, preparados para la traslación. Se requiere del cristiano una obra grande. Se nos exhorta a purificarnos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, y a perfeccionar la santidad en el temor de Dios. En esto vemos en qué estriba la gran labor. Hay trabajo constante para el cristiano. Todo sarmiento de la cepa debe obtener de ella vida y fuerza a fin de dar fruto.

Que nadie se engañe pensando que Dios perdonará y bendecirá a aquellos que están pisoteando uno de sus requerimientos. La comisión voluntaria de un pecado conocido, silencia el testimonio del Espíritu, y separa el alma de Dios. Cualquiera sea el éxtasis del sentimiento religioso, Jesús no puede morar en el corazón que desobedece la ley divina. Dios honrará a aquellos que lo honran.

Cuando Pablo escribió: “Y el Dios de paz os santifique en todo” (1 Tesalonicenses 5:23), no exhortó a sus hermanos a proponerse una norma que les fuese imposible alcanzar; no oró porque ellos obtuvieran bendiciones que no fuera la voluntad de Dios conceder. El sabía que todos los que deseen estar listos para encontrar a Cristo en paz deben poseer un carácter puro y santo. Véase 1 Corintios 9:25-27; 6:19, 20.

El verdadero principio cristiano no se detiene a pesar las consecuencias. No pregunta: ¿Qué pensará la gente de mí si hago esto? ¿O cómo

afectará esto mis perspectivas mundanas si lo hago? Con el más intenso anhelo, los hijos de Dios desean saber lo que el Señor quiere que hagan, para que sus obras lo glorifiquen. Dios ha hecho amplia provisión para que los corazones y las vidas de todos sus seguidores puedan ser dominados por su divina gracia, a fin de que sean una luz ardiente y brillante en el mundo.

Las evidencias de la santificación

Nuestro Salvador era la luz del mundo; pero el mundo no lo conoció. Estaba constantemente ocupado en obras de misericordia, proyectando luz sobre la senda de todos; sin embargo no pidió a aquellos con los cuales se relacionaba que contemplaran su virtud inigualable, su abnegación, su espíritu de sacrificio y su benevolencia. Los judíos no admiraban una vida tal. Ellos consideraban su religión sin valor, porque no estaba de acuerdo con su norma de piedad; decidieron que Cristo no era religioso en espíritu o en carácter; porque la religión de ellos consistía en ostentación, en orar en público y en hacer obras de

caridad por causa del efecto... El más precioso fruto de la santificación es la gracia de la mansedumbre. Cuando esta gracia preside en el alma, la disposición es modelada por su influencia. Hay un constante esperar en Dios, y una sumisión a la voluntad divina.

La abnegación, el sacrificio propio, la benevolencia, la bondad, el amor, la paciencia, la fortaleza y la confianza cristiana son los frutos cotidianos que llevan aquellos que están realmente vinculados con Dios. Sus actos pueden no ser publicados al mundo, pero ellos están luchando todos los días contra el mal, ganando preciosas victorias contra la tentación y el error. Votos solemnes son renovados y cumplidos por la fuerza obtenida mediante la oración fervorosa y la constante vigilancia. La persona ardiente y entusiasta no discierne las luchas de estos obreros silenciosos; pero el ojo de Aquel que ve los secretos del corazón, nota y considera con aprobación todo esfuerzo realizado con humildad y mansedumbre. Es el tiempo de prueba el que revela el oro puro del amor y la fe en el carácter. El celo

perseverante y el afecto cálido de los verdaderos seguidores de Cristo se desarrollan cuando vienen sobre la iglesia pruebas y perplejidades.

Todos los que entran en la esfera de su influencia [se refiere al hombre verdaderamente religioso] perciben la hermosura y la fragancia de la vida cristiana, mientras que él mismo es inconsciente de ella, puesto que está en armonía con sus hábitos y sus inclinaciones. Ora por luz divina, y le gusta vivir en armonía con esa luz. Su comida y su bebida es hacer la voluntad de su Padre celestial. Su vida está escondida con Cristo en Dios; sin embargo, no se jacta de esto, ni parece consciente de ello. Dios acepta al hombre humilde que sigue de cerca en los pasos del Maestro. Los ángeles son atraídos a él, y a ellos les agrada detenerse a lo largo de su senda. Pueden ser pasados por alto como indignos de que se les dedique atención por aquellos que pretenden haber logrado exaltadas conquistas, y que se deleitan en hacer prominentes sus buenas obras; pero los ángeles celestiales se inclinan con amor sobre ellos y son como muro de fuego que los circunda.

Daniel: un ejemplo de vida santificada

La vida de Daniel es una ilustración inspirada de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos, y especialmente para los jóvenes. El cumplimiento estricto de los requerimientos de Dios es benéfico para la salud del cuerpo y la mente. A fin de alcanzar las más altas condiciones morales e intelectuales, es necesario buscar sabiduría y fuerza de Dios, y observar la estricta temperancia en todos los hábitos de la vida.

Cuanto más inmaculada la conducta de Daniel, mayor era el odio que excitaban contra él sus enemigos. Estaban llenos de enojo, porque no podían encontrar nada en su carácter moral o en la realización de sus deberes, sobre lo cual basar una queja. “[Entonces dijeron aquellos hombres] No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna [para acusarle], si no la hallamos contra él en [relación con] la ley de su Dios”. Daniel 6:5.

¡Qué lección se presenta aquí para todos los cristianos! Los ojos aguzados por el celo estaban fijos en Daniel día tras día; y su alerta estaba acerada por el odio; sin embargo no podían presentar como errónea ni una sola palabra, ni un solo acto de su vida. Con todo, él no tenía ninguna pretensión de santificación; pero hizo aquello que era infinitamente mejor: vivía una vida de fidelidad y consagración.

El decreto es proclamado por el rey. Daniel se halla familiarizado con el propósito de sus enemigos de arruinarlo. Pero él no cambia su conducta en un solo aspecto. Con calma realiza sus deberes acostumbrados, y a la hora de la oración, va a su cámara, y con las ventanas abiertas hacia Jerusalén, ofrece sus peticiones al Dios del cielo. Mediante su comportamiento declara intrépidamente que ningún poder terrenal tiene el derecho a interrumpir su relación con Dios, y decirle a quién debía y a quién no debía orar. ¡Noble hombre de principios! ¡Se yergue ante el mundo hoy como un loable ejemplo de valentía y fidelidad cristianas! Se vuelve a Dios con todo su

corazón, aunque sabe que la muerte es la penalidad por su devoción.

“Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y echáronle en el foso de los leones. Y hablando el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quién tú continuamente sirves, él te libre”. Daniel 6:16.

Temprano por la mañana el monarca se apresuró al foso de los leones y exclamó: “Daniel: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?”. Daniel 6:20. La voz del profeta fue oída en respuesta: “Oh rey, para siempre vive. El Dios mío envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen mal: porque delante de él se halló en mí justicia; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho lo que no debiese”.

“Entonces se alegró el rey en gran manera a causa de él, y mandó sacar a Daniel del foso; y fue Daniel sacado del foso, y ninguna lesión se halló en él, porque creyó en su Dios”. Vers. 21-23. Así el siervo de Dios fue librado. Y la trampa que los

enemigos habían ideado para su destrucción resultó ser su propia ruina. A la orden del rey ellos fueron echados en el foso, e instantáneamente fueron devorados por las bestias salvajes.

Al acercarse el tiempo de la terminación de los setenta años de cautiverio, Daniel se aplicó en gran manera al estudio de las profecías de Jeremías.

Daniel no proclama su propia fidelidad ante el Señor. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identifica humildemente con el Israel verdaderamente pecaminoso. La sabiduría que Dios le había impartido era tan superior a la sabiduría de los grandes hombres del mundo, como la luz del sol que brilla en los cielos al mediodía es más brillante que la más débil estrella. Y sin embargo, ponderad la oración que sale de los labios de este hombre tan altamente favorecido del cielo. Con profunda humillación, con lágrimas y con un corazón contrito, ruega por sí mismo y por su pueblo. Abre su alma delante de Dios, confesando su propia indignidad y reconociendo la grandeza y la majestad del Señor.

Mientras se eleva la oración de Daniel, el ángel Gabriel viene volando desde los atrios del cielo, para decirle que sus peticiones han sido escuchadas y contestadas. Este ángel poderoso ha sido comisionado para darle entendimiento y comprensión: para abrir delante de él los misterios de las edades futuras. Así, mientras trata fervorosamente de conocer y comprender la verdad, Daniel se pone en comunicación con el mensajero delegado del cielo.

En respuesta a su petición, Daniel recibió no solamente la luz y la verdad que él y su pueblo necesitaban en gran manera, sino una visión de los grandes acontecimientos del futuro, hasta el advenimiento del Redentor del mundo. Los que pretenden estar santificados, y sin embargo no tienen deseo de investigar las Escrituras o de luchar con Dios en oración para obtener una comprensión más clara de la verdad bíblica, no saben lo que es la verdadera santificación.

Daniel habló con Dios. El cielo se abrió delante

de él. Pero los altos honores que se le concedieron fueron el resultado de la humillación y su ferviente búsqueda. Todos los que creen de todo corazón la Palabra de Dios tendrán hambre y sed del conocimiento de su voluntad. Dios es el autor de la verdad. El ilumina el entendimiento entenebrecido, y da a la mente humana poder para captar y comprender las verdades que él ha revelado.

Las grandes verdades reveladas por el Redentor del mundo, son para aquellos que investigan la verdad para encontrar los tesoros escondidos. Daniel era un hombre de edad. Su vida había transcurrido entre las fascinaciones de una corte pagana, y su mente estaba ocupada con los asuntos de estado de un gran imperio. Sin embargo, él se aparta de todas estas cosas para afligir su alma delante de Dios y buscar una comprensión de los propósitos del Altísimo. Y en respuesta a sus súplicas, se le envía luz desde los atrios celestiales, destinada a los que vivieran en los días finales. ¡Con qué fervor, pues, debiéramos buscar a Dios, a fin de que él abra nuestro entendimiento para comprender las verdades que nos fueron traídas del

cielo!

Daniel era un siervo devoto del Altísimo. Su larga vida estuvo llena de nobles hechos de servicio por su Maestro. Su pureza de carácter y su inalterable fidelidad son igualadas por su humildad de corazón y su contrición delante de Dios. Repetimos, la vida de Daniel es una ilustración inspirada de la verdadera santificación.

Dios prueba a aquellos a quienes estima

El hecho de que somos llamados a soportar pruebas demuestra que el Señor Jesús ve en nosotros algo muy precioso, que desea desarrollar. Si no viese en nosotros algo que puede glorificar su nombre, no dedicaría tiempo a refinarnos. No nos esmeramos en podar zarzas. Cristo no arroja a su horno piedras sin valor. Lo que él purifica es mineral valioso.

A los hombres a quienes Dios destina para ocupar puestos de responsabilidad, él les revela en su misericordia sus defectos ocultos, a fin de que

puedan mirar su interior y examinar con ojo crítico las complicadas emociones y manifestaciones de su propio corazón, y notar lo que es malo, para que puedan modificar su disposición y refinar sus modales. En su providencia, el Señor pone a los hombres donde él pueda probar sus facultades morales y revelar sus motivos, a fin de que puedan mejorar lo que es bueno en ellos y apartar lo malo. Dios quiere que sus siervos se familiaricen con el mecanismo moral de su propio corazón. A fin de lograrlo, permite con frecuencia que el fuego de la aflicción los asalte para que se purifiquen. “¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata: porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia”. Malaquías 3:2, 3.

Dios conduce a su pueblo paso a paso. Coloca a sus seguidores en diferentes situaciones a fin de que se manifieste lo que hay en el corazón. Algunos soportan ciertas pruebas, pero fracasan en

otras. A medida que se avanza en este proceso, el corazón es probado un poco más severamente. Si los que profesan ser hijos de Dios, encuentran que su corazón se opone a esta obra directa, deben convencerse de que tienen que hacer algo para vencer, si no quieren ser vomitados de la boca del Señor.

Tan pronto como reconocemos nuestra incapacidad para hacer la obra de Dios, y nos sometemos a él para ser guiados por su sabiduría, el Señor puede trabajar con nosotros. Si estamos dispuestos a desterrar el egoísmo de nuestra alma, él suplirá todas nuestras necesidades.

Consejos para los que buscan la seguridad de la aceptación de Dios

¿Cómo habéis de saber que sois aceptos a Dios? Estudiad su Palabra con oración. No la pongáis a un lado por ningún otro libro. Ella os convence de pecado. Revela claramente el camino de la salvación. Saca a luz una recompensa brillante y gloriosa. Os revela un Salvador

completo y os enseña que únicamente por su misericordia ilimitada podéis esperar salvación.

No descuidéis la oración secreta, porque es el alma de la religión. Con oración ferviente y sincera, solicitad pureza para vuestra alma. Interceded tan ferviente y ardorosamente como lo haríais por vuestra vida mortal, si estuviese en juego. Permaneced delante de Dios hasta que se enciendan en vosotros anhelos indecibles de salvación, y obtengáis la dulce evidencia de que vuestro pecado está perdonado.14

Jesús no le ha abandonado a usted para que se asombre en las pruebas y las dificultades que encuentra. El se lo ha expuesto todo, como también le ha dicho que no se quede abatido ni oprimido cuando vienen las pruebas. Mire a Jesús, su Redentor, tenga ánimo y regocíjese. Las pruebas más duras de soportar son aquellas que provienen de nuestros hermanos, de nuestros amigos cercanos; pero aun estas pruebas pueden ser soportadas con paciencia. Jesús no está en la tumba nueva de José. Resucitó y ascendió al cielo, para

interceder allí en nuestro favor. Tenemos un Salvador que nos amó de tal manera que murió por nosotros, a fin de que por él pudiésemos tener esperanza, fuerza y valor, y un lugar con él en su trono. El puede y quiere ayudarnos cuando le invoquemos.

¿Siente usted su insuficiencia para el puesto de confianza que ocupa? Gracias a Dios por esto. Cuanto más sienta usted su debilidad, tanto más inclinado estará a buscar un auxiliador. “Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros”. Santiago 4:8. Jesús quiere que us ted sea feliz y alegre. Quiere que usted haga lo mejor que puede, con la capacidad que Dios le ha dado, y luego confíe en que el Señor le ayudará, y suscitará quienes le habrán de ayudar a llevar las cargas.

No permita que le hagan daño las palabras duras de los hombres. ¿No dijeron los hombres cosas duras acerca de Jesús? Usted yerra, y a veces puede dar ocasión a que se hagan declaraciones inclementes, cosa que nunca hizo Jesús. El era puro, inmaculado y sin contaminación. No espere

usted mejor suerte en esta vida que la que tuvo el Príncipe de gloria. Cuando sus enemigos vean que pueden hacerle daño, se regocijarán, y Satanás también. Mire a Jesús, y trabaje sinceramente para su gloria. Mantenga su corazón en el amor de Dios.

Los sentimientos solos no son una indicación de santificación

Los sentimientos felices o la ausencia de gozo no es evidencia ninguna de que una persona está o no está santificada. No existe tal cosa como santificación instantánea. La verdadera santificación es una obra diaria, que continúa por toda la vida. Los que están luchando con tentaciones cotidianas, venciendo sus propias tendencias pecaminosas, y buscando la santificación del corazón y la vida, no realizan ninguna pretensión ostentosa de santidad. Tienen hambre y sed de justicia. El pecado les parece excesivamente pecaminoso.

El arrepentimiento, tanto como el perdón, es el don de Dios mediante Cristo. Mediante la

influencia del Espíritu Santo somos convencidos de pecado y sentimos nuestra necesidad de perdón. Sólo los contritos son perdonados, pero es la gracia de Dios la que hace que se arrepienta el corazón. El conoce todas nuestras debilidades y flaquezas, y nos ayudará.

Las tinieblas y el desánimo a veces vendrán sobre el alma y nos amenazarán con abrumarnos; pero no debemos perder nuestra confianza. Hemos de mantener nuestros ojos fijos en Jesús, sea que lo sintamos o no. Debemos tratar de realizar fielmente cada deber conocido, y entonces descansar con tranquilidad en las promesas de Dios.

A veces un profundo sentimiento de nuestra indignidad estremecerá nuestra alma con una conmoción de terror; pero esto no es una evidencia de que Dios ha cambiado hacia nosotros o nosotros hacia Dios. No debe hacerse ningún esfuerzo para conseguir que el alma alcance cierta intensidad de emoción. Podemos hoy no sentir la paz y el gozo que sentimos ayer; pero por la fe debemos asirnos de Cristo, y confiar en él tan plenamente en las

tinieblas como en la luz.

Por la fe mirad las coronas preparadas para los que venzan, escuchad el canto alborozado de los redimidos: ¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado y nos ha redimido para Dios! Tratad de considerar estas escenas como reales.

Si permitimos que nuestra mente se espacie más en Cristo y en el mundo celestial, encontraremos un poderoso estímulo y un sostén para luchar las batallas del Señor. El orgullo y el amor del mundo perderán su poder mientras contemplamos las glorias de aquella tierra mejor que tan pronto ha de ser nuestro hogar. Frente a la hermosura de Cristo, todas las atracciones terrenales parecerán de poco valor.

Aun cuando Pablo fue finalmente confinado en una prisión romana, privado de la luz y del aire del cielo, separado de sus activas labores en el evangelio, y momentáneamente esperando ser condenado a muerte, no se rindió a la duda o al desaliento. Desde aquel lóbrego calabozo nos llega

su agonizante testimonio lleno de fe y valor sublimes que ha inspirado los corazones de los santos y mártires de todas las edades sucesivas. Sus palabras describen en forma adecuada los resultados de la santificación que hemos tratado de presentar en estas páginas. “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo en aquel día; y no sólo a mí, sino a también a todos los que aman su venida”. 2 Timoteo 4:6-8.

Capítulo 7

Dios tiene una obra para usted

La obra de Dios en esta tierra no podrá nunca terminarse antes que los hombres y mujeres abarcados por el total de miembros de nuestra iglesia se unan a la obra y aúnen sus esfuerzos con los de los pastores y dirigentes de las iglesias.

Las palabras: “Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15), se dirigen a todos los que siguen a Cristo. Todos los que son ordenados a la vida de Cristo están ordenados para trabajar por la salvación de sus semejantes. Ha de manifestarse en ellos el mismo anhelo que él sintió en su alma por la salvación de los perdidos. No todos pueden desempeñar el mismo cargo, pero hay cabida y trabajo para todos. Todos aquellos a quienes han si- do concedidas las bendiciones de Dios deben responder sirviendo realmente; y han de emplear todo don para el

progreso de su reino.

La predicación es una pequeña parte de la obra que ha de ser hecha por la salvación de las almas. El Espíritu de Dios convence a los pecadores de la verdad, y los pone en los brazos de la iglesia. Los predicadores pueden hacer su parte, pero no pueden nunca realizar la obra que la iglesia debe hacer. Dios requiere que su iglesia cuide de aquellos que son jóvenes en la fe y experiencia, que vaya a ellos, no con el propósito de chismear con ellos, sino para orar, para hablarles palabras que sean “como manzanas de oro en canastillos de plata”. Proverbios 25:11.

Dios ha llamado a su iglesia en este tiempo, como llamó al antiguo Israel, para que se destaque como luz en la tierra. Por la poderosa hacha de la verdad—los mensajes de los ángeles primero, segundo y tercero—, la ha separado de las iglesias y del mundo para colocarla en sagrada proximidad a sí mismo. La ha hecho depositaria de su ley, y le ha confiado las grandes verdades de la profecía para este tiempo. Como los santos oráculos

confiados al antiguo Israel, son un sagrado cometido que ha de ser comunicado al mundo. Los tres ángeles de (Apocalipsis 14) representan a aquellos que aceptan la luz de los mensajes de Dios, y salen como agentes suyos para pregonar las amonestaciones por toda la anchura y longitud de la tierra. Cristo declara a los que le siguen: “Sois la luz del mundo”. Mateo 5:14. A toda alma que acepta a Jesús, la cruz del Calvario dice: “He aquí el valor de un alma. ‘Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura’”. Marcos 16:15. No se ha de permitir que nada estorbe esta obra. Es una obra de suma importancia para este tiempo; y ha de ser tan abarcante como la eternidad. El amor que Jesús manifestó por las almas de los hombres en el sacrificio que hizo por su redención, impulsará a todos los que le sigan.

Jesús acepta con gozo los servicios de cualquier ser humano que se entrega a él. Asocia lo humano con lo divino, a fin de comunicar al mundo los misterios del amor encarnado. Sea este amor el objeto de vuestras conversaciones, de vuestras oraciones y de vuestros cantos: llenad el mundo

con el mensaje de su verdad, y llevad este mensaje hacia las regiones lejanas.

Los verdaderos seguidores de Cristo testificarán por él

Si cada uno fuese un misionero vivo, el mensaje para este tiempo sería proclamado prestamente en todos los países, a todo pueblo, nación y lengua.

Todos los que desean entrar en la ciudad de Dios, deben poner de manifiesto al Salvador en todo trato que tengan durante esta vida terrenal. Así es como los mensajeros de Cristo serán sus testigos. Deben dar un testimonio claro y decidido contra toda mala costumbre, y enseñar a los pecadores el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. A todos los que le reciben, él les da poder de ser hechos hijos de Dios. La regeneración es el único sendero que da acceso a la ciudad de Dios. Este sendero es estrecho y la puerta por la que se debe pasar, angosta; sin embargo, por este camino debemos conducir a hombres, mujeres y

niños, enseñándoles que para salvarse deben poseer un corazón y espíritu nuevos. Los antiguos rasgos de carácter hereditarios deben ser vencidos. Los deseos naturales del alma deben cambiar. Toda malicia, toda mentira, toda calumnia, deben eliminarse. Debe vivirse la vida nueva que nos hace parecer a Cristo.

Hermanos y hermanas, ¿deseáis quebrantar el ensalmo que os domina? ¿queréis despertar de esta pereza que se asemeja al torpor de la muerte? Id a trabajar, sintáis el deseo o no. Esforzaos perso nalmente por traer almas a Jesús y al conocimiento de la verdad. Esta labor será para vosotros un estímulo y un tónico; os despertará y os fortalecerá. Por el ejercicio, vuestras facultades espirituales se vigorizarán, de manera que tendréis más éxito para labrar vuestra propia salvación. El estupor de muerte pesa sobre muchos de los que profesan a Cristo. Haced cuanto podáis para despertarlos. Amonestadlos, suplicadles, argüid con ellos. Rogad que el Espíritu enternecedor de Dios derrita y ablande sus naturalezas glaciales. Aunque se nieguen a escuchar, vuestro trabajo no estará

perdido. Mediante el esfuerzo hecho para bendecir a otros, vuestras propias almas serán bendecidas.

Nadie debe sentir que porque no se ha educado no puede tomar parte en la obra del Señor. Dios tiene una obra para vosotros. El ha dado a cada uno su obra. Podéis escudriñar las Escrituras por vuestra cuenta. “El principio de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”. Salmos 119:130. Podéis orar por la obra. La oración del corazón sincero, ofrecida con fe, será oída en el cielo. Y habéis de trabajar según vuestra capacidad.

Los seres celestiales están listos para cooperar con nosotros, a fin de revelar al mundo lo que pueden llegar a ser los seres humanos, y lo que puede cumplirse por su influencia, para la salvación de las almas que están a punto de perecer.

El Salvador nos invita a realizar esfuerzos pacientes y perseverantes en favor de millones de almas esparcidas en todo país, que perecen en sus pecados, como náufragos en una playa desierta.

Los que quieran participar de la gloria de Cristo deben también tomar parte en su ministerio y ayudar a los débiles, a los miserables y desanimados.

Todo creyente debe ser sincero en su unión con la iglesia. La prosperidad de ella debe ser su primer interés, y a menos que sienta la obligación sagrada de lograr que su relación con la iglesia sea un beneficio para ella con preferencia a sí mismo, la iglesia lo pasará mucho mejor sin él. Está al alcance de todos hacer algo para la causa de Dios. Hay quienes gastan grandes sumas en lujos innecesarios. Complacen sus apetitos, pero creen que es una carga pesada contribuir con recursos para sostener la iglesia. Están dispuestos a recibir todo el beneficio de sus privilegios, pero prefieren dejar a otros pagar las cuentas.

¿Qué sucedería si la mitad de los soldados de un ejército estuvieran ociosos o dormidos cuando se les ordena estar de guardia? El resultado sería la derrota, el cautiverio o la muerte. Si algunos escaparan de las manos del enemigo, ¿se pensaría

que son dignos de una recompensa? No, recibirían rápidamente la sentencia de muerte. Y si la iglesia de Cristo es descuidada o infiel, consecuencias mucho más importantes estarían en juego. ¡Qué cosa podría haber más terrible que un ejército adormecido de soldados cristianos! ¿Qué avance podrían hacer contra el mundo los que están bajo el control del príncipe de las tinieblas? Aquellos que se echan atrás indiferentes en el día de la batalla, como si no tuviesen interés y no sintiesen responsabilidad en cuanto al resultado de la contienda, mejor podrían cambiar su rumbo o dejar inmediatamente las filas.

Un lugar para cada miembro de la familia

Las mujeres, tanto como los hombres, pueden sembrar la verdad donde pueda obrar y hacerse manifiesta. Pueden ocupar su puesto en esta crisis, y el Señor obrará por su intermedio. Si las compenetra el sentimiento de su deber y si trabajan bajo la influencia del Espíritu Santo, tendrán el dominio propio que este tiempo demanda. El Señor hará brillar la luz de su rostro sobre esas mujeres

animadas por el espíritu de sacrificio, y les dará un poder superior al de los hombres. Pueden realizar en las familias una obra que los hombres no pueden hacer, una obra que penetra hasta la vida interior. Pueden acercarse a los corazones de personas a las cuales los hombres no pueden alcanzar. Su cooperación es necesaria. Las mujeres discretas y humildes pueden hacer una buena obra al explicar la verdad en los hogares. Así explicada, la Palabra de Dios obrará como una levadura, y familias enteras serán convertidas por su influencia.

Todos pueden hacer algo. Algunos dirán, tratando de disculparse: “Mis deberes domésticos y mis hijos exigen todo mi tiempo y todos mis recursos”. Padres, vuestros hijos pueden ser para vosotros una ayuda que acreciente vuestras fuerzas y capacidades de trabajar para el Maestro. Los niños son los miembros más jóvenes de la familia del Señor. Deben ser inducidos a consagrarse a Dios, a quien pertenecen por derecho de creación y de redención. Se les debe enseñar que todas sus energías del espíritu, del cuerpo y del alma pertenecen al Señor. Hay que enseñarles a servir en

diferentes actividades útiles y desinteresadas. No permitáis que vuestros hijos sean impedimentos. Ellos deben compartir con vosotros vuestras cargas espirituales así como las materiales. Al ayudar a otros, ellos acrecientan su propia felicidad y utilidad.

Nuestra obra por Cristo debe comenzar con la familia, en el hogar. La educación de los jóvenes debe ser diferente de la que se les ha dado en lo pasado. El bienestar de ellos exige mayor labor que la que se les ha dedicado antes. No hay campo misionero más importante que éste. Por precepto y por ejemplo, los padres han de enseñar a sus hijos a trabajar por los inconversos. Los niños deben ser educados de tal manera que simpaticen con los ancianos y afligidos y traten de aliviar los sufrimientos de los pobres y angustiados. Debe enseñárseles a ser diligentes en la obra misionera; y desde los primeros años debe inculcárseles la abnegación y el sacrificio en favor del bienestar ajeno y del progreso de la causa de Cristo, a fin de que sean colaboradores con Dios.

Testificando al trasladarse a nuevas localidades

No es el propósito de Dios que sus hijos formen colonias o se establezcan juntos en grandes comunidades. Los discípulos de Cristo son sus representantes en la tierra, y Dios quiere que estén dispersados por todo el país, en pueblos, ciudades y aldeas, como luces en medio de las tinieblas del mundo. Han de ser misioneros para Dios, que por su fe y sus obras atestigüen que se acerca la venida del Salvador.

Los miembros laicos de nuestras iglesias pueden realizar una obra que hasta ahora apenas ha sido iniciada por ellos. Nadie debe trasladarse a lugares nuevos simplemente para obtener ventajas mundanales; sino que donde hay oportunidades de ganarse la vida, deben entrar familias bien arraigadas en la verdad, una o dos familias por lugar, para trabajar como misioneros. Deben sentir amor por las almas, preocupación por trabajar en su favor, y deben estudiar la manera de llevarlas a la verdad. Pueden distribuir nuestras publicaciones, celebrar reuniones en sus casas, llegar a conocer a

sus vecinos e invitarlos a venir a esas reuniones. Así harán brillar su luz por las buenas obras.

Manténganse a solas con Dios los que trabajan, llorando, orando y trabajando por la salvación de sus semejantes. Recuerden que están corriendo una carrera y luchando por una corona de inmortalidad. Mientras que son tantos los que aman la alabanza de los hombres más que el favor de Dios, sepamos trabajar con humildad. Aprendamos a ejercer fe mientras presentamos nuestros vecinos al trono de la gracia e intercedemos con Dios para que conmueva sus corazones. Se puede hacer así una obra misionera eficaz, y alcanzar tal vez a quienes no escucharían a un ministro o a un colportor. Los que trabajen así en lugares nuevos aprenderán cuáles son las mejores maneras de acercarse a la gente, y podrán preparar el camino para otros obreros.

Visitad a vuestros vecinos y mostrad interés en la salvación de sus almas. Despertad y poned en acción toda fuerza espiritual. Decidles a aquellos que visitáis que el fin de todas las cosas está cerca.

El Señor Jesucristo abrirá la puerta de sus corazones y hará impresiones duraderas en sus mentes.

Aun mientras están entregados a sus ocupaciones ordinarias, los hijos de Dios pueden traer almas al Señor. Al hacerlo, tendrán la reconfortante seguridad de la presencia del Salvador. No deben pensar que están abandonados a sus débiles fuerzas. Cristo les dará palabras adecuadas para consolar, animar y fortalecer a las pobres almas que luchan en las tinieblas. Su propia fe será afirmada al ver el cumplimiento de la promesa del Redentor. No sólo beneficiarán a otros, sino que la obra que hagan para Cristo será una fuente de bendición para ellos mismos.

Una gran obra podría ser hecha presentando a la gente la Biblia tal como es. Llevad la Palabra de Dios a la puerta de todo hombre; presentad sus claras declaraciones con instancia a la conciencia de cada uno y repetid a todos la orden del Salvador: “Escudriñad las Escrituras”. Juan 5:39. Amonestadles a tomar la Biblia tal cual es y a

implorar la iluminación divina, y luego, cuando resplandezca la luz, a aceptar gozosamente cada precioso rayo y a afrontar intrépidamente las consecuencias.

Los miembros de nuestras iglesias deben hacer más trabajo de casa en casa, dando estudios bíblicos y repartiendo impresos. El carácter cristiano sólo puede formarse de una manera simétrica y completa si el hombre considera como un gozo el trabajar de una manera desinteresada en la proclamación de la verdad y sosteniendo la causa de Dios con sus recursos. Debemos sembrar a lo largo de todas las aguas, mantener nuestras almas en el amor de Dios, trabajar mientras es de día y dedicar los bienes que Dios nos ha dado a cumplir cualquier deber que nos toque. Todo lo que nuestra mano encuentre para hacer, debemos hacerlo con fidelidad; cualquiera que sea el sacrificio que seamos llamados a hacer, debemos realizarlo con alegría. Al sembrar junto a todas las aguas, experimentaremos que “el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará”. 2 Corintios 9:6.

Manifestación práctica de la religión

Cualquier cosa que sea menos que un servicio activo y ferviente por el Maestro desmiente nuestra profesión de fe. Únicamente un cristianismo revelado por una labor ferviente y práctica impresionará a los que están muertos en sus delitos y pecados. Los cristianos humildes que creen y oran, los que por sus acciones demuestran que su mayor deseo es dar a conocer la verdad salvadora que ha de probar a toda la gente, cosecharán una rica mies de almas para el Maestro.

Es inexcusable que la fe de nuestras iglesias sea tan débil. “Tornaos a la fortaleza, oh presos de esperanza”. Zacarías 9:12. En Cristo hay fuerza para nosotros. El es nuestro Abogado delante del Padre. Envía sus mensajeros a todas partes de su dominio para comunicar su voluntad a su pueblo. Anda en medio de sus iglesias. Desea santificar, elevar y ennoblecer a sus discípulos. La influencia de los que creen verdaderamente en él será un sabor de vida en el mundo. El tiene las estrellas en

su diestra y es su propósito dejar que por intermedio de ellas su luz brille para el mundo. Desea preparar así a su pueblo para un servicio más sublime en la iglesia celestial. Nos ha confiado una gran obra. Hagámosla con exactitud y resolución. Demostremos por nuestra vida lo que la verdad ha hecho para nosotros.

Costó abnegación, sacrificio propio, energía indomable y mucha oración sacar adelante las diversas empresas misioneras hasta donde están. Existe el peligro de que algunos de los que entran ahora en el escenario de acción se conformen con ser deficientes y crean que ya no hay necesidad de tanta abnegación y diligencia ni de tanto trabajo arduo y desagradable como pusieron de manifiesto los iniciadores de este mensaje, porque los tiempos han cambiado y, en vista de que ahora hay más recursos en la causa de Dios, no es necesario colocarse en circunstancias tan penosas como las que muchos tuvieron que arrostrar en el desarrollo del mensaje.

Pero si se manifestase en el cumplimiento

actual de la obra la misma diligencia y abnegación que se vio en sus comienzos, veríamos resultados cien veces mayores que los alcanzados ahora.

Lo que profesamos es muy exaltado. Como adventistas observadores del sábado, profesamos obedecer todos los mandamientos de Dios y esperar la venida de nuestro Redentor. Un solemnísimo mensaje de amonestación ha sido confiado a los pocos fieles de Dios. Debemos demostrar por nuestras palabras y obras que reconocemos la gran responsabilidad que se nos ha impuesto. Nuestra luz debe resplandecer tan claramente que los demás puedan ver que glorificamos al Padre en nuestra vida diaria, que estamos en relación con el cielo y somos coherederos con Cristo Jesús, para que cuando él aparezca con poder y grande gloria seamos como él.

Capítulo 8

“Heme aquí, Señor, envíame a mí”

El fin se acerca; avanza sigilosa, imperceptible y silenciosamente, como el ladrón en la noche. Concédanos el Señor la gracia de no dormir por más tiempo, como otros lo hacen, sino que seamos sobrios y velemos. La verdad está a punto de triunfar gloriosamente, y todos los que decidan ahora colaborar con Dios triunfarán con ella. El tiempo es corto; la noche se acerca cuando nadie podrá trabajar. Que los que se alegran en la verdad presente se apresuren ahora a impartirla a otros. El Señor pregunta: “¿A quién enviaré?” Los que están dispuestos a hacer sacrificios en pro de la verdad, deben responder ahora: “Heme aquí, envíame a mí”. Isaías 6:8.

Hemos hecho tan sólo una pequeña parte de la obra evangélica que Dios desea que hagamos entre nuestros vecinos y amigos. En cada ciudad de

nuestro país hay quienes no conocen la verdad. Y afuera, en el ancho mundo, más allá del océano, hay muchos campos nuevos en los que debemos labrar el suelo y sembrar la semilla.

Estamos en vísperas del tiempo de angustia y nos esperan dificultades apenas sospechadas. Un poder de abajo impulsa a los hombres a guerrear contra el Cielo. Seres humanos se han coligado con las potencias satánicas para anular la ley de Dios. Los habitantes de la tierra se están volviendo rápidamente como los contemporáneos de Noé, que el diluvio llevó, y como los habitantes de Sodoma que el fuego consumió. Las potencias de Satanás se esfuerzan por distraer las mentes de las realidades eternas. El enemigo ha dispuesto las cosas de manera que favorezcan sus planes. Negocios, deportes, modas; he aquí las cosas que ocupan las mentes de hombres y mujeres. El juicio es falseado por las diversiones y por las lecturas frívolas. Una larga procesión sigue por el camino ancho que lleva a la ruina eterna. El mundo, presa de la violencia, del libertinaje y de la embriaguez, está convirtiendo a la iglesia. La ley de Dios, divina

norma de la justicia, es declarada abolida.

¿Aguardaremos que las profecías del fin se cumplan antes de hablar de ellas? ¿De qué servirían entonces nuestras palabras? ¿Esperaremos hasta que los juicios de Dios caigan sobre el pecador para decirle cómo evitarlos? ¿Dónde está nuestra fe en la Palabra de Dios? ¿Debemos ver realizadas las cosas anunciadas para creer en lo que él nos ha dicho? En claros y distintos rayos, nos ha llegado la luz, enseñándonos que el gran día está cercano “a las puertas”. Leamos y comprendamos antes que sea demasiado tarde.

Sus talentos suplen una necesidad

En su vasto plan, el Señor tiene un lugar para cada uno. No ha dado talento alguno que no sea necesario. ¿Es el talento pequeño? Dios tiene un lugar para él, y si es usado con fidelidad hará precisamente aquello para lo cual Dios lo dio. Los talentos de quien habita una casa humilde se necesitan para la obra de casa en casa, y pueden lograr más que los dones brillantes.

Cuando los hombres empleen sus facultades como lo indica Dios, sus talentos aumentarán, su capacidad se ensanchará y obtendrán una visión celestial al tratar de salvar a los perdidos. Pero mientras los miembros de la iglesia sean negligentes e indiferentes hacia la responsabilidad que Dios les ha dado de impartir la verdad a otros, ¿cómo pueden esperar recibir el tesoro del cielo? Cuando los que profesan ser cristianos no sienten preocupación por iluminar a los que están en las tinieblas, cuando dejan de impartir gracia y conocimiento, pierden discernimiento y su aprecio del valor que tienen los dones celestiales; y al no apreciarlos ellos mismos, dejan de sentir la necesidad de presentarlos a otros.

Vemos grandes iglesias congregadas en diferentes localidades. Sus miembros han obtenido un conocimiento de la verdad, y muchos se contentan con oír la palabra de vida sin tratar de impartir luz. Sienten poca responsabilidad por el progreso de la obra, poco interés en la salvación de las almas. Están llenos de celo en las cosas

mundanales, pero no hacen intervenir su religión en sus quehaceres. Dicen: “La religión es religión, y los negocios son negocios”. Creen que cada una de ambas cosas tiene su propia esfera, pero dicen: “Permanezcan separadas”.

A causa de las oportunidades descuidadas y del abuso de los privilegios, los miembros de esas iglesias no están creciendo “en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. 2 Pedro 3:18. Por lo tanto, son débiles en fe, deficientes en conocimiento, y niños en experiencia. No están arraigados ni afirmados en la verdad. Si permanecen así, los muchos engaños de los postreros días los seducirán seguramente; porque no tendrán visión espiritual para discernir entre la verdad y el error.

Dios desea otorgar el don del Espíritu Santo

Cuando obreros de experiencia inician una campaña de evangelización en un lugar donde hay miembros de nuestra iglesia, es deber solemne de los creyentes que están radicados allí hacer cuanto

esté a su alcance para preparar el camino del Señor. Deben escudriñar su corazón con oración y quitar de él todo pecado que les impida cooperar con Dios y con sus hermanos.

En visiones de la noche pasó delante de mí un gran movimiento de reforma en el seno del pueblo de Dios. Muchos alababan a Dios. Los enfermos eran sanados y se efectuaban otros milagros. Se advertía un espíritu de oración como lo hubo antes del gran día de Pentecostés. Veíase a centenares y miles de personas visitando las familias y explicándoles la Palabra de Dios. Los corazones eran convencidos por el poder del Espíritu Santo, y se manifestaba un espíritu de sincera conversión. En todas partes las puertas se abrían de par en par para la proclamación de la verdad. El mundo parecía iluminado por la influencia divina. Los verdaderos y sinceros hijos de Dios recibían grandes bendiciones. Oí las alabanzas y las acciones de gracias: parecía una reforma análoga a la del año 1844.

Dios desea dar a su pueblo el refrigerio del

Espíritu Santo, bautizándolo nuevamente en su amor. La falta de poder espiritual no tiene razón de ser en la iglesia. Después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo bajó sobre los discípulos que esperaban, oraban y creían, con una plenitud y poder que llenó todos los corazones. En lo porvenir, toda la tierra debe ser iluminada con la gloria de Dios. Los que habrán sido santificados por la verdad ejercerán sobre el mundo una santa influencia; una atmósfera de gracia rodeará el mundo. El Espíritu Santo obrará en los corazones, tomando las cosas de Dios y revelándolas a los hombres.

El Señor está dispuesto a hacer una obra en favor de los que creen verdaderamente en él. Si los miembros laicos de la iglesia se despiertan para hacer la obra que pueden hacer, y mirando cada uno cuánto puede hacer en la obra de ganar almas para Jesús, emprenden la guerra a su propio costo, veremos a muchos abandonar las filas de Satanás para colocarse bajo el estandarte de Cristo. Si nuestro pueblo decide actuar de acuerdo con la luz dada en estas pocas palabras de instrucción [se

refiere a Juan 15:8], veremos por cierto la salvación de Dios. Se producirán reavivamientos admirables. Se convertirán pecadores, y muchas almas serán añadidas a la iglesia. Cuando pongamos nuestro corazón en unidad con Cristo y nuestra vida en armonía con su obra, el Espíritu que descendió sobre los discípulos en el día de Pentecostés, descenderá sobre nosotros.9

Peligro en la demora

Una escena muy impresionante pasó ante mí en visiones nocturnas. Vi una inmensa bola de fuego que caía en medio de un grupo de hermosas casas que fueron destruidas instantáneamente. Oí a alguien decir: “Sabíamos que los juicios de Dios visitarían la tierra, mas no pensábamos que vendrían tan pronto”. Otros dijeron en tono de reproche: “Vosotros que sabíais estas cosas, ¿por qué no dijisteis nada? ¡Nosotros no lo sabíamos!” Y por todas partes oía reproches parecidos.

Me desperté angustiada. Volví a dormirme y me pareció encontrarme en una gran asamblea. Un

Ser de autoridad hablaba al auditorio, señalando un mapamundi. Decía que aquel mapa representaba la viña de Dios que debemos cultivar. Cuando la luz celestial brillaba sobre alguno, debía transmitirla. Debían encenderse luces en los diferentes lugares y de estas luces se encenderían otras aún.

Estas palabras fueron repetidas: “Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y hollada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, más sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Mateo 5:13-16.

Cada día que pasa nos acerca al fin. ¿Nos acerca también a Dios? ¿Velamos en oración? Las personas con las que tratamos continuamente necesitan recibir nuestras instrucciones. Es posible

que su estado mental sea tal que una sola palabra oportuna, grabada en el alma por la influencia del Espíritu Santo, penetrará como un clavo en el lugar apropiado. Puede ser que mañana algunas de estas almas estén para siempre fuera de nuestro alcance. ¿Qué influencia ejercemos sobre esos compañeros de ruta? ¿Qué esfuerzo hacemos para ganarlos para Cristo?

Mientras los ángeles retienen los cuatro vientos, debemos trabajar con toda nuestra capacidad. Debemos dar nuestro mensaje sin dilación. Debemos dar al universo celestial y a los hombres de esta época degenerada evidencia de que nuestra religión es una fe y un poder de los cuales Cristo es el autor, y su Palabra el oráculo divino. Hay almas humanas en la balanza. Serán súbditos del reino de Dios o esclavos del despotismo de Satanás. Todos han de tener oportunidad de aceptar la esperanza a ellos presentada en el Evangelio; y ¿cómo pueden oír sin que haya quien les predique? La familia humana necesita una renovación moral, una preparación del carácter, a fin de poder subsistir en la presencia de

Dios. Hay almas a punto de perecer a causa de los errores teóricos prevalecientes destinados a contrarrestar el mensaje del Evangelio. ¿Quiénes querrán consagrarse ahora plenamente a la obra de colaborar juntamente con Dios?

Hoy muchísimos de los que componen nuestras congregaciones están muertos en delitos y pecados. Van y vienen como la puerta sobre sus goznes. Durante años han escuchado complacientemente las verdades más solemnes y conmovedoras del alma, pero no las han puesto en práctica. Por lo tanto, son menos y menos sensibles a la preciosidad de la verdad. Los testimonios conmovedores de reproche y amonestación ya no despiertan arrepentimiento en ellos. Las melodías más dulces que provienen de Dios a través de los labios humanos—la justificación por la fe y la justicia de Cristo—, no les arrancan una respuesta de amor y gratitud. Aunque el Mercader celestial despliega delante de ellos las más ricas joyas de la fe y el amor, aunque los invita a comprar de él “oro afinado en fuego” y “vestiduras blancas” a fin de que sean vestidos, y “colirio” a fin de que vean,

endurecen sus corazones contra él, y no cambian su tibieza por el amor y el celo. Aunque profesan tener piedad, niegan el poder de ella. Si continúan en este estado, Dios los rechazará. Se están incapacitando para ser miembros de su familia.

Recuerden los miembros de la iglesia que el solo hecho de tener su nombre escrito en un registro no bastará para salvarlos; deben ser aprobados por Dios, obreros que no tengan de qué avergonzarse. Día tras día, deben edificar su carácter conforme a las direcciones divinas. Deben morar en él y ejercer constantemente fe en él. Así crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de hombres y mujeres en Jesucristo; serán cristianos sanos, animosos, agradecidos, conducidos por Dios en una luz siempre más pura. Si su vida no es tal, se encontrarán un día entre quienes exhalarán esta amarga lamentación: “¡Pasóse la siega, acabóse el verano; y mi alma no se salvó! ¿Por qué no busqué un refugio en la Fortaleza? ¿Por qué jugué con la salvación de mi alma y desprecié al Espíritu de gracia?”

Hermanos y hermanas que habéis aseverado durante largo tiempo creer la verdad, os pregunto individualmente: ¿Han estado vuestras prácticas en armonía con la luz, los privilegios y las oportunidades que os concedió el Cielo? Esta es una pregunta grave. El Sol de justicia ha amanecido sobre la iglesia, y a ésta le incumbe resplandecer. Es el privilegio de cada alma progresar. Los que están relacionados con Cristo crecerán en la gracia y en el conocimiento del Hijo de Dios hasta llegar a la plena estatura de hombres y mujeres. Si todos los que aseveran creer la verdad hubiesen sacado el mejor partido de su capacidad y oportunidad de aprender y obrar, podrían haber llegado a ser fuertes en Cristo. Cualquiera que sea su ocupación—agricultores, mecánicos, maestros o pastores—, si se hubiesen consagrado completamente a Dios habrían llegado a ser obreros eficientes para el Maestro celestial.

Los obreros deben instruir a los miembros de iglesia

Es evidente que todos los sermones que se han

predicado no han desarrollado una gran clase de obreros abnegados. Debe considerarse que este asunto entraña los más graves resultados. Está en juego nuestro porvenir para la eternidad. Las iglesias se están marchitando porque no han empleado sus talentos en difundir la luz. Deben darse instrucciones cuidadosas que serán como lecciones del Maestro, para que todos puedan usar prácticamente su luz. Los que tienen la vigilancia de las iglesias, deben elegir a miembros capaces, y encargarles responsabilidades, al mismo tiempo que les dan instrucciones acerca de cómo pueden servir y beneficiar mejor a otros.

Los mecánicos, los abogados, los negociantes, los hombres de todos los oficios y profesiones, se educan a fin de llegar a dominar su ramo. ¿Deben los que siguen a Cristo ser menos inteligentes, y mientras profesan dedicarse a su servicio ignorar los medios y recursos que han de emplearse? La empresa de ganar la vida eterna es superior a toda consideración terrenal. A fin de conducir las almas a Cristo, debe conocerse la naturaleza humana y estudiarse la mente humana. Se requiere mucha

reflexión cuidadosa y ferviente oración para saber cómo acercarse a los hombres y las mujeres a fin de presentarles el gran tema de la verdad.

Tan pronto como se organice una iglesia, ponga el ministro a los miembros a trabajar. Necesitarán que se les enseñe cómo trabajar con éxito. Dedique el ministro más de su tiempo a educar que a predicar. Enseñe a la gente a dar a otros el conocimiento que recibieron. Aunque se debe enseñar a los nuevos conversos a pedir consejo a aquellos que tienen más experiencia en la obra, también se les debe enseñar a no poner al ministro en el lugar de Dios.

La mayor ayuda que pueda darse a nuestro pueblo consiste en enseñarle a trabajar para Dios y a confiar en él, y no en los ministros. Aprendan a trabajar como Cristo trabajó. Unanse a su ejército de obreros, y préstenle un servicio fiel.

Abran los maestros el camino trabajando entre el pueblo, y otros, al unirse con ellos, aprenderán de su ejemplo. Un ejemplo vale más que muchos

preceptos.

Aquellos que tienen a su cargo el cuidado espiritual de la iglesia deberían idear formas y medios por los cuales se pueda dar a cada miembro de iglesia la oportunidad de que tenga alguna parte en la obra de Dios. En el pasado no siempre se ha hecho esto. No se han llevado completamente a cabo planes para que los talentos de todos pudieran emplearse en un servicio activo. Hay sólo unos pocos que se dan cuenta de cuánto se ha perdido debido a esto.

En cada iglesia hay talentos que, con la debida instrucción, podrían desarrollarse para llegar a ser una gran ayuda en esta obra. Debería haber un plan bien organizado para emplear a obreros que vayan a todas nuestras iglesias, grandes y pequeñas, a fin de instruir a los miembros acerca de cómo trabajar en favor de la edificación de la iglesia, y también por los no creyentes. Lo que se necesita es instrucción y educación. Que todos dispongan sus corazones y sus mentes para llegar a ser inteligentes en cuanto a la obra para este tiempo,

calificándose a sí mismos para hacer aquello para lo cual están mejor adaptados.

Lo que se necesita ahora para la edificación de nuestras iglesias es la delicada tarea de obreros sabios que disciernan y desarrollen los talentos en la iglesia, talentos que pueden ser educados para el servicio del Maestro. Los que trabajen visitando las iglesias deberían instruir a los hermanos y hermanas acerca de los métodos prácticos para hacer obra misionera. Que también haya una clase para el adiestramiento de la juventud. Los jóvenes y las señoritas deberían prepararse para llegar a ser obreros en el hogar, en sus vecindarios, y en la iglesia.

Los ángeles del cielo han esperado por mucho tiempo la colaboración de los agentes humanos—de los miembros de la iglesia—en la gran obra que debe hacerse. Ellos os están esperando. Tan vasto es el campo y tan grande la empresa, que todo corazón santificado será alistado en el servicio como instrumento del poder divino.

Si los cristianos actuaran de concierto, avanzando como un solo hombre, bajo la dirección de un solo Poder, para la realización de un solo propósito, conmoverían al mundo.

La invitación que se ha de dar en “las salidas de los caminos” (Mateo 22:9), debe proclamarse a todos los que tienen una parte activa en la obra del mundo, a los maestros y dirigentes del pueblo. Los que llevan pesadas responsabilidades en la vida pública, los médicos y maestros, los abogados y los jueces, los funcionarios públicos y los hombres de negocios, deben oír el mensaje claro y distinto. “¿Qué aprovechará al hombre, si granjeare todo el mundo, y pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” Marcos 8:36, 37.

Hablamos y escribimos mucho acerca de los pobres a quienes se descuida. ¿No debiéramos llamar también la atención a los ricos a quienes se descuida? Muchos consideran a esta clase como sin esperanza, y poco hacen para abrir los ojos de aquellos que, enceguecidos y deslumbrados por el poder de Satanás, ya no tienen la eternidad en

cuenta. Miles de hombres ricos han bajado a la tumba sin ser amonestados, porque se les juzgó por la apariencia y se los pasó por alto como casos sin esperanza. Pero, por indiferentes que parezcan, se me ha mostrado que muchos miembros de esta clase sienten preocupaciones en su alma. Hay miles de ricos que sienten hambre de alimento espiritual. Muchos de los que ocupan cargos oficiales sienten su necesidad de algo que no poseen. Pocos de entre ellos van a la iglesia; porque no les parece que reciban beneficio. La enseñanza que oyen no conmueve el alma. ¿No haremos un esfuerzo personal en su favor?

Algunos preguntarán: ¿No podemos alcanzarlos con las publicaciones? Son muchos aquellos a quienes no se puede alcanzar de esta manera. Lo que necesitan es un esfuerzo personal. ¿Habrán de perecer sin advertencia especial? No era así en los tiempos antiguos. Los siervos de Dios eran enviados a decir a los que ocupaban cargos elevados que podían hallar paz y descanso solamente en el Señor Jesucristo.

La Majestad del cielo vino a nuestro mundo para salvar a la humanidad perdida y caída. Sus esfuerzos incluían no solamente a los parias, sino también a los que ocupaban puestos de alto honor. El trabajó inteligentemente para tener acceso a las almas de las clases superiores que no conocían a Dios y no guardaban sus mandamientos.

La misma obra se continuó después de la ascensión de Cristo. Mi corazón se enternece mucho al leer el interés manifestado por el Señor en Cornelio. Este era hombre de alta posición, oficial del ejército romano, pero seguía estrictamente toda la luz que había recibido. El Señor le mandó un mensaje especial del cielo, y en otro mensaje indicó a Pedro que le visitara y le diese luz. Debiera proporcionarnos gran estímulo en nuestra obra el pensar en la compasión y el tierno amor de Dios hacia aquellos que están buscando luz y orando por ella.

Muchos me han sido representados como Cornelio, es decir hombres a quienes Dios desea relacionar con su iglesia. Sus simpatías acompañan

al pueblo que observa los mandamientos del Señor. Pero son retenidos firmemente por los vínculos que los atan al mundo. No tienen el valor moral de colocarse con los humildes. Debemos hacer esfuerzos especiales por estas almas, pues en vista de sus responsabilidades y tentaciones requieren un trabajo especial.

Por la luz que se me ha dado sé que un claro "Así dice Jehová" debe dirigirse ahora a los hombres que tienen influencia y autoridad en el mundo. Son administradores a quienes Dios ha confiado cometidos importantes. Si quieren aceptar su invitación, Dios los empleará en su causa.

Algunos tienen idoneidad especial para trabajar en favor de las clases superiores. Los tales deben buscar diariamente al Señor y dedicar estudio a cómo alcanzar estas personas, no para conocerlas simplemente, en forma casual, sino para conquistarlas por esfuerzo personal y fe viva, manifestando profundo amor por sus almas y verdadera preocupación porque tengan un conocimiento de la verdad tal cual se halla en la

Palabra de Dios.

Capítulo 9

Las publicaciones de la Iglesia

Nuestra obra de publicación se estableció según las instrucciones de Dios y bajo su dirección especial. Fue fundada para alcanzar un objeto preciso. Los adventistas del séptimo día han sido elegidos por Dios como pueblo particular, separado del mundo. Con el gran instrumento de la verdad, los ha sacado de la cantera del mundo y los ha relacionado consigo. Ha hecho de ellos representantes suyos, y los ha llamado a ser sus embajadores durante esta última fase de la obra de salvación. Les ha encargado que proclamen al mundo la mayor suma de verdad que se haya confiado alguna vez a seres mortales, las advertencias más solemnes y terribles que Dios haya enviado alguna vez a los hombres. Y nuestras casas de publicación se cuentan entre los medios más eficaces para realizar esta obra.

Las páginas impresas que salen de nuestras casas de publicación, deben preparar a un pueblo para ir al encuentro de su Dios.

Si hay una obra más importante que otra, es la de presentar al público nuestras publicaciones, induciéndolo así a escudriñar las Escrituras. La obra misionera—que consiste en introducir nuestras publicaciones en el seno de las familias, conversar y orar con ellas—, es una obra buena que instruirá a los hombres y mujeres acerca de cómo realizar la labor pastoral.

El trabajo de colportar con nuestras publicaciones constituye una rama muy importante y provechosa de la obra evangélica. Nuestras publicaciones pueden ir a lugares donde no se pueden realizar reuniones. En tales sitios el fiel colportor evangélico ocupa el lugar del predicador vivo. Por medio de la obra del colportaje se presenta la verdad a miles de personas que de otra manera nunca la podrían oír.

Los colportores han de salir a hacer su obra en

las diversas partes del país. La importancia de esta obra se equipara plenamente a la del ministerio. El predicador vivo y el mensajero silencioso se necesitan por igual para la realización de la gran tarea que afrontamos.

Dios ha ordenado el colportaje como un medio de presentar a la gente la luz contenida en nuestros libros, y los colportores deben comprender cuán indispensable es presentar al mundo tan pronto como sea posible los libros necesarios para su educación e ilustración espirituales. Esta es en verdad la obra que el Señor quiere que su pueblo haga en este tiempo. Todos los que se consagran a Dios para trabajar como colportores están ayudando a dar el último mensaje de amonestación al mundo. No podemos estimar demasiado altamente esta obra; porque si no fuese por los esfuerzos del colportor, muchos no oirían nunca la amonestación.

Nuestros impresos debieran ir a todo lugar. Publíquense en muchos idiomas. El mensaje del tercer ángel debe darse por este medio tanto como

por la predicación de viva voz. Despertad, vosotros que creéis en la verdad para este tiempo. Os incumbe el deber actual de proveer todos los medios posibles para sostener a quienes comprenden la verdad, para que la proclamen. Una parte de los ingresos provenientes de la venta de nuestras publicaciones debiera servir para aumentar nuestro equipo de herramientas, a fin de poder así producir una cantidad mayor de impresos destinados a abrir los ojos de los ciegos y a enternecer los corazones.

Se me ha indicado que aun donde la gente oye el mensaje del predicador, el colportor debe realizar su obra en cooperación con el ministro; porque aunque el predicador presente fielmente el mensaje, la gente no lo puede retener todo. La página impresa es por lo tanto esencial, no sólo para despertarlos y hacerles comprender la importancia de la verdad para este tiempo, sino para arraigarlos y fundamentarlos en la verdad, y corroborarlos contra los errores engañosos. Los libros y periódicos son los medios dispuestos por el Señor para mantener constantemente el mensaje

para este tiempo delante de la gente. En cuanto a iluminar y confirmar a la gente en la verdad, las publicaciones harán una obra mayor que el solo ministerio de la palabra hablada. Los mensajeros silenciosos que son colocados en los hogares de la gente por la obra del colportor, fortalecerán la obra del ministerio evangélico de todas maneras, porque el Espíritu Santo impresionará la mente de los que lean los libros, como impresiona la mente de los que escuchan la predicación de la palabra. El mismo ministerio de los ángeles que acompaña a la obra del predicador, acompaña también a los libros que contienen la verdad.

Hay que trazar planes juiciosos para ayudar a los alumnos que lo merezcan y deseen ganar sus becas vendiendo esos libros. Los que de este modo ganen suficiente dinero para cursar sus estudios en una de nuestras escuelas, habrán adquirido una experiencia práctica de mucho valor, que les ayudará para servir como obreros de avanzada en otros campos misioneros.

Cuando los miembros de iglesia se den cuenta

de la importancia de la circulación de nuestras publicaciones, dedicarán más tiempo a esta obra.

Mientras continúa el tiempo de gracia, habrá oportunidad para realizar la obra del colportaje.

Hermanos y hermanas, agradaréis al Señor si os empeñáis de todo corazón en ayudar a la imprenta por vuestras oraciones y vuestro dinero. Orad cada mañana y cada noche para que ella reciba las más ricas bendiciones de Dios. No estimuléis las críticas ni las murmuraciones, ni dejéis escapar de vuestros labios una sola queja; recordad que los ángeles las oyen. Cada uno debe ser inducido a comprender que estas instituciones nacieron por voluntad de Dios. Los que las denigren para servir a sus propios intereses deberán dar cuenta de ello a Dios. El Señor quiere que todo lo relacionado con su obra sea considerado como sagrado.

Capítulo 10

La creencia en un Dios personal

Se descubrirá en el día del ajuste final que Dios conocía a cada uno por nombre. Cada acción de la vida tiene un testigo invisible. “Yo conozco tus obras”, dice Aquel que está “en medio de los siete candeleros”. Apocalipsis 3:15; 1:13. El sabe qué oportunidades han sido despreciadas, cuán incansables han sido los esfuerzos del buen Pastor para buscar a aquellos que estaban desviados en sendas tortuosas, y para traerlos a la senda de la seguridad y la paz. Repetidas veces, Dios ha llamado a los que amaban los placeres, y ha hecho fulgurar la luz de su Palabra a través de su senda, para que pudiesen ver su peligro y escapar. Pero siguen adelante, bromeando mientras van por el camino ancho, hasta que al fin termina su tiempo de gracia. Los caminos de Dios son justos y ecuánimes; y cuando la sentencia sea pronunciada contra aquellos que sean hallados faltos, toda boca

quedará cerrada.

El gran poder que obra por la naturaleza y sostiene todas las cosas, no es, como lo representan algunos hombres de ciencia, simplemente un principio que lo compenetra todo, una energía que actúa. Dios es espíritu; sin embargo, es un Ser personal, pues el hombre fue hecho a su imagen.

La obra de Dios en la naturaleza no es Dios mismo en la naturaleza. Las cosas de la naturaleza son una expresión del carácter de Dios; por ellas podemos comprender su amor, su poder y su gloria; pero no hemos de considerar a la naturaleza como Dios. La habilidad artística de los seres humanos produce obras muy hermosas, cosas que deleitan el ojo, y estas cosas nos dan cierta idea del que las diseñó; pero la cosa hecha no es el hombre. No es la obra, sino el artífice el que debe ser tenido por digno de honra. De igual manera, aunque la naturaleza es una expresión del pensamiento de Dios, ella no es lo que debe ser ensalzado, sino el Dios de la naturaleza.

En la creación del hombre fue manifiesta la intervención de un Dios personal. Cuando Dios hubo hecho al hombre a su imagen, el cuerpo humano era perfecto en toda su ordenación, pero no tenía vida. Entonces un Dios personal, existente de por sí, sopló en ese cuerpo el aliento de vida, y el hombre llegó a ser un ser vivo e inteligente que respiraba. Todas las partes del organismo humano entraron en acción. El corazón, las arterias, las venas, la lengua, las manos, los pies, los sentidos, las percepciones de la mente, todo inició su funcionamiento y todo fue puesto bajo ley. El hombre llegó a ser un alma viviente. Por Jesucristo un Dios personal creó al hombre y le dotó de inteligencia y poder.

Nuestra substancia no le era oculta cuando fuimos hechos en secreto. Sus ojos vieron nuestra substancia, aunque imperfecta, y en su libro todos nuestros miembros fueron escritos, aun cuando no existía ninguno de ellos.

Dios quiso que el hombre, por sobre todos los seres de orden inferior, como obra culminante de

su creación expresase su pensamiento y revelase su gloria. Pero el hombre no ha de exaltarse como Dios.

Dios el padre revelado en Cristo

Como ser personal, Dios se ha revelado en su Hijo. Jesús, el resplandor de la gloria del Padre, “y la misma imagen de su sustancia” (Hebreos 1:3), vino a esta tierra en forma de hombre. Como Salvador personal, vino al mundo. Como Salvador personal, ascendió al cielo. Como Salvador personal, intercede en los atrios celestiales. Ante el trono de Dios ministra en nuestro favor como “uno semejante al Hijo del Hombre”. Apocalipsis 1:13.

Cristo, la luz del mundo, veló el esplendor deslumbrante de su divinidad, y vino a vivir como hombre entre los hombres, a fin de que ellos pudiesen conocer a su Creador sin ser consumidos. Ningún hombre vio jamás a Dios, excepto en la medida en que se reveló por Cristo.

Cristo vino para enseñar a los seres humanos lo

que Dios desea que conozcan. En los cielos, en la tierra, en las anchurosas aguas del océano vemos la obra de Dios. Todas las cosas creadas testifican acerca de su poder, su sabiduría y su amor. Pero ni de las estrellas, ni del océano ni de las cataratas podemos aprender lo referente a la personalidad de Dios como se revela en Cristo.

Dios vio que se necesitaba una revelación más clara que la de la naturaleza para presentarnos su personalidad y su carácter. Envió a su Hijo al mundo para revelar, hasta donde podía soportarlo la vista humana, la naturaleza y los atributos del Dios invisible.

Si Dios hubiese deseado que se le representase como morando personalmente en las cosas de la naturaleza, en la flor, el árbol, la brizna de hierba, ¿no habría hablado Cristo de esto a sus discípulos cuando estaba en la tierra? Pero nunca se habló así de Dios en las enseñanzas de Cristo. Cristo y los apóstoles enseñaron claramente la verdad de que existe un Dios personal. Cristo reveló todo lo que de Dios podían soportar los seres humanos

pecaminosos sin ser destruidos. El es el Maestro divino, el Iluminador. Si Dios hubiese considerado que necesitábamos otras revelaciones que las hechas por Cristo y las que hay en la Palabra escrita, las habría dado.

Cristo da a los hombres el poder de llegar a ser hijos de Dios

Estudiemos las palabras que Cristo pronunció en el aposento alto, en la noche anterior a su crucifixión. Se acercaba su hora de prueba y procuraba consolar a sus discípulos, que iban a ser gravemente tentados y probados.

Los discípulos no comprendían aún las palabras de Cristo concernientes a su relación con Dios. Gran parte de su enseñanza resultaba todavía obscura. Habían hecho muchas preguntas que revelaban su ignorancia acerca de la relación que Dios tenía con ellos y acerca de sus intereses presentes y futuros. Cristo deseaba que tuviesen un conocimiento más claro y distinto de Dios.

Cuando en el día de Pentecostés el Espíritu Santo se derramó sobre los discípulos, comprendieron ellos las verdades que Cristo había expresado en parábolas. Les resultaron claras las enseñanzas que habían sido misterios para ellos. La comprensión que obtuvieron del derramamiento del Espíritu Santo los avergonzó de sus teorías fantásticas. Sus suposiciones e interpretaciones eran insensatez cuando se comparaban con el conocimiento de las cosas celestiales que recibieron entonces. Eran guiados por el Espíritu Santo, y la luz resplandecía en su entendimiento que antes estuviera obscurecido.

Pero los discípulos no habían recibido el cumplimiento total de la promesa de Cristo. Recibieron todo el conocimiento de Dios que podían soportar, pero todavía había de llegar el cumplimiento total de la promesa que les había hecho Cristo de que les mostraría claramente al Padre. Así es hoy. Nuestro conocimiento de Dios es parcial e imperfecto. Cuando termine el conflicto y el Hombre Cristo Jesús reconozca ante el Padre a sus obreros fieles, que en un mundo de

pecado testificaron fielmente por él, comprenderán claramente las cosas que son ahora misterios para ellos.

Cristo llevó consigo a los atrios celestiales su humanidad glorificada. A los que le reciban, les da poder para llegar a ser hijos de Dios, para que al fin Dios pueda recibirlos como suyos, para que moren con él a través de toda la eternidad. Si durante esta vida son leales a Dios, al fin “verán su rostro; y su nombre estará en sus frentes”. Apocalipsis 22:4. ¿Qué es la felicidad del cielo si no es ver a Dios? ¿Qué mayor gozo puede obtener el pecador salvado por la gracia de Cristo que el de mirar el rostro de Dios y conocerle como Padre?

El interés individual que Dios tiene en sus hijos

Las Escrituras indican claramente la relación que hay entre Dios y Cristo, y hacen resaltar muy claramente la personalidad individual de cada uno.

Dios es el Padre de Cristo; Cristo es el Hijo de Dios. A Cristo ha sido dada una posición exaltada.

Ha sido hecho igual al Padre. Todos los consejos de Dios están abiertos para su Hijo.

Esta unidad se expresa también en el (capítulo 17) de Juan, en la oración de Cristo por sus discípulos:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”. Juan 17:20-23.

¡Admirable declaración! La unidad que existe entre Cristo y sus discípulos no destruye la personalidad de ninguna de las partes. Son uno en propósito, en mente, en carácter, pero no en persona. Así es como Dios y Cristo son uno.

Nuestro Dios tiene a su disposición el cielo y la tierra y sabe exactamente lo que necesitamos. Sólo podemos ver hasta corta distancia delante de nosotros; mas “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” Hebreos 4:13. Por sobre las perturbaciones de la tierra está él entronizado; y todas las cosas están abiertas a su visión divina; y desde su grande y serena eternidad ordena aquello que su providencia ve qué es lo mejor.

Ni siquiera un pajarillo cae al suelo sin que lo note el Padre. El odio de Satanás contra Dios le induce a deleitarse en destruir hasta los animales. Y sólo por el cuidado protector de Dios son preservadas las aves para alegrarnos con sus cantos de gozo. Pero él no se olvida siquiera de los pajarillos. “Así que, no temáis: más valéis vosotros que muchos pajarillos”. Mateo 10:31.

Capítulo 11

Los cristianos deben representar a Dios

Es el propósito de Dios manifestar por su pueblo los principios de su reino. Para que en su vida y carácter ellos revelen estos principios, desea él separarlos de las costumbres y prácticas del mundo. Trata de atraerlos a sí, a fin de poder hacerles conocer su voluntad.

El propósito que Dios trata de lograr por medio de su pueblo hoy es el mismo que deseaba realizar por Israel cuando lo sacó de Egipto. Contemplando la bondad, la misericordia, la justicia y el amor de Dios revelados en la iglesia, el mundo ha de obtener una representación de su carácter. Y cuando la ley de Dios quede así manifestada en la vida, aun el mundo reconocerá la superioridad de los que aman, temen y sirven a Dios sobre todos los demás habitantes de la tierra.

Los ojos del Señor se fijan en cada uno de sus hijos; tiene planes acerca de cada uno de ellos. Es propósito suyo que aquellos que practican sus santos preceptos sean un pueblo distinguido. Al pueblo de Dios de la actualidad tanto como al antiguo Israel pertenecen las palabras que Moisés escribió por inspiración del Espíritu: “Porque tú eres pueblo santo a Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la haz de la tierra”. Deuteronomio 7:6.

La formación de un carácter semejante al de Cristo

La religión de Cristo no degrada nunca al que la recibe; nunca lo hace burdo ni tosco, descortés ni engreído, apasionado ni duro de corazón. Por el contrario, refina el gusto, santifica el juicio, purifica y ennoblece los pensamientos, poniéndolos en sujeción a Cristo. El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. El ha dado en su santa ley un trasunto de su carácter.

El ideal del carácter cristiano es asemejarse a Cristo. Con esto se abre ante nosotros una senda de progreso constante. Tenemos un objeto que conquistar, una norma que alcanzar, que incluye todo lo bueno, lo puro, lo noble y lo elevado. Debe haber una lucha continua y un progreso constante hacia adelante y hacia arriba, hacia la perfección del carácter.

Seremos individualmente, para este tiempo y para la eternidad, lo que nos hagan nuestros hábitos. La vida de los que adquieren los debidos hábitos y son fieles en el cumplimiento de todo deber, será como luz resplandeciente que derrame sus rayos brillantes sobre las sendas ajenas; pero si nos permitimos tener hábitos de infidelidad, si consentimos que se fortalezcan los hábitos de molicie, indolencia y negligencia, una nube más sombría que la medianoche se asentará sobre las perspectivas de esta vida, y privará para siempre al individuo de la vida futura.

Bienaventurado es aquel que escucha las

palabras de vida eterna. Guiado por “el Espíritu de verdad”, será conducido a toda verdad. No será honrado, amado y alabado por el mundo; pero será precioso a la vista del Cielo. “Mirad cual amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce a él”. 1 Juan 3:1.

Viva valientemente hoy

Recibida en el corazón, la verdad de Dios puede hacernos sabios para salvación. Al creerla y obedecerla, recibiremos gracia suficiente para los deberes y las pruebas de hoy. No necesitamos la gracia para mañana. Debemos comprender que hemos de tratar tan sólo con el día de hoy. Venzamos hoy; neguémonos a nosotros mismos; velemos y oremos ahora. Obtengamos victorias en Dios hoy. Las circunstancias y el ambiente que nos rodean, los cambios que se realizan diariamente alrededor de nosotros y la Palabra escrita de Dios que discierne y prueba todas las cosas bastan para enseñarnos nuestro deber y lo que debemos hacer día tras día. En vez de permitir que nuestra mente

se espacie en pensamientos de los cuales no obtenemos beneficio alguno, debemos escudriñar las Escrituras diariamente y cumplir en la vida cotidiana los deberes que tal vez ahora nos resulten penosos, pero que alguien debe cumplir.

Muchos fijan los ojos en la terrible perversidad que existe en derredor de ellos, la apostasía y la debilidad que hay por todas partes, y hablan de estas cosas hasta que su corazón está lleno de tristeza y duda. Hacen predominar ante sus mentes la obra magistral del gran engañador, se espacian en los rasgos desalentadores de su experiencia, al par que parecen perder de vista el poder y el amor sin par del Padre celestial. Todo esto está conforme con la voluntad de Satanás. Es un error pensar en el enemigo de la justicia como revestido de poder tan grande, cuando nos espaciamos tan poco en el amor de Dios y en su poder. Debemos hablar del poder de Cristo. Somos completamente impotentes para rescatarnos de las garras de Satanás; pero Dios ha señalado una vía de escape. El Hijo del Altísimo tiene fuerza para pelear la batalla por nosotros; y por “Aquel que nos amó”, podemos hacer “más

que vencer”. Romanos 8:37.

No obtenemos fuerza espiritual si sólo pensamos en nuestras debilidades y apostasías y lamentamos el poder de Satanás. Esta gran verdad debe ser establecida como principio vivo en nuestra mente y corazón: la eficacia de la ofrenda hecha en favor nuestro; que Dios puede salvar hasta lo sumo a cuantos acuden a él cumpliendo las condiciones especificadas en su Palabra. Nuestra obra consiste en poner nuestra voluntad de parte de la voluntad de Dios. Luego, por la sangre de la expiación, llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina; por Cristo somos hijos de Dios, y tenemos la seguridad de que Dios nos ama así como amó a su Hijo. Somos uno con Jesús. Vamos adonde Cristo nos conduce; él tiene poder para disipar las densas sombras que Satanás arroja sobre nuestra senda; y en lugar de las tinieblas y el desaliento, brilla el sol de su gloria en nuestro corazón.

Hermanos y hermanas, contemplando es como somos transformados. Espaciándonos en el amor de Dios y de nuestro Salvador, admirando la

perfección del carácter divino y apropiándonos la justicia de Cristo por la fe, hemos de ser transformados a su misma imagen. Por lo tanto, no reunamos todos los cuadros desagradables, las iniquidades, las corrupciones y los desalientos, evidencias del poder de Satanás, para grabarlos en nuestra memoria, para hablar de ellos y lamentarlos hasta que nuestras almas estén llenas de desaliento. Un alma desalentada está en tinieblas, y no sólo deja de recibir ella misma la luz de Dios, sino que impide que llegue a otros. Satanás se deleita viendo los cuadros de los triunfos que obtiene al restar fe y aliento a los seres humanos.

Representad a Dios por una vida abnegada

El pecado más difundido que nos separa de Dios y provoca tantos trastornos espirituales contagiosos, es el egoísmo. No se puede vol- ver al Señor excepto mediante la abnegación. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero si Dios nos fortalece, podemos vivir para hacer bien a otros, y de esta manera rehuir el mal del egoísmo. No necesitamos ir a tierras paganas para manifestar

nuestros deseos de consagrarlo todo a Dios en una vida útil y abnegada. Debemos hacer esto en el círculo del hogar, en la iglesia, entre aquellos con quienes tratamos y con aquellos con quienes hacemos negocios. En las mismas vocaciones comunes de la vida es donde se ha de negar al yo y mantenerlo en sujeción. Pablo podía decir: “Cada día muero”. 1 Corintios 15:31. Es esa muerte diaria del yo en las pequeñas transacciones de la vida lo que nos hace vencedores. Debemos olvidar el yo por el deseo de hacer bien a otros. A muchos les falta decididamente amor por los demás. En vez de cumplir fielmente su deber, procuran más bien su propio placer.

En el cielo nadie pensará en sí mismo, ni buscará su propio placer; sino que todos, por amor puro y genuino, procurarán la felicidad de los seres celestiales que los rodeen. Si deseamos disfrutar de la sociedad celestial en la tierra renovada, debemos ser gobernados aquí por los principios celestiales.

Me fue mostrado que establecemos demasiadas comparaciones entre nosotros mismos, tomando a

hombres falibles por nuestro modelo, cuando tenemos un Dechado seguro e infalible. No debemos medirnos por el mundo ni por las opiniones de los hombres, ni por lo que éramos antes de aceptar la verdad. Nuestra fe y nuestra posición en el mundo, tal como son ahora, deben compararse con lo que habrían sido si nuestra senda nos hubiese llevado siempre hacia adelante y hacia arriba desde que profesamos seguir a Cristo. Esta es la única comparación que se puede hacer sin peligro. En cualquier otra que se haga, habrá engaño. Si el carácter moral y el estado espiritual de los hijos de Dios no corresponden a las bendiciones, los privilegios y la luz que él les ha concedido, aquellos son pesados en la balanza, y los ángeles los declaran faltos.

El pecado imperdonable

¿En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo? En atribuir voluntariamente a Satanás la obra del Espíritu Santo. Supongamos, por ejemplo, que uno presencie la obra especial del Espíritu de Dios. Tiene evidencia convincente de que la obra

está en armonía con las Escrituras, y el Espíritu testifica a su espíritu que es de Dios. Pero más tarde, cae bajo la tentación; lo domina el orgullo, la suficiencia propia, o alguna otra característica mala; y rechazando toda la evidencia de su carácter divino, declara que lo que antes reconoció como ser del Espíritu Santo era poder de Satanás. Por medio de su Espíritu es como Dios obra en el corazón humano; y cuando los hombres rechazan voluntariamente al Espíritu, y declaran que es de Satanás, cortan el conducto por medio del cual Dios puede comunicarse con ellos. Al negar la evidencia que a Dios le agradó darles, apagan la luz que había resplandecido en sus corazones, y como resultado son dejados en tinieblas. Así se cumplen las palabras de Cristo: “Mira pues, si la lumbre que en ti hay, es tinieblas”. Lucas 11:35. Por un tiempo, las personas que han cometido este pecado pueden aparentar ser hijos de Dios; pero cuando se presentan circunstancias que han de desarrollar el carácter, y manifestar qué clase de espíritu las posee, se descubrirá que están en el terreno del enemigo, bajo su negro estandarte.

Confesando o negando a Cristo

En nuestro trato con la sociedad, en la familia, o en cualesquiera relaciones que trabemos en la vida, sean ellas limitadas o extensas, hay muchas maneras por las cuales podemos reconocer a nuestro Señor, y muchas maneras por las cuales le podemos negar. Podemos negarle en nuestras palabras, por hablar mal de otros, por conversaciones insensatas, bromas y burlas, por palabras ociosas o desprovistas de bondad, o prevaricando al hablar contrariamente a la verdad. Con nuestras palabras podemos confesar que Cristo no está en nosotros. Con nuestro carácter podemos negarle, amando nuestra comodidad, rehuyendo los deberes y las cargas de la vida que alguien debe llevar si nosotros no lo hacemos, y amando los placeres pecaminosos. También podemos negar a Cristo por el orgullo de los vestidos y la conformidad al mundo, o por una conducta descortés. Podemos negarle amando nuestras propias opiniones, y tratando de ensalzar y justificar el yo. Podemos también negarle permitiendo que la mente se espacie en un

sentimiento de amor enfermizo y meditando en nuestra supuesta mala suerte y pruebas.

Nadie puede confesar verdaderamente a Cristo delante del mundo, a menos que viva en él la mente y el espíritu de Cristo. Es imposible comunicar lo que no poseemos. La conversación y la conducta deben ser una expresión verdadera y visible de la gracia y verdad interiores. Si el corazón está santificado, será sumiso y humilde, los frutos se verán exteriormente, y ello será una muy eficaz confesión de Cristo.

Capítulo 12

En el mundo pero no del mundo

Se me mostró el peligro que corremos como pueblo, de llegar a asemejarnos al mundo más bien que a la imagen de Cristo. Estamos ahora en los mismos umbrales del mundo eterno; pero es el propósito del adversario de las almas inducirnos a postergar la terminación del tiempo. Satanás asaltará de toda manera posible a los que profesan ser el pueblo que guarda los mandamientos de Dios y espera la segunda aparición de nuestro Salvador en las nubes de los cielos con poder y grande gloria. Inducirá a tantos como pueda a postergar el día malo, a identificarse en espíritu con el mundo y a imitar sus costumbres. Me sentí alarmada al ver que el espíritu del mundo estaba dominando los corazones y las mentes de muchos que hacen alta profesión de la verdad. Albergan el egoísmo y la complacencia propia; pero no cultivan la verdadera piedad ni la estricta integridad.

Integridad cristiana

En cada transacción comercial sed estrictamente honrados. Aunque os sintáis tentados, no engañéis ni mintáis en lo más mínimo. A veces un impulso natural puede tentar a alejarse del camino recto de la honradez, pero no variéis ni en el grosor de un cabello. Si en algún asunto habéis hecho una declaración acerca de lo que haréis, y después descubrís que habéis favorecido a otro contra vuestros propios intereses, no os alejéis ni un milímetro del principio. Cumplid vuestro convenio.

La Biblia condena en los términos más enérgicos toda mentira, trato falso e improbidad. Lo bueno y lo malo se manifiestan claramente. Pero se me mostró que el pueblo de Dios se ha puesto sobre el terreno del enemigo, ha cedido a sus tentaciones y ha seguido sus designios hasta que sus sensibilidades han quedado terriblemente embotadas. Una ligera desviación de la verdad, una pequeña variación de los requisitos de Dios no se

considera tan pecaminosa cuando entraña ganancia o pérdida pecuniaria. Pero el pecado es pecado, ya lo cometa el millonario o el mendigo de la calle. Los que obtienen propiedades por medio de la falsedad están trayendo condenación sobre su alma. Todo lo que se obtiene por medio del engaño y el fraude, será tan sólo una maldición para quien lo reciba.

Pierde su respeto propio [se refiere a quien miente o práctica el engaño]. Tal vez no sea consciente de que Dios le ve y conoce cada una de sus transacciones comerciales, que los santos ángeles pesan sus motivos y escuchan sus palabras, y que será recompensado según sus obras; pero aun cuando pudiera ocultar de la inspección humana y divina su mal proceder, el hecho de que él mismo lo conoce degrada su mente y carácter. Un acto no determina el carácter, pero quebranta la valla, y es más fácil admitir la siguiente tentación, hasta que finalmente se ha contraído un hábito de prevaricación e improbidad en los negocios, y no se puede tener confianza en el hombre.

Dios quiere que los hombres que están a su servicio, bajo su estandarte, sean estrictamente honrados, de carácter irreprochable, que sus lenguas no pronuncien nada que se parezca a la mentira. La lengua debe ser veraz, los ojos deben ser veraces, las acciones deben ser íntegras como las que Dios puede encomiar. Estamos viviendo ante la presencia de un Dios santo, quien declara solemnemente: “Yo conozco tus obras”. El ojo divino nos contempla continuamente. No podemos ocultar un solo acto ofensivo para Dios. Muy pocos comprenden la verdad de que Dios es testigo de cada una de nuestras acciones.

El creyente: un hombre mejor en los negocios

Un hombre honrado, según la medida de Cristo, es el que manifiesta integridad inquebrantable. Las pesas engañosas y las balanzas falsas con que muchos tratan de incrementar sus intereses en el mundo, son abominación a la vista de Dios. Sin embargo, muchos de los que profesan guardar los mandamientos de Dios trabajan con pesas y balanzas falsas. Cuando un hombre está

verdaderamente relacionado con Dios y guarda su ley en verdad, su vida lo revelará, porque todas sus acciones estarán en armonía con las enseñanzas de Cristo. No venderá su honra por ganancia. Sus principios se basan en el fundamento seguro, y su conducta en asuntos mundanales es un trasunto de sus principios. La firme integridad resplandece como el oro entre la escoria y la basura del mundo. Se puede pasar por alto y ocultar a los ojos de los hombres el engaño, la mentira y la infidelidad, pero no a los ojos de Dios. Los ángeles del Señor, que vigilan el desarrollo de nuestro carácter y pesan nuestro valor moral, registran en los libros del cielo estas transacciones menores que revelan el carácter. Si un obrero es infiel en las vocaciones diarias de la vida, y descuida su trabajo, el mundo no lo juzgará incorrectamente si estima su norma religiosa de acuerdo con su norma comercial.

El creer en la próxima venida del Hijo del hombre en las nubes de los cielos no inducirá a los verdaderos cristianos a ser descuidados y negligentes en los asuntos comunes de la vida. Los que aguardan la pronta aparición de Cristo no

estarán ociosos. Por lo contrario, serán diligentes en sus asuntos. No trabajarán con negligencia y falta de honradez sino con fidelidad, presteza y esmero. Los que se lisonjean de que el descuido y la negligencia en las cosas de esta vida son evidencia de su espiritualidad y de su separación del mundo, incurren en un gran error. Su veracidad, fidelidad e integridad se prueban mediante las cosas temporales. Si son fieles en lo poco, lo serán en lo mucho.

Se me mostró que es en esto donde muchos no soportan la prueba. Desarrollan su verdadero carácter en el manejo de las preocupaciones temporales. Son infieles, maquinadores y deshonestos en su trato con sus semejantes. No consideran que su derecho a la vida futura e inmortal depende de cómo se conducen en los asuntos de la presente, y que la más estricta integridad es indispensable para la formación de un carácter justo. En todas nuestras filas se práctica la falta de honradez; y ésta es la causa de la tibieza que notamos en muchos de los que profesan creer la verdad. Estos no están relacionados con Cristo y

están engañando sus propias almas. Me duele declarar que hay una alarmante falta de honradez aun entre los observadores del sábado.

Relaciones comerciales con el mundo

Algunos no tienen tacto para manejar prudentemente los asuntos mundanales. Carecen de las cualidades necesarias, y Satanás de aprovecha de ellos. Cuando así sucede, los tales no deben permanecer ignorantes de su falta. Deben ser bastante humildes para consultar con sus hermanos, en cuyo juicio pueden tener confianza, antes de ejecutar sus planes. Se me indicó este pasaje: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros”. Gálatas 6:2. Algunos no son bastante humildes para permitir que los que tienen más capacidad hagan cálculos para ellos hasta después que siguieron sus propios planes y se vieron en dificultades. Entonces ven la necesidad de obtener el consejo y el juicio de sus hermanos; pero ¡cuánto más pesada que al principio es la carga! Los hermanos no deben recurrir a los tribunales si es posible evitarlo; porque así dan al enemigo gran

ventaja para enredarlos y afligirlos. Sería mejor hacer algún arreglo aunque implique cierta pérdida.

Vi que a Dios le desagrada que su pueblo sea fiador de los incrédulos. Se me indicaron estos textos: “No estén entre los que... fían por deudas”. “Con ansiedad será afligido el que fiare al extraño: mas el que aborreciere las fianzas vivirá confiado” Proverbios 22:26; 11:15. ¡Mayordomos infieles! Han comprometido lo que pertenece a otra persona—su Padre celestial—, y Satanás está dispuesto a ayudar a sus hijos a sacárselo de las manos. Los observadores del sábado no deben ser socios de los incrédulos. Los hijos de Dios confían demasiado en la palabra de los extraños, y piden su consejo cuando no debieran hacerlo. El enemigo hace de ellos sus agentes, y obra por su medio para quitar bienes a los hijos de Dios y afligirlos.

Capítulo 13

La Biblia

En las Escrituras hay miles de gemas de la verdad que yacen escondidas para el que busca en la superficie. La mina de la verdad no se agota nunca. Cuanto más escudriñéis las Escrituras con corazón humilde, tanto mayor será vuestro interés, y tanto más os sentiréis con deseo de exclamar con Pablo: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”. Romanos 11:33.

Cristo y su Palabra están en perfecta armonía. Recibidos y obedecidos, abren una senda segura para los pies de todos los que están dispuestos a andar en la luz como Cristo es la luz. Si el pueblo de Dios apreciase su Palabra, tendríamos un cielo en la iglesia aquí en la tierra. Los cristianos tendrían avidez y hambre por escudriñar la Palabra. Anhelarían tener tiempo para comparar pasaje con pasaje, y para meditar en la Palabra. Anhelarían

más la luz de la Palabra que el diario de la mañana, las revistas o las novelas. Su mayor deseo sería comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios. Y como resultado, su vida se conformaría a los principios y las promesas de la Palabra. Sus instrucciones serían para ellos como las hojas del árbol de la vida. Sería en ellos una fuente de aguas, que brotaría para vida eterna. Los raudales refrigerantes de la gracia renovarían la vida del alma, haciéndole olvidar todo afán y cansancio. Se sentirían fortalecidos y animados por las palabras de la inspiración.

En su vasta gama de estilo y temas, la Biblia tiene algo para interesar a cada mente y atraer cada corazón. Sus páginas encierran historia antiquísima; biografías fieles a la vida; principios de gobierno para regir al estado y gobernar la casa, principios que la sabiduría humana nunca ha conseguido igualar. Contiene la más profunda filosofía, la poesía más dulce y sublime, apasionada y patética. Los escritos de la Biblia, aun considerados de esta manera, son inconmensurablemente superiores en valor a las

producciones de cualquier autor humano, pero considerados en su relación con su gran pensamiento central, son de alcance infinitamente más amplio, de valor infinitamente mayor. Desde este punto de vista, cada tema adquiere nuevo significado. En las verdades más sencillamente enunciadas se encierran principios tan altos como el cielo, y que abarcan la eternidad.

Cada día debéis aprender algo nuevo de las Escrituras. Escudriñadlas como si buscarais tesoros ocultos, porque contienen las palabras de vida eterna. Orad por sabiduría y entendimiento para comprender estos escritos sagrados. Si lo hacéis, hallaréis nuevas glorias en la Palabra de Dios; sentiréis que habréis recibido luz nueva y preciosa sobre asuntos relacionados con la verdad, y las Escrituras recibirán constantemente nuevo valor en vuestra estima.

Las verdades de la Biblia así recibidas elevarán la mente de su mundanalidad y degradación. Si la Palabra de Dios fuera apreciada como debiera serlo, tanto los jóvenes como los mayores

poseerían una rectitud interior, una fortaleza de principios que los capacitaría para resistir la tentación.

Estudiadla diligente y sistemáticamente

Padres, si queréis educar a vuestros hijos para que sirvan a Dios y hagan bien en el mundo, haced de la Biblia vuestro libro de texto. Ella expone los engaños de Satanás. Es el gran elevador de la raza humana, el agente que reprocha y corrige los males morales, el detector que nos capacita para distinguir entre lo verdadero y lo falso. No importa que otra cosa se enseñe en el hogar o en la escuela, la Biblia como el gran educador debiera estar primero. Si se le da este lugar, Dios es honrado, y obrará para vosotros en la conversión de vuestros hijos. Hay una rica mina de verdad y belleza en este santo Libro y los padres tienen de qué acusarse si no lo hacen intensamente interesante para sus hijos.

“Escrito está” fue la única arma que Cristo empleó cuando el tentador se presentó con sus

engaños. La enseñanza de la verdad bíblica es la obra grande e importante de que debiera ocuparse cada padre. Con una agradable y feliz disposición mental, presentad la verdad como es pronunciada por Dios delante de los hijos. Como padres y madres, podéis ser lecciones objetivas para los hijos en la vida diaria al practicar la paciencia, la bondad y el amor, atrayéndolos a vosotros. No permitáis que hagan lo que les plazca, sino mostradles que vuestra obra es practicar la Palabra de Dios y criarlos en la educación y admonición del Señor.

Sed sistemáticos en el estudio de las Escrituras en vuestra familia. Descuidad cualquier cosa de naturaleza temporal,... pero estad seguros de que el alma se alimenta con el pan de la vida. Es imposible estimar los buenos resultados de una hora o aun media hora dedicada cada día a la Palabra de Dios en una forma alegre y social. Haced de la Biblia su propio expositor, reuniendo todo lo que se dice acerca de cierto tema en diferentes momentos y en circunstancias diversas. No interrumpáis vuestra clase familiar a causa de

gente que llegue o de visitantes. Si vienen durante el estudio, invitadlos a participar en él. Que vean que consideráis más importante obtener un conocimiento de la Palabra de Dios que aseguraros las ganancias o placeres de este mundo.

Si estudiáramos diligentemente y con oración la Biblia día tras día, veríamos cotidianamente alguna hermosa verdad bajo una luz nueva, clara y vigorosa.

Debéis hacer de la Biblia vuestro guía si queréis educar a vuestros hijos en el conocimiento y la admonición del Señor. Preséntense la vida y el carácter de Cristo como el modelo que deben copiar. Si yerran, leedles lo que el Señor ha dicho acerca de pecados similares. Se necesitan constante cuidado y diligencia en esta obra. Un rasgo de carácter erróneo tolerado por los padres, no corregido por los maestros, puede causar que todo el carácter llegue a ser deformado y desequilibrado. Enseñad a los niños que deben tener un corazón nuevo; que deben crearse nuevos gustos e inspirarse nuevos motivos. Deben tener ayuda de

Cristo; deben llegar a familiarizarse con el carácter de Dios tal como se revela en su Palabra.

Al lector se le promete iluminación divina

Como el carácter de su Autor divino, la Palabra de Dios presenta misterios que no podrán nunca ser plenamente comprendidos por los seres finitos. Dirige nuestra mente al Creador, “que habita en luz inaccesible”. 1 Timoteo 6:16. Nos presenta sus propósitos, que abarcan todas las edades de la historia humana, y cuyo cumplimiento se alcanzará únicamente en los siglos sin fin de la eternidad. Llama nuestra atención a temas de infinita profundidad e importancia concernientes al gobierno de Dios y el destino del hombre.

La entrada del pecado en el mundo, la encarnación de Cristo, la regeneración, la resurrección y muchos otros temas presentados en la Biblia, son misterios demasiado profundos para que los explique la mente humana, o siquiera los comprenda plenamente. Pero Dios nos ha dado en las Escrituras suficientes evidencias de su carácter

divino, y no debemos dudar de su Palabra porque no podamos comprender todos los misterios de su providencia.

Si para los seres creados fuese posible obtener una comprensión plena de Dios y sus obras, después de lograrla no habría para ellos mayor descubrimiento de la verdad, ni crecimiento en el conocimiento, ni ulterior desarrollo del intelecto o el corazón. Dios no sería ya supremo; y los hombres, habiendo alcanzado el límite del conocimiento y del progreso, dejarían de avanzar. Demos gracias a Dios de que no es así. Dios es infinito; en él están “escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento”. Colosenses 2:3. Y durante toda la eternidad los hombres podrán estar investigando y aprendiendo siempre, y sin embargo no podrán agotar los tesoros de su sabiduría, bondad y poder.

Sin la dirección del Espíritu Santo, estaremos constantemente expuestos a torcer las Escrituras o a interpretarlas mal. Muchas veces la lectura de la Biblia no reporta provecho, y hasta puede causar

un daño. Cuando la Palabra de Dios se abre sin reverencia ni oración; cuando los pensamientos y afectos no están fijos en Dios ni armonizan con su voluntad, el intelecto está enturbiado por la duda; y el escepticismo se fortalece en el mismo estudio de la Biblia. El enemigo rige los pensamientos y sugiere interpretaciones que no son correctas.

No es natural amar el estudio de la Biblia

Tanto los ancianos como los jóvenes descuidan la Biblia. No hacen de ella su estudio, la regla de su vida. Especialmente los jóvenes son culpables de tal negligencia. La mayoría de ellos hallan tiempo para leer otros libros, pero no estudian diariamente el Libro que señala el camino hacia la vida eterna. Leen atentamente las historias inútiles, mientras que descuidan la Biblia. Este libro es el Guía que nos lleva a una vida más elevada y más santa. Los jóvenes declararían que es el libro más interesante que leyeron alguna vez, si su imaginación no hubiese quedado pervertida por la lectura de historias ficticias.

Como pueblo que ha tenido gran luz, debemos ejercer una influencia elevadora en nuestros hábitos, en nuestras palabras, en nuestra vida doméstica y amistades. Dad a la Palabra un puesto de honor como guía en el hogar. Considéresela como el consejero en cada dificultad, la norma en cada práctica. ¿Estarán convencidos mis hermanos y hermanas de que no puede haber nunca verdadera prosperidad en ninguna alma del círculo familiar a menos que presida la verdad de Dios, la sabiduría de la rectitud? Los padres y madres deberían hacer todo esfuerzo posible para elevar su mente del hábito perezoso de considerar como una carga el servicio de Dios. El poder de la verdad debe ser un agente santificador en el hogar.

En sus tiernos años han de enseñarse a los niños las demandas de la ley de Dios y la fe en Jesús nuestro Redentor para limpiar de las manchas del pecado. Esta fe debe ser enseñada día tras día, por precepto y ejemplo.

El estudio de la Biblia fortalece el intelecto

Si la Biblia fuera estudiada como debiera serlo, los hombres serían fuertes en su intelecto. Los temas tratados en la Palabra de Dios, la sencillez dignificada de sus declaraciones, los nobles temas que presenta a la mente, desarrollan las facultades en el hombre en una forma en que no podrían ser desarrolladas de otra manera. En la Biblia se abre delante de la imaginación un campo ilimitado. El estudiante saldrá de una contemplación de sus grandes temas, de la asociación con sus elevadas imágenes, más puro y elevado en pensamiento y sentimiento que si hubiera pasado el tiempo leyendo cualquier obra de origen meramente humano, por no decir nada de aquéllas de carácter liviano. Las mentes juveniles no alcanzan su más noble desarrollo cuando descuidan la fuente más elevada de sabiduría: la Palabra de Dios. La razón por la que hay tan pocos hombres de sana inteligencia, de estabilidad y sólido valor es porque Dios no es temido, Dios no es honrado, los principios de la religión no se practican en la vida como debieran serlo.

Dios quiere que aprovechemos de todo medio para cultivar y fortalecer nuestras facultades intelectuales... Si se leyera más la Biblia, si sus verdades fueran mejor entendidas, habría gente mucho más esclarecida e inteligente. Se imparte energía al alma al escudriñar sus páginas.

Las enseñanzas de la Biblia influyen en forma vital sobre la prosperidad del hombre en todas las relaciones de esta vida. Desarrolla los principios que son la base de la prosperidad de una nación, principios vinculados con el bienestar de la sociedad y que son la salvaguardia de la familia, principios sin los cuales ningún hombre puede alcanzar utilidad, felicidad u honra en esta vida, ni asegurarse la vida futura inmortal. No hay posición alguna en esta vida, ni fase alguna de la experiencia humana para la cual la enseñanza de la Biblia no constituya una preparación indispensable.

Cristo en toda la Biblia

El poder de Cristo, el Salvador crucificado para

dar vida eterna, debe ser presentado al pueblo. Debemos demostrarle que el Antiguo Testamento es tan ciertamente el Evangelio en sombras y figuras, como el Nuevo Testamento lo es en su poder desarrollado. El Nuevo Testamento no presenta una religión nueva; el Antiguo Testamento no presenta una religión que haya de ser superada por el Nuevo. El Nuevo Testamento es tan sólo el progreso y desarrollo del Antiguo.

Abel creía en Cristo, y fue tan ciertamente salvado por su poder, como lo fueron Pedro y Pablo. Enoc fue representante de Cristo tan seguramente como el amado discípulo Juan. Enoc anduvo con Dios, y ya no fue hallado, porque Dios lo llevó consigo. A él fue confiado el mensaje de la segunda venida de Cristo. “De los cuales también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, el Señor es venido con sus santos millares”. Judas 14. El mensaje predicado por Enoc, y su traslado al cielo, fueron un argumento convincente para todos los que vivían en su tiempo; fueron un argumento que Matusalén y Noé pudieron usar con poder para demostrar que los justos podían ser

trasladados.

El Dios que anduvo con Enoc era nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Era la luz del mundo como lo es ahora. Los que vivían entonces no estuvieron sin maestros que los instruyesen en la senda de la vida; porque Noé y Enoc eran cristianos. El Evangelio se da en preceptos en Levítico. Se requiere ahora obediencia implícita como entonces. ¡Cuán esencial es que comprendamos la importancia de esta palabra!

Se pregunta: ¿Cuál es la causa de la escasez que hay en la iglesia? La respuesta es: Permitimos que nuestras mentes sean apartadas de la Palabra. Si la Palabra de Dios fuese comida como alimento del alma; si fuese tratada con respeto y deferencia, no habría necesidad de los muchos y repetidos Testimonios que se dan. Las simples declaraciones de las Escrituras serían recibidas y obedecidas.

Capítulo 14

Los Testimonios para la Iglesia

A medida que se acerca el fin, y la obra de dar la última amonestación al mundo se extiende, resulta más importante para los que aceptan la verdad presente tener una clara comprensión de la naturaleza e influencia de los Testimonios, que en su providencia Dios vinculó con la obra del mensaje del tercer ángel desde su mismo nacimiento.

En los tiempos antiguos Dios habló a los hombres por la boca de los profetas y apóstoles. En estos días les habla por los Testimonios de su Espíritu. Nunca hubo un tiempo en que Dios instruyera a su pueblo más fervientemente de lo que lo instruye ahora acerca de su voluntad y de la conducta que quiere que siga...

Las amonestaciones y los reproches no son

dados a los que yerran entre los adventistas del séptimo día porque su vida merezca más censura que la de los que profesan ser cristianos en las iglesias nominales,... sino porque tienen gran luz, y han asumido por su profesión la posición de pueblo especial y escogido de Dios, teniendo su ley escrita en su corazón.

Los mensajes que me eran dados para diferentes personas los escribía frecuentemente para ellas, haciéndolo en muchos casos en respuesta a su urgente pedido. A medida que mi obra se extendía, esto llegó a ser una parte importante y pesada de mis labores.

En una visión que me fue dada hace como veinte años {1871} “me fue ordenado que presentara principios generales, al hablar y escribir, y que al mismo tiempo especificara los peligros, errores y pecados de algunas personas, para que todos pudiesen ser amonestados, reprendidos y aconsejados. Vi que todos deben escudriñar su corazón y su vida detenidamente, para ver si no han cometido los mismos errores por los cuales

otros fueron corregidos, y si las amonestaciones dadas para otros no se aplican a su propio caso. Si así sucede, deben sentir que las reprensiones y el consejo fueron dados especialmente para ellos, y deben darles una aplicación tan práctica como si se les hubiesen dirigido especialmente. Dios quiere probar la fe de todos los que aseveran seguir a Cristo. El probará la sinceridad de las oraciones de todos aquellos que aseveran desear fervientemente conocer su deber. Les presentará claramente su deber. Les dará amplia oportunidad de desarrollar lo que está en su corazón".

El Señor reprende y corrige a aquellos que profesan guardar su ley. Les señala sus pecados y les revela su iniquidad, porque desea que se separen de todo pecado e iniquidad, a fin de poder perfeccionar la santidad en su temor. Los reprende y corrige, a fin de que sean refinados, santificados, elevados y finalmente exaltados a su propio trono.

Para llevar a los hombres a la Biblia

Los testimonios escritos no son dados para

proporcionar nueva luz, sino para impresionar vívidamente en el corazón las verdades de la inspiración ya reveladas. El deber del hombre hacia Dios y sus semejantes ha sido especificado distintamente en la Palabra de Dios. Sin embargo, son pocos entre vosotros los que obedecen a la luz dada. No son sacadas a relucir verdades adicionales; sino que Dios ha simplificado por medio de los Testimonios las grandes verdades ya dadas, y en la forma de su elección, las ha presentado a la gente, para despertar e impresionar su mente con ellas, a fin de que todos queden sin excusa.

Los Testimonios no han de empequeñecer la Palabra de Dios, sino exaltarla, y atraer los ánimos a ella, para que pueda impresionar a todos la hermosa sencillez de la verdad.

El Espíritu no fue dado—ni puede jamás ser otorgado—para invalidar la Biblia; pues las Escrituras declaran específicamente que la Palabra de Dios es la regla por la cual toda enseñanza y toda manifestación religiosa debe ser probada...

Isaías declara: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:20.

El Hno. J** quiere confundir los ánimos tratando de hacer aparecer que la luz que Dios me ha dado por medio de los Testimonios es una adición a la Palabra de Dios; pero da así una falsa idea sobre el asunto. Dios ha visto propio atraer de este modo la atención de este pueblo a su Palabra, para darle una comprensión más clara de ella.

La Palabra de Dios basta para iluminar la mente más obscurecida, y puede ser entendida por los que tienen deseos de comprenderla. Pero no obstante todo eso, algunos que profesan estudiar la Palabra de Dios se encuentran en una oposición directa a sus más claras enseñanzas. Entonces, para dejar a hombres y mujeres sin excusa, Dios da testimonios claros y señalados, a fin de hacerlos volver a la Palabra que no han seguido. La Palabra de Dios abunda en principios generales para la formación de hábitos correctos de vida, y los testimonios, generales y personales, han sido

calculados para atraer su atención más especialmente a esos principios.

Tomé la preciosa Biblia, y la rodeé con los varios Testimonios para la iglesia, dados para el pueblo de Dios. Aquí se tratan, dije yo, los casos de casi todos. Se les señalan los pecados que deben rehuir. El consejo que desean puede encontrarse aquí, dado para otros casos similares. A Dios le ha agradado daros línea tras línea y precepto tras precepto. Pero pocos de entre vosotros saben realmente lo que contienen los Testimonios. No estáis familiarizados con las Escrituras. Si os hubieseis dedicado a estudiar la Palabra de Dios, con un deseo de alcanzar la norma de la Biblia y la perfección cristiana, no habríais necesitado los Testimonios. Es porque habéis descuidado el familiarizaros con el Libro inspirado de Dios por lo que él ha tratado de alcanzaros mediante testimonios sencillos y directos, llamando vuestra atención a las palabras de la inspiración que habéis descuidado obedecer, e invitándoos a amoldar vuestra vida de acuerdo con sus enseñanzas puras y elevadas.

Juzgad los “Testimonios” por sus frutos

Júzguense los Testimonios por sus frutos. ¿Cuál es el espíritu de su enseñanza? ¿Cuál ha sido el resultado de su influencia? Todos los que desean hacerlo, pueden familiarizarse con los frutos de estas visiones. Dios ha considerado propio dejarlas sobrevivir y fortalecerlas contra la oposición y las fuerzas de Satanás, y la influencia de los agentes humanos que han ayudado a Satanás en su obra.

O está Dios enseñando a su iglesia, reprendiendo sus errores, fortaleciendo su fe, o no lo está haciendo. La obra es de Dios, o no lo es. Dios no hace nada en sociedad con Satanás. Mi obra... lleva la estampa de Dios, o la del enemigo. No hay medias conclusiones en el asunto. Los Testimonios son del Espíritu de Dios, o del diablo.

A medida que el Señor se ha manifestado por el espíritu de profecía, han desfilado delante de mí lo pasado, lo presente y lo futuro. Me han sido mostrados rostros que nunca había visto, y años

más tarde los conocí cuando los vi. He sido despertada de mi sueño con una sensación vívida de asuntos previamente presentados a mi mente; y he escrito a medianoche cartas que han cruzado el continente, y, llegando en un momento de crisis, han evitado gran desastre a la causa de Dios. Esta ha sido mi obra durante muchos años. Un poder me ha impelido a reprobar y reprender males en los cuales no había pensado. ¿Es esta obra de lo alto, o de abajo?

El propósito de Satanás es causar dudas

En muchos casos se reciben plenamente los Testimonios, se rechaza el pecado y la complacencia, e inmediatamente se inicia una reforma en armonía con la luz que Dios ha dado. En otros casos, se sigue en las complacencias pecaminosas, se rechazan los Testimonios, y se dan a otros muchas excusas falsas acerca de la razón que se tiene para negarse a recibirlos. No se da la verdadera razón. Es una falta de valor moral y de una voluntad fortalecida y regida por el Espíritu de Dios para renunciar a los hábitos nocivos.

Satanás es hábil para sugerir dudas e idear objeciones al testimonio directo que Dios envía, y muchos piensan que es una virtud, un indicio de inteligencia en ellos el ser incrédulos y presentar dudas. Los que deseen dudar, tendrán abundante ocasión para ello. Dios no se propone evitarnos toda oportunidad de ser incrédulos. El da evidencias, que deben ser investigadas cuidadosamente con mente humilde y espíritu susceptible de ser enseñado; y todos deben decidir por el peso de la evidencia. Dios da suficiente evidencia para que pueda creer el espíritu sincero; pero el que se aparta del peso de la evidencia porque hay unas pocas cosas que su entendimiento finito no puede aclarar, será dejado en la atmósfera fría y helada de la incredulidad y de la duda, y perderá su fe.

Es el plan de Satanás debilitar la fe del pueblo de Dios en los Testimonios. Satanás sabe cómo hacer sus ataques. Obra sobre las mentes para excitar los celos y la desconformidad para con aquellos que están a la cabeza de la obra. Luego se

ponen en duda los dones; y por supuesto, más tarde tienen poco peso y las instrucciones dadas por medio de las visiones son despreciadas. Luego sigue el escepticismo en cuanto a los puntos vitales de nuestra fe, los puntales de nuestra posición, y a continuación la duda en cuanto a las Santas Escrituras y la marcha descendente hacia la perdición. Cuando se ponen en duda los Testimonios en los cuales se creía una vez y se renuncia a ellos, Satanás sabe que los seducidos no se detendrán con esto, y él redobla sus esfuerzos hasta lanzarlos en abierta rebelión, que se vuelve incurable y acaba en la destrucción. Cediendo a las dudas y la incredulidad acerca de la obra de Dios, y albergando sentimientos de desconfianza y celos crueles, se están preparando para la seducción completa. Se levantan con sentimientos amargos contra aquellos que se atreven a hablar de sus errores y reprender sus pecados.

No sólo los que rechazan los Testimonios o albergan dudas con respecto a ellos están en terreno peligroso. Despreciar la luz es rechazarla.

Si perdéis la confianza en los Testimonios, os apartaréis de la verdad bíblica. He temido que muchos asumiesen una actitud dubitativa e inquisidora, y en mi angustia por vuestras almas quisiera amonestaros. ¿Cuántos escucharán la amonestación?

La ignorancia de los “Testimonios” no es una excusa

Muchos contrarían directamente la luz que Dios ha dado a su pueblo, porque no leen los libros que contienen la luz y el conocimiento, en reconvenciones, reprensiones y amonestaciones. Los cuidados del mundo, el amor a la moda y la falta de religión han desviado la atención de la luz que Dios nos ha concedido tan misericordiosamente, mientras que libros y periódicos que contienen errores inundan todo el país. Por doquiera están aumentando el escepticismo y la incredulidad. La preciosa luz que proviene del trono de Dios se oculta bajo un almud. Dios hará a su pueblo responsable de esta negligencia. Habrá que darle cuenta de todo rayo

de luz que él ha dejado brillar sobre nuestra senda, sea que la hayamos aprovechado para progresar en las cosas divinas, o rechazado porque nos resultaba más agradable seguir nuestras inclinaciones.

Los Testimonios deben ser introducidos en toda familia observadora del sábado, y los hermanos deben conocer su valor y ser instados a leerlos. No fue el plan más sabio colocar estos libros a precios bajos, y que haya un solo juego en una iglesia. Debieran estar en la biblioteca de cada familia, y ser leídos a menudo. Guárdense donde puedan ser leídos por muchos.

Se me ha mostrado que la incredulidad en los testimonios de amonestación, aliento y reprensión está excluyendo la luz del pueblo de Dios. La incredulidad les cierra los ojos, de manera que quedan en la ignorancia de su verdadera condición. Piensan que es innecesario el testimonio reprensivo del Espíritu de Dios, o que no se les aplica. Los tales tienen suma necesidad de la gracia de Dios y del discernimiento espiritual, para poder descubrir su deficiencia en conocimiento espiritual.

Muchos de los que han apostatado de la verdad reconocen como motivo de su conducta que no tienen fe en los Testimonios. Lo que importa saber ahora es: ¿Renunciarán al ídolo que Dios condena, o continuarán su errónea conducta de complacencia, rechazando la luz que Dios les ha dado en reprensión de las cosas en las cuales se deleitan? Lo que deben decidir es: ¿Me negaré a mí mismo y recibiré como de Dios los Testimonios que reprenden mis pecados, o rechazaré los Testimonios porque reprenden mis pecados?

Uso equivocado de los “Testimonios”

El primer número de los Testimonios publicados contiene una amonestación contra el empleo imprudente de la luz que ha sido dada por este medio al pueblo de Dios. Declaré que algunos habían asumido una conducta imprudente, cuando al hablar de su fe a los incrédulos habían leído en mis escritos la prueba que se les había pedido, en vez de acudir a la Biblia para obtenerla. Me fue mostrado que esa conducta era inconsecuente y que

llenaría a los incrédulos de prejuicios contra la verdad. Los Testimonios no pueden tener valor para aquellos que no saben nada de su espíritu. No debe hacerse referencia a ellos en tales casos.

Otras amonestaciones concernientes al uso de los Testimonios han sido dadas de vez en cuando como sigue:

“Algunos de los predicadores están muy atrasados. Profesan creer los testimonios dados, y algunos hacen mal al erigirlos en regla de hierro para aquellos que no han tenido experiencia con referencia a ellos, pero no los practican ellos mismos. Han recibido repetidos testimonios, que han despreciado completamente. La conducta de los tales no es consecuente”.

“Vi que muchos habían aprovechado lo que Dios había mostrado acerca de los pecados y errores ajenos. Habían tomado el sentido más riguroso de lo que había sido mostrado en visión, y luego habían insistido tanto en ello que contribuían a debilitar la fe de muchos en lo que Dios había

revelado, y también a desalentar y descorazonar a la iglesia".

Peligro en criticar los "Testimonios"

En un sueño que tuve hace poco me vi frente a una asamblea de gente entre la cual algunos hacían esfuerzos para eliminar la impresión de un muy solemne testimonio de amonestación que les había dado. Decían: "Creemos los testimonios de la Hna. White; pero cuando nos dice cosas que no ha visto directamente en visión acerca del caso particular que se considera, sus palabras no tienen más valor para nosotros que las de cualquier otra persona". El Espíritu del Señor vino sobre mí, y me levanté y los reprendí en el nombre de Jehová.

Ahora bien, si aquellos a quienes se dirigen estas solemnes amonestaciones dicen: "Es tan sólo la opinión individual de la Hna. White, seguiré mi propio juicio", y si continúan haciendo las cosas que se les ha advertido que no hagan, demuestran que desprecian el consejo de Dios y el resultado es exactamente lo que el Espíritu de Dios me ha

mostrado que sería: perjuicio para la causa de Dios y ruina para sí mismos. Algunos que quieren fortalecer su propia posición presentarán declaraciones de los Testimonios en las cuales ven apoyadas sus opiniones, y les darán el sentido más enérgico que puedan; pero aquello que pone en duda su conducta, o que no coincide con sus opiniones, lo declaran opinión de la Hna. White, niegan su origen celestial y lo colocan al nivel de su propio juicio.

Y ahora hermanos, os suplico que no os interpongáis entre mí y el pueblo, para desviar la luz que Dios quiere que llegue a él. No quitéis por vuestras críticas toda la fuerza, toda la agudeza y poder de los Testimonios. No sintáis que podéis disecarlos para que se adapten a vuestras propias ideas, aseverando que Dios os ha dado capacidad para discernir lo que es luz del cielo, y lo que es expresión de simple sabiduría humana. Si los Testimonios no hablan según la Palabra de Dios, rechazadlos. No puede haber unión entre Cristo y Belial. Por amor de Cristo, no confundáis a la gente con sofismas humanos y escepticismo, y no anuléis

la obra que el Señor quiere hacer. No hagáis de este agente de Dios, por vuestra falta de discernimiento espiritual, una piedra de escándalo que haga tropezar y caer a muchos para que sean “enlazados, y presos”.

Cómo recibir la reprensión

Los que son reprendidos por el Espíritu de Dios no deben levantarse contra el humilde instrumento. Es Dios y no un ser mortal falible quien ha hablado para salvarlos de la ruina. No agrada a la naturaleza humana recibir reprensiones, ni puede el corazón del hombre que no está iluminado por el Espíritu de Dios comprender la necesidad de reprensión o la bendición que ella está destinada a reportarle. En la medida en que el hombre cede a la tentación y participa del pecado, su mente se entenebrece. Se pervierte el sentido moral. Se desprecian las amonestaciones de la conciencia, y su voz se oye cada ver con menos claridad. Pierde gradualmente el poder de distinguir entre lo correcto y lo erróneo, hasta llegar a no tener verdadero sentido de su posición delante de Dios. Tal vez observe la forma

de la religión, y defienda celosamente sus doctrinas, mientras está destituido de su espíritu. Esta condición está descrita por el Testigo fiel: “Porque tú dices: Yo soy rico y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. Apocalipsis 3:17. Cuando el Espíritu de Dios, por sus mensajes de reprensión, declara que tal es la condición de la persona, ella no puede ver que el mensaje sea la verdad. ¿Debe por lo tanto rechazar la amonestación? No.

Dios nos ha dado suficiente evidencia para que todos los que lo desean puedan convencerse del carácter de los Testimonios;y habiéndolos reconocido como de Dios, es su deber aceptar la reprensión, aunque no vean ellos mismos la pecaminosidad de su conducta. Si comprendiesen plenamente su condición, ¿qué necesidad tendrían de reprensión? Por el hecho de que no la conocen, Dios se la presenta para que puedan arrepentirse y reformarse antes que sea demasiado tarde. Los que desprecian las amonestaciones serán dejados a ciegas y se engañarán a sí mismos, pero los que las

escuchen, y cumplan celosamente la obra de separarse de sus pecados a fin de tener las gracias necesarias, abrirán la puerta de su corazón a fin de que el amado Salvador pueda entrar en él y morar con ellos. Los que están más estrechamente vinculados con Dios son aquellos que conocen su voz cuando les habla. Los que son espirituales disciernen las cosas espirituales. Los tales sentirán agradecimiento porque el Señor les ha señalado sus errores.

David aprendió sabiduría de la manera en que Dios le trató, y se postró humildemente bajo el castigo del Altísimo. El cuadro fiel que de su estado presentó el profeta Natán, hizo conocer a David sus propios pecados y le ayudó a abandonarlos. Aceptó mansamente el consejo y se humilló delante de Dios. “La ley de Jehová—exclama él—es perfecta, que convierte el alma”. Salmos 19:7.

“Si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos”. Hebreos 12:8. Nuestro Señor ha dicho:

“Yo reprendo y castigo a todos los que amo”. Apocalipsis 3:19. “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”. Hebreos 12:11. Aunque la disciplina sea amarga, la administra el tierno amor del Padre, para que por ella seamos “participantes de la naturaleza divina”. 2 Pedro 1:4.

Capítulo 15

El Espíritu Santo

Es privilegio de todo cristiano no sólo esperar sino apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo. Si todos los que profesan su nombre llevasen frutos para su gloria, ¡cuán prestamente quedaría sembrada en el mundo la semilla del Evangelio! La última mies maduraría rápidamente, y Cristo vendría para recoger el precioso grano.

Mis hermanos y hermanas, orad por el Espíritu Santo. Dios respalda toda promesa que ha hecho. Con la Biblia en la mano, decid: “He hecho como tú dijiste. Presento tu promesa: ‘Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá’”. Cristo declara: “Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”. “Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”. Mateo 7:7; Marcos 11:24; Juan 14:13.

Cristo envía sus mensajeros a toda parte de su

dominio para comunicar su voluntad a sus siervos. El anda en medio de sus iglesias. Desea santificar, elevar y ennoblecer a quienes le siguen. La influencia de los que creen en él será en el mundo un sabor de vida para vida. Cristo tiene las estrellas en su diestra, y es su propósito dejar brillar por intermedio de ellas su luz para el mundo. Así desea preparar a su pueblo para un servicio más elevado en la iglesia celestial. Nos ha confiado una gran obra. Hagámosla fielmente. Demostremos en nuestra vida lo que la gracia divina puede hacer por la humanidad.

La unidad debe preceder al derramamiento del Espíritu Santo

Notemos que el Espíritu fue derramado después que los discípulos hubieron llegado a la unidad perfecta, cuando ya no contendían por el puesto más elevado. Eran unánimes. Habían desechado todas las diferencias. Y el testimonio que se da de ellos después que les fue dado el Espíritu es el mismo. Notemos la expresión: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un

alma”. Hechos 4:32. El Espíritu de Aquel que había muerto para que los pecadores viviesen animaba a toda la congregación de los creyentes.

Los discípulos no pidieron una bendición para sí mismos. Sentían preocupación por las almas. El Evangelio había de ser proclamado hasta los confines de la tierra y solicitaban la medida de poder que Cristo había prometido. Entonces fue cuando se derramó el Espíritu Santo y miles se convirtieron en un día.

Así puede suceder ahora. Desechen los cristianos todas las disensiones, y entréguense a Dios para salvar a los perdidos. Pidan con fe la bendición prometida, y ella les vendrá. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue “la lluvia temprana”, y glorioso fue el resultado. Pero la lluvia tardía será más abundante. ¿Cuál es la promesa hecha a los que viven en estos postreros días? “Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza; hoy también os anunció que os restauraré el doble”. “Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía. Jehová hará relámpagos, y os

dará lluvia abundante, y hierba verde en el campo a cada uno". Zacarías 9:12; 10:1.

Nuestra utilidad depende de nuestra entrega al Espíritu Santo

Dios no nos pide que hagamos con nuestra fuerza la obra que nos espera. El ha provisto ayuda divina para todas las emergencias a las cuales no puedan hacer frente nuestros recursos humanos. Da el Espíritu Santo para ayudarnos en toda dificultad, para fortalecer nuestra esperanza y seguridad, para iluminar nuestra mente y purificar nuestro corazón.

Cristo hizo provisión para que su iglesia fuese un cuerpo transformado, iluminado por la luz del cielo, que poseyese la gloria de Emmanuel. El quiere que todo cristiano esté rodeado de una atmósfera espiritual de luz y paz. No tiene límite la utilidad de aquel que, poniendo el yo a un lado, da lugar a que obre el Espíritu Santo en su corazón, y vive una vida completamente consagrada a Dios.

¿Cuál fue el resultado del derramamiento del

Espíritu en el día de Pentecostés? Las buenas nuevas de un Salvador resucitado fueron proclamadas hasta los confines más remotos del mundo habitado. El corazón de los discípulos quedó sobrecargado de una benevolencia tan completa, profunda y abarcante, que los impulsó a ir hasta los confines de la tierra testificando: “Porque lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Gálatas 6:14. Mientras proclamaban la verdad tal cual es en Jesús, los corazones cedían al poder del mensaje. La iglesia veía a los conversos acudir a ella desde todas las direcciones. Los apóstatas se volvían a convertir. Los pecadores se unían con los cristianos en la búsqueda de la perla de gran precio. Los que habían sido acérrimos oponentes del Evangelio llegaron a ser sus campeones. Se cumplía la profecía: El débil será “como David”, y la casa de David, “como el ángel del Señor”. Cada cristiano veía en su hermano la divina similitud del amor y la benevolencia. Un solo interés prevalecía. Un objeto de emulación absorbía a todos los demás. La única ambición de los creyentes consistía en revelar un carácter semejante al de Cristo y trabajar

para el engrandecimiento de su reino.

A nosotros hoy, tan ciertamente como a los primeros discípulos, pertenece la promesa del Espíritu. Dios dotará hoy a hombres y mujeres del poder de lo alto, como dotó a los que, en el día de Pentecostés, oyeron la palabra de salvación. En este mismo momento su Espíritu y su gracia son para todos los que los necesitan y quieran aceptar su palabra al pie de la letra.

El Espíritu Santo permanecerá hasta el fin

Cristo declaró que la influencia divina del Espíritu había de acompañar a sus discípulos hasta el fin. Pero la promesa no es apreciada como debiera serlo; por lo tanto, su cumplimiento no se ve como debiera verse. La promesa del Espíritu es algo en lo cual se piensa poco; y el resultado es tan sólo lo que podría esperarse: sequía, tinieblas, decadencia y muerte espirituales. Los asuntos de menor importancia ocupan la atención y, aunque es ofrecido en su infinita plenitud, falta el poder divino que es necesario para el crecimiento y la

prosperidad de la iglesia y que traería todas las otras bendiciones en su estela.

La ausencia del Espíritu es lo que hace tan impotente el ministerio evangélico. Puede poseerse saber, talento, elocuencia, y todo don natural o adquirido; pero, sin la presencia del Espíritu de Dios, ningún corazón se conmoverá, ningún pecador será ganado para Cristo. Por otro lado, si sus discípulos más pobres y más ignorantes están vinculados con Cristo, y tienen los dones del Espíritu, tendrán un poder que se hará sentir sobre los corazones. Dios hará de ellos conductos para el derramamiento de la influencia más sublime del universo.

El celo por Dios movió a los discípulos a dar testimonio de la verdad con gran poder. ¿No debiera este celo encender en nuestro corazón la resolución de contar la historia del amor redentor, de Cristo, y de éste crucificado? ¿No vendrá hoy el Espíritu de Dios en respuesta a la oración ferviente y perseverante, para llenar a los hombres de un poder que los capacite para servir? ¿Por qué es

entonces la iglesia tan débil e inerte?

Cuando el Espíritu Santo rija la mente de los miembros de nuestras iglesias, se verá en ellas una norma mucho más alta que la que se ve ahora en el hablar, en el ministerio y en la espiritualidad. Los miembros de las iglesias serán refrigerados por el agua de la vida, y los obreros, trabajando bajo una Cabeza, es a saber Cristo, revelarán a su Maestro en espíritu, en palabra y en acción, y se alentarán unos a otros a progresar en la grandiosa obra final en la cual están empeñados. Habrá un sano incremento de la unidad y del amor, que atestiguará al mundo que Dios envió a su Hijo a morir por la redención de los pecadores. La verdad divina será exaltada; y mientras resplandezca como lámpara que arde, la comprenderemos cada vez más claramente.

Me fue mostrado que si los hijos de Dios no hacen esfuerzo de su parte, sino que aguardan a que el refrigerio venga sobre ellos y elimine sus males y corrija sus errores; si confían en que esto los limpiará de la inmundicia de la carne y del

espíritu, y los hará idóneos para dedicarse al fuerte clamor del tercer ángel, serán hallados faltos. El refrigerio o poder de Dios desciende únicamente sobre aquellos que se han preparado para ello haciendo la obra que Dios les invita a hacer, que consiste en purificarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu y en perfeccionar su santidad en el temor de Dios.

Capítulo 16

Mantener despejada la conexión de Dios con el hombre

Los nervios del cerebro que relacionan todo el organismo entre sí, son el único medio por el cual el cielo puede comunicarse con el hombre, y afectan su vida más íntima. Cualquier cosa que perturbe la circulación de las corrientes eléctricas del sistema nervioso, disminuye la fuerza de las potencias vitales, y como resultado se atenúa la sensibilidad de la mente.

La intemperancia de cualquier clase adormece los órganos de la percepción y debilita el poder nervioso del cerebro de manera que las cosas eternas no son apreciadas, sino que son puestas en el mismo plano de lo común. Las facultades superiores de la mente, designadas para propósitos elevados, son esclavizadas por las pasiones más bajas. Si nuestros hábitos físicos no son correctos,

nuestras facultades mentales y morales no pueden ser fuertes, porque existe una relación estrecha entre lo físico y lo moral.

Satanás se regocija al ver cómo la familia humana se hunde cada vez más en el sufrimiento y la miseria. Sabe que las personas que tienen malos hábitos y cuerpos malsanos no pueden servir a Dios con tanto fervor, perseverancia y pureza como si estuvieran sanas. Un cuerpo enfermo afecta el cerebro. Con la mente servimos al Señor. La cabeza es la capital del cuerpo. Satanás triunfa en la funesta obra que realiza haciendo que la familia humana se complazca en hábitos que hacen que sus miembros se destruyan a sí mismos y unos a otros. Por este medio despoja a Dios del servicio que le es debido.

Satanás se halla constantemente alerta para colocar por completo bajo su dominio a la raza humana. La forma más poderosa en que él hace presa del hombre es el apetito, que trata de estimular de toda manera posible.

El artificio más destructor de Satanás

Satanás reunió a los ángeles caídos para planear alguna manera de hacer el mayor daño posible a la familia humana. Se hizo una propuesta tras otra, hasta que finalmente Satanás mismo ideó un plan. Tomaría el fruto de la vid, como también el trigo y otras cosas dadas por Dios como alimento, y las convertiría en venenos que arruinaran las facultades físicas, mentales y morales del hombre y subyugaran de tal forma los sentidos que Satanás lograse el dominio completo. Bajo la influencia del licor los hombres serían llevados a cometer crímenes de toda clase. El mundo se corrompería mediante el apetito pervertido. Haciendo que los hombres tomaran alcohol, Satanás los degradaría cada vez más.

Satanás está cautivando al mundo mediante el uso del licor y del tabaco, el té y el café. La mente dada por Dios, que debiera mantenerse clara, se pervierte por el uso de los narcóticos. El cerebro queda incapacitado para discernir correctamente. El enemigo obtiene el control. Los hombres han

vendido su razón a cambio de aquellas cosas que los enloquecen. No tienen idea de lo que es correcto.

Nuestro Creador ha otorgado sus bendiciones al hombre con mano generosa. Si todos estos dones de la Providencia fuesen empleados con prudencia y temperancia, la pobreza, la enfermedad y la miseria quedarían desterradas de la tierra. Pero ¡ay! por todos lados vemos que las bendiciones de Dios son trocadas en maldición por la perversidad de los hombres.

No hay clase de personas culpables de mayor perversión y abuso de sus dones preciosos que la de los que dedican los productos del suelo a la fabricación de bebidas embriagantes. Los cereales nutritivos, las sanas y deliciosas frutas, son convertidos en brebajes que pervierten los sentidos y enloquecen el cerebro. Como resultado del consumo de estos venenos, miles de familias se ven privadas de las comodidades y aun de las cosas necesarias de la vida, se multiplican los actos de violencia y crimen, y la enfermedad y la muerte

sumen a miríadas de víctimas en las tumbas de los borrachos.

Vino que intoxica

El vino que Cristo hizo con agua en las bodas de Caná era zumo puro de uva. Este es el “mosto” que se halla en el “racimo”, del cual dice la Escritura: “No lo desperdicies, porque bendición hay en él”. Isaías 65:8.

“El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora, y cualquiera que por ellos yerra no es sabio”.

“¿Para quién será el ay? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amoratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura. No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; más al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor”. Proverbios 20:1; 23:29-32.

Ninguna mano humana pintó jamás un cuadro

más vivo del envilecimiento y la esclavitud de la víctima de las bebidas embriagantes. Sujetada, degradada, no puede librarse del lazo, ni siquiera cuando llega a darse cuenta de su estado, y dice: “aún lo volveré a buscar”. Proverbios 23:35.

Se llega a la embriaguez tan ciertamente con el vino, la cerveza y la sidra, como con bebidas más fuertes. El uso de las bebidas que tienen menos alcohol despierta el deseo de consumir las más fuertes, y así se contrae el hábito de beber. La moderación en la bebida es la escuela en que se educan los hombres para la carrera de borrachos. Tan insidiosa es la obra de estos estimulantes más leves, que la víctima entra por el camino ancho que lleva a la costumbre de emborracharse antes de que se haya dado cuenta del peligro.

No se necesitan argumentos para demostrar los malos efectos de las bebidas embriagantes en el borracho. Los ofuscados y embrutecidos desechos de la humanidad, almas por quienes Cristo murió y por las cuales lloran los ángeles, se ven en todas partes. Constituyen un baldón para nuestra

orgullosa civilización. Son la vergüenza, la maldición y el peligro de todos los países.

El licor hace del hombre un esclavo

Cuando se complace el apetito por la bebida embriagante, el hombre lleva voluntariamente a sus labios el trago que hunde a aquel que fue hecho a la imagen de Dios a un nivel inferior al de la bestia. La razón es paralizada, el intelecto es obnubilado, las pasiones animales son excitadas, y entonces se producen crímenes del carácter más degradante.

Bajo la influencia de la bebida que toman son inducidos a hacer cosas de las cuales huirían con horror si no hubiesen probado la droga enloquecedora. Cuando están bajo la influencia del veneno líquido, están bajo el dominio de Satanás. El los gobierna y ellos colaboran con él.

Así obra [Satanás] cuando tienta a los hombres a vender el alma por la bebida. Toma posesión de cuerpo, mente y alma, y ya no es el hombre sino Satanás quien actúa. Y la crueldad de Satanás se

expresa al alzar el borracho su mano para golpear sin misericordia a la mujer a la cual ha prometido amar y proteger por toda la vida. Los actos del ebrio son una expresión de la violencia de Satanás.

Los hombres que usan el licor se convierten voluntariamente en esclavos de Satanás. Satanás tienta a aquellos que ocupan cargos de responsabilidad en ferrocarriles, en barcos, los que tienen a su cargo lanchas o vehículos cargados de gente que acude en masa a lugares de diversión idólatra para complacer su apetito pervertido y así olvidar a Dios y sus leyes.

No pueden ver qué están haciendo. Se hacen las señales en forma incorrecta, y se provocan colisiones entre los vehículos. De ahí viene el horror, la mutilación y la muerte. Este estado de cosas se verá cada vez más.

Las inclinaciones corruptas del borracho se transmiten a su descendencia, y de ella a las generaciones siguientes.

El tabaco es un veneno lento

El tabaco es un veneno lento, insidioso, pero de los más nocivos. En cualquier forma en que se haga uso de él, mina la constitución; es tanto más peligroso cuanto sus efectos son lentos y apenas perceptibles al principio. Excita y después paraliza los nervios. Debilita y anubla el cerebro. A menudo afecta los nervios más poderosamente que las bebidas alcohólicas. Es un veneno más sutil, y es difícil eliminar sus efectos en el organismo. Su uso despierta sed de bebidas fuertes, y en muchos casos echa los cimientos del hábito de beber alcohol.

El uso del tabaco es perjudicial, costoso y sucio; contamina al que lo usa y molesta a los demás.

Entre los niños y los jóvenes el uso del tabaco hace un daño incalculable.

Los muchachos empiezan a hacer uso del tabaco en edad muy temprana. El hábito que adquieren cuando el cuerpo y la mente son

particularmente susceptibles a sus efectos, socava la fuerza física, impide el crecimiento del cuerpo, embota la inteligencia y corrompe la moralidad.

No hay apetito natural por el tabaco en la naturaleza, a menos que sea heredado.

Por el uso del té y del café se forma un apetito por el tabaco.

El alimento preparado con condimentos y especias, inflama el estómago, corrompe la sangre y prepara el camino para estimulantes más fuertes.

Los alimentos a base de carne y altamente sazonados, y el té y café cuyo consumo algunas madres fomentan en sus hijos, los preparan para desear estimulantes más fuertes, como el tabaco. El uso de éste despierta el deseo de ingerir bebidas alcohólicas.

El humo del tabaco es dañino para las mujeres y los niños

Mujeres y niños sufren por tener que respirar en la atmósfera que ha sido contaminada por la pipa, el cigarro, o el pestilente aliento del que usa tabaco. Los que viven en esta atmósfera siempre estarán enfermos.

Al inhalar los efluvios venenosos del tabaco, arrojados de los pulmones y eliminados por los poros de la piel, el organismo del niño se llena de veneno. Mientras que en algunos niños actúa como un veneno lento y afecta el cerebro, el corazón, el hígado y los pulmones, que se van debilitando y desmejorando rápidamente, en otros tiene una influencia más directa, produciendo espasmos, ataques, parálisis y muerte repentina.

Cada exhalación de los pulmones del esclavo del tabaco, envenena el aire a su alrededor.

Las prácticas malsanas de las generaciones pasadas afectan a los niños y jóvenes de hoy. La

incapacidad mental, la debilidad física, las perturbaciones nerviosas y los deseos antinaturales se transmiten como un legado de padres a hijos. Y las mismas prácticas, seguidas por los hijos, aumentan y perpetúan los malos resultados.

El té y el café no nutren el organismo

El té estimula y hasta cierto punto embriaga. Parecida resulta también la acción del café y de muchas otras bebidas populares. El primer efecto es agradable. Se excitan los nervios del estómago, y esta excitación se transmite al cerebro, que, a su vez acelera la actividad del corazón, y da al organismo entero cierta energía pasajera. No se hace caso del cansancio; la fuerza parece haber aumentado. La inteligencia se despierta y la imaginación se aviva.

En consecuencia, muchos se figuran que el té o el café les hace mucho bien. Pero es un error. El té y el café no nutren el organismo. Su efecto se produce antes de la digestión y la asimilación, y lo que parece ser fuerza, no es más que excitación

nerviosa. Pasada la acción del estimulante, la fuerza artificial declina y deja en su lugar un estado correspondiente de languidez y debilidad.

El consumo continuo de estos excitantes de los nervios produce dolor de cabeza, insomnio, palpitaciones del corazón, indigestión, temblores y otros muchos males; porque estos excitantes consumen las fuerzas vitales. Los nervios cansados necesitan reposo y tranquilidad en vez de estímulo y recargo de trabajo.

Algunos han cedido y usualmente beben té y café. Los que violan las leyes de la salud, se volverán mentalmente ciegos y violarán las leyes de Dios.

El uso de las drogas

Una práctica que prepara el terreno para un gran acopio de enfermedades y de males aun peores es el libre uso de drogas venenosas. Cuando se sienten atacados por algunas enfermedades, muchos no quieren darse el trabajo de buscar la

causa. Su principal afán es librarse de dolor y molestias.

Por el uso de drogas venenosas muchos se acarrean enfermedades para toda la vida, y se malogran muchas existencias que hubieran podido salvarse mediante los métodos naturales de curación. Los venenos contenidos en muchos así llamados remedios crean hábitos y apetitos que labran la ruina del alma y del cuerpo. Muchos de los específicos populares, y aun algunas de las drogas recetadas por médicos, contribuyen a que se contraigan los vicios del alcoholismo, del opio y de la morfina, que tanto azotan a la sociedad.

La medicación por medio de drogas, en la forma como se la práctica actualmente, es una maldición. Hay que educar a la gente para que se aleje del empleo de drogas. Hay que usarlas cada vez menos y hay que confiar cada vez más en los recursos de la higiene; entonces la naturaleza responderá a la acción de los médicos de Dios: aire puro, agua pura, ejercicio adecuado y una conciencia limpia. Los que insisten en el uso de té,

café y carne sentirán la necesidad de droga, pero muchos podrían recuperarse sin medicinas si obedecieran las leyes de la salud. Es necesario utilizar las drogas sólo infrecuentemente.

Los adventistas del séptimo día somos un ejemplo al mundo

Como pueblo, profesamos ser reformadores, portadores de luz para el mundo y fieles centinelas de Dios que custodian toda avenida por la cual Satanás podría penetrar con sus tentaciones para pervertir el apetito. Nuestro ejemplo e influencia debe ser un poder de parte de la reforma. Debemos abstenernos de toda práctica que pudiera embotar la conciencia o estimular la tentación. No debemos abrir puerta alguna que dé a Satanás acceso a la mente de un ser humano formado a la imagen de Dios.

La única conducta segura consiste en no tocar ni probar té, café, vino, tabaco, opio ni bebidas alcohólicas. La necesidad que tienen los hombres de esta generación de invocar en su ayuda el poder

de la voluntad fortalecida por la gracia de Dios, a fin de no caer ante las tentaciones de Satanás, y resistir hasta la menor complacencia del apetito pervertido, es dos veces mayor hoy que hace algunas generaciones. Pero la actual tiene menos dominio propio que las anteriores. Los que han complacido su apetencia por estos estimulantes han transmitido sus depravados apetitos y pasiones a sus hijos, y se requiere mayor poder moral para resistir la intemperancia en todas sus formas. La única conducta perfectamente segura consiste en colocarse firmemente de parte de la temperancia y no aventurarse en la senda del peligro.

Si las sensibilidades morales de los cristianos se aguzaran en el tema de la temperancia en todas las cosas, podrían, por su ejemplo, y principiando en sus mesas, ayudar a los que tienen poco dominio propio, a los que son casi incapaces de resistir a las instancias de su apetito. Si pudiésemos comprender que los hábitos que adquirimos en esta vida afectarán nuestros intereses eternos, y que nuestro destino eterno depende de que nos habituemos a ser temperantes, lucharíamos para ser estrictamente

temperantes en el comer y beber. Por nuestro ejemplo y esfuerzo personales, podemos ser instrumentos para salvar a muchas almas de la degradación de la intemperancia, el crimen y la muerte. Nuestras hermanas pueden hacer mucho en la obra de la salvación de los demás, al poner sobre sus mesas únicamente alimentos sanos y nutritivos. Pueden dedicar su precioso tiempo a educar los gustos y apetitos de sus hijos, a hacerles adquirir hábitos de temperancia en todas las cosas, y a estimular la abnegación y la benevolencia para beneficio de los demás.

Capítulo 17

Pureza de corazón y de vida

Dios os ha dado un tabernáculo que cuidar y conservar en la mejor condición para su servicio y gloria. Vuestros cuerpos no os pertenecen. “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo? ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es”. 1 Corintios 6:19; 3:16, 17.

En esta época de corrupción, cuando nuestro adversario el diablo ronda como león rugiente buscando a quien devore, veo la necesidad de elevar mi voz en amonestación. “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. Mateo 26:41. Son muchos los que poseen talentos brillantes y que los dedican impíamente al servicio de Satanás.

¿Qué advertencia puedo dar a un pueblo que profesa haber sa- lido del mundo y haber dejado las

obras de las tinieblas? ¿A un pueblo a quien Dios ha hecho depositario de su ley, pero que como la higuera frondosa ostenta sus ramas aparentemente florecientes a la misma faz del Altísimo y, sin embargo, no lleva frutos para la gloria de Dios? Muchos de ellos albergan pensamientos impuros, imaginaciones profanas, deseos no santificados y bajas pasiones. Dios aborrece el fruto que lleva un árbol tal. Los ángeles, puros y santos, miran la conducta de los tales con aborrecimiento, mientras Satanás se regocija. ¡Ojalá que los hombres y mujeres considerasen lo único que pueden ganar al transgredir la ley de Dios! En cualquier circunstancia, la transgresión deshonra a Dios y resulta en una maldición para el hombre. Debemos considerarla así, por hermoso que sea su disfraz y cualquiera sea la persona que la cometa.

Los limpios de corazón verán a Dios. Todo pensamiento impuro contamina el alma, menoscaba el sentido moral y tiende a obliterar las impresiones del Espíritu Santo. Empaña la visión espiritual, de manera que los hombres no puedan contemplar a Dios. El Señor puede perdonar al

pecador arrepentido, y le perdona; pero aunque esté perdonada, el alma quedará mancillada. Toda impureza de palabras o de pensamientos debe ser rehuida por aquel que quiera tener un claro discernimiento de la verdad espiritual.

Algunos reconocerán el mal de las prácticas pecaminosas, y, sin embargo, se disculparán diciendo que no pueden vencer sus pasiones. Esta es una admisión terrible de parte de una persona que lleva el nombre de Cristo. “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”. 2 Timoteo 2:19. ¿Por qué existe esta debilidad? Es porque las propensiones animales han sido fortalecidas por el ejercicio, hasta que han prevalecido sobre las facultades superiores. A los hombres y mujeres les faltan principios. Están muriendo espiritualmente porque han condescendido durante tanto tiempo con sus apetitos naturales que su dominio propio parece haber desaparecido. Las pasiones inferiores de su naturaleza han empuñado las riendas, y la que debiera ser la facultad dominante se ha convertido en la sierva de la pasión corrupta. Se mantiene al

alma en la servidumbre más abyecta. La sensualidad ha apagado el deseo de santidad, y ha agostado la prosperidad espiritual.

No mancilléis el templo de Dios

La obra especial de Satanás en estos últimos días es posesionarse de la mente de la juventud, corromper los pensamientos e inflamar las pasiones; porque sabe que al hacer esto, puede guiarlos a acciones impuras y así se denigrarán todas las nobles facultades de la mente y puede dominarlos de acuerdo con sus propios propósitos.

Mi alma se aflige por los jóvenes que forman su carácter en esta era de degeneración. Tiemblo también por sus padres, porque se me ha mostrado que en general no entienden su obligación de educar a sus hijos en el camino por donde deben andar. Consultan las costumbres y las modas; y los niños no tardan en dejarse llevar por éstas y se corrompen, mientras sus indulgentes padres no advierten el peligro. Pero muy pocos jóvenes están libres de hábitos corrompidos. En extenso grado se

los exime de ejercicio físico por temor a que trabajen demasiado. Los padres mismos llevan las cargas que sus hijos debieran llevar. Es malo trabajar con exceso, pero los resultados de la indolencia son más temibles. La ociosidad conduce a la práctica de hábitos corrompidos. La laboriosidad no cansa ni agota una quinta parte de lo que rinde el hábito pernicioso del abuso propio. Si el trabajo sencillo y bien regulado agota a vuestros hijos, tened la seguridad, padres, de que hay, además del trabajo, algo que enerva su organismo y les produce una sensación se cansancio continuo. Dad a vuestros hijos trabajo físico para que pongan en ejercicio los nervios y los músculos. El cansancio que acompaña un trabajo tal, disminuirá su inclinación a participar en hábitos viciosos. La ociosidad es una maldición. Produce hábitos licenciosos.

Evitad el leer y mirar cosas que sugerirán pensamientos impuros. Cultivad los poderes morales e intelectuales.

No sólo Dios requiere que usted controle sus

pensamientos, sino también sus pasiones y afectos. Su salvación depende de que usted se gobierne en estas cosas. La pasión y los afectos son instrumentos poderosos. Si se aplican mal, si se ejercen con motivos equivocados, si son mal colocados, son poderosos para llevar a cabo su ruina y dejarla como a una náufraga desvalida, sin Dios y sin esperanza.

Si usted consiente en vanas imaginaciones, permitiendo que su mente se ocupe de temas impuros, en cierto grado es tan culpable delante de Dios como si sus pensamientos se tradujeran en acción. Todo lo que impide la acción es la falta de oportunidad. Forjar fantasías y hacerse castillos en el aire son hábitos malos y excesivamente peligrosos. Una vez que se han establecido, es casi imposible romper con hábitos tales, y dirigir los pensamientos a temas puros, santos y elevadores. Usted tiene que convertirse en un fiel centinela que vigile sus ojos, oídos y todos sus sentidos si desea dominar su mente e impedir que vanos y corruptos pensamientos mancillen su alma. El poder de la gracia únicamente puede realizar esta obra tan

deseable.

El exceso de estudio, al incrementar la afluencia de sangre al cerebro, produce una excitación enfermiza que tiende a debilitar el dominio propio, y con demasiada frecuencia da lugar al impulso o al capricho. De ese modo se abre la puerta a la impureza. El uso indebido o la falta de uso de las facultades físicas es, en gran medida, la causa de la corriente de corrupción que se extiende por el mundo. La “soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad” son enemigos tan fatales del progreso humano en esta generación, como cuando causaron la destrucción de Sodoma.

La satisfacción de las pasiones más bajas inducirá a muchos a cerrar los ojos a la luz, porque temen ver pecados que no están dispuestos a abandonar. Todos pueden ver si lo desean. Si prefieren las tinieblas a la luz, su criminalidad no disminuirá por ello.

La muerte antes que el deshonor o la transgresión de la ley de Dios, debiera ser el lema

de todo cristiano. Como pueblo que profesa estar constituido por reformadores que atesoran las más solemnes y purificadoras verdades de la Palabra de Dios, debemos elevar la norma mucho más alto de lo que está puesta actualmente. El pecado y los pecadores que hay en la iglesia deben ser eliminados prestamente, a fin de que no contaminen a otros. La verdad y la pureza requieren que hagamos una obra más cabal para limpiar de Acanes el campamento. No toleren el pecado en un hermano los que tienen cargos de responsabilidad. Muéstrenle que debe dejar sus pecados o ser separado de la iglesia.

Los jóvenes pueden tener principios tan firmes que las más poderosas tentaciones de Satanás no podrán apartarlos de su fidelidad. Samuel era un niño rodeado de las influencias más corruptoras. Veía y oía cosas que afligían su alma. Los hijos de Elí, que ministraban en cargos sagrados, estaban dominados por Satanás. Esos hombres contaminaban la misma atmósfera circundante. Muchos hombres y mujeres se dejaban fascinar diariamente por el pecado y el mal; pero Samuel

quedaba sin tacha. Las vestiduras de su carácter eran inmaculadas. No tenía la menor participación ni deleite en los pecados que llenaban todo Israel de terribles informes. Samuel amaba a Dios; mantenía su alma en tan íntima relación con el cielo, que se envió a un ángel para hablar con él acerca de los pecados de los hijos de Elí que estaban corrompiendo a Israel.

El resultado de la contaminación moral

Algunos que ostensiblemente profesan el cristianismo no comprenden el pecado del abuso propio y sus resultados inevitables. Un hábito inveterado ha cegado su entendimiento. No se dan cuenta del carácter excesivamente pecaminoso de este pecado degradante que enerva y destruye su fuerza nerviosa y cerebral. Los principios morales se debilitan excesivamente cuando están en conflicto con un hábito inveterado. Los solemnes mensajes del cielo no pueden impresionar con fuerza el corazón que no está fortificado contra la práctica de este vicio degradante. Los nervios sensibles del cerebro han perdido su tonicidad por

la excitación mórbida destinada a satisfacer un deseo antinatural de complacencia sensual.

Los padres generalmente no sospechan que sus hijos entienden algo de este vicio. En muchísimos casos, los padres son los verdaderos pecadores. Han abusado de sus franquicias matrimoniales y debido a su complacencia han fortalecido sus pasiones animales. Y al fortalecerse éstas, las facultades morales e intelectuales se han debilitado. Lo espiritual ha sido dominado por lo brutal. Los hijos nacen con las propensiones animales grandemente magnificadas, han recibido el propio sello del carácter de sus padres. Los hijos nacidos de estos padres casi invariablemente están inclinados a los hábitos repugnantes del vicio secreto. Los pecados de los padres serán visitados sobre sus hijos porque los padres les han dado el sello de sus propias propensiones concupiscentes.

Los que se han entregado plenamente a este vicio destructor del alma y del cuerpo rara vez pueden descansar hasta que su carga del vicio secreto es pasada a aquellos con quienes se

relacionan. Inmediatamente se despierta la curiosidad y el conocimiento del vicio se propaga de un joven a otro, de un niño a otro, hasta el punto de que es difícil encontrar a uno que no conozca la práctica de este pecado degradante.

La práctica de hábitos secretos ciertamente destruye las fuerzas vitales del organismo. Toda acción innecesaria de algo vital será seguida por su correspondiente depresión. Entre los jóvenes el capital vital, el cerebro, es tan severamente abrumado a una edad temprana, que hay una deficiencia y un gran agotamiento, lo que deja el organismo expuesto a enfermedades de diferentes clases.

Si la práctica se continua a partir de los quince años para arriba, la naturaleza protestará contra el abuso que ha sufrido y continua sufriendo, y les hará pagar el castigo por la transgresión de sus leyes, especialmente desde las edades de treinta a cuarenta y cinco años, mediante numerosos dolores en el organismo y diversas enfermedades, tales como afecciones del hígado y los pulmones,

neuralgia, reumatismo, afecciones de la columna vertebral, enfermedades de los riñones y humores cancerosos. Una parte de la magnífica maquinaria de la naturaleza se resiente dejando una tarea más pesada para que realice el resto, lo que provoca un desorden en el excelente ajuste de la naturaleza, y con frecuencia hay un súbito colapso del organismo y la muerte es el resultado.

Quitarse instantáneamente la vida no es un pecado mayor a la vista del cielo que destruirla gradual y seguramente. Las personas que se acarrean un decaimiento seguro debido a su mal proceder, sufrirán el castigo aquí y si no se arrepienten plenamente, no serán admitidas en el cielo del más allá tan ciertamente como no lo será el que destruye su vida instantáneamente. La voluntad de Dios establece la relación entre la causa y sus efectos.

No incluimos a todos los jóvenes débiles entre los culpables de hábitos malos. Hay quienes tienen mente pura y son concienzudos pero sufren por diferentes causas que están fuera de su control.

El vicio secreto es el destructor de las resoluciones elevadas, el esfuerzo ferviente y la fuerza de voluntad para formar un buen carácter religioso. Todos los que tienen una verdadera comprensión de lo que significa ser cristiano, saben que los seguidores de Cristo, como discípulos suyos, están en la obligación de dominar todas sus pasiones y colocar sus facultades físicas y mentales en perfecta sumisión a la voluntad de Cristo. Los que están dominados por sus pasiones, no pueden ser seguidores de Cristo. Están demasiado entregados al servicio de su maestro, el originador de todo mal, para dejar sus hábitos corruptos y escoger servir a Cristo.

Cuando los jóvenes adoptan prácticas viles mientras su espíritu es tierno, nunca obtendrán fuerza para desarrollar plena y correctamente su carácter físico, intelectual y moral.

La única esperanza para los que practican hábitos viles es dejarlos para siempre si es que estiman de algún valor la salud temporal y la

salvación en el más allá. Cuando se ha consentido en estos hábitos durante un buen tiempo, se requiere un esfuerzo determinado para resistir a la tentación y rehusar la complacencia corrupta.

La única seguridad firme para nuestros hijos contra cualquier práctica viciosa es procurar ser admitidos en el aprisco de Cristo y ser entregados al cuidado del fiel y leal Pastor. El los salvará de todo mal, los resguardará de todo peligro si escuchan su voz que dice: “Mis ovejas oyen mi voz,... y me siguen”. En Cristo ellas encontrarán pasto, obtendrán fortaleza y esperanza y no serán turbadas con anhelos inquietantes de algo que distraiga la mente y satisfaga el corazón. Han encontrado la perla de gran precio y la mente está en un descanso apacible. Sus placeres son de un carácter puro, apacible, elevado y celestial. No dejan tras sí penosas reflexiones ni remordimientos. Tales placeres no dañan la salud ni postran la mente, sino que son de una naturaleza saludable.

Capítulo 18

La elección de esposo o de esposa

El casamiento es algo que afectará vuestra vida en este mundo y en el venidero. Una persona que sea sinceramente cristiana no hará progresar sus planes en esa dirección sin saber si Dios aprueba su conducta. No querrá elegir por su cuenta, sino que reconocerá que a Dios incumbe decidir por ella. No hemos de complacernos a nosotros mismos, pues Cristo no buscó su propio agrado. No quisiera que se me interpretara en el sentido de que una persona deba casarse con alguien a quien no ame. Esto sería un pecado. Pero no debe permitir que la fantasía y la naturaleza emotiva la conduzcan a la ruina. Dios requiere todo el corazón, los afectos supremos.

Los que piensan en casarse deben pesar el carácter y la influencia del hogar que van a fundar. Al llegar a ser padres se les confía un depósito sagrado. De ellos depende en gran medida el

bienestar de sus hijos en este mundo, y la felicidad de ellos en el mundo futuro. En alto grado determinan la naturaleza física y moral de sus pequeñuelos. Y del carácter del hogar depende la condición de la sociedad. El peso de la influencia de cada familia se hará sentir en la tendencia ascendente o descendente de la sociedad.

La juventud cristiana debe ejercer mucho cuidado en la formación de amistades y la elección de compañeros. Prestad atención, no sea que lo que consideráis oro puro resulte vil metal. Las relaciones mundanales tienden a poner obstrucciones en el camino de vuestro servicio a Dios, y muchas almas quedan arruinadas por uniones desdichadas, matrimoniales o comerciales, con personas que no pueden elevarlas ni ennoblecerlas.

Pese usted todo sentimiento y observe todo desarrollo del carácter en la persona con la cual piensa vincular el destino de su vida. El paso que está por dar es uno de los más importantes de su existencia, y no debe darlo apresuradamente. Si

bien puede amar, no lo haga a ciegas.

Haga un examen cuidadoso para ver si su vida matrimonial sería feliz, o falta de armonía y miserable. Pregúntese: “¿Me ayudará esta unión a dirigirme hacia el cielo? ¿Acrecentará mi amor a Dios? ¿Ampliará mi esfera de utilidad en esta vida? Si estas reflexiones no sugieren impedimentos, entonces proceda en el temor de Dios.

La elección de esposo o de esposa debe ser tal que asegure del mejor modo posible el bienestar físico, intelectual y espiritual de padres e hijos, de manera que capacite a unos y otros para ser una bendición para sus semejantes y una honra para su Creador.

Cualidades que debe tener una futura esposa

Busque el joven como compañera que esté siempre a su lado a quien sea capaz de asumir su parte de las responsabilidades de la vida, y cuya influencia le ennoblezca, le comunique mayor refinamiento y le haga feliz en su amor.

“De Jehová la mujer prudente”. “El corazón de su marido está en ella confiado... Le da ella bien y no mal todos los días de su vida”. “Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su boca. Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde. Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba”, diciendo: “Muchas mujeres hicieron el bien; pero tú sobrepasas a todas”. “El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová”. Proverbios 19:14; 31:11, 12, 26-29; 18:22.

He aquí algo que debe considerarse: ¿Traerá felicidad a su hogar la persona con la cual usted se case? ¿Sabe ella de economía, o una vez casada dedicará, no sólo todo lo que ella misma gane, sino también todo lo que usted obtenga, a satisfacer la vanidad, el amor a las apariencias? ¿Se guía por principios correctos en estas cosas? ¿Tiene ella ahora de qué depender?... Yo sé que, en el parecer de un hombre infatuado por el amor y los pensamientos relativos al casamiento, estas preguntas se hacen a un lado como si no tuvieran

importancia. Sin embargo, es necesario considerarlas debidamente, porque pesarán sobre su vida futura.

Al elegir esposa, estudie su carácter. ¿Será paciente y cuidadosa? ¿O dejará de interesarse en los padres de usted precisamente cuando ellos necesiten a un hijo fuerte en quien apoyarse? ¿Le retraerá ella de la sociedad de esos padres para ejecutar sus propios planes y agradarse a sí misma, abandonando a los padres que, en vez de ganar a una hija afectuosa, habrán perdido a un hijo?

Cualidades que debe tener el futuro esposo

Antes de dar su mano en matrimonio, toda mujer debe averiguar si aquel con quien está por unir su destino es digno. ¿Cuál ha sido su pasado? ¿Es pura su vida? ¿Es de un carácter noble y elevado el amor que expresa, o es un simple cariño emotivo? ¿Tiene los rasgos de carácter que la harán a ella feliz? ¿Puede encontrar verdadera paz y gozo en su afecto? ¿Le permitirá conservar su individualidad, o deberá entregar su juicio y su

conciencia al dominio de su esposo? ¿Puede ella honrar los requerimientos de su Salvador como supremos? ¿Conservará su alma y su cuerpo, sus pensamientos y propósitos puros y santos? Estas preguntas tienen una relación vital con el bienestar de cada mujer que contrae matrimonio.

Antes de entregar sus afectos, la mujer que desee una unión apacible y feliz, y evitar miserias y pesares futuros, debe preguntar: ¿Tiene madre mi pretendiente? ¿Qué distingue el carácter de ella? ¿Reconoce él sus obligaciones para con ella? ¿Tiene en cuenta sus deseos y su felicidad? Si no respeta ni honra a su madre, ¿manifestará respeto, amor, bondad y atención hacia su esposa? Cuando haya pasado la novedad del casamiento, ¿seguirá amándome? ¿Será paciente con mis equivocaciones, o criticón, dominador y autoritario? El verdadero afecto disimula muchos errores; el amor no los discernirá.

Acepte la joven como compañero de la vida tan sólo a un hombre que posea rasgos de carácter puros y viriles, que sea diligente y rebose de

aspiraciones, que sea honrado, ame a Dios y le tema.

Rehúya a los irreverentes. Evite al que ama la ociosidad; al que se burla de las cosas santas. Eluda la compañía de quien usa lenguaje profano o siquiera un vaso de bebida alcohólica. No escuche las propuestas de un hombre que no comprenda su responsabilidad para con Dios. La verdad pura que santifica el alma le dará valor para apartarse del conocido más placentero que no ame ni tema a Dios, ni sabe nada de los principios relativos a la justicia verdadera. Podemos tolerar siempre las flaquezas y la ignorancia de un amigo, pero nunca sus vicios.

El amor es un don precioso de Jesús

El amor es un precioso don que recibimos de Jesús. El afecto puro y santo no es un sentimiento sino un principio. Los que son movidos por el amor verdadero no carecen de juicio ni son ciegos.

Existe muy poco amor verdadero, consagrado y

puro. Se trata de algo muy escaso. La pasión se denomina amor.

El amor verdadero es un principio santo y elevado, por completo diferente en su carácter del amor despertado por el impulso, que muere de repente cuando es severamente probado.

El amor es una planta de crecimiento celestial, y tiene que ser cultivado y nutrido. Los corazones afectuosos y las palabras veraces y bondadosas harán felices a las familias y ejercerán una influencia elevadora sobre todos los que lleguen a estar en su esfera de influencia.

Mientras que el amor puro considera a Dios en todos sus planes y se mantendrá en armonía perfecta con el Espíritu de Dios, la pasión se manifestará temeraria e irracional, desafiará todo freno y hará un ídolo del objeto de su elección. En todo el comportamiento de quien posee verdadero amor, se revelará la gracia de Dios. La modestia, la sencillez, la sinceridad, la moralidad y la religión caracterizarán cada paso que dé hacia una alianza

matrimonial. Los que son así gobernados no se verán absorbidos por su compañía mutua, a costa de su interés en la reunión de oración y el servicio religioso. Su fervor por la verdad no morirá porque descuiden las oportunidades y los privilegios que Dios les ha concedido misericordiosamente.

El amor que no tiene mejor fundamento que la simple satisfacción sensual será obstinado, ciego e ingobernable. El honor, la verdad y toda facultad noble y elevada del espíritu caen bajo la esclavitud de las pasiones. Con demasiada frecuencia el hombre atado por las cadenas de esa infatuación resulta sordo a la voz de la razón y de la conciencia; ni los argumentos ni las súplicas le inducirán a ver la insensatez de su conducta.

El verdadero amor no es una pasión violenta, incendiaria e impetuosa. Por el contrario, es de naturaleza serena y profunda. Mira más allá del exterior y sólo le atraen las cualidades. Es prudente y discernidor, y su devoción es verdadera y permanente.

El amor, elevado por sobre la esfera de la pasión y del impulso, se espiritualiza y se revela en las palabras y los actos. El cristiano debe manifestar ternura y amor santificados, en los cuales no haya impaciencia ni inquietud; los modales duros y toscos deben ser suavizados por la gracia de Cristo.

Se necesita oración y estudio de la Biblia para tomar una decisión correcta

Instituido por Dios, el casamiento es un rito sagrado y no debe participarse en él con espíritu de egoísmo. Los que piensan en dar ese paso deben considerar su importancia solemnemente y con oración para procurar el consejo divino a fin de saber si su conducta está en armonía con la voluntad de Dios. Las instrucciones dadas al respecto en la Palabra de Dios deben estudiarse cuidadosamente. El cielo mira con agrado un casamiento contraído con el fervoroso deseo de conformarse con las indicaciones dadas en las Escrituras.

Si hay un asunto que debe ser considerado con juicio sereno y sin apasionamiento, es el del matrimonio. Si alguna vez se necesita la Biblia como consejera, es antes de dar el paso que une a las personas para toda la vida. Pero el sentimiento que prevalece es que en este asunto uno se ha de guiar por las emociones, y en demasiados casos un sentimentalismo amoroso enfermizo empuña el timón y conduce a una ruina segura. Es en este asunto donde los jóvenes revelan menos inteligencia que en otro cualquiera; acerca de él no se puede razonar con ellos. La cuestión del matrimonio parece ejercer un poder hechizador sobre ellos. No se someten a Dios. Sus sentidos están encadenados, y obran sigilosamente, como si temiesen que alguien quisiese intervenir en sus planes.

Muchos navegan en un puerto peligroso. Necesitan un piloto, pero se niegan a aceptar la ayuda que tanta falta les hace, pues se consideran competentes para guiar su embarcación y no se percatan de que están por dar contra una roca oculta que puede hacer naufragar su fe y su

felicidad... A menos que sean estudiantes diligentes de esa Palabra [la Biblia], cometerán graves equivocaciones que destruirán su felicidad y la de otras personas, para la vida presente y la venidera.

Si los hombres y las mujeres tienen el hábito de orar dos veces al día antes de pensar en el matrimonio, deberían orar cuatro veces diarias cuando tienen en vista semejante paso. El matrimonio es algo que influirá en vuestra vida y la afectará tanto en este mundo como en el venidero.

La mayoría de los matrimonios de nuestra época, y la forma en que se los realiza, hacen de ellos una de las señales de los últimos días. Los hombres y las mujeres son tan persistentes, tan tercos, que Dios es dejado afuera del asunto. La religión es dejada a un lado como si no tuviese parte que representar en esta cuestión solemne e importante.

El consejo de los padres que temen a Dios

Cuando tanta desgracia resulta del matrimonio,

¿por qué no quieren ser prudentes los jóvenes? ¿Por qué se empeñan en considerar que no necesitan los consejos de personas de más edad y experiencia? En los negocios, hombres y mujeres manifiestan mucha cautela. Antes de iniciar cualquier empresa importante, se preparan para su trabajo. Dedican al asunto tiempo, dinero, y mucho estudio cuidadoso, no sea que fracasen en su tentativa.

Al iniciar relaciones que han de llevar al matrimonio, ¡cuánto mayor debiera ser la cautela que se ejerza, en vista de que dichas relaciones afectarán las generaciones futuras y la vida venidera! En vez de asumir tal actitud, se las entabla a menudo con bromas y liviandad, a impulso de la pasión, con ceguera y falta de serena consideración. La única explicación de todo esto es que Satanás se deleita en ver desgracia y ruina en todo el mundo, y teje su red para prender almas. Se regocija al conseguir que esas personas desconsideradas pierdan su gozo en este mundo y su lugar en el mundo venidero.

¿Deben los hijos consultar tan sólo sus deseos e inclinaciones sin tener en cuenta el consejo y el juicio de sus padres? Algunos no parecen dedicar un solo pensamiento a los deseos o preferencias de sus padres, ni tener en cuenta el juicio maduro de ellos. El egoísmo cerró la puerta de su corazón al afecto filial. Es necesario despertar a los jóvenes con respecto a este asunto. El quinto mandamiento es el único acompañado de una promesa, pero bajo el dominio del amor se lo tiene en poco y hasta se lo desconoce por completo. El desprecio del amor maternal y de la preocupación paterna es uno de los pecados anotados contra muchos jóvenes.

Uno de los mayores errores relacionados con este asunto lo constituye el hecho de que los jóvenes e inexpertos no quieren que se perturben sus afectos ni que alguien intervenga en su experiencia del amor. Si hubo alguna vez un asunto que necesitara ser considerado desde todo punto de vista, es éste. La ayuda de la experiencia ajena, y la ponderación serena y cuidadosa de ambos lados del asunto resultan positivamente esenciales. Es un tema que la gran mayoría de las personas trata con

demasiada liviandad. Procurad el consejo de Dios y de vuestros padres que le temen, jóvenes amigos. Orad al respecto.

“¿Deben los padres—pregunta usted—elegirle cónyuge a un hijo o una hija sin considerar el parecer o los sentimientos de ellos?” Le formulo la pregunta a usted como debe expresarse: ¿Debe un hijo o una hija elegir cónyuge sin consultar primero a sus padres, cuando un paso tal tiene que afectar materialmente la felicidad de los padres si tienen algún afecto por sus hijos? ¿Y debe ese hijo o esa hija insistir en su propia conducta, a pesar de los consejos y súplicas de sus padres? Contesto enérgicamente: No, aun cuando no se haya de casar. El quinto mandamiento prohíbe obrar así. “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Este es un mandamiento acompañado de una promesa que el Señor cumplirá ciertamente para con los que obedezcan. Los padres prudentes no elegirán cónyuges para sus hijos sin respetar sus deseos.

Los padres y las madres deben considerar que

les incumbe guiar el afecto de los jóvenes, para que contraigan amistades con personas que sean compañías adecuadas. Deberían sentir que, mediante su enseñanza y por su ejemplo, con la ayuda de la divina gracia, deben formar el carácter de sus hijos desde la más tierna infancia de tal manera que sean puros y nobles y se sientan atraídos por lo bueno y verdadero. Los que se asemejan se atraen mutuamente, y los que son semejantes se aprecian. ¡Plantad el amor a la verdad, a la pureza y a la bondad temprano en las almas, y la juventud buscará la compañía de los que poseen estas características!

Advertencias a los que piensan casarse

Los jóvenes confían demasiado en los impulsos. No deben ceder con demasiada facilidad, ni dejarse cautivar con prontitud excesiva por el exterior atractivo de quien dice amarlos. Tal como se lo práctica en este época, el galanteo es un plan engañador e hipócrita, que tiene mucho más que ver con el enemigo de las almas que con el Señor. Si en algo hay necesidad de buen sentido común es

en esto; pero el hecho es que interviene muy poco en tal asunto.

La imaginación y el amor sentimental enfermizos deben evitarse como la lepra. Muchísimos jóvenes, hombres y mujeres, carecen de virtud en esta época del mundo; por lo tanto se requiere mucha cautela. Los que hayan conservado un carácter virtuoso pueden tener verdadero valor moral, aunque carezcan de otras cualidades deseables.

Este sentimentalismo bajo, mezclado con la experiencia religiosa de los jóvenes, abunda en esta época del mundo. Hermana mía, Dios requiere de usted que sea transformada. Le imploro que eleve sus afectos. Dedique sus facultades mentales y físicas al servicio de su Redentor, quien la compró. Santifique sus pensamientos y sentimientos para realizar todas sus obras en Dios.

Los ángeles de Satanás velan con los que se dedican al galanteo gran parte de la noche. Si los ojos de éstos pudieran abrirse, verían a un ángel

anotar sus palabras y sus actos. Violan las leyes de la salud y de la modestia. Sería más propio dejar algunas horas de ese galanteo para la vida marital; pero por lo general el casamiento acaba con toda la devoción manifestada durante el noviazgo.

Satanás sabe exactamente con qué elementos trata, y despliega su sabiduría infernal en diversos ardides para entrampar las almas y llevarlas a la ruina. Vigila todo paso que se da, hace muchas sugestiones, y a menudo esas sugestiones son aceptadas antes que el consejo de la Palabra de Dios. El enemigo prepara hábilmente esa red tupida y peligrosa para prender a los jóvenes e incautos. A menudo puede ocultarla bajo un manto de luz; pero los que llegan a ser sus víctimas se asaetan con muchos dolores. Como resultado vemos por todas partes seres humanos que naufragan.

Conducta inapropiada

Jugar con los corazones es un crimen no pequeño a la vista de un Dios santo. Y sin embargo

hay quienes manifiestan preferencia por ciertas jóvenes y conquistan sus afectos, luego siguen su camino y se olvidan por completo de las palabras que pronunciaron y de sus efectos. Otro semblante los atrae, repiten las mismas palabras y dedican a otra persona las mismas atenciones.

Esta disposición seguirá revelándose en su vida de casados. La relación matrimonial no vuelve siempre firme el ánimo veleidoso ni da constancia a los vacilantes ni los hace fieles a los buenos principios. Los tales se cansan de la constancia, y sus pensamientos profanos se revelarán en actos profanos. ¡Cuán esencial es, por lo tanto, que los jóvenes ciñan los lomos de su entendimiento y sean precavidos en su conducta a fin de que Satanás no pueda seducirlos y desviarlos de la integridad!

Un joven que se complace en la compañía de una señorita y conquista su amistad a espaldas de sus padres no desempeña un papel noble ni cristiano para con ella ni para con sus padres. Puede ser que mediante comunicaciones y citas secretas llegue a influir en el ánimo de ella, pero al

hacerlo no manifiesta la nobleza e integridad de alma que ha de poseer todo hijo de Dios. Para lograr sus fines, los tales desempeñan un papel carente de franqueza, que no concuerda con las normas de la Biblia, y demuestran que no son fieles a quienes los aman y procuran ser sus leales guardianes. Los casamientos contraídos bajo tales influencias no concuerdan con la Palabra de Dios. El que quiso desviar de su deber a una hija y confundir sus ideas acerca de las claras y positivas órdenes divinas en cuanto a amar y honrar a sus padres, no es persona que quedaría fiel a sus obligaciones matrimoniales.

"No hurtarás", fue escrito por el dedo de Dios en las tablas de piedra, y sin embargo ¡cuántas veces se práctica y disculpa el hurto solapado de los afectos! Se persiste en un galanteo engañoso y en un intercambio de comunicaciones secretas hasta que los afectos de un ser inexperto, que no sabe en qué puede resultar todo esto, se retraen en cierta medida de sus padres y se fijan en quien, por su misma conducta, se demuestra indigno de su amor. La Biblia condena toda suerte de

improbidad.

En esto cometen terribles errores aun personas que se dicen cristianas, cuya vida se distingue por su integridad, y que parecen sensatas en todo otro asunto. Revelan una voluntad obstinada que ningún razonamiento puede cambiar. Se quedan tan fascinados por sentimientos e impulsos humanos que no tienen deseo de escudriñar la Biblia ni de estrechar su relación con Dios.

Cuando se ha violado un mandamiento del Decálogo, es casi seguro que se darán otros pasos hacia abajo. Una vez eliminadas las vallas de la modestia femenina, la licencia más vil no parece excesivamente pecaminosa. ¡Ay¡ ¡Cuán terribles resultados de la influencia de la mujer para el mal pueden testificarse en el mundo hoy! Las seducciones de las “extrañas” encierran a miles en celdas de cárcel, muchos se quitan la vida y otros tronchan vidas ajenas. ¡Cuán ciertas son las palabras inspiradas: “Sus pies [los de la extraña] descienden a la muerte; sus pasos conducen al sepulcro”! Se han colocado faros de advertencia a

cada lado del camino de la vida para impedir que los hombres se acerquen al terreno peligroso y prohibido; pero, a pesar de esto, son muchedumbres los que eligen la senda fatal, contra los dictados de la razón, sin tener en cuenta la ley de Dios, y en abierto desafío de su venganza. Los que quieran conservar la salud física, un intelecto vigoroso y una moral sana deben escuchar la orden: “Huye... de las pasiones juveniles”. Los que quieren hacer esfuerzos celosos y decididos para detener la maldad que alza en nuestro medio su atrevida y presuntuosa cabeza son odiados y calumniados por todos los obradores de maldad, pero serán honrados y recompensados por Dios.

Capítulo 19

No se case con un incrédulo

Hay en el mundo cristiano una indiferencia asombrosa y alarmante para con las enseñanzas de la Palabra de Dios acerca del casamiento de los cristianos con los incrédulos. Muchos de los que profesan amar y temer a Dios prefieren seguir su propia inclinación antes que aceptar el consejo de la sabiduría infinita. En un asunto que afecta vitalmente la felicidad y el bienestar de ambas partes, para este mundo y el venidero, la razón, el juicio y el temor de Dios son puestos a un lado, y se deja que predominen el impulso ciego y la determinación obstinada.

Hombres y mujeres que en otras cosas son sensatos y concienzudos cierran sus oídos a los consejos; son sordos a las súplicas y ruegos de amigos y parientes, y de los siervos de Dios. La expresión de cautela o amonestación es considerada como entrometimiento impertinente, y el amigo que es bastante fiel para hacer una

reprensión, es tratado como enemigo.

Todo esto está de acuerdo con el deseo de Satanás. El teje su ensalmo en derredor del alma, y ésta queda hechizada, infatuada. La razón deja caer las riendas del dominio propio sobre el cuello de la concupiscencia, la pasión no santificada predomina, hasta que, demasiado tarde, la víctima se despierta para vivir una vida de desdicha y servidumbre. Este no es un cuadro imaginario, sino un relato de hechos ocurridos. Dios no sanciona las uniones que ha prohibido expresamente.

El Señor ordenó al antiguo Israel que no se relacionara por casamientos con las naciones idólatras que lo rodeaban. “Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo”. Se da la razón de ello. La sabiduría infinita, previendo el resultado de tales uniones, declara: “Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto”. “Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo

especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra”. Deuteronomio 7:3, 4, 6.

En el Nuevo Testamento hay prohibiciones similares acerca del casamiento de los cristianos con los impíos. El apóstol Pablo, en su primera carta a los corintios declara: “La mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si su marido muriere, libre es para casarse con quienquiera, con tal que sea en el Señor”. También en su segunda epístola escribe: “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque, ¿qué compañía tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre y vosotros me seréis hijos e hijas dice el Señor Todopoderoso”. 1 Corintios

7:39; 2 Corintios 6:14-18.

Nunca debe el pueblo de Dios aventurarse en terreno prohibido. El casamiento entre creyentes e incrédulos ha sido prohibido por Dios, pero con demasiada frecuencia el corazón inconverso sigue sus propios deseos y se contraen casamientos que Dios no sanciona. Por esta causa muchos hombres y mujeres están sin esperanza y sin Dios en el mundo. Murieron sus aspiraciones nobles, y Satanás los sujeta en su red por una cadena de circunstancias. Los que son dominados por la pasión y el impulso tendrán que cosechar una mies amarga en esta vida, y su conducta puede resultar en la pérdida de su alma.

Los que profesan la verdad pisotean la voluntad de Dios al casarse con incrédulos; pierden su favor y hacen obras amargas, de las que habrán de arrepentirse. La persona incrédula puede poseer un excelente carácter moral; pero el hecho de que no haya respondido a las exigencias de Dios y haya descuidado una salvación tan grande, es razón suficiente para que no se verifique una unión tal. El

carácter de la persona incrédula puede ser similar al del joven a quien Jesús dirigió las palabras: “Una cosa te falta”, y esa cosa era la esencial.

¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?

A veces se arguye que el no creyente favorece la religión, y que como cónyuge es todo lo que puede desearse, excepto en una cosa, que no es creyente. Aunque el buen juicio indique al creyente lo impropio que es unirse para toda la vida con una persona incrédula, en nueve casos de cada diez triunfa la inclinación. La decadencia espiritual comienza en el momento en que se formula el voto ante el altar; el fervor religioso se enfría, y se quebranta una fortaleza tras otra, hasta que ambos están lado a lado bajo el negro estandarte de Satanás. Aun en las fiestas de boda, el espíritu del mundo triunfa contra la conciencia, la fe y la verdad. En el nuevo hogar no se respeta la hora de oración. El esposo y la esposa se han elegido mutuamente y han despedido a Jesús.

Al principio el cónyuge no creyente no se opondrá abiertamente, pero cuando se presenta la verdad bíblica a su atención y consideración, surge en seguida el sentimiento: “Te casaste conmigo sabiendo lo que era, y no quiero que se me moleste. De ahora en adelante quede bien entendido que la conversación sobre tus opiniones particulares queda prohibida”. Si el cónyuge creyente manifiesta algún fervor especial respecto de su propia fe, ello puede ser interpretado como falta de bondad hacia el que no tiene interés en la experiencia cristiana.

El cónyuge creyente razona que, dada su nueva relación, debe conceder algo al compañero que ha elegido. Asiste a diversiones sociales y mundanas. Al principio lo hace de muy mala gana, pero el interés por la verdad disminuye, y la fe se trueca en duda e incredulidad. Nadie habría sospechado que esa persona que antes era un creyente firme y concienzudo que seguía devotamente a Cristo, pudiese llegar a ser la persona vacilante y llena de dudas que es ahora. ¡Oh, qué cambio realizó ese casamiento imprudente!

Es algo peligroso aliarse con el mundo. Satanás sabe muy bien que la hora del casamiento de muchos jóvenes, tanto de un sexo como del otro, cierra la historia de su experiencia religiosa y de su utilidad. Quedan perdidos para Cristo. Tal vez hagan durante un tiempo un esfuerzo para vivir una vida cristiana, pero todas sus luchas se estrellan contra una constante influencia en la dirección opuesta. Hubo un tiempo en que era para ellos un privilegio y un gozo hablar de su fe y esperanza, pero luego llegan a no tener deseo de mencionar el asunto, sabiendo que la persona a la cual han ligado su destino no se interesa en ello. Como resultado, la fe en la preciosa verdad muere en el corazón, y Satanás teje insidiosamente en derredor de ellos una tela de escepticismo.

"¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?" "Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos". ¡Pero cuán extraño es el espectáculo! Mientras una de las personas tan íntimamente

unidas se dedica a la oración, la otra permanece indiferente y descuidada; mientras una busca el camino que lleva al cielo y a la vida eterna, la otra se encuentra en el camino ancho que lleva a la muerte.

Centenares de personas han sacrificado a Cristo y el cielo al casarse con personas inconversas. ¿Pueden conceder tan poco valor al amor y la comunión de Cristo que prefieren la compañía de pobres mortales? ¿Estiman tan poco el cielo que están dispuestos a arriesgar sus goces uniéndose con una persona que no ama al precioso Salvador?

La respuesta cristiana al no creyente

¿Qué debe hacer todo creyente cuando se encuentra en esa penosa situación que prueba la integridad de los principios religiosos? Con firmeza digna de imitación debe decir francamente: “Soy cristiano a conciencia. Creo que el séptimo día de la semana es el día de reposo bíblico. Nuestra fe y principios son tales que van en direcciones opuestas. No podemos ser felices

juntos, porque si yo sigo adelante para adquirir un conocimiento más perfecto de la voluntad de Dios, llegaré a ser más diferente del mundo y semejante a Cristo. Si usted continúa no viendo hermosura en Cristo ni atractivos en la verdad, amará al mundo, al cual yo no puedo amar. Las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Sin discernimiento espiritual usted no podrá ver los derechos que Dios tiene sobre mí, ni podrá comprender mis obligaciones hacia el Maestro a quien sirvo; por lo tanto, le parecerá que yo le descuido por los deberes religiosos. Usted no será feliz, sentirá celos por el afecto que entrego a Dios, y yo igualmente me sentiré aislado por mis creencias religiosas. Cuando sus opiniones cambien, cuando usted responda a las exigencias de Dios y aprenda a amar a mi Salvador, podremos reanudar nuestras relaciones".

El creyente hace así por Cristo un sacrificio que su conciencia aprueba, y demuestra que aprecia demasiado la vida eterna para correr el riesgo de perderla. Siente que sería mejor permanecer soltero que ligar sus intereses para toda la vida a una

persona que prefiere el mundo a Cristo, y que le apartaría de su cruz.

Es mejor romper un compromiso imprudente

Sólo en Cristo puede formarse una unión matrimonial feliz. El amor humano debe fundar sus más estrechos lazos en el amor divino. Sólo donde reina Cristo puede haber cariño profundo, fiel y abnegado.

Aun cuando haya aceptado el compromiso sin una plena comprensión del carácter de la persona con la cual pensaba unirse, no crea usted que ese compromiso la obliga a asumir los votos matrimoniales y a unirse para toda la vida con alguien a quien no puede amar ni respetar. Tenga mucho cuidado con respecto a aceptar compromisos condicionales; pero es mejor, sí, mucho mejor, romper el compromiso antes del casamiento que separarse después, como hacen muchos.

Tal vez usted diga: “Pero yo he dado mi

promesa, ¿debo retractarme de ella?” Le contesto: Si usted ha hecho una promesa contraria a las Sagradas Escrituras, por lo que más quiera retráctela sin dilación, y con humildad delante de Dios arrepiéntase de la infatuación que la indujo a hacer una promesa tan temeraria. Es mucho mejor retirar una promesa tal, en el temor de Dios, que cumplirla y por ello deshonrar a su Hacedor.

Cada paso dado hacia el matrimonio debe ser acompañado de modestia, sencillez y sinceridad, así como del serio propósito de agradar y honrar a Dios. El matrimonio afecta la vida ulterior en este mundo y en el venidero. El cristiano sincero no hará planes que Dios no pueda aprobar.

El corazón anhela amor humano, pero este amor no es bastante fuerte, ni puro, ni precioso para reemplazar al amor de Jesús. Úni camente en su Salvador puede la esposa hallar sabiduría, fuerza y gracia para hacer frente a los cuidados, responsabilidades y pesares de la vida. Ella debe hacer de él su fuerza y guía. Dése la mujer a Cristo antes que darse a otro amigo terrenal y no forme

ninguna relación que contraríe eso. Los que quieren disfrutar verdadera felicidad deben tener la bendición del cielo sobre todo lo que poseen, y sobre todo lo que hacen. Es la desobediencia a Dios la que llena tantos corazones y hogares de infortunio. Hermana mía, a menos que quiera tener un hogar del que nunca se levanten las sombras, no se una con un enemigo de Dios.

Consejo a uno que se convierte después del casamiento

El que contrajo matrimonio antes de convertirse tiene después de su conversión mayor obligación de ser fiel a su cónyuge, por mucho que difieran en sus convicciones religiosas. Sin embargo, las exigencias del Señor deben estar por encima de toda relación terrenal, aunque como resultado vengan pruebas y persecuciones. Manifestada en un espíritu de amor y mansedumbre, esta fidelidad puede influir para ganar al cónyuge incrédulo.

Capítulo 20

El matrimonio

Con una parte del hombre Dios hizo a una mujer, a fin de que fuese ayuda idónea para él, alguien que fuese una con él, que le alegrase, le alentase, y bendijese, mientras que él a su vez fuese su fuerte auxiliador. Todos los que contraen relaciones matrimoniales con un propósito santo—el esposo para obtener los afectos puros del corazón de una mujer, y ella para suavizar, mejorar y completar el carácter de su esposo—cumplen el propósito de Dios para con ellos.

Cristo no vino para destruir esa institución, sino para devolverle su santidad y elevación originales. Vino para restaurar la imagen moral de Dios en el hombre, y comenzó su obra sancionando la relación matrimonial.

El que creó a Eva para que fuese compañera de Adán realizó su primer milagro en una boda. En la sala donde los amigos y parientes se regocijaban,

Cristo principió su ministerio público. Con su presencia sancionó el matrimonio, reconociéndolo como institución que él mismo había fundado. Había dispuesto que hombres y mujeres se unieran en el santo lazo del matrimonio, para formar familias cuyos miembros, coronados de honor, fueran reconocidos como miembros de la familia celestial.

La boda debería ser una ocasión sencilla y feliz

El amor divino que emana de Cristo no destruye el amor humano sino que lo incluye. Lo refina y purifica; lo eleva y lo ennoblece. El amor humano no puede llevar su precioso fruto antes de estar unido con la naturaleza divina y enderezado hacia el cielo. Jesús quiere ver matrimonios y hogares felices.

Las Escrituras declaran que Jesús y sus discípulos fueron invita- dos a esta boda [de Caná]. Cristo no dio a los cristianos autorización para decir, al ser invitados a una boda: “No deberíamos asistir a una ocasión de tanto gozo”. Al asistir a

aquel banquete Cristo enseñó que quiere vernos regocijarnos con los que se regocijan en la observancia de sus estatutos. Nunca desaprobó las fiestas inocentes de la humanidad cuando se celebraban de acuerdo con las leyes del Cielo. Es correcto que quienes siguen a Cristo asistan a una fiesta que él honró con su presencia. Después de participar de aquel banquete, Cristo asistió a muchos otros y los santificó por su presencia e instrucción.

No hay motivo para hacer mucha ostentación, aun cuando los contrayentes se correspondan perfectamente.

Siempre me ha parecido impropio que la ceremonia del matrimonio vaya asociada con mucha hilaridad, algazara y simulación. No debe ser así. Es un rito ordenado por Dios, que debe considerarse con la mayor solemnidad. Cuando se establece una relación familiar aquí en la tierra, debe ser una demostración de lo que será la familia en el cielo. Se ha de dar siempre el primer lugar a la gloria de Dios.

Consejos a los recién casados

Estimado hermano y estimada hermana: Acabáis de uniros para toda la vida. Empieza vuestra educación en la vida marital. El primer año de la vida conyugal es un año de experiencia, en el cual marido y mujer aprenden a conocer sus diferentes rasgos de carácter, como en la escuela un niño aprende su lección. No permitáis, pues, que se escriban durante ese primer año de vuestro matrimonio, capítulos que mutilen vuestra felicidad futura.

Para comprender lo que es en verdad el matrimonio, se requiere toda una vida. Los que se casan ingresan en una escuela en la cual no acabarán nunca sus estudios.

Hermano mío, el tiempo, las fuerzas y la felicidad de su esposa están ahora ligados a los suyos. Su influencia sobre ella puede ser sabor de vida para vida o sabor de muerte para muerte. Cuide de no echarle a perder la vida.

Hermana mía, usted debe ahora tomar sus primeras lecciones prácticas acerca de sus responsabilidades como esposa. No deje de aprender fielmente estas lecciones día tras día. No abra la puerta al descontento o al mal humor. No busque una vida fácil y de ocio. Vele constantemente para no abandonarse al egoísmo.

En vuestra unión para toda la vida, vuestros afectos deben contribuir a vuestra felicidad mutua. Cada uno debe velar por la felicidad del otro. Tal es la voluntad de Dios para con vosotros. Mas aunque debéis confundiros hasta ser uno, ni el uno ni el otro debe perder su individualidad. Dios es quien posee vuestra individualidad; y a él debéis preguntar: ¿Qué es bueno?, ¿qué es malo? y ¿cómo puedo alcanzar mejor el blanco de mi existencia? “No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. 1 Corintios 6:19, 20. Vuestro amor por lo que es humano debe ser secundario a vuestro amor a Dios. La abundancia de vuestro amor debe

dirigirse hacia Aquel que dio su vida por vosotros. El alma que vive para Dios le tributa el mejor de sus afectos. ¿Se dirige la mayor parte de vuestro amor hacia Aquel que murió por vosotros? Si es así, vuestro amor recíproco será conforme al orden celestial.

Vuestro afecto podrá ser tan claro como el cristal, arrobador en su pureza, y sin embargo, podría ser superficial por no haber sido probado. Dad a Cristo, en todas las cosas, el lugar primero, el último y el mejor. Contempladle constantemente, y vuestro amor por él, en la medida en que sea probado, se hará cada día más profundo y más fuerte. Y a medida que crezca vuestro amor por él, vuestro amor mutuo aumentará también en fuerza y profundidad. “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. 2 Corintios 3:18.

Tenéis ahora deberes que cumplir que no

existían antes de vuestro matrimonio. “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia”. Examinad con cuidado las instrucciones siguientes: “Andad en amor, como también Cristo nos amó. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Colosenses 3:12; Efesios 5:2, 22-25.

El matrimonio, unión para toda la vida, es símbolo de la unión de Cristo con su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia su iglesia es el mismo espíritu que debe reinar entre los esposos.

Ninguno de los dos debe tratar de dominar. El Señor ha presentado los principios que deben guiarnos. El esposo debe amar a la esposa como Cristo amó a la iglesia. La mujer debe respetar y

amar a su marido. Ambos deben cultivar un espíritu de bondad, y estar bien resueltos a nunca perjudicarse ni causarse pena el uno al otro.

Hermanos míos, ambos tenéis una voluntad fuerte. Podéis hacer de ella una gran bendición o una gran maldición para vosotros y para aquellos con quienes tengáis relaciones. No tratéis de constreñiros el uno al otro. No podéis obrar así y conservar vuestro amor recíproco. Las manifestaciones de la propia voluntad destruyen la paz y la felicidad de la familia. No dejéis penetrar el desacuerdo en vuestra vida conyugal. De lo contrario seréis desdichados ambos. Sed amables en vuestras palabras y bondadosos en vuestras acciones; renunciad a vuestros deseos personales. Vigilad vuestras palabras, porque ellas ejercen una influencia considerable para bien o para mal. No dejéis traslucir irritación en la voz, mas poned en vuestra vida el dulce perfume de la semejanza de Cristo.

Antes de entrar en una unión tan íntima como el matrimonio, un hombre debiera saber dominarse

a sí mismo y cómo obrar con los demás.

Hermano mío, sea bueno, paciente, indulgente. Acuérdese de que su esposa le ha aceptado por marido no para que usted la domine sino para que le ayude. No sea nunca imperioso y arbitrario. No haga uso de su fuerte voluntad para obligar a su esposa a hacer lo que usted quiera. Acuérdese de que ella también tiene una voluntad y que tiene probablemente tantos deseos como usted de obrar según su criterio. Acuérdese también de que usted tiene la ventaja de una experiencia más amplia. Tenga para ella miramientos y cortesía. “La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos”. Santiago 3:17.

Recordad, hermanos míos, que Dios es amor, y que por su gracia podéis llegar a haceros mutuamente felices, según lo prometisteis en ocasión de vuestro casamiento. Por la fuerza del Redentor, podéis trabajar con sabiduría y potencia para contribuir a la regeneración de alguna existencia desdichada. ¿Qué hay de imposible para

Cristo? El es perfecto en sabiduría, justicia y amor. No os encerréis en vosotros mismos; ni os contentéis con cifrar todos vuestros afectos el uno en el otro. Aprovechad toda ocasión de trabajar por aquellos que os rodean y compartid con ellos vuestros afectos. Las palabras amables, las miradas de simpatía, las expresiones de aprecio serían para muchos de los que luchan a solas como un vaso de agua fresca para el sediento. Una palabra de estímulo, un acto de bondad contribuyen mucho a aliviar el fardo que pesa sobre los hombros cansados. La verdadera felicidad consiste en servir desinteresadamente a otros. Cada palabra, cada acción ejecutada en este espíritu queda anotada en los libros del cielo como habiendo sido dicha o hecha para Cristo. “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños—declara él,—a mí lo hicisteis”. Mateo 25:40.

Vivid en el resplandor del amor del Salvador. Entonces vuestra influencia beneficiará al mundo. Permitid al espíritu de Cristo que se apodere de vosotros. Esté siempre en vuestros labios la ley de

la bondad. La indulgencia y el altruismo caracterizan las palabras y las acciones de quienes nacieron de nuevo para vivir una vida nueva en Cristo Jesús.

Capítulo 21

Un matrimonio feliz y de éxito

Dios ordenó que hubiese perfecto amor y armonía entre los que asumen la relación matrimonial. Comprométanse los novios, en presencia del universo celestial, a amarse mutuamente como Dios ordenó que se amen. La esposa ha de respetar y reverenciar a su esposo, y el esposo ha de amar y proteger a su esposa.

Al comenzar la vida conyugal, tanto los hombres como las mujeres deben consagrarse de nuevo a Dios.

Por mucho cuidado y prudencia con que se haya contraído el matrimonio, pocas son las parejas que han llegado a la perfecta unidad al realizarse la ceremonia de casamiento. La unión verdadera de ambos cónyuges es obra de los años subsiguientes.

Cuando la pareja recién casada afronta la vida con sus cargas de perplejidades y cuidados,

desaparece el aspecto romántico con que la imaginación suele tan a menudo revestir el matrimonio. Marido y mujer aprenden entonces a conocerse como no podían hacerlo antes de unirse. Este es el período más crítico de su experiencia. La felicidad y utilidad de toda su vida ulterior dependen de que asuman en ese momento una actitud correcta. Muchas veces cada uno descubre en el otro flaquezas y defectos que no sospechaban; pero los corazones unidos por el amor notarán también cualidades desconocidas hasta entonces. Procuren todos descubrir las virtudes más bien que los defectos. Muchas veces, nuestra propia actitud y la atmósfera que nos rodea determinan lo que se nos revelará en otra persona.

Son muchos los que consideran la manifestación del amor como una debilidad, y permanecen en tal retraimiento que repelen a los demás. Este espíritu paraliza las corrientes de simpatía. Al ser reprimidos, los impulsos de sociabilidad y generosidad se marchitan y el corazón se vuelve desolado y frío. Debemos guardarnos de este error. El amor no puede durar

mucho si no se le da expresión. No permitáis que el corazón de quienes os acompañen se agoste por falta de bondad y simpatía de parte vuestra.

Ame cada uno de ellos al otro antes de exigir que el otro lo ame. Cultive lo más noble que haya en sí y esté pronto a reconocer las buenas cualidades del otro. El saberse apreciado es un admirable estímulo y motivo de satisfacción. La simpatía y el respeto alientan el esfuerzo por alcanzar la excelencia, y el amor aumenta al estimular la persecución de fines cada vez más nobles.

La fusión de dos vidas

Aunque se susciten dificultades, congojas y desalientos, no abriguen jamás ni el marido ni la mujer el pensamiento de que su unión es un error o una decepción. Resuélvase cada uno de ellos a ser para el otro cuanto le sea posible. Sigan teniendo uno para con otro los miramientos que se tenían al principio. Aliéntense uno a otro en las luchas de la vida. Procure cada uno favorecer la felicidad del

otro. Haya entre ellos amor mutuo y sopórtense uno a otro. Entonces el casamiento, en vez de ser la terminación del amor será más bien su verdadero comienzo. El calor de la verdadera amistad, el amor que une un corazón a otro, es sabor anticipado de los goces del cielo.

Todos deben cultivar la paciencia practicándola. Al ser uno bondadoso y tolerante, puede mantener ardiente el amor en el corazón, y se desarrollarán en él cualidades que el Cielo aprobará.

Satanás está siempre listo para obtener ventajas cuando se presenta cualquier divergencia, y al influir sobre los rasgos de carácter censurables hereditarios que haya en el esposo o la esposa, procurará enajenar a quienes unieron sus intereses en un pacto solemne delante de Dios. Por sus votos matrimoniales prometieron ser como uno solo, al convenir la esposa en amar y obedecer a su esposo, y éste en amarla a ella y protegerla. Si ambos obedecen a la ley de Dios, el demonio de la disensión se mantendrá alejado de la familia, y no

habrá división de intereses, ni se permitirá enajenamiento alguno de los afectos.

Este es un momento importante en la historia de las personas que han estado delante de ustedes para unir sus intereses, sus simpatías, su amor y sus labores en el ministerio destinado a salvar a las almas. En la relación matrimonial se da un paso muy importante: la fusión de dos vidas en una. Concuerda con la voluntad de Dios que el hombre y su esposa estén unidos en su obra, para realizarla con integridad y santidad. Y ellos pueden hacerlo.

La bendición de Dios en el hogar donde existe esta unión es como la luz del sol que proviene del cielo, porque la voluntad de Dios ordenó que el hombre y su esposa estén unidos por los santos lazos del matrimonio, bajo el gobierno de Jesucristo y la dirección de su Espíritu.

Dios quiere que el hogar sea el lugar más feliz de la tierra, el mismo símbolo del hogar celestial. Mientras llevan las responsabilidades matrimoniales en el hogar, y vinculan sus intereses

con Jesucristo, apoyándose en su brazo y en la seguridad de sus promesas, ambos esposos pueden compartir en esta unión una felicidad que los ángeles de Dios elogian.

Cuando surgen diferencias

Si ambos esposos no sometieron su corazón a Dios es asunto difícil arreglar las dificultades familiares, aun cuando ellos procuren hacerlo con justicia en lo que respecta a sus diversos deberes. ¿Cómo pueden los esposos dividir los intereses de su vida hogareña y seguir manifestándose amante confianza? Debieran tener un interés unido en todo lo que concierne al hogar y si la esposa es cristiana aunará su interés con el de su esposo como compañero suyo; porque el marido debe ocupar el lugar de jefe de la familia.

Su espíritu no es correcto. Cuando usted decide algo, no pesa bien el asunto ni considera lo que será el efecto si se aferra a sus opiniones y en forma independiente las entreteje con sus oraciones y su conversación, cuando sabe que su esposa no

opina como usted. En vez de respetar los sentimientos de su esposa y evitar cuidadosamente, como caballero, los temas acerca de los cuales ustedes difieren, ha insistido en espaciarse en los puntos dudosos y en expresar sus opiniones sin consideración para quienes lo rodeaban. Le ha parecido que los demás no tenían derecho a no ver las cosas como usted. El árbol cristiano no produce tales frutos.

Hermano mío, hermana mía, abrid la puerta del corazón para recibir a Jesús. Invitadle a entrar en el templo del alma. Ayudaos mutuamente a vencer los obstáculos que se encuentran en la vida matrimonial de todos. Arrostraréis un fiero combate para vencer a vuestro adversario el diablo, y si queréis que Dios os ayude en la batalla, debéis estar unidos en la decisión de vencer y de mantener los labios sellados para no decir mal alguno, aun cuando hayáis de caer de rodillas y clamar: “Señor, reprime al adversario de mi alma”.

Si se cumple la voluntad de Dios, ambos esposos se respetarán mutuamente y cultivarán el

amor y la confianza. Cualquier cosa que habría de destruir la paz y la unidad de la familia debe reprimirse con firmeza, y debe fomentarse la bondad y el amor. El que manifiesta un espíritu de ternura, tolerancia y cariño notará que se le trata con el mismo espíritu. Donde reina el Espíritu de Dios, no se hablará de incompatibilidad en la relación matrimonial. Si de veras se forma en nosotros Cristo, esperanza de gloria, habrá unión y amor en el hogar. El Cristo que more en el corazón de la esposa concordará con el Cristo que habite en el del marido. Se esforzarán juntos por llegar a las mansiones que Cristo fue a preparar para los que le aman.

Los que consideran la relación matrimonial como uno de los ritos sagrados de Dios, protegidos por su santo precepto, serán gobernados por los dictados de la razón.

A veces en la vida matrimonial hombres y mujeres obran como niños indisciplinados y perversos. El marido quiere salir con la suya y ella quiere que se haga su voluntad, y ni uno ni otro

quiere ceder. Una situación tal no puede sino producir la mayor desdicha. Ambos debieran estar dispuestos a renunciar a su voluntad u opinión. No pueden ser felices mientras ambos persistan en obrar como les agrade.

Sin tolerancia y amor mutuos ningún poder de esta tierra puede mantenerla a usted ni a su marido en los lazos de la unidad cristiana. El compañerismo de ambos en el matrimonio debiera ser estrecho, tierno, santo y elevado, e infundir poder espiritual a su vida, para que pudiesen ser el uno para el otro todo lo que la Palabra de Dios requiere. Cuando lleguen a la condición que Dios quiere verles alcanzar, hallarán el cielo aquí y a Dios en su vida.

Recuerden ustedes mi querida hermana y hermano, que Dios es amor y que por su gracia pueden ustedes hacerse felices el uno al otro, como prometieron en su voto matrimonial.

Mediante la gracia de Cristo podréis obtener la victoria sobre vosotros mismos y sobre vuestro

egoísmo. Si vivís la vida de Cristo, si a cada paso consentís al sacrificio, si manifestáis constantemente una simpatía siempre mayor para con aquellos que necesitan ayuda, obtendréis victoria tras victoria. Día tras día aprenderéis a dominaros y a fortalecer los puntos débiles de vuestros caracteres. El Señor Jesús será vuestra luz, vuestra fuerza, vuestra corona de gozo, porque habréis sometido vuestra voluntad a la suya.

Capítulo 22

La relación entre los esposos

Los que consideran la relación matrimonial como uno de los ritos sagrados de Dios, protegidos por su santo precepto, serán gobernados por los dictados de la razón.

Jesús no impuso el celibato a clase alguna de hombres. No vino para destruir la relación sagrada del matrimonio, sino para exaltarla y devolverle su santidad original. Mira con agrado la relación familiar donde predomina el amor sagrado y abnegado.

El matrimonio es santo y legítimo

En sí el comer y el beber no encierran pecado, ni tampoco lo hay en casarse y darse en casamiento. Era lícito casarse en tiempo de Noé, y lo es también ahora, si lo lícito se trata debidamente y no se lleva al exceso pecaminoso. Pero en días de Noé los hombres se casaban sin

consultar a Dios ni procurar su dirección y consejo.

El hecho de que todas las relaciones de la vida son de índole transitoria debe ejercer una influencia modificadora sobre todo lo que hacemos y decimos. En tiempos de Noé, lo que hacía pecaminoso el casamiento delante de Dios era el amor desordenado y excesivo por lo que en sí era lícito cuando se hacía el debido uso de ello. Son muchos en esta época del mundo los que pierden su alma al dejarse absorber por los pensamientos referentes al casamiento y a la relación matrimonial.

La relación matrimonial es santa, pero en esta época degenerada cubre toda clase de vileza. Se abusa de ella y esto ha llegado a ser un crimen que constituye ahora una de las señales de los postreros días, así como los matrimonios, según se realizaban antes del diluvio, eran entonces un crimen. Cuando se comprendan la naturaleza sagrada y los requisitos del matrimonio, éste resultará aun ahora aprobado por el Cielo; y acarreará felicidad a ambas partes, y Dios será glorificado.

Los privilegios de la relación matrimonial

Los que profesan ser cristianos deben considerar debidamente el resultado de todo privilegio de la relación matrimonial, y los principios santificados deben ser la base de toda acción. En muchos casos los padres han abusado de sus privilegios matrimoniales, y al ceder a sus pasiones animales las han fortalecido.

[En otra ocasión la Sra. White habla del “carácter privado y de los privilegios de la relación familiar”; véase Testimonies for the Church 2:90.]

Llevar a los excesos lo legítimo constituye un grave pecado.

Muchos padres no obtienen el conocimiento que debieran tener en la vida matrimonial. No se cuidan de manera que Satanás no les saque ventaja ni domine su mente y su vida. No ven que Dios requiere de ellos que se guarden de todo exceso en su vida matrimonial. Pero muy pocos consideran

que es un deber religioso gobernar sus pasiones. Se han unido en matrimonio con el objeto de su elección, y por lo tanto, razonan que el matrimonio santifica la satisfacción de las pasiones más bajas. Aun hombres y mujeres que profesan piedad, dan rienda suelta a sus pasiones concupiscentes, y no piensan que Dios los tiene por responsables del desgaste de la energía vital que debilita su resistencia y enerva todo el organismo.

Practiquen la abnegación y la templanza

¡Ojalá que pudiese hacer comprender a todos su obligación hacia Dios en cuanto a conservar en la mejor condición el organismo mental y físico, para prestar servicio perfecto a su Hacedor! Evite la esposa cristiana, tanto por sus palabras como por sus actos, excitar las pasiones animales de su esposo. Muchos no tienen fuerza que malgastar en este sentido. Desde su juventud han estado debilitando el cerebro y minando su constitución por la satisfacción de sus pasiones animales. La abnegación y la temperancia debieran ser la consigna en su vida matrimonial.

Tenemos solemnes obligaciones para con Dios en cuanto a conservar puro el espíritu y sano el cuerpo, para beneficiar a la humanidad y rendir a Dios un servicio perfecto. El apóstol nos advierte; “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que le obedezcáis en sus concupiscencias”. Nos insta a ir adelante diciéndonos que “todo aquel que lucha, de todo se abstiene”. Exhorta a todos los que se llaman cristianos a que presenten sus “cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”. Dice: “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser reprobado”. Romanos 6:12; 1 Corintios 9:25; Romanos 12:1; 1 Corintios 9:27.

No es amor puro el que impulsa a un hombre a hacer de su esposa un instrumento que satisfaga su concupiscencia. Es expresión de las pasiones animales que claman por ser satisfechas. ¡Cuán pocos hombres manifiestan su amor de la manera especificada por el apóstol: “Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella [no

para contaminarla, sino] para santificarla habiéndola purificado", para "que fuese santa y sin mancha!" Esta es la calidad del amor que en las relaciones matrimoniales Dios reconoce como santo. El amor es un principio puro y sagrado; pero la pasión concupiscente no admite restricción, no quiere que la razón le dicte órdenes ni la controle. No vislumbra las consecuencias; no quiere razonar de la causa al efecto.

Satanás trata de debilitar el dominio propio

Satanás procura rebajar la norma de pureza y debilitar el dominio propio de los que contraen matrimonio, porque sabe que mientras las pasiones más bajas se intensifican, las facultades morales se debilitan, y no necesita él preocuparse por el crecimiento espiritual de ellos. Sabe también que de ningún otro modo puede él estampar su propia imagen odiosa en la posteridad de ellos, y que le resulta así aun más fácil amoldar el carácter de los hijos que el de los padres.

Hombres y mujeres, aprenderéis algún día lo

que es la concupiscencia y el resultado de satisfacerla. Puede hallarse en las relaciones matrimoniales una pasión de clase tan baja como fuera de ellas.

¿Cuál es el resultado de dar rienda suelta a las pasiones inferiores? La cámara, donde debieran presidir ángeles de Dios, es mancillada por prácticas pecaminosas. Y porque impera una vergonzosa animalidad, los cuerpos se corrompen; las prácticas repugnantes provocan enfermedades repugnantes. Se hace una maldición de lo que Dios dio como bendición.

Los excesos sexuales destruirán ciertamente el amor por los ejercicios devocionales, privarán al cerebro de substancia necesaria para nutrir el organismo y agotarán efectivamente la vitalidad. Ninguna mujer debe ayudar a su esposo en esta obra de destrucción propia. No lo hará si ha sido iluminada al respecto y ama la verdad.

Cuanto más se satisfacen las pasiones animales, tanto más fuertes y violentos serán los deseos de

complacerlas. Comprendan su deber los hombres y mujeres que temen a Dios. Muchos cristianos profesos sufren de parálisis de los nervios y del cerebro debido a su intemperancia en este sentido.

Los esposos han de ser considerados

Los maridos deben ser cuidadosos, atentos, constantes, fieles y compasivos. Deben manifestar amor y simpatía. Si cumplen las palabras de Cristo, su amor no será del carácter bajo, terrenal ni sensual que los llevaría a destruir su propio cuerpo y a acarrear debilidad y enfermedad a sus esposas. No se entregarán a la complacencia de las pasiones bajas mientras repitan constantemente a sus esposas que deben estarles sujetas en todo. Cuando el marido tenga la nobleza de carácter, la pureza de corazón y la elevación mental que debe poseer todo cristiano verdadero, lo manifestará en la relación matrimonial. Si tiene el sentir de Cristo, no será destructor del cuerpo, sino que estará henchido de amor tierno y procurará alcanzar al más alto ideal en Cristo.

Ningún hombre puede amar de veras a su esposa cuando ella se somete pacientemente a ser su esclava para satisfacer sus pasiones depravadas. En su sumisión pasiva, ella pierde el valor que una vez él le atribuyó. La ve envilecida y rebajada, y pronto sospecha que se sometería con igual humildad a ser degradada por otro que no sea él mismo. Duda de su constancia y pureza, se cansa de ella y busca nuevos objetos que despierten e intensifiquen sus pasiones infernales. No tiene consideración con la ley de Dios. Estos hombres son peores que los brutos; son demonios en forma humana. No conocen los principios elevadores y ennoblecedores del amor verdadero y santificado.

La esposa también llega a sentir celos del esposo y sospecha que, si tuviese oportunidad, dirigiría sus atenciones a otra persona con tanta facilidad como a ella. Ella ve que no se rige por la conciencia ni el temor de Dios; todas estas barreras santificadas son derribadas por las pasiones concupiscentes; todas las cualidades del esposo que le asemejarían a Dios son sujetas a la concupiscencia brutal y vil.

Cuando se hacen exigencias irrazonables

La cuestión que se ha de decidir es ésta: ¿Debe la esposa sentirse obligada a ceder implícitamente a las exigencias del esposo, cuando ve que sólo las pasiones bajas lo dominan y cuando su propio juicio y razón la convencen de que al hacerlo perjudica su propio cuerpo, que Dios ha ordenado poseer en santificación y honra y conservar como sacrificio vivo para Dios?

No es un amor puro y santo lo que induce a la esposa a satisfacer las propensiones animales de su esposo, a costa de su salud y de su vida. Si ella posee verdadero amor y sabiduría, procurará distraer su mente de la satisfacción de las pasiones concupiscentes hacia temas elevados y espirituales, espaciándose en asuntos espirituales interesantes. Tal vez sea necesario instarlo con humildad y afecto aun a riesgo de desagradarle, y hacerle comprender que no puede ella degradar su cuerpo cediendo a los excesos sexuales. Ella debe, con ternura y bondad, recordarle que Dios tiene los

primeros y más altos derechos sobre todo su ser y que no puede despreciar esos derechos, porque tendrá que dar cuenta de ellos en el gran día de Dios.

Si ella elevara sus afectos, y en santificación y honra conservara su dignidad femenina refinada, podría la mujer hacer mucho para santificar a su esposo por medio de su influencia juiciosa y así cumplir su alta misión. Con ello puede salvarse a sí misma y a su esposo, y cumplir así una doble obra. En este asunto tan delicado y difícil de tratar, se necesita mucha sabiduría y paciencia, como también valor moral y fortaleza. Puede hallarse fuerza y gracia en la oración. El amor sincero ha de ser el principio que rija el corazón. El amor hacia Dios y hacia el esposo deben ser los únicos motivos que rijan la conducta.

Cuando la esposa entrega su cuerpo y mente al dominio de su esposo, y se somete pasiva y totalmente a su voluntad en todo, sacrificando su conciencia, su dignidad y aun su identidad, pierde la oportunidad de ejercer la poderosa y benéfica

influencia que debiera poseer para elevar a su esposo. Podría suavizar su carácter severo, y podría ejercer su influencia santificadora de tal modo que lo refinase y purificase, induciéndole a luchar fervorosamente para gobernar sus pasiones, a ser más espiritual, a fin de que puedan participar juntos de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que impera en el mundo por la concupiscencia.

El poder de la influencia puede ser grande para inspirar a la mente temas elevados y nobles, por encima de las complacencias bajas y sensuales que procura por naturaleza el corazón que no ha sido regenerado por la gracia. Si la esposa considera que, a fin de agradar a su esposo debe rebajar sus normas, cuando la pasión animal es la base principal del amor de él y controla sus acciones, desagrada a Dios, porque deja de ejercer una influencia santificadora sobre su esposo. Si le parece que debe someterse a sus pasiones animales sin una palabra de protesta, no comprende su deber para con él ni para con Dios.

Habéis sido comprados por precio

Las pasiones inferiores tienen su sede en el cuerpo y obran por su medio. Las palabras “carne”, “carnal”, o “concupiscencias carnales” abarcan la naturaleza inferior y corrupta; por sí misma la carne no puede obrar contra la voluntad de Dios. Se nos ordena que crucifiquemos la carne, con los afectos y concupiscencias. ¿Cómo lo haremos? ¿Infligiremos dolor al cuerpo? No, pero daremos muerte a la tentación a pecar. Debe expulsarse el pensamiento corrompido. Todo intento debe someterse al cautiverio de Jesucristo. Todas las propensiones animales deben sujetarse a las facultades superiores del alma. El amor de Dios debe reinar supremo; Cristo debe ocupar un trono indiviso. Nuestros cuerpos deben ser considerados como su posesión adquirida. Los miembros del cuerpo han de llegar a ser los instrumentos de la justicia.

Capítulo 23

La madre y su hijo

En vez de sumirse en una simple rutina de faenas domésticas, encuentre la esposa y madre de familia tiempo para leer, para mantenerse bien informada, para ser compañera de su marido y para seguir de cerca el desarrollo de la inteligencia de sus hijos. Aproveche sabiamente las oportunidades presentes para influir en sus amados de modo que los encamine hacia la vida superior. Haga del querido Salvador su compañero diario y su amigo familiar. Dedique algo de tiempo al estudio de la Palabra de Dios, a pasear con sus hijos por el campo y a aprender de Dios por la contemplación de sus hermosas obras.

Consérvese alegre y animada. En vez de consagrar todo momento a interminables costuras, haga de la velada de familia una ocasión de grata sociabilidad, una reunión de familia después de las labores del día. Un proceder tal induciría a muchos hombres a preferir la sociedad de los suyos en casa

a la del casino o de la taberna. Muchos muchachos serían guardados del peligro de la calle. Muchas niñas evitarían las compañías frívolas y seductoras. La influencia del hogar llegaría a ser entonces para padres e hijos lo que Dios se propuso que fuera, es decir, una bendición para toda la vida.

A menudo se pregunta: “¿Debe una esposa no tener voluntad propia?” La Biblia dice claramente que el esposo es el jefe de la familia. “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos”. Si la orden terminase así, podríamos decir que nada de envidiable tiene la posición de la esposa; es muy dura y penosa en muchos casos, y sería mejor que se realizasen menos casamientos. Muchos maridos no leen más allá que “estad sujetas”, pero debemos leer la conclusión de la orden, que es: “como al Señor”.

Debemos tener el Espíritu de Dios, o no podremos tener armonía en el hogar. Si la esposa tiene el espíritu de Cristo, será cuidadosa en lo que respecta a sus palabras; dominará su genio, será sumisa y sin embargo no se considerará esclava,

sino compañera de su esposo. Si éste es siervo de Dios, no se enseñoreará de ella; no será arbitrario ni exigente. No podemos estimar en demasía los afectos del hogar; porque si el Espíritu del Señor mora allí, el hogar es un símbolo del cielo. Si uno yerra, el otro ejercerá tolerancia cristiana y no se retraerá con frialdad.

La maternidad

Toda mujer a punto de ser madre, cualquiera que sea su ambiente, debe fomentar constantemente una disposición feliz, alegre y contenta, sabiendo que por todos los esfuerzos que haga en tal sentido se verá resarcida diez veces en la naturaleza física y moral de su hijo. Ni es esto todo. Ella puede acostumbrarse por hábito a pensar animosamente, y así alentar una condición mental feliz como alegre reflejo de su propio espíritu de dicha sobre su familia y sobre aquellos con quienes trate. Su propia salud física quedará muy mejorada. Las fuentes de la vida recibirán fuerza; la sangre no circulará perezosamente, como sucedería si ella cediese al abatimiento y la lobreguez. Su salud

mental y moral será vigorizada por su buen ánimo. El poder de la voluntad puede resistir las impresiones mentales y será un gran calmante para los nervios. Los niños que han sido privados de la vitalidad que debieran haber heredado de sus padres deben recibir el máximo cuidado. Si se presta detenida atención a las leyes de su ser, se puede crear una condición mucho mejor.

La que espera ser madre debe conservar el amor de Dios en su alma. Su ánimo debe estar en paz; debe descansar en el amor de Jesús y practicar sus palabras. Debe recordar que las madres colaboran con Dios.

Ambos esposos deben cooperar. ¡Qué mundo no tendríamos si todas las madres se consagrasen sobre el altar de Dios, y dedicasen a Dios sus hijos, tanto antes como después de su nacimiento!

Muchos padres creen que el efecto de las influencias prenatales es cosa de poca monta; pero el Cielo no las considera así. El mensaje enviado por un ángel de Dios y reiterado en forma

solemnísima merece que le prestemos la mayor atención.

Al hablar a la madre hebrea [la esposa de Manoa], Dios se dirige a todas las madres de todos los tiempos. Dijo el ángel: “La mujer se guardará de todas las cosas que yo le dije”. El bienestar del niño dependerá de los hábitos de la madre. Ella tiene, pues, que someter sus apetitos y sus pasiones al dominio de los buenos principios. Hay algo que ella debe rehuir, algo contra lo cual debe luchar si quiere cumplir el propósito que Dios tiene para con ella al darle un hijo.

El mundo está lleno de trampas para los jóvenes. Muchísimos son atraídos por una vida de placeres egoístas y sensuales. No pueden discernir los peligros ocultos o el fin temible de la senda que a ellos les parece camino de felicidad. Cediendo a sus apetitos y pasiones malgastan sus energías, y millones quedan perdidos para este mundo y para el venidero. Los padres deberían recordar siempre que sus hijos tienen que arrostrar estas tentaciones. Deben preparar al niño desde antes de su

nacimiento para predisponerlo a pelear con éxito las batallas contra el mal. Si, antes del nacimiento de su hijo, la madre procura complacerse a sí misma, si es egoísta, impaciente e imperiosa, estos rasgos de carácter se reflejarán en el temperamento del niño. Así se explica que muchos hijos hayan recibido por herencia tendencias al mal que son casi irresistibles.

Pero si la madre se atiene invariablemente a principios rectos, si es templada y abnegada, bondadosa, apacible y altruista, puede transmitir a su hijo estos mismos preciosos rasgos de carácter.

Los pequeñuelos constituyen un espejo en el cual la madre puede ver reflejados sus propios hábitos y comportamiento. ¡Cuánto cuidado debe ejercer por lo tanto acerca de su lenguaje y conducta en presencia de esos pequeños discípulos! Cualesquiera que sean los rasgos de carácter que ella desee que se desarrollen en ellos, debe cultivarlos en sí misma.

Cuándo deberían ser aligeradas las tareas de la madre

Un error que se comete a menudo es el de no establecer diferencia alguna en la vida de una mujer cuando está por llegar a ser madre. Durante este período importante debe aligerarse su labor. Se están produciendo grandes cambios en su organismo. Este requiere mayor cantidad de sangre, y por lo tanto debe recibir más alimento, y de la calidad más nutritiva, para que lo convierta en sangre. A menos que ella obtenga una abundancia de alimento nutritivo, no podrá conservar su fuerza física, y su descendencia quedará privada de vitalidad. Su indumentaria también exige atención. Debe ejercerse cuidado para proteger el cuerpo y evitarle la sensación de enfriamiento. No conviene que la vitalidad sea atraída innecesariamente a la superficie para suplir la falta de ropa suficiente. Si la madre se ve privada de una abundancia de alimento sano y nutritivo, su sangre será deficiente en cantidad y calidad. Tendrá mala circulación, y su hijo adolecerá de lo mismo. Se verá incapacitado para asimilar el alimento y convertirlo

en buena sangre que nutra el organismo. La prosperidad de la madre y del niño depende mucho de que lleven ropa adecuada, bien abrigada, y de que obtengan suficiente alimento nutritivo.

Actitud de la madre que amamanta

El mejor alimento para el niño es el que suministra la naturaleza. No debe privársele de él sin necesidad. Es muy cruel que la madre, por causa de las conveniencias y los placeres sociales, procure libertarse del desempeño de su ministerio materno de amamantar a su pequeñuelo.

El período durante el cual el niño es nutrido por su madre es crítico. A muchas madres, mientras amamantaban a sus pequeñuelos, se les ha permitido trabajar en exceso y afiebrarse la sangre cocinando. El mamante quedó gravemente afectado, no sólo por la nutrición afiebrada del pecho materno, sino que su sangre fue envenenada por el régimen malsano de la madre, que inflamó todo su organismo y con ello afectó la alimentación del niño. Este quedará también afectado por la

condición mental de la madre. Si ella es desdichada e irritable, si se agita fácilmente y es dada a ataques de ira, la nutrición que el niño recibe del pecho materno será inflamada, y con frecuencia producirá cólicos y espasmos, y en algunos casos convulsiones y ataques.

También el carácter del niño se ve afectado en mayor o en menor medida por la naturaleza del alimento que recibe de su madre. Cuán importante es, pues, que mientras la madre amamante a su hijo se mantenga en condición mental feliz, teniendo perfecto dominio de su propio ánimo. Si obra así, la nutrición del niño no sufrirá perjuicio, y la conducta serena de la madre dueña de sí en el trato que da a su hijo contribuirá mucho a amoldar la mente del niño. Si éste es nervioso y se agita con facilidad, la actitud cuidadosa y reposada de la madre ejercerá una influencia suavizadora y correctora, y mejorará mucho la salud del infante.

Regularidad en el cuidado tierno y amante

Los hijos son confiados a sus padres como un

cometido precioso, que Dios requerirá un día de sus manos. Debemos dedicar a su preparación más tiempo, cuidado y oración. Necesitan que les demos más instrucción de la clase apropiada.

En muchos casos las enfermedades de los niños pueden achacarse a equivocaciones en el modo de cuidarlos. Las irregularidades en las comidas, la ropa insuficiente en las tardes frías, la falta de ejercicio activo para conservar la buena circulación de la sangre, la falta de aire abundante para purificarla, pueden ser la causa del mal. Estudien los padres las causas de la enfermedad, y remedien cuanto antes toda condición defectuosa.

Generalmente desde la cuna se enseña a los niños a satisfacer su apetito y a vivir para comer. Durante la infancia, la madre contribuye mucho a la formación del carácter de sus hijos. Puede enseñarles a dominar el apetito, o a satisfacerlo y volverse glotones. Es frecuente que la madre ordene sus planes para hacer cierta cantidad de trabajo durante el día; y cuando los niños la molestan, en vez de tomarse el tiempo para calmar

sus pequeñas tristezas y distraerlos, los acalla dándoles de comer, lo cual cumple su fin durante breve plazo, pero al fin empeora las cosas. El estómago de los niños quedó atestado de alimento cuando menos lo necesitaba. Todo lo que ellos requerían era un poco del tiempo y de la atención de su madre, pero ella consideraba su tiempo como demasiado precioso para dedicarlo a entretener a sus hijos. Posiblemente la tarea de ordenar su casa con buen gusto, a fin de merecer la alabanza de las visitas, y la de preparar alimentos en forma aceptable, son para ella de más importancia que la felicidad y la salud de sus hijos.

En la preparación del ajuar para el niño hay que buscar lo que más conviene, la comodidad y la salud, antes que la moda o el deseo de despertar la admiración. La madre no debe gastar tiempo en bordados y en labores de fantasía para embellecer la ropa de su pequeñuelo, ni imponerse así una carga de trabajo inútil a costa de su salud y de la del niño. No debe cansarse encorvándose sobre labores de costura que comprometen su vista y sus nervios, cuando necesita mucho descanso y

ejercicio agradable. Debe comprender la obligación de conservar sus fuerzas para hacer frente a lo que de ella exigirá su cargo.

Necesidad de dominio propio en la disciplina infantil

En la educación de los hijos, hay ciertas circunstancias en las cuales la voluntad firme de la madre se halla en pugna con la voluntad irracional e indisciplinada del niño. En tales casos, la madre necesita mucha sabiduría. Al obrar de una manera poco prudente, al someter al niño por la fuerza, se le puede hacer un daño incalculable.

Una crisis tal debe evitarse tanto como se pueda, porque implica una lucha violenta tanto para la madre como para el niño. Pero cuando dicha crisis se produce, hay que inducir al niño a someter su voluntad a la voluntad más sabia de sus padres.

La madre debe dominarse perfectamente ella misma, y no hacer nada que despierte en su hijo un

espíritu de desafío. Nunca debe dar órdenes a gritos. Ganará mucho si conserva una voz dulce y amable. Debe obrar con su hijo de un modo que lo conduzca a Jesús. Ella debe acordarse de que Dios es su sostén, y el amor su fuerza. Si es una creyente prudente, no tratará de obligar a su hijo a someterse. Ella orará con fervor para que el enemigo no obtenga la victoria, y mientras ore, se dará cuenta de que su vida espiritual se renueva. Verá que la misma potencia que obra en ella obra también en su hijo. Este se volverá más amable y sumiso. Así ganará la victoria. La paciencia, la bondad, las sanas palabras de la madre cumplen esa obra. La paz sucede a la tormenta como el sol a la lluvia. Los ángeles que observaron la escena entonan gozosos cantos. Estas crisis se producen también entre marido y mujer. A menos que ellos estén bajo la influencia del Espíritu de Dios, manifestarán en tales ocasiones el mismo espíritu impulsivo e irracional que se revela tan a menudo en los niños. Esa lucha entre dos voluntades será entonces parecida al choque del pedernal contra el pedernal.

Capítulo 24

Los padres cristianos

Mientras cumplís vuestros deberes hacia vuestra familia, el padre como sacerdote de la casa y la madre como misionera del hogar, multiplicaréis agentes capaces de hacer bien fuera de la casa. Al emplear vuestras facultades, os capacitaréis mejor para trabajar en la iglesia y entre vuestros vecinos. Al vincular a vuestros hijos con vosotros mismos y con Dios, todos, padres e hijos, llegaréis a ser colaboradores de Dios.

Lo sagrado de la labor de una madre

La mujer debe ocupar el puesto que Dios le designó originalmente como igual a su esposo. El mundo necesita madres que lo sean no sólo de nombre sino en todo sentido de la palabra. Puede muy bien decirse que los deberes distintivos de la mujer son más sagrados y más santos que los del hombre. Comprenda ella el carácter sagrado de su obra y con la fuerza y el temor de Dios, emprenda

su misión en la vida. Eduque a sus hijos para que sean útiles en este mundo y obtengan un hogar en el mundo mejor.

La esposa y madre no debe sacrificar su fuerza ni dejar dormir sus facultades apoyándose por completo en su esposo. La individualidad de ella no puede fundirse en la de él. Debe considerar que tiene igualdad con su esposo, que debe estar a su lado permaneciendo fiel en el puesto de su deber y él en el suyo. Su obra en la educación de sus hijos es en todo respecto tan elevadora y ennoblecedora como cualquier puesto que el deber de él le llame a ocupar, aun cuando fuese la primera magistratura de la nación.

Al rey en su trono no incumbe una obra superior a la de la madre. Esta es la reina de su familia. A ella le toca modelar el carácter de sus hijos, a fin de que sean idóneos para la vida superior e inmortal. Un ángel no podría pedir una misión más elevada; porque mientras realiza esta obra la madre está sirviendo a Dios. Si tan sólo comprende ella el alto carácter de su tarea, le

inspirará valor. Percátese del valor de su obra y vístase de toda la armadura de Dios a fin de resistir la tentación de conformarse con la norma del mundo. Ella obra para este tiempo y para la eternidad.

Si entran en la obra hombres casados, dejando a sus esposas en casa para que cuiden a los niños, la esposa y madre está haciendo una obra tan grande e importante como la que hace el esposo y padre. Mientras que el uno está en el campo misionero, la otra es misionera en el hogar, y con frecuencia sus ansiedades y cargas exceden en mucho a las del esposo y padre. La obra de la madre es solemne e importante. El esposo puede recibir honores de los hombres en el campo misionero, mientras que la que se afana en casa no recibe reconocimiento terreno alguno por su labor; pero si trabaja en pro de los mejores intereses de su familia, tratando de formar su carácter según el Modelo divino, el ángel registrador la anotará como uno de los mayores misioneros del mundo. Dios no ve las cosas como las percibe la visión finita del hombre.

El mundo rebosa de influencias corruptoras. Las modas y las costumbres ejercen sobre los jóvenes una influencia poderosa. Si la madre no cumple su deber de instruir, guiar y refrenar a sus hijos, éstos aceptarán naturalmente lo malo y se apartarán de lo bueno. Acudan todas las madres a menudo a su Salvador con la oración: "¿Cómo debe ser la manera de vivir del niño, y qué debemos hacer con él?" Cumpla ella las instrucciones que Dios dio en su Palabra, y se le dará sabiduría a medida que la necesite.

Comprenda toda madre que su tiempo no tiene precio; su obra ha de probarse en el solemne día de la rendición de cuentas. Entonces se hallará que muchos fracasos y crímenes de los hombres y mujeres fueron el resultado de la ignorancia y negligencia de quienes debieron haber guiado sus pies infantiles por el camino recto. Entonces se hallará que muchos de los que beneficiaron al mundo con la luz del genio, la verdad y la santidad, recibieron de una madre cristiana y piadosa los principios que fueron la fuente de su influencia y éxito.

El poder de la madre para el bien

La esfera de la madre puede ser humilde; pero su influencia, unida a la del padre, es tan perdurable como la eternidad. Después de Dios, el poder de la madre en favor del bien es el más fuerte que se conozca en la tierra.

Una madre cristiana estará siempre bien despierta para discernir los peligros que rodean a sus hijos. Mantendrá su alma en una atmósfera pura y santa; regirá su genio y sus principios por la palabra de Dios y, haciendo fielmente su deber, vivirá por encima de las mezquinas tentaciones que siempre la asaltarán.

Los niños tienen la percepción rápida, y disciernen los tonos pacientes y amorosos en contraste con las órdenes impacientes y apasionadas, que desecan el raudal del amor y del afecto en los corazones infantiles. La verdadera madre cristiana no ahuyentará a sus hijos de su presencia por su irritación y falta de amor y

simpatía.

Madres, despertad y reconoced que vuestra influencia y vuestro ejemplo afectan el carácter y el destino de vuestros hijos; y en vista de vuestra responsabilidad, desarrollad una mente bien equilibrada y un carácter puro, que reflejen tan sólo lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Muchísimos esposos e hijos que no encuentran motivo alguno de atracción en la casa y de continuo son saludados con regaños y murmuraciones, buscan consuelo y diversión lejos del hogar, en la taberna u otros lugares de placer prohibido. A menudo la esposa y madre, ocupada con los cuidados de la casa se olvida de las pequeñas cortesías que harían del hogar un sitio agradable para el esposo y los hijos, aun cuando en presencia de ellos no se queja mucho de sus vejámenes y dificultades peculiares. Mientras ella está ocupada en la preparación de algo que comer o de alguna prenda de vestir, el esposo y los hijos entran y salen como extraños.

Si las madres se permiten llevar vestidos desaseados en la casa, enseñan a sus hijos a seguir por el mismo camino del desaliño. Muchas madres piensan que en la casa cualquier ropa es bastante buena, por sucia y desaliñada que esté. Pero pronto pierden su influencia en la familia. Los hijos comparan el vestido de la madre con el de quienes visten con aseo, y se debilita el respeto que le tienen.

La esposa y madre fiel cumplirá sus deberes con dignidad y buen ánimo; no considerará que sea degradante hacer con sus propias manos cuanto sea necesario hacer en una casa bien ordenada.

El cabeza de familia debe imitar a Cristo

Todos los miembros de la familia giran alrededor del padre. El es el legislador y en su conducta viril ilustra las virtudes más austeras: la energía, la integridad, la honradez, la paciencia, el valor, la diligencia y la utilidad práctica. El padre es en un sentido el sacerdote de la familia, que dispone sobre el altar de Dios el sacrificio matutino

y vespertino. La esposa y los hijos deben ser alentados a participar en esta ofrenda y también en el canto de alabanza. A la mañana y a la noche, el padre, como sacerdote de la casa, debe confesar a Dios los pecados cometidos durante el día por él mismo y por sus hijos. Los pecados de los cuales ha tenido conocimiento y también los que permanecen secretos, que sólo vio el ojo divino, deben ser confesados. Esta norma, celosamente observada por el padre cuando está presente, o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia.

A un hombre que es esposo y padre, yo diría: Asegúrese de que rodea su alma una atmósfera pura y santa. Debe aprender diariamente de Cristo. Nunca ha de manifestar un espíritu tiránico en el hogar. El hombre que lo hace obra asociado con agentes satánicos. Someta su voluntad a la de Dios. Haga cuanto pueda para que la vida de su esposa sea placentera y feliz. Haga de la Palabra de Dios su consejera. Viva en el hogar de acuerdo con las enseñanzas de ella. Entonces vivirá así en la iglesia y llevará estas enseñanzas consigo al lugar donde

trabaja. Los principios del cielo ennoblecerán todas sus transacciones. Los ángeles de Dios cooperarán con usted y le ayudarán a revelar a Cristo ante el mundo.

No permita usted que los vejámenes de sus negocios ensombrezcan su vida en el hogar. Si al ocurrir cositas que no son exactamente como usted piensa que deberían ser, no sabe manifestar paciencia, longanimidad, bondad y amor, demuestra que no escogió por compañero a Aquel que tanto le amó que dio su vida por usted para que pudiese ser uno con él.

No evidencia virilidad el esposo espaciándose constantemente en su puesto como cabeza de la familia. No aumenta el respeto hacia él cuando se le oye citar la Escritura para apoyar sus derechos a ejercer autoridad. No le hará más viril el requerir de su esposa, la madre de sus hijos, que actúe de acuerdo con los planes de él como si fuesen infalibles. El Señor ha constituido al esposo como cabeza de la esposa para que la proteja; él es el vínculo de la familia, el que une sus miembros, así

como Cristo es cabeza de la iglesia y Salvador del cuerpo místico. Todo esposo que asevera amar a Dios debe estudiar cuidadosamente lo que Dios requiere de él en el puesto que ocupa. La autoridad de Cristo se ejerce con sabiduría, con toda bondad y amabilidad; así también ejerza su poder el esposo e imite la gran Cabeza de la iglesia.

Padres, trabajad juntos para la salvación de vuestros hijos

Si se descorriese el velo y ambos padres pudieran ver el trabajo del día como Dios lo ve, y discernir cómo su ojo infinito compara la labor de ambos, se asombrarían ante la revelación celestial. El padre consideraría sus labores con más modestia, mientras que la madre cobraría nuevo valor y energía para proseguir su tarea con sabiduría, perseverancia y paciencia. Conocería entonces su labor. Mientras que el padre trató con cosas perecederas que pasarán, la madre contribuyó a desarrollar mentes y caracteres y trabajó no sólo para este tiempo, sino para la eternidad.

El deber del padre hacia sus hijos no puede delegarse a la esposa. Si ella cumple su propio deber, tiene bastante carga que llevar. Únicamente si obran de concierto pueden el padre y la madre cumplir la obra que Dios confió a sus manos.

El padre no debe excusarse de hacer su parte en la obra de educar a sus hijos para esta vida y para la eternidad. Debe compartir la responsabilidad. Tanto el padre como la madre tienen obligaciones. Los padres han de manifestarse mutuamente amor y respeto, si quieren ver estas cualidades desarrollarse en sus hijos.

El padre de niños varones debe tratar íntimamente con sus hijos, darles el beneficio de su experiencia mayor, y hablar con ellos con tanta sencillez y ternura que los vincule con su corazón. Debe dejarles ver que todo el tiempo busca sus mejores intereses y su felicidad.

El que tiene una familia de varones debe comprender que, cualquiera que sea su vocación, nunca debe descuidar las almas confiadas a su

cuidado. Trajo a estos hijos al mundo y se ha hecho responsable delante de Dios de hacer cuanto esté a su alcance para guardarlos de compañías malas y no santificadas. No debe dejar a sus varones inquietos totalmente bajo el cuidado de la madre. Esta carga es demasiado pesada para ella. Debe él ordenar las cosas de acuerdo con los mejores intereses de la madre y de los niños. Puede resultar muy difícil para la madre ejercer dominio propio y dirigir sabiamente la educación de sus hijos. En tal caso, el padre debe asumir una parte mayor de la carga. Debe resolver que hará los esfuerzos más decididos para salvar a sus hijos.

Consejo acerca del número de hijos

Los hijos son la herencia del Señor, y somos responsables ante él por el manejo de su propiedad. Trabajen los padres por los suyos, con amor, fe y oración, hasta que gozosamente puedan presentarse a Dios diciendo: “He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová”.

Dios quiere que los padres actúen como seres

racionales y vivan de tal manera que cada hijo reciba la debida educación, y que la madre tenga fuerza y tiempo para emplear sus facultades mentales en la disciplina de sus pequeñuelos a fin de que sean dignos de alternar con los ángeles. Ella debe tener valor para desempeñar noblemente su parte y hacer su obra en el temor y amor de Dios, a fin de que sus hijos resulten en bendición para la familia y la sociedad.

El esposo y padre debe considerar todas estas cosas, no sea que su esposa se vea recargada y así abrumada de abatimiento. Debe procurar que la madre de sus hijos no se vea en situación tal que no pueda atender con justicia a sus numerosos pequeñuelos y darles la debida preparación.

Hay padres que, sin considerar si pueden o no atender con justicia a una familia grande, llenan su casa de pequeñuelos desvalidos, que dependen por completo del cuidado y la instrucción de sus padres. Este es un perjuicio grave, no sólo para la madre, sino para sus hijos y la sociedad.

El que haya año tras año un niño en los brazos de la madre significa una gran injusticia para ella. Reduce, y a menudo destruye, para ella, el placer social y aumenta la miseria doméstica. Priva a sus hijos del cuidado, de la educación y de la felicidad que los padres tienen el deber de otorgarles.

[Los padres] deben considerar con calma cómo han de proveer para sus hijos. No tienen derecho de traer al mundo hijos para que sean una carga para otros.

¡Cuán poco se tiene en cuenta el destino del niño! Sólo se piensa en satisfacer la pasión, y se imponen a la esposa y madre cargas que minan su vitalidad y paralizan su fuerza espiritual. Con la salud quebrantada y el ánimo abatido se ve rodeada de un pequeño rebaño al cual no puede atender como debiera. Careciendo de la instrucción que debieran recibir, los niños crecen para deshonrar a Dios y comunicar a otros lo malo de su propia naturaleza, y así se forma un ejército al cual Satanás maneja como quiere.

Capítulo 25

El hogar cristiano

Al elegir un sitio para vivir, Dios quiere que consideremos ante todo las influencias morales y religiosas que nos rodearán a nosotros y a nuestras familias.

Sea éste el propósito que dirija la elección del punto en que se piensa fundar el hogar. No hay que dejarse llevar por el deseo de riquezas, ni por las exigencias de la moda, ni por las costumbres de la sociedad. Téngase antes presente lo que más favorezca la sencillez, la pureza, la salud y el verdadero mérito.

En vez de vivir donde sólo pueden verse las obras de los hombres y donde lo que se ve y se oye sugiere a menudo malos pensamientos, donde el alboroto y la confusión producen cansancio e inquietud, id a vivir donde podáis contemplar las obras de Dios. Hallad la paz del espíritu en la belleza, quietud y solaz de la naturaleza. Descanse

vuestra vista en los campos verdes, las arboledas y los collados. Mirad hacia arriba, al firmamento azul que el polvo y el humo de las ciudades no obscurecieron, y respirad el aire vigorizador del cielo.

Ha llegado el tiempo en que, a medida que Dios abra el camino, las familias deben salir de las ciudades. Los niños deben ser llevados al campo. Los padres deben obtener un lugar tan adecuado como se lo permitan sus recursos. Aunque la vivienda sea pequeña, debe haber junto a ella tierra que se pueda cultivar.

Los padres y las madres que poseen un pedazo de tierra y un hogar cómodo son reyes y reinas.

Si ello es posible, el hogar debería estar situado fuera de la ciudad, donde los niños puedan tener terreno para cultivar. Asígnese a cada uno de ellos un pedazo de tierra; y mientras se les enseña a hacer un jardín, a preparar el suelo para la semilla y la importancia de mantenerlo libre de malas hierbas, incúlqueseles también cuán importante es

mantener la vida libre de prácticas de aspecto desagradable o perjudiciales. Enséñeseles a dominar los malos hábitos como desarraigan la maleza en sus jardines. Se necesitará tiempo para impartirles estas lecciones, pero reportarán grandes recompensas.

La tierra oculta bendiciones en sus profundidades para los que tienen el valor, la voluntad y la perseverancia para recoger sus tesoros. Muchos agricultores no han obtenido utilidades proporcionadas de sus tierras debido a que emprendieron este trabajo como si fuese una ocupación degradante; no ven que hay en él una bendición para sí mismos y para sus familias.

Los padres tienen para con Dios la obligación de hacer de sus alrededores algo que corresponda a la verdad que profesan creer. Pueden dar lecciones correctas a sus hijos, y éstos aprenderán a relacionar el hogar terrenal con el celestial. Hasta donde ello sea posible, la familia debe ser aquí un modelo de la celestial. Entonces las tentaciones a participar de lo que sea bajo y rastrero perderán

mucha de su fuerza. Se debe enseñar a los niños que están aquí tan sólo como quienes son probados, y debe educárselos para que lleguen a habitar las mansiones que Cristo está preparando para quienes le aman y guardan sus mandamientos. Tal es el deber más elevado que hayan de cumplir los padres.

En cuanto sea posible, todo edificio destinado a servir de habitación humana debe construirse en un paraje elevado y de fácil desagüe. Esto asegurará un solar seco. A este asunto se le suele dar muy poca atención. Con frecuencia el aire viciado y la humedad de los solares bajos y encharcados ocasionan quebrantos de salud, enfermedades graves y defunciones.

En la construcción de casas es de gran importancia asegurar completa ventilación y mucho sol. Haya circulación de aire y mucha luz en cada pieza de la casa. Los dormitorios deben estar dispuestos de tal modo que el aire circule por ellos día y noche. Ningún cuarto es adecuado para servir como dormitorio a menos que pueda abrirse

de par en par cada día para dar acceso al aire y a la luz del sol.

Un patio hermoseado con árboles dispersos y algunos arbustos, plantados a la debida distancia de la casa, ejerce una influencia feliz sobre la familia y, si se lo cuida, no causará perjuicio a la salud. Pero los árboles de sombra y las matas de arbustos densas en derredor de la casa la hacen malsana, porque impiden la libre circulación del aire y el acceso a los rayos del sol. En consecuencia, se nota humedad en la casa, especialmente durante las estaciones lluviosas.

Los muebles deberían ser sencillos y poco costosos

Amueblad vuestra casa sencillamente, con cosas que resistan el uso, que puedan limpiarse sin mucho trabajo y renovarse sin gran costo. Ejercitando vuestro gusto, podéis hacer atractivo un hogar sencillo si en él reinan el amor y el contentamiento.

La felicidad no se halla en una ostentación vacía. Cuanto más sencillo sea el orden de una familia bien gobernada, tanto más feliz será ese hogar.

No se necesitan muebles ni accesorios costosos para dejar a los niños contentos y felices en sus hogares, pero es necesario que los padres les concedan amor tierno y cuidadosa atención.

Tenéis la obligación delante de Dios de ser normas de corrección en el hogar. Recordad que en el cielo no hay desorden, y que vuestro hogar debería ser un cielo aquí en la tierra. Recordad que al cumplir fielmente todos los días las cosas pequeñas del hogar, estáis trabajando juntos con Dios, perfeccionando un carácter cristiano.

Padres, recordad que estáis trabajando por la salvación de vuestros hijos. Si vuestros hábitos son correctos, si manifestáis pulcritud y orden, virtud y justicia, santificación del alma, el cuerpo y el espíritu, respondéis a estas palabras del Redentor: “Vosotros sois la luz del mundo”.

Comenzad precozmente a enseñar a los pequeños a cuidar su ropa. Que tengan un lugar para colocar sus cosas, y enseñadles a doblar cada artículo cuidadosamente y a colocarlo en su lugar. Si no podéis comprar ni siquiera una cómoda barata, emplead cajones de madera, distribuyéndolos en forma de estantería y cubriéndolos con alguna tela brillante y de hermoso diseño. Esta obra de enseñar la limpieza y el orden requerirá un tiempo cada día, pero pagará en el futuro de vuestros hijos, y finalmente os ahorrará mucho tiempo y preocupaciones.

Algunos padres permiten que sus hijos sean destructores, que utilicen como juguetes objetos que no tienen derecho de tocar. Debería enseñárseles a los niños que no deben manejar las pertenencias de los demás. Para bienestar y felicidad de la familia, deben aprender a observar las reglas de la propiedad. Los niños no son más felices cuando se les permite manejar todo lo que ven. Si no se los educa para que sean cuidadosos, crecerán con rasgos de carácter desagradables y

destructivos.

No les deis a los niños juguetes que se rompan fácilmente. Hacer esto es enseñarles lecciones en el arte de destruir. Dénseles juguetes que sean fuertes y durables. Estas sugestiones, por insignificantes que parezcan, representan mucho en la educación del niño.

Capítulo 26

La influencia espiritual en el hogar

Podemos tener la salvación de Dios en nuestra familia; pero debemos creer en ella, vivir para ella y tener una continua y permanente fe y confianza en Dios. La restricción que la Palabra de Dios nos impone es para nuestro propio interés. Aumenta la felicidad de nuestra familia y de todo lo que nos rodea. Refina nuestro gusto, santifica nuestro juicio y proporciona paz a la mente y al fin la vida eterna. Los ángeles ministradores permanecerán en nuestras moradas y con gozo llevarán al cielo las nuevas de nuestro progreso en la vida divina y el ángel registrador efectuará un registro alegre y feliz.

El Espíritu de Cristo será una influencia permanente en la vida del hogar. Si hombres y mujeres abren el corazón a la influencia celestial de la verdad y el amor, estos principios fluirán como

manantiales en el desierto, refrigerando todo y haciendo que la frescura aparezca donde hay ahora esterilidad y escasez.

La negligencia religiosa en el hogar, el descuidar la educación de los hijos, es algo que desagrada mucho a Dios. Si uno de vuestros hijos estuviese en el río, luchando con las ondas y en inminente peligro de ahogarse, ¡qué conmoción se produciría! ¡Qué esfuerzos se harían, qué oraciones se elevarían, qué entusiasmo se manifestaría para salvar esa vida humana! Pero aquí están vuestros hijos sin Cristo, y sus almas no están salvas. Tal vez son hasta groseros y descorteses, un oprobio para el nombre adventista. Perecen sin esperanza y sin Dios en el mundo, y vosotros sois negligentes y despreocupados.

Satanás hace cuanto puede para apartar de Dios a la gente; y tiene éxito cuando la vida religiosa está ahogada en las actividades comerciales, cuando puede absorber de tal manera la mente con los negocios que no se toma tiempo para leer la Biblia, para orar en secreto, para mantener ardiente

sobre el altar mañana y noche la ofrenda de alabanza y agradecimiento. ¡Cuán pocos se dan cuenta de las trampas del gran engañador! ¡Cuántos ignoran sus designios!

Culto matutino y vespertino

Padres y madres, cada mañana y cada noche, juntad a vuestros hijos alrededor vuestro, y elevad vuestros corazones a Dios por humildes súplicas. Vuestros amados están expuestos a la tentación. Hay dificultades cotidianas sembradas en el camino de los jóvenes y de sus mayores. Los que quieran vivir con paciencia, amor y gozo deben orar. Será únicamente obteniendo la ayuda constante de Dios cómo podremos obtener la victoria sobre nosotros mismos.

Si hubo un tiempo en el que cada casa debiera ser una casa de oración, es ahora. Predominan la incredulidad y el escepticismo. Abunda la inmoralidad. La corrupción penetra hasta el fondo de las almas y la rebelión contra Dios se manifiesta en la vida de los hombres. Cautivas del pecado, las

fuerzas morales quedan sometidas a la tiranía de Satanás. Juguete de sus tentaciones, el hombre va donde lo lleva el jefe de la rebelión, a menos que un brazo poderoso lo socorra.

Sin embargo, en esta época tan peligrosa, algunos de los que se llaman cristianos no celebran el culto de familia. No honran a Dios en su casa, ni enseñan a sus hijos a amarle y temerle. Muchos se han alejado a tal punto de Dios que se sienten condenados cuando se presentan delante de él. No pueden allegarse "confiadamente al trono de la gracia", "levantando manos santas, sin ira ni contienda". Hebreos 4:16; 1 Timoteo 2:8. No están en comunión viva con Dios. Su piedad no es más que una forma sin fuerza.

La idea de que la oración no es esencial, es una de las astucias de las que con mayor éxito se vale Satanás para destruir a las almas. La oración es una comunión con Dios, fuente de sabiduría, fuerza, dicha y paz. Jesús oró a su Padre "con gran clamor y lágrimas". Pablo exhortó a los creyentes a "orar sin cesar" y a hacer conocer sus necesidades por

“peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Santiago dice: “Orad unos por otros,... La oración eficaz del justo puede mucho”. Hebreos 5:7; 1 Tesalonicenses 5:17; Filipenses 4:6; Santiago 5:16.

Mediante oraciones sinceras y fervientes, los padres deberían alzar como una valla alrededor de sus hijos. Deberían orar con fe implícita para que Dios habite en ellos y que los santos ángeles los preserven, a ellos y a sus hijos, de la potencia cruel de Satanás.

En cada familia debería haber una hora fija para el culto matutino y vespertino. ¿No conviene a los padres reunir en derredor suyo a sus hijos antes del desayuno para agradecer al Padre Celestial por su protección durante la noche, y para pedirle su ayuda y cuidado durante el día? ¿No es propio también, cuando llega el anochecer, que los padres y los hijos se reúnan una vez más delante de Dios para agradecerle las bendiciones recibidas durante el día que termina?

Cada mañana consagraos a Dios con vuestros hijos. No contéis con los meses ni los años; no os pertenecen. Sólo el día presente es vuestro. Durante sus horas, trabajad por el Maestro, como si fuese vuestro último día en la tierra. Presentad todos vuestros planes a Dios, a fin de que él os ayude a ejecutarlos o abandonarlos según lo indique su Providencia. Aceptad los planes de Dios en lugar de los vuestros, aun cuando esta aceptación exija que renunciéis a proyectos por largo tiempo acariciados. Así, vuestra vida será siempre más y más amoldada conforme al ejemplo divino, y “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. Filipenses 4:7.

El padre, o en su ausencia la madre, debe presidir el culto y elegir un pasaje interesante de las Escrituras que pueda comprenderse con facilidad. El culto debe ser corto. Cuando se lee un capítulo largo y se hace una oración larga, el culto se torna fatigoso y se siente alivio cuando termina. Dios queda deshonrado cuando el culto se vuelve árido y fastidioso, cuando carece tanto de interés que los

hijos lo temen.

Padres y madres, cuidad de que el momento dedicado al culto de familia sea en extremo interesante. No hay razón alguna porque no sea éste el momento más agradable del día. Con un poco de preparación podréis hacerlo interesante y provechoso. De vez en cuando, introducid algún cambio. Se pueden hacer preguntas con referencia al texto leído, y dar con fervor algunas explicaciones oportunas. Se puede cantar un himno de alabanza. La oración debe ser corta y precisa. El que ora debe hacerlo con palabras sencillas y fervientes; debe alabar a Dios por su bondad y pedirle su ayuda. Si las circunstancias lo permiten, dejad a los niños tomar parte en la lectura y la oración.

La eternidad sola pondrá en evidencia el bien verificado por esos cultos de familia.

Capítulo 27

Las finanzas en el hogar

El Señor quiere que sus hijos se preocupen y sean serviciales. Quiere que estudien cómo pueden economizar en todo y no malgastar cosa alguna.

Debiera usted aprender a reconocer cuándo hay que ahorrar y cuándo hay que gastar. No podemos decir que seguimos a Cristo a menos que nos neguemos a nosotros mismos y llevemos la cruz. Debemos pagar lo que debemos a medida que avanzamos; levantar los puntos caídos; suprimir las pérdidas y saber exactamente lo que poseemos. Usted debiera sacar la cuenta de todas las sumas pequeñas gastadas en complacerse a sí mismo. Debiera notar cuánto gasta para satisfacer el gusto y cultivar un apetito epicúreo pervertido. El dinero derrochado en golosinas inútiles podría dedicarse a aumentar las comodidades y conveniencias del hogar. No necesita ser tacaño; pero debe ser honrado consigo mismo y con sus hermanos. Ser tacaño es abusar de las bondades de Dios. La

prodigalidad también es un abuso. Las pequeñas salidas que usted no considera dignas de mencionarse suman al fin una cantidad considerable.

Cuando nos vemos tentados a gastar dinero en baratijas, debemos recordar la abnegación de Cristo y su sacrificio propio para salvar al hombre caído. Debemos enseñar a nuestros hijos a practicar la abnegación y el dominio propio. La razón por la cual tantos pastores se ven frente a momentos difíciles en asuntos financieros estriba en que no limitan sus gustos, apetitos e inclinaciones. El motivo por el cual tantos hombres hacen bancarrota y se apoderan con improbidad de recursos ajenos reside en que procuran satisfacer los gustos dispendiosos de sus esposas e hijos. ¡Con cuánto cuidado debieran los padres y las madres enseñar economía a sus hijos por el precepto y el ejemplo!

No es lo mejor tratar de aparentar que somos ricos o superiores a lo que somos, a saber sencillos discípulos del manso y humilde Salvador. No debe perturbarnos el que nuestros vecinos construyan y

amueblen sus casas de una manera que no estamos autorizados a seguir. ¡Cómo debe mirar Jesús la forma en que proveemos egoístamente para satisfacer nuestros apetitos e inclinaciones, o para agradar a nuestros huéspedes! Viene a ser un lazo para nosotros el ceder al deseo de ostentación, o permitir que lo hagan los hijos que están bajo nuestra dirección.

Ninguna cosa que pueda utilizarse debería descartarse. Esto requiere sabiduría, planeamiento y cuidado constante. Me ha sido presentado que la incapacidad para ahorrar en las cosas pequeñas es una de las razones por las cuales tantas familias padecen necesidades.

No debáis a nadie nada

Muchas familias son pobres porque gastan su dinero tan pronto como lo reciben.

Constituye una trampa el retirar dinero antes de haberlo ganado, y gastarlo, cualquiera que sea el fin que se tenga al hacerlo.

El mundo tiene derecho a esperar estricta integridad de aquellos que profesan ser cristianos de acuerdo con la Biblia. Por la indiferencia de un hombre en cuanto a pagar sus justas deudas, todos nuestros hermanos están en peligro de ser considerados como deshonestos.

Los que aseveran tener la menor medida de piedad deben adornar la doctrina que profesan, y no dar ocasión a que la verdad sea vilipendiada por causa de su conducta inconsiderada. “No debáis a nadie nada”, dice el apóstol. Romanos 13:8.

Son muchísimos los que no se han educado de modo que puedan mantener sus gastos dentro de los límites de sus entradas. No aprenden a adaptarse a las circunstancias, y vez tras vez piden dinero prestado y se abruman de deudas, por lo que se desaniman y descorazonan.

Usted debe reconocer que uno no debe manejar sus asuntos de una manera que le hará contraer deudas. Cuando uno se queda endeudado, está en

una de las redes que Satanás tiende a las almas.

Resuelva que nunca se volverá a endeudar. Niéguese mil cosas antes que endeudarse. Evítelo como evitaría la viruela.

Descuidar lo esencial no es economía

No se honra a Dios cuando se descuida el cuerpo, o se lo maltrata, y así se lo incapacita para servirle. Cuidar del cuerpo proveyéndole alimento apetitoso y fortificante es uno de los principales deberes del ama de casa. Es mucho mejor tener ropas y muebles menos costosos que escatimar la provisión de alimento.

Algunas madres de familia escatiman la comida en la mesa para poder obsequiar opíparamente a sus visitas. Esto es desacertado. Al agasajar huéspedes se debiera proceder con más sencillez. Atiéndanse primero las necesidades de la familia.

Una economía doméstica imprudente y las costumbres artificiales hacen muchas veces

imposible que se ejerza la hospitalidad donde sería necesaria y beneficiosa. La provisión regular de alimento para nuestra mesa debe ser tal que se pueda convidar al huésped inesperado sin recargar a la señora de la casa con preparativos extraordinarios.

La economía no significa mezquindad, sino un gasto prudente de los recursos porque hay que hacer una gran obra.

Dios no requiere que sus hijos se priven de lo que necesitan realmente para su salud y comodidad, pero no aprueba el desenfreno, la prodigalidad ni la ostentación.

Deber de los padres al enseñar a los hijos

Enseñad a vuestros hijos que Dios tiene derecho sobre todo lo que poseen, y que ninguna cosa podrá suprimir ese derecho; todo lo que poseen lo han recibido como un legado, para probarlos si serán obedientes. El dinero es un bien necesario; que no se prodigue a quienes no lo

necesitan. Hay otros que necesitan vuestros dones voluntarios. Si tenéis hábitos de despilfarro, suprimidlos de vuestra vida tan pronto como sea posible. A menos que hagáis esto, os arruinaréis para la eternidad.

La tendencia de los jóvenes en esta época es descuidar y despreciar la economía, confundiéndola con la mezquindad y estrechez. Pero la economía concuerda con las opiniones y los sentimientos más amplios y liberales. Donde no se la práctica, no puede haber verdadera generosidad. Nadie debe pensar que estudiar la economía y los mejores métodos de aprovechar los fragmentos es rebajarse.

Se debería enseñar a todo joven y niño no solamente a resolver problemas imaginarios, sino a llevar cuenta exacta de sus propios ingresos y gastos. Aprenda el debido uso del dinero usándolo. Enséñese a los niños y a las niñas a elegir y comprar su ropa, sus libros, y otras cosas, ya sean costeados por sus padres o por sus propias ganancias; y si llevan cuenta de sus gastos

conocerán, como no lo lograrían de otro modo, el valor y el uso del dinero.

Es posible ayudar en forma imprudente a nuestros hijos. Los que trabajan para sostenerse en el colegio aprecian sus ventajas mejor que quienes las obtienen gracias al esfuerzo de otros, porque saben lo que cuestan. No debemos sostener a nuestros hijos hasta que lleguen a ser cargas incapacitadas.

Los padres se equivocan acerca de su deber si a un joven dotado de fuerza física le entregan, antes que haya tenido experiencia en el trabajo pesado útil, el dinero necesario para ingresar en un curso de estudios con el fin de llegar a ser un pastor o un médico.

Los hábitos de complacencia propia, o la falta de tacto y habilidad de parte de la esposa y madre, pueden ser una carga constante para la tesorería; y sin embargo, tal vez piense esta madre que está haciendo lo mejor que puede, porque nunca se le enseñó a restringir sus necesidades y las de sus

hijos, y nunca adquirió la habilidad y tacto en los asuntos de la familia. Por esto puede ser que una familia necesite para su sostén dos veces más que otra igualmente numerosa.

Agradó al Señor mostrarme los males que resultan de los hábitos de derroche, para que pueda amonestar a los padres a que enseñen estricta economía a sus hijos. Enséñenles que el dinero que gasten en lo que no necesitan ha recibido un uso pervertido en vez del correcto.

Consejos a esposos y esposas sobre asuntos de dinero

Todos deben aprender a llevar cuentas. Algunos descuidan este trabajo, como si no fuese esencial; pero esto es erróneo. Todos los gastos deben anotarse con exactitud.

Si usted hubiese economizado debidamente podría disponer hoy de un capital para los casos de emergencia y para ayudar a la causa de Dios. Cada semana debiera poner en reserva una porción de su

sueldo, y no tocarla a menos que fuera para hacer frente a una necesidad real o para devolverla al Dador en ofrenda a Dios.

Los recursos que ganó no se han gastado sabia y económicamente, de modo que quedara un sobrante para un caso de enfermedad y su familia se viese privada de los recursos que usted gana para sostenerla. Ella debiera tener algo con que contar si usted se viese en una situación difícil.

Ustedes deben ayudarse mutuamente. No considere como virtud el aferrarse al portamonedas y negarle dinero a su esposa.

Debe asignar a su esposa cierta cantidad semanal y dejarle hacer lo que quiera con ese dinero. Usted no le ha dado oportunidad de ejercer su tino o su gusto porque no comprende debidamente cuál es la posición que una esposa debe ocupar. La suya tiene una mentalidad excelente y bien equilibrada.

Dé a su esposa una parte del dinero que recibe.

Considérelo como perteneciente a ella y déjeselo usar como desee. Debiera haberle permitido gastar según su mejor criterio el dinero que ella misma ganaba. Si hubiese tenido cierta suma que gastar como propia, sin ser criticada, se le habría quitado una gran preocupación.

Capítulo 28

Actividades de la familia durante los días de fiesta y los aniversarios

Vi que no debemos festejar los días feriados como los festeja el mundo, y sin embargo no debemos pasarlos por alto, sin prestarles atención, porque esto dejaría descontentos a nuestros hijos. En estos tiempos, cuando hay peligro de que nuestros hijos estén expuestos a malas influencias y sean corrompidos por los placeres y la excitación del mundo, procuren los padres preparar algo que reemplace las diversiones más peligrosas. Haced comprender a vuestros hijos que pensáis en su bienestar y felicidad.

Por la observancia de los días de fiesta, tanto la gente del mundo como los miembros de las iglesias han llegado a creer que dichos días son esenciales para la salud y la felicidad; pero los resultados revelan que el mal abunda en ellos.

Nos hemos esforzado en serio por hacer que las fiestas fueran tan interesantes como se pudiera para los jóvenes y los niños mientras cambiábamos ese orden de cosas. Nuestro fin era mantenerlos alejados de las escenas de diversión entre incrédulos.

Una vez terminado un día en que se buscó placer, ¿dónde está la satisfacción de los buscadores? Como obreros cristianos, ¿a quiénes han ayudado a llevar una vida mejor, más elevada y más pura? ¿Qué verían si pudieran mirar lo anotado por el ángel en el registro? ¿Un día perdido? Para sus almas y para el servicio de Cristo, el día se perdió porque ningún bien se hizo durante sus horas. Podrán disponer de otros días, pero jamás tendrán aquel día pasado en la ociosidad y las charlas insensatas entre jóvenes varones y niñas.

Nunca volverán a presentarse aquellas mismas oportunidades. Habría sido mejor que en aquel día de fiesta se hubiesen dedicado al trabajo más

arduo. No dieron a su día de fiesta el empleo correcto, y pasó a la eternidad para que en el juicio los confronte como un día mal empleado.

Poniendo la causa de Dios en primer lugar

¿No sería bueno que nosotros dedicásemos a Dios fiestas durante las cuales podríamos hacer revivir en nuestra mente el recuerdo del trato que él nos ha dispensado? ¿No sería bueno considerar sus bendiciones pasadas, recordar las amonestaciones impresionantes que dirigió a nuestras almas para que no nos olvidásemos de él?

El mundo tiene muchas fiestas, y los hombres se han dejado enfrascar en deportes, carreras de caballos, juegos, hábitos de fumar y emborracharse.

¿No tendrá el pueblo de Dios con más frecuencia, santas convocaciones para dar gracias a Dios por sus ricas bendiciones?

Necesitamos en la iglesia hombres capaces de

desarrollarse en la tarea de organizar y dar trabajo práctico a jóvenes y señoritas para que alivien las necesidades de la humanidad y trabajen para salvar las almas de hombres, mujeres, jóvenes y niños. Será imposible que todos dediquen el total de su tiempo a esa obra, debido al trabajo que deben hacer para ganarse la vida. Sin embargo, disponen de las fiestas y otros momentos que pueden dedicar a la obra cristiana y así hacer bien, aun cuando sus recursos no les permitan dar mucho.

Cuando tenéis una fiesta, haced de ella un día agradable y feliz para vuestros hijos, y haced también que sea un día agradable para los pobres y afligidos. No dejéis transcurrir el día sin llevar a Jesús ofrendas de agradecimiento.

Cumpleaños: ocasiones para alabar a Dios

Bajo la economía judaica, Dios había ordenado que se le presentara una ofrenda en ocasión del nacimiento de los hijos. Ahora vemos a los padres procurar en forma especial ofrecer regalos a sus hijos en sus cumpleaños. Hacen de ellos una

ocasión para honrar al niño, como si se debiera honrar a un ser humano. En esto Satanás ha logrado lo que quería y ha distraído hacia los seres humanos la atención y los regalos, de manera que los pensamientos de los niños se dirigen a sí mismos, como si hubieran de ser objeto de favores especiales.

En ocasión de los cumpleaños se debe enseñar a los niños que tienen motivos para agradecer a Dios por su bondad que les conservó la vida otro año. Así se les puede dar lecciones preciosas. Estamos en deuda con el Dador de todas las mercedes tanto por la vida, la salud, el alimento y el vestido, como por la esperanza de vida eterna. Debemos, pues, reconocer sus dones y presentar nuestras ofrendas de gratitud a nuestro mayor benefactor. Estos regalos de cumpleaños son reconocidos por el Cielo.

Enseñadles a repasar el año de su vida que ha transcurrido, a considerar si les agradaría hallarse frente a lo anotado en los libros del cielo. Estimulad en ellos serias reflexiones acerca de si su

comportamiento, sus palabras y sus obras fueron de un carácter que agradó a Dios. ¿Hicieron que sus vidas fueran más semejantes a la de Cristo y hermosas a los ojos de Dios? Enseñadles el conocimiento del Señor, sus caminos y sus preceptos.

He dicho a mi familia y a mis amistades que mi deseo es que nadie me haga un regalo de cumpleaños o de Navidad, a menos que sea con el permiso de transferirlo a la tesorería del Señor, para ser asignado al establecimiento de las misiones.

Capítulo 29

Recreación

Los cristianos disponen de muchas fuentes de felicidad, y pueden decir con exactitud infalible qué placeres son lícitos y correctos. Pueden disfrutar de recreaciones que no disiparán el intelecto ni degradarán el alma. Tampoco desilusionarán ni dejarán una triste influencia ulterior que destruya el respeto propio o impida ser útil. Si pueden llevar a Jesús consigo y conservar un espíritu de oración, están perfectamente seguros.

No será peligrosa cualquier diversión a la cual podáis dedicaros y pedir con fe la bendición de Dios. Pero cualquier diversión que os descalifique para la oración secreta, para la devoción ante el altar de oración, o para tomar parte en la reunión de oración, no sólo no es segura, sino peligrosa.

Pertenecemos a la clase de los que creen que es su privilegio glorificar a Dios en la tierra cada día

de su vida. Creemos que no vivimos en este mundo tan sólo para divertirnos y agradarnos a nosotros mismos. Estamos aquí para beneficiar a la humanidad y a la sociedad; pero si permitimos que nuestra mente vaya por el cauce bajo que sigue la de muchos que buscan solamente la vanidad y la insensatez, ¿cómo podremos beneficiar a nuestra especie y a nuestra generación? ¿Cómo podemos ser una bendición para la sociedad que nos rodea? No podemos participar inocentemente en cualquier diversión que nos incapacitaría para el desempeño más fiel de nuestros deberes comunes.

Existen muchas cosas que son correctas en sí, pero que, pervertidas por Satanás, resultan en una trampa para los incautos.

Hay una gran necesidad de temperancia en las diversiones, como en cualquier otra actividad. Su carácter debe ser considerado cuidadosa y cabalmente. Todo joven debe preguntarse: ¿Qué influencia tendrán estas diversiones sobre mi salud física, mental y moral? ¿Quedará mi alma tan infatuada que me olvide de Dios? ¿Dejaré de tener

presente su gloria?

Es privilegio y deber de los cristianos procurar refrigerar su espíritu y vigorizar su cuerpo mediante recreaciones inocentes, con el propósito de utilizar sus facultades físicas y mentales para la gloria de Dios. Nuestras recreaciones no deben consistir en escenas de alegría sin sentido ni rebajarse a la insensatez. Podemos dirigirlas de tal manera que beneficien y eleven a aquellos con quienes nos asociamos, y nos dejen a ellos y a nosotros mismos mejor preparados para cumplir con éxito los deberes que nos incumben como cristianos.

El tiempo pasado en ejercicio físico no es perdido. Un ejercicio proporcionado de todos los órganos y facultades del cuerpo es esencial para el mejor trabajo de cada uno. Cuando el cerebro está constantemente recargado, en tanto que los demás órganos de la maquinaria viviente se hallan inactivos, hay una pérdida de fuerza física y mental. El sistema físico es despojado de su saludable tono, la mente pierde su frescura y vigor,

y una excitabilidad morbosa es la consecuencia.

Los que se dedican al estudio deben tener solaz. La mente no debe dedicarse constantemente a la reflexión detenida, porque se gastaría la delicada maquinaria mental. Tanto el cuerpo como la mente deben tener ejercicio.

Recreación en la que pueden participar por igual los ricos y los pobres

No se puede hacer que los jóvenes sean tan calmosos y graves como los ancianos, el hijo tan serio como el padre. Aunque se condenan las diversiones pecaminosas, como en verdad debe hacerse, que los padres, maestros y tutores de los jóvenes provean en su lugar placeres inocentes, que no mancillen ni corrompan la moral. No sujetéis a los jóvenes bajo reglas y restricciones rígidas, que los induzcan a sentirse oprimidos, y a precipitarse en sendas de locura y destrucción. Con mano firme, bondadosa y considerada, sujetad las riendas del gobierno, guiando y vigilando sus mentes y propósitos, aunque de manera tan suave, sabia y

amorosa, que ellos puedan darse cuenta de que tenéis presentes sus mejores intereses.

Existen modos de recreación que son muy benéficos para la mente y el cuerpo. Un intelecto ilustrado y discernidor hallará abundantes medios de entretenimiento y diversión en fuentes que no sólo sean inocentes, sino también instructivas. La recreación al aire libre, la contemplación de las obras de Dios en la naturaleza, serán del más alto beneficio.

Ninguna recreación que sea útil únicamente para ellos dará por resultado una bendición tan grande para los niños y jóvenes como la que los induzca a ser útiles a los demás.

Dios ofrece a cada uno un gozo del que el rico como el pobre pueden participar por igual: el deleite que se siente al cultivar la pureza de pensamiento y el desinterés en la acción; el placer que se experimenta al pronunciar palabras de simpatía y realizar acciones amables. La luz de Cristo, que emana de aquellos que se consagran a

un servicio tal, puede alegrar las vidas obscurecidas por muchos sufrimientos.

En nuestro mundo hay bastantes cosas necesarias y útiles que hacer para que el ejercicio hecho por placer y diversión resulte casi completamente innecesario. El cerebro, los huesos y los músculos adquirirán fuerza y solidez al usarlos con un propósito, al dedicarlos a la reflexión útil y concentrada y a idear planes que desarrollen las facultades del intelecto y la fuerza de los órganos físicos. Así se dará uso práctico a los talentos otorgados por Dios, con los cuales se le puede glorificar.

No condeno el ejercicio sencillo del juego de pelota; pero aun esto, con toda su sencillez, puede ser llevado a la exageración.

Siempre temo el casi seguro resultado que sigue a estas diversiones. Provoca un desembolso de recursos que debieran dedicarse a comunicar la luz de la verdad a almas que están pereciendo lejos de Cristo. Las diversiones y el despilfarro de

recursos para agradarse a sí mismo, que conducen paso a paso a la glorificación propia, y el adiestramiento en estos juegos por placer desarrollan una pasión por tales cosas, que no favorece el perfeccionamiento del carácter cristiano.

Asociación y hábitos correctos

Los jóvenes que se asocian con otros jóvenes pueden hacer que su asociación sea una bendición o una maldición. Pueden edificarse, bendecirse y fortalecerse mutuamente, mejorando en comportamiento, en disposición, y en conocimiento; o pueden llegar a ser descuidados y desleales, ejerciendo sólo una influencia desmoralizadora.

Jesús será el ayudador de todos los que depositan su confianza en él. Los que están conectados con Cristo tienen la felicidad a su disposición. Siguen en la senda donde los dirige el Salvador, crucificando por amor de Cristo el yo con sus inclinaciones y concupiscencias. Esas

personas han edificado su esperanza sobre Cristo, y las tormentas de la tierra son impotentes para barrerlos de su fundamento seguro.

Queda con vosotros, jóvenes y señoritas, el llegar a ser personas de confianza, de integridad y de real utilidad. Debéis estar dispuestos y resueltos a decidiros por lo correcto bajo cualquier circunstancia. No podemos llevar con nosotros al cielo nuestros malos hábitos, y a menos que los venzamos aquí, nos impedirán entrar en la morada de los justos. Cuando nos oponemos a los malos hábitos, ofrecerán la resistencia más vigorosa; pero si mantenemos la lucha con energía y perseverancia, pueden ser conquistados.

Para formar hábitos correctos, debemos buscar la compañía de las personas que poseen una sólida influencia moral y religiosa.

Si se pudiese persuadir a los jóvenes a asociarse con los puros, reflexivos y amables, el efecto sería muy saludable. Si eligen compañeros que temen al Señor, su influencia los conducirá a la

verdad, al deber y a la santidad. Una vida verdaderamente cristiana es un poder para el bien. Pero, por otro lado, los que se asocian con hombres y mujeres de moral dudosa, de costumbres y principios malos, no tardarán en andar en la misma senda. El impulso de las tendencias del corazón natural es hacia abajo. El que se asocia con los escépticos no tardará en llegar a ser escéptico; el que elija la compañía de los viles, llegará seguramente a ser vil. El andar en el consejo de los impíos es el primer paso en la senda que conduce al camino de los pecadores y a sentarse con los escarnecedores.

Aquellos que quieran adquirir un carácter íntegro deben elegir como asociados a quienes sean de inclinación seria, reflexiva y religiosa. Los que han contado el costo, y desean edificar para la eternidad, deben poner buen material en su edificación. Si aceptan maderas podridas, si se conforman con deficiencias de carácter, el edificio quedará condenado a la ruina. Presten todos atención a cómo edifican. La tempestad de la tentación lanzará sus embates contra el edificio, y a

menos que éste se halle firme y fielmente construído, no resistirá la prueba.

Un buen nombre es más precioso que el oro. Existe en los jóvenes la inclinación a asociarse con los que son de mentalidad y moral inferior. ¿Qué felicidad verdadera puede esperar una persona joven de una relación voluntaria con personas que tienen una norma baja de pensamientos, sentimientos y conducta? Hay personas de gustos envilecidos y costumbres depravadas, y todos los que elijan tales compañeros seguirán su ejemplo.

Tal vez no veáis peligro real en dar el primer paso hacia la frivolidad y la búsqueda de placeres, y penséis que cuando deseéis cambiar vuestra conducta podréis hacer el bien tan fácilmente como antes de entregaros a hacer el mal. Pero esto es un error. Por la elección de malos compañeros, muchos han sido desviados paso a paso de la senda de la virtud a profundidades de desobediencia y disipación a las cuales consideraban una vez que les era imposible descender.

No pensemos que Dios desea que renunciemos a cosa alguna que debamos conservar para ser felices aquí. Todo lo que él requiere que dejemos es aquello que al ser retenido no contribuirá a nuestro bien ni a nuestra felicidad.

Descanso completo y diversiones personales

Los jóvenes deben recordar que son responsables de todos los privilegios de que han disfrutado, del aprovechamiento de su tiempo y del debido uso de sus capacidades. Pueden preguntar: "¿No tendremos diversión o recreación?" "¿Trabajaremos y trabajaremos y trabajaremos, sin ninguna variación?"

Quizá convenga por un tiempo un cambio en la labor física que ha pesado severamente sobre sus fuerzas, a fin de que reanuden el trabajo haciendo esfuerzos que tengan más éxito. Pero es posible que no sea necesario un reposo absoluto, o que éste no vaya acompañado de los mejores resultados en lo que a su fuerza física concierne.

No necesitan desperdiciar sus preciosos momentos aun cuando estén cansados de una clase de trabajo. Pueden buscar entonces algo que no sea tan agotador, pero que sea una bendición para su madre y sus hermanas. Al aligerar los cuidados de ellas tomando a su cargo los trabajos más rudos, pueden hallar esa distracción que brota de los principios y que les producirá verdadera felicidad, y no pasarán el tiempo en bagatelas o en placeres egoístas.

Su tiempo puede ser empleado aún con provecho, y estarán reponiendo las fuerzas constantemente con la variación, y todavía estar redimiendo el tiempo de manera que puedan dar un buen informe de cada momento a alguna persona.

Muchos aseveran que para conservar la salud física es necesario entregarse a diversiones egoístas. Es verdad que los cambios son necesarios para el mejor desarrollo del cuerpo, porque la variación refrigera y vigoriza la mente y el cuerpo; pero ella no se obtiene participando en diversiones insensatas ni descuidando los deberes diarios cuyo

cumplimiento debe requerirse de los jóvenes.

Entre los más peligrosos lugares de placer se cuenta el teatro. En vez de ser una escuela de moralidad y virtud, como se pretende a menudo, es el semillero de la inmoralidad. Estas diversiones fortalecen y confirman los hábitos viciosos y las propensiones pecaminosas. Los cantos viles, los ademanes y las expresiones y actitudes lascivas depravan la imaginación y degradan la moral. Todo joven que asista habitualmente a estos espectáculos, se corromperá en sus principios. No hay en nuestra tierra influencia más poderosa para envenenar la imaginación, destruir las impresiones religiosas, y embotar el gusto por los placeres tranquilos y las sobrias realidades de la vida, que las diversiones teatrales. El amor por estas escenas aumenta con cada asistencia, como el deseo de bebidas embriagantes se fortalece con su consumo. La única conducta segura consiste en huir del teatro, del circo y de otros lugares dudosos de diversión.

El hecho de que, en su alegría reverente, David

bailó delante de Dios ha sido citado por los amantes de los placeres para justificar los bailes modernos; pero este argumento no tiene fundamento. En nuestros días, el baile va asociado con insensateces y festines de medianoche. La salud y la moral se sacrifican en aras del placer. Los que frecuentan los salones de baile no hacen de Dios el objeto de su contemplación y reverencia. La oración o los cantos de alabanza serían considerados intempestivos en esas asambleas y reuniones. Esta prueba debiera ser decisiva. Los cristianos verdaderos no han de procurar las diversiones que tienden a debilitar el amor a las cosas sagradas y a aminorar nuestro gozo en el servicio de Dios. La música y la danza de alegre alabanza a Dios mientras se transportaba el arca no se asemejaban en nada a la disipación de los bailes modernos. Las primeras tenían por objeto recordar a Dios y ensalzar su santo nombre. Los segundos son un medio que Satanás usa para hacer que los hombres se olviden de Dios y lo deshonren.

Los jóvenes se conducen generalmente como si las preciosas horas del tiempo de gracia, mientras

perdura aún la misericordia, fuesen una gran fiesta y como si ellos estuviesen en este mundo simplemente para divertirse y ser halagados con un ciclo continuo de excitaciones. Satanás ha estado haciendo esfuerzos especiales para inducirlos a encontrar felicidad en las diversiones mundanales y a justificarse mediante esfuerzos por demostrar que esas diversiones son inofensivas, inocentes, y hasta importantes para la salud.

Muchos están participando ávidamente en diversiones mundanales desmoralizadoras que la Palabra de Dios prohíbe. Cortan así su relación con Dios y se colocan en las filas de quienes aman los placeres del mundo. Los pecados que destruyeron a los antediluvianos y las ciudades de la llanura existen hoy, no sólo en tierras paganas ni únicamente entre los que profesan un cristianismo popular, sino también entre algunos de los que profesan esperar la venida del Hijo del hombre. Si Dios os presentase estos pecados como los ve, os llenaríais de vergüenza y terror.

El deseo de excitación y agradable

entretenimiento es una tentación y una trampa para el pueblo de Dios y especialmente para los jóvenes. Satanás está preparando constantemente seducciones que distraigan las mentes de la obra solemne de preparación para las escenas que están a punto de sobrevenir. Por medio de los agentes humanos, mantiene una excitación continua para inducir a los incautos a participar en los placeres mundanales. Hay espectáculos, conferencias y una variedad infinita de entretenimientos calculados para inducirlos a amar al mundo; y esta unión con el mundo debilita la fe.

Dios no reconoce como seguidor suyo al que busca el placer. Únicamente los abnegados, los que viven con sobriedad, humildad y santidad, son verdaderos seguidores de Jesús. Y los tales no pueden disfrutar de la conversación frívola y vacía del que ama al mundo.

Si usted pertenece realmente a Cristo, tendrá oportunidades de testificar por él. Será invitado a lugares de diversión, y tendrá ocasión de testificar por su Señor. Si es entonces fiel a Cristo, no tratará

de formular excusas por no asistir, sino que con sencillez y modestia declarará que es hijo de Dios y que sus principios no le permiten estar siquiera una vez en el lugar al cual no podría invitar la presencia de su Señor.

Un gran contraste se notará entre el trato social de los seguidores de Cristo en sus recreaciones cristianas y las reuniones de los mundanos para obtener placer y diversión. En vez de que se oigan oraciones y la mención de Cristo y de las cosas sagradas, se desprenden de los labios de los mundanos risas tontas y conversaciones triviales. Lo que procuran es una hilaridad ruidosa. Sus diversiones comienzan en la insensatez y acaban en la vanidad.

Capítulo 30

Las vías de acceso a la mente que deben custodiarse

Todos deben custodiar los sentidos, no sea que Satanás obtenga la victoria sobre ellos; porque son las vías de acceso al alma.

Tendrá que ser usted fiel centinela que vele sobre sus ojos, oídos y otros sentidos si quiere gobernar su mente y evitar que manchen su alma pensamientos vanos y corruptos. Sólo el poder de la gracia puede realizar esta obra tan deseable.

Satanás y sus ángeles están atareados creando una condición de parálisis de los sentidos, para que las recomendaciones, amonestaciones y reproches no sean oídos; y para que, si llegan a oírse, no produzcan efecto en el corazón ni reformen la vida.

Satanás no puede entrar en la mente sin nuestro consentimiento

Dios proveyó para que no seamos tentados más allá de lo que podamos soportar, y para toda tentación preparará una salida. Si vivimos totalmente para Dios, no permitiremos que nuestra mente se entregue a imaginaciones egoístas.

Si de alguna manera Satanás puede obtener acceso a la mente, sembrará su cizaña y la hará crecer al punto de producir una cosecha abundante. En ningún caso puede Satanás dominar los pensamientos, palabras y actos, a menos que voluntariamente le abramos la puerta y le invitemos a pasar. Entrará entonces y, arrebatando la buena semilla del corazón, anulará el efecto de la verdad.

Es peligroso detenerse para contemplar las ventajas de ceder a las sugestiones de Satanás. El pecado significa deshonra y ruina para toda alma que se entrega a él; pero es de naturaleza tal que ciega y engaña; y nos tentará con presentaciones

lisonjeras. Si nos aventuramos en el terreno de Satanás, no hay seguridad de que seremos protegidos contra su poder. En cuanto sea posible, debemos cerrar todas las puertas por las cuales el tentador podría llegar hasta nosotros.

Todo cristiano debe estar constantemente en guardia y velar sobre toda avenida del alma por la cual Satanás pudiera hallar acceso. Debe orar por el auxilio divino y al mismo tiempo resistir resueltamente toda inclinación a pecar. Con valor, fe y esfuerzo perseverante, puede vencer. Recuerde, sin embargo, que a fin de que obtenga la victoria Cristo debe morar en él y él en Cristo.

Debemos hacer todo lo que podamos para colocarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos donde no veremos la iniquidad que se práctica en el mundo. Debemos guardar cuidadosamente la visión de nuestros ojos y la percepción de nuestros oídos para que esas cosas espantosas no penetren en nuestra mente.

No procure saber cuán cerca del precipicio

puede andar sin caer en él. Evite la primera aproximación al peligro. No se puede jugar con los intereses del alma. Su capital es su carácter. Aprécielo como si fuera un áureo tesoro. La pureza moral, el respeto propio, un gran poder de resistencia, son cosas que deben retenerse firme y constantemente. No debe haber una sola desviación de la reserva, pues un solo acto de familiaridad, una sola indiscreción, puede exponer el alma a la perdición al abrir la puerta a la tentación y debilitar el poder de resistencia.

Capítulo 31

La elección del material de lectura

La educación no es sino una preparación de las facultades físicas, intelectuales y espirituales para la mejor ejecución de todos los deberes de la vida. El poder de resistencia, y la fuerza y actividad del cerebro disminuyen o aumentan por el empleo que se les da. La mente debiera disciplinarse de modo que se desarrollen simétricamente todas las facultades.

Muchos jóvenes están ansiosos de leer libros. Desean leer todo lo que llega a sus manos. Tengan cuidado tanto de lo que leen como de lo que oyen. Se me ha indicado que la lectura impropia los pone en peligro de ser corrompidos. Satanás tiene mil modos de perturbar la mente de los jóvenes. Ni por un momento pueden dejar de estar en guardia. Deben vigilar sus mentes para no ser seducidos por las tentaciones del enemigo.

Influencia de la lectura malsana

Satanás sabe que la mente es afectada en extenso grado por lo que la alimenta. Trata de inducir a los jóvenes y adultos a leer libros de cuentos, novelas y otras publicaciones. Los lectores de semejante literatura llegan a ser ineptos para cumplir los deberes que tienen delante. Viven una vida irreal y no tienen deseo de escudriñar las Escrituras, de alimentarse del maná celestial. La mente que necesita ser fortalecida, se debilita y pierde su poder para estudiar las grandes verdades referentes a la misión y obra de Cristo, verdades que fortalecen la mente, despiertan la imaginación y encienden un deseo fuerte, ferviente, de vencer como Cristo venció.

Si se pudiese destruir una buena parte de los libros publicados, se detendría una plaga que está haciendo una obra temible en la mente y el corazón. Las historias de amor, las novelas frívolas y excitantes, y hasta esa clase de libros llamados novelas religiosas, libros en los cuales el autor

añade una lección moral a la historia, son una maldición para los lectores. Los sentimientos religiosos pueden estar entretejidos a través de toda una novela, pero, en la mayoría de los casos, Satanás se halla vestido con ropas de ángel, para engañar y seducir con más éxito. Nadie está tan confirmado en los principios rectos y se halla tan seguro contra la tentación, que pueda leer estas historias sin correr peligro.

Los lectores de novelas fomentan un mal que destruye la espiritualidad y eclipsa la belleza de la página sagrada. La novela crea una excitación malsana, enardece la imaginación, incapacita la mente para ser útil, separa al alma de la oración y la descalifica para cualquier práctica espiritual.

Dios ha dotado a muchos de nuestros jóvenes de aptitudes superiores; pero con demasiada frecuencia ellos, por la imprudente elección de su lectura han enervado sus facultades y debilitado sus mentes de modo que durante años no han crecido en la gracia o en el conocimiento de las razones de nuestra fe. Los que esperan la pronta venida del

Señor, los que aguardan ese maravilloso cambio, cuando “esto corruptible” será “vestido de incorrupción”, deberían colocarse en un plano más elevado de acción en este tiempo de gracia.

Mis queridos jóvenes amigos, examinen su propia experiencia en lo que se refiere a la influencia de las historias excitantes. ¿Pueden, después de una lectura tal, abrir la Biblia y leer con interés las palabras de vida? ¿No encuentran falto de interés el Libro de Dios? El encanto de esa historia de amor envuelve la mente, destruyendo su tono sano e impidiéndoles fijar la atención en las verdades importantes, solemnes, que conciernen a su bienestar eterno.

Desechen resueltamente toda lectura despreciable. No fortalecerá su espiritualidad, sino antes introducirá en la mente sentimientos que pervertirán la imaginación, haciéndolos pensar menos en Jesús y espaciarse menos en sus preciosas lecciones. Mantengan la mente libre de todo lo que la haga ir en dirección errónea. No la abrumen de historias despreciables que no

imparten fuerza a las facultades mentales. Los pensamientos son del mismo carácter que el alimento dado a la mente.

Lectura que destruye el alma

Con la inmensa corriente de material impreso que sale constantemente de las prensas, tanto los adultos como los jóvenes adquieren el hábito de leer en forma apresurada y superficial, y la mente pierde la facultad de elaborar pensamientos vigorosos y coordinados. Además, gran parte de los periódicos y libros que, como las ranas de Egipto, se esparcen por toda la tierra, no son solamente vulgares, inútiles y debilitantes, intoxicando y arruinando la mente, sino que corrompen y destruyen el alma.

En la educación de niños y jóvenes, los cuentos de fantasía, los mitos y las novelas de ficción ocupan un lugar muy grande. Se hace uso en las escuelas de libros de semejante carácter, y se encuentran en muchos hogares. ¿Cómo pueden permitir los padres cristianos que sus hijos se

nutran de libros tan llenos de falsedades? Cuando los niños preguntan el significado de cuentos tan contrarios a la enseñanza de sus padres, se les contesta que dichos cuentos no son verdad; pero esta contestación no acaba como los malos resultados de tal lectura. Las ideas presentadas en estos libros extravían a los niños, les dan falsas ideas de la vida, y fomentan en ellos el deseo de lo que es vano e ilusorio.

Jamás deberían ponerse en las manos de los niños y jóvenes libros que perviertan la verdad. No hay que consentir en que nuestros hijos, en el curso de su educación, reciban ideas que resulten ser semilla de pecado.

Otra fuente de peligro contra la cual debemos precavernos constantemente es la lectura de autores incrédulos. Sus obras están inspiradas por el enemigo de la verdad y nadie puede leerlas sin poner en peligro su alma. Es verdad que algunos afectados por ellas pueden recobrarse finalmente; pero todos los que se someten a su mala influencia se colocan sobre el terreno de Satanás y él saca el

mejor partido de su ventaja. Al invitar ellos a sus tentaciones, no tienen sabiduría para discernirlas ni fuerza para resistirlas. Con poder fascinante y hechizador, la incredulidad y la infidelidad se aferran a la mente.

Peligro de leer relatos excitantes

¿Qué deben leer nuestros hijos? Esta es una pregunta seria, una pregunta que requiere una respuesta seria. Me acongoja el ver en las familias observadoras del sábado, periódicos y diarios que contienen folletines que no dejan buenas impresiones en las mentes de los niños y jóvenes. He observado a los que han desarrollado un gusto por los relatos ficticios. Tuvieron el privilegio de escuchar la verdad y familiarizarse con las razones de nuestra fe; pero han llegado a los años maduros privados de piedad verdadera y práctica.

Los lectores de cuentos frívolos y excitantes se incapacitan para los deberes de la vida práctica. Viven en un mundo irreal. He observado a niños a quienes se había permitido hacer una práctica de la

lectura de tales historias. En su casa o fuera de ella, estaban agitados, sumidos en ensueños y no eran capaces de conversar sino sobre los asuntos más comunes. Las conversaciones y el pensamiento religiosos eran completamente ajenos a su mente. Al cultivar el apetito por las historias sensacionales, se pervirtió el gusto mental, y la mente no queda satisfecha a menos que se la alimente con este alimento malsano. No puedo pensar en un nombre más adecuado para los que se dedican a tales lecturas que el de ebrios mentales. Los hábitos intemperantes en la lectura tienen sobre el cerebro el mismo efecto que los hábitos intemperantes en el comer y beber tienen sobre el cuerpo.

Antes de aceptar la verdad presente, algunos tenían la costumbre de leer novelas. Al relacionarse con la iglesia, hicieron un esfuerzo para vencer esta costumbre. Colocar delante de estos nuevos miembros de la iglesia lecturas parecidas a las que abandonaron es como ofrecer un vaso de alcohol a un esclavo de la bebida. Al ceder a las tentaciones que se les presentan constantemente, no tardan en

perder el gusto por las buenas lecturas; no tienen ya interés en el estudio de la Biblia; su fuerza moral se debilita; el pecado les parece cada vez menos repugnante. Manifiestan una incredulidad creciente y un desagrado siempre mayor por los deberes prácticos de la vida. A medida que la mente se pervierte, se vuelve más dispuesta a leer lo sentimental. Así queda abierta la puerta del alma para que Satanás entre y pueda dominarla por completo.

El libro de los libros

La naturaleza de la experiencia religiosa de una persona se revela por el carácter de los libros que escoge para leer en los momentos desocupados. Para tener un estado mental sano y principios religiosos firmes, los jóvenes deben vivir en comunión con Dios mediante su Palabra. Al señalar el camino de la salvación por medio de Cristo, la Biblia es nuestra guía hacia una vida más elevada y mejor. Contiene la historia y las biografías más interesantes e instructivas que se hayan escrito. Los que no han pervertido su

imaginación con la lectura de novelas, hallarán que la Biblia es el más interesante de los libros.

La Biblia es el Libro de los libros. Si aman la Palabra de Dios, escudriñándola cada vez que tienen oportunidad, para llegar a poseer sus ricos tesoros y estar enteramente instruidos para toda buena obra, pueden estar seguros de que Jesús los está atrayendo a sí mismo. Pero no basta leer las Escrituras de un modo casual, sin tratar de comprender la lección de Cristo para poder responder a sus requerimientos. Hay en la Palabra de Dios tesoros que sólo se pueden descubrir cavando muy hondo en la mina de la verdad.

La mente carnal rechaza la verdad; pero el alma convertida experimenta un cambio maravilloso. El libro que antes no atraía porque revelaba verdades que dan testimonio contra el pecador, llega a ser ahora el alimento del alma, el gozo y consuelo de la vida. El Sol de justicia ilumina las páginas sagradas y el Espíritu Santo habla al alma a través de ellas.

Vuelvan su atención a la segura palabra profética todos los que han cultivado la afición por la lectura frívola. Tomen sus Biblias y empiecen a estudiar con renovado interés las sagradas crónicas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cuanto más frecuente y diligentemente estudien la Biblia, más hermosa les parecerá y menos los deleitará la lectura frívola. Liguen el precioso volumen a su corazón. Será para ustedes un amigo y un guía.

Capítulo 32

La música

El arte de la melodía sagrada era diligentemente cultivado [en las escuelas de los profetas]. No se oía el frívolo vals ni la canción petulante que ensalzaba al hombre y apartaba la atención de Dios, sino sagrados y solemnes salmos de alabanza al Creador, que engrandecían su nombre y repetían sus obras maravillosas. De ese modo se hacía servir a la música para un propósito santo: dirigir los pensamientos hacia lo que era puro, noble y elevador y despertar en el alma devoción y gratitud hacia Dios.

La música forma parte del culto tributado a Dios en los atrios celestiales, y en nuestros cánticos de alabanza debiéramos procurar aproximarnos tanto como sea posible a la armonía de los coros celestiales. La educación apropiada de la voz es un rasgo importante en la preparación general, y no debe descuidarse. El canto, como parte del servicio religioso, es tanto un acto de culto como lo es la

oración. El corazón debe sentir el espíritu del canto para darle expresión correcta.

Se me ha mostrado el orden perfecto del cielo, y he quedado arrobada al escuchar la música perfecta que se oye allí. Después de salir de la visión, el canto terrenal me pareció muy áspero y discordante. He visto compañías de ángeles dispuestos en cuadros, cada uno con un arpa de oro. En el extremo del arpa había un instrumento para dar vuelta, acomodar el arpa, o cambiar la melodía. Sus dedos no recorrían descuidadamente las cuerdas, sino que tocaban distintas cuerdas para producir diferentes sonidos. Hay un ángel que siempre guía, que toca primero el arpa y da el tono; luego todos se unen para producir la rica y perfecta música del cielo. Es indescriptible esa melodía celestial y divina, que vibra mientras todo rostro refleja la imagen de Jesús, cuya gloria resplandece con brillo inefable.

Se me mostró que los jóvenes deben elevarse y hacer de la Palabra de Dios su consejera y guía. Les incumben responsabilidades solemnes que

ellos consideran livianamente. La introducción de la música en sus hogares, en vez de incitarlos a la santidad y la espiritualidad, ha contribuido a distraer de la verdad sus espíritus. Los cantos frívolos y la música popular parecen cuadrar con su gusto. Se ha dedicado a los instrumentos de música el tiempo que debiera haberse dedicado a la oración. Cuando no se abusa de la música, ésta es una gran bendición; pero mal empleada, es una terrible maldición. Excita, pero no comunica la fuerza y el valor que el cristiano puede hallar tan sólo ante el trono de la gracia cuando humildemente da a conocer sus necesidades, y con fuertes clamores y lágrimas ruega al Cielo que le fortalezca contra las poderosas tentaciones del maligno. Satanás está llevando a los jóvenes cautivos. ¡Oh! ¿qué puedo decir para inducirlos a quebrantar el poder de él para infatuarlos? Es un hábil encantador para seducirlos y llevarlos a la perdición.

Capítulo 33

La crítica y sus efectos

Los cristianos deben cuidar sus palabras— Nunca debieran comunicar a otros informes desagradables de uno de sus amigos, especialmente si saben que falta unión entre ellos. Es cruel hacer insinuaciones y sugestiones, como si uno supiera, acerca de ese amigo o conocido, muchos detalles que ignoran los demás. Estas insinuaciones van más lejos, y crean impresiones más desfavorables que el relato franco y sin exageración de los hechos. ¡Cuánto daño ha sufrido la iglesia de Cristo por estas cosas! La conducta inconsecuente y poco precavida de sus miembros la ha hecho tan débil como el agua. Los miembros de la misma iglesia han traicionado confidencias, y sin embargo los culpables no se proponían hacer mal alguno. Ha hecho mucho daño la falta de prudencia en la selección de los temas de conversación.

La conversación debe versar sobre las cosas espirituales y divinas; pero ha sucedido de otra

manera. Si el trato de los amigos cristianos se dedica principalmente al perfeccionamiento del espíritu y del corazón, no habrá nada que lamentar posteriormente, y se podrá recordar la entrevista con agradable satisfacción. Pero si se dedican las horas a la liviandad y las conversaciones vanas, y se emplea el tiempo en disecar la vida y el carácter de los demás, el trato entre amigos resultará una fuente de mal, y nuestra influencia tendrá sabor de muerte para muerte.

Pensad bien de todos los hombres

Cuando escuchamos un oprobio lanzado contra nuestro hermano, aceptamos este oprobio. A la pregunta: "¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?", el salmista respondió: "El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino". Salmos 15:1-3.

¡Qué mundo de chismes se evitaría si cada uno

recordase que los que le hablan de las faltas ajenas publicarán con la misma libertad sus faltas en una oportunidad favorable! Debemos esforzarnos por pensar bien de todos, especialmente de nuestros hermanos, a menos que estemos obligados a pensar de otra manera. No debemos dar apresurado crédito a los malos informes. Son con frecuencia el resultado de la envidia o de la incomprensión, o pueden proceder de la exageración o de la revelación parcial de los hechos. Los celos y las sospechas, una vez que se les ha dado cabida, se difunden como las semillas del cardo. Si un hermano se extravía, entonces es el momento de mostrar nuestro verdadero interés en él. Vayamos a él con bondad, oremos con él y por él, recordando el precio infinito que Cristo ha pagado por su redención. De esta manera podremos salvar un alma de la muerte, y ocultar una multitud de pecados.

Una mirada, una palabra, aun el tono de la voz, pueden estar henchidos de mentira, penetrar como una flecha en algún corazón, e infligir una herida incurable. Así puede echarse una duda, un oprobio,

sobre una persona por medio de la cual Dios quisiera realizar una buena obra, y su influencia se marchita y su utilidad se destruye. Entre algunas especies de animales, cuando algún miembro del rebaño es herido y cae, sus compañeros le asaltan y despedazan. El mismo espíritu cruel manifiestan ciertos hombres y mujeres que se llaman cristianos. Hacen gala de un celo farisaico para apedrear a otros menos culpables que ellos mismos. Hay quienes señalan las faltas y los fracasos ajenos para apartar de sus propias faltas y fracasos la atención, o para granjearse reputación de muy celosos para Dios y la iglesia.

El tiempo gastado en criticar las intenciones y las acciones de los siervos del Señor sería mejor empleado en la oración. Si los que buscan faltas en los demás conociesen la verdad referente a los mismos a quienes critican, a menudo tendrían otra opinión acerca de ellos. En vez de criticar y condenar a los otros, sería mejor que cada cual dijese: “Debo trabajar para mi propia salvación. Si coopero con Cristo, quien desea salvar mi alma, debo velar diligentemente sobre mí mismo; debo

arrancar de mi vida todo lo malo; debo ser una nueva criatura en Cristo; debo vencer todos mis defectos. Así que, en vez de debilitar a aquellos que luchan contra el mal, debo fortalecerlos con palabras de aliento".

El hombre envidioso no ve el bien en los demás

No debemos permitir que nuestras perplejidades y chascos carcoman nuestras almas y nos llenen de inquietud e impaciencia. No ofendamos a Dios permitiendo que haya contienda, malas sospechas, o maledicencia. Hermano mío, si usted abre su corazón a la influencia de la envidia y las malas sospechas, el Espíritu Santo no podrá morar con usted. Procure la plenitud que hay en Cristo. Trabaje de acuerdo con él. Permita que cada pensamiento, palabra y acción revele a Cristo. Usted necesita un bautismo diario del amor que en los días de los apóstoles hizo a todos unánimes. Este amor impartirá salud al cuerpo, al espíritu y al alma. Rodee su alma de una atmósfera que fortalezca la vida espiritual. Cultive la fe, la esperanza, el valor y el amor. Deje que reine en su

corazón la paz de Dios.

La envidia no es simplemente una perversión del carácter, sino un disturbio que trastorna todas las facultades. Empezó con Satanás. El deseaba ser el primero en el cielo, y, porque no podía tener todo el poder y la gloria que buscaba, se rebeló contra el gobierno de Dios. Envidió a nuestros primeros padres, y los indujo a pecar, y así los arruinó a ellos y a toda la familia humana.

El hombre envidioso cierra los ojos para no ver las buenas cualidades y nobles acciones de los demás. Está siempre listo para despreciar y representar falsamente lo excelente. Con frecuencia los hombres confiesan y abandonan otras faltas; pero poco puede esperarse del envidioso. Puesto que envidiar a una persona es admitir que ella es superior, el orgullo no permitirá ninguna concesión. Si se hace un esfuerzo para convencer de su pecado a la persona envidiosa, se exacerba aún más contra el objeto de su pasión y con demasiada frecuencia permanece incurable.

El envidioso difunde veneno dondequiera que vaya, enajenando amigos y levantando odio y rebelión contra Dios y los hombres. Trata de que se le considere el mejor y el mayor, no mediante esfuerzos heroicos y abnegados para alcanzar el blanco de la excelencia de sí mismo, sino permaneciendo donde está y disminuyendo el mérito de los esfuerzos ajenos.

El apóstol Santiago declara que la lengua que se deleita en el agravio, la lengua chismosa que dice: Cuente, que yo también le contaré, es inflamada del infierno. Esparce tizones por todos lados.

¿Qué le importa al sembrador de chismes si difama al inocente? No detendrá su mala obra, aunque destruya la esperanza y el valor en quienes ya se hunden bajo sus cargas. Sólo le interesa satisfacer su propensión a sembrar escándalos. Aun profesos cristianos cierran los ojos a todo lo que es puro, honrado, noble y amable, para atesorar cuanto es objetable y desagradable, y publicarlo al mundo.

Los celos y las críticas

Me duele decir que hay lenguas indisciplinadas entre los miembros de la iglesia. Hay lenguas falsas que se alimentan de maldad. Hay lenguas astutas y murmuradoras. Hay charla, impertinente entrometimiento, hábiles interrogaciones. Entre los amadores del chisme, algunos son impulsados por la curiosidad, otros por los celos, mu chos por el odio contra aquellos por cuyo medio Dios ha hablado para reprenderlos. Todos estos elementos discordantes trabajan. Algunos ocultan sus verdaderos sentimientos, mientras que otros están ávidos de publicar todo lo que saben, o aun sospechan, de malo contra otros.

Vi que hasta el espíritu de perjurio, capaz de trocar la verdad en mentira, lo bueno en malo, la inocencia en crimen, está ahora activo. Satanás se regocija por esta condición de los que profesan ser el pueblo de Dios. Mientras muchos están descuidando sus propias almas, buscan ávidamente una oportunidad de criticar y condenar a otros.

Todos tienen defectos de carácter, y no es difícil hallar algo que los celos puedan interpretar para su perjuicio. “Ahora—dicen estos que se han constituido en jueces—, tenemos los hechos. Vamos a basar en ellos una acusación de la cual no se podrán limpiar”. Esperan una oportunidad adecuada, y entonces presentan su fardo de chismes, y sacan sus calumnias.

En su esfuerzo por asentar un argumento, las personas que tienen por naturaleza una imaginación viva, están en peligro de engañarse a sí mismas y a otras. Recogen expresiones descuidadas de otra persona, sin considerar que a veces ciertas palabras pueden haberse dicho con premura y que, por lo tanto, no reflejan los verdaderos sentimientos del que habló. Pero estas observaciones que no fueron premeditadas, y que con frecuencia son tan triviales que no valen la pena de tenerse en cuenta, son miradas a través del vidrio de aumento de Satanás, exageradas y repetidas, hasta que un terrón se transforma en una montaña.

¿Es acaso caridad cristiana recoger todo informe que flota, desenterrar todo lo que arrojaría sospecha sobre el carácter de otro, y luego deleitarse en emplearlo para perjudicarle? Satanás se regocija cuando puede difamar o herir a quien sigue a Cristo. El es “el acusador de nuestros hermanos”. Apocalipsis 12:10. ¿Le ayudarán en su obra los cristianos?

Los ojos de Dios que todo lo ven, notan los defectos de todos, y la pasión dominante de cada uno. Sin embargo, nos soporta a pesar de nuestras faltas, y se compadece de nuestra debilidad. Ordena a sus hijos que tengan el mismo espíritu de ternura y tolerancia. Los verdaderos cristianos no se regocijarán en la exposición de las faltas y deficiencias ajenas. Se apartarán de lo vil y lo deforme, para fijar su atención en lo atrayente y hermoso. Para el cristiano, todo acto de censura, toda palabra de crítica o condenación, son dolorosos.

Los efectos de la crítica de la iglesia y de los dirigentes de las instituciones

El espíritu de la chismografía es uno de los agentes esenciales que tiene Satanás para sembrar discordia y disensión, para separar amigos, y minar la fe de muchos en la veracidad de nuestra posición. Hay hermanos y hermanas que propenden demasiado a hablar de las faltas y de los errores que creen ver en los demás, y especialmente en aquellos que han dado sin vacilar los mensajes de reprensión y amonestación que Dios les confiara.

Los hijos de estos quejosos escuchan con oídos abiertos y reciben el veneno del desafecto. Los padres están así cerrando ciegamente las avenidas por medio de las cuales se podrían alcanzar los corazones de los hijos. Esto deshonra a Dios. Jesús dijo: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. Mateo 25:40. Por lo tanto, desprecian y ultrajan a Cristo los que calumnian a sus siervos.

Los nombres de los siervos escogidos de Dios

han sido tratados con falta de respeto y en algunos casos con absoluto desprecio por ciertas personas que debieran haberlos mantenido en alto. Los niños han oído las observaciones irrespetuosas de sus padres con referencia a las solemnes reprensiones y amonestaciones dadas por los siervos de Dios. Han comprendido las burlas escarnecedoras y expresiones despectivas que de vez en cuando cayeron en sus oídos, y la tendencia ha sido poner en su mente los intereses eternos y sagrados al mismo nivel que los asuntos comunes del mundo. ¡Qué obra están haciendo estos padres al transformar a sus hijos en incrédulos desde su infancia! Así es como se enseña a los niños a ser irreverentes y a rebelarse contra las reprensiones que el cielo envía contra el pecado.

Es inevitable que prevalezca la decadencia espiritual donde existen tales males. Estos mismos padres y madres cegados por el enemigo, se preguntan por qué sus hijos se inclinan tanto a la incredulidad y a dudar de la verdad de la Biblia. Se preguntan por qué es tan difícil que los alcancen las influencias morales y religiosas. Si tuviesen

percepción espiritual, descubrirían en seguida que este deplorable estado de cosas es resultado de la influencia que ellos ejercen en su hogar, de sus celos y desconfianza. Así se educan muchos incrédulos en los círculos familiares de los que profesan ser cristianos.

Muchos son los que hallan placer especial en discurrir y espaciarse en los defectos, reales o imaginarios, de aquellos que llevan pesadas responsabilidades en relación con las instituciones de la causa de Dios. Pasan por alto el bien que han realizado, los beneficios que han producido su ardua labor, y su devoción incansable a la causa, y fijan su atención en alguna equivocación aparente, en algún asunto que, una vez consumado, y cosechadas las consecuencias, ellos imaginan que se podría haber hecho de una manera mejor con resultados más halagüeños, cuando la verdad es que, si ellos hubiesen tenido que hacer la obra, o se habrían negado a dar un paso en las circunstancias desalentadoras del caso, o habrían actuado con más indiscreción que quienes la hicieron siguiendo las indicaciones de la providencia de Dios.

Pero estos habladores indisciplinados se aferran a los detalles más desagradables del trabajo, como el liquen a las asperezas de la roca. Estas personas se atrofian espiritualmente al espaciarse de continuo en las faltas y los defectos de los demás. Son moralmente incapaces de discernir las acciones buenas y nobles, los esfuerzos abnegados, el verdadero heroísmo y el sacrificio propio. No se están volviendo más nobles ni más elevados en su vida y esperanza, ni más generosos y amplios en sus ideas y planes. No cultivan la caridad que debe caracterizar la vida del cristiano. Están degenerando cada día, y sus prejuicios y opiniones se estrechan cada vez más. La mezquindad es su elemento, y la atmósfera que los rodea es venenosa para la paz y la felicidad.

Cada institución tendrá que luchar con dificultades. Estas son permitidas para que sea probado el corazón de los hijos de Dios. Al alcanzar la adversidad a una de las instituciones del Señor es cuando se manifiesta la fe verdadera que tenemos en Dios y en su obra. En un tiempo como

ése, no considere nadie las cosas bajo su luz más desfavorable; ni exprese nadie pensamientos de duda o incredulidad. No critiquéis a aquellos que llevan la carga de la responsabilidad. No permitáis que vuestras conversaciones en la familia sean envenenadas por la crítica de los obreros del Señor. Los padres que se permiten este espíritu de crítica, no ponen delante de sus hijos lo que los pueda hacer sabios para salud. Sus palabras tienden a perturbar la fe y la confianza, no sólo de los hijos, sino también de las personas de mayor edad.

Los directores de nuestras instituciones tienen una tarea muy difícil: la de mantener el orden y una sabia disciplina entre la juventud confiada a su cuidado. Los miembros de la iglesia pueden hacer mucho para animarlos. Cuando los jóvenes no están dispuestos a someterse a la disciplina de la institución; cuando están más decididos a seguir sus propios impulsos cada vez que no son del mismo parecer que sus superiores, no los sostengan ciegamente sus padres ni simpaticen con ellos.

Más valdría, sí, mucho más, que vuestros hijos

sufriesen y hasta que bajasen a la tumba, antes que aprender a tratar ligeramente los principios que forman el cimiento de la lealtad hacia la verdad, hacia el prójimo y hacia Dios.

La autocrítica es de valor práctico

Si todos los que profesan ser cristianos empleasen sus facultades de investigación para ver qué males necesitan corregir en sí mismos, en vez de hablar de las faltas ajenas, habría una condición más sana en la iglesia hoy. Cuando el Señor recoja sus joyas, los veraces, santos y honrados serán mirados con placer. Los ángeles se ocupan en confeccionar coronas para los tales, y sobre esas coronas adornadas de estrellas, se reflejará con esplendor la luz que irradia del trono de Dios.

El Señor está probando a su pueblo. Podéis ser tan severos y críticos con vuestro propio carácter deficiente como queráis, pero sed bondadosos, compasivos y corteses hacia los demás. Averiguad cada día: ¿Estoy yo sano en mi corazón, o es éste falso? Rogad a Dios que os salve de todo engaño al

respecto. Esto entraña intereses eternos. Mientras que tantos anhelan honores, y codician ganancias, buscad, amados hermanos míos, la seguridad del amor de Dios y clamad: ¿Quién me mostrará cómo asegurar mi vocación y elección?

Satanás estudia cuidadosamente los pecados constitucionales de los hombres y luego inicia su obra de seducirlos y entramparlos. Estamos en lo más recio de las tentaciones, pero podemos vencer si peleamos virilmente las batallas del Señor. Todos están en peligro. Pero si andamos humildemente y con oración, saldremos del proceso de las pruebas más preciosos que el oro fino, y que el oro de Ofir. Si somos descuidados y no oramos seremos como bronce que resuena y címbalo que retiñe.

Capítulo 34

Consejos con respecto a la vestimenta

En el vestido, lo mismo que en todas las demás cosas, tenemos el privilegio de honrar a nuestro Creador. El no sólo desea que nuestro vestido sea limpio y saludable, sino apropiado y decoroso.

Debemos tratar de sacar el mejor partido de nuestra apariencia. En el servicio del tabernáculo, Dios explicó todo detalle concerniente a las vestiduras de los que ministraban delante de él. Esto nos enseña que él tiene una preferencia con respecto a la indumentaria de los que le sirven. Fueron muy específicas las instrucciones dadas acerca de las vestiduras de Aarón, porque eran simbólicas. Así la indumentaria de los que siguen a Cristo, debe ser simbólica. En todas las cosas hemos de ser representantes de él. Nuestra apariencia en todo respecto debe caracterizarse por el aseo, la modestia y la pureza.

Por medio de las cosas de la naturaleza [las flores, los lirios] Cristo nos enseña cuál es la belleza que el cielo aprecia, la gracia modesta, la sencillez, la pureza, la corrección que harán nuestro atavío agradable a Dios.

Principios guiadores en el vestir

El vestido y su arreglo en la persona son generalmente un índice de lo que es el hombre o la mujer.

Juzgamos el carácter de una persona por el estilo del vestido que lleva. Una mujer modesta y piadosa se vestirá con modestia. El gusto refinado, la mente cultivada, se revelarán en la elección de un atavío sencillo y apropiado. La que es sencilla y modesta en su vestido y en sus maneras, muestra que comprende que una verdadera mujer se caracteriza por el valor moral. Cuán encantadora, cuán interesante es la sencillez en el vestido, que en su gracia puede compararse con las flores del campo.

Ruego a nuestros hermanos que se conduzcan cuidadosa y circunspectamente delante de Dios. Sigan las costumbres en el vestido mientras estén de acuerdo con los principios de salud. Vístanse nuestras hermanas sencillamente, como muchas lo hacen, que el vestido sea de material bueno y durable, apropiado para esta edad y que la cuestión del vestido no llene la mente. Nuestras hermanas debieran vestirse con sencillez. Debieran vestirse con una ropa modesta, con pudor y sobriedad. Dad al mundo una ilustración viviente del adorno interno de la gracia de Dios.

Si el mundo introduce una moda recatada, conveniente y saludable, que esté de acuerdo con la Biblia, no cambiará nuestra relación con Dios o con el mundo el adoptar tal estilo de vestido. Los cristianos debieran seguir a Cristo y hacer sus vestidos conforme a la Palabra de Dios. Debieran evitar los extremos. Humildemente debieran seguir un sendero recto, sin tomar en cuenta el aplauso o la censura y debieran aferrarse a lo correcto por ser correcto.

No ocupéis vuestro tiempo esforzándoos por seguir todas las necias modas del vestido. Vestíos pulcra y atractivamente, pero no os convirtáis en el objeto de observaciones ya sea por estar demasiado ataviados o por vestiros de una forma descuidada y desaseada. Proceded como si supierais que el ojo del cielo está sobre vosotros y que vivís bajo la aprobación o desaprobación de Dios.

Instrucciones bíblicas

Cristo hizo resaltar la devoción al vestido y previno, sí, ordenó a sus seguidores que no se preocuparan demasiado por él. “Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, como crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos”. El orgullo y la extravagancia en el vestido son pecados a los cuales están propensas especialmente las mujeres. De ahí que estas advertencias se refieran directamente a ellas. ¡De cuán poco valor son el oro, las perlas, o el atavío costoso cuando se

comparan con la humildad y el encanto de Cristo!

Se me indicaron los siguientes pasajes. Dijo el ángel: “Han de instruir al pueblo de Dios” (1 Timoteo 2:9, 10): “Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Pedro 3:3-5): “Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro, o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres”.

Muchas consideran que esas órdenes son demasiado anticuadas para que se les preste atención, pero el que las dio a sus discípulos comprendía los peligros que entrañaría en nuestro tiempo el amor al vestido, y nos envió la consiguiente amonestación. ¿Le prestaremos atención y seremos sabios?

Los que realmente tratan de seguir a Cristo tendrán concienzudos escrúpulos en cuanto a la ropa que usan; se esforzarán por satisfacer los requisitos de esa orden tan claramente dada por el Señor. 1 Pedro 3:3-5.

La abnegación en el vestir es parte de nuestro deber cristiano. El vestir sencillamente y abstenerse de ostentar joyas y adornos de toda clase está de acuerdo con nuestra fe.

Muchos necesitan instrucción en cuanto a cómo deben presentarse en la asamblea para adorar en sábado. No han de entrar en la presencia de Dios con las ropas que llevan comúnmente durante la semana. Todos deben tener un traje especial para el sábado, para llevarlo cuando asisten al culto en la casa de Dios. Aunque no debemos conformarnos a las modas mundanales, no debemos ser indiferentes acerca de nuestra apariencia exterior. Debemos ser aseados y estar bien arreglados, aunque sin adornos. Los hijos de Dios deben ser limpios en su interior y exterior.

Especialmente las esposas de nuestros ministros deben tener cuidado de no apartarse de las claras enseñanzas de la Biblia con respecto al vestir. Muchas consideran que esas órdenes son demasiado anticuadas para que se les preste atención, pero el que las dio a sus discípulos comprendía los peligros que entrañaría en nuestro tiempo el amor al vestido, y nos envió la consiguiente amonestación. ¿Le prestaremos atención y seremos sabios? La extravagancia en el vestir aumenta constantemente. Y no se ha llegado aún al fin. La moda cambia a cada momento y nuestras hermanas la siguen, sin reparar en el gasto de tiempo y dinero. Se gastan en vestidos muchos recursos que debieran ser devueltos a Dios, el Dador de ellos.

La influencia de la moda del vestido

El amor al vestido hace peligrar la moralidad, y hace de la mujer lo contrario de una dama cristiana, caracterizada por la modestia y la sobriedad. Los vestidos llamativos y extravagantes con frecuencia

estimulan la concupiscencia en el corazón de quienes los usan y despiertan pasiones bajas en las mentes de quienes los contemplan. Dios ve que la ruina del carácter con frecuencia está precedida por la complacencia del egoísmo y la vanidad en el vestir. Ve que la ropa costosa ahoga el deseo de hacer el bien.

El vestido simple, sencillo y sin ostentación será una recomendación para mis hermanas jóvenes. De ninguna forma mejor podéis hacer brillar vuestra luz a otros que mediante vuestra sencillez en el vestido y vuestro comportamiento. Podéis mostrar a todos que, en comparación con las cosas eternas, colocáis una estimación adecua da en las cosas de esta vida.

Muchos se visten como el mundo a fin de ejercer una influencia sobre los incrédulos, pero en esto cometen un triste error. Si quieren ejercer una influencia verdadera y salvadora, vivan de acuerdo con su profesión de fe, manifiéstenla por sus obras justas, y hagan clara la distinción que hay entre el cristiano y el mundo. Sus palabras, su indumentaria

y sus acciones deben hablar en favor de Dios. Entonces ejercerán una influencia santa sobre todos los que los rodeen, y aun los incrédulos conocerán que han estado con Jesús. Si alguno quiere que su influencia se ejerza en favor de la verdad, viva de acuerdo con lo que profesa e imite así al humilde Modelo.

Mis hermanas, evitad aun la apariencia de mal. En esta era disoluta, saturada de corrupción, no estáis seguras a menos que estéis protegidas. La virtud y el recato son raros. Os exhorto, como seguidoras de Cristo que hacéis una elevada profesión, que acariciéis la preciosa y sin par gema del recato. Ella preservará la virtud.

La casta sencillez en el vestir, unida a la modestia de conducta será de mucho mayor influencia para rodear a una joven de una atmósfera de reserva sagrada que será para ella un escudo contra miles de peligros.

La sencillez del vestido favorecerá grandemente a una mujer sensata.

Muchos, a fin de mantenerse al día con modas absurdas, pierden su gusto por la sencillez natural y se encantan con lo artificial. Sacrifican tiempo y dinero, el vigor del intelecto y la verdadera elevación del alma y dedican todo su ser a las demandas de la vida elegante.

Queridos jóvenes, la inclinación a vestiros de acuerdo con la moda y a usar encajes y oro y postizos para la ostentación, no recomendará a otros vuestra religión o la verdad que profesáis. La gente de buen criterio considerará vuestras tentativas de embellecer lo externo como una prueba de una mente débil y un corazón orgulloso.

Hay un vestido que cada niño y cada joven puede buscar inocentemente. Es la justicia de los santos. Si tan sólo fueran tan dispuestos y perseverantes en obtener esto, como son en arreglar sus vestidos de acuerdo con las modas de la sociedad mundana, pronto estarían revestidos con la justicia de Cristo y sus nombres no serían borrados del libro de la vida. Las madres, tanto

como las jóvenes y niñas, necesitan orar: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”. Salmos 51:10. Esta pureza de corazón y gracia del espíritu son más preciosas que el oro, tanto para este tiempo como para la eternidad. Sólo los puros de corazón verán a Dios.

Capítulo 35

Un llamado a la juventud

Amados jóvenes amigos, lo que sembráis, cegaréis. Ahora es el tiempo de la siembra para vosotros. ¿Cuál será la mies? ¿Qué estáis sembrando? Cada palabra que pronunciáis, cada acto que ejecutáis es una semilla que dará fruto, bueno o malo, y resultará en gozo o pesar para el que la siembre. Según la semilla que se siembre, será la cosecha. Dios os ha dado gran luz y muchos privilegios. Después que ha sido dada esta luz, después que vuestros peligros os han sido presentados claramente, la responsabilidad recae sobre vosotros. La manera en que empleéis la luz que Dios os da, hará inclinar la balanza para vuestra felicidad o desgracia. Vosotros mismos estáis moldeando vuestros destinos.

Todos ejercéis influencia para bien o para mal sobre la mente y el carácter de los demás. Y en los registros del cielo queda escrito exactamente qué clase de influencia ejercéis. Un ángel os acompaña

y toma nota de vuestras palabras y acciones. Cuando os levantáis por la mañana, ¿sentís vuestra impotencia y vuestra necesidad de fuerza divina? ¿Y dais a conocer humildemente, de todo corazón, vuestras necesidades a vuestro Padre celestial? En tal caso, los ángeles notan vuestras oraciones y si éstas no han salido de labios fingidores, cuando estéis en peligro de pecar inconscientemente y de ejercer una influencia que induciría a otros a hacer el mal, vuestro ángel custodio estará a vuestro lado, para induciros a seguir una conducta mejor, escoger las palabras que habréis de pronunciar, y para influir en vuestras acciones.

Si no os consideráis en peligro y si no oráis por ayuda y fortaleza para resistir las tentaciones, os extraviaréis seguramente; vuestro descuido del deber quedará anotado en el libro de Dios en el cielo, y seréis hallados faltos en el día de prueba.

Hay en derredor de vosotros algunas personas que han recibido instrucción religiosa, y otros que han sido complacidos, mimados, adulados y alabados, hasta el punto de haber quedado

literalmente echados a perder para la vida práctica. Hablo de personas a quienes conozco. Su carácter se ha torcido tanto por la indulgencia, la adulación y la indolencia que son inútiles para esta vida. Siendo así, ¿qué se puede esperar de ellos para aquella vida donde todo es pureza y santidad, y donde todos tendrán un carácter armonioso? He orado por estas personas, les he hablado personalmente. Pude ver la influencia que ejercerían sobre otras mentes, al inducirlas a ser vanidosas, a desvivirse por la indumentaria y a descuidar sus intereses eternos. La única esperanza que hay para esta clase de personas consiste en que presten atención a sus caminos, humillen su corazón vano y orgulloso delante de Dios, confiesen sus pecados y se conviertan.

Desarrollad el gusto por las cosas espirituales

La única seguridad de los jóvenes estriba en velar y orar humildemente, sin cesar. No deben hacerse la ilusión de que pueden ser cristianos sin esto. Satanás oculta sus tentaciones y designios bajo un manto de luz, como cuando se acercó a

Cristo en el desierto. Se presentó entonces como uno de los ángeles celestiales. El adversario de nuestras almas se acercará como huésped celestial, y el apóstol recomienda como nuestra única seguridad la sobriedad y la vigilancia. Los jóvenes que se entregan a la negligencia y la liviandad y que descuidan los deberes cristianos, caen continuamente bajo las tentaciones del enemigo, en vez de vencer como Cristo venció.

Muchos profesan estar del lado del Señor, sin estarlo; el peso de todas sus acciones está en favor de Satanás. ¿Por qué medios determinaremos en qué lado estamos? ¿Quién posee el corazón? ¿Con quién están nuestros pensamientos? ¿Acerca de quién conversamos con deleite? ¿A quién dedicamos nuestros más cálidos afectos y nuestras mejores energías? Si estamos del lado del Señor, nuestros pensamientos están con él, y nuestras reflexiones más dulces se refieren a él. No trabamos amistad con el mundo; hemos consagrado a Dios todo lo que tenemos y somos. Anhelamos llevar su imagen, respirar su espíritu, hacer su voluntad y agradarle en todo.

La verdadera educación es el poder de usar nuestras facultades de manera que produzcan resultados benéficos. ¿Por qué ocupa la religión tan poco de nuestra atención mientras que el mundo obtiene la fuerza del cerebro, de los huesos y de los músculos? Es porque toda la fuerza de nuestro ser se dedica a ello. Nos hemos preparado para dedicarnos con fervor y poder a los negocios mundanales hasta el punto de que ahora es fácil para la mente inclinarse en este sentido. Esta es la única razón que nos explica por qué los creyentes encuentran tan difícil la vida religiosa y tan fácil la vida mundanal. Las facultades han sido educadas para ejercer su fuerza en esa dirección. En la vida religiosa se han aceptado las verdades de la Palabra de Dios, pero no se las ha ilustrado en forma práctica en la vida.

El cultivo de los pensamientos religiosos y sentimientos de devoción no es hecho parte de la educación. Debieran influir en el ser entero y regirlo completamente. El hábito de hacer lo recto es lo que se necesita. Se obra intermitentemente

bajo influencias favorables, pero el pensar natural y fácilmente en las cosas divinas no es el principio que rige la mente.

La mente debe ser educada y disciplinada para amar la pureza. El amor por las cosas espirituales debe ser alentado. Sí, debe ser estimulado, si se quiere crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Desear lo bueno y la verdadera santidad es correcto en sí, pero si te detienes allí, de nada te servirá. Los buenos propósitos son loables, pero no tendrán valor a menos que se lleven resueltamente a cabo. Muchos se perderán aunque esperaron y desearon ser cristianos, pero no hicieron esfuerzos fervientes; por lo tanto, serán pesados en la balanza y hallados faltos. La voluntad debe ejercerse en la debida dirección diciendo: Quiero ser un cristiano consagrado. Quiero conocer la longitud, la anchura, la altura y la profundidad del amor perfecto. Escucha las palabras de Jesús: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. Mateo 5:6. Cristo ha hecho amplia provisión para satisfacer el alma que tiene hambre y sed de justicia.

Alcancen los logros espirituales más elevados

El elemento puro del amor dilatará el alma, a fin de que alcance lo superior, en busca del conocimiento más amplio de las cosas divinas, de tal manera que no quede satisfecha a menos que obtenga la plenitud. La mayoría de los que profesan ser cristianos no tienen idea de la fuerza espiritual que podrían tener si fuesen tan ambiciosos, celosos y perseverantes para alcanzar el conocimiento de las cosas divinas como lo son para obtener las miserables y perecederas cosas de esta vida. Las masas que profesan ser cristianas se satisfacen con su condición de enanos espirituales. No están dispuestas a buscar primeramente el reino de Dios y su justicia; de ahí que la piedad sea para ellas un misterio oculto e incomprensible. No conocen a Cristo por experiencia.

Transpórtese repentinamente al cielo a esos hombres y mujeres que están satisfechos con su condición de enanos e inválidos en las cosas divinas, y hágaseles considerar por un instante el

alto y santo estado de perfección que reina siempre allí, donde toda alma rebosa de amor, donde todo rostro resplandece de gozo, donde se elevan melodiosos acentos de música arrobadora en honor de Dios y del Cordero y los incesantes raudales de luz fluyen sobre los santos desde el rostro de Aquel que se sienta sobre el trono y del Cordero; y hágaseles comprender que hay un gozo superior aún que experimentar; porque cuanto más reciben del gozo de Dios tanto mayor es la capacidad de los justos para disfrutar la dicha eterna; de modo que continúen recibiendo nuevas y mayores provisiones de las incesantes fuentes de gloria y felicidad inefable; ¿podrían dichas personas, me pregunto, alternar con la muchedumbre celestial, participar en sus cantos y soportar la pura, excelsa y arrobadora gloria que emana de Dios y del Cordero? ¡Oh no! Su tiempo de prueba se alargó durante años para que pudiesen aprender el lenguaje del cielo, para que pudiesen llegar a ser "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". 2 Pedro 1:4. Pero tenían que dedicar las facultades de su mente y las

energías de su ser a un negocio egoísta. No podían dedicarse a servir a Dios sin reserva. Las empresas mundanales debían ocupar el primer lugar y recibir lo mejor de sus facultades; un pensamiento pasajero fue todo lo que dedicaron a Dios. ¿Serán los tales transformados después que se haya pronunciado la decisión final: “El que es santo, santifíquese todavía, y el que es inmundo, sea inmundo todavía?”. Apocalipsis 22:11. Ese tiempo se está acercando.

Los que han educado su mente en el deleite de los ejercicios espirituales, son los que pueden ser trasladados sin que los abrume la pureza y la gloria trascendental del cielo. Puedes tener un vasto conocimiento de las artes, puedes estar familiarizado con las ciencias, puedes sobresalir en música y caligrafía, pueden agradar tus modales a los que te tratan, pero ¿qué tienen que ver estas cosas con una preparación para el cielo? ¿Te preparan para subsistir delante del tribunal de Dios?

Esta tierra es el lugar donde debemos adquirir el carácter celestial

No te engañes. Dios no puede ser burlado. Nada que no sea la santidad te preparará para el cielo. Es la piedad sincera y experimental lo único que puede darte un carácter puro y elevado, y habilitarte para entrar en la presencia de Dios, quien mora en luz inaccesible. Esta tierra es el único lugar donde debemos adquirir el carácter celestial. Por lo tanto, comienza en seguida. Y no te lisonjees de que llegará el tiempo cuando podrás con más facilidad que ahora hacer un esfuerzo ferviente. Cada día te distancia más de Dios. Prepárate para la eternidad con un celo que no has manifestado todavía. Educa la mente para amar la Biblia, amar la reunión de oración, amar la hora de meditación, y sobre todo, la hora en la cual el alma comulga con Dios. Adquiere la mentalidad del cielo si quieres unirte con el coro celestial en las mansiones divinas.

Asegura el amor de Dios mientras puedes

Mis pensamientos se remontan al fiel Abrahán, quien, en obediencia a la orden divina que le fuera dada en visión nocturna en Beerseba, prosigue su viaje junto con Isaac. Ve delante de sí la montaña que Dios le ha prometido señalar como lugar donde debe ofrecer su sacrificio. Isaac queda atado por las manos temblorosas y amantes de su padre compasivo, porque Dios lo ha dicho. El hijo se somete al sacrificio, porque cree en la integridad de su padre. Pero, cuando está listo, cuando la fe del padre y la sumisión del hijo han sido plenamente probadas, el ángel de Dios detiene la mano alzada de Abrahán que está por matar a su hijo, y le dice que basta. “Conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”. Génesis 22:12.

Este acto de fe de Abrahán ha sido registrado para nuestro beneficio. Nos enseña la gran lección de confiar en los requerimientos de Dios, por severos y crueles que parezcan; y enseña a los hijos a someterse enteramente a sus padres y a Dios. Por la obediencia de Abrahán se nos enseña que nada

es demasiado precioso para darlo a Dios.

Dios entregó a su Hijo a una vida de humillación, pobreza, trabajo, odio, y a la muerte agonizante de la crucifixión. Pero no había ningún ángel que comunicase el gozoso mensaje: “Basta; no necesitas morir, mi muy amado Hijo”. Legiones de ángeles aguardaban tristemente, esperando que, como en el caso de Isaac, Dios impidiera en el último momento su muerte ignominiosa. Pero no se les permitió a los ángeles llevar un mensaje tal al amado Hijo de Dios. La humillación que sufrió en el tribunal y en el camino al Calvario, prosiguió. Fue escarnecido, ridiculizado, escupido. Soportó las burlas, los desafíos y el vilipendio de los que le odiaban, hasta que en la cruz doblegó su frente y murió.

¿Podría Dios habernos dado prueba mayor de su amor que al dar así a su Hijo para que pasase por estas escenas de sufrimiento? Y como el don de Dios al hombre fue el don gratuito de su amor infinito, así sus derechos a nuestra confianza, nuestra obediencia, todo nuestro corazón y la

riqueza de nuestros afectos, son correspondientemente infinitos. Requiere todo lo que el hombre puede dar. La sumisión de nuestra parte debe ser proporcional al don de Dios. Debe ser completa, sin ninguna reserva. Todos somos deudores de Dios. El tiene sobre nosotros derechos que no podemos satisfacer sin entregarnos en sacrificio pleno y de buen grado. Exige nuestra obediencia pronta y voluntaria, y no aceptará nada que no llegue a esto. Tenemos ahora oportunidad de asegurarnos el amor y el favor de Dios. Este puede ser el último año de vida de algunos de los que leen esto. ¿Hay, entre los jóvenes que leen esta súplica, quienes prefieran los placeres de este mundo a la paz que Cristo da a quien busca fervientemente su voluntad y la hace alegremente?

Pesado en la balanza

Dios pesa nuestros caracteres, conducta y motivos en la balanza del santuario. Será algo terrible si nuestro Redentor, quién murió en la cruz para atraer nuestros corazones a él, nos declara faltos de amor y obediencia. Dios nos ha concedido

dones grandes y preciosos. Nos ha dado luz y un conocimiento de su voluntad para que no necesitemos errar o andar en tinieblas. Ser pesado en la balanza y ser hallado falto en el día del juicio y recompensa finales, será terrible, un error espantoso que nunca podrá ser corregido. Amigos jóvenes, ¿se recorrerá en vano el libro de Dios para buscar vuestros nombres?

Dios os ha señalado una obra que debéis hacer para él, y que os hará colaboradores con él. En todo vuestro derredor hay almas que salvar. Hay personas a quienes podéis estimular y bendecir por vuestros fervientes esfuerzos. Podéis apartar las almas del pecado y llevarlas a la justicia. Cuando comprendáis vuestra responsabilidad para con Dios, sentiréis la necesidad de ser fieles en la oración, fieles en cuanto a velar contra las tentaciones de Satanás. Si sois verdaderamente cristianos, os sentiréis más inclinados a lamentaros por las tinieblas morales del mundo que a participar de su liviandad y ostentación. Estaréis entre aquellos que suspiran y lloran por las abominaciones que se cometen en la tierra.

Resistiréis las tentaciones de Satanás a participar de la vanidad y de los adornos ostentosos. Sólo una mente estrecha y un intelecto atrofiado pueden satisfacerse con esas cosas triviales y descuidar las altas responsabilidades.

Los jóvenes de nuestra época pueden trabajar con Cristo si quieren; y al trabajar, su fe se fortalecerá, y aumentará su conocimiento de la voluntad divina. Cada verdadero propósito y acto correcto será registrado en el libro de la vida. Ojalá pudiese yo despertar a los jóvenes para que vean y sientan cuán pecaminoso es vivir para su propia satisfacción, y atrofiar su intelecto con las cosas vanas de esta vida. Si quisieren elevar sus pensamientos y palabras por encima de los atractivos frívolos de este mundo, y tener por propósito glorificar a Dios, su paz, que supera todo entendimiento, les pertenecerá.

Dios quiere que los jóvenes lleguen a ser hombres de mente seria, a estar preparados para la acción en su noble obra y a ser aptos para llevar responsabilidades. Dios llama a jóvenes de corazón

incorrupto, fuertes y valientes, decididos a pelear varonilmente en la lucha que les espera, para que glorifiquen a Dios y beneficien a la humanidad. Si los jóvenes tan sólo hicieran de la Biblia un objeto de estudio, calmasen sus impetuosos deseos y escuchasen la voz de su Creador y Redentor, no sólo estarían en paz con Dios, sino que se sentirían ennoblecidos y elevados.

Lleven la luz a dondequiera que vayan; muestren que tienen fortaleza de propósito, que no son indecisos, ni se dejan llevar fácilmente por las persuasiones de los malos compañeros. No den presto asentimiento a las sugestiones de los que deshonran a Dios; antes bien traten de reformar, restaurar y salvar a las almas del mal.

Recurran a la oración, persuadan con mansedumbre y humildad de espíritu a los que se oponen. Un alma salvada del error y puesta bajo el estandarte de Cristo producirá gozo en el cielo y añadirá una estrella a la corona de regocijo de ustedes. El alma salvada mediante su influencia piadosa traerá a otros al conocimiento de la

salvación, y así la obra se multiplicará y sólo las revelaciones del día del juicio pondrán de manifiesto su extensión.

No vacilen en trabajar por el Señor porque les parezca que es poco lo que pueden hacer. Hagan ese poco con fidelidad, pues Dios obrará junto con sus esfuerzos. El escribirá en el libro de la vida los nombres de ustedes, como nombres de quienes son dignos de entrar en el gozo del Señor.

Capítulo 36

La disciplina y la educación apropiada de nuestros hijos

Prevalece en el mundo la tendencia a dejar a los jóvenes seguir la inclinación natural de su propia mente. Y los padres dicen que si los jóvenes son muy desenfrenados en su adolescencia se corregirán más tarde, y que cuando tengan dieciséis o dieciocho años razonarán por su cuenta, abandonarán sus malos hábitos y llegarán por fin a ser hombres y mujeres útiles. ¡Qué error! Durante años permiten que el enemigo siembre en el jardín del corazón; permiten que se desarrollen en él malos principios, y en muchos casos todo el trabajo que se haga para cultivar ese terreno no servirá para nada.

Satanás trabaja con astucia y perseverancia y es un enemigo mortífero. Cuando quiera que se pronuncie una palabra descuidada para perjuicio de la juventud, sea en adulación o para hacerle

considerar un pecado con menos aborrecimiento, Satanás se aprovecha de ello y alimenta la mala semilla, a fin de que pueda arraigar y producir abundante cosecha. Algunos padres han dejado a sus hijos adquirir malas costumbres, cuyos rastros podrán verse a través de toda la vida. Los padres son responsables de este pecado. Esos hijos pueden profesar ser cristianos, pero sin una obra especial de la gracia en el corazón y una reforma cabal en la vida, sus malas costumbres pasadas se advertirán en toda su experiencia y manifestarán precisamente el carácter que sus padres les permitieron adquirir.

Los padres deben gobernar a sus hijos, corregir sus acciones y subyugarlos, o Dios destruirá seguramente a sus hijos en el día de su gran ira; y los padres que no hayan dominado a sus hijos no quedarán sin culpa. De manera especial, deben los siervos de Dios gobernar sus propias familias y mantenerlas en buena sujeción. Vi que no están preparados para juzgar o decidir asuntos de la iglesia, a menos que puedan gobernar bien su propia casa. Primero deben poner orden en su casa, y luego su juicio e influencia pesarán en la iglesia.

A cada hijo e hija debe pedírsele cuenta si se ausenta de la casa de noche. Los padres deben saber en qué compañía se hallan sus hijos, y en casa de quién pasan sus veladas.

La filosofía humana no ha descubierto más de lo que Dios sabe ni ha ideado en lo que respecta a actuar con los niños, ni un plan más sabio que el dado por nuestro Señor. ¿Quién puede comprender todas las necesidades de los niños mejor que su Creador? ¿Quién puede interesarse más hondamente en su bienestar que Aquel que los compró con su propia sangre? Si la Palabra de Dios fuese estudiada cuidadosamente y obedecida con fidelidad, habría menos angustia en el alma de los padres por la conducta perversa de hijos malvados. Los niños tienen derechos que sus padres deben reconocer y respetar. Tienen derecho a recibir una educación y preparación que los hará miembros útiles de la sociedad, respetados y amados aquí, y les dará idoneidad moral para la sociedad de los santos y puros en la vida venidera. Debe enseñarse a los jóvenes que su bienestar presente y futuro

depende en gran medida de los hábitos que adquieran en la niñez y la juventud.

Hombres y mujeres que profesan reverenciar la Biblia y seguir sus enseñanzas, dejan de cumplir en muchos respectos lo que ella exige. En la educación de los niños siguen su propia naturaleza perversa más bien que la revelada voluntad de Dios. Este descuido del deber entraña la pérdida de millares de almas. La Biblia traza reglas para la correcta disciplina de los niños. Si los hombres siguiesen estos requerimientos de Dios, veríamos hoy aparecer en el escenario de acción una clase de jóvenes muy diferente. Pero los padres que profesan creer la Biblia y seguirla, obran de una manera directamente contraria a sus enseñanzas. Oímos el clamor de tristeza y angustia de parte de padres y madres, que lamentan la conducta de sus hijos sin darse cuenta de que ellos están trayendo esa tristeza y angustia sobre sí mismos y arruinando a sus hijos por su erróneo cariño. No se percatan de las responsabilidades que Dios les dio en cuanto a inculcar en sus hijos hábitos correctos desde la infancia.

Los hijos cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios a toda bendición terrenal. Amarán y honrarán a sus padres. Hacer a sus padres felices debe ser una de las grandes preocupaciones de su vida. En esta era de rebelión, los hijos no han recibido la debida instrucción y disciplina y tienen poca conciencia de sus obligaciones hacia sus padres. Sucede a menudo que cuanto más hacen sus padres por ellos, tanto más ingratos son, y menos los respetan.

En gran medida, los padres tienen en sus propias manos la felicidad futura de sus hijos. A ellos les incumbe la obra importante de formar el carácter de estos hijos. Las instrucciones que les dieron en la niñez los seguirán durante toda la vida. Los padres siembran la semilla que brotará y dará fruto para bien o mal. Pueden hacer a sus hijos idóneos para la felicidad o para la desgracia.

Los padres deben tener un frente unido

Los niños son por naturaleza sensibles y

amantes. Es fácil complacerlos, o hacerles sentirse desdichados. Mediante una disciplina suave de palabras y actos amables, las madres pueden ligar a sus hijos con su propio corazón. Es un grave error manifestar severidad y ser autoritario con los niños. La firmeza uniforme y un gobierno sereno son necesarios para la disciplina de toda familia. Decid con calma lo que queréis decir, obrad con consideración, y cumplid sin desviación lo que decís.

Los padres no deben olvidar cuánto anhelaban en su niñez la manifestación de simpatía y amor, y cuán desgraciados se sentían cuando se les censuraba y reprendía con irritación. Deben rejuve necer sus sentimientos, y transigir mentalmente para comprender las necesidades de sus hijos. Sin embargo, con firmeza mezclada de amor, deben exigirles obediencia. La palabra de los padres debe ser obedecida implícitamente.

La falta de firmeza en el gobierno de la familia causa mucho daño; es en realidad tan mala como la falta absoluta de gobierno. Se pregunta a menudo:

¿Por qué resultan los hijos de padres religiosos tan frecuentemente tercos, desafiadores y rebeldes? El motivo reside en la preparación recibida en el hogar.

Si ambos padres no concuerdan, auséntense de la presencia de sus hijos hasta que hayan llegado a entenderse.

Si los padres están unidos en esta obra de disciplina, el niño comprenderá lo que requieren de él. Pero si el padre, por sus palabras o miradas, demuestra que no aprueba la disciplina administrada por la madre; si le parece que ella es demasiado estricta y considera que debe expiar la dureza mediante mimos e indulgencias, el niño quedará arruinado. Pronto aprenderá que puede hacer lo que quiere. Los padres que cometan este pecado contra sus hijos tendrán que dar cuenta de la ruina de sus almas.

[Los padres] deben aprender primero a dominarse a sí mismos; y entonces podrán dominar con más éxito a sus hijos. Cada vez que pierden el

dominio propio, y hablan y obran con impaciencia, pecan contra Dios. Deben primero razonar con sus hijos, señalarles claramente sus equivocaciones, mostrarles su pecado, y hacerles comprender que no sólo han pecado contra sus padres, sino contra Dios. Teniendo vuestro propio corazón subyugado y lleno de compasión y pesar por vuestros hijos errantes, orad con ellos antes de corregirlos. Entonces vuestra corrección no hará que vuestros hijos os odien. Ellos os amarán. Verán que no los castigáis porque os han causado inconvenientes, ni porque queréis desahogar vuestro desagrado sobre ellos, sino por un sentimiento del deber, para beneficio de ellos, a fin de que no se desarrollen en el pecado.

El peligro de una instrucción demasiado severa

En muchas familias, los niños parecen bien educados, mientras están bajo la disciplina y el adiestramiento; pero cuando el sistema que los sujetó a reglas fijas se quebranta, parecen incapaces de pensar, actuar y decidir por su cuenta.

En el caso de que no se les enseñe a los jóvenes a pensar debidamente y actuar por su cuenta, en la medida en que lo permita su capacidad e inclinación mental, a fin de que por este medio pueda desarrollarse su pensamiento, su sentido de respeto propio, y su confianza en su propia capacidad de obrar, el adiestramiento severo producirá siempre una clase de seres débiles en fuerza mental y moral. Y cuando se hallen en el mundo para actuar por su cuenta, revelarán el hecho de que fueron adiestrados como los animales, y no educados. Su voluntad, en vez de ser guiada, fue forzada a someterse por la dura disciplina de padres y maestros.

Aquellos padres y maestros que se jactan de ejercer el dominio completo de la mente y la voluntad de los niños que están bajo su cuidado, dejarían de jactarse si pudiesen ver la vida futura de los niños así dominados por la fuerza o el temor. Carecen casi completamente de preparación para compartir las severas responsabilidades de la vida. Esa clase de maestros que se congratulan de dominar casi por completo la voluntad de sus

alumnos, no son los que tienen más éxito, aunque momentáneamente las apariencias sean halagadoras.

Con frecuencia se muestran demasiado reservados y ejercen su autoridad en una forma fría y carente de simpatía, que no puede conquistar el corazón de sus hijos y alumnos. Si hiciesen acercar a los niños a sí y les demostrasen que los aman, y manifestasen interés en todos sus esfuerzos, y aun en sus juegos, siendo a veces niños entre niños, podrían hacer muy felices a éstos y conquistarían su amor y confianza. Y los niños respetarían y amarían más temprano la autoridad de sus padres y maestros.

Por otro lado, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y maestros. Debe enseñarse a los niños a respetar el juicio experimentado y a ser guiados por sus padres y maestros. Se los debe educar de tal manera que sus mentes estén unidas con las de sus padres y maestros, y se los ha de instruir para que comprendan lo conveniente que es

escuchar sus consejos. Entonces, cuando se aparten de la mano guiadora de sus padres y maestros, su carácter no será como el junco que tiembla al viento.

Es un pecado dejar que los niños crezcan en la ignorancia

Algunos padres no han dado educación religiosa a sus hijos, y han descuidado también su educación escolar. Ni la una ni la otra debieran haberse descuidado. Las mentes de los niños son activas, y si ellos no se dedican al trabajo físico o se ocupan en el estudio, quedarán expuestos a las malas influencias. Es un pecado de parte de los padres dejar a sus hijos crecer en la ignorancia. Deben proporcionarles libros útiles e interesantes, deben enseñarles a trabajar, a tener sus horas de trabajo físico y sus horas de estudio y lectura. Los padres deben tratar de elevar las mentes de sus hijos, y de cultivar sus facultades mentales. La mente, abandonada a sí misma, sin cultivo, es generalmente baja, sensual y corrupta. Satanás aprovecha su oportunidad, y educa a las mentes

ociosas.

El trabajo de la madre empieza con el niño mamante. Ella debe conquistar la voluntad y el genio de su hijo, ponerlo en sujeción y enseñarle a obedecer. Y a medida que el niño crezca, no relaje la disciplina. Cada madre debe tomarse tiempo para razonar con sus hijos, para corregir sus errores y enseñarles pacientemente el buen camino. Los padres cristianos deben saber que están instruyendo y preparando a sus hijos para ser hijos de Dios. Toda la experiencia religiosa de los niños queda afectada por las instrucciones dadas, y el carácter se forma en la niñez. Si la voluntad no se subyuga entonces, ni se la hace someter a la voluntad de los padres, será tarea muy difícil enseñarles la lección en los años ulteriores. ¡Qué lucha intensa, qué conflicto costará someter a los requisitos de Dios esa voluntad que nunca fue subyugada! Los padres que descuidan esa obra importante, cometen un grave error y pecan contra sus pobres hijos y contra Dios.

Padres, si falláis en dar a vuestros hijos la

educación que Dios ha hecho vuestro deber darles, tendréis que rendirle cuenta por los resultados. Estos resultados no quedarán confinados únicamente a vuestros hijos. Así como el abrojo que se permite crecer en el campo produce una cosecha según su especie, también los pecados resultantes de vuestro descuido obrarán para arruinar a todos los que entren en la esfera de su influencia.

La maldición de Dios descansará seguramente sobre los padres infieles. No sólo están ellos plantando espinas que los habrán de herir aquí, sino que deberán arrostrar su propia responsabilidad cuando se abra el juicio. Muchos hijos se levantarán en el juicio y condenarán a sus padres porque no los reprendieron, y los harán responsables de su destrucción. La falsa simpatía y el amor ciego de los padres los impulsa a excusar y a no corregir las faltas de sus hijos, y como consecuencia éstos se pierden, y la sangre de sus almas recaerá sobre los padres infieles.

El mal de la ociosidad

Se me ha mostrado que mucho pecado es el resultado de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no hallan tiempo para ceder a toda tentación que el enemigo sugiere, pero las manos y los cerebros ociosos están totalmente preparados para ser dominados por Satanás. Cuando la mente no está debidamente ocupada, se espacia en cosas impropias. Los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado.

Nada hay que conduzca tan seguramente al mal como aliviar a los hijos de toda carga, para dejarles llevar una vida ociosa y sin objeto, no haciendo nada u ocupándose según les agrade. La mente de los niños es activa, y si no se ocupa con cosas buenas y útiles, se dedicará inevitablemente a lo malo. Aunque es correcto y necesario que tengan recreación, se les debe enseñar a trabajar, a tener horas regulares para el trabajo físico y también para leer y estudiar. Procúrese que tengan ocupación apropiada para sus años y que estén provistos de libros útiles e interesantes.

Con frecuencia los niños comienzan un trabajo con entusiasmo, pero de pronto se confunden o se cansan de él y quieren cambiar y realizar alguna cosa nueva. Así pueden comenzar varias cosas, desanimarse y abandonarlas; y así pasan de una cosa a otra sin perfeccionar ninguna. Los padres no deberían permitirles que esa tendencia al cambio domine a sus hijos. No deberían recargarse con otras cosas de modo que no tengan tiempo para disciplinar y desarrollar con paciencia su mente. Unas pocas palabras de ánimo, o un poco de ayuda en el momento debido, puede ayudarles a superar sus dificultades y desánimos; y la satisfacción que obtendrán de ver que la tarea ha sido completada los estimulará a mayores realizaciones.

Los niños que han sido mimados y rodeados de cuidados, esperan siempre un trato tal; y si su expectativa no se cumple, se chasquean y desalientan. Esa misma disposición se verá en toda su vida. Serán incapaces, dependerán de la ayuda ajena, y esperarán que los demás los favorezcan y cedan a sus deseos. Y si encuentran oposición, aun

en la edad adulta, se creen maltratados; y así recorren su senda por el mundo, acongojados, apenas capaces de llevar su propio peso, murmurando e irritándose a menudo porque todo no les sale a pedir de boca.

Una mujer se perjudica a sí misma y a los miembros de su familia gravemente cuando hace el trabajo suyo y el de ellos también; cuando trae la leña y el agua, y aun toma el hacha para cortar la leña, mientras su esposo y sus hijos permanecen sentados alrededor del fuego en agradable reunión social. Dios nunca se propuso que las esposas y madres fuesen esclavas de sus familias. Más de una madre está sobrecargada de cuidados, porque no ha enseñado a sus hijos a participar de las cargas domésticas. Como resultado, ella envejece y muere prematuramente, dejando a sus hijos precisamente cuando más necesitan a una madre que guíe sus pies inexpertos. ¿Quién tiene la culpa?

Los esposos deben hacer todo lo que puedan para ahorrar cuidados a la esposa, y mantener alegre su espíritu. Nunca debe fomentarse la

ociosidad ni permitirse en los niños, porque pronto viene a ser un hábito.

Padres, dirigid vuestros hijos a Cristo

Los hijos pueden desear hacer lo recto, pueden proponerse en su corazón ser obedientes y bondadosos para con sus padres o tutores; pero necesitan ayuda y estímulo de parte de ellos. Pueden hacer buenas resoluciones, pero a menos que sus principios sean fortalecidos por la religión y en sus vidas reine la influencia de la gracia renovadora de Cristo, no alcanzarán su objetivo.

Los padres deben duplicar sus esfuerzos para la salvación de sus hijos. Deben instruirlos con fidelidad, y no permitir que obtengan su educación ellos mismos como mejor puedan. No se debe permitir que los jóvenes aprendan lo bueno y lo malo indistintamente, con la idea de que en algún tiempo futuro lo bueno prevalecerá y lo malo perderá su influencia. Lo malo se desarrolla más rápidamente que lo bueno.

Padres, debéis comenzar a disciplinar las mentes de vuestros hijos en la más tierna edad, a fin de que sean cristianos. Tiendan todos vuestros esfuerzos a su salvación. Obrad como que fueron confiados a vuestro cuidado para ser labrados como preciosas joyas que han de resplandecer en el reino de Dios. Cuidad de no estar arrullándolos sobre el abismo de la destrucción, con la errónea idea de que no tienen bastante edad para ser responsables, ni para arrepentirse de sus pecados y profesar a Cristo.

Los padres deben explicar y simplificar ante sus hijos el plan de salvación, a fin de que sus mentes juveniles puedan comprenderlo. Los niños de ocho, diez, y doce años tienen ya bastante edad para que se les hable de la religión personal. No mencionéis a vuestros hijos algún período futuro en el que tendrán bastante edad para arrepentirse y creer en la verdad. Si son debidamente instruidos, los niños, aun los de poca edad, pueden tener opiniones correctas acerca de su estado de pecado y el camino de salvación por Cristo. Los predicadores manifiestan generalmente demasiada

indiferencia hacia la salvación de los niños, y su obra no es tan personal como debiera ser. Muchas veces se pierden áureas oportunidades de impresionar las mentes de los niños.

Padres y madres, ¿comprendéis la importancia de la responsabilidad que recae sobre vosotros? ¿Comprendéis la necesidad de preservar a vuestros hijos del descuido y de las costumbres desmoralizadoras? No les permitáis entrar en relación con otras personas fuera de aquellas que ejercerán una buena influencia sobre su carácter. No los dejéis salir de noche a menos que sepáis adónde van y lo que hacen. Instruidlos en los principios de la pureza moral. Si habéis descuidado el enseñarles a este respecto precepto tras precepto, renglón tras renglón, un poco aquí y un poco allá, cumplid inmediatamente este deber. Haceos cargo de vuestra responsabilidad, y trabajad para el tiempo presente y para la eternidad. No dejéis transcurrir ni un día más sin confesar vuestra negligencia a vuestros hijos. Decidles que habéis decidido ahora hacer la obra que Dios os ha asignado. Pedidles que emprendan con vosotros esa

reforma. Haced esfuerzos diligentes para redimir lo pasado. No permanezcáis por más tiempo en el estado de la iglesia de Laodicea. En el nombre del Señor, suplico a cada familia que enarbole su verdadero estandarte. Reformad la iglesia que tenéis en vuestro hogar.

No descuidéis las necesidades de la mente

Se me ha mostrado que mientras los padres que temen a Dios imponen restricciones a sus hijos, deben estudiar sus disposiciones y temperamentos, y tratar de suplir sus necesidades. Algunos padres atienden cuidadosamente las necesidades temporales de sus hijos; los cuidan bondadosa y fielmente mientras están enfermos, y luego consideran que han cumplido todo su deber. En esto cometen un error. Tan sólo han empezado su trabajo. Se deben suplir las necesidades de la mente. Se requiere habilidad para aplicar los debidos remedios a la curación de una mente herida.

Los niños han de soportar pruebas tan duras,

tan graves en su carácter, como las de las personas mayores. Los padres mismos no sienten siempre la misma disposición. A menudo su mente está afligida por la perplejidad. Trabajan bajo la influencia de opiniones y sentimientos equivocados. Satanás los azota y ceden a sus tentaciones. Hablan con irritación y de una manera que excita la ira en sus hijos, y son a veces exigentes e inquietos. Los pobres niños participan del mismo espíritu, y los padres no están preparados para ayudarles, porque ellos son la causa de la dificultad. A veces todo parece ir mal. Hay intranquilidad en el ambiente, y todos pasan momentos desdichados. Los padres echan la culpa a los pobres niños, y piensan que son desobedientes e indisciplinados, los peores niños del mundo, cuando la causa de la dificultad reside en ellos mismos.

Algunos padres suscitan muchas tormentas por su falta de dominio propio. En vez de pedir bondadosamente a los niños que hagan esto o aquello, les dan órdenes en tono de reprensión, y al mismo tiempo tienen en los labios censuras o

reproches que los niños no merecieron. Padres, esta conducta para con vuestros hijos destruye su alegría y ambición. Ellos cumplen vuestras órdenes, no por amor, sino porque no se atreven a obrar de otro modo. No ponen su corazón en el asunto. Les resulta un trabajo penoso en vez de un placer; y a menudo por eso mismo se olvidan de seguir todas vuestras indicaciones, lo cual acrece vuestra irritación y empeora la situación de los niños. Las censuras se repiten; se les pinta con vivos colores su mala conducta.

No dejéis que vuestros hijos os vean con rostros ceñudos. Si ellos ceden a la tentación, y luego en su error y se arrepienten de él, perdonadles tan generosamente como esperáis ser perdonados por vuestro Padre celestial. Instruidlos bondadosamente y ligadlos a vuestro corazón. Este es un tiempo crítico para los niños. Los rodearán influencias tendientes a separarlos de vosotros, y debéis contrarrestarlas. Enseñadles a haced de vosotros sus confidentes. Permitidles contaros sus pruebas y goces. Estimulando esto, los salvaréis de muchas trampas que Satanás ha preparado para sus

pies inexpertos. No tratéis a vuestros hijos únicamente con severidad, olvidándoos de vuestra propia niñez, y olvidando que ellos no son sino niños. No esperéis de ellos que sean perfectos, ni tratéis de obligarlos a actuar como hombres y mujeres en seguida. Obrando así, cerraríais la puerta de acceso que de otra manera pudierais tener hacia ellos, y los impulsaríais a abrir la puerta a las influencias perjudiciales, que permitirían a otros envenenar sus mentes juveniles antes de advertir el peligro.

Nunca corrijáis a un niño cuando estéis airados

Si vuestros hijos son desobedientes debieran ser corregidos. Antes de corregirlos, pedid al Señor a solas que ablande y subyugue el corazón de vuestros hijos y que os dé sabiduría para tratarlos. Ni en un sólo caso he sabido nunca que haya fracasado este método. No podéis hacer que un hijo comprenda cosas espirituales cuando el corazón está conmovido por la pasión.

Debéis corregir a vuestros niños con amor. No

permitáis que ha- gan lo que les plazca hasta que os enojéis, y entonces los castiguéis. Una corrección tal sólo ayuda al mal en vez de corregirlo.

Manifestar ira hacia un niño que se equivoca, es aumentar el mal. Eso despierta las peores pasiones en el niño y lo induce a creer que no os preocupáis por él. Razona consigo mismo que no podríais tratarlo así si os interesara.

¿Y pensáis que Dios no sabe la forma en que son corregidos esos niños? Sabe, y sabe también lo que podrían ser los benditos resultados si la obra de corrección se hiciera en una forma que conquistara en vez de repeler.

La importancia de ser estrictamente honestos con los niños

Los padres deberían ser modelos de veracidad, porque ésta es la lección diaria que debe imprimirse en el corazón de los niños. Principios inconmovibles deberían dirigir a los padres en todas las ocupaciones de la vida, especialmente en

la educación y enseñanza de sus hijos. “Aun el muchacho es conocido por sus hechos, si su conducta fuere limpia y recta”.

Una madre que carece de discernimiento y que no sigue la dirección del Señor, puede educar a sus hijos para ser engañadores e hipócritas. Los rasgos de carácter, estimulados de esta manera, pueden hacerse tan permanentes que mentir será tan natural como respirar. El fingimiento se tomará por sinceridad y realidad.

Padres, no mintáis nunca; nunca digáis lo que no es verdad en precepto o en ejemplo. Si queréis que vuestros hijos sean veraces, sed veraces vosotros mismos. Sed rectos e inconmovibles. No debería permitirse ni una mentira por pequeña que sea. Debido a que las madres están acostumbradas a mentir, los hijos siguen su ejemplo.

Es indispensable que se practique la honradez en todos los de- talles de la vida de la madre, y en la educación de los hijos, es importante que se enseñe a las niñitas y a los niñitos a no mentir o

engañar en lo más mínimo.

La importancia del desarrollo del carácter

Dios ha señalado a los padres su obra, la cual consiste en formar los caracteres de sus hijos según el Modelo divino. Por su gracia pueden realizar esta tarea; pero requerirá un esfuerzo paciente y cuidadoso, y además firmeza y decisión, para guiar la voluntad y refrenar las pasiones. Un campo abandonado produce únicamente espinos y cardos. El que quiera obtener una cosecha útil o hermosa, primero debe preparar la tierra y sembrar la semilla, luego cavar alrededor de los jóvenes tallos, removiendo las malezas y ablandando la tierra, y así las preciosas plantas florecerán y pagarán ricamente el cuidado y el trabajo empleados.

La edificación del carácter es la obra más importante que jamás haya sido confiada a los seres humanos y nunca antes ha sido su estudio diligente tan importante como ahora. Ninguna generación anterior fue llamada a hacer frente a problemas tan importantes; nunca antes se hallaron

los jóvenes frente a peligros tan grandes como los que tienen que arrostrar hoy.

La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la energía de la voluntad y del dominio propio. Muchos jóvenes consideran equivocadamente como fuerza de carácter la pasión arrolladora; pero la verdad es que el que se deja dominar por sus pasiones, es un hombre débil. La verdadera grandeza del hombre y su nobleza se miden por el poder de los sentimientos que subyuga, no por el de los sentimientos que lo vencen a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al ultraje, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos. Los tales hombres son verdaderos héroes.

Muchos tienen ideas tan restringidas de lo que pueden llegar a ser que siempre permanecerán atrofiados y estrechos, cuando si aprovechasen las facultades que Dios les ha dado, podrían desarrollar un carácter noble y ejercer una influencia que ganaría almas para Cristo. El conocimiento es poder; pero la capacidad

intelectual, sin la bondad del corazón, es un poder para el mal.

Dios nos ha dado nuestras facultades intelectuales y morales; pero en extenso grado cada persona es arquitecto de su propio carácter. Cada día va subiendo la estructura. La Palabra de Dios nos advierte que prestemos atención a cómo edificamos, para que nuestro edificio se funde en la Roca eterna. Llegará el tiempo en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento para que todos cultiven las facultades que Dios les ha dado, a fin de que puedan desarrollar un carácter que tenga utilidad aquí y sea apto para la vida superior.

Cada acto de la existencia, por muy insignificante que sea, tiene influencia en la formación del carácter. Un buen carácter es más precioso que las posesiones mundanales; y la obra de su formación es la más noble a la cual puedan dedicarse los hombres.

Los caracteres formados por las circunstancias

son variables y discordantes, una masa de sentimientos encontrados. Sus poseedores no tienen un blanco elevado o fin en la vida. No ejercen influencia ennoblecedora sobre el carácter de los demás. Viven sin propósito ni poder.

La corta vida que se nos concede debe ser aprovechada sabiamente. Dios quiere que su iglesia sea viva, consagrada, y que trabaje. Nuestro pueblo, en conjunto, dista mucho de esto ahora. Dios pide almas fuertes, valientes, cristianas, activas y vivas, que sigan al verdadero Modelo, y que ejerzan una influencia definida por Dios y lo recto. El Señor nos ha confiado, como cometido sagrado, verdades importantísimas y solemnes, y debemos demostrar su influencia en nuestra vida y carácter.

Una experiencia personal al aconsejar a niños

Hay madres que no tratan a sus hijos de un modo uniforme. A veces les permiten hacer o tener cosas que les perjudican, y otras veces les niegan placeres inocentes que llenarían de contento los

corazones infantiles. En esto no siguen el ejemplo de Cristo, quien amaba a los niños, comprendía sus sentimientos y simpatizaba con ellos en sus placeres y sus pruebas.

Cuando los niños ruegan que se los deje ir en cierta compañía, o asistir a tal reunión para divertirse, decidles: “Hijos, no os puedo dejar ir; sentaos aquí mismo y os diré por qué. Estoy trabajando para la eternidad y para Dios. El es quien os confió a mi cuidado. Para vosotros, ocupo el lugar de Dios, y por lo tanto debo velar sobre vosotros como quien deberá rendir cuentas en el día de Dios. ¿Quisierais que el nombre de vuestra madre se anotase en el libro del cielo como el de quien no cumplió su deber para con sus hijos y dejó que el enemigo entrase y ocupase el terreno que ella debiera haber ocupado? Niños, voy a deciros cuál es el buen camino, y luego si decidís apartaros de vuestra madre y entrar en caminos de maldad, ella estará libre de culpa, pero vosotros tendréis que sufrir por vuestro pecado”.

Así solía obrar yo con mis hijos, y antes que

terminara de hablar, se ponían a llorar y decían: “¿No quieres orar por nosotros?” Naturalmente, nunca rehusaba orar por ellos. Me arrodillaba a su lado y oraba por ellos. Luego me apartaba e intercedía con Dios hasta que el sol estaba ya alto en el cielo, tal vez durante toda la noche, para que cesase el ensalmo del enemigo y yo obtuviese la victoria. Aunque me costaba una noche de trabajo, me sentía ricamente recompensada, cuando mis hijos se me echaban al cuello y decían: “¡Oh, mamá, nos alegramos tanto de que no nos dejaste ir cuando te lo pedíamos! Ahora vemos que habría sido malo”.

Padres, así es como debéis obrar, como quienes toman el asunto en serio. Y debéis tomarlo en serio si esperáis salvar a vuestros hijos para el reino de Dios.

Nunca podrá darse la debida educación a los jóvenes en este país o en otro cualquiera, a menos que estén separados por una larga distancia de las ciudades. Las costumbres y las prácticas propias de las ciudades inhabilitan la mente de los jóvenes

para la entrada de la verdad.

La necesidad que tienen los padres de más guía divina

No podéis descuidar impunemente la educación de vuestros hijos. Los defectos de su carácter publicarán vuestro descuido a este respecto. Los males que dejéis pasar sin corrección, los modales bruscos, groseros, la falta de respeto y obediencia, las costumbres de indolencia y falta de atención, deshonrarán vuestro nombre y amargarán vuestra vida. El destino de vuestros hijos está en gran medida en vuestras manos. Al faltar a vuestro deber con respecto a ellos, podéis colocarlos en las filas del enemigo y hacer de ellos agentes suyos para arruinar a otros; por otra parte, instruyéndolos fielmente, ofreciéndoles con vuestra vida un ejemplo de piedad, podéis conducirlos a Cristo. A su vez, ellos ejercerán sobre otros la misma influencia y así, por vuestro medio, podrá salvarse gran número de almas.

Dios desea que tratemos a nuestros hijos con

sencillez. Estamos expuestos a olvidar que los niños no han tenido la ventaja de los largos años de educación que los adultos han tenido. Si los pequeños no proceden de acuerdo con nuestras ideas en todo, a veces pensamos que merecen una reprimenda, pero esto no arreglará las cosas. Elevadlos al Salvador y contadle todo a él; creed luego que su bendición descansará sobre ellos.

Debe enseñarse a los niños a respetar y reverenciar la hora de oración. Antes de salir de la casa para ir a trabajar, toda la familia debe ser convocada, y el padre, o la madre en ausencia del padre, debe rogar con fervor a Dios que los guarde durante el día. Acudid con humildad, con un corazón lleno de ternura, presintiendo las tentaciones y los peligros que os acechan a vosotros y a vuestros hijos, y por la fe atad a estos últimos sobre el altar, solicitando para ellos el cuidado del Señor. Los ángeles ministradores guardarán los niños así dedicados a Dios. Es el deber de los padres creyentes levantar así, mañana y tarde, por ferviente oración y fe perseverante, una valla en derredor de sus hijos. Deben instruirlos

con paciencia, enseñándoles bondadosa e incansablemente a vivir de tal manera que agraden a Dios.

Enseñad a vuestros hijos que es privilegio suyo recibir cada día el bautismo del Espíritu Santo. Permitid que Cristo encuentre en vosotros su mano auxiliadora para ejecutar sus propósitos. Por la oración podéis adquirir una experiencia que dará perfecto éxito a vuestro ministerio en favor de vuestros hijos.

El poder de las oraciones de una madre no puede sobreestimarse. La que se arrodilla al lado de su hijo y de su hija a través de las vicisitudes de la infancia y de los peligros de la juventud, no sabrá jamás antes del día del juicio qué influencia ejercieron sus oraciones sobre la vida de sus hijos. Si ella se relaciona por la fe con el Hijo de Dios, su tierna mano puede substraer a su hijo del poder de la tentación, e impedir que su hija participe en el pecado, Cuando la pasión guerrea para predominar, el poder del amor, la influencia resuelta, fervorosa y refrenadora que ejerce la madre puede inclinar el

alma hacia lo recto.

Después de haber cumplido fielmente con vuestro deber para vuestros hijos, llevadlos a Dios y pedidle que os ayude. Decidle que habéis hecho vuestra parte y luego con fe pedid a Dios que haga su parte, lo que no podéis hacer. Pedidle que morigere su carácter, que los haga suaves y corteses mediante su Espíritu Santo. Oirá vuestra oración. Con amor responderá a vuestras oraciones. Mediante su Palabra os ordena corregir a vuestros hijos: “Castiga a tu hijo en tanto hay esperanza”, y la Palabra de Dios ha de ser obedecida en estas cosas.

Enseñad respeto y cortesía

Dios ha mandado especialmente que se manifieste tierno respeto hacia los ancianos. “Corona de honra es la vejez que se halla en el camino de justicia”. Proverbios 16:31. Habla de batallas que se libraron y victorias que se ganaron; de responsabilidades que se asumieron y de tentaciones que se resistieron. Habla de pies

cansados que se acercan al descanso, de puestos que pronto quedarán vacantes. Ayúdese a los niños a pensar en esto, y entonces allanarán el camino de los ancianos mediante su cortesía y su respeto, y añadirán gracia y belleza a sus jóvenes vidas si prestan atención a este mandato: “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano”. Levítico 19:32.

También la cortesía es una de las gracias del Espíritu, y debe ser cultivada por todos. Tiene el poder de subyugar las naturalezas que sin ella se endurecerían. Los que profesan seguir a Cristo, y son al mismo tiempo toscos, duros y descorteses, no han aprendido de Jesús. Tal vez no se pueda dudar de su sinceridad ni de su integridad, pero la sinceridad e integridad no expiarán la falta de bondad y cortesía.

Capítulo 37

La educación cristiana

Nos estamos acercando rápidamente a la crisis final de la historia de este mundo, y es importante que comprendamos que las ventajas educativas ofrecidas por nuestras escuelas son diferentes de las ofrecidas por las escuelas del mundo.

Nuestro concepto de la educación tiene un alcance demasiado estrecho y bajo. Es necesario que tenga una mayor amplitud y un fin más elevado. La verdadera educación significa más que la prosecución de un determinado curso de estudio. Significa más que una preparación para la vida actual. Abarca todo el ser, y todo el período de la existencia accesible al hombre. Es el desarrollo armonioso de las facultades físicas, mentales y espirituales. Prepara al estudiante para el gozo de servir en este mundo, y para un gozo superior proporcionado por un servicio más amplio en el mundo venidero.

En el sentido más elevado, la obra de la educación y la de la redención son una, pues tanto en la educación como en la redención “nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”.

El gran propósito de toda la educación y disciplina de la vida es volver al hombre a la armonía con Dios; elevar y ennoblecer de tal manera su naturaleza moral, que pueda volver a reflejar la imagen de su Creador. Tan importante era esta obra, que el Salvador dejó los atrios celestiales, y vino en persona a esta tierra, para poder enseñar a los hombres cómo obtener la idoneidad para la vida superior.

Es muy fácil dejarse llevar por planes, métodos y costumbres del mundo y no dedicar al tiempo en que vivimos o a la gran obra que debe hacerse más reflexión de la que dedicaron a su tiempo los contemporáneos de Noé. Existe el peligro constante de que nuestros educadores sigan el mismo camino que los judíos, amoldándose a costumbres, prácticas y tradiciones que Dios no

dio. Con tenacidad y firmeza, algunos se adhieren a viejos hábitos y a una afición por diversos estudios que no son esenciales, como si su salvación dependiese de estas cosas. Al hacer esto se apartan de la obra especial de Dios y dan a los estudiantes una educación deficiente y errónea.

Debería haber hombres y mujeres que estén calificados para trabajar en las iglesias y para adiestrar a nuestros jóvenes en ramos especiales de trabajo, a fin de que puedan llevar a las almas a contemplar a Jesús. Las escuelas establecidas por nosotros deberían tener en vista este objetivo y no interesarse por el sistema de las escuelas denominacionales establecidas por otras iglesias o por el sistema que siguen los colegios y seminarios del mundo. Deben ser de una categoría enteramente diferente, donde no se origine ni se sancione ninguna fase de infidelidad. Los estudiantes han de ser educados en el cristianismo práctico, y la Biblia debe ser considerada como el libro de texto supremo y más importante.

La responsabilidad de la iglesia

En sueños de la noche me hallaba yo entre una gran compañía en la que el tema de la educación agitaba la mente de todos los presentes. Uno que desde hacía mucho tiempo había sido nuestro enseñador hablaba a los congregados. Decía: “El asunto de la educación debiera interesar a toda la organización adventista del séptimo día”.

La iglesia tiene una obra especial que hacer en educar y preparar a sus niños para que, mientras asisten a la escuela o tienen cualquier otro trato, no sientan la influencia de los hábitos corruptos. El mundo está lleno de iniquidad y desprecio de los requerimientos de Dios. Las ciudades han llegado a ser como Sodoma, y nuestros hijos están diariamente expuestos a muchos males. Los que asisten a las escuelas públicas, se asocian a menudo con otros más descuidados que ellos, a quienes, fuera del tiempo que pasan en el aula de clases, se les deja obtener una educación callejera. Los corazones de los jóvenes se impresionan fácilmente; y a menos que los que los rodean sean

de carácter correcto, Satanás empleará a los niños descuidados para influir en aquellos a quienes se educa más cuidadosamente. De esta manera, antes que los padres observadores del sábado sepan lo que está sucediendo, sus hijos habrán aprendido las lecciones de la depravación, y se habrán corrompido sus almas.

Muchas familias que, con el fin de educar a sus hijos, se trasladan a lugares donde están establecidas nuestras escuelas mayores, prestarían mejor servicio al Maestro quedando donde están. Debieran animar a la iglesia de la cual son miembros a establecer una escuela primaria donde los niños de su seno podrían recibir una educación cristiana completa y práctica. Sería inmensamente mejor para sus hijos, para sí mismos y para la causa de Dios, que quedasen en las iglesias menores, donde es necesaria su ayuda, en vez de ir a las iglesias mayores donde, debido a que no se los necesita, están en la constante tentación de caer en la inactividad espiritual.

Dondequiera que haya algunos observadores

del sábado, los padres deben unirse para proveer un lugar apropiado para una escuela diurna donde sus niños y jóvenes puedan ser instruidos. Deben emplear un maestro cristiano que, como misionero consagrado, eduque a los niños de tal manera que los induzca a llegar a ser misioneros.

Tenemos ante Dios la obligación solemne y sagrada de criar a nuestros niños para él y no para el mundo; de enseñarles a no hacer alianza con el mundo sino a amar y temer a Dios y a guardar sus mandamientos. Se les debe inculcar el pensamiento de que están formados a la imagen de su Creador y de que Cristo es el Modelo al cual deben adaptarse. Debe prestarse la más seria atención a la educación que impartirá un conocimiento de la salvación, y amoldará la vida y el carácter a la semejanza divina.

Para suplir la falta de obreros, Dios desea que se establezcan en diferentes países centros educacionales donde los estudiantes promisorios puedan educarse en los ramos prácticos del conocimiento y en la verdad bíblica. A medida que

estas personas se ocupen en el trabajo, irán dando carácter a la obra de la verdad presente en nuevos campos.

Aparte de la educación de aquellos que han de ser enviados como misioneros desde nuestras asociaciones más antiguas, deben educarse personas de diferentes partes del mundo para trabajar por sus compatriotas y vecinos, y hasta donde sea posible, es mejor y más seguro para ellos obtener su educación en el campo donde tienen que trabajar. Rara vez resulta mejor para el obrero o para el progreso de la obra que vaya a tierras lejanas para educarse.

Como iglesia, como individuos, si queremos estar sin culpa en el juicio, debemos hacer esfuerzos más generosos para la educación de nuestros jóvenes, a fin de que puedan estar mejor preparados para las diversas ramas de la gran obra confiada a nuestras manos. Debemos trazar planes sabios, para que las mentes ingeniosas de los que tienen talentos puedan ser fortalecidas y disciplinadas de la manera más refinada, a fin de

que la obra de Cristo no sea impedida por falta de obreros hábiles, que harán su obra con fervor y fidelidad.

Apoyo moral de nuestras instituciones

Los padres y las madres deben cooperar con el maestro, trabajando fervorosamente por la conversión de sus hijos. Procuren ellos mantener vivo y lozano el interés espiritual en el hogar y criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor. Consagren una parte de cada día al estudio, haciéndose estudiantes con sus hijos. De esta manera pueden convertir la hora educacional en momentos de sosiego y provecho, y aumentará su confianza en este método de buscar la salvación de sus hijos.

Algunos de los alumnos regresan a casa murmurando y quejándose, y ciertos padres y miembros de la iglesia prestan oído atento a sus declaraciones exageradas y unilaterales. Sería bueno que considerasen que la historia tiene dos fases; pero en vez de hacerlo así, permiten que

estos informes parciales levanten una valla entre ellos y el colegio. Empiezan luego a expresar temores, dudas y sospechas acerca de la manera en que se dirige el mismo. Una influencia tal ocasiona gran daño. Las palabras de descontento se difunden como una enfermedad contagiosa, y es difícil contrarrestar la impresión hecha en los espíritus. La historia se amplía con cada repetición, hasta que adquiere proporciones gigantescas, cuando la investigación revelaría el hecho de que no hubo culpa de parte de los maestros o profesores. Estaban cumpliendo simplemente su deber al poner en vigencia las reglas que deben practicarse en la escuela para que ésta no se desmoralice.

Si los padres quisieran ponerse en la situación de los maestros y ver cuán difícil resulta necesariamente manejar y disciplinar una escuela de centenares de alumnos de todos los grados y diversas mentalidades, es posible que, al reflexionar, verían las cosas en forma diferente. Deberían considerar que algunos niños no han sido nunca disciplinados en sus hogares. A menos que se haga algo por estos hijos que han sido tan

tristemente descuidados por padres infieles, nunca serán aceptados por Jesús; a menos que se llegue a ejercer cierto dominio sobre ellos, serán inútiles en esta vida y no tendrán parte en la venidera.

Muchos padres y madres se equivocan al fallar en apoyar los esfuerzos de los maestros fieles. Los jóvenes y los niños, con su comprensión imperfecta y su discernimiento sin desarrollar, no siempre son capaces de entender todos los planes y métodos de los maestros. Sin embargo, cuando llevan a casa informes de lo que se dijo e hizo en la escuela, los padres los discuten en el círculo familiar, y se critica sin reservas el proceder del maestro. De esa forma los niños aprenden lecciones que no se olvidan fácilmente. Tan pronto como se los somete a restricciones a las que no están acostumbrados, o se les requiere que se apliquen diligentemente al estudio, apelan a sus imprudentes padres para obtener simpatía y complacencia. Así se fomenta un espíritu de inquietud y descontento; la escuela como un todo se perjudica por la influencia desmoralizadora, y la carga del maestro se vuelve mucho más pesada. Pero la pérdida más grande la

sufren las víctimas de la mala administración de los padres. Los defectos de carácter que podrían haberse corregido con una instrucción correcta se fortalecen con el paso de los años, echando a perder y tal vez destruyendo la utilidad de su poseedor.

Maestros dirigidos por Dios

El Señor obra por medio de todo maestro consagrado; y conviene a los intereses del maestro que así lo comprenda. Los instructores que están bajo la disciplina de Dios, reciben gracia, verdad y luz por el Espíritu Santo para comunicarlas a su vez a los niños. Están bajo el mayor Maestro que el mundo haya conocido, y cuán impropio sería que ellos tuviesen un espíritu cruel, una voz aguda, llena de irritación. Con esto perpetuarían sus propios defectos en los niños.

Dios se comunicará con el alma por su propio Espíritu. Orad mientras estudiáis: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley”. Salmos 119:18. Cuando en oración el maestro confía en Dios, el

Espíritu de Cristo descenderá sobre él, y por el Espíritu Santo Dios obrará mediante él sobre la mente del alumno. El Espíritu Santo llena la mente y el corazón de esperanza, valor e imágenes bíblicas, que serán comunicadas al alumno. Las palabras de verdad crecerán en importancia, y asumirán una anchura y plenitud de significado cual él nunca soñó. La belleza y virtud de la Palabra de Dios ejercen una influencia transformadora sobre la mente y el carácter: las chispas del amor celestial lloverán sobre el corazón de los niños como una inspiración. Podremos llevar centenares y miles de niños a Cristo si trabajamos por ellos.

Antes que los hombres puedan ser verdaderamente sabios, deben comprender que dependen de Dios, y deben estar henchidos de su sabiduría. Dios es la fuente tanto del poder intelectual como del espiritual. Los mayores hombres, que han llegado a lo que el mundo considera como admirables alturas de la ciencia, no pueden compararse con el amado Juan o el apóstol Pablo. La más alta norma de virilidad se alcanza

cuando se combina el poder intelectual con el espiritual. A los que hacen esto, Dios los aceptará como colaboradores consigo en la preparación de las mentes.

La obra más importante de nuestras instituciones educativas en este tiempo consiste en presentar ante el mundo un ejemplo que honre a Dios. Los santos ángeles han de vigilar la obra por intermedio de agentes humanos, y todo departamento ha de llevar la marca de la excelencia divina.

Calificaciones de un maestro de escuela

Conseguid un hombre fuerte para que se destaque como director de vuestra escuela, un hombre cuya fuerza física le sostenga en la ejecución de un trabajo cabal de disciplina; un hombre calificado para inculcar en los alumnos hábitos de orden, aseo y laboriosidad. Haced una obra cabal en todo lo que emprendáis. Si sois fieles en enseñar las materias comunes, muchos de vuestros alumnos podrán ir directamente a la obra

como colportores y evangelistas. No necesitamos pensar que todos los obreros deben tener una educación avanzada.

Al elegir maestros debemos aplicar toda precaución, sabiendo que es un asunto tan solemne como la elección de las personas para el ministerio. Hombres sabios que sepan discernir el carácter, deben hacer la selección; porque se necesita el mejor talento que se pueda obtener para educar y amoldar la mente de los jóvenes, y para llevar adelante con éxito los muchos ramos de trabajo que han de hacer los maestros en nuestras escuelas de iglesia. Ninguna persona de mente inferior o estrecha, debe ser encargada de una de estas escuelas. No pongáis sobre los niños a maestros jóvenes e inexpertos, que no tienen capacidad para manejarlos; porque sus esfuerzos tenderán a la desorganización.

No debería emplearse a un maestro, a menos que tengáis evidencias por medio de pruebas, de que ama a Dios y teme ofenderlo. Si los maestros son enseñados por Dios, si aprenden sus lecciones

diariamente en la escuela de Cristo, trabajarán en conformidad con Cristo. Prevalecerán y atraerán a Cristo, porque cada niño y cada joven es precioso.

Los hábitos y principios de un maestro deben considerarse como de mayor importancia que su preparación literaria. A fin de ejercer la debida influencia, debe tener perfecto dominio de sí mismo y su propio corazón debe estar henchido de amor por sus alumnos, cosa que se revelará en su mirada, sus palabras y actos.

El maestro debe conducirse siempre como un caballero cristiano. Debe asumir la actitud de amigo y consejero de sus alumnos. Si todo nuestro pueblo—maestros, ministros y miembros laicos—cultivase el espíritu de la cortesía cristiana, le sería más fácil hallar acceso a los corazones de la gente; muchos más serían inducidos a examinar y recibir la verdad. Cuando cada maestro se olvide de sí mismo, y sienta profundo interés por el éxito y la prosperidad de sus alumnos, comprendiendo que son propiedad de Dios, y que él deberá dar cuenta de su influencia sobre sus mentes y caracteres,

entonces tendremos una escuela en la cual los ángeles se deleitarán en estar.

Nuestras escuelas de iglesia necesitan maestros que tengan altas cualidades morales; personas en quienes se pueda confiar; que sean sanas en la fe; que tengan tacto y paciencia; que anden con Dios y se abstengan de toda apariencia de mal.

Es malo poner a los niños bajo maestros orgullosos y desprovistos de amor. Un maestro así hará mucho daño a aquellos cuyo carácter se está desarrollando rápidamente. No se los debe emplear si no son sumisos a Dios, si no tienen amor hacia los niños sobre quienes presiden, si manifiestan parcialidad hacia los que agradan a su fantasía, y manifiestan indiferencia para los que son menos atrayentes, o hacia los que son inquietos y nerviosos, porque el resultado de su trabajo será una pérdida de almas para Cristo.

Hacen falta, especialmente para los niños, maestros que sean apacibles y bondadosos, y que manifiesten tolerancia y amor hacia los que más lo

necesitan.

El maestro perderá la misma esencia de la educación, a menos que comprenda la necesidad de orar, y humille su corazón delante de Dios.

No puede sobreestimarse la importancia de las cualidades físicas del maestro; porque cuanto más perfecta sea su salud, tanto más lo será su labor. La mente no puede pensar claramente ni actuar con firmeza cuando las facultades físicas están sufriendo los resultados de la debilidad o la enfermedad. El corazón se impresiona por la mente; pero si la mente pierde su vigor debido a la incapacidad física, queda obstruido el conducto que lleva a los motivos y sentimientos superiores; y el maestro está menos capacitado para discernir entre el bien y el mal. Cuando se sufren los resultados de una mala salud, no es asunto fácil ser paciente y alegre, o actuar con integridad y justicia.

La Biblia en la educación cristiana

Como medio de educación intelectual, la Biblia

es más eficaz que cualquier otro libro o que todos los demás libros juntos. La grandeza de sus temas, la elevada sencillez de sus expresiones, la belleza de sus figuras, avivan y elevan los pensamientos como ninguna otra cosa puede lograrlo. Ningún otro estudio puede impartir poder mental como el que imparte el esfuerzo que se realiza para abarcar las estupendas verdades de la revelación. La mente que en esa forma se pone en contacto con los pensamientos del Ser infinito no puede sino desarrollarse y fortalecerse.

Mayor aún es el poder de la Biblia en el desarrollo de la naturaleza espiritual. El hombre, creado para vivir en comunión con Dios, puede encontrar su verdadera vida y su auténtico desarrollo únicamente en esa comunión. Creado para descubrir en Dios su mayor gozo, en ninguna otra cosa puede hallar lo que puede calmar los anhelos de su corazón, y satisfacer el hambre y la sed del alma. Aquel que con espíritu dócil y sincero estudia la Palabra de Dios para comprender sus verdades, se pondrá en contacto con su Autor, y, a menos que sea por propia decisión, no tienen

límite las posibilidades de su desarrollo.

Confíense a la memoria los pasajes más importantes de la Escritura, no como una imposición sino como un privilegio. Aunque al principio la memoria sea deficiente, adquirirá fuerza con el ejercicio, de manera que después de un tiempo os deleitaréis en atesorar las palabras de verdad. Y el hábito resultará de ayuda valiosa para el crecimiento espiritual.

Peligros al enviar a la escuela a pequeñuelos

Así como los moradores del Edén aprendieron de las páginas de la naturaleza, así como Moisés percibió lo que Dios había escrito en los llanos y las montañas de Arabia, y el niño Jesús en los cerros de Nazaret, los niños de hoy día también pueden aprender del Creador. Lo visible ilustra lo invisible.

Hasta donde sea posible, colóquese al niño, desde su más tierna edad, en situación tal que se abra ante él este maravilloso libro de texto.

No mandéis a vuestros pequeñuelos demasiado pronto a la escuela. La madre debiera ser cuidadosa al confiar el modelado de la mente del niño a manos ajenas. Los padres tendrían que ser los mejores maestros de sus hijos hasta que éstos hayan llegado a la edad de ocho o diez años. Su sala de clase debiera ser el aire libre, entre las flores y los pájaros, y su libro de texto, el tesoro de la naturaleza. Tan pronto como sus inteligencias puedan comprenderlo, los padres debieran abrir ante ellos el gran libro divino de la naturaleza. Estas lecciones, dadas en tal ambiente, no se olvidarán prestamente.

No sólo se ha puesto en peligro la salud física y mental al enviarlos a la escuela demasiado precozmente, sino que han perdido desde el punto de vista moral. Tuvieron la oportunidad de tratarse con niños incultos. Se asociaron con los que son ásperos y rudos, que mienten, blasfeman, roban y engañan, y que se deleitan en impartir su conocimiento del vicio a los que son menores que ellos. Si se deja a los niñitos librados a sus propias

fuerzas, aprenden más fácilmente el mal que el bien. Los malos hábitos se avienen mejor con el corazón natural y las cosas que ven y oyen en su infancia y niñez se graban profundamente en su mente; y la mala semilla sembrada en su corazón joven se arraigará y se convertirá en aguzadas espinas que herirán el corazón de sus padres.

Importancia de la instrucción en los deberes de la vida práctica

Ahora, como en los días de Israel, todo joven debe ser instruido en los deberes de la vida práctica. Cada uno debe adquirir cierto conocimiento de algún ramo manual por medio del cual, si fuera necesario, pudiera ganarse la vida. Esto es esencial, no sólo como una salvaguardia contra las vicisitudes de la vida, sino por su influencia sobre el desarrollo físico, mental y espiritual.

Diversas industrias deben instalarse en nuestras escuelas. La instrucción industrial debe incluir la teneduría de libros, la carpintería y todo lo que

abarca la agricultura. Deben hacerse preparativos para enseñarse los trabajos de herrería, pintura, zapatería, arte culinario, panadería, lavandería, zurcidos, dactilografía e imprenta. Debe dedicarse a este trabajo de adiestramiento toda facultad de que disponemos, para que los alumnos puedan salir bien preparados para los deberes de la vida práctica.

En cuanto a las alumnas, son muchos los empleos que se les podría proveer para permitirles obtener una educación abarcante y práctica. Debe enseñárseles a hacer vestidos y a cuidar del jardín. Deben cultivar flores y plantar frutillas. Así, mientras se están educando en el trabajo práctico, obtendrán saludable ejercicio al aire libre.

Se debería dar realce a la influencia que tiene la mente sobre el cuerpo, y éste sobre aquélla. La energía eléctrica del cerebro, aumentada por la actividad mental, vitaliza todo el organismo, y es de ayuda inapreciable para resistir la enfermedad.

Hay en la Escritura una verdad relativa a la

fisiología que necesitamos considerar: “El corazón alegre constituye buen remedio”. Proverbios 17:22.

A fin de que los niños y los jóvenes tengan salud, alegría, vivacidad, y músculos y cerebros bien desarrollados, deben estar mucho al aire libre, tener trabajo y recreación bien regulados. Los niños y los jóvenes a quienes se los mantiene en la escuela, atados a los libros, no pueden tener sana constitución física. El ejercicio del cerebro en el estudio sin el correspondiente ejercicio físico, tiende a atraer la sangre al cerebro y desequilibra su circulación a través del organismo. El cerebro tiene demasiada sangre y ésta falta en las extremidades. Debe haber reglas para regir y limitar los estudios de los niños y los jóvenes a ciertas horas, y luego una parte de su tiempo tiene que dedicarse a la labor física. Si sus hábitos de comer, vestir y dormir están de acuerdo con la ley natural, pueden educarse sin sacrificar la salud física y mental.

La dignidad del trabajo

Se debiera inducir a los jóvenes a apreciar la verdadera dignidad del trabajo. Muéstreseles que Dios obra constantemente. Todas las cosas de la naturaleza cumplen la tarea que se les ha asignado. Se ve actividad en toda la creación y, para cumplir nuestra misión, nosotros también debemos ser activos.

El trabajo físico que se combina con el esfuerzo mental con el fin de ser útil, es una disciplina en la vida práctica, dulcificada siempre por el pensamiento de que está habilitando y educando la mente y el cuerpo para hacer mejor la obra que Dios se propuso que hiciesen los hombres en ramos diversos.

Ninguno de nosotros debe avergonzarse de su trabajo, por humilde y servil que parezca, pues es ennoblecedor. Todos los que trabajan, ya sea con la mente o con las manos, cumplen con su de- ber y honran su religión, tanto mientras lavan la ropa o los platos como cuando van a la reunión. Mientras

las manos se dedican al trabajo más común, la mente puede ser elevada y ennoblecida por pensamientos puros y santos.

Una poderosa razón para menospreciar el trabajo físico es la forma descuidada e irreflexiva con que tan a menudo se lo realiza. Se lo hace por necesidad y no por gusto. El trabajador no pone su corazón en él; tampoco conserva su dignidad ni logra que los demás lo respeten. La educación manual debería corregir este error. Debería desarrollar hábitos de exactitud y prolijidad. Los alumnos deberían aprender a tener tacto y a ser sistemáticos; deberían aprender a economizar el tiempo y a sacar provecho de cada movimiento. No sólo se les debería enseñar los mejores métodos, sino que se les debería inspirar a los alumnos la ambición de mejorar constantemente. Su meta debería ser que fuera su trabajo tan perfecto como puedan lograrlo las manos y el cerebro humanos.

Es un pecado dejar que los niños se críen en la ociosidad. Ejerciten sus miembros y músculos, aun cuando los canse. Si no se los recarga demasiado,

¿cómo puede el cansancio perjudicarle más que a vosotros? Hay mucha diferencia entre el cansancio y el agotamiento. Los niños necesitan cambiar de ocupación más a menudo que los adultos y tener con más frecuencia intervalos de descanso; pero aun en edad temprana, pueden comenzar a aprender a trabajar, y serán felices al pensar que se están haciendo útiles. El sueño les será dulce después de un trabajo saludable, y quedarán refrigerados para el siguiente día de trabajo.

No debería ignorarse la lengua materna

En todo aspecto de la educación debe haber fines más importantes que los que se logran mediante el mero conocimiento técnico. Tómese, por ejemplo, el caso del lenguaje. Es de mayor importancia la capacidad de escribir y hablar la lengua propia con facilidad y exactitud, que aprender idiomas extranjeros, vivos o muertos. Pero ninguna educación lograda por medio del conocimiento de las reglas gramaticales puede compararse en importancia con el estudio del idioma desde un punto de vista superior. A este

estudio están ligadas, en extenso grado, la felicidad o la desgracia de la vida.

Las obras de los escépticos están prohibidas por Dios

¿Es propósito del Señor que los principios erróneos, los raciocinios falsos y los sofismas de Satanás se mantengan ante la atención de nuestros jóvenes y niños? ¿Deben presentarse los sentimientos paganos e incrédulos a nuestros alumnos como adiciones valiosas a su caudal de conocimientos? Las obras de los escépticos más intelectuales son obras de una mente prostituida al servicio del enemigo; y ¿deben los que sostienen ser reformadores, que procuran dirigir a los niños y los jóvenes en el camino recto, en la senda trazada para que anden en ella los redimidos del Señor, imaginarse que Dios desea que ellos presenten a la juventud para su estudio aquello que representará falsamente su carácter y lo pondrá en una luz falsa? ¡No lo permita Dios!

Los resultados de una educación cristiana

Así como los niños cantaron en los atrios del templo “¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor”, en estos últimos días las voces infantiles se levantarán para dar el último mensaje de amonestación a un mundo que perece. Cuando los agentes celestiales vean que no se permite más a los hombres presentar la verdad, el Espíritu de Dios descenderá sobre los niños y ellos harán en la proclamación de la verdad una labor que los obreros de mayor edad no podrán hacer, por cuanto su camino se hallará cerrado.

Nuestras escuelas de iglesia han sido instituidas por Dios para preparar a los niños para esta gran obra. En ellas han de ser educados los niños en las verdades especiales para este tiempo y en la obra misionera práctica. Ellos han de alistarse en el ejército de obreros para auxiliar a los enfermos y a los que sufren. Los niños pueden tomar parte en la obra médico-misionera y mediante sus jotas y tildes pueden contribuir a llevarla adelante. Sus aportes podrán ser pequeños, pero todo poquito

ayuda, y por medio de sus esfuerzos muchas almas serán ganadas para la verdad. Por su intermedio se hará notorio el mensaje de Dios y su salud salvadora a todas las naciones. Por lo tanto, preocúpese la iglesia por los corderos del rebaño. Sean los niños educados y preparados para servir a Dios, pues ellos son la heredad del Señor.

Debidamente dirigidas, las escuelas de iglesia serán los medios de levantar el estandarte de la verdad en los lugares donde se hallan establecidas; pues los niños que estén recibiendo una educación cristiana serán testigos de Cristo. Así como Jesús resolvió en el templo los misterios que sacerdotes y príncipes no habían discernido, en la obra final de esta tierra, los niños que hayan sido debidamente educados pronunciarán, en su sencillez, palabras que asombrarán a hombres que ahora hablan de “educación superior”.

Se me mostró que nuestro colegio fue destinado por Dios a realizar la grande y buena obra de salvar almas. Sólo cuando se los coloca bajo el pleno dominio del Espíritu de Dios los talentos de un

individuo son utilizados al máximo. Los preceptos y principios de la religión son los primeros pasos en la adquisición del conocimiento y constituyen la misma base de la verdadera educación. El conocimiento y la ciencia deben ser vivificados por el Espíritu de Dios a fin de servir los más nobles propósitos. Solamente el cristiano puede hacer el debido uso del conocimiento. La ciencia, para que pueda ser plenamente apreciada, debe ser considerada desde un punto de vista religioso. El corazón ennoblecido por la gracia de Dios puede comprender mejor el verdadero valor de la educación. Los atributos de Dios, que se observan en sus obras creadas, pueden ser apreciados únicamente conociendo al Creador. Los maestros no deben estar familiarizados sólo con la teoría de la verdad, sino que deben tener un conocimiento experimental del camino de la santidad a fin de conducir a los jóvenes a las fuentes de la verdad, al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El conocimiento es poder únicamente cuando está unido con la verdadera piedad.

Responsabilidad de los estudiantes para sostener su escuela

Los estudiantes que profesan amar a Dios y obedecer la verdad, deben poseer un grado de dominio propio y fuerza de principios religiosos que los habiliten para permanecer inconmovibles en medio de las tentaciones, y destacarse por Jesús en el colegio, en la casa de pensión, o dondequiera que estén. La religión no ha de ser llevada simplemente como un manto en la casa de Dios, sino que los principios religiosos deben caracterizar toda la vida.

Los que están bebiendo de la fuente de la vida no manifestarán, como los mundanos, un anhelante deseo de variedad y placer. En su comportamiento y carácter se verá el descanso, la paz y la felicidad que han hallado en Cristo al deponer diariamente sus perplejidades y cargas a sus pies. Mostrarán que hay contentamiento y aun gozo en la senda del deber y la obediencia. Los tales ejercerán sobre sus condiscípulos una influencia que se hará sentir sobre toda la escuela. Los que componen ese fiel

ejército refrigerarán y fortalecerán a los maestros y profesores en sus esfuerzos, procurando vencer toda especie de infidelidad, discordia y negligencia de los reglamentos. Su influencia será salvadora y sus obras no perecerán en el gran día de Dios, sino que los seguirán en el mundo futuro; y la influencia de su vida aquí se hará sentir a través de las incesantes edades de la eternidad. Un joven ferviente, concienzudo y fiel en la escuela es un tesoro inestimable. Los ángeles del cielo lo consideran con amor. Su precioso Salvador le ama, y en el libro mayor del cielo quedará registrada toda obra de justicia, toda tentación resistida, todo mal vencido. Así estará echando un buen fundamento para el tiempo venidero, para asirse de la vida eterna.

De la juventud cristiana depende en gran medida la conservación y perpetuidad de las instituciones que Dios ha designado como medios de adelantar su obra. Esta seria responsabilidad descansa sobre la juventud que entra hoy en el escenario de acción. Nunca ha habido una época en que dependiesen resultados tan importantes de una

generación de hombres. ¡Cuán importantes es, pues, que los jóvenes lleguen a estar capacitados para la gran obra, a fin de que Dios pueda usarlos como instrumentos suyos! Su Hacedor tiene sobre ellos derechos que superan a todos los demás.

Dios es quien ha dado la vida y toda dote física y mental que los jóvenes poseen. Les ha conferido capacidad para que la aprovechen sabiamente, a fin de confiarles una obra que será tan duradera como la eternidad. En recompensa de sus grandes dones, él pide que ellos cultiven y ejerzan debidamente sus facultades intelectuales y morales. No les dio esas facultades para su diversión o para que abusasen de ellas obrando contra su voluntad y providencia, sino para que las empleasen en fomentar el conocimiento de la verdad y santidad en el mundo. El exige su gratitud, su veneración y amor, por su continua bondad e infinitas misericordias. El requiere con justicia que se obedezcan sus leyes y todos los sabios reglamentos que restringirán y guardarán a los jóvenes de los designios de Satanás y los conducirán por sendas de paz. Si los jóvenes pueden ver que al cumplir

con las leyes y reglamentos de nuestras instituciones están haciendo algo que mejorará su posición en la sociedad, elevará su carácter, ennoblecerá su mente y aumentará su fidelidad, no se rebelarán contra las reglas justas y los requerimientos sanos, ni se dedicarán a crear sospechas y prejuicios contra estas instituciones. Nuestros jóvenes deben tener un espíritu de energía y fidelidad para hacer frente a las demandas que se les hacen, y les será una garantía de éxito. El carácter malo y temerario de muchos de los jóvenes de esta época del mundo es descorazonador. Mucha de la culpa incumbe a los padres en el hogar. Sin el temor de Dios nadie puede ser verdaderamente feliz.

Capítulo 38

El llamamiento a vivir una vida temperante

La salud es una bendición inestimable, que está más íntimamente relacionada con la conciencia y la religión de lo que muchos se dan cuenta. Tiene mucho que ver con la capacidad de uno para servir, y debe ser guardada en forma tan sagrada como el carácter; porque cuanto más perfecta sea la salud, tanto más perfectos serán también nuestros esfuerzos para hacer progresar la causa de Dios y beneficiar a la humanidad.

El 10 de diciembre de 1871 me fue mostrado que la reforma pro salud es un ramo de la gran obra que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor. Está tan íntimamente relacionada con el mensaje del tercer ángel como la mano lo está con el cuerpo. La ley de los Diez Mandamientos ha sido considerada livianamente por los hombres, pero el Señor no quiso venir a castigar a los

transgresores de dicha ley sin mandarles primero un mensaje de amonestación. El tercer ángel proclama ese mensaje. Si los hombres hubieran sido siempre obedientes al Decálogo, y hubiesen llevado a cabo en su vida los principios de esos preceptos, la maldición de tanta enfermedad que ahora inunda el mundo no existiría.

Los hombres y las mujeres no pueden violar la ley natural, complaciendo un apetito depravado y pasiones concupiscentes, sin violar la ley de Dios. Por lo tanto, el Señor ha permitido que sobre nosotros resplandezca la luz de la reforma pro salud, para que veamos el pecado que cometemos al violar las leyes que él estableció en nuestro ser. Todos nuestros goces o sufrimientos pueden atribuirse a la obediencia o transgresión de la ley natural.

Nuestro misericordioso Padre celestial ve la condición deplorable de los hombres que, a sabiendas unos, por ignorancia muchos, viven violando las leyes que él estableció. Pero por su amor y compasión hacia la especie humana, él hace

resplandecer la luz de la reforma pro salud. Promulga su ley y anuncia la penalidad que se aplicará a la transgresión de ella, para que todos puedan aprender y procuren vivir en armonía con la ley natural. Proclama su ley tan distintamente y la hace tan eminente que es como una ciudad asentada sobre una montaña. Todos los seres responsables pueden comprenderla si quieren. Los idiotas no serán responsables. Hacer clara la ley natural e instar a que se la obedezca es la obra que acompaña al mensaje del tercer ángel, con el propósito de preparar un pueblo para la venida del Señor.

“No sois vuestros”

Creemos sin duda alguna que Cristo va a venir pronto. Esto no es una fábula para nosotros; es una realidad. Cuando el viniere, no lo hará para limpiarnos de nuestros pecados, quitarnos los defectos de carácter o curarnos de las flaquezas de nuestro temperamento y disposición. Si es que se ha de realizar en nosotros esta obra, se hará antes de aquel tiempo.

Cuando venga el Señor, los que son santos seguirán siendo santos. Los que han conservado su cuerpo y espíritu en pureza, santificación y honra, recibirán el toque final de la inmortalidad. Pero los que son injustos, inmundos y no santificados permanecerán así para siempre. No se hará en su favor ninguna obra que elimine sus defectos y les dé un carácter santo. Todo esto debe hacerse en las horas del tiempo de gracia. Ahora es cuando debe realizarse esta obra en nosotros.

Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la pureza de carácter y al crecimiento en la gracia. Dondequiera que miremos, vemos corrupción y contaminación, deformidad y pecado. Y ¿cuál es la obra que hemos de emprender aquí precisamente antes de recibir la inmortalidad? Consiste en conservar nuestros cuerpos santos y nuestro espíritu puro, para que podamos subsistir sin mancha en medio de las corrupciones que abundan en derredor nuestro en estos últimos días.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del

Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". 1 Corintios 6:19, 20.

No nos pertenecemos. Hemos sido comprados a un precio elevado, a saber, los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Si pudiésemos comprender plenamente esto, sentiríamos que pesa sobre nosotros la gran responsabilidad de mantenernos en la mejor condición de salud, a fin de prestar a Dios un servicio perfecto. Pero cuando nos conducimos de manera que nuestra vitalidad se gasta, nuestra fuerza disminuye y el intelecto se anubla, pecamos contra Dios. Al seguir esta conducta no le glorificamos en nuestro cuerpo ni en nuestro espíritu que son suyos, sino que cometemos lo que es a su vista un grave mal.

La obediencia es un asunto de deber personal

El Creador del hombre ha dispuesto la maquinaria viviente de nuestro cuerpo. Toda

función ha sido hecha maravillosa y sabiamente. Y Dios se ha comprometido a conservar esta maquinaria humana marchando en forma saludable, si el agente humano quiere obedecer las leyes de Dios y cooperar con él. Toda ley que gobierna la maquinaria humana ha de ser considerada tan divina en su origen, en su carácter y en su importancia como la Palabra de Dios. Toda acción descuidada y desatenta, todo abuso cometido con el maravilloso mecanismo del Señor, al desatender las leyes específicas que rigen la habitación humana, es una violación de la ley de Dios. Podemos contemplar y admirar la obra de Dios en el mundo natural, pero la habitación humana es la más admirable.

Puesto que las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios, sencillamente es nuestro deber dar a estas leyes un estudio cuidadoso. Debemos estudiar sus requerimientos con respecto a nuestros propios cuerpos, y conformarnos a ellos. La ignorancia en estas cosas es pecado.

Cuando los hombres y las mujeres se

convierten de verdad, respetan concienzudamente las leyes de la vida que Dios ha establecido en su ser, y así tratan de evitar la debilidad física, mental y moral. La obediencia a estas leyes ha de convertirse en un deber personal. Nosotros mismos debemos sufrir los males producidos por la violación de la ley. Debemos dar cuenta a Dios por nuestros hábitos y prácticas. Por lo tanto, la pregunta que debemos hacernos no es: "¿Qué dirá el mundo?", sino "¿cómo trataré yo, que pretendo ser un cristiano, la habitación que Dios me ha dado? ¿Trabajaré para lograr mi más alto bien temporal y espiritual al guardar mi cuerpo como templo para la morada del Espíritu Santo, o me abandonaré a las ideas y prácticas del mundo?"

La vida de Dios en el alma es la única esperanza del hombre

La religión de la Biblia no perjudica la salud del cuerpo ni de la mente. La influencia del Espíritu de Dios es la mejor medicina para la enfermedad. El cielo es todo salud; y mientras más profundamente se experimenten las influencias

celestiales, más segura será la recuperación del inválido creyente. Los verdaderos principios del cristianismo se abren delante de todos como una fuente de felicidad inestimable. La religión es un manantial inagotable, en el cual el cristiano puede beber cuanto desee sin que jamás se termine.

La condición de la mente afecta la salud del sistema físico. Si la mente es libre y feliz, como resultado de una conducta correcta y por la sensación de satisfacción que se deriva de hacer felices a otros, engendra una alegría que producirá un efecto positivo sobre todo el sistema, hará que la sangre circule más libremente y tonificará todo el cuerpo. La bendición de Dios es un poder sanador, y los que son amplios en beneficiar a otros experimentarán esa bendición maravillosa tanto en el corazón como en la vida entera.

Cuando las personas que han gratificado sus malos hábitos y prácticas pecaminosas se someten al poder de la verdad divina, la aplicación de dichas verdades al corazón aviva las facultades morales, que parecían haberse paralizado. El

receptor posee una comprensión más enérgica y clara [de lo que significa] fundamentar su alma sobre la Roca eterna. Aun su salud física mejora al establecer su seguridad en Cristo.

Los hombres necesitan aprender que no pueden poseer en su plenitud las bendiciones de la obediencia, sino cuando reciben la gracia de Cristo. Esta es la que capacita al hombre para obedecer las leyes de Dios y para liberarse de la esclavitud de los malos hábitos. Es el único poder que puede hacerle firme en el buen camino y permanecer en él.

Cuando se recibe el Evangelio en su pureza y con todo su poder, es un remedio para las enfermedades originadas por el pecado. Sale el Sol de justicia, “trayendo salud eterna en sus alas”. Malaquías 4:2, V.M. Todo lo que el mundo proporciona no puede sanar al corazón quebrantado, ni dar la paz al espíritu, ni disipar las inquietudes, ni desterrar la enfermedad. La fama, el genio y el talento son impotentes para alegrar el corazón entristecido o restaurar la vida malgastada.

La vida de Dios en el alma es la única esperanza del hombre.

El amor que Cristo infunde en todo nuestro ser es un poder vivificante. Da salud a cada una de las partes vitales: el cerebro, el corazón y los nervios. Por su medio, las energías más potentes de nuestro ser despiertan y entran en actividad. Libra al alma de culpa y tristeza, de la ansiedad y congoja que agotan las fuerzas de la vida. Con él vienen la serenidad y la calma. Implanta en el alma un gozo que nada en la tierra puede destruir; el gozo que hay en el Espíritu Santo, un gozo que da salud y vida.

Las palabras de nuestro Salvador: “Venid a mí... y yo os haré descansar” (Mateo 11:28), son una receta para curar las enfermedades físicas, mentales y espirituales. A pesar de que por su mal proceder los hombres han atraído el dolor sobre sí mismos, Cristo se compadece de ellos. En él pueden encontrar ayuda. Hará cosas grandes en beneficio de quienes en él confíen.

La reforma pro salud actual

En nuestra obra debe dedicarse más atención a la reforma pro temperancia. Todo deber que exige reforma entraña arrepentimiento, fe y obediencia. Significa elevar el alma a una vida nueva y más noble. De modo que toda verdadera reforma tiene su lugar en la obra del mensaje del tercer ángel. Especialmente la reforma pro temperancia exige nuestra atención y apoyo. En nuestros congresos debemos llamar la atención a esa obra y hacer de ella un asunto de viva importancia. Debemos presentar a la gente los principios de la verdadera temperancia y solicitarle que firme la promesa de abstinencia. Debe dedicarse atención especial a los que están esclavizados por los malos hábitos. Debemos conducirlos a la cruz de Cristo.

A medida que nos acercamos al fin del tiempo, debemos elevarnos cada vez más en lo que respecta a la cuestión de la reforma pro salud y la temperancia cristiana, presentándola de una manera más positiva y decidida. Debemos esforzarnos continuamente por educar a la gente, no solamente

por nuestras palabras, sino también por nuestra práctica. El precepto y la práctica combinados ejercen una poderosa influencia.

Capítulo 39

La importancia de la limpieza

Para tener buena salud, debemos tener buena sangre, pues la sangre es la corriente de la vida. Repara los desgastes y nutre el cuerpo. Provista de los elementos convenientes y purificada y vitalizada por el contacto con el aire puro, da vida y vigor a todas partes del organismo. Cuanto más perfecta sea la circulación, mejor cumplida quedará aquella función.

Aplicada externamente, el agua es uno de los medios más sencillos y eficaces para regularizar la circulación de la sangre. Un baño frío o siquiera fresco es excelente tónico. Los baños calientes abren los poros, y ayudan a eliminar las impurezas. Los baños calientes y templados calman los nervios y regulan la circulación.

El ejercicio aviva y regula la circulación de la sangre; pero en la ociosidad la sangre no circula con libertad, ni se efectúa su renovación, tan

necesaria para la vida y la salud. La piel también se vuelve inactiva. Las impurezas no son eliminadas como podrían serlo si un ejercicio activo estimulara la circulación, mantuviera la piel en condición de salud, y llenara los pulmones con aire puro y fresco.

Hay que conceder a los pulmones la mayor libertad posible. Su capacidad se desarrolla mediante el libre funcionamiento, pero disminuye si se los tiene apretados y comprimidos. De ahí los malos efectos de la costumbre tan común, principalmente en las ocupaciones sedentarias, de encorvarse al trabajar. En esta posición es imposible respirar hondamente. La respiración superficial se vuelve pronto un hábito, y los pulmones pierden la facultad de dilatarse.

Así se recibe una cantidad insuficiente de oxígeno. La sangre se mueve perezosamente. Los productos tóxicos del desgaste, que deberían ser eliminados por la espiración, quedan dentro del cuerpo y corrompen la sangre. No sólo los pulmones, sino el estómago, el hígado y el cerebro,

quedan afectados. La piel se pone cetrina, la digestión se retarda, se deprime el corazón, se anubla el cerebro, los pensamientos se vuelven confusos, se entenebrece el espíritu, el organismo entero queda deprimido e inactivo y particularmente expuesto a la enfermedad.

Los pulmones eliminan continuamente impurezas, y necesitan una provisión constante de aire puro. El aire impuro no proporciona la cantidad necesaria de oxígeno, y entonces la sangre pasa por el cerebro y demás órganos sin haber sido vivificada. De ahí que resulte indispensable una ventilación completa. Vivir en aposentos cerrados y mal ventilados, donde el aire está viciado, debilita el organismo entero, que se vuelve muy sensible al frío y enferma a la menor exposición de aire. La reclusión en las habitaciones es lo que torna pálidas y débiles a muchas mujeres. Respiran y vuelven a espirar el mismo aire viciado, hasta recargarlo de materias tóxicas expelidas por los pulmones y los poros, y las impurezas regresan así a la sangre.

Muchos sufren enfermedades porque se niegan a recibir en sus habitaciones en la noche el puro aire nocturno. El puro y gratuito aire del cielo es una de las más ricas bendiciones de que podemos gozar.

La limpieza escrupulosa es esencial para la salud del cuerpo y de la mente. El cuerpo elimina continuamente impurezas por conducto de la piel, cuyos millones de poros se obstruyen pronto con la acumulación de deshechos si no se la limpia por medio de frecuentes baños. Entonces las impurezas que debieran evacuarse por la piel sobrecargan los demás órganos de eliminación.

A muchas personas les aprovecharía un baño frío o tibio cada día, por la mañana o por la noche. En vez de aumentar la propensión a resfriarse, el baño, tomado debidamente, fortalece contra el frío, pues estimula la circulación. La sangre es atraída a la superficie, de modo que circula con mayor facilidad, y vigoriza tanto el cuerpo como la mente. Los músculos se vuelven más flexibles, la inteligencia más aguda. El baño calma los nervios.

Ayuda a los intestinos, al estómago y al hígado, y favorece la digestión.

Importa también que la ropa esté siempre limpia. Las prendas de vestir que se llevan puestas absorben los desechos que el cuerpo elimina por los poros, y si no se mudan y lavan con frecuencia, el cuerpo volverá a absorber todas esas impurezas.

Cualquier forma de desaseo fomenta la enfermedad. Los gérmenes mortíferos abundan en los rincones obscuros y descuidados, en los desechos pútridos, en la humedad y el moho. No se toleren cerca de la casa los desperdicios de verduras ni los montones de hojas caídas que se pudren y vician el aire. No debe haber tampoco dentro de la casa cosas sucias o descompuestas.

La limpieza perfecta, la abundancia de sol, la cuidadosa atención a las condiciones sanitarias de todo detalle de la vida doméstica, son esenciales para librarse de las enfermedades y para alegrar y vigorizar a los que vivan en la casa.

Enseñad a los niños que a Dios le desagrada verlos sucios, con la ropa desgarrada y desaseada. Tener la ropa limpia y aseada es una manera de mantener los pensamientos puros y agradables. Hay que conservar limpias especialmente todas las prendas que tienen contacto directo con la piel.

La verdad jamás asienta su delicado pie en una senda de suciedad o impureza. El que se preocupó tanto porque los hijos de Israel cultivaran hábitos de limpieza, no sancionará ninguna impureza en los hogares de sus hijos de la actualidad. Dios contempla con reprobación la suciedad de cualquier clase.

Si hay rincones sucios y descuidados en la casa, será más fácil que se formen rincones impuros en el alma.

El cielo es puro y santo, y los que pasen por las puertas de la ciudad de Dios tendrán que haberse revestido de pureza interior y exterior en este mundo.

Capítulo 40

El alimento que comemos

Nuestro cuerpo se forma con el alimento que ingerimos. En los tejidos del cuerpo se realiza de continuo un proceso de reparación, pues el funcionamiento de los órganos acarrea desgaste, y éste debe ser reparado por el alimento. Cada órgano del cuerpo exige nutrición. El cerebro debe recibir la suya; y lo mismo sucede con los huesos, los músculos y los nervios. Es una operación maravillosa la que transforma el alimento en sangre y aprovecha esta sangre para la reconstitución de las diversas partes del cuerpo; pero esta operación, que prosigue de continuo, suministra vida y fuerza a cada nervio, músculo y órgano.

Deben escogerse los alimentos que mejor proporcionen los elementos necesarios para la reconstitución del cuerpo. En esta elección, el apetito no es una guía segura. Los malos hábitos en el comer lo han pervertido. Muchas veces pide alimento que altera la salud y causa debilidad en

vez de producir fuerza. Tampoco podemos dejarnos guiar por las costumbres de la sociedad. Las enfermedades y dolencias que prevalecen por doquiera provienen en buena parte de errores comunes respecto al régimen alimenticio.

Pero no todos los alimentos sanos de por sí convienen igualmente a nuestras necesidades en cualquier circunstancia. Nuestro alimento debe escogerse con mucho cuidado. Nuestro régimen alimenticio debe adaptarse a la estación del año, al clima en que vivimos y a nuestra ocupación. Algunos alimentos que convienen perfectamente a una estación del año o en cierto clima, no convienen en otros. También sucede que ciertos alimentos son los más apropiados para diferentes ocupaciones. Con frecuencia el alimento que un operario manual o bracero puede consumir con provecho no conviene a quien se entrega a una ocupación sedentaria o a un trabajo intelectual intenso. Dios nos ha dado una amplia variedad de alimentos sanos, y cada cual debe escoger el que más convenga a sus necesidades, conforme a la experiencia y a la sana razón.

El plan original de Dios para la alimentación del hombre

Para saber cuáles son los mejores comestibles tenemos que estudiar el plan original de Dios para la alimentación del hombre. El que creó al hombre y comprende sus necesidades indicó a Adán cuál era su alimento. “He aquí—dijo—que os he dado toda planta que da semilla,... y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer”. Génesis 1:29. Al salir del Edén para ganarse el sustento labrando la tierra bajo el peso de la maldición del pecado, el hombre recibió permiso para comer también “plantas del campo”. Génesis 3:18.

Los cereales, las frutas carnosas, las oleaginosas y las legumbres constituyen el alimento escogido para nosotros por el Creador. Pre- parados del modo más sencillo y natural posible, son los comestibles más sanos y nutritivos. Comunican una fuerza, una resistencia y un vigor intelectual que no pueden obtenerse de un régimen

alimenticio más complejo y estimulante.

Para conservar la salud, se necesita una cantidad suficiente de alimento sano y nutritivo.

Si procedemos con prudencia, podremos conseguir en casi cualquier país la clase de alimentos que más favorece a la salud. Las variadas preparaciones de arroz, trigo, maíz y avena, como también las judías, porotos o fréjoles, guisantes y lentejas se exportan hoy a todas partes. Estos alimentos, junto con las frutas indígenas o importadas, y con la variedad de verduras propias de cada país, facilitarán la elección y la composición de comidas, sin necesidad de carnes.

Donde las frutas desecadas, como uvas pasas, ciruelas, manzanas, melocotones o duraznos, y albaricoques o damascos, puedan obtenerse a precios moderados, se verá que pueden emplearse como alimentos de consumo corriente mucho más de lo que se acostumbra, y con los mejores resultados para la salud y el vigor de todas las clases de personas activas.

La ciencia culinaria

La ciencia culinaria no es una ciencia despreciable, sino una de las más importantes de la vida práctica. Es una ciencia que toda mujer debería aprender, y que debería ser enseñada en forma provechosa a las clases pobres. Preparar manjares apetitosos, al par que sencillos y nutritivos, requiere habilidad; pero puede hacerse. Las cocineras deberían saber preparar manjares sencillos en forma saludable, y de tal manera que resulten sabrosos precisamente por su sencillez.

Hagamos un progreso inteligente en la simplificación de nuestro régimen alimenticio. En la providencia de Dios, todo país produce artículos de alimentación que contienen la nutrición necesaria para edificar el organismo. Estos pueden presentarse en forma de platos saludables y apetitosos.

Muchos no lo consideran un deber, y por esta razón ni siquiera hacen un esfuerzo por cocinar su

comida en forma apropiada. Esto se puede lograr en una forma tan sencilla, saludable y fácil, sin el uso de manteca, mantequilla o carne. La pericia debe ir unida con la simplicidad. Para lograr esto, las mujeres deben leer, y luego con mucha paciencia deben emplear en la práctica lo que han leído.

Las frutas, los cereales, las legumbres y las hortalizas, preparados de una manera sencilla, sin ninguna clase de grasas ni especias, constituyen, juntamente con la leche o la crema, el régimen alimenticio más saludable.

Los cereales y las frutas, preparados sin grasa y en forma tan natural como sea posible, deben ser el alimento destinado a todos aquellos que aseveran estar preparándose para ser trasladados al cielo.

Se suele emplear demasiado azúcar en la comidas. Las tortas, los budines, las pastas o pasteles, las jaleas y los dulces son causas activas de indigestión. Particularmente dañinos son los flanes cuyos ingredientes principales son la leche,

los huevos y el azúcar. Debe evitarse el consumo copioso de la leche con azúcar.

Cuanto menos azúcar se introduce en la preparación de los alimentos, menos dificultad se experimentará por lo cálido del clima.

Si se hace uso de leche, debe ser bien esterilizada, pues con esta precaución hay menos peligro de enfermedad.

Llegará el tiempo cuando no será seguro usar leche. Pero si las vacas son sanas y la leche se hierve bien, no hay necesidad de crear un tiempo de angustia con anticipación.

Alimentos muy sazonados

Los condimentos, tan frecuentemente usados por la gente del mundo, son ruinosos para la digestión.

En esta época de apresuramientos, cuanto menos excitante sea el alimento, mejor. Los

condimentos son perjudiciales de por sí. La mostaza, la pimienta, las especias, los encurtidos y otras cosas por el estilo, irritan el estómago y enardecen y contaminan la sangre. La inflamación del estómago del borracho se representa muchas veces gráficamente para ilustrar el efecto de las bebidas alcohólicas. El consumo de condimentos irritantes produce una inflamación parecida. El organismo siente una necesidad insaciable de algo más estimulante.

Algunos han complacido tanto su gusto, que a menos que tengan precisamente el artículo de consumo que exigen, no hallan placer en comer. Si se pone delante de ellos alimentos condimentados con especias, éstos hacen que el estómago trabaje al castigarlo con ese ardiente látigo; porque ha sido tratado de tal manera que no reconocerá alimentos que no sean estimulantes.

Las especias irritan la delicada mucosa del estómago y destruyen su sensibilidad. La sangre se afiebra, y las propensiones animales se despiertan, mientras que las facultades morales e intelectuales

se debilitan y llegan a ser dominadas por las más bajas pasiones.

La madre debiera aprender a presentar una alimentación sencilla, a la vez que nutritiva, ante su familia.

Regularidad en las comidas

Después que se ha ingerido la comida regular debe dejarse que el estómago descanse cinco horas. Ni una partícula de comida debe ser introducida en el estómago hasta la siguiente comida. En este intervalo el estómago efectuará su trabajo y estará entonces en condición de recibir más alimento.

Hay que observar cuidadosamente la regularidad en las comidas. Al niño no se le debe dar de comer entre comidas, ni pasteles, ni nueces, ni frutas, ni manjar de ninguna clase. La irregularidad en las comidas destruye el tono sano de los órganos de la digestión, en perjuicio de la salud y del buen humor. Y cuando los niños se sientan a la mesa, no toman con gusto el alimento

sano; su apetito clama por manjares nocivos.

Cuando nos entregamos al descanso, el estómago debe haber concluido ya su tarea, para que él también pueda descansar, como los demás órganos del cuerpo. A las personas de hábitos sedentarios les resultan particularmente perjudiciales las cenas tardías.

En muchos casos, la sensación de debilidad que da ganas de comer proviene del excesivo recargo de los órganos digestivos durante el día. Estos, después de haber ingerido una comida, necesitan descanso. Entre las comidas deben mediar cuando menos cinco o seis horas, y la mayoría de las personas que quieran hacer la prueba verán que dos comidas al día dan mejor resultado que tres.

La costumbre de comer sólo dos veces al día es reconocida generalmente como beneficiosa para la salud. Sin embargo, en algunas circunstancias habrá personas que requieran una tercera comida, que debe ser ligera y de muy fácil digestión.

Cuando los estudiantes combinan el recargo físico con el mental, la objeción por la tercera comida queda eliminada en gran parte.

Permítase a los estudiantes que ingieran una tercera comida, preparada sin verduras ni legumbres, pero con alimentos sencillos y sanos, como fruta y pan.

Los manjares no deben ingerirse muy calientes ni muy fríos. Si la comida está fría, la fuerza vital del estómago se distrae en parte para calentarlos antes que pueda digerirlos. Por el mismo motivo las bebidas frías son perjudiciales, al par que el consumo de bebidas calientes resulta debilitante. En realidad, cuando más líquido se toma en las comidas, más difícil es la digestión, pues el líquido debe quedar absorbido antes de que pueda empezar la digestión. Evítese el uso de mucha sal y el de encurtidos y especias, consúmase mucha fruta, y desaparecerá en gran parte la irritación que incita a beber mucho en la comida.

Conviene comer despacio y masticar

perfectamente, para que la saliva se mezcle debidamente con el alimento y los jugos digestivos entren en acción.

Aplicación de los principios de la reforma pro salud

En la reforma alimenticia hay verdadero sentido común. El asunto debe ser estudiado con amplitud y profundidad, y nadie debe criticar a los demás porque sus prácticas no armonicen del todo con las propias. Es imposible prescribir una regla invariable para regular los hábitos de cada cual, y nadie debe erigirse en juez de los demás. No todos pueden comer lo mismo. Ciertos alimentos que son apetitosos y saludables para una persona, bien pueden ser desabridos, y aun nocivos, para otra. Algunos no pueden tomar leche, mientras que a otros les asienta bien. Algunos no pueden digerir guisantes o arvejas ni judías; otros los encuentran saludables. Para algunos las preparaciones de cereales poco refinados son un buen alimento, mientras que otros no las pueden comer.

Cuando se han contraído hábitos dietéticos erróneos debe procederse sin tardanza a una reforma. Cuando el abuso del estómago ha resultado en dispepsia deben hacerse esfuerzos cuidadosos para conservar el resto de la fuerza vital, evitando todo recargo inútil. Puede ser que el estómago nunca recupere la salud completa después de un largo abuso; pero un régimen dietético conveniente evitará un mayor aumento de la debilidad, y muchos se repondrán más o menos del todo.

Los hombres robustos empeñados en trabajo físico activo no tienen tanto motivo de fijarse en la cantidad y calidad del alimento como las personas de hábitos sedentarios; pero aun ellos gozarán de mejor salud si ejercen dominio propio en el comer y en el beber.

Hay quienes quisieran que se les fijara una regla exacta para su alimentación. Nadie puede sentar reglas estrictas para los demás. Cada cual debe dominarse a sí mismo y, fundado en la razón, obrar por principios sanos.

La reforma alimenticia debe ser progresiva. A medida que van aumentando las enfermedades en los animales, el uso de la leche y los huevos se vuelve más peligroso. Conviene tratar de substituirlos con comestibles saludables y baratos. Hay que enseñar a la gente por doquiera a cocinar sin leche ni huevos en cuanto sea posible, sin que por esto dejen de ser sus comidas sanas y sabrosas.

No se honra a Dios cuando se descuida el cuerpo, o se lo maltrata, y así se lo incapacita para servirle. Cuidar del cuerpo proveyéndole alimento apetitoso y fortificante es uno de los principales deberes del ama de casa. Es mucho mejor tener ropas y muebles menos costosos que escatimar la provisión de alimento.

Algunas madres de familia escatiman la comida en la mesa para poder obsequiar opíparamente a sus visitas. Esto es desacertado. Al agasajar huéspedes se debiera proceder con más sencillez. Atiéndase primero a las necesidades de la familia.

Una economía doméstica imprudente y las costumbres artificiales hacen muchas veces imposible que se ejerza la hospitalidad donde sería necesaria y beneficiosa. La provisión regular de alimento para nuestra mesa debe ser tal que se pueda convidar al huésped inesperado sin recargar a la señora de la casa con preparativos extraordinarios.

Fijaos con cuidado en vuestra alimentación. Estudiad las causas y sus efectos. Cultivad el dominio propio. Someted vuestros apetitos a la razón. No maltratéis vuestro estómago recargándolo de alimento; pero no os privéis tampoco de la comida sana y sabrosa que necesitáis para conservar la salud.

Los que entienden debidamente las leyes de la salud y se dejan dirigir por los buenos principios, evitan los extremos, y no incurren en la licencia ni en la restricción. Escogen su alimento no meramente para agradar al paladar, sino para reconstituir el cuerpo. Procuran conservar todas sus facultades en la mejor condición posible para

prestar el mayor servicio a Dios y a los hombres. Saben someter su apetito a la razón y a la conciencia, y son recompensados con la salud del cuerpo y de la mente. Aunque no imponen sus opiniones a los demás ni los ofenden, su ejemplo es un testimonio en favor de los principios correctos. Estas personas ejercen una extensa influencia para el bien.

No debemos proveer para el sábado una cantidad de alimento más abundante ni variada que para los demás días. Por el contrario, el alimento debe ser más sencillo, y debe comerse menos para que la mente se encuentre despejada y vigorosa para entender las cosas espirituales.

Debe evitarse cocinar en sábado; pero no por esto es necesario servir los alimentos fríos. En tiempo frío debe calentarse la comida preparada la víspera. Aunque sencillas, las comidas deben ser apetitosas y agradables. Con particularidad en las familias donde hay niños, conviene que el sábado se sirva algo especial, algo que la familia no suela disfrutar cada día.

Control del apetito y de las pasiones

Una de las tentaciones más intensas que el hombre tenga que arrostrar se refiere al apetito. Entre la mente y el cuerpo hay una relación misteriosa y maravillosa. La primera reacciona sobre el último y viceversa. Mantener el cuerpo en condición de buena salud para que desarrolle su fuerza, para que cada parte de la maquinaria viviente pueda obrar armoniosamente, debe ser el primer estudio de nuestra vida. Descuidar el cuerpo es descuidar la mente. No puede glorificar a Dios el hecho de que sus hijos tengan cuerpos enfermizos y mentes atrofiadas. Complacer el gusto a expensas de la salud es un perverso abuso de los sentidos. Los que participan de cualquier clase de intemperancia, sea en comer o beber, malgastan sus energías físicas y debilitan su poder moral. Experimentarán las consecuencias de la transgresión de la ley física.

Muchos están incapacitados para trabajar tanto mental como físicamente, porque comen con

exceso y satisfacen las pasiones concupiscentes. Las propensiones animales son fortalecidas, mientras que la naturaleza moral y espiritual queda debilitada. Cuando estemos en derredor del gran trono blanco, ¿qué informe presentará la vida de muchos? Entonces verán lo que podrían haber hecho si no hubiesen degradado las facultades que Dios les dio. Entonces comprenderán qué altura de grandeza intelectual podrían haber alcanzado, si hubiesen dado a Dios toda la fuerza física y mental que les había confiado. En la agonía de su remordimiento, anhelarán poder volver a vivir de nuevo su vida.

Todo verdadero cristiano debe dominar su apetito y sus pasiones. A menos que esté libre de la servidumbre y esclavitud del apetito, no puede ser siervo fiel y obediente de Cristo. La complacencia del apetito y la pasión hacen que la verdad no tenga efecto sobre el corazón. Es imposible que el espíritu y el poder de la verdad santifiquen a un hombre en alma, cuerpo y espíritu cuando está dominado por el apetito y la pasión.

El principal motivo que tuvo Cristo para soportar aquel largo ayuno en el desierto, fue enseñarnos la necesidad de la abnegación y la temperancia. Esta obra debe comenzar en nuestra mesa, y debe llevarse estrictamente a cabo en todas las circunstancias de la vida. El Redentor del mundo vino del cielo para ayudar al hombre en su debilidad, para que, con el poder que Jesús vino a traerle, lograra fortalecerse para vencer el apetito y la pasión, y pudiese ser vencedor en todo.

Capítulo 41

Alimentos a base de carne

Dios dio a nuestros primeros padres el alimento que él había establecido que la raza humana debía consumir. Era contrario a su plan que se quitara la vida a ningún ser viviente. No había de haber muerte en el Edén. El fruto de los árboles del huerto constituía el alimento exigido por las necesidades del hombre. Dios no dio al hombre permiso para consumir alimentos animales hasta después del diluvio. Todo aquello a base de lo cual el hombre pudiera subsistir había sido destruido, y por lo tanto el Señor, a causa de la necesidad humana, dio a Noé permiso para comer de los animales limpios que había llevado consigo en el arca. Pero el alimento animal no era el artículo de consumo más saludable para el hombre.

Después del diluvio la gente comía mayormente alimentos de origen animal. Dios vio que las costumbres del hombre se habían corrompido, y que él estaba dispuesto a exaltarse a

sí mismo en forma orgullosa contra su Creador y a seguir los dictámenes de su propio corazón. Y permitió que la raza longeva comiera alimentos de origen animal para abreviar su existencia pecaminosa. Pronto, después del diluvio, la raza humana comenzó a decrecer en tamaño y longevidad.

Al señalar el alimento para el hombre en el Edén, el Señor demostró cuál era el mejor régimen alimenticio; en la elección que hizo para Israel enseñó la misma lección. Por medio de ellos deseaba bendecir y enseñar al mundo. Les suministró el alimento más adecuado para este propósito, no la carne, sino el maná, “el pan del cielo”. Pero a causa de su descontento y de sus murmuraciones acerca de las ollas de carne de Egipto les fue concedido alimento animal, y esto únicamente por poco tiempo. Su consumo trajo enfermedades y muerte para miles. Sin embargo, nunca aceptaron de buen grado la restricción de tener que alimentarse sin carne. Siguió siendo causa de descontento y murmuración, en público y en privado, de modo que nunca revistió carácter

permanente.

Al establecerse en Canaán, se permitió a los israelitas que consumieran alimento animal, pero bajo prudentes restricciones encaminadas a mitigar los malos resultados. El uso de la carne de cerdo quedaba prohibido, como también el de la de otros animales, de ciertas aves y de ciertos peces, declarados inmundos. De los animales declarados comestibles, la grasa y la sangre quedaban absolutamente proscritas.

Sólo podían consumirse las reses sanas. Ningún animal desgarrado, mortecino, o que no hubiera sido cuidadosamente desangrado, podía servir de alimento.

Por haberse apartado del plan señalado por Dios en lo que respecta al asunto de la alimentación, los israelitas sufrieron graves perjuicios. Desearon comer carne y cosecharon los resultados. No alcanzaron el ideal de carácter que Dios les señalara ni cumplieron los designios divinos. El Señor, “les dio lo que pidieron; mas

envió mortandad entre ellos". Salmos 106:15. Preferían lo terrenal a lo espiritual, y no alcanzaron la sagrada preeminencia a la cual Dios se había propuesto que llegasen.

Los que comen carne no hacen más que comer cereales y ver- duras de segunda mano, pues el animal recibe de tales productos el alimento que lo nutre. La vida que estaba en los cereales y en las verduras pasa al organismo del ser que los come. Nosotros a nuestra vez la recibimos al comer la carne del animal. ¡Cuánto mejor sería aprovecharla directamente, comiendo el alimento que Dios dispuso para nuestro uso!

La causa de muchas dolencias y enfermedades

La carne no fue nunca el mejor alimento, pero su uso es hoy día doblemente inconveniente, ya que el número de los casos de enfermedad aumenta cada vez más entre los animales. Los que comen carne y sus derivados no saben lo que ingieren. Muchas veces, si hubieran visto los animales vivos y conocieran la calidad de su carne, la rechazarían

con repugnancia. Continuamente sucede que la gente come carne llena de gérmenes de tuberculosis y cáncer. Así se propagan estas enfermedades y otras también graves.

El peligro de contraer una enfermedad aumenta diez veces al comer carne.

Los animales están enfermos, y al participar de su carne, implantamos la semilla de la enfermedad en nuestros propios tejidos y en nuestra sangre. Luego, cuando estamos expuestos a cambios en una atmósfera palúdica somos más sensibles a los mismos; también cuando estamos expuestos a epidemias y a enfermedades contagiosas, el organismo no se halla en buena condición para resistir la enfermedad.

Por la luz que Dios me ha dado sé que la incidencia de cáncer y tumores se debe mayormente a un sistema de vida vulgar a base de carne.

En muchos puntos los peces se contaminan con

las inmundicias de que se alimentan y llegan a ser causa de enfermedades. Tal es en especial el caso de los peces que tienen acceso a las aguas de albañal de las grandes ciudades. Los peces que se alimentan de lo que arrojan las alcantarillas pueden trasladarse a aguas distantes, y ser pescados donde el agua es pura y fresca. Al servir de alimento llevan la enfermedad y la muerte a quienes ni siquiera sospechan el peligro.

Los efectos de una alimentación con carne no se advierten tal vez inmediatamente, pero esto no prueba que esa alimentación carezca de peligro. Pocos se dejan convencer de que la carne que han comido es lo que envenenó su sangre y causó sus dolencias. Muchos mueren de enfermedades debidas únicamente al uso de la carne, sin que nadie sospeche la verdadera causa de su muerte.

“El cerdo... os será inmundo”

En los tejidos del cerdo hormiguean los parásitos. Del cerdo dijo Dios: “Os será inmundo. De la carne de éstos no comeréis, ni tocaréis sus

cuerpos muertos". Deuteronomio 14:8. Este mandato fue dado porque la carne del cerdo es impropia para servir como alimento. Los cerdos se alimentan de desperdicios, y sólo sirven para ese fin. Nunca, en circunstancia alguna, debería ser consumida su carne por los seres humanos. Imposible es que la carne de cualquier criatura sea sana cuando la inmundicia es su elemento natural y se alimenta de desechos.

El cerdo, aunque constituye uno de los artículos más comunes del régimen alimenticio, es uno de los más perjudiciales. Dios no prohibió que los hebreos comiesen carne de cerdo únicamente para mostrar su autoridad, sino porque no era un alimento adecuado para el hombre. Llenaba el organismo con escrófula, y especialmente en ese clima cálido producía lepra y diversas clases de enfermedades. La influencia sobre el organismo en ese clima era mucho más perjudicial que en un clima más frío... La carne de cerdo, por encima de todas las demás carnes, pone la sangre en mal estado. Los que consumen carne de cerdo en abundancia no pueden evitar estar enfermos.

Especialmente los finos y delicados nervios del cerebro se debilitan y su función se entorpece de tal manera que las cosas sagradas no se disciernen, sino que se colocan en un plano inferior con las cosas comunes.

Los que hacen mucho ejercicio al aire libre no se dan cuenta de los efectos perjudiciales de la carne de cerdo como los que viven en los edificios, y cuyos hábitos son sedentarios y su trabajo es mental.

Los efectos de una alimentación con carne sobre la mente y el alma

Los males morales derivados del consumo de la carne no son menos patentes que los males físicos. La carne daña la salud; y todo lo que afecta al cuerpo ejerce también sobre la mente y el alma un efecto correspondiente.

Un régimen a base de carne cambia la disposición y fortalece la animalidad. Nos

componemos de lo que comemos, y el comer mucha carne disminuirá la actividad intelectual. Los estudiantes lograrían mucho más en sus estudios si nunca probaran la carne. Cuando la parte animal del agente humano es fortalecida por el consumo de carne, las facultades intelectuales disminuyen proporcionalmente.

Si hubo alguna vez un tiempo cuando la alimentación debía ser de la clase más sencilla, es ahora. No debe ponerse carne delante de nuestros hijos. Su influencia tiende a excitar y fortalecer las pasiones inferiores, y tiende a amortiguar las facultades morales.

Entre el pueblo que pretende esperar la próxima venida de Cristo, tendría que haber reformadores más grandes. La reforma pro salud debe realizar entre nuestro pueblo una obra que todavía no se ha llevado a cabo. Hay quienes debieran estar despiertos al peligro del consumo de carne, que todavía continúan comiendo la carne de animales, con lo cual ponen en peligro su salud física, mental y espiritual. Muchos que ahora están sólo

convertidos a medias a la cuestión del consumo de carne, se apartarán del pueblo de Dios y ya no andarán más con él.

Los que pretenden creer la verdad han de custodiar cuidadosamente las facultades del cuerpo y la mente, de manera que Dios y su causa no sean de ninguna manera deshonrados por sus palabras o acciones. Los hábitos y las prácticas han de someterse a la voluntad de Dios. Hemos de dar cuidadosa atención a nuestro régimen. Se me ha presentado claramente que el pueblo de Dios ha de tomar una posición firme en contra del consumo de carne. ¿Estaría Dios dando a su pueblo durante treinta años el mensaje de que si sus hijos desean tener sangre pura y mentes claras, deben abandonar el uso de la carne, si él no quisiera que ellos prestaran atención a su mensaje? Por el empleo de la carne se fortalece la naturaleza animal, y la naturaleza espiritual se debilita.

Instrucciones concernientes a un cambio en la alimentación

Es un error suponer que la fuerza muscular dependa de consumir alimento animal, pues sin él las necesidades del organismo pueden satisfacerse mejor y es posible gozar de salud más robusta. Los cereales, las frutas, las oleaginosas y las verduras contienen todas las propiedades nutritivas para producir buena sangre. Estos elementos no son provistos tan bien ni de un modo tan completo por la dieta de carne. Si la carne hubiera sido de uso indispensable para dar salud y fuerza, se la habría incluido en la alimentación indicada al hombre desde el principio.

A menudo, al dejar de consumir carne se experimenta una sensación de debilidad y falta de vigor. Muchos insisten en que esto prueba que la carne es esencial, pero se la echa de menos porque es un alimento estimulante que enardece la sangre y excita los nervios. A algunos les es tan difícil dejar de comer carne como a los borrachos renunciar al trago; y sin embargo se beneficiarían

con el cambio.

Cuando se deja la carne hay que substituirla con una variedad de cereales, nueces, legumbres, verduras y frutas que sea nutritiva y agradable al paladar. Esto es particularmente necesario al tratarse de personas débiles o que estén recargadas de continuo trabajo.

Cocinar bien es un requisito esencial, especialmente cuando la carne no constituye el principal alimento. Algo debe prepararse para ocupar el lugar de la carne, y esos substitutos de la carne deben ser bien preparados de modo que no se la eche de menos.

Conozco familias que han cambiado de un régimen a base de carne a otro deficiente. Su alimento está tan mal preparado que repugna al estómago; y estas personas me han dicho que la reforma pro salud no les sienta, pues están perdiendo su fuerza física. El alimento debe prepararse con sencillez, aunque en forma esmerada para que incite al apetito.

Es para el propio bien de la iglesia remanente por lo que el Señor le aconseja a ella que descarte el uso de la carne, el té, y el café, así como otros alimentos perjudiciales. Hay abundancia de otras cosas que podemos usar, para sostener nuestra vida, que son sanas y buenas.

Los que esperan la venida del Señor, con el tiempo eliminarán el consumo de la carne; la carne dejará de formar parte de su régimen. Siempre debiéramos tener este fin en cuenta, y esforzarnos para avanzar firmemente hacia él.

Las facultades intelectuales, morales y físicas quedan perjudicadas por el consumo habitual de la carne. El comer carne trastorna el organismo, anubla el intelecto y embota las sensibilidades morales. Os decimos, amados hermanos y hermanas, que la conducta más segura para vosotros consiste en dejar la carne.

Capítulo 42

Fidelidad en la reforma pro salud

[Nota: Este mensaje, que reseña los puntos esenciales de la reforma pro salud, fue leído por Elena G. de White en el Congreso de la Asociación General celebrado en Washington D.C., el 31 de mayo de 1909, él último al que asistió.—Los compiladores.]

Estoy encargada de dar a nuestra iglesia entera un mensaje tocante a la reforma pro salud; porque muchos han dejado de ser fieles a sus principios.

El propósito de Dios para con sus hijos es que éstos alcancen a la medida de la estatura de hombres y mujeres perfectos en Cristo Jesús. Para ello, deben hacer uso conveniente de todas las facultades de la mente, el alma y el cuerpo. No pueden derrochar ninguna de sus energías mentales o físicas.

El asunto de la conservación de la salud tiene una importancia capital. Al estudiar esta cuestión en el temor de Dios, aprenderemos que, para nuestro mejor desarrollo físico y espiritual, conviene que nos atengamos a un régimen alimenticio sencillo. Estudiemos con paciencia esta cuestión. Para obrar atinadamente en este sentido, necesitamos conocimientos y discernimiento. Las leyes de la naturaleza existen, no para ser resistidas, sino acatadas.

Los que han recibido instrucciones acerca de los peligros del consumo de carne, té, café y alimentos demasiado condimentados o malsanos, y quieran hacer un pacto con Dios por sacrificio, no continuarán satisfaciendo su apetito con alimentos que saben que son malsanos. Dios pide que los apetitos sean purificados y que se renuncie a las cosas que no son buenas. Esta obra debe ser hecha antes que su pueblo pueda estar delante de él como un pueblo perfecto.

El pueblo remanente de Dios debe ser un

pueblo convertido. La presentación de este mensaje debe tener por resultado la conversión y santificación de las almas. El poder del Espíritu de Dios debe hacerse sentir en este movimiento. Poseemos un mensaje maravilloso y precioso; tiene una importancia capital para quien lo recibe, y debe ser proclamado con fuerte voz. Debemos creer con una fe firme y permanente que este mensaje irá cobrando siempre mayor importancia hasta la consumación de los tiempos.

Algunos profesos cristianos aceptan ciertas porciones de los Testimonios como un mensaje de Dios, pero rechazan las que condenan sus costumbres favoritas. Tales personas trabajan para su mengua y la de la iglesia. Es de todo punto esencial que andemos en la luz mientras la tenemos. Los que diciendo creer en la reforma pro salud, niegan sus principios en la vida diaria, causan perjuicio a su alma y producen una impresión desfavorable en la mente de los creyentes y de los no creyentes.

Fortalecidos por la obediencia

Una solemne responsabilidad descansa sobre los que tienen conocimiento de la verdad: la de velar para que sus obras correspondan a su fe, que su vida sea refinada y santificada, y que sean preparados para la obra que debe cumplirse rápidamente en el curso de estos últimos días del mensaje. No tienen ni tiempo ni fuerzas que gastar en la satisfacción de sus apetitos. Estas palabras debieran repercutir con fuerza ahora en nuestros oídos: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”. Hechos 3:19. A muchos de los nuestros les falta espiritualidad y se perderán a menos que se conviertan completamente. ¿Queréis arriesgaros a ello?

Dios exige que su pueblo progrese constantemente. Debemos aprender que la satisfacción de nuestros apetitos es el mayor obstáculo que se oponga a nuestro progreso intelectual y a la santificación del alma. No

obstante todo lo que profesemos en lo que concierne a la reforma pro salud, algunos de entre nosotros se alimentan mal. El halago de los apetitos es la causa principal de la debilidad física y mental, del agotamiento y de las muertes prematuras. Toda persona que busca la pureza de la mente debe recordar que en Cristo hay un poder capaz de dominar los apetitos.

Si pudiese beneficiarnos el satisfacer nuestro deseo de comer carne, no os dirigiría esta súplica; pero sé que ello es imposible. Los alimentos preparados a base de carne perjudican la salud física, y debemos aprender a vivir sin ellos. Los que están en situación de poder seguir un régimen vegetariano, pero prefieren seguir sus propias inclinaciones en este asunto, comiendo y bebiendo como quieren, irán descuidando gradualmente la instrucción que el Señor ha dado tocante a otras fases de la verdad presente, perderán su percepción de lo que es verdad y segarán con toda seguridad lo que hayan sembrado.

Se me ha mostrado que no debe servirse a los

alumnos de nuestros colegios carne ni otros productos reconocidos como dañinos para la salud. Ninguna cosa que pudiera hacer apetecer estimulantes debe ser colocada sobre la mesa. Al decirlo, me dirijo tanto a los jóvenes como a los adultos y a los ancianos. Absteneos de las cosas que puedan dañaros. Servid al Señor con sacrificio.

Algunos piensan que no pueden vivir sin comer carne; pero si quisieran ponerse de parte del Señor, decididos a andar resueltamente en la senda en que él nos ha guiado, recibirían fuerza y sabiduría como Daniel y sus compañeros. Dios les daría entendimiento sano. Muchos se sorprenderían al ver cuánto podrían economizar para la causa de Dios mediante actos de renunciamiento. Las sumitas ahorradas por actos de sacrificio contribuirían más para edificar la causa de Dios que las donaciones cuantiosas que no son el fruto de la abnegación.

Un llamamiento para tomar una posición firme

Los adventistas del séptimo día transmiten

verdades trascendentales. Hace más de cuarenta años [en 1863] que el Señor nos dio luces especiales sobre la reforma pro salud; pero, ¿cómo seguimos en esa luz? ¡Cuántos hay que han rehusado poner su vida en armonía con los consejos de Dios! Como pueblo, debiéramos realizar progresos proporcionales a la luz que hemos recibido. Es deber nuestro comprender y respetar los principios de la reforma pro salud. En el asunto de la temperancia, deberíamos dejar muy atrás a todos los demás; sin embargo, hay en nuestras iglesias miembros a quienes las instrucciones no han faltado, y hasta predicadores, que demuestran poco respeto por la luz que Dios nos ha dado tocante a este asunto. Comen según sus gustos y trabajan como mejor les parece.

Colóquense los maestros y directores de nuestra obra firmemente sobre el terreno bíblico en lo que se refiere a la reforma pro salud, y den un testimonio definido a los que creen que vivimos en los últimos tiempos de la historia de este mundo. Debe haber una línea de separación entre los que sirven a Dios y los que se complacen a sí mismos.

Se me ha mostrado que los principios que nos fueron dados en los primeros días de este mensaje no han perdido su importancia y debemos tenerlos en cuenta tan concienzudamente como entonces. Hay algunos que jamás han seguido la luz dada en cuanto al régimen. Ya es tiempo de sacar la luz de debajo del almud para que resplandezca con toda su fuerza.

Los principios del sano vivir tienen una gran importancia para nosotros como individuos y como pueblo. Cuando me llegó el mensaje de la reforma pro salud, yo era débil y predispuesta a frecuentes desmayos. Suplicaba al Señor que me ayudara, y él me presentó el vasto plan de la reforma pro salud. Me mostró que los que guardan sus mandamientos deben entrar en una relación sagrada con él, y por la temperancia en el comer y el beber, guardar su mente y su cuerpo en las condiciones más favorables para servirle. Esta luz fue una gran bendición para mí. Me decidí en favor de la reforma pro salud sabiendo que el Señor me fortificaría. Actualmente, no obstante mi edad,

gozo de mejor salud que cuando era joven.

Algunos aseveran que no he seguido los principios de la reforma pro salud conforme los ha preconizado mi pluma; pero puedo afirmar que he practicado fielmente dicha reforma. Los miembros de mi familia saben que ello es verdad.

“Haced todo para la gloria de Dios”

No prescribimos un régimen definido, pero decimos que en los países donde abundan las frutas, los cereales y las nueces, la carne no es el alimento adecuado para el pueblo de Dios. Se me ha indicado que la carne propende a animalizar la naturaleza, a despojar a los hombres y mujeres del amor y la simpatía que debieran sentir por cada cual, y hace predominar las pasiones bajas sobre las facultades más elevadas del ser. Si el comer carne fue alguna vez saludable, no lo es ahora. Los cánceres y tumores y las enfermedades pulmonares se deben mayormente a la costumbre de comer carne.

No hacemos del consumo de la carne una condición para la admisión de los miembros, pero debemos considerar la influencia que ejercen sobre otros los creyentes profesos que usan carne. Como mensajeros de Dios, ¿no diremos al pueblo; “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios?” ¿No daremos un testimonio decidido contra la complacencia del apetito pervertido? ¿Quiere cualquiera de los que son ministros del Evangelio y que proclaman la verdad más solemne que haya sido dada a los mortales, dar el ejemplo de volver a las ollas de Egipto? ¿Quieren los que son sostenidos por el diezmo de la tesorería de Dios permitir que la gula envenene la corriente vital que fluye por sus venas? ¿Harán caso omiso de la luz y las amonestaciones que Dios les ha dado? La salud del cuerpo debe considerarse como esencial para el crecimiento en la gracia y la adquisición de un carácter templado. Si no se cuida debidamente el estómago, será trabada la formación de un carácter moral íntegro. El cerebro y los nervios están en relación íntima con el estómago. De los errores practicados en el comer y beber resultan pensamientos y hechos

erróneos.

Todos somos probados en este tiempo. Hemos sido bautizados en Cristo; y si estamos dispuestos a separarnos de todo aquello que tienda a degradarnos y a hacernos lo que no debemos ser, recibiremos fuerza para crecer en Cristo, nuestra cabeza viviente, y veremos la salvación de Dios.

Sólo cuando demostremos ser inteligentes tocante a los principios de una vida sana, podremos discernir los males que resultan de un régimen alimenticio impropio. Aquellos que, habiéndose impuesto de sus errores, tengan el valor de modificar sus costumbres, encontrarán que la reforma exige luchas y mucha perseverancia. Pero una vez que hayan adquirido gustos sanos, verán que el consumo de la carne, en el que antes no veían mal alguno, preparaba lenta pero seguramente la dispepsia y otras enfermedades.

Padres y madres, orad y velad. Guardaos mucho de la intemperancia en cualesquiera de sus formas. Enseñad a vuestros hijos los principios de

una verdadera reforma pro salud. Enseñadles lo que deben evitar para conservar la salud. La ira de Dios ha comenzado ya a caer sobre los rebeldes. ¡Cuántos crímenes, cuántos pecados y prácticas inicuas se manifiestan por todas partes! Como denominación, debemos preservar con cuidado a nuestros hijos de toda compañía depravada.

Eduquemos a la gente

Deben hacerse más esfuerzos para enseñar a la gente los principios de la reforma pro salud. Deberían instituirse clases culinarias para dar a las familias instrucciones tocante al arte de preparar alimentos sanos. Las personas jóvenes y las de edad adulta deberían aprender a cocinar con más sencillez. En todo lugar donde la verdad sea presentada, debe enseñarse a la gente a preparar alimentos de un modo sencillo a la vez que apetitoso. Debe demostrársele que un régimen nutritivo puede ser alcanzado sin hacer uso de la carne.

Enseñad a la gente que más vale prevenir que

curar. Nuestros médicos, como sabios educadores, deberían prevenir a cada uno contra la satisfacción de apetitos desordenados y mostrar que el único medio de evitar la ruina del cuerpo y de la mente consiste en abstenerse de las cosas que Dios prohibió.

Se requiere mucho tacto y juicio para ordenar un régimen nutritivo destinado a reemplazar al que seguían antes las personas que aprenden a seguir la reforma pro salud. Se necesita fe en Dios, una voluntad firme, y el deseo de ser útiles. Un régimen deficiente arroja descrédito sobre la reforma pro salud. Somos mortales, y debemos proveer a nuestros cuerpos una alimentación fortificante.

Los extremismos dañan la reforma pro salud

Algunos de nuestros miembros se abstienen concienzudamente de alimentos que no son higiénicos, pero no suministran a su organismo los elementos que necesita para sustentarse. Los que llevan al extremo la reforma pro salud corren el riesgo de preparar alimentos insípidos y que no

satisfagan. Los alimentos deben ser preparados de modo que sean apetitosos y nutritivos. No debe despojárselos de lo que nuestro organismo necesita. Yo hago uso de un poco de sal y siempre lo he hecho, porque la sal, lejos de ser nociva, es indispensable para la sangre. Las legumbres debieran hacerse más agradables aderezándolas con un poco de leche o crema, o su equivalente.

Si bien se han dado advertencias en relación a los peligros de enfermedad que derivan de la mantequilla y al mal que ocasiona el uso copioso de huevos por parte de las criaturas, no debe considerarse como violación de nuestros principios el consumo de huevos provenientes de gallinas bien cuidadas y convenientemente alimenta- das. Los huevos contienen ciertos principios que obran eficazmente contra determinados venenos.

Algunos, al abstenerse de leche, huevos y mantequilla, no proveyeron a su cuerpo una alimentación adecuada y como consecuencia se han debilitado e incapacitado para el trabajo. De esta manera, la reforma pro salud ha sido

desacreditada. La obra que nos hemos esforzado por levantar sólidamente se confunde con las extravagancias que Dios no ha ordenado, y las energías de la iglesia se ven estorbadas. Pero Dios intervendrá para contrarrestar los resultados de ideas tan extremistas. El propósito del Evangelio es reconciliar a la raza pecaminosa. Debe llevar a pobres y ricos a los pies de Jesús.

Llegará el tiempo cuando tal vez tengamos que dejar algunos de los alimentos que usamos ahora, como la leche, la crema y los huevos; pero no necesitamos crearnos dificultades por restricciones prematuras y exageradas. Esperemos que las circunstancias lo exijan y que el Señor prepare el camino.

Los que quieran proclamar con éxito los principios de la reforma pro salud deben tomar la Palabra de Dios como su guía y consejera. Sólo procediendo así podrán ocupar una posición ventajosa. No contrarrestemos la reforma pro salud al no reemplazar por manjares sanos y agradables los alimentos nocivos que hemos abandonado. En

manera alguna debe fomentarse el uso de estimulantes. Comamos solamente alimentos sencillos y sanos, y demos gracias a Dios constantemente por los principios de la reforma pro salud. Seamos fieles e íntegros en todas las cosas y alcanzaremos preciosas victorias.

Deben considerarse las condiciones locales

Mientras combatimos la glotonería y la intemperancia, debemos tener en cuenta las condiciones a las que la familia humana está sujeta. Dios ha suplido las necesidades de los que viven en las diferentes partes del mundo. Los que quieran colaborar con Dios deben reflexionar con cuidado antes de especificar qué alimentos deben consumirse o dejarse a un lado. Es necesario tratar con las poblaciones. Si la reforma pro salud se enseñara en su forma extremada a los que no pueden adoptarla por las circunstancias especiales en que se encuentran, de ello resultaría más mal que bien. Se me ha encargado que mientras predico el Evangelio a los pobres les aconseje que coman lo que es más nutritivo. No puedo decirles: “No

debéis comer huevos ni leche ni crema, no debéis usar mantequilla al preparar vuestros alimentos". El Evangelio debe ser predicado a los pobres, pero todavía no ha llegado el momento de prescribir el régimen más estricto.

Entonces Dios podrá bendecirnos

Los predicadores que se sienten libres para satisfacer sus apetitos están lejos del ideal. Dios quiere que practiquen la reforma pro salud. Quiere que adapten su vida a la luz que nos dio a este respecto. Me entristece ver que aquellos que debieran ser celosos por los principios de la salud no han aceptado todavía la manera correcta de vivir. Ruego a Dios que les haga comprender que están sufriendo una gran pérdida. Si las cosas fuesen lo que debieran ser entre las familias que componen la iglesia, podríamos duplicar nuestro trabajo en favor del Señor.

Para obtener y conservar la pureza, los adventistas del séptimo día deben tener el Espíritu Santo en sus corazones y en sus familias. El Señor

me ha mostrado que cuando el Israel de hoy se humille delante de él y quite toda inmundicia del templo de su alma, Dios escuchará sus oraciones en favor de los enfermos y dará eficacia a los remedios empleados contra las enfermedades. Cuando el agente humano haga con fe cuanto pueda para combatir la enfermedad por los sencillos métodos de tratamiento que Dios indicó, el Señor bendecirá estos esfuerzos.

Si después de haberle sido dada tanta luz, el pueblo de Dios continúa fomentando sus malas costumbres y sigue complaciendo sus apetitos en oposición a la reforma, sufrirá las consecuencias inevitables de la transgresión. Dios no salvará milagrosamente de las consecuencias de sus faltas a aquellos que están resueltos a satisfacer a toda costa su apetito pervertido. Les advirtió: “En dolor seréis sepultados”. Isaías 50:11.

¡Cuán numerosos son los que se privan de las ricas bendiciones que Dios les reservaba en lo que se refiere a la salud y los dones espirituales! Muchas almas hay que luchan por alcanzar grandes

victorias y bendiciones especiales para poder cumplir grandes hechos. Para alcanzar su propósito, creen que es necesario agotarse en oraciones y lágrimas. Cuando esas personas escudriñen las Escrituras con oración, para conocer la expresa voluntad de Dios, y luego la cumplan de todo corazón y sin ninguna reserva o complacencia propia, entonces hallarán descanso. Sus angustias, sus lágrimas y sus luchas no les procurarán el descanso que anhelan. Ellas deben hacer la entrega completa de su personalidad. Deben hacer lo que les venga a mano, apropiándose la abundante gracia que Dios promete a los que oran con fe.

“Si alguno quiere venir en pos de mí—dijo Jesús—niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”. Lucas 9:23. Sigamos al Salvador en su sencillez y abnegación. Exaltemos al Hombre del Calvario por la palabra y por una vida santa. El señor se allega muy cerca de aquellos que se consagran a él. Si hubo un tiempo cuando fue necesario que el Espíritu de Dios obrase en nuestro corazón y en nuestra vida, es ahora. Aferrémonos a esta divina potencia para vivir una vida de santidad

y abnegación.

Capítulo 43

La Iglesia en la tierra

Dios tiene una iglesia en la tierra, que es su pueblo escogido, que guarda sus mandamientos. El está conduciendo, no ramas extraviadas, no uno aquí y otro allí, sino un pueblo. La verdad es un poder santificador; pero la iglesia militante no es la iglesia triunfante. Hay cizaña entre el trigo. “¿Quieres, pues que... la arranquemos?”, fue la pregunta del siervo; pero el señor contestó: “No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo”. La red del Evangelio no prende sólo peces buenos, sino también malos, y solamente el Señor conoce a los suyos.

Es nuestro deber individual andar humildemente con Dios. No hemos de buscar cualquier mensaje nuevo y extraño. No hemos de pensar que los escogidos de Dios, que están tratando de andar en la luz, constituyen Babilonia.

Aunque existen males en la iglesia y los habrá

hasta el fin del mundo, la iglesia ha de ser en estos postreros días luz para un mundo que está contaminado y corrompido por el pecado. La iglesia, debilitada y deficiente, que necesita ser reprendida, amonestada y aconsejada, es el único objeto de esta tierra al cual Cristo concede su consideración suprema. El mundo es un taller en el cual, por la cooperación de los agentes humanos y divinos, Jesús está haciendo experimentos por su gracia y misericordia divina en los corazones humanos.

Dios tiene un pueblo distinto, una iglesia en la tierra, que no es inferior a otro alguno, sino superior a todos en su capacidad de enseñar la verdad y vindicar la ley de Dios. Dios tiene agentes designados divinamente, hombres a quienes está guiando, que han soportado el calor y la carga del día, que están cooperando con los instrumentos celestiales en hacer progresar el reino de Dios en nuestro mundo. Unanse todos con estos agentes escogidos, y sean hallados al fin entre aquellos que tienen la paciencia de los santos, que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús.

Unidos con la iglesia del cielo

La iglesia de Dios en la tierra es una con la iglesia de Dios en el cielo. Los creyentes de la tierra y los seres del cielo que nunca han caído constituyen una sola iglesia. Todo ser celestial está interesado en las asambleas de los santos que en la tierra se congregan para adorar a Dios. En el atrio interior del cielo escuchan el testimonio que dan los testigos de Cristo en el atrio exterior de la tierra, y las alabanzas de los adoradores de este mundo hallan su complemento en la antífona celestial, y el loor y el regocijo repercuten por todos los atrios celestiales porque Cristo no murió en vano por los caídos hijos de Adán. Mientras que los ángeles beben en el manantial principal, los santos de la tierra beben los raudales puros que fluyen del trono y alegran la ciudad de nuestro Dios. ¡Ojalá que todos pudiesen comprender cuán cerca está el cielo de la tierra! Aun cuando los hijos nacidos en la tierra no lo saben, tienen ángeles de luz por compañeros. Un testigo silencioso vela sobre toda alma, tratando de atraerla a Cristo.

Mientras haya esperanza, hasta que los hombres resistan al Espíritu Santo para eterna ruina suya, son guardados por los seres celestiales. Recordemos todos que en cada asamblea de los santos realizada en la tierra, hay ángeles de Dios escuchando los testimonios, himnos y oraciones. Recordemos que nuestras alabanzas quedan suplidas por los coros de las huestes angélicas en lo alto.

Por lo tanto, mientras nos reunimos sábado tras sábado, cantemos alabanzas a Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”, rinda adoración el corazón. Sea el amor de Cristo el tema principal de lo que dice el predicador. Sea lo que se exprese con sencillo lenguaje en todo himno de alabanza. Dicte la inspiración del Espíritu de Dios nuestras oraciones. Mientras se pronuncie la palabra de vida, atestigüe nuestra sentida respuesta que hemos recibido el mensaje como mensaje del cielo.

Dios enseña que debemos congregarnos en su

casa para cultivar los atributos del amor perfecto. Esto preparará a los moradores de la tierra para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para todos los que le aman. Allí se congregarán en el santuario de sábado en sábado, de luna nueva en luna nueva, para unir sus voces en los más sublimes acentos de alabanza y agradecimiento a Aquel que está sentado en el trono y al Cordero para siempre jamás.

La autoridad conferida a la iglesia

Cristo da poder a la voz de la iglesia. “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo”. Mateo 18:18. No sanciona la actuación de un hombre que inicie algo por su propia responsabilidad individual, y abogue por las opiniones que elija sin tener en cuenta el juicio de la iglesia. Dios ha concedido a su iglesia el más alto poder debajo del cielo. Es la voz de Dios en su pueblo unido como iglesia lo que ha de ser respetado.

La Palabra de Dios no da licencia a ningún hombre para oponer su juicio al de la iglesia, ni le permite insistir en sus opiniones contrarias a las de la misma. Si no hubiese disciplina ni gobierno de la iglesia, ésta se reduciría a fragmentos; no podría mantenerse unida como un cuerpo. Siempre hubo seres humanos de espíritu independiente, que aseveraron que estaban en lo correcto, que Dios los había instruido, impresionado y conducido en forma especial. Cada uno tiene una teoría propia, opiniones que le son peculiares, y cada uno sostiene que sus opiniones están de acuerdo con la Palabra de Dios. Cada cual sustenta diferente teoría y fe, aunque todos aseguran tener una luz especial de Dios. Apartan a los demás del cuerpo y cada uno es en sí mismo una iglesia separada. Todos no pueden estar en lo cierto, y sin embargo, se declaran conducidos por el Señor.

Después de impartir sus instrucciones, nuestro Salvador promete que si dos o tres se unen para pedir algo a Dios, eso les será concedido. Cristo demuestra con esto que debe haber unión con los demás, aun para desear un objeto determinado. Se

da gran importancia a la oración unánime, a la unión de propósito. Dios oye las oraciones de las personas; pero en esta ocasión Jesús daba lecciones sumamente importantes, que se relacionaban en especial con su iglesia recién organizada en la tierra. Debe haber acuerdo en las cosas que se desean y por las cuales se ora. No debía tratarse simplemente de los pensamientos y la actividad de una mente, expuesta a engaño; la petición debía reflejar el deseo ferviente de varias mentes concentradas en el mismo punto.

La iglesia es el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el Evangelio al mundo. Desde el principio fue el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria. La iglesia es la depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo; y mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aun a “los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:10), el despliegue final y pleno del amor

de Dios.

Pablo fue dirigido a la iglesia para recibir instrucción

Muchos tienen la idea de que sólo son responsables ante Cristo por su luz y experiencia, independientemente de sus seguidores reconocidos en el mundo. Pero esto Jesús lo condena en sus enseñanzas, en los ejemplos y en los hechos que dejó para nuestra instrucción. Allí estaba Pablo, un hombre a quien Dios iba a preparar para una obra muy importante, a saber, la de ser vaso escogido para él, llevado directamente a la presencia de Cristo; sin embargo, no le enseñó las lecciones de verdad. Le detuvo en su carrera y le convenció; y cuando él preguntó: "¿Qué quieres que haga?", el Salvador no se lo dijo directamente, sino que lo puso en relación con su iglesia. Sus miembros le habían de decir lo que debía hacer. Jesús es el amigo del pecador; su corazón está siempre abierto; siempre se conmueve por la desgracia humana, él tiene toda potestad tanto en el cielo como en la tierra, pero respeta los medios que

instituyó para iluminar y salvar a los hombres. Ordenó a Saulo que fuera a la iglesia, reconociendo así el poder con que la invistió como conducto de luz para el mundo. Ella es el cuerpo organizado de Cristo en la tierra, y es necesario respetar sus ordenanzas. En el caso de Saulo, Ananías representa a Cristo; también representa a los ministros de Cristo en la tierra, que han sido designados para actuar en lugar de Cristo.

En la conversión de Pablo se nos presentan principios importantes que siempre debemos recordar. El Redentor del mundo no sanciona que en asuntos religiosos la experiencia y la acción sean independientes de su iglesia organizada y reconocida, donde tal existe.

El Hijo de Dios se identificó con el cargo y la autoridad de su iglesia organizada. Sus bendiciones debían transmitirse por intermedio de los agentes a quienes había ordenado, vinculando así al hombre con el conducto por medio del cual llegan sus bendiciones. El hecho de que Pablo fuese estrictamente escrupuloso en su persecución de los

santos, no le exime de culpa cuando el Espíritu Santo le revela la crueldad de su obra. Debe aprender de los discípulos.

Todos los miembros de la iglesia, si son hijos e hijas de Dios, pasarán por un proceso de disciplina antes de poder ser luces en el mundo. Dios no convertirá a los hombres y las mujeres en conductos de luz, mientras estén en las tinieblas y se conformen con permanecer en ellas, sin hacer esfuerzos especiales para relacionarse con la Fuente de la luz. Los que sienten su propia necesidad y se inciten a sí mismos a la reflexión más profunda y a la oración y acción más fervientes y perseverantes, recibirán ayuda divina. Cada uno tiene mucho que desaprender respecto de sí mismo, y también mucho que aprender. Debe deshacerse de antiguas costumbres, y la victoria se puede obtener únicamente mediante empeñosas luchas para corregir estos errores y la plena recepción de la verdad para poner en práctica sus principios, por la gracia de Dios.

Consejo a uno que diseminaba el error

Los que se ponen a proclamar un mensaje bajo su propia responsabilidad individual; los que, al par que aseveran ser enseñados y conducidos por Dios, se dedican especialmente a derribar lo que Dios ha estado edificando durante años, no están haciendo la voluntad de Dios. Sépase que estos hombres están de parte del gran engañador. No les creáis.

Como quienes han sido designados como administradores de recursos y capacidades, habéis estado dando una aplicación errónea a los bienes de vuestro Señor al diseminar el error. El mundo entero está lleno de odio hacia los que proclaman que la ley de Dios está en vigencia, y la iglesia leal a Jehová debe sostener un conflicto no común. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales en las regiones celestiales”. Efesios 6:12. Los que en algún sentido se den cuenta de lo que significa esta guerra, no volverán sus armas contra la iglesia militante, sino

que con todas sus facultades lucharán junto al pueblo de Dios contra la confederación del mal.

Capítulo 44

La organización de la Iglesia

Alguien debe cumplir la comisión de Cristo; alguien debe continuar la obra que él comenzó a hacer en la tierra; y ese privilegio se le ha dado a la iglesia. Fue organizada para este propósito.

Los pastores deben amar el orden, y deben disciplinarse a sí mismos, y entonces podrán disciplinar con éxito a la iglesia de Dios, para enseñarle a trabajar en forma armoniosa, como una compañía de soldados bien ejercitados. Si la disciplina y el orden son necesarios para el éxito en el campo de batalla, tanto más necesarios son en la guerra en la cual estamos empeñados, cuanto el objetivo que ha de ser ganado es de mayor valor y de más elevado carácter que el objetivo por el cual las fuerzas opositoras contienden en el campo de batalla. En el conflicto en el cual estamos empeñados se hallan en juego intereses eternos.

Los ángeles trabajan en forma armoniosa. Un

orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más de cerca imitemos la armonía y el orden de la hueste angelical, más éxito tendrán los esfuerzos de estos agentes celestiales en nuestro favor. Los que tienen la unción de lo alto estimularán el orden, la disciplina y la unidad de acción y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca, nunca estos mensajeros celestiales respaldarán la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son el resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, para destruir nuestro valor, y para impedir el éxito de la acción.

Satanás sabe bien que el éxito puede acompañar únicamente al orden y la acción armoniosa. Bien sabe que todo lo que está relacionado con el cielo está en perfecto orden, que la sujeción y la disciplina señalan los movimientos de la hueste angelical. Es su firme propósito apartar a los profesos cristianos tanto como sea posible del orden del cielo; por lo tanto, engaña aun a los que profesan ser hijos de Dios y les hace creer que el orden y la disciplina son enemigos de la

espiritualidad, que la única seguridad para ellos consiste en permitir que cada uno siga su propia conducta, y en permanecer especialmente distintos de los cuerpos de cristianos que están unidos y trabajan para establecer la disciplina y la armonía de acción. Todos los esfuerzos hechos para establecer el orden son considerados peligrosos, una restricción de la libertad que es lícito gozar, y por lo tanto se los teme como papismo. Estas almas tan celosas consideran que es una virtud jactarse de su libertad para pensar y actuar en forma independiente. No aceptan indicaciones de nadie. No se consideran responsables ante ningún hombre. Se me mostró que es la obra especial de Satanás inducir a los hombres a sentir que Dios les ha ordenado hacer cosas por su cuenta y escoger su propia forma de obrar independientemente de sus hermanos.

Dios ha hecho de su iglesia en la tierra un canal de luz, y por su medio comunica sus propósitos y su voluntad. No le da a uno de sus siervos una experiencia distinta a la del resto de la iglesia y contraria a ella. Ni da a conocer a un solo hombre

su voluntad con respecto a la iglesia, mientras deja a ésta—el cuerpo de Cristo—en tinieblas. En su providencia, pone a sus siervos en estrecha relación con su iglesia, a fin de que tengan menos confianza en sí mismos y más confianza en otros a quienes está guiando para promover su obra.

Iglesias organizadas por los profetas

La organización de la iglesia de Jerusalén debía servir de modelo para la de las iglesias que se fundaran en muchos otros lugares donde los mensajeros de la verdad fuesen a trabajar a fin de ganar conversos para el Evangelio. Los que habían asumido la responsabilidad del gobierno general de la iglesia no habían de enseñorearse de la heredad de Dios, sino que, como prudentes pastores, tenían que apacentar la grey de Dios siendo “ejemplos de la grey” (1 Pedro 5:2, 3), y los diáconos debían ser “varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”. Estos hombres debían mantenerse unidos de parte de la justicia y permanecer firmes y decididos. Así ejercerían una influencia unificadora sobre toda la grey.

Como factor importante del crecimiento espiritual de los nuevos conversos, los apóstoles se esforzaron por rodearlos con las salvaguardias de las disposiciones evangélicas. Organizaron iglesias en todos los lugares de Licaonia y Pisidia donde había creyentes. En cada iglesia elegían dirigentes y establecían el debido orden y sistema para la conducción de todos los asuntos que tenían que ver con el bienestar espiritual de los creyentes.

Esto estaba en armonía con el plan evangélico de unir en un solo cuerpo a todos los creyentes en Cristo, y Pablo tuvo mucho cuidado de seguir este plan en todo su ministerio. Los que en cualquier lugar eran inducidos por sus labores a aceptar a Cristo como su Salvador, eran, al debido tiempo, organizados en iglesia. Se hacía esto aunque los creyentes fueran pocos. Así se les enseñaba a los cristianos a ayudarse unos a otros, recordando la promesa: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mateo 18:20.

Haciendo frente a la disensión en la iglesia

En Jerusalén, los delegados de Antioquía se encontraron con los hermanos de las diversas iglesias, que se habían reunido para asistir a un concilio general, y les relataron el éxito que había tenido su ministerio entre los gentiles. Expusieron entonces la confusión provocada por el hecho de que ciertos fariseos convertidos habían ido a Antioquía y habían declarado que para salvarse, los conversos gentiles debían circuncidarse y guardar la ley de Moisés.

Esta cuestión se discutió calurosamente en la asamblea.

Plugo al Espíritu Santo no imponer la ley ceremonial a los conversos gentiles, y la actitud de los apóstoles en cuanto a este asunto era como la actitud misma del Espíritu de Dios. Santiago presidía el concilio, y su decisión final fue “yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios”.

Esto puso fin a la discusión.

En este caso, Santiago parece haber sido escogido para anunciar la decisión a la cual había llegado el concilio.

Los conversos gentiles, sin embargo, debían abandonar las costumbres que no concordaban con los principios del cristianismo. Los apóstoles y ancianos convinieron, por lo tanto, en pedir a los gentiles, por carta, que se abstuvieran de los alimentos ofrecidos a los ídolos, de fornicación, de cosa estrangulada, y de sangre. Debía instárselos a guardar los mandamientos y a vivir una vida santa. Debía asegurárseles también que los que habían declarado obligatoria la circuncisión no estaban autorizados por los apóstoles para hacerlo.

El concilio que decidió este caso estaba compuesto por los apóstoles y maestros que se habían destacado en fundar iglesias cristianas judías y gentiles, con delegados escogidos de los diversos lugares. Estaban presentes los ancianos de Jerusalén y los delegados de Antioquía, y estaban

representadas las iglesias de más influencia. El concilio procedió de acuerdo con las disposiciones de un juicio iluminado, y con la dignidad de una iglesia establecida por la voluntad divina. Como resultado de sus deliberaciones, todos vieron que Dios mismo había resuelto la cuestión en disputa concediendo a los gentiles el Espíritu Santo; y comprendieron que a ellos les correspondía seguir la dirección del Espíritu.

No todo el cuerpo de cristianos fue llamado a votar sobre este asunto. Los “apóstoles y ancianos”, hombres de influencia y juicio, redactaron y promulgaron el decreto, que fue luego aceptado generalmente por las iglesias cristianas. No todos, sin embargo, estaban satisfechos con la decisión; había un bando de hermanos ambiciosos y confiados en sí mismos que estaban en desacuerdo con ella. Estos hombres asumieron la tarea de ocuparse de la obra bajo su propia responsabilidad. Se tomaron la libertad de murmurar y hallar faltas, de proponer nuevos planes y tratar de derribar la obra de los hombres a quienes Dios había escogido para que enseñaran el

mensaje evangélico. Desde el principio, la iglesia ha tenido que afrontar tales obstáculos, y tendrá que hacerlo hasta el fin del tiempo.

Peligro de considerar el juicio individual como supremo

Los que se sienten inclinados a considerar que su juicio individual es lo supremo, están en grave peligro. El esfuerzo premeditado de Satanás consiste en separarlos de los que son canales de luz, por medio de quienes Dios ha obrado para edificar y promover su obra en la tierra. Dejar a un lado o despreciar a los que Dios ha asignado para desempeñar las responsabilidades de la dirección en relación con el progreso de la verdad, equivale a rechazar los medios que ha dispuesto para ayudar, animar y fortalecer a su pueblo. Si algún obrero de la causa de Dios pasa por alto a estas personas, y piensa que la luz divina sólo puede venir directamente de Dios, se expone a ser engañado y vencido por el enemigo. El Señor ha dispuesto en su sabiduría que por medio de la estrecha relación que deberían mantener entre sí todos los creyentes,

todo cristiano esté unido a otro cristiano y toda iglesia a otra iglesia. De este modo el instrumento humano estará en condiciones de cooperar con el divino. Todo agente estará subordinado al Espíritu Santo, y todos los creyentes estarán unidos en un esfuerzo organizado y bien dirigido para dar al mundo las gozosas nuevas de la gracia de Dios.

Así como los diferentes miembros del organismo humano se unen para formar el cuerpo entero y cada uno cumple su parte obedeciendo a la inteligencia que gobierna el todo, de la misma manera los miembros de la iglesia de Cristo deben estar unidos en un cuerpo simétrico, sujeto a la inteligencia santificada del conjunto.

Elección y ordenación de los oficiales de la iglesia local

El apóstol Pablo le escribió a Tito: “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé; el que fuere irreprensible, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes

que no estén acusados de disolución ni de rebeldía. Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios". Tito 1:5-7.

En algunas de nuestras iglesias la obra de organizar y ordenar a los ancianos ha sido prematura; se ha pasado por alto la regla bíblica y por consiguiente la iglesia ha sufrido dificultades graves. No debe haber tanto apresuramiento en elegir a los dirigentes, como para ordenar a quienes no están en manera alguna preparados para la obra de responsabilidad, a saber, hombres que necesitan ser convertidos, elevados, ennoblecidos y refinados antes que puedan servir a la causa de Dios en cargo alguno.

Las propiedades de iglesia

Cuando se despierta un interés en una ciudad o pueblo, este interés debe ser atendido. El lugar debe ser trabajado cabalmente, hasta que se erija una humilde casa de culto como una señal, un monumento del día de descanso de Dios, una luz en medio de las tinieblas morales. Estos

monumentos han de estar en pie en muchos lugares como testigos de la verdad.

Los asuntos pertenecientes a la iglesia no deben ser dejados en una condición inestable. Deben darse pasos para conseguir propiedades de iglesia para la causa de Dios, a fin de que la obra de Dios no sea retrasada en su progreso y para que los medios que las personas desean dedicar a la causa de Dios no vayan a parar a las filas del enemigo. Vi que el pueblo de Dios debe actuar sabiamente y no dejar nada por hacer de su parte, para colocar los asuntos de la iglesia en una condición segura. Y después que hicieron todo lo que pudieron, deben confiar en que el Señor dirija estas cosas por ellos, para que Satanás no tome ventaja del pueblo remanente de Dios. Es el tiempo de obrar de Satanás. Un futuro tempestuoso está ante nosotros, y la iglesia debe estar alerta para dar un paso hacia adelante a fin de que pueda resistir firmemente en contra de los planes del enemigo. Es tiempo de que se haga algo. A Dios no le complace que su pueblo deje los asuntos de la iglesia en desorden y permita que el enemigo tenga toda la ventaja y controle los

asuntos como mejor le parezca.

Los congresos

Haced un esfuerzo especial para asistir a la congregación del pueblo de Dios.

Hermanos y hermanas, es mucho mejor que dejéis sufrir en algo vuestros negocios antes que descuidar la oportunidad de oír el mensaje que Dios tiene para vosotros. No presentéis excusa que os impida adquirir toda ventaja espiritual posible. Necesitáis todo rayo de luz. Necesitáis prepararos para dar una razón de la esperanza que hay en vosotros, con mansedumbre y temor. No podéis perder tal privilegio.

Ninguno de nosotros debe ir al congreso dependiendo de los ministros o los obreros bíblicos para que la reunión resulte bendecida. Dios no quiere que su pueblo se apoye por completo en los pastores. No quiere que se debilite dependiendo de la ayuda de los seres humanos. No deben los creyentes apoyarse como niños impotentes sobre

alguien como si fuese un puntal. Como mayordomo de la gracia de Dios, cada miembro de iglesia debe sentir la responsabilidad personal de tener vida y raíz en sí mismo.

El éxito de la reunión depende de la presencia y el poder del Espíritu Santo. Todo aquel que ama la causa de la verdad debiera orar por el derramamiento del Espíritu. Y en cuanto está en nuestro poder, debemos suprimir todo lo que impida que obre. El Espíritu no podrá nunca ser derramado mientras los miembros de la iglesia alberguen divergencias y amarguras los unos hacia los otros. La envidia, los celos, las malas sospechas y las maledicencias son de Satanás, y cierran eficazmente el camino para que el Espíritu Santo obre. No hay en este mundo nada que sea tan caro para Dios como su iglesia. No hay nada que el custodie con cuidado más celoso. No hay nada que ofenda tanto a Dios como un acto que perjudique la influencia de aquellos que le sirven. El llamará a cuenta a todos aquellos que ayuden a Satanás en su obra de criticar y desalentar.

Capítulo 45

La casa de Dios

Para el alma humilde y creyente, la casa de Dios en la tierra es la puerta del cielo. El canto de alabanza, la oración, las palabras pronunciadas por los representantes de Cristo, son los agentes designados por Dios para preparar un pueblo para la iglesia celestial, para aquel culto más sublime, en el que no podrá entrar nada que corrompa.

La casa es el santuario para la familia, y la cámara o el huerto el lugar más retraído para el culto individual, pero la iglesia es el santuario para la congregación. Debiera haber reglas respecto al tiempo, el lugar, y la manera de adorar. Nada de lo que es sagrado, nada de lo que pertenece al culto de Dios, debe ser tratado con descuido e indiferencia. A fin de que los hombres puedan tributar mejor las alabanzas de Dios, su asociación debe ser tal que mantenga en su mente una distinción entre lo sagrado y lo común. Los que tienen ideas amplias, pensamiento y aspiraciones nobles, son los que

sostienen entre sí relaciones que fortalecen todos los pensamientos de las cosas divinas. Felices son los que tienen un santuario, sea alto o humilde, en la ciudad o entre las escarpadas cuevas de la montaña, en la humilde choza o en el desierto. Si es lo mejor que pueden obtener para el Maestro, él santificará ese lugar con su presencia y será santo para el Señor de los ejércitos.

Actitud de oración en la casa de Dios

Cuando los adoradores entran en el lugar de reunión, deben hacerlo con decoro, pasando quedamente a sus asientos. Si hay una estufa en la pieza, no es propio rodearla en una actitud indolente y descuidada. La conversación común, los cuchicheos y las risas no deben permitirse en la casa de culto, ni antes ni después del servicio. Una piedad ardiente y activa debe caracterizar a los adoradores.

Si algunos tienen que esperar unos minutos antes de que empiece la reunión, conserven un verdadero espíritu de devoción meditando

silenciosamente, manteniendo el corazón elevado a Dios en oración, a fin de que el servicio sea de beneficio especial para su propio corazón y conduzca a la convicción y conversión de otras almas. Deben recordar que los mensajeros celestiales están en la casa. Todos hemos perdido mucha dulce comunión con Dios por nuestra inquietud, por no fomentar los momentos de reflexión y oración. La condición espiritual necesita ser reseñada con frecuencia, y la mente y el corazón atraídos al Sol de justicia.

Si cuando la gente entra en la casa de culto tiene verdadera reverencia por el Señor y recuerda que está en su presencia,habrá una suave elocuencia en el silencio. Las risas, las conversaciones y los cuchicheos que podrían no ser pecaminosos en un lugar de negocios comunes, no deben tolerarse en la casa donde se adora a Dios. La mente debe estar preparada para oír la Palabra de Dios, a fin de que tenga el debido peso e impresione adecuadamente el corazón.

Cuando el ministro entra, debe ser con una

disposición solemne y digna. Debe inclinarse en oración silenciosa tan pronto como llegue al púlpito y pedir fervientemente ayuda a Dios ¡Qué impresión hará esto! Habrá solemnidad y reverencia entre los oyentes. Su ministro está comulgando con Dios; se está confiando a Dios antes de atreverse a presentarse delante de la gente. Una solemnidad desciende sobre todos, y los ángeles de Dios son atraídos muy cerca. Cada uno de los miembros de la congregación que teme a Dios, debe también unirse en oración silenciosa con él, inclinando su cabeza, para que Dios honre la reunión con su presencia y dé poder a su verdad proclamada por los labios humanos.

Las reuniones para el público y las de oración no deben ser tediosas. Si es posible, todos deben llegar puntualmente a la hora señalada; y a los morosos que lleguen con media hora o quince minutos de atraso no se los debe esperar. Aun cuando no haya más de dos presentes, ellos pueden pedir el cumplimiento de la promesa. La reunión debe iniciarse a la hora señalada, si es posible, sean pocos o muchos los presentes.

Actúe como si estuviera en la presencia visible de Dios

La verdadera reverencia hacia Dios es inspirada por un sentimiento de su grandeza infinita y de su presencia. Y cada corazón debe quedar profundamente impresionado por este sentimiento de lo invisible. La hora y el lugar de reunión son sagrados, porque Dios está allí; y al manifestarse la reverencia en la actitud y conducta, se ahondará el sentimiento que inspira. “Santo y terrible es su nombre”, declara el salmista. Salmos 111:9.

Cuando se abre la reunión con oración, cada rodilla debe doblegarse en la presencia del Santo y cada corazón debe elevarse a Dios en silenciosa devoción. Las oraciones de los adoradores fieles serán oídas y el ministerio de la palabra resultará eficaz. La actitud inerte de los adoradores en la casa de Dios es un importante motivo de que el ministerio no produce mayor bien. La melodía del canto, exhalada de muchos corazones en forma clara y distinta, es uno de los instrumentos de Dios

en la obra de salvar almas. Todo el servicio debe ser dirigido con solemnidad y reverencia, como si fuese en la visible presencia del Maestro de las asambleas.

Cuando se habla la palabra, debéis recordar, hermanos, que estáis escuchando la voz de Dios por medio del siervo que es su delegado. Escuchad atentamente. No durmáis por un instante, porque el sueño podría haceros perder las palabras que más necesitáis—las palabras que, si las escucharais, salvarían vuestros pies de desviarse por sen- das equivocadas. Satanás y sus ángeles están atareados creando una condición de parálisis de los sentidos, para que las recomendaciones, amonestaciones y reproches no sean oídos; y para que, si llegan a oírse, no produzcan efecto en el corazón ni reformen la vida. A veces un niño puede atraer de tal manera la atención de los oyentes que la preciosa semilla no caiga en buen terreno ni lleve fruto. Algunas veces los jóvenes tienen tan poca reverencia por la casa y el culto de Dios, que sostienen continua comunicación unos con otros durante el sermón. Si pudiesen ver a los ángeles de

Dios que los miran y toman nota de sus acciones, se llenarían de vergüenza y se aborrecerían a sí mismos. Dios quiere oyentes atentos. Era mientras los hombres dormían cuando Satanás sembró la cizaña.

Cuando se pronuncia la oración de despedida, todos deben permanecer quietos, como si temiesen perder la paz de Cristo. Salgan todos sin desorden ni conversación, sintiendo que están en la presencia de Dios, que su ojo descansa sobre ellos y que deben obrar como si estuviesen en su presencia visible. Nadie se detenga en los pasillos para conversar o charlar, cerrando así el paso a los demás. Las dependencias de las iglesias deben ser investidas con sagrada reverencia. No debe hacerse de ellas un lugar donde encontrarse con antiguos amigos, y conversar e introducir pensamientos comunes y negocios mundanales. Estas cosas deben ser dejadas fuera de la iglesia. Dios y los ángeles han sido deshonrados por la risa ruidosa y negligente, y el ruido que se oye en algunos lugares.

Los niños deben ser reverentes

Padres, elevad la norma del cristianismo en la mente de vuestros hijos; ayudadles a entretejer a Jesús en su experiencia; enseñadles a tener la más alta reverencia por la casa de Dios y a comprender que cuando entran en la casa del Señor deben hacerlo con corazón enternecido y subyugado por pensamientos como éstos: “Dios está aquí; ésta es su casa. Debo tener pensamientos puros y los más santos motivos. No debo abrigar orgullo, envidias, celos, malas sospechas, odios ni engaño en mi corazón; porque vengo a la presencia del Dios santo. Este es el lugar donde Dios se encuentra con su pueblo y lo bendice. El Santo y Sublime, que habita en la eternidad, me mira, escudriña mi corazón, y lee los pensamientos y los actos más secretos de mi vida”.

La mente delicada y susceptible de los jóvenes forma su concepto de las labores de los siervos de Dios por la manera en que sus padres las tratan. Muchas cabezas de familias hacen del culto un asunto de crítica en casa, aprobando algunas cosas

y condenando otras. Así se critica y pone en duda el mensaje de Dios a los hombres, y se lo hace tema de liviandad. ¡Sólo los libros del cielo revelarán qué impresiones hacen sobre los jóvenes estas observaciones descuidadas e irreverentes! Los niños ven y comprenden estas cosas mucho más rápidamente de lo que puedan pensar los padres. Sus sentidos morales quedan mal encauzados, cosa que el tiempo nunca podrá cambiar completamente. Los padres se lamentan por la dureza de corazón de sus hijos, y por lo difícil que es despertar su sensibilidad moral para que respondan a los requerimientos de Dios.

También se debería manifestar reverencia hacia el nombre de Dios. Nunca se lo debiera pronunciar a la ligera o con indiferencia. Hasta en la oración habría que evitar su repetición frecuente o innecesaria. “Santo y temible es su nombre”. Salmos 111:9. Los ángeles, al pronunciarlo, cubren sus rostros. ¡Con cuánta reverencia debiéramos pronunciarlo nosotros que somos caídos y pecadores!

Vi que el santo nombre de Dios debiera usarse con reverencia y temor. Las palabras Dios Todopoderoso son expresadas juntas y empleadas por algunos en oración de una manera descuidada y negligente, que le desagrada. Los tales no comprenden a Dios ni a la verdad, pues si la comprendieran no hablarían con tanta irreverencia del Dios grande y temible, que pronto los ha de juzgar en el día postrero. Dijo el ángel: “No las unáis; porque terrible es su nombre”. Los que se dan cuenta de la grandeza y la majestad de Dios, pronunciarán su nombre con santa reverencia. El mora en luz inaccesible; ningún hombre puede verle y vivir. Vi que estas cosas tendrán que ser comprendidas antes que la iglesia pueda prosperar.

Tendríamos que reverenciar la Palabra de Dios. Deberíamos manifestar respeto por cada ejemplar de ella, no darle usos comunes ni manejarlo descuidadamente. Nunca se debería citar la Escritura en broma, ni usarla para decir un chiste. “Toda palabra de Dios es limpia”. “Como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces”. Proverbios 30:5; Salmos 12:6.

Sobre todo se debería enseñar a los niños que la verdadera reverencia se manifiesta por medio de la obediencia. Nada de lo que Dios ha ordenado carece de importancia y no hay otra manera de manifestar reverencia que le agrade tanto como la obediencia a lo que él ha dicho.

Se debería reverenciar a los representantes de Dios: pastores, maestros y padres, llamados a hablar y actuar en su lugar. Se honra a Dios cuando se manifiesta respeto por ellos.

Sería bueno que jóvenes y ancianos meditasen en esas palabras de la Escritura que demuestran cómo debe ser considerado el lugar señalado por la presencia especial de Dios. “Quita tus zapatos de tus pies—ordenó a Moisés desde la zarza ardiente—porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”. Éxodo 3:5. Jacob, después de contemplar la visión de los ángeles, exclamó: “Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía... No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo”. Génesis 28:16, 17.

Tanto por ejemplo como por precepto, debéis demostrar que reverenciáis vuestra fe, hablando reverentemente de cosas sagradas. No permitáis jamás que escape de vuestros labios una expresión de ligereza o trivialidad cuando citáis las Escrituras. Al tomar la Biblia en vuestras manos recordad que estáis sobre tierra santa. Hay ángeles a vuestro alrededor, a quienes podríais ver si fuesen abiertos vuestros ojos. Sea tal vuestra conducta que dejéis sobre cada alma con la cual os relacionéis la impresión de que os rodea una atmósfera pura y santa. Una palabra vana, una risa trivial, puede inclinar un alma en la dirección indebida. Terribles son las consecuencias de no tener una relación constante con Dios.

Vestíos de manera que Dios sea el objeto del pensamiento

Debe enseñarse a todos a ser aseados, limpios y ordenados en su indumentaria, pero sin dedicarse a los adornos exteriores que son completamente impropios para el santuario. No debe haber

ostentación de trajes, porque esto estimula la irreverencia. Con frecuencia la atención de la gente queda atraída por esta o aquella hermosa prenda, y así se infiltran pensamientos que no debieran tener cabida en el corazón de los adoradores. Dios ha de ser el tema del pensamiento y el objeto del culto; y cualquier cosa que distraiga la mente del servicio solemne y sagrado le ofende.

En todos los asuntos de la indumentaria, debemos ser estrictamente cuidadosos y seguir muy de cerca las reglas bíblicas. La moda ha sido la diosa que ha regido el mundo, y con frecuencia se insinúa en la iglesia. La iglesia debe hacer de la Palabra de Dios su norma y los padres deben pensar inteligentemente acerca de este asunto. Cuando ven a sus hijos inclinarse a seguir las normas mundanas, deben, como Abrahán, ordenar resueltamente a su casa tras sí. En vez de unirlos con el mundo, relacionadlos con Dios. Nadie deshonre el santuario de Dios por un atavío ostentoso. Dios y los ángeles están allí. El Santo de Israel ha hablado por medio de su apóstol: “Vuestro atavío no sea el externo de peinados

ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino en el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”. 1 Pedro 3:3, 4.

Capítulo 46

Cómo tratar con los que yerran

Cristo vino a poner la salvación al alcance de todos. Sobre la cruz del Calvario pagó el precio infinito de la redención de un mundo perdido. Su abnegación y sacrificio propio, su labor altruista, su humillación, sobre todo la ofrenda de su vida, atestiguan la profundidad de su amor por el hombre caído. Vino a esta tierra a buscar y salvar a los perdidos. Su misión estaba destinada a los pecadores: de todo grado, de toda lengua y nación. Pagó el precio para rescatarlos a todos y conseguir que se le uniesen y simpatizasen con él. Los que más yerran, los más pecaminosos, no fueron pasados por alto; sus labores estaban especialmente dedicadas a aquellos que más necesitaban la salvación que él había venido a ofrecer. Cuanto mayores eran sus necesidades de reforma, más profundo era el interés de él, mayor su simpatía, y más fervientes sus labores. Su gran corazón lleno

de amor se conmovió hasta sus profundidades en favor de aquellos cuya condición era más desesperada, de aquellos que más necesitaban su gracia transformadora.

Pero entre nosotros como pueblo hace falta una simpatía profunda y ferviente, que conmueva el alma, y necesitamos tener amor por los tentados y los que yerran. Muchos han manifestado gran frialdad y la negligencia pecaminosa que Cristo representó por el hombre que se pasó de un lado; se han mantenido tan alejados como podían de aquellos que necesitan ayuda. El alma recién convertida tiene con frecuencia fieros conflictos con costumbres arraigadas, o con alguna forma especial de tentación, y, siendo vencida por alguna pasión o tendencia dominante, comete a veces alguna indiscreción o un mal verdadero. Entonces es cuando se requieren energía, tacto y sabiduría de parte de sus hermanos, a fin de que pueda serle devuelta la salud espiritual. A tales casos se aplican las instrucciones de la Palabra de Dios: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con

espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado". "Así que, los que somos más fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos". Gálatas 6:1; Romanos 15:1.

Las medidas benignas, las respuestas impregnadas de mansedumbre y las palabras agradables se prestan mucho más para reforzar y salvar que la severidad y la dureza. Un poco de dureza excesiva puede colocar a las personas fuera de nuestro alcance, mientras que un espíritu conciliador sería el medio de vincularlas con nosotros, y podríamos entonces corroborarlas en el buen camino. Debemos ser también impulsados por un espíritu perdonador y reconocer todo buen propósito y acto de los que nos rodean.

"Amaos los unos a los otros como yo os he amado"

Dios ha hecho su parte en la obra de salvar a los hombres, y ahora pide la cooperación de la iglesia. Allí está la sangre de Cristo, la Palabra de

verdad, el Espíritu Santo, por un lado, y por el otro las almas que perecen. Cada uno de los que siguen a Cristo tiene que hacer una parte para inducir a los hombres a aceptar las bendiciones que el cielo ha provisto. Examinémonos detenidamente a nosotros mismos y veamos si hemos hecho esta obra. Indaguemos nuestros motivos y cada acción de nuestra vida. ¿No hay muchos cuadros desagradables grabados en la memoria? Con frecuencia habéis necesitado el perdón de Jesús. Habéis dependido constantemente de su compasión y amor. Sin embargo, ¿habéis dejado de manifestar hacia otros el espíritu que Cristo manifestó hacia vosotros? ¿Habéis sentido preocupación por aquel a quien visteis aventurarse por sen- das prohibidas? ¿Habéis llorado y orado por él y con él? ¿Habéis demostrado por vuestras palabras de ternura y actos bondadosos que le amabais y deseabais salvarle? Mientras tratabais a aquellos que vacilaban y se tambaleaban bajo la carga de sus propias flaquezas de disposición y de sus hábitos defectuosos, ¿los habéis dejado pelear sus batallas solos, cuando podríais haberlos ayudado? ¿No habéis pasado de un lado del camino frente a estas almas fieramente

tenta- das, mientras que el mundo estaba listo para manifestarles simpatía y para atraerlas a las redes de Satanás? ¿No habéis estado como Caín listos para decir: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" Génesis 4:9. ¿Cómo debe considerar vuestra vida la gran Cabeza de la iglesia? ¿Cómo mira vuestra indiferencia para con los que se extravían del buen camino, Aquel para quien toda alma es preciosa, como comprada por su sangre? ¿No teméis que él os deje como los habéis dejado a ellos? Tened por seguro que el verdadero Centinela de la casa del Señor ha notado toda negligencia.

No es todavía demasiado tarde para redimir la negligencia pasada. Reavívese el primer amor, el primer ardor. Buscad a aquellos que ahuyentasteis, vendad por medio de la confesión las heridas que hicisteis. Acercaos al gran corazón de amor compasivo y dejad que la corriente de esa compasión divina fluya a vuestro corazón, y de vosotros a los corazones ajenos. Sea la ternura y misericordia que Jesús reveló en su preciosa vida un ejemplo de la manera en que nosotros debemos tratar a nuestros semejantes, especialmente a los

que son nuestros hermanos en Cristo. Muchos que podrían haber sido fortalecidos hasta la victoria por una palabra de aliento y valor, han desmayado y se han desalentado en la gran lucha de la vida. Nunca seáis fríos, sin corazón y simpatía, ni dados a la censura. Nunca perdáis una oportunidad de decir una palabra que anime e inspire esperanza. No podemos decir cuánto alcance pueden tener nuestras palabras tiernas y bondadosas, nuestros esfuerzos semejantes a los de Cristo para aliviar alguna carga. Los que yerran no pueden ser restaurados de otra manera alguna que por el espíritu de mansedumbre, amabilidad y tierno amor.

Los métodos de Cristo en la disciplina de la iglesia

Al tratar con los miembros de la iglesia que yerran, el pueblo de Dios debe seguir cuidadosamente las instrucciones dadas por el Salvador en el capítulo 18 de Mateo.

Los seres humanos son propiedad de Cristo,

comprados por él a un precio infinito, y vinculados con él por el amor que él y su Padre han manifestado hacia ellos. ¡Cuán cuidadosos debemos ser, pues, en nuestro trato unos con otros! Los hombres no tienen derecho a sospechar el mal con respecto a sus semejantes. Los miembros de la iglesia no tienen derecho a seguir sus propios impulsos e inclinaciones al tratar con miembros que han errado. No deben siquiera expresar sus prejuicios acerca de los que erraron; porque así ponen en otras mentes la levadura del mal. Los informes desfavorables de un hermano o hermana de la iglesia se comunican de unos a otros miembros. Se cometen errores e injusticias porque algunos no quieren seguir las instrucciones dadas por el Señor Jesús.

"Si tu hermano peca contra ti—declaró Cristo—, vé y repréndele estando tú y él solos". Mateo 18:15. No habléis del mal a otro. Si este mal es contado a una persona, luego a otra, y aun a otra, el informe crece continuamente, y el daño aumenta hasta que toda la iglesia tiene que sufrir. Arréglese el asunto "entre tú y el solo". Tal es el plan de

Dios. “No entres apresuradamente en pleito, no sea que no sepas que hacer al fin, después que tu prójimo te haya avergonzado. Trata tu causa con tu compañero, y no descubras el secreto a otro”. Proverbios 25:8, 9. No toleréis el pecado en vuestro hermano, pero no lo expongáis ni aumentéis la dificultad haciendo que la reprensión parezca como una venganza. Corregidle de la manera esbozada en la Palabra de Dios.

No permitáis que el resentimiento madure en malicia. No dejéis que la herida se infecte y reviente en palabras envenenadas que manchen la mente de quienes las oigan. No permitáis que los pensamientos amargos continúen embargando vuestro ánimo y el suyo. Id a vuestro hermano, y con humildad y sinceridad habladle del asunto.

Cualquiera que sea el carácter de la ofensa, no cambia el plan que Dios trazó para el arreglo de las desinteligencias e injurias personales. El hablar a solas con el espíritu de Cristo a aquel que faltó eliminará la consiguiente dificultad. Id a aquel que erró, con el corazón lleno del amor y la simpatía de

Cristo, y tratad de arreglar el asunto. Razonad con él con calma y tranquilidad. No dejéis escapar de vuestros labios palabras airadas. Hablad de una manera que apele a su mejor criterio. Recordad las palabras: “Sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados”. Santiago 5:20.

Llevad a vuestro hermano el remedio que curará la enfermedad del desafecto. Haced vuestra parte para ayudarle. Por amor a la paz y unidad de la iglesia, considerad este proceder tanto un privilegio como un deber. Si él os oye, le habréis ganado como amigo.

Todo el cielo está interesado en la entrevista entre aquel que ha sido perjudicado y el que está en error. Y cuando el que erró acepta la reprensión ofrecida con el amor de Cristo y, reconociendo su error, pide perdón a Dios y a su hermano, la alegría del cielo llena su corazón. La controversia terminó. La amistad y la confianza quedaron restauradas. El aceite del amor elimina la irritación causada por el mal. El Espíritu de Dios liga un corazón al otro; y

hay en el cielo música por la unión realizada.

Mientras los que están así unidos en la comunión cristiana ofrecen oración a Dios y se comprometen a obrar con justicia, a amar la misericordia y a andar humildemente con Dios, reciben gran bendición. Si se ha perjudicado a otros, continúen la obra de arrepentimiento, confesión y restitución, plenamente resueltos a hacerse bien unos a otros. Este es el cumplimiento de la ley de Cristo.

“Más si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra”. Mateo 18:16. Tomad con vosotros personas de ánimo espiritual, y hablad de su mal al que erró. Tal vez ceda a las súplicas unidas de sus hermanos. Al ver cómo ellos están de acuerdo en el asunto, tal vez su mente quede iluminada.

Y, “si no los oyere a ellos”, ¿qué debe hacerse? ¿Tendrán que asumir algunas personas de la junta directiva la responsabilidad de despedir de la iglesia al que erró? “Y si no los oyere a ellos, dilo a

la iglesia". Mateo 18:17. Tome la iglesia un acuerdo con respecto a sus miembros.

Y "si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano". Mateo 18:17. Si él no quiere escuchar a la iglesia, si rechaza todos los esfuerzos hechos por salvarle, a la iglesia incumbe la responsabilidad de separarle de su comunión. Su nombre debe entonces borrarse de los libros.

El deber de la iglesia con aquellos que rehúsan su consejo

Ningún dirigente de la iglesia debe aconsejar, ninguna junta directiva recomendar, ni ninguna iglesia votar que el nombre de una persona que obra mal sea excluido de los libros de la iglesia, hasta que se hayan seguido fielmente las instrucciones dadas por Cristo. Cuando estas instrucciones se hayan cumplido, la iglesia queda justificada delante de Dios. El mal debe, pues, presentarse tal cual es, y debe ser suprimido, a fin de que no se propague. La salud y la pureza de la iglesia deben ser preservadas, para que ella

aparezca delante de Dios sin mancha, revestida del manto de la justicia de Cristo.

Si el que erró se arrepiente y se somete a la disciplina de Cristo, se le ha de dar otra oportunidad. Y aun cuando no se arrepienta, aun cuando quede fuera de la iglesia, los siervos de Dios tienen todavía una obra que hacer en su favor. Han de procurar fervientemente que se arrepienta. Y por grave que haya sido su ofensa, si él cede a las súplicas del Espíritu Santo y, confesando y abandonando su pecado, da indicios de arrepentimiento, se le debe perdonar y darle de nuevo la bienvenida al redil. Sus hermanos deben animarle en el buen camino, tratándole como quisieran ser tratados si estuviesen en su lugar, considerándose a sí mismos, no sea que ellos sean tentados también.

“De cierto os digo—continuó Cristo—, que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo”. Mateo 18:18.

Esta declaración rige para todos los siglos. A la iglesia ha sido conferido el poder de actuar en lugar de Cristo. Es instrumento de Dios para la conservación del orden y la disciplina entre su pueblo. En ella ha delegado el Señor el poder para arreglar todas las cuestiones relativas a su prosperidad, pureza y orden. A ella le incumbe la responsabilidad de excluir de su comunión a los que no son dignos de ella, a los que por su conducta anticristiana deshonrarían la verdad. Cuanto haga la iglesia que esté de acuerdo con las indicaciones dadas en la Palabra de Dios será ratificado en el cielo.

Se presentan asuntos de grave importancia para que los decida la iglesia. Los ministros de Dios, ordenados por él como guías de su pueblo, deben, después de hacer su parte, someter todo el asunto a la iglesia, para que haya unidad en la decisión tomada.

El Señor desea que los que le siguen ejerzan gran cuidado en su trato mutuo. Han de elevar, restaurar y sanar. Pero no debe haber en la iglesia

negligencia de la debida disciplina. Los miembros han de considerarse como alumnos en una escuela, y aprender a formar un carácter digno de su alta vocación. En la iglesia de esta tierra, los hijos de Dios han de quedar preparados para la gran reunión de la iglesia del cielo. Los que vivan aquí en armonía con Cristo pueden esperar una vida inacabable en la familia de los redimidos.

¿A quién debe hacerse la confesión?

Todos los que tratan de excusar u ocultar sus pecados, dejándolos sin confesar y sin haber sido perdonados en los registros del cielo, serán vencidos por Satanás. Cuanto más exaltada sea su profesión y honroso el puesto que desempeñen, tanto más graves aparecen sus faltas a la vista de Dios, y tanto más seguro es el triunfo de su gran adversario. Los que tardan en prepararse para el día del Señor, no podrán hacerlo en el tiempo de angustia ni en ningún momento subsiguiente. El caso de los tales es desesperado.

No se requiere de usted que se confiese ante

aquellos que no conocen su pecado y sus errores. No es su deber publicar una confesión que haga triunfar a los incrédulos; debe confesarse ante quienes corresponde, ante los que no se aprovecharán de sus yerros. Confiésese de acuerdo con la Palabra de Dios, y permita que sus prójimos oren por usted y Dios aceptará su obra y le sanará. Por amor de su alma, escuche las súplicas que le instan a hacer una obra cabal para la eternidad. Ponga a un lado su orgullo, su vanidad, y haga lo recto. Vuelva al redil. El Pastor le aguarda y le recibirá. Arrepiéntase, haga sus primeras obras, y vuelva a gozar del favor de Dios.

Cristo es su Redentor, y no tomará ventaja de sus confesiones humilladoras. Si tienen pecados de carácter privado, confiésenlos a Cristo, quien es el único Mediador entre Dios y el hombre. “Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. 1 Juan 2:1. Si han pecado reteniendo de Dios sus diezmos y ofrendas, confiesen su culpa a Dios y a la iglesia, y obedezcan lo que él ha ordenado: “Traed todos los diezmos al alfolí”. Malaquías 3:10.

El pueblo de Dios debe avanzar de manera inteligente. No deben quedar satisfechos hasta que cada pecado conocido ha sido confesado. Después, es su privilegio y deber creer que Jesús los acepta. No deben esperar a que otros se abran camino en medio de la oscuridad y obtengan la victoria para que ellos la disfruten. Tal gozo durará sólo hasta que se termine la reunión. Debemos servir a Dios por principio y no por sentimiento. Cada mañana y cada noche obtened la victoria para vosotros en vuestra propia familia. Que vuestro trabajo diario no os impida esto. Tornad tiempo para orar, y mientras oráis, creed que Dios os escucha. Mezclad la fe con vuestras oraciones.

No siempre podréis sentir la respuesta inmediata, pero es entonces cuando es probada la fe.

Sólo Cristo puede juzgar al hombre

Cristo se humilló para encabezar a la humanidad, para afrontar las tentaciones y sobrellevar las pruebas que los hombres deben arrostrar y soportar. Debía conocer lo que la humanidad debe arrostrar de parte del enemigo caído, a fin de saber cómo socorrer a los que son tentados.

Y Cristo ha sido hecho nuestro Juez. No es el Padre el Juez. Tampoco lo son los ángeles. Nos juzgará Aquel que se revistió de nuestra humanidad y vivió una vida perfecta en este mundo. El solo puede ser nuestro Juez. ¿Os acordaréis de ello, hermanos y hermanas? ¿Lo recordaréis también vosotros los predicadores? ¿Y vosotros también, padres y madres? Cristo se revistió de nuestra humanidad para poder ser nuestro Juez. Ninguno de vosotros ha sido designado para juzgar a otros. Todo lo que podéis hacer es corregiros a vosotros mismos. Os exhorto, en el nombre de Cristo, a obedecer la orden que os da, de no sentaros jamás en el sitial del juez. Día tras día, este mensaje ha repercutido en mis oídos: “Bajad del estrado del tribunal. Bajad de él con humildad”.

Dios no considera todos los pecados como de igual magnitud; hay grados de culpabilidad en su estima como en la del hombre finito. Pero por trivial que parezca a los ojos de los hombres este o aquel otro mal, ningún pecado es pequeño a la vista de Dios. Los pecados que el hombre está dispuesto a considerar como pequeños pueden ser los que Dios tiene por grandes crímenes. Se desprecia al borracho, se le dice que su pecado lo excluirá del cielo, mientras que el orgullo y el egoísmo y la codicia no reciben reprensión. Pero estos pecados ofenden particularmente a Dios. El “resiste a los soberbios” (Santiago 4:6) y Pablo dice que la avaricia es idolatría. Colosenses 3:5. Los que conocen las denuncias pronunciadas en la Palabra de Dios contra la idolatría, verán en seguida cuán grave ofensa es este pecado.

Capítulo 47

La observancia del santo Sábado de Dios

La observancia del sábado entraña grandes bendiciones, y Dios desea que el sábado sea para nosotros un día de gozo. La institución del sábado fue hecha con gozo. Dios miró con satisfacción la obra de sus manos. Declaró que todo lo que había hecho era “bueno en gran manera”. Génesis 1:31. El cielo y la tierra se llenaron de regocijo. “Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios”. Job 38:7. Aunque el pecado entró en el mundo para mancillar su obra perfecta, Dios sigue dándonos el sábado como testimonio de que un Ser omnipotente, infinito en bondad y misericordia, creó todas las cosas. Nuestro Padre celestial desea, por medio de la observancia del sábado, conservar entre los hombres el conocimiento de sí mismo. Desea que el sábado dirija nuestra mente a él como el verdadero Dios viviente, y que por conocerle

tengamos vida y paz.

Cuando el Señor liberó a su pueblo Israel de Egipto le confió su ley, le enseñó que por la observancia del sábado debía distinguirse de los idólatras. Así se crearía una distinción entre los que reconocían la soberanía de Dios y los que se negaban a aceptarle como su Creador y Rey. “Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel”, dijo el Señor. “Guardarán, pues, el día de reposo los hijos de Israel, celebrándolo por sus generaciones por pacto perpetuo”. Éxodo 31:17, 16.

Así como el sábado fue la señal que distinguía a Israel cuando salió de Egipto para entrar en la Canaán terrenal, así también es la señal que ahora distingue al pueblo de Dios cuando sale del mundo para entrar en el reposo celestial. El sábado es una señal de la relación que existe entre Dios y su pueblo, una señal de que éste honra la ley de su Creador. Hace distinción entre los súbditos leales y los transgresores.

Desde la columna de nube, Cristo declaró acerca del sábado: “En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico”. Éxodo 31:13. El sábado que fue dado al mundo como señal de que Dios es el Creador, es también la señal de que es el Santificador. El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza. Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter. Se recibe obedeciendo los principios que son el trasunto de su carácter. Y el sábado es la señal de obediencia. El que obedece de corazón el cuarto mandamiento, obedecerá toda la ley. Queda santificado por la obediencia.

A nosotros como a Israel nos es dado el sábado “por pacto perpetuo”. Para los que reverencian el santo día, el sábado es una señal de que Dios los reconoce como su pueblo escogido. Es una garantía de que cumplirá su pacto en su favor. Cada alma que acepta la señal del gobierno de Dios se coloca

bajo el pacto divino y eterno. Se vincula con la cadena áurea de la obediencia, de la cual cada eslabón es una promesa.

Acuérdate del día del sábado

Al mismo principio del cuarto mandamiento, el Señor dijo: “Acordarte has”. Sabía que entre la multitud de cuidados y perplejidades, el hombre se vería tentado a excusarse de satisfacer todo lo requerido por la ley, o se olvidaría de su importancia sagrada. Por lo tanto dijo: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. Éxodo 20:8.

Durante toda la semana, debemos recordar el sábado y hacer preparativos para guardarlo según el mandamiento. No sólo debemos observar el sábado en forma legal. Debemos comprender su importancia espiritual sobre todas las acciones de nuestra vida. Todos los que consideran el sábado como una señal entre ellos y Dios y demuestren que Dios es quien los santifica, representarán los principios de su gobierno. Pondrán diariamente en práctica las leyes de su reino. Diariamente rogarán

que la santificación del sábado descanse sobre ellos. Cada día tendrán el compañerismo de Cristo y ejemplificarán la perfección de su carácter. Cada día su luz brillará para los demás en sus buenas obras.

En todo lo que pertenece al éxito de la obra de Dios, las primeras victorias se han de ganar en el hogar. Allí debe empezar la preparación para el sábado. Recuerden los padres durante toda la semana que su hogar ha de ser una escuela en la cual sus hijos se prepararán para los atrios celestiales. Sean correctas sus palabras. No escapen de sus labios expresiones que sus hijos no debieran oír. Mantengan su espíritu libre de irritación. Padres, vivid durante la semana como a la vista de un Dios santo, que os ha dado hijos para que los preparéis para él. Educad así la pequeña iglesia que hay en vuestro hogar, a fin de que el sábado todos puedan estar preparados para adorar en el santuario del Señor. Presentad cada mañana y noche vuestros hijos a Dios como su heredad comprada con sangre. Enseñadles que es su más alto deber y privilegio amar y servir a Dios.

Cuando el sábado se recuerda así, no se permitirá que lo temporal usurpe lo que pertenece a lo espiritual. Ningún deber que incumbe a los seis días hábiles será dejado para el sábado. Durante la semana nuestras energías no se agotarán de tal manera en el trabajo temporal que, en el día en que el Señor descansó y fue refrigerado, estemos demasiado cansados para dedicarnos a su servicio.

Aunque deben hacerse preparativos para el sábado durante toda la semana, el viernes es un día especial de preparación. Por medio de Moisés, el Señor dijo a los hijos de Israel: “Mañana es el santo día de reposo, el reposo consagrado a Jehová; lo que habéis de cocer, cocedlo hoy, y lo que habéis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana”. “El pueblo se esparcía y lo recogía [el maná] y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas; su sabor era como sabor de aceite nuevo”. Éxodo 16:23; Números 11:8. Había algo que hacer para preparar el pan enviado por el cielo a los hijos de Israel. El Señor

les dijo que esta obra debía hacerse en viernes, día de preparación.

Termínense el viernes los preparativos para el sábado. Cuidad de que toda la ropa esté lista y que se haya cocinado todo lo que debe cocinarse, que se hayan lustrado los zapatos y tomado los baños. Es posible lograr todo esto. Si lo establecéis como regla, podéis hacerlo. El sábado no debe destinarse a reparar ropas, a cocinar alimentos, a los placeres, o a otra ocupación mundanal. Antes de que se ponga el sol, debe ponerse a un lado todo trabajo secular, y guardarse fuera de la vista todos los periódicos de ese carácter. Padres, explicad a vuestros hijos lo que hacéis y os proponéis, y dejadlos participar en vuestra preparación para guardar el sábado según el mandamiento.

Debemos cuidar celosamente las extremidades del sábado. Recordemos que cada momento es tiempo santo y consagrado. Siempre que se pueda los patrones deben dejar en libertad a sus obreros desde el viernes al mediodía hasta el principio del sábado. Dadles tiempo para la preparación, a fin de

que puedan dar la bienvenida al día del Señor con espíritu tranquilo. Una conducta tal no os infligirá pérdidas, ni aun en las cosas temporales.

Hay otra obra que debe recibir atención en el día de preparación. En ese día deben ponerse a un lado todas las divergencias entre hermanos, ora sea en la familia o en la iglesia. Expúlsese del alma toda amargura, ira y malicia. Con espíritu humilde, “confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados”. Santiago 5:16.

Nada de lo que a los ojos del cielo será considerado como violación del santo sábado debe dejarse para ser dicho o hecho en el sábado. Dios requiere no sólo que evitemos el trabajo físico en sábado, sino que disciplinemos nuestra mente para que se espacie en temas sagrados. Se infringe virtualmente el cuarto mandamiento al conversar de cosas mundanales, o al dedicarse a una conversación liviana y trivial. El hablar de cualquier cosa o de todo lo que acude a la mente es pronunciar nuestras propias palabras. Toda

desviación de lo recto nos pone en servidumbre y condenación.

El culto de puesta del sol

El sábado tiene un carácter mucho más sagrado que el que le atribuyen muchos de los que profesan observarlo. El Señor ha sido grandemente deshonrado por aquellos que no han guardado el sábado de acuerdo con el mandamiento, en la letra y el espíritu. El pide una reforma en la observancia del sábado.

Antes de que se ponga el sol, congréguense los miembros de la familia para leer la Palabra de Dios y para cantar y orar. Se necesita una reforma en esto, porque muchos han sido remisos. Necesitamos confesarnos a Dios y unos a otros. Debemos empezar de nuevo a hacer arreglos especiales para que cada miembro de la familia sea preparado para honrar el día que Dios ha bendecido y santificado.

Tomen parte los niños en el culto de familia.

Traigan todos sus Biblias, y lea cada uno de ellos uno o dos versículos. Luego cántese algún himno familiar, seguido de oración. Para ésta, Cristo ha dejado un modelo. El Padrenuestro no fue destinado a ser repetido simplemente como una fórmula, sino que es una ilustración de lo que deben ser nuestras oraciones: sencillas, fervientes y abarcantes. En una simple oración, expresad al Señor vuestras necesidades, y gratitud por su misericordia. Así invitáis a Jesús como vuestro huésped bienvenido en el hogar y el corazón. En la familia, las largas oraciones acerca de objetos remotos no están en su lugar. Hacen cansadora la hora de la oración, cuando debiera ser considerada como un privilegio y una bendición. Procurad que ese momento ofrezca interés y gozo.

Al bajar el sol, señalen la voz de la oración y el himno de alabanza el fin de las horas sagradas, e invitad a Dios a acompañaros con su presencia en los cuidados de la semana de trabajos.

Santificar el sábado para el Señor significa salvación eterna. Dios dice: “Yo honraré a los que

me honran”. 1 Samuel 2:30.

Las horas más sagradas de la familia

La escuela sabática y la reunión del culto ocupan sólo una parte del sábado. La parte que queda para la familia puede abarcar las más sagradas y preciosas horas del sábado. Mucho de este tiempo deben pasarlo los padres con sus hijos. En muchas familias se deja solos a los niños menores, para que se diviertan lo mejor que puedan. En tales condiciones, no tardan en volverse inquietos, empiezan a jugar y se dedican a causar perjuicios. Así el sábado no tiene para ellos significado sagrado. Cuando el tiempo es agradable, paseen los padres con sus hijos por los campos y huertos. En medio de las cosas hermosas de la naturaleza, explíquenles por qué fue instituido el sábado. Descríbanles la gran obra creadora de Dios. Díganles que cuando la tierra salió de su mano era santa y hermosa. Cada flor, cada arbusto, cada árbol, respondía al propósito de su Creador. Todo lo que veían los ojos era hermoso y llenaba la mente de pensamientos relativos al amor de Dios.

Todo sonido era música en armonía con la voz de Dios. Mostradles que fue el pecado lo que mancilló la obra perfecta de Dios; que las espinas y los cardos, el pesar y la muerte, son todos resultados de la desobediencia a Dios. Invitadlos a ver cómo la tierra, aunque mancillada por la maldición del pecado, sigue revelando la bondad de Dios. Los campos verdes, los altos árboles, la alegre luz del sol, las nubes, el rocío, la quietud solemne de la noche, la gloria del cielo estrellado y la luna en su belleza, todo da testimonio del Creador. No cae una gota de lluvia ni un rayo de sol sobre nuestro mundo desagradecido que no testifique de la tolerancia y del amor de Dios.

Habladles del camino de la salvación; de cómo “amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:16. Repítase la dulce historia de Belén. Preséntese a Jesús a los niños, como niño obediente a sus padres, como joven fiel y laborioso, que ayudaba a sostener la familia. Así podéis enseñarles que el Salvador conoce las pruebas, perplejidades y tentaciones, las

esperanzas y los goces de los jóvenes, y que puede simpatizar con ellos y ayudarles. De vez en cuando, leedles las interesantes historias de la Biblia. Interrogadlos acerca de lo que han aprendido en la escuela sabática y estudiad con ellos la lección del próximo sábado.

En el sábado debe haber una solemne dedicación de la familia a Dios. El mandamiento incluye a todos los que están dentro de nuestras puertas; todos los comensales de la casa deben poner a un lado sus quehaceres mundanos, y dedicar las horas sagradas a la devoción. Unanse todos en servir alegremente a Dios en su santo día.

Cristo dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mateo 18:20. Dondequiera que haya siquiera dos o tres creyentes, reúnanse en sábado para pedir al Señor el cumplimiento de su promesa.

Los pequeños grupos reunidos para adorar a Dios en su santo día tienen derecho a pedir la rica bendición de Jehová. Deben creer que el Señor

Jesús es un huésped honrado en sus asambleas. Cada verdadero adorador que santifica el sábado debe aferrarse a la promesa: “Para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico”. Éxodo 31:13.

El sábado fue hecho para el hombre, para beneficiarle al apartar su espíritu de la labor secular a fin de que contemple la bondad y la gloria de Dios. Es necesario que el pueblo de Dios se reúna para hablar de él, para intercambiar pensamientos e ideas acerca de las verdades contenidas en su Palabra, y dedicar una parte del tiempo a la oración apropiada. Pero estos momentos, aun en sábado, no deben ser hechos tediosos por su dilatación y falta de interés.

Cuando no hay predicador en la iglesia, alguno debe ser nombrado director de la reunión. Pero no es necesario que predique un sermón u ocupe gran parte del tiempo de culto. Un estudio corto e interesante de la Biblia será con frecuencia de mayor beneficio que un sermón. Puede ir seguido de una reunión de oración y testimonio.

Cada uno debe sentir que tiene una parte que desempeñar para hacer interesantes las reuniones del sábado. No hemos de reunirnos simplemente por formalismo, sino para un intercambio de pensamientos, para relatar nuestra experiencia diaria, para expresar agradecimiento y nuestro sincero deseo de ser iluminados divinamente, para que conozcamos a Dios y a Jesucristo al cual él envió. El platicar juntos acerca de Cristo fortalecerá el alma para las pruebas y conflictos de la vida. Nunca pensemos que podemos ser cristianos y encerrarnos, sin embargo, dentro de nosotros mismos. Cada uno es parte de la gran trama de la humanidad, y su experiencia será mayormente determinada por la experiencia de sus asociados.

La Escuela Sabática

El objeto de la obra de la escuela sabática debe ser cosechar almas. Puede ser que el modo de trabajar sea sin tacha, que las facilidades sean todo lo que se pudiera desear; pero si los niños y jóvenes no son llevados a Cristo, la escuela ha

fracasado, porque a menos que las almas sean atraídas a Cristo, llegan a ser más y más insensibles como resultado de la influencia de una religión formal. El maestro debería cooperar, mientras Cristo llama a la puerta del corazón de los que necesitan ayuda. Si los alumnos responden a las súplicas del Espíritu y abren la puerta del corazón para que entre Jesús, él abrirá su entendimiento a fin de que comprendan las cosas de Dios. La obra del maestro es sencilla, pero si éste la hace con el espíritu de Jesús, le serán añadidas profundidad y eficiencia por la operación del Espíritu de Dios.

Padres, apartad un poco de tiempo cada día para estudiar la lección de la escuela sabática con vuestros hijos. Sacrificad la visita social, si es necesario, antes que la hora dedicada a las preciosas lecciones de la historia sagrada. Los padres, tanto como los hijos, recibirán beneficio de este estudio. Apréndanse de memoria, no como una tarea, sino como un privilegio, los pasajes más importantes de las Escrituras que están relacionados con la lección. Aunque al principio la memoria sea defectuosa, por medio del ejercicio irá

ganando fuerza, de manera que después de un tiempo os deleitaréis en atesorar de esta manera las preciosas palabras de verdad. Y la costumbre resultará ser una ayuda valiosísima para el crecimiento religioso...

Sed sistemáticos en el estudio de las Escrituras con vuestras familias. Dejad cualquier cosa de naturaleza temporal; omitid toda costura innecesaria y provisión de mesa de que no se haya menester, pero aseguraos de que el alma sea alimentada con el pan de vida. Es imposible calcular los buenos resultados de una hora, o aun media hora, cada día, dedicadas de una manera gozosa y sociable a la Palabra de Dios. Haced de la Biblia su propio intérprete, reuniendo todo lo que ella en diferentes tiempos y circunstancias dice tocante a un asunto determinado. No interrumpáis vuestra clase doméstica al venir visitas. Si éstas llegan durante el estudio, invitadlas a tomar parte en él. Manifestad que consideráis más importante obtener un conocimiento de la Palabra de Dios que adquirir las ganancias o placeres del mundo.

En algunas escuelas [sabáticas], siento decirlo, prevalece la costumbre de leer [literalmente] el folleto de la lección. Esto no debería ser así. No hay necesidad de que así sea, si el tiempo que muchas veces se emplea inútil y pecaminosamente es dedicado al estudio de las Escrituras. No hay razón alguna para que las lecciones de la escuela sabática deban ser aprendidas menos perfectamente por los maestros o alumnos que las de la escuela diaria. Deberían ser aprendidas mejor, puesto que tratan de asuntos infinitamente más importantes. La negligencia en esto desagrada a Dios.

Es menester que el corazón de quienes enseñan en la escuela sabática sea calentado y vigorizado por la verdad de Dios, no siendo oidores solamente, sino también hacedores de la Palabra. Deberían nutrirse de Cristo, como los pámpanos se nutren de la vid. El rocío de gracia celestial debería caer sobre ellos, para que su corazón fuese como planta preciosa, cuyos capullos se abren y desarrollan y despiden grata fragancia, como flores en el jardín de Dios. Los maestros deberían ser estudiantes diligentes de la Palabra de Dios, y

revelar siempre el hecho de que están aprendiendo diariamente lecciones en la escuela de Cristo, y que son aptos para comunicar a otros la luz que ellos han recibido de Aquel que es el Gran Maestro, la Luz del mundo.

Al elegirse dirigentes de cuando en cuando, cuídese de que no dominen las preferencias personales, sino colóquense en los puestos de responsabilidad a aquellos que estáis convencidos de que aman y temen a Dios y de que lo tomarán por consejero.

Es lícito hacer bien en el sábado

Tanto en el hogar como en la iglesia, debe manifestarse un espíritu de servicio. El que nos dio seis días para nuestro trabajo temporal, bendijo y santificó el séptimo día y lo puso aparte para sí. En ese día bendecirá de una manera especial a todos los que se consagren a su servicio.

Todo el cielo observa el sábado, pero no de una manera desatenta y ociosa. En ese día, cada energía

del alma debe despertarse; porque, ¿no hemos de encontrarnos con Dios y con Cristo nuestro Salvador? Podemos contemplarle por la fe. El anhela refrescar y bendecir toda alma.

La misericordia divina ha indicado que se debe cuidar a los enfermos y dolientes; el trabajo requerido para que estén cómodos es una obra necesaria, y no una violación del sábado. Debe evitarse todo trabajo innecesario. Muchos postergan negligentemente hasta el comienzo del sábado cosas pequeñas que debieran hacerse en el día de preparación. Esto no debe ser. Cualquier trabajo que sea descuidado hasta el comienzo del tiempo sagrado debe permanecer sin hacerse hasta que haya pasado el sábado.

Aunque debe evitarse el cocinar en sábado, no es necesario comer alimentos fríos. En tiempo frío, caliéntese el alimento preparado el día antes. Y sean las comidas, aunque sencillas, atrayentes y sabrosas. Provéase algo que sea considerado como un plato especial, algo que la familia no tiene cada día.

Si deseamos la bendición prometida a los obedientes, debemos observar el sábado más estrictamente. Temo que con frecuencia hagamos en ese día viajes que podrían evitarse. De acuerdo con lo que el Señor me ha comunicado acerca de la observancia del sábado, debemos ser más cuidadosos en cuanto a viajar en los barcos o coches en ese día. En este asunto, debemos dar el debido ejemplo a nuestros niños y jóvenes. A fin de alcanzar las iglesias que necesitan nuestra ayuda y darles el mensaje que Dios desea que oigan, puede sernos necesario viajar en sábado; pero hasta donde podamos debemos conseguir nuestros pasajes y hacer todos los arreglos necesarios en algún otro día. Cuando emprendemos un viaje, debemos hacer todo esfuerzo para evitar que nuestra llegada a destino sea en sábado.

Cuando estamos obligados a viajar en sábado, debemos tratar de evitar la compañía de aquellos que desviarían nuestra atención a los asuntos mundanales. Debemos mantenerla fija en Dios y en comunión con él. Cuando quiera que se presente la

oportunidad, debemos hablar a otros acerca de la verdad. Debemos estar siempre listos para aliviar los sufrimientos y ayudar a los que están en necesidad. En tales casos, Dios desea que el conocimiento y la sabiduría que nos ha dado sean aprovechados. Pero no debemos hablar de negocios ni dedicarnos a conversaciones comunes y mundanas. En todo tiempo y lugar, Dios requiere que le demostremos nuestra lealtad honrando el sábado.

La asistencia a la escuela en sábado

Quienquiera que obedezca el cuarto mandamiento hallará que se traza una línea de separación entre él y el mundo. El sábado no es un requerimiento humano, sino una prueba de Dios. Es lo que distinguirá a quienes sirven a Dios de los que no le sirven; y acerca de este punto se producirá el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error.

Algunos de nuestros hermanos han enviado sus hijos a la escuela en sábado. No estaban obligados

a hacer esto, pero las autoridades escolares ponían reparos a recibir a los niños a menos que asistieran los seis días. En algunas de estas escuelas, los alumnos no sólo reciben instrucción en los ramos comunes de estudio, sino que se les enseña a hacer diversas clases de trabajo; y allí los niños de los que profesan guardar los mandamientos de Dios han sido enviados en sábado. Algunos padres han procurado justificar su conducta citando la declaración de Cristo, de que es lícito hacer bien en sábado. Pero el mismo raciocinio demostraría que los hombres pueden trabajar en sábado porque deben ganar el pan de sus hijos; y no habría límite ni frontera para indicarnos lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse.

Nuestros hermanos no pueden esperar la aprobación de Dios mientras colocan a sus hijos donde les es imposible obedecer el cuarto mandamiento. Deben esforzarse por hacer algún arreglo con las autoridades para que sus hijos sean excusados de asistir a la escuela el séptimo día. Si esto fracasa, entonces su deber es claro: obedecer a cualquier costo los requerimientos de Dios.

Algunos insistirán en que el Señor no es tan meticuloso en sus requerimientos; que no es su deber observar estrictamente el sábado con tanta pérdida, ni ponerse en conflicto con las leyes del país. Pero en esto es precisamente donde viene la prueba, en saber si honraremos la ley de Dios por encima de los requerimientos de los hombres. Esto es lo que hará distinción entre quienes honran a Dios y quienes le deshonran. En esto es donde hemos de demostrar nuestra lealtad. La historia del trato de Dios con su pueblo en todas las épocas demuestra que él exige una obediencia estricta.

Si los padres permiten que sus hijos reciban educación en el mundo y hagan del sábado un día común, entonces no podrá ser puesto sobre ellos el sello de Dios. Serán destruidos con el mundo: y, ¿no recaerá su sangre sobre los padres? Pero si enseñamos fielmente a nuestros hijos los mandamientos de Dios, los sometemos a la autoridad paternal y luego por la fe y la oración los confiamos a Dios, él cooperará con nuestros esfuerzos porque lo ha prometido. Y cuando el

azote abrumador recorra la tierra, ellos estarán con nosotros escondidos en el pabellón secreto del Señor.

Un día de descanso de las actividades seculares

Es de parte del hombre mortal la más grosera presunción aventurarse a hacer una especie de componenda con el Todopoderoso a fin de asegurar sus propios intereses temporales mezquinos. El emplear ocasionalmente el sábado para los negocios seculares es una violación tan flagrante de la ley como el rechazarla enteramente; porque es hacer de los mandamientos del Señor un asunto de conveniencia. “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso” (Éxodo 20:5), es lo que repercute con voz de trueno desde el Sinaí. Ninguna obediencia parcial, ningún interés dividido acepta Aquel que declara que las debilidades de los padres serán castigadas en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que le aborrecen, y que manifestará misericordia en millares de generaciones a aquellos que le aman y guardan sus mandamientos. No es asunto sin importancia robar

a un vecino, y grande es el estigma impuesto al culpable de semejante acto; sin embargo, el que nunca defraudaría a sus semejantes, roba sin vergüenza alguna a su Padre celestial el tiempo que ha bendecido y apartado con un propósito especial.

Debe velarse sobre las palabras y los pensamientos. Los que hablan de asuntos comerciales y hacen planes en sábado, son considerados por Dios como si se hubiesen dedicado realmente a efectuar los negocios. Para santificar el sábado, no debemos permitir siquiera a nuestra mente que se espacie en cosas de carácter mundano.

Dios ha hablado y quiere que el hombre obedezca. No pregunta si le es conveniente hacerlo. El Señor de la vida y la gloria no consultó su conveniencia o placer cuando dejó su puesto y elevada jerarquía para venir a ser varón de dolores y experimentado en quebranto, para aceptar la ignominia y la muerte a fin de librar al hombre de las consecuencias de su desobediencia. Jesús murió, no para salvar al hombre en sus pecados,

sino de sus pecados. El hombre ha de abandonar el error de sus caminos, seguir el ejemplo de Cristo, tomar su cruz y seguirlo, negándose a sí mismo y obedeciendo a Dios a todo costo.

Las circunstancias no justificarán a nadie que trabaje en sábado por amor a la ganancia mundanal. Si Dios excusa a un hombre, puede excusarlos a todos. ¿Por qué no habría de trabajar en sábado para ganarse la vida el Hno. L*** que es pobre, cuando al hacerlo podría sostener mejor su familia? ¿Por qué no podrían los otros hermanos, o todos nosotros, guardar el sábado únicamente cuando fuese conveniente hacerlo? La voz del Sinaí responde: “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; más el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios”. Éxodo 20:9, 10.

Su edad no lo dispensa a usted de obedecer a los mandatos divinos. Abrahán fue probado estrictamente en su vejez. Al afligido anciano le parecían terribles e inoportunas las palabras del Señor, pero no puso en duda su justicia ni vaciló en su obediencia. Podría haber alegado que era

anciano y débil, y que no podía sacrificar al hijo que era el gozo de su vida. Podría haber recordado al Señor que esta orden contrariaba las promesas que le había hecho respecto de su hijo. Pero Abrahán obedeció sin una queja ni un reproche. Su confianza en Dios fue implícita.

Los ministros de Jesús deben reprender a los que no se acuerdan del sábado para santificarlo. Deben reprender bondadosa y solemnemente a los que participan en conversación mundanal en sábado, y al mismo tiempo aseveran ser observadores del sábado. Deben estimular la devoción a Dios en su santo día.

Nadie debe sentirse libre para pasar el tiempo santificado de una manera que no sea provechosa. Desagrada a Dios que los observa dores del sábado duerman durante gran parte del sábado. Deshonran a su Creador al hacerlo. Por su ejemplo dicen que los seis días son demasiado preciosos para que ellos los pasen descansando. Deben ganar dinero, aunque sea privándose del sueño que necesitan, y lo recuperan durmiendo durante el tiempo santo.

Luego se disculpan diciendo: “El sábado fue dado como día de reposo. No me privaré del descanso para asistir a la reunión; porque necesito descansar”. Los tales hacen un uso erróneo del día santificado. En este día deben interesar especialmente a sus familias en la observancia del mismo, y congregarse en la casa de oración, con los pocos o con los muchos que asistan, según sea el caso. Deben dedicar su tiempo y sus energías a los ejercicios espirituales, para que la influencia divina que descansa sobre el sábado los acompañe durante la semana. De todos los días de la semana, ninguno es tan favorable para los pensamientos y sentimientos de devoción como el sábado.

Si el sábado se hubiera santificado siempre, jamás habría podido haber ateos ni idólatras.

La institución del sábado, que tiene su origen en el Edén, es tan antigua como el mundo mismo. Ese día fue observado por todos los patriarcas, desde la creación en adelante. Durante su servidumbre en Egipto, los israelitas fueron obligados por sus amos a violar el sábado, y

perdieron en gran parte el conocimiento de su santidad. Cuando se proclamó la ley en el Sinaí, las primeras palabras del cuarto mandamiento fueron: “Acuérdate de santificar el día del sábado”, lo cual demuestra que el sábado no se instituyó entonces; se señala su origen haciéndolo remontar a la creación. Para borrar a Dios de la mente de los hombres, Satanás se propuso derribar este gran monumento recordativo. Si pudiera inducir a los hombres a olvidar a su Creador, ya no harían esfuerzos para resistir al poder del mal, y Satanás estaría seguro de su presa.

Las bendiciones de la observancia del sábado

Se me mostró que todo el cielo contemplaba y observaba durante el sábado a los que reconocen los requerimientos del cuarto mandamiento y guardan el sábado. Los ángeles tomaban nota de su interés en la institución divina y su alta consideración por ella. Los que santificaban al Señor en su corazón por una actitud estrictamente devocional, y procuraban aprovechar las horas sagradas observando el sábado lo mejor posible y

honrar a Dios llamando delicias al sábado, eran especialmente bendecidos de los ángeles con luz y salud y recibían fuerza especial.

El cumplimiento estricto de los requerimientos del Cielo imparte bendiciones tanto temporales como espirituales.

“Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que lo abraza; que guarda el día de reposo para no profanarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal”. “Y a los hijos de los extranjeros que siguen a Jehová para servirle, y que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración”. Isaías 56:2, 6, 7.

Así que mientras duren los cielos y la tierra, el sábado continuará siendo una señal del poder del Creador. Cuando el Edén vuelva a florecer en la tierra, el santo día de reposo de Dios será honrado por todos los que moren debajo del sol. “De sábado

en sábado”, los habitantes de la tierra renovada y glorificada, subirán “a adorar delante de mí, dijo Jehová”.

Capítulo 48

Consejos sobre mayordomía

La generosidad es el espíritu del cielo. El abnegado amor de Cristo se reveló en la cruz. El dio todo lo que poseía y se dio a sí mismo para que el hombre pudiese salvarse. La cruz de Cristo es un llamamiento a la generosidad de todo discípulo del Salvador. El principio que proclama es de dar, dar siempre. Su realización por la benevolencia y las buenas obras es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de la gente del mundo es: ganar, ganar siempre; y así se imagina alcanzar la felicidad, pero cuando este principio ha dado todos sus frutos, se ve que sólo engendra la miseria y la muerte.

La luz del Evangelio que irradia de la cruz de Cristo condena el egoísmo y estimula la generosidad y la benevolencia. No debería ser causa de quejas el hecho de que se nos dirigen cada vez más invitaciones a dar. En su divina providencia Dios llama a su pueblo a salir de su

esfera de acción limitada para emprender cosas mayores. Se nos exige un esfuerzo ilimitado en un tiempo como éste, cuando las tinieblas morales cubren el mundo. Muchos de los hijos de Dios están en peligro de dejarse prender en la trampa de la mundanalidad y avaricia. Deberían comprender que es la misericordia divina la que multiplica las solicitudes de recursos. Deben serles presentados blancos que despierten su benevolencia, o no podrán imitar el carácter del gran Modelo.

Al dar a sus discípulos la orden de ir por “todo el mundo” y predicar “el evangelio a toda criatura”, Cristo asignó a los hombres una tarea: la de sembrar el conocimiento de su gracia. Pero mientras algunos salen al campo a predicar, otros le obedecen sosteniendo su obra en la tierra por medio de sus ofrendas. El ha puesto recursos en las manos de los hombres, para que sus dones fluyan por canales humanos al cumplir la obra que nos ha asignado en lo que se refiere a salvar a nuestros semejantes. Este es uno de los medios por los cuales Dios eleva al hombre. Es exactamente la obra que conviene a éste; porque despierta en su

corazón las simpatías más profundas y le mueve a ejercitar las más altas facultades de la mente.

Debidamente dirigida, la generosidad ejercita las energías mentales y morales de los hombres y los incita a una acción muy saludable para beneficiar a los necesitados y adelantar la causa de Dios.

Toda oportunidad de ayudar a un hermano menesteroso o de ayudar a la causa de Dios en la difusión de la verdad, es una perla que podéis enviar delante de vosotros para depositarla en el banco del cielo en segura custodia.

“De cada hombre que da voluntariamente”

El único medio que Dios ha dispuesto para hacer progresar su causa consiste en bendecir a los hombres con propiedades. Les da la luz del sol y la lluvia, hace florecer la vegetación, les da salud y capacidad de adquirir recursos. Todas nuestras bendiciones provienen de su mano bondadosa. En retribución, quiere él que los hombres y las mujeres

manifiesten su gratitud devolviéndole una porción en diezmos y ofrendas, en ofrendas de agradecimiento y ofrendas voluntarias.

La generosidad de los judíos en la construcción del tabernáculo y del templo ilustra un espíritu de dadivosidad que no ha sido igualado por los cristianos en ninguna ocasión ulterior. Los judíos acababan de ser libertados de su larga esclavitud en Egipto y erraban por el desierto; sin embargo, apenas fueron librados de los ejércitos de los egipcios que los perseguían en su apresurado viaje, llegó la palabra del Señor a Moisés, diciendo: “Di a los hijos de Israel que tomen para mí ofrenda; de todo varón que la diere de su voluntad, de corazón tomaréis mi ofrenda”. Éxodo 25:2.

El pueblo tenía pocas riquezas, y ninguna halagüeña perspectiva de aumentarlas; pero tenía delante de sí un objeto: construir el tabernáculo para Dios. El Señor había hablado, y sus hijos debían obedecer su voz. No retuvieron nada. Todos dieron con mano voluntaria; no cierta cantidad de sus ingresos, sino gran parte de lo que poseían. La

consagraron gozosa y cordialmente al Señor, y le agradaron al hacerlo. ¿No le pertenecía acaso todo? ¿No les había dado él todo lo que poseían? Si él lo pedía, ¿no era su deber devolver al Prestamista lo suyo?

No hubo necesidad de rogarles. El pueblo trajo aún más de lo requerido, y se le dijo que cesara de traer sus ofrendas porque había ya más de lo que se podía usar. Igualmente, al construirse el templo, el pedido de recursos recibió cordial respuesta. La gente no dio de mala gana. Le regocijaba la perspectiva de que fuese construído un edificio para el culto de Dios, y dio más de lo suficiente para ese fin.

¿Pueden los cristianos, que se precian de tener mayor luz que los hebreos, dar menos de lo que daban ellos? ¿Pueden los cristianos que viven cerca del tiempo del fin quedar satisfechos con sus ofrendas que no alcanzan ni a la mitad de la que eran las de los judíos?

El Señor ha ordenado que la difusión de la luz

y la verdad en la tierra dependan de los esfuerzos voluntarios y las ofrendas de aquellos que han participado de los dones celestiales. Son comparativamente pocos los llamados a viajar como ministros o como misioneros, pero multitudes han de cooperar con sus recursos en la difusión de la verdad.

Bien, dice uno, siguen llegando los pedidos de dar para la causa. Estoy cansado de dar. ¿Es verdad? Entonces, permítame preguntarle: ¿Está usted cansado de recibir de la benéfica mano de Dios? Mientras él no cese de bendecirle, no cesará usted de estar bajo la obligación de devolverle la porción que exige. El le bendice a usted para que esté en situación de beneficiar a otros. Cuando usted esté cansado de recibir, entonces podrá decir: Estoy cansado de tantas invitaciones a dar. Dios reserva para sí una porción de todo lo que recibimos. Cuando se la devolvemos, bendice el resto, pero si la retenemos, tarde o temprano el conjunto resulta maldito. Primero viene el derecho de Dios; todo otro derecho es secundario.

El diezmo es ordenado por Dios

Las ofrendas voluntarias y el diezmo constituyen la renta del Evangelio. Dios pide cierta porción de los recursos confiados al hombre: un diezmo.

Todos deben recordar que lo que Dios exige de nosotros supera a cualquier otro derecho. El nos da abundantemente, y el contrato que él ha hecho con el hombre es que una décima parte de las posesiones de éste sea devuelta a Dios. El confía misericordiosamente sus tesoros a sus mayordomos, pero dice del diezmo: Es mío. En la proporción en que Dios ha dado su propiedad al hombre, el hombre debe devolverle un diezmo fiel de toda su substancia. Este arreglo preciso fue hecho por Jesucristo mismo.

La verdad para este tiempo debe ser proclamada hasta en los rincones obscuros de la tierra, y esta obra puede empezar en nuestro propio país. Los que siguen a Cristo no deben vivir egoístamente; sino que, compenetrados del Espíritu

de Cristo, deben obrar en armonía con él.

La gran obra que Jesús anunció que había venido a hacer fue confiada a los que le siguen en la tierra.

El ha dado a su pueblo un plan para obtener sumas suficientes con qué financiar sus empresas. El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden sentir que son capaces de hacer una parte para llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería. Dice el apóstol; “Cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado”. 1 Corintios 16:2.

Por este sistema se alcanzan grandes objetos. Si todos lo aceptasen, cada uno sería un vigilante y

fiel tesorero de Dios, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán “atesorando para sí buen fundamento para lo por venir”, a fin de “que echen mano de la vida eterna”. 1 Timoteo 6:19.

Al ver los que trabajan con perseverancia y sistemáticamente que sus generosos empeños tienden a alimentar el amor a Dios y a sus semejantes, y que sus esfuerzos personales extienden su esfera de utilidad, comprenderán que reporta una gran bendición el colaborar con Cristo. La iglesia cristiana por lo general no reconoce el derecho de Dios de exigirle que dé ofrendas de las cosas que posee, para sostener la guerra contra las tinieblas morales que inundan al mundo. Nunca podrá la causa de Dios progresar como debiera hacerlo antes que los seguidores de Cristo trabajen activa y celosamente.

El privilegio de ser colaborador con Dios

Dios no depende del hombre para sostener su causa. Podría haber enviado medios directamente del cielo para suplir su tesorería, si en su providencia lo hubiese considerado mejor para el hombre. Podría haber formulado planes para que los ángeles hubiesen sido envia- dos a publicar la verdad al mundo sin intervención de los hombres. Podría haber escrito las verdades en el firmamento y haber dejado que éste declarase al mundo sus requerimientos en caracteres vivos. Dios no depende del oro o la plata de hombre alguno. Dice: “Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados”. “Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; porque mío es el mundo y su plenitud”. Salmos 50:10, 12. Cualquier necesidad de que intervengamos en el adelantamiento de la causa de Dios, ha sido ordenada a propósito para nuestro bien. El nos ha honrado haciéndonos colaboradores suyos. Ordenó que fuese necesaria la cooperación de los hombres a fin de que pudiesen practicar la generosidad.

La ley moral ordenaba la observancia del sábado, que no era una carga excepto cuando esa ley era transgredida y los hombres se veían sujetos a las penalidades que entrañaba su violación. Igualmente, el sistema del diezmo no era una carga para aquellos que no se apartaban del plan. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo ideó. En vez de carecer de fuerza ahora, tiene que practicarse más plena y extensamente, puesto que la salvación por Cristo debe ser proclamada con mayor plenitud en la era cristiana.

El Evangelio, para extenderse y ampliarse, requería mayores provisiones para sostener la guerra después de la muerte de Cristo, y esto hizo que la ley de dar ofrendas fuese una necesidad más apremiante que bajo el gobierno hebreo. Dios no requiere menos ahora, sino mayores dones que en cualquier otro período de la historia del mundo. El principio trazado por Cristo es que los dones y ofrendas deben ser proporcionales a la luz y bendiciones que se han disfru tado. El dijo:

“Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará”. Lucas 12:48.

Un raudal de luz resplandece de la Palabra de Dios y debemos despertarnos para reconocer las oportunidades descuidadas. Cuando todos sean fieles en lo que respecta a devolver a Dios lo suyo en diezmos y ofrendas, se abrirá el camino para que el mundo oiga el mensaje para este tiempo. Si el corazón de los hijos de Dios estuviese lleno de amor por Cristo; si cada miembro de la iglesia estuviese cabalmente dominado por un espíritu de abnegación; si todos manifestasen profundo fervor, no faltarían fondos para las misiones. Nuestros recursos se multiplicarían, y se nos ofrecerían mil oportunidades de ser útiles. Si el propósito de Dios de dar al mundo el mensaje de misericordia hubiese sido llevado a cabo por su pueblo, Cristo habría venido ya a la tierra, y los santos habrían recibido su bienvenida en la ciudad de Dios.

Dios pide una décima parte de las ganancias que nos da

El sistema del diezmo se remonta hasta más allá del tiempo de Moisés. Ya en los días de Adán se requería de los hombres que ofreciesen a Dios donativos de índole religiosa, es decir, antes que el sistema fuese dado a Moisés en forma definida. Al cumplir lo requerido por Dios, debían manifestar, mediante sus ofrendas, aprecio por las misericordias y las bendiciones de Dios para con ellos. Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fue practicado por Abrahán, quien dio diezmos a Melquisedec, sacerdote del Altísimo. El principio existía en los días de Job. Mientras Jacob estaba en Betel, peregrino, desterrado y sin dinero, se acostó una noche, solitario y abandonado, teniendo una piedra por almohada, y allí prometió al Señor: “De todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti”. Génesis 28:22. Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. El no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad.

En cuanto a la cantidad requerida, Dios ha especificado que sea la décima parte de los ingresos. Esto queda a cargo de la conciencia y generosidad de los hombres, cuyo juicio debe ejercerse libremente en este asunto del diezmo. Y aunque queda librado a la conciencia, se ha trazado un plan bastante definido para todos. No se requiere compulsión alguna.

En la dispensación mosaica, Dios pedía de los hombres que diesen la décima parte de todas sus ganancias. Les confiaba las cosas de esta vida, como talentos que debían devolver perfeccionados. Ha requerido la décima parte, y la exige como lo mínimo que le debemos devolver. Dice: Os doy las nueve décimas, y os pido una; es mía. Cuando los hombres retienen el diezmo roban a Dios. Además del diezmo, se requerían ofrendas por el pecado, ofrendas pacíficas y de agradecimiento a Dios.

Todo lo que se retiene de lo que Dios pide, o sea el diezmo, queda registrado en los libros del cielo como un robo hecho a él. Los que lo cometen defraudan a su Creador, y cuando se les presenta

este pecado de negligencia, no es suficiente que cambien su conducta y empiecen desde entonces a obrar según el debido principio. Esto no corregirá las cifras escritas en los registros celestiales por su desfalco de la propiedad que se les ha confiado para que la devuelvan al Prestamista. Deben arrepentirse de su infidelidad para con Dios y de su vil ingratitud.

Cuandoquiera que los hijos de Dios, en cualquier época de la historia del mundo, ejecutaron alegre y voluntariamente el plan de la benevolencia sistemática y de los dones y ofrendas, han visto cumplirse la permanente promesa de que la prosperidad acompañaría todas sus labores en la misma proporción en que le obedeciesen. Siempre que reconocieron los derechos de Dios y cumplieron con sus requerimientos, honrándole con su substancia, sus alfolíes rebosaron; pero cuando robaron a Dios en los diezmos y las ofrendas, tuvieron que darse cuenta de que no sólo le estaban robando a él, sino que se defraudaban a sí mismos; porque él limitaba las bendiciones que les concedía en la proporción en que ellos

limitaban las ofrendas que le llevaban.

El hombre que sufrió desgracias y se endeudó, no debe tomar la parte del Señor para cancelar sus deudas con sus semejantes. Debe considerar que se lo está probando en este asunto y que al usar para sí la parte del Señor roba al Dador. Es deudor a Dios por todo lo que tiene, pero llega a ser doblemente deudor cuando emplea el fondo del Señor para pagar lo que debe a seres humanos. Frente a su nombre se escriben en los libros del cielo las palabras: “Infidelidad a Dios”. Tiene que arreglar una cuenta con Dios por haberse apropiado de los recursos del Señor para su propia conveniencia. Y en su manejo de otros asuntos manifestará la misma falta de principios que reveló al apropiarse indebidamente de los recursos de Dios. Ello se verá en todo lo relacionado con sus propios negocios. El hombre que roba a Dios cultiva rasgos de carácter que le impedirán ser admitido en la familia de Dios en el cielo.

Dios evalúa los dones por el amor que motiva el sacrificio

En las balanzas del santuario, los donativos de los pobres, presentados por amor a Cristo, no se estiman según la cantidad dada, sino según el amor que motiva el sacrificio. Las promesas de Jesús llegarán a ser tan ciertamente una realidad para el pobre generoso, que tiene poco que ofrecer, pero lo da con liberalidad, como para el pudiente que da de su abundancia. El pobre hace un sacrificio de lo poco que posee y lo siente en realidad. Se niega alguna de las cosas que necesita para su comodidad, mientras que el rico da de su abundancia y no siente ninguna necesidad, no se niega nada de lo que realmente le hace falta. Por lo tanto, la ofrenda del pobre tiene un carácter sagrado que no se encuentra en la ofrenda del rico, porque éste da de su abundancia. La providencia de Dios organizó todo el plan de la benevolencia sistemática para beneficio del hombre. Su providencia nunca se paraliza, Si los siervos de Dios entran por las puertas que él les abre, todos trabajarán activamente.

Las ofrendas de los niños pueden ser aceptables y gratas a Dios. De acuerdo con el espíritu que impulsa a los donativos será el valor de la ofrenda. Los pobres, al seguir la regla del apóstol de apartar una pequeña suma cada semana, ayudan a llenar la tesorería, y sus dones son completamente aceptables para Dios; porque ellos hacen sacrificios tan grandes, y aun más grandes que sus hermanos ricos. El plan de la benevolencia sistemática guardará a toda familia contra las tentaciones de gastar recursos en cosas inútiles; y beneficiará especialmente a los ricos al evitar que cometan despilfarros.

La recompensa de la generosidad expresada con toda el alma consiste en que la mente y el corazón son puestos en comunión más íntima con el Espíritu.

Pablo traza una regla para dar a la causa de Dios, y nos dice cuál será el resultado tanto para nosotros como para Dios. “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por

necesidad, porque Dios ama al dador alegre". "Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará". "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas lo suficiente, abundéis para toda buena obra. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios". 2 Corintios 9:6-11.

La disposición apropiada de los bienes

Cuando los padres aún gozan de facultades mentales y de un buen juicio, con oración y consideración, y con la ayuda de los consejeros debidos con experiencia en la verdad y un conocimiento de la voluntad divina, deberían disponer de sus bienes.

Si tienen hijos afligidos o que luchan con la pobreza, y que harán un uso juicioso de los recursos, éstos deberían ser tomados en cuenta. Pero si tienen hijos que no son creyentes y que poseen abundancia de las cosas de este mundo, y que sirven al mundo, cometen un pecado contra el Maestro que los ha hecho mayordomos suyos si colocan recursos en las manos de éstos nada más que porque son sus hijos. Los derechos de Dios no deben considerarse livianamente.

Y debería comprenderse claramente que no porque los padres hayan hecho su testamento esto debe privarlos de dar recursos a la causa de Dios mientras viven. Deberían hacerlo. Deberían tener la satisfacción aquí, y la recompensa en el más allá, de disponer mientras viven de los recursos que tienen en exceso. Deberían hacer su parte para promover la causa de Dios. Deberían utilizar los recursos que su Maestro les ha prestado para llevar a cabo la obra que necesita hacerse en su viña.

Los que retienen lo que pertenece a la tesorería de Dios, y acumulan sus recursos para sus hijos,

ponen en peligro el interés espiritual de estos últimos. Ponen su propiedad, que es una piedra de tropiezo para ellos, en el camino de sus hijos, para que también tropiecen con ella para perdición. Muchos cometen una gran equivocación respecto de las cosas de esta vida. Economizan, privándose a sí mismos y a otros del bien que podrían recibir por el uso correcto de los medios que Dios les ha prestado, y se tornan egoístas y avarientos. Descuidan sus intereses espirituales, y su desarrollo religioso se atrofia; todo por el afán de acumular riquezas que no pueden usar. Dejan su propiedad a sus hijos, y en nueve casos de cada diez es para sus herederos una maldición aun mayor de lo que ha sido para ellos. Los hijos, confiados en las propiedades de sus padres, con frecuencia no alcanzan a tener éxito en esta vida, y generalmente fracasan completamente en lo que respecta a obtener la vida venidera.

El mejor legado que los padres pueden dejar a sus hijos es un conocimiento del trabajo útil y el ejemplo de una vida caracterizada por la benevolencia desinteresada. Por una vida tal

demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará al aliviar las necesidades propias y ajenas y al adelantar la causa de Dios.

“Si aumentan las riquezas,
no pongáis el corazón en ellas”

El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo.

Aquellas iglesias que son más sistemáticas y generosas en sostener la causa de Dios, son las más prósperas espiritualmente. La verdadera generosidad del que sigue a Cristo identifica su interés con el Maestro.

Si los que tienen recursos se dieran cuenta de que son responsables delante de Dios de cada peso que gastan, sus supuestas necesidades serían

mucho menores. Si la conciencia estuviese despierta, testificaría contra los inútiles gastos para satisfacer el apetito, el orgullo, la vanidad, el amor a las diversiones, y reprocharía el despilfarro del dinero del Señor que debiera haberse dedicado a su causa. Pronto los que malgastan los bienes de su Señor tendrán que darle cuenta de su conducta.

Si los que profesan ser cristianos usasen menos de su fortuna para adornar su cuerpo y hermosear sus propias casas, y en sus mesas hubiese menos lujos extravagantes y malsanos, podrían colocar sumas mucho mayores en la tesorería del Señor. Imitarían así a su Redentor, quien dejó el cielo, sus riquezas y su gloria, y por amor de nosotros se hizo pobre, a fin de que pudiésemos tener las riquezas eternas.

Pero son muchos los que, al comenzar a juntar riquezas materiales, calculan cuánto tardarán en poseer cierta suma. En su afán de acumular una fortuna, dejan de enriquecerse para con Dios. Su generosidad no se mantiene a la par con lo que reúnen. A medida que aumenta su pasión por las

riquezas, sus afectos se entrelazan con su tesoro. El aumento de su propiedad fortalece el intenso deseo de tener más, hasta que algunos consideran que el dar al Señor el diezmo es una contribución severa e injusta. La inspiración ha declarado: “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas”. Salmos 62:10. Muchos han dicho: “Si yo fuese tan rico como Fulano, multiplicaría mis donativos para la causa de Dios. No haría otra cosa con mi riqueza sino emplearla para el adelantamiento de la causa de Dios”. Dios ha probado a algunos de éstos dándoles riquezas, pero con éstas las tentaciones se hicieron más intensas, y su generosidad fue mucho menor que en los días de su pobreza. Un ambicioso deseo de mayores riquezas absorbió su mente y corazón, y cometieron idolatría.

Una promesa hecha a Dios es obligatoria y sagrada

Cada uno ha de ser su propio asesor, y se le deja dar según se propone en su corazón. Pero hay algunos que son culpables del mismo pecado que

cometieron Ananías y Safira, pues piensan que si retienen una porción de lo que Dios pide en el sistema del diezmo, los hermanos no lo sabrán nunca. Así pensaba la pareja culpable cuyo ejemplo se nos da como advertencia. En este caso Dios demostró que escudriña el corazón. No pueden ocultársele los motivos y propósitos del hombre. Dejó a los cristianos de todas las épocas una amonestación perpetua a precaverse del pecado al cual los corazones humanos están continuamente inclinados.

Cuando se ha hecho, en presencia de nuestros hermanos, la pro- mesa verbal o escrita de dar cierta cantidad, ellos son los testigos visibles de un contrato formalizado entre nosotros y Dios. La promesa no se hace al hombre, sino a Dios, y es como un pagaré dado a un vecino. Ninguna obligación legal tiene más fuerza para el cristiano en cuanto al desembolso de dinero, que una promesa hecha a Dios.

Las personas que hacen tales promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que

se los libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aún mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Por el hecho de que su voto no será llevado a los tribunales, ¿es menos válido? ¿Habrá de robar a Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales?

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individualmente. Si ve que algún hermano descuida el cumplimiento de sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero abiertamente. Si está en circunstancias tales que le resulta imposible pagarlo, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.

Ofrendas de agradecimiento que deben ser puestas aparte para los pobres

En toda iglesia debe establecerse un fondo para los pobres. Lue- go cada miembro presentará una ofrenda de agradecimiento a Dios cada semana o cada mes, según resulte más conveniente. Esta ofrenda expresará nuestra gratitud por los dones de la salud, el alimento y las ropas cómodas. Y en la medida en que Dios nos bendijo con estas comodidades, apartaremos recursos para los pobres, los dolientes y los angustiados. Quisiera llamar especialmente la atención de los hermanos a este punto. Recordemos a los pobres. Privémonos de algunos de nuestros lujos; sí, aun de comodidades, y ayudemos a aquellos que pueden obtener solamente la más escasa alimentación e indumentaria. Al obrar en su favor, obramos para Jesús en la persona de sus santos. El se identifica con la humanidad doliente. No aguardemos hasta que hayan sido satisfechas todas nuestras necesidades imaginarias. No confiemos en nuestros sentimientos para dar cuando nos sintamos dispuestos a ello, y retener cuando no nos

inclinemos a dar. Demos regularmente, sea diez, veinte, o cincuenta centavos por semana, según lo que quisiéramos ver anotado en el registro celestial en el día de Dios.

Nuestras posesiones y el apoyo de la obra de Dios

Estoy encargada de decir a los que aman a Dios sinceramente y que tienen recursos propios: Ahora es el tiempo cuando debéis invertir vuestros bienes en el sostén de la obra de Dios. Ahora es el tiempo de sostener a los predicadores en sus esfuerzos desinteresados para salvar las almas que perecen. ¿No tendréis una gloriosa recompensa cuando, en los atrios celestiales, os encontréis con las almas que habréis contribuido a salvar?

Nadie guarde sus blancas; y regocíjense los que tienen mucho porque pueden hacerse en el cielo un tesoro que nunca faltará. El dinero que rehusamos colocar en la obra del Señor, perecerá y no producirá ningún interés en el banco del cielo.

El Señor llama hoy a los adventistas del séptimo día, en todo lugar, para que se consagren enteramente a él, haciendo todo lo que esté a su alcance para su obra, según las circunstancias en que se encuentren. El desea verles mostrar, por medio de dones y ofrendas generosas, cuánto aprecian sus bendiciones y cuánta gratitud sienten por su misericordia.

El Señor me ha mostrado repetidas veces que sería contrario a la Biblia el hacer cualquier provisión para nuestras necesidades temporales durante el tiempo de angustia. Vi que si los santos guardaran alimentos almacenados o en el campo en el tiempo de angustia, cuando hubiese en la tierra guerra, hambre y pestilencia, manos violentas se los arrebatarían y extraños segarían sus campos. Será entonces tiempo en que habremos de confiar por completo en Dios, y él nos sostendrá. Vi que nuestro pan y nuestras aguas nos estarán asegurados en aquel tiempo, y no sufriremos escasez ni hambre, porque Dios puede preparar mesa para nosotros en el desierto. Si fuese necesario, mandaría cuervos para que nos

alimentasen, como alimentó a Elías, o haría bajar maná del cielo, como lo hizo en favor de los israelitas.

En el tiempo de angustia, de nada les valdrán a los santos las casas ni las tierras, porque entonces tendrán que huir delante de turbas enfurecidas, y en aquel entonces no podrán deshacerse de sus bienes para hacer progresar la causa de la verdad presente. Me fue mostrado que la voluntad de Dios es que, antes que venga el tiempo de angustia, los santos se libren de cuanto los estorbe y hagan pacto con Dios por medio de sacrificio. Si ponen sus propiedades sobre el altar y preguntan fervorosamente a Dios cuál es su deber, les enseñará cuándo habrán de deshacerse de aquellas cosas. Entonces estarán libres en el tiempo de angustia y no habrá trabas que los detengan.

El espíritu de abnegación y sacrificio

El plan de salvación fue basado en el infinito sacrificio del Hijo de Dios. La luz del Evangelio, que irradia de la cruz de Cristo, reprende el

egoísmo y estimula la generosidad. No es de lamentar que aumenten los pedidos de recursos. En su providencia, Dios invita a su pueblo a que salga de su limitada esfera de acción para emprender mayores cosas. En este tiempo, en que las tinieblas morales están cubriendo al mundo, se necesitan esfuerzos ilimitados. La mundanalidad y la avaricia están royendo las vísceras de los hijos de Dios. Deben comprender que su misericordia es la que multiplica las demandas de recursos. El ángel de Dios coloca los actos generosos al lado de la oración. Le dijo a Cornelio: “Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios”. Hechos 10:4.

Practicad la economía en vuestros hogares. Muchos están albergando y adorando ídolos. Apartad vuestros ídolos. Renunciad a vuestros placeres egoístas. Os ruego que no absorbáis los recursos en el embellecimiento de vuestras casas, porque es el dinero de Dios y pedirá que se lo devolváis. Padres, por amor de Cristo, no empleéis el dinero del Señor para satisfacer las fantasías de vuestros hijos. No les enseñéis a seguir la moda ni

a practicar ostentación para ganar influencia en el mundo. ¿Podría esto inclinarlos a salvar las almas por las cuales Cristo murió? No; sólo crearía envidias, celos y malas sospechas. Vuestros hijos se verían inducidos a competir con la ostentación y extravagancia del mundo y a gastar el dinero del Señor en aquello que no es esencial para la salud o la felicidad.

No enseñéis a vuestros hijos a pensar que vuestro amor hacia ellos debe expresarse satisfaciendo su orgullo, prodigalidad y amor a la ostentación. No es ahora el momento de inventar maneras de consumir el dinero. Dedicad vuestras facultades inventivas a tratar de economizarlo. En vez de satisfacer la inclinación egoísta gastando dinero en cosas que destruyen las facultades del raciocinio, procurad estudiosamente practicar la abnegación para tener algo que invertir en la tarea de enarbolar el estandarte de la verdad en los campos nuevos. El intelecto es un talento; usadlo para estudiar cómo emplear mejor vuestros recursos para la salvación de las almas.

Los que se niegan a sí mismos para hacer bien a otros y se consagren con todo lo que tienen al servicio de Cristo, experimentarán la felicidad que en vano busca el egoísta. Dice nuestro Salvador: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no pue- de ser mi discípulo”. Lucas 14:33. La caridad “no busca lo suyo”. 1 Corintios 13:5. Es el fruto de aquel amor desinteresado y de aquella benevolencia que caracterizaron la vida de Cristo. Si la ley de Dios está en nuestro corazón, subordinará nuestros intereses personales a las consideraciones elevadas y eternas.

Capítulo 49

La actitud cristiana hacia los necesitados y los dolientes

Hoy día Dios da a los hombres la oportunidad de mostrar si aman a sus prójimos. El que verdaderamente ama a Dios y a su prójimo es aquel que manifiesta misericordia hacia los desheredados, los dolientes, los heridos, los que se están muriendo. Dios insta a cada hombre a empeñarse en realizar la obra que ha descuidado, a que restaure la imagen moral del Creador en la humanidad.

Esta obra en favor de los demás requerirá esfuerzo, abnegación y sacrificio propio. Pero, ¿qué es el pequeño sacrificio que podemos hacer en comparación con el sacrificio que Dios hizo por nosotros en el don de su Hijo unigénito?

Las condiciones para heredar la vida eterna son claramente establecidas por nuestro Salvador de la

manera más simple. El hombre que estaba herido y despojado (Lucas 10:30-37) representa a los que son el objeto de nuestro interés, simpatía y caridad. Si descuidamos los casos de los necesitados e infortunados que nos son dados a conocer, no importa quiénes puedan ser, no tenemos seguridad de la vida eterna, ya que no hemos contestado las demandas que Dios ha puesto sobre nosotros. No nos compadecemos ni apiadamos de la humanidad porque ellos sean parientes o amigos nuestros. Seréis hallados transgresores del segundo gran mandamiento, del cual dependen los otros seis últimos mandamientos. Cualquiera que ofendiere en un punto, es culpado de todos. Aquellos que no abren sus corazones a las necesidades y sufrimientos de la humanidad, no abrirán sus corazones a las demandas de Dios que están establecidas en los primeros cuatro preceptos del Decálogo. Los ídolos reclaman el corazón y los afectos, y Dios no es honrado y no reina supremo.

Debe ser escrito en la conciencia, como con buril de acero en una roca, que el que desprecia la misericordia, la compasión y la justicia, el que

descuida a los pobres, que pasa por alto las necesidades de la humanidad doliente, que no es bondadoso ni cortés, se conduce de tal manera que Dios no puede cooperar con él en el desarrollo de su carácter. La cultura de la mente y del corazón se logra más fácilmente cuando sentimos tan tierna simpatía por los demás que sacrificamos nuestros beneficios y privilegios para aliviar sus necesidades. El obtener y retener todo lo que podemos para nosotros mismos fomenta la indigencia del alma. Pero todos los atributos de Cristo aguardan ser recibidos por aquellos que quieren hacer lo que Dios les ha indicado y obrar como Cristo obró.

El Salvador no tiene en cuenta las jerarquías ni las castas, los honores mundanales ni las riquezas. El carácter y el propósito consagrado son las cosas que tienen alto valor para él. El no se pone de parte de los fuertes favorecidos por el mundo. El que es el Hijo del Dios viviente se humilla para elevar a los caídos. Por sus promesas y palabras de seguridad procura ganar para sí al alma perdida que perece. Los ángeles de Dios están observando para

ver cuáles de sus seguidores manifestarán tierna compasión y simpatía. Están observando para ver quiénes entre el pueblo de Dios manifestarán el amor de Jesús.

Dios no sólo pide nuestra benevolencia, sino también un comportamiento alegre, nuestras palabras llenas de esperanza, nuestro apretón de manos. Mientras visitamos a los afligidos hijos de Dios, hallaremos a algunos que han perdido la esperanza. Devolvámosles la alegría. Hay quienes necesitan el pan de vida; leámosles la Palabra de Dios. Sobre otros se extiende una tristeza que ningún bálsamo ni médico terrenal puede curar; oremos por ellos, y llevémoslos a Jesús.

Nuestro deber para con los pobres en la iglesia

Dos clases de pobres hay siempre entre nosotros: los que se arruinan por su propia conducta independiente, y continúan en su transgresión, y los que por amor de la verdad han sido puestos en estrecheces. Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y si lo

hacemos obraremos correctamente con ambas clases bajo la dirección y el consejo de la sana prudencia.

No cabe la menor duda acerca de los pobres del Señor. Se les debe ayudar en todos los casos en que ello sea para su beneficio.

Dios quiere que su pueblo revele a un mundo pecaminoso que no lo ha dejado perecer. Debemos esmerarnos en ayudar a aquellos que por causa de la verdad son expulsados de su casa y obligados a sufrir. Cada vez más, habrá necesidad de corazones grandes y generosos, que, llenos de abnegación, se encarguen de esas personas a quienes el Señor ama. Los pobres que haya entre el pueblo de Dios no deben ser dejados sin que sus necesidades sean suplidas. Debe hallarse alguna manera por la cual puedan ganarse la vida. A algunos será necesario enseñarles a trabajar. Otros que trabajan arduamente y se ven recargados hasta lo sumo para sostener sus familias, necesitarán auxilio especial. Debemos interesarnos en esos casos, y ayudarles a conseguir empleo. Debe haber un fondo para

ayudar a estas familias pobres dignas, que aman a Dios y guardan sus mandamientos.

Por ciertas circunstancias, algunos de los que aman y obedecen a Dios, se empobrecen. Los hay que no son cuidadosos ni saben administrar sus cosas. Otros son pobres por causa de enfermedad y desgracia. Cualquiera que sea la causa, sufren necesidad y auxiliarlos es un ramo importante de la obra misionera.

Donde quiera que se establezca una iglesia, sus miembros deben hacer una obra fiel por los creyentes menesterosos. Pero no deben cesar con esto. Deben ayudar también a otros, sin tener en cuenta su fe. Como resultado de un esfuerzo tal, algunos de éstos recibirán las verdades especiales para este tiempo.

Cómo ayudar a los necesitados

Los métodos de ayudar a los menesterosos deben ser considera dos con cuidado y oración. Debemos pedir sabiduría a Dios, porque él sabe

mejor que los mortales de vista tan corta cómo debe cuidarse a las criaturas que él ha hecho. Hay quienes dan sin discriminación a todo aquel que solicita su ayuda. En esto yerran. Al tratar de ayudar a los menesterosos, debemos esmerarnos por darles la ayuda debida. Ciertas personas continuarán haciéndose objetos especiales de la caridad mientras se les ayude. Dependerán de otros mientras vean algo de lo cual puedan depender. Dándoles más tiempo y atención que lo debido, podemos estimular su ociosidad, incapacidad, extravagancia e intemperancia.

Cuando damos a los pobres debemos preguntarnos: “¿Estoy estimulando la prodigalidad? ¿Estoy ayudándoles o perjudicándoles?”

Nadie que puede ganarse la vida tiene derecho a depender de los demás.

Algunos hombres y mujeres de Dios, algunas personas de discernimiento y sabiduría, debieran ser designadas para atender a los pobres y

menesterosos, en primer lugar a los de la familia de la fe. Dichas personas deben dar a la iglesia su informe y su parecer acerca de lo que debe ser hecho.

Dios no requiere de nuestros hermanos que se hagan cargo de cada familia pobre que acepta este mensaje. Si lo hubiesen de hacer, los predicadores dejarían de entrar en nuevos campos porque los fondos se agotarían. Muchos son pobres por falta de diligencia y economía. No saben usar correctamente sus recursos. Si se les ayudase, ello los perjudicaría. Algunos serán siempre pobres. Con tener las mejores ventajas, sus casos no mejorarían. No saben calcular y gastarían todos los recursos que podrían obtener, fuesen muchos o pocos.

Cuando los tales aceptan el mensaje, les parece que tienen derecho a la ayuda de sus hermanos más pudientes; y si no se satisfacen sus expectativas, se quejan de la iglesia, y la acusan de no vivir conforme a su fe. ¿Quiénes deben sufrir en este caso? ¿Se debe desangrar la causa de Dios y agotar

su tesorería, para cuidar de estas familias pobres y numerosas? No. Los padres deben ser los que sufran. Por lo general, no sufrirán mayor escasez después de aceptar el sábado que antes.

Dios permite que sus pobres estén dentro de cada iglesia, Siempre los habrá entre nosotros, y el Señor coloca sobre los miembros de cada iglesia una responsabilidad personal en lo referente a cuidarlos. No debemos transferir nuestra responsabilidad a otros. Debemos manifestar hacia los que están entre nosotros el mismo amor y simpatía que Cristo manifestaría si estuviese en nuestro lugar. Seremos así disciplinados y preparados para trabajar en las actividades de Cristo.

El cuidado de los huérfanos

Entre todos aquellos cuyas necesidades requieren nuestro interés, las viudas y los huérfanos tienen el mayor derecho a nuestra tierna simpatía. Son objeto del cuidado especial del Señor. Dios los confía a los cristianos. “La religión

pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo". Santiago 1:27.

Más de un padre que murió en la fe, confiado en la eterna pro- mesa de Dios, dejó a sus amados en la plena seguridad de que el Señor los cuidaría. Y ¿cómo provee el Señor para estos enlutados? No realiza un milagro enviando maná del cielo, no manda cuervos que les lleven alimento, sino que realiza un milagro en los corazones humanos, expulsando el egoísmo del alma y abriendo las fuentes de la benevolencia. Prueba el amor de quienes profesan seguirle, confiando a sus tiernas misericordias a los afligidos y a los enlutados.

Que aquellos que aman al Señor abran su corazón y sus hogares para recibir a estos niños. No es el mejor plan cuidar a los huérfanos en grandes instituciones. Si no tienen parientes que puedan sostenerlos, los miembros de nuestras iglesias deben adoptar a estos pequeñuelos en sus familias o hallar hogares apropiados para ellos en

otras casas.

Estos niños son en un sentido especial seres a quienes Cristo mira, y dejarlos en el descuido es ofenderlo a él. Todo acto bondadoso hecho a ellos en el nombre de Jesús es aceptado por él como hecho a sí mismo.

Capítulo 50

Los cristianos en todo el mundo llegan a ser uno en Cristo

[La mayor parte de los consejos que aparecen en este capítulo fueron presentados por Elena G. de White en una asamblea en la que se habían reunido obreros de varios países con idiomas y costumbres diferentes. Algunos de estos obreros habían razonado erróneamente en el sentido de que los consejos que el Señor había dado a su pueblo por medio de Elena G. de White estaban destinados sólo a los compatriotas de ella.—Los fideicomisarios del Patrimonio White.]

Si fuéramos a Cristo con la sencillez de un niño que se dirige a sus padres terrenales, para pedirle las cosas que nos ha prometido, creyendo que las recibiremos, las obtendríamos. Si todos hubiéramos ejercitado la fe como debiéramos haberlo hecho, habríamos recibido en nuestras asambleas una

mayor medida del Espíritu de Dios. Me alegro de que aún nos quedan algunos días antes de finalizar estas reuniones. Ahora debemos preguntarnos: ¿Acudiremos a beber de la fuente? ¿Darán el ejemplo los que enseñan la verdad? Dios hará grandes cosas por nosotros si con fe aceptamos su palabra al pie de la letra. ¡Ojalá viéramos aquí a todos los corazones humillándose delante de Dios!

Desde el principio de estas reuniones se me ha instado a espaciarme mucho en el amor y la fe. Ello se debe a que necesitáis este testimonio. Algunos de los que han entrado en estos campos misioneros han dicho: “No comprendéis al pueblo francés; no comprendéis a los alemanes. Hay que tratarlos de esta o aquella manera”.

Pero pregunto: ¿Acaso Dios no los entiende? ¿No es él quien da a sus siervos un mensaje para la gente? El sabe exactamente lo que cada cual necesita; y si el mensaje viene directamente de él, por intermedio de sus siervos, cumplirá la obra que motiva su envío; todos serán unificados en Cristo. Aun cuando algunos sean categóricamente

franceses y otros decididamente alemanes y otros profundamente norteamericanos, todos llegarán a ser tan categóricamente semejantes a Cristo.

El templo judío fue construído con piedras labradas que se sacaron de las montañas. Y cada piedra era preparada para su lugar en el templo, labrada a escuadra, pulida y probada antes de ser transportada a Jerusalén. Cuando todas esas piedras se encontraron sobre el terreno, la edificación se hizo sin que se oyera el ruido de un hacha o de un martillo. Esta edificación representa el templo espiritual de Dios, compuesto de materiales traídos de todas las naciones, len guas, pueblos y clases sociales, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes. No se trata de substancias inertes, que deban ser trabajadas por medio del martillo o el cincel. Son piedras vivas, sacadas de la cantera del mundo por medio de la verdad; y el gran Arquitecto, el Señor del templo, está ahora labrándolas y puliéndolas, preparándolas para su lugar respectivo en el templo espiritual. Ese templo, una vez terminado, será perfecto en todas sus partes y causará la admiración de los ángeles y

de los hombres; porque Dios es su Arquitecto y Constructor.

Nadie piense que no tiene necesidad de golpe alguno. No hay persona ni nación que sea perfecta en todas sus costumbres y maneras de pensar. Una debe aprender de otra. Por esto Dios quiere que las diferentes nacionalidades se asocien para llegar a ser un solo pueblo en sus maneras de ver y en sus propósitos. Así será cumplida la unión que es en Cristo.

Vine a este país con cierta aprensión, por lo mucho que había oído de las peculiaridades de las diferentes naciones europeas y de los medios que debían usarse para alcanzarlas. Pero la sabiduría divina es prometida a los que sienten su necesidad de ella y la piden. Dios es quien puede traer a la gente al punto en que quiera recibir la verdad. Dejad al Señor tomar posesión de las mentes para modelarlas como el alfarero modela la arcilla, y las diferencias desaparecerán. Hermanos, mirad a Cristo; imitad sus modales y su espíritu; luego no os será difícil alcanzar a las diferentes clases de

personas. No tenemos seis modelos para imitar, ni tampoco cinco, sino uno solo: Cristo Jesús. Si los hermanos italianos, franceses y alemanes se esfuerzan en parecérsele, colocarán sus pies sobre el mismo fundamento, el de la verdad; el mismo espíritu que anima al uno animará también al otro: Cristo en ellos, esperanza de gloria.

Quiero exhortaros, hermanos y hermanas, a no levantar un muro de separación entre las diferentes nacionalidades. Esforzaos, por el contrario, en derribarlo en todas partes donde exista. Deberíamos esforzarnos para llevar a todo el mundo a la armonía que hay en Jesús y trabajar con un solo fin: la salvación de nuestros semejantes.

Hermanos míos en este ministerio, ¿aceptaréis las ricas promesas de Dios? ¿Ocultaréis al yo para dejar aparecer a Jesús? El yo debe morir antes que Dios pueda obrar por nuestro medio. Siento alarma cuando veo asomar el yo aquí y allá, en uno y en otro. En el nombre de Jesús de Nazaret, os declaro que vuestra voluntad debe morir; debe identificarse con la voluntad de Dios. El desea fundiros y

purificaros de toda mácula. Una gran obra debe ser hecha en vosotros antes que podáis ser henchidos del poder de Dios. Os suplico que os acerquéis a él a fin de poder recibir sus ricas bendiciones antes de terminar estas reuniones.

La relación de Cristo con las nacionalidades

Cristo no reconocía distinción de nacionalidad, jerarquía o credo. Los escribas y fariseos querían acaparar todos los dones del cielo en favor de su nación, con exclusión del resto de la familia de Dios en el mundo entero. Pero Jesús vino para derribar toda barrera de separación. Vino a mostrar que el don de su misericordia y de su amor, como el aire, la luz o la lluvia que refresca el suelo, no reconoce límites.

Por su vida Cristo estableció una religión sin casta, merced a la cual judíos y paganos, libres y esclavos quedan unidos por un vínculo fraternal de igualdad delante de Dios. Ningún exclusivismo influía en sus actos. No hacía ninguna diferencia entre prójimos y extraños, amigos o enemigos. Su

corazón era atraído hacia toda alma que tuviese sed del agua de la vida.

No menospreciaba a ser humano alguno, y procuraba aplicar a toda alma la virtud sanadora. En cualquier sociedad que estuviese, presentaba una lección apropiada al tiempo y a las circunstancias. Todo desprecio y todo ultraje que los hombres infligían a sus semejantes no hacían sino hacerle sentir tanto más hondamente la necesidad en que se hallaban de su simpatía divino-humana. Procuraba hacer nacer la esperanza en el más rústico de los hombres y en aquel que menos esperanza daba, asegurándoles que podían tornarse irreprensibles e inofensivos, y adquirir un carácter que les hiciera hijos de Dios.

Puesto que los hijos de Dios son uno en Cristo, ¿cómo considera Jesús las castas, las distinciones sociales, el apartamiento del hombre de sus prójimos, debido al color, la raza, la posición, la riqueza, la cuna, o las prendas personales? El secreto de la unidad se halla en la igualdad de los creyentes en Cristo.

Una ilustración de cómo se consigue la unidad

Cuando los creyentes que esperaban el próximo regreso del Señor eran sólo un puñado, hace muchos años ya, los observadores del sábado en Topsham, estado de Maine, se reunían para el culto en la amplia cocina del Hno. Stockbridge Howland. Un sábado de mañana, el Hno. Howland estaba ausente. Esto nos sorprendió, porque era siempre puntual. Muy pronto le vimos llegar con el rostro iluminado por la gloria de Dios. “Hermanos—dijo—, he hallado algo, y es esto: podemos adoptar una conducta que nos garantice la promesa de la Palabra divina: ‘No caeréis jamás’. Voy a deciros de qué se trata”.

Entonces contó que había notado que un hermano, que era un pobre pescador, pensaba no ser estimado en lo que merecía, y que el Hno. Howland y otros se creían superiores a él. Estaba equivocado; pero ese sentimiento había impedido a ese hermano asistir a las reuniones desde hacía algunas semanas. Así que el Hno. Howland fue a

su casa, y poniéndose de rodillas delante de él, le dijo:

—Perdóname, hermano, ¿qué daño te he hecho?

El hombre lo tomó del brazo y quiso hacer que se levantara.

—No—dijo el Hno. Howland—, ¿qué tienes contra mí?

—No tengo nada contra ti.

—Pero algo debes tener—insistió el Hno. Howland—, porque antes conversábamos juntos, mientras que ahora no me hablas más; quiero saber lo que pasa.

—Levántate, Hno. Howland—repitió el hombre.

—No, hermano, no me levantaré.

—Entonces me toca a mí ponerme de rodillas—dijo; y cayendo de rodillas, el pescador le confesó cuán niño había sido y a cuántos malos pensamientos se había entregado.

—Ahora—añadió—, voy a apartar de mí todo esto.

Al contar esta historia, el Hno. Howland tenía el rostro iluminado por la gloria de Dios. Apenas había terminado su relato cuando el pescador llegó con su familia, y tuvimos una excelente reunión.

Supongamos ahora que algunos de entre nosotros siguiesen el ejemplo dado por el Hno. Howland. Si, cuando nuestros hermanos albergan malas sospechas, fuésemos a decirles: "Perdonadme el mal que os pude hacer", se quebrantaría el hechizo de Satanás y nuestros hermanos quedarían libres de sus tentaciones. No dejéis que alguna cosa se interponga entre vosotros y vuestros hermanos. Si hay algo que podáis hacer para disipar las sospechas, aun al precio de un sacrificio, no vaciléis en hacerlo. Dios quiere que

nos amemos unos a otros como hermanos. El quiere que seamos compasivos y amables. Quiere que cada uno se habitúe a pensar que sus hermanos le aman y que Jesús le ama. El amor engendra amor.

¿Esperamos ver a nuestros hermanos en el cielo? Si podemos vivir con ellos aquí en paz y armonía, entonces podremos hacerlo también allá arriba. Pero, ¿cómo habríamos de vivir con ellos en el cielo, si no podemos hacerlo aquí sin rencillas y disputas continuas? Los que siguen una conducta que tiende a separarlos de sus hermanos y provocan discordia y disensión, necesitan una conversión radical. Es necesario que nuestros corazones sean enternecidos y subyugados por el amor de Cristo. Debemos cultivar el amor que él manifestara al morir en la cruz del Calvario. Debemos allegarnos siempre más al Salvador. Debemos orar más y aprender a ejercitar nuestra fe. Necesitamos más benignidad, compasión y bondad. Pasamos sólo una vez por este mundo. ¿No nos esforzaremos por dejar impreso el sello de Jesús sobre las personas con quienes vivimos?

Nuestros duros corazones deben ser quebrantados. Debemos alcanzar una unidad perfecta y comprender que hemos sido rescatados por la sangre de Jesús de Nazaret. Diga cada cual para sí: “El dio su vida por mí y quiere que, mientras paso por el mundo, yo revele el amor manifestado por él al entregarse por mí”. Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que Dios, permaneciendo justo, pudiese ser el que justifica a los que creen en él. La vida eterna está reservada para cuantos se entregan al Salvador.

Hay fuerza en la unidad

Trabajad con ardor en favor de la unión. Orad, trabajad para obtenerla. Ella os traerá salud espiritual, pensamientos elevados, nobleza de carácter, el ánimo celestial, y os permitirá vencer el egoísmo y las suspicacias, y ser más que vencedores por Aquel que os amó, y se dio a sí mismo por vosotros. Crucificad al yo, considerad a los demás más excelentes que vosotros mismos; y

así realizaréis la unión con Cristo. Ante el universo celestial, ante la iglesia y el mundo, daréis la prueba indiscutible de que sois hijos de Dios. Dios será glorificado por el ejemplo que deis.

Lo que el mundo necesita es ver este milagro: los corazones de los hijos de Dios ligados unos a otros por un amor cristiano. Necesita verlos sentados juntos, en Cristo, en las alturas celestiales. ¿No queréis mostrar por vuestra vida lo que puede la verdad divina en quienes aman y sirven al Señor? El conoce lo que podéis llegar a ser y sabe cuánto puede hacer su gracia en vuestro favor, si queréis llegar a ser participantes de la naturaleza divina.

“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. 1 Corintios 1:10.

La unión hace la fuerza; la división significa

debilidad. Cuando los que creen la verdad presente están unidos, ejercen una influencia poderosa. Satanás lo comprende bien. Nunca estuvo más resuelto que ahora a anular la verdad de Dios causando amargura y disensión entre el pueblo de Dios.

Capítulo 51

Las reuniones de oración

Las reuniones de oración deben ser los cultos más interesantes que se tengan; pero con frecuencia son mal dirigidas. Muchos asisten a la predicación, pero descuidan la reunión de oración. También en ese punto se requiere reflexión. Se debe pedir sabiduría a Dios, y se deben hacer planes para dirigir las reuniones de manera que sean interesantes y atrayentes. La gente tiene hambre del pan de vida. Si lo encuentra en la reunión de oración, irá para recibirlo.

Las oraciones y los discursos largos y prosaicos no cuadran en ningún lugar, pero mucho menos en la reunión de testimonios. Se permite que los más osados y los que están siempre listos para hablar impidan a los tímidos y retraídos que den su testimonio. Los más superficiales son generalmente los que tienen más que decir. Sus oraciones son largas y mecánicas. Cansan a los ángeles y a la gente que los escucha. Las oraciones deben ser

cortas y directas. Déjense las largas y cansadoras peticiones para la cámara privada, si alguno las tiene que ofrecer. Dejemos al Espíritu de Dios entrar en nuestro corazón, y él apartará toda árida formalidad.

Las oraciones en público no deben ser largas

Cristo inculcó en sus discípulos la idea de que sus oraciones debían ser cortas y expresar exactamente lo que querían, y nada más. Les indicó la longitud y el contenido que debían caracterizar sus oraciones; debían expresar sus deseos de bendiciones temporales y espirituales, y su gratitud por las mismas. ¡Cuán abarcante es esta oración modelo! Se refiere a la necesidad real de todos. Uno o dos minutos bastan para cualquier oración común. Hay casos en que la oración nos es dictada en una forma especial por el Espíritu de Dios, cuando se eleva la súplica en el Espíritu. El alma anhelante siente agonía y gime en busca de Dios. El espíritu lucha como luchó Jacob, y no quiere descansar sin manifestaciones especiales del poder de Dios. Así quiere Dios que sea.

Pero muchos elevan oraciones áridas como si fueran sermones. Oran a los hombres y no a Dios. Si estuvieran orando a Dios, y comprendiesen realmente lo que están haciendo, se alarmarían por su audacia; porque dirigen un discurso al Señor a modo de oración, como si el Creador del universo necesitase información especial sobre temas generales relacionados con las cosas que suceden en el mundo. Tales oraciones son todas como metal que resuena o címbalo que retiñe. No son anotadas en el cielo. Los ángeles de Dios se cansan de ellas, tanto como los mortales que están obligados a escucharlas.

A Jesús se le encontraba a menudo en oración. Se retiraba a los huertos solitarios o a las montañas para dar a conocer sus peticiones a su Padre. Cuando había terminado los quehaceres y los cuidados del día, y los cansados buscaban reposo, Jesús dedicaba el tiempo a la oración. No quisiéramos desalentar el espíritu de oración; porque no se ora ni se vela bastante. Y menos aún se ora con el Espíritu y también con comprensión.

La oración ferviente y eficaz es siempre oportuna, y nunca cansará. Una oración tal interesa y refrigera a todos los que tienen amor por la devoción.

Se descuida la oración secreta, y ésta es la razón por la cual muchos hacen oraciones tan largas, tediosas y sin valor cuando se reúnen para adorar a Dios. Repasan en sus oraciones una semana de deberes descuidados y oran en círculo, esperando compensar su negligencia y apaciguar su conciencia. Esperan ganar por su oración el favor de Dios. pero con frecuencia estas oraciones logran solamente hacer bajar a otros al nivel de las tinieblas espirituales en que está la persona que las hace. Si los cristianos quisieran apropiarse de las enseñanzas de Cristo acerca de velar y orar, rendirían un culto más inteligente a Dios.

Más alabanza en la oración

“Todo lo que respira alabe a Jah”. Salmos 150:6. ¿Hemos considerado de cuántas cosas debemos estar agradecidos? ¿Recordamos que las

misericordias del Señor se renuevan cada mañana y que su fidelidad es inagotable? ¿Reconocemos que dependemos de él, y expresamos gratitud por todos sus favores? Por el contrario, con demasiada frecuencia nos olvidamos de que “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces”. Santiago 1:17.

Cuán a menudo los que gozan de salud se olvidan de las admirables mercedes que les son concedidas continuamente día tras día y año tras año. No rinden tributo de alabanza a Dios por todos sus beneficios. Pero cuando viene la enfermedad, se acuerdan de Dios. El intenso deseo de recuperar la salud los induce a orar fervientemente; y eso está bien. Dios es nuestro refugio en la enfermedad como en la salud. Pero muchos no le confían su caso; estimulan la debilidad y la enfermedad acongojándose acerca de sí mismos. Si dejasen de quejarse y se elevasen por encima de la depresión y la lobreguez, su restablecimiento sería más seguro. Deben recordar con gratitud cuánto han disfrutado de la bendición de la salud; y si este precioso don les es devuelto, no deben olvidar que tienen una

renovada obligación hacia su Creador. Cuando los diez leprosos fueron sanados, únicamente uno volvió para buscar a Jesús y darle gloria. No seamos como los nueve ingratos, cuyo corazón no fue conmovido por la misericordia de Dios.

La costumbre de meditar en males anticipados es imprudente y nada cristiana. Siguiéndola, dejamos de disfrutar las bendiciones y de aprovechar las oportunidades presentes. El Señor requiere de nosotros que cumplamos los deberes de hoy, y soportemos las pruebas. Hemos de velar hoy para no ofender ni en palabras ni en hechos. Debemos alabar y honrar a Dios hoy. Por el ejercicio de una fe viva hoy, hemos de vencer al enemigo. Debemos buscar a Dios hoy, y estar resueltos a no permanecer satisfechos sin su presencia. Debemos velar, obrar y orar como si éste fuese el último día que se nos concede. ¡Qué intenso fervor habría entonces en nuestra vida! ¡Cuán estrechamente seguiríamos a Jesús en todas nuestras palabras y acciones!

Dios se interesa en las cosas pequeñas

Son pocos los que aprecian o aprovechan debidamente el precioso privilegio de la oración. Debemos ir a Jesús y explicarle todas nuestras necesidades. Podemos presentarle nuestras pequeñas cuitas y perplejidades, como también nuestras dificultades mayores. Debemos llevar al Señor en oración cualquier cosa que se suscite para perturbarnos o angustiarnos. Cuando sintamos que necesitamos la presencia de Cristo a cada paso, Satanás tendrá poca oportunidad de introducir sus tentaciones. Su estudiado esfuerzo consiste en apartarnos de nuestro mejor Amigo, el que más simpatiza con nosotros. A nadie, fuera de Jesús, debiéramos hacer confidente nuestro. Podemos comunicarle con seguridad todo lo que está en nuestro corazón.

Hermanos y hermanas, cuando os congregáis para el culto de testimonios, creed que Jesús se reúne con vosotros, creed que él está dispuesto a bendeciros. Apartad los ojos del yo; mirad a Jesús, hablad de su amor sin par. Contemplándole seréis

transformados a su semejanza. Cuando oráis, sed breves y directos. No prediquéis al Señor un sermón en largas oraciones. Pedid el pan de vida como un niño hambriento pide pan a su padre terrenal. Dios nos concederá toda bendición necesaria, si se la pedimos con sencillez y fe.

La oración es el ejercicio más santo del alma. Debe ser sincera, humilde y ferviente: los deseos de un corazón renovado, exhalados en la presencia de un Dios santo. Cuando el suplicante sienta que está en la presencia divina, se olvidará de sí mismo. No tendrá deseo de ostentar talento humano, no tratará de agradar al oído de los hombres, sino de obtener la bendición que el alma anhela.

Tanto en el culto en público como en privado, es privilegio nuestro doblegar las rodillas ante el Señor cuando le ofrecemos nuestras peticiones. Jesús, nuestro modelo, “puesto de rodillas oró”. Lucas 22:41. Acerca de sus discípulos está registrado que también oraban “puestos de rodillas”. Hechos 9:40; 20:36; 21:5. Pablo declaró: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de

nuestro Señor Jesucristo”. Efesios 3:14. Al confesar ante Dios los pecados de Israel, Esdras estaba de rodillas ver. Esdras 9:5. Daniel “se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios”. Daniel 6:10.

Capítulo 52

El bautismo

Los ritos del bautismo y de la santa cena son dos columnas monumentales, una fuera de la iglesia y la otra dentro de ella. Sobre estos dos ritos, Cristo ha inscrito el nombre del verdadero Dios.

Cristo ha hecho del bautismo la señal de entrada en su reino espiritual. Ha hecho de él una condición positiva que todos deben cumplir si desean ser considerados bajo la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Antes que el hombre pueda hallar hogar en la iglesia, antes de cruzar el umbral del reino espiritual de Dios, debe recibir la impresión del divino nombre: “Jehová, justicia nuestra”. Jeremías 23:6.

Por el bautismo se renuncia muy solemnemente al mundo. Los que son bautizados en el triple nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, al comienzo mismo de su vida cristiana declaran

públicamente que han abandonado el servicio de Satanás y que han llegado a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Han obedecido la orden: “Salid de en medio de ellos, y apartaos... y no toquéis lo inmundo”. Y para ellos se cumple la promesa: “Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”. 2 Corintios 6:17, 18.

Los votos que asumimos con el bautismo abarcan mucho. En el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, somos sepultados como en la muerte de Cristo, y levantados a semejanza de su resurrección, y hemos de vivir una vida nueva. Nuestra vida debe quedar ligada con la vida de Cristo. Desde entonces en adelante el creyente debe tener presente que está dedicado a Dios, a Cristo y al Espíritu Santo. Debe subordinar a esta nueva relación todas las consideraciones mundanales. Ha declarado públicamente que ya no vive en el orgullo y complacencia propia. Ya no ha de vivir en forma descuidada e indiferente. Ha hecho un pacto con Dios. Ha muerto al mundo y debe vivir para Dios y dedicarle toda la capacidad

que le confió, sin perder jamás de vista el hecho de que lleva la firma de Dios; es un súbdito del reino de Cristo, participante de la naturaleza divina. Debe entregar a Dios todo lo que es y todo lo que tiene, empleando sus dones para gloria de su nombre.

Los candidatos deben ser preparados cabalmente

Los candidatos para el bautismo necesitan una preparación más cabal. Necesitan ser instruidos más fielmente de lo que generalmente se los ha instruido. Los principios de la vida cristiana deben ser presentados claramente a los recién venidos a la verdad. Nadie puede depender de su profesión de fe como prueba de que tiene una relación salvadora con Cristo. No hemos de decir solamente: Yo creo, sino practicar la verdad. Conformándonos a la voluntad de Dios en nuestras palabras, nuestro comportamiento y carácter, es cómo probamos nuestra relación con él. Cuandoquiera que uno renuncie al pecado, que es la transgresión de la ley, su vida será puesta en conformidad con la ley, en

perfecta obediencia. Esta es la obra del Espíritu Santo. La luz de la Palabra estudiada cuidadosamente, la voz de la conciencia, las súplicas del Espíritu, producen en el corazón verdadero amor a Cristo, quien se dio como sacrificio completo para redimir toda la persona: el cuerpo, el alma, y el espíritu. Y el amor se manifiesta por la obediencia. La línea de demarcación será clara entre los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, y aquellos que no le aman y desprecian sus preceptos.

Satanás quiere que nadie vea la necesidad de una completa entrega a Dios. Cuando el alma no hace esta entrega, no abandona el pecado; los apetitos y pasiones luchan por el predominio; las tentaciones confunden la conciencia, de manera que la verdadera conversión no se realiza. Si todos tuviesen un concepto del conflicto que cada alma debe sostener con los agentes satánicos que están tratando de entrampar, seducir y engañar, habría una labor diligente mucho mayor en favor de los que son jóvenes en la fe.

La preparación de los hijos para el bautismo

Los padres cuyos hijos desean ser bautizados tienen una obra que hacer, tanto en lo que se refiere a examinarse a sí mismos, como en cuanto a dar instrucciones fieles a sus hijos. El bautismo es un rito muy sagrado e importante, y su significado debe comprenderse cabalmente. Significa arrepentirse del pecado e iniciar una nueva vida en Cristo Jesús. No debe haber indebido apresuramiento para recibir este rito. Calculen el costo tanto los padres como los hijos. Al consentir en que sus hijos sean bautizados, los padres se comprometen solemnemente a ser fieles mayordomos para con estos hijos, a guiarlos en la edificación de su carácter. Se comprometen a cuidar con interés especial estos corderos del rebaño, a fin de que no deshonren la fe que profesan.

Debe darse instrucción religiosa a los niños desde sus más tiernos años. Debe serles dada no con espíritu de condenación, sino con un espíritu alegre y feliz. Las madres necesitan estar en

guardia constantemente, no sea que la tentación llegue a los niños en forma que no la reconozcan. Los padres han de proteger a sus hijos con instrucciones sabias y placenteras. Como los mejores amigos de estos seres inexpertos, deben ayudarles en la obra de vencer, porque para ellos el ser victoriosos significa todo. Deben considerar que sus amados hijos que están tratando de hacer lo recto son miembros más jóvenes de la familia del Señor, y deben sentir intenso interés por ayudarles a andar rectamente en el camino real de la obediencia. Con amante interés, deben enseñarles día tras día lo que significa ser hijos de Dios y entregar la voluntad en obediencia a él. Enseñadles que la obediencia a Dios entraña obediencia a los padres. Esta debe ser una obra de cada día y hora. Padres, velad, velad y orad, y haced de vuestros hijos vuestros compañeros.

Cuando llega el período más feliz de su vida, y en su corazón aman a Jesús y desean ser bautizados, obrad fielmente con ellos. Antes que reciban el rito, preguntadles si es su primer propósito en la vida trabajar para Dios. Entonces

explicadles cómo principiar. Las primeras lecciones significan mucho. Con sencillez, enseñadles a prestar su primer servicio a Dios. Presentadles esta obra de la manera que haga más fácil su comprensión. Explicadles lo que significa darse al Señor, hacer exactamente lo que su Palabra indica, bajo el consejo de padres cristianos.

Después de trabajar fielmente, si estáis convencidos de que vuestros hijos comprenden el significado de la conversión y el bautismo, y de que son verdaderamente convertidos, sean bautizados. Pero repito, ante todo preparaos a vosotros mismos a fin de actuar como fieles pastores para guiar sus pies inexpertos por la senda estrecha de la obediencia. Dios debe obrar en los padres para que ellos puedan dar a sus hijos un buen ejemplo de amor, cortesía y humildad cristiana, y así de una entrega completa del yo a Cristo. Si consentís en el bautismo de vuestros hijos y luego los dejáis hacer como quieren, no sintiendo el deber especial de mantener sus pies en la senda recta, vosotros mismos sois responsables si pierden la fe, el valor y el interés en la verdad.

Los candidatos adultos deben comprender su deber mejor que los jóvenes; pero el pastor de la iglesia tiene un deber que cumplir para con estas almas. ¿Siguen ellos malas costumbres y prácticas? Es deber del pastor tener reuniones especiales con ellos. Déles estudios bíblicos, converse y ore con ellos. Léales la enseñanza de la Biblia acerca de la conversión. Muéstreles cuál es el fruto de la conversión, la evidencia de que aman a Dios. Muéstreles que la verdadera conversión es un cambio de corazón, de pensamientos y propósitos. Han de renunciar a las malas costumbres. Han de desechar los pecados de la maledicencia, los celos y la desobediencia. Deben sostener una guerra contra toda característica mala. Entonces el que cree puede aceptar comprensivamente la promesa: “Pedid y se os dará”. Mateo 7:7.

Capítulo 53

La cena del Señor

Los símbolos de la casa del Señor con sencillos y fácilmente comprensibles, y las verdades representadas por ellos son del más profundo significado para nosotros.

Cristo se hallaba en el punto de transición entre dos sistemas y sus dos grandes fiestas respectivas. El, el Cordero inmaculado de Dios, estaba por presentarse como ofrenda por el pecado, y así acabaría con el sistema de figuras y ceremonias que durante cuatro mil años había anunciado su muerte. Mientras comía la pascua con sus discípulos, instituyó en su lugar el rito que había de conmemorar su gran sacrificio. La fiesta nacional de los judíos iba a desaparecer para siempre. El servicio que Cristo establecía había de ser observado por sus discípulos en todos los países y a través de todos los siglos.

La Pascua fue ordenada como conmemoración

del libramiento de Israel de la servidumbre egipcia. Dios había indicado que, año tras año, cuando los hijos preguntasen el significado de este rito, se les repitiese la historia. Así había de mantenerse fresca en la memoria de todos aquella maravillosa liberación. El rito de la cena del Señor fue dado para conmemorar la gran liberación obrada como resultado de la muerte de Cristo. Este rito ha de celebrarse hasta que él venga por segunda vez con poder y gloria. Es el medio por el cual ha de mantenerse fresco en nuestra mente el recuerdo de su gran obra en favor nuestro.

El ejemplo de Cristo prohíbe la exclusividad en la cena del Señor. Es verdad que el pecado abierto excluye a los culpables. Esto lo enseña claramente el Espíritu Santo ver. 1 Corintios 5:5. Pero fuera de esto, nadie ha de pronunciar juicio. Dios no ha dejado a los hombres el decidir quiénes se han de presentar en estas ocasiones, Porque, ¿quién puede leer el corazón? ¿Quién puede distinguir la cizaña del trigo? “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa”. Porque “cualquiera que comiere este pan o bebiere

esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor". "El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para él". 1 Corintios 11:28, 27, 29.

Nadie debe excluirse de la comunión porque esté presente alguna persona indigna. Cada discípulo está llamado a participar públicamente de ella y dar así testimonio de que acepta a Cristo como Salvador personal.

Al participar con sus discípulos del pan y del vino, Cristo se comprometió como su Redentor. Les confió el nuevo pacto, por medio del cual todos los que le reciben llegan a ser hijos de Dios, coherederos con Cristo. Por este pacto, venía a ser suya toda bendición que el cielo podía conceder para esta vida y la venidera. Este pacto había de ser ratificado por la sangre de Cristo. La administración del sacramento había de recordar a los discípulos el sacrificio infinito hecho por cada uno de ellos como parte del gran conjunto de la humanidad caída.

El siervo de siervos

Cuando los discípulos entraron en el aposento alto, sus corazones estaban llenos de resentimiento. Judas se mantenía al lado de Cristo, a la izquierda; Juan estaba a la derecha. Si había un puesto más alto que los otros, Judas estaba resuelto a obtenerlo, y se pensaba que este puesto era al lado de Cristo. Y Judas era traidor.

Se había levantado otra causa de disensión. Era costumbre, en ocasión de la fiesta, que un criado lavase los pies de los huéspedes, y en esa ocasión se habían hecho preparativos para este servicio. La jarra, el lebrillo y la toalla estaban allí, listos para el lavamiento de los pies; pero no había siervo presente, y les tocaba a los discípulos cumplirlo. Pero cada uno de los discípulos, cediendo al orgullo herido, resolvió no desempeñar el papel de siervo. Todos manifestaban una despreocupación estoica, al parecer inconscientes de que les tocaba hacer algo. Por su silencio, se negaban a humillarse.

Los discípulos no hacían ningún ademán de servirse unos a otros. Jesús aguardó un rato para ver lo que iban a hacer. Luego él, el Maestro divino, se levantó de la mesa. Poniendo a un lado el manto exterior que habría impedido sus movimientos, tomó una toalla y se ciñó. Con sorprendido interés, los discípulos miraban, y en silencio esperaban para ver lo que iba a seguir. “Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido”. Esta acción abrió los ojos a los discípulos. Amarga vergüenza y humillación llenaron su corazón. Comprendieron el mudo reproche, y se vieron desde un punto de vista completamente nuevo.

Así expresó Cristo su amor por sus discípulos. El espíritu egoísta de ellos le llenó de tristeza, pero no entró en controversia con ellos acerca de la dificultad. En vez de eso, les dio un ejemplo que nunca olvidarían. Su amor hacia ellos no se perturbaba ni se apagaba fácilmente. Sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, y

que él provenía de Dios e iba a Dios. Tenía plena conciencia de su divinidad; pero había puesto a un lado su corona y vestiduras reales, y había tomado forma de siervo. Uno de los últimos actos de su vida en la tierra consistió en ceñirse como siervo y cumplir la tarea de un siervo.

Cristo quería que sus discípulos comprendiesen que aunque les había lavado los pies, esto no le restaba dignidad. “Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy”. Y siendo tan infinitamente superior, impartió gracia y significado al servicio. Nadie ocupaba un puesto tan exaltado como el de Cristo, y sin embargo él se rebajó a cumplir el más humilde deber. A fin de que los suyos no fuesen engañados por el egoísmo que habita en el corazón natural y se fortalece por el servicio propio, Cristo les dio su ejemplo de humildad. No quería dejar a cargo del hombre este gran asunto. De tanta importancia lo consideró, que él mismo, que era igual a Dios, actuó como siervo de sus discípulos. Mientras estaban contendiendo por el puesto más elevado, Aquel ante quien toda rodilla ha de doblarse, Aquel a quien los ángeles de

gloria se honran en servir, se inclinó para lavar los pies de quienes le llamaban Señor. Lavó los pies de su traidor.

Ahora, habiendo lavado los pies de sus discípulos, dijo: “Ejemplo os he dado, para que como yo es he hecho, vosotros también hagáis”. En estas palabras Cristo no sólo ordenaba la práctica de la hospitalidad. Quería enseñar algo más que el lavamiento de los pies de los huéspedes para quitar el polvo del viaje. Cristo instituía un servicio religioso. Por el acto de nuestro Señor, esta ceremonia humillante fue transformada en rito consagrado, que debía ser observado por los discípulos, a fin de que recordasen siempre sus lecciones de humildad y servicio.

El rito de preparación

Este rito es la preparación indicada por Cristo para el servicio sacramental. Mientras se alberga orgullo y divergencia y se contiende por la supremacía, el corazón no puede entrar en comunión con Cristo. No estamos preparados para

recibir la comunión de su cuerpo y su sangre. Por esto, Jesús indicó que se observase primeramente la ceremonia conmemorativa de su humillación.

Al llegar a este rito, los hijos de Dios deben recordar las palabras del Señor de vida y gloria: "¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hiciéreis". Juan 13:12-17. Hay en el hombre una disposición a estimarse más que a su hermano, a trabajar para sí, a buscar el puesto más alto; y con frecuencia esto produce malas sospechas y amargura de espíritu. El rito que precede a la cena del Señor está destinado a aclarar estos malentendidos, a sacar al hombre de su egoísmo, a bajarle de sus zancos de exaltación propia y darle la humildad de corazón que le inducirá a servir a su

hermano.

El santo Vigilante del cielo está presente en estos momentos para hacer de ellos momentos de escrutinio del alma, de convicción del pecado y de bienaventurada seguridad de que los pecados están perdonados. Cristo, en la plenitud de su gracia, está allí para cambiar la corriente de los pensamientos que han estado dirigidos por cauces egoístas. El Espíritu Santo despierta las sensibilidades de aquellos que siguen el ejemplo de su Señor. Al ser recordada así la humillación del Salvador por nosotros, los pensamientos se vinculan con los pensamientos; se evoca una cadena de recuerdos de la gran bondad de Dios y del favor y ternura de los amigos terrenales.

Dondequiera que este rito se celebra debidamente, los hijos de Dios se ponen en santa relación, para ayudarse y bendecirse unos a otros. Se comprometen a entregar su vida a un ministerio abnegado. Y esto no sólo unos por otros. Su campo de labor es tan vasto como lo era el de su Maestro. El mundo está lleno de personas que necesitan

nuestro ministerio. Por todos lados hay pobres desamparados e ignorantes. Los que hayan tenido comunión con Cristo en el aposento alto, saldrán a servir como él sirvió.

Jesús, que era servido por todos, vino a ser siervo de todos. Y porque ministró a todos, volverá a ser servido y honrado por todos. Y los que quieren participar de sus atributos, y con él compartir el gozo de ver almas redimidas, deben seguir su ejemplo de ministerio abnegado.

Un recordativo de su segunda venida

Mientras estaban reunidos en derredor de la mesa, dijo en tono de conmovedora tristeza: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca! Porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y habiendo tomado la copa, dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga”. Lucas 22:15-18.

Pero el servicio de la comunión no había de ser una ocasión de tristeza. Tal no era su propósito. Mientras los discípulos del Señor se reúnen alrededor de su mesa, no han de recordar y lamentar sus faltas. No han de espaciarse en su experiencia religiosa pasada, haya sido ésta elevadora o deprimente. No han de recordar las divergencias existentes entre ellos y sus hermanos. El rito preparatorio ha abarcado todo esto. El examen propio, la confesión del pecado, la reconciliación de las divergencias, todo esto se ha hecho. Ahora han venido para encontrarse con Cristo. No han de permanecer en la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. Han de abrir el alma a los brillantes rayos del Sol de justicia. Con corazones purificados por la preciosísima sangre de Cristo, en plena conciencia de su presencia, aunque invisible, han de oír sus palabras: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”. Juan 14:27.

Al recibir el pan y el vino que simbolizan el cuerpo quebrantado de Cristo y su sangre

derramada, nos unimos imaginariamente a la escena de comunión del aposento alto. Parecemos pasar por el huerto consagrado por la agonía de Aquel que llevó los pecados del mundo. Presenciamos la lucha por la cual se obtuvo nuestra reconciliación con Dios. El Cristo crucificado es levantado por nosotros.

Contemplando al Redentor crucificado, comprendemos más plenamente la magnitud y el significado del sacrificio hecho por la Majestad del cielo. El plan de salvación queda glorificado delante de nosotros, y el pensamiento del Calvario despierta emociones vivas y sagradas en nuestro corazón. Habrá alabanza a Dios y al Cordero en nuestro corazón y en nuestros labios; porque el orgullo y la adoración del yo no pueden florecer en el alma que mantiene frescas en su memoria las escenas del Calvario.

Mientras la fe contempla el gran sacrificio de nuestro Señor, el alma asimila la vida espiritual de Cristo. Y esa alma recibirá fuerza espiritual de cada comunión. El rito forma un eslabón viviente por el

cual el creyente está ligado con Cristo, y así con el Padre. En un sentido especial, forma un vínculo entre Dios y los seres humanos que dependen de él.

El rito de la comunión señala la segunda venida de Cristo. Estaba destinado a mantener esta esperanza viva en la mente de los discípulos. En cualquier oportunidad en que se reuniesen para conmemorar su muerte, relataban como él "tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre". Mateo 26:27-29. En su tribulación hallaban consuelo en la esperanza del regreso de su Señor. Les era indeciblemente precioso el pensamiento: "Todas las veces que comiéreis este pan, y bebiéreis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que venga". 1 Corintios 11:26.

Estas son las cosas que nunca hemos de

olvidar. El amor de Jesús, con su poder constrictivo, ha de mantenerse fresco en nuestra memoria. Cristo instituyó este rito para que hablase a nuestros sentidos del amor de Dios expresado en nuestro favor. No puede haber unión en nuestras almas y Dios excepto por Cristo. La unión y el amor entre hermanos deben ser cimentados y hechos eternos por el amor de Jesús. Y nada menos que la muerte de Cristo podía hacer eficaz para nosotros este amor. Es únicamente por causa de su muerte por lo que nosotros podemos considerar con gozo su segunda venida. Su sacrificio es el centro de nuestra esperanza. En él debemos fijar nuestra fe.

Capítulo 54

La oración por los enfermos

La Escritura dice que hay que “orar siempre y no desmayar” (Lucas 18:1); y si hay momento alguno en que los hombres sien- tan necesidad de orar, es cuando la fuerza decae y la vida parece escapárseles. Muchas veces los sanos olvidan los favores maravillosos que reciben pródigamente, día tras día, año tras año, y no tributan alabanzas a Dios por sus beneficios. Pero cuando sobreviene la enfermedad, entonces se acuerdan de Dios. Cuando falta la fuerza humana, el hombre siente la necesidad de la ayuda divina. Y nunca se aparta nuestro Dios misericordioso del alma que con sinceridad le pide auxilio. El es nuestro refugio en la enfermedad y en la salud.

Cristo es el mismo médico compasivo que cuando desempeñaba su ministerio terrenal. En él hay bálsamo curativo para toda enfermedad, poder restaurador para toda dolencia. Sus discípulos de hoy deben rogar por los enfermos con tanto

empeño como los discípulos de antaño. Y se realizarán curaciones, pues “la oración de fe salvará al enfermo”. Tenemos el poder del Espíritu Santo y la tranquila seguridad de la fe para aferrarnos a las promesas de Dios. La promesa del Señor: “Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:18), es tan digna de crédito hoy como en tiempos de los apóstoles, pues denota el privilegio de los hijos de Dios, y nuestra fe debe apoyarse en todo lo que ella envuelve. Los siervos de Cristo son canales de virtud, y por medio de ellos quiere ejercitar su poder sanador. Tarea nuestra es llevar a Dios en brazos de la fe a los enfermos y dolientes. Debemos enseñarles a creer en el gran Médico.

El Salvador quiere que alentemos a los enfermos, a los desesperados y a los afligidos para que confíen firmemente en su fuerza.

Las condiciones de la oración contestada

Sólo cuando vivimos obedientes a su Palabra podemos reclamar el cumplimiento de su promesa.

Dice el salmista: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”. Salmos 66:18. Si sólo le obedecemos parcial y tibiamente, sus promesas no se cumplirán en nosotros.

En la Palabra de Dios encontrarnos instrucción respecto a la oración especial para el restablecimiento de los enfermos. Pero el acto de elevar tal oración es un acto solemnísimo, y no se debe participar en él sin la debida consideración. En muchos casos en que se ora por la curación de algún enfermo, lo que llamamos fe no es más que presunción.

Muchas personas se acarrean la enfermedad por sus excesos. No han vivido conforme a la ley natural o a los principios de estricta pureza. Otros han despreciado las leyes de la salud en su modo de comer y beber, de vestir o de trabajar. Muchas veces uno u otro vicio ha causado debilidad de la mente o del cuerpo. Si las tales personas consiguieran la bendición de la salud, muchas de ellas reanudarían su vida de descuido y

transgresión de las leyes naturales y espirituales de Dios, arguyendo que si Dios las sana en respuesta a la oración, pueden con toda libertad seguir sus prácticas malsanas y entregarse sin freno a sus apetitos. Si Dios hiciera un milagro devolviendo la salud a estas personas, daría alas al pecado.

Trabajo perdido es enseñar a la gente a considerar a Dios como sanador de sus enfermedades, si no se le enseña también a desechar las prácticas malsanas. Para recibir las bendiciones de Dios en respuesta a la oración, se debe dejar de hacer el mal y aprender a hacer el bien. Las condiciones en que se vive deben ser saludables, y los hábitos de vida correctos. Se debe vivir en armonía con la ley natural y espiritual de Dios.

A los que solicitan que se ore para que les sea devuelta la salud, hay que hacerles ver que la violación de la ley de Dios, natural o espiritual, es pecado, y que para recibir la bendición de Dios deben confesar y aborrecer sus pecados.

La Escritura nos dice: “Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros para que seáis sanos”. Santiago 5:16. Al que solicita que se ore por él, dígasele más o menos lo siguiente: “No podemos leer el corazón, ni conocer los secretos de tu vida. Dios solo y tú los conocéis. Si te arrepientes de tus pecados, deber tuyo es confesarlos”. El pecado de carácter privado debe confesarse a Cristo, único mediador entre Dios y el hombre. Pues, “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. 1 Juan 2:1. Todo pecado es ofensa hecha a Dios, y se lo ha de confesar por medio de Cristo. Todo pecado cometido abiertamente debe confesarse abiertamente. El mal hecho al prójimo debe subsanarse ofreciendo reparación al perjudicado. Si el que pide la salud es culpable de alguna calumnia, si ha sembrado la discordia en la familia, en el vecindario, o en la iglesia, si ha suscitado enemistades y disensiones, si mediante siniestras prácticas ha inducido a otros al pecado, ha de confesar todas estas cosas ante Dios y ante los que fueron perjudicados por ellas. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar

nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. 1 Juan 1:9.

Cuando el mal quedó subsanado, podemos con fe tranquila presentar a Dios las necesidades del enfermo, según lo indique el Espíritu Santo. Dios conoce a cada cual por nombre y cuida de él como si no hubiera nadie más en el mundo por quien entregara a su Hijo amado. Siendo el amor de Dios tan grande y tan infalible, se debe alentar al enfermo a que confíe en Dios y tenga ánimo. La congoja acerca de sí mismos los debilita y enferma. Si los enfermos resuelven sobreponerse a la depresión y la melancolía, tendrán mejores perspectivas de sanar; pues “el ojo de Jehová está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia”. Salmos 33:18, VM.

Al orar por los enfermos debemos recordar que lo que “hemos de pedir como conviene, no lo sabemos”. Romanos 8:26. No sabemos si el beneficio que deseamos es el que más conviene. Por tanto, nuestras oraciones deben incluir este pensamiento: “Señor, tú conoces todo secreto del

alma. Conoces también a estas personas. Su Abogado, el Señor Jesús, dio su vida por ellas. Su amor hacia ellas es mayor de lo que puede ser el nuestro. Por consiguiente, si esto puede redundar en beneficio de tu gloria y de estos pacientes, pedímoste, en nombre de Jesús, que les devuelvas la salud. Si no es tu voluntad que así sea, te pedimos que tu gracia los consuele, y que tu presencia los sostenga en sus padecimientos".

Dios conoce el fin desde el principio. Conoce el corazón de todo hombre. Lee todo secreto del alma. Sabe si aquellos por quienes se hace oración podrían o no soportar las pruebas que les acometerían si hubiesen de sobrevivir. Sabe si sus vidas serían bendición o maldición para sí mismos y para el mundo. Esto es una razón para que, al presentarle encarecidamente a Dios nuestras peticiones, debamos decirle: "Pero no se haga mi voluntad sino la tuya". Lucas 22:42. Jesús añadió estas palabras de sumisión a la sabiduría y voluntad de Dios cuando en el huerto de Getsemaní rogaba: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero sino como tú". Mateo

26:39. Y si estas palabras eran apropiadas para el Hijo de Dios, ¡cuánto más lo serán en labios de falibles y finitos mortales!

Lo que conviene es encomendar nuestros deseos al sapientísimo Padre celestial, y después, depositar en él toda nuestra confianza. Sabemos que Dios nos oye si le pedimos conforme a su voluntad, pero el importunarle sin espíritu de sumisión no está bien; nuestras oraciones no han de revestir forma de mandato, sino de intercesión.

Hay casos en que Dios obra con toda decisión con su poder divino en la restauración de la salud. Pero no todos los enfermos curan. A muchos se les deja dormir en Jesús. A Juan, en la isla de Patmos, se le mandó que escribiera: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”. Apocalipsis 14:13. De esto se desprende que aunque haya quienes no recobren la salud no hay que considerarlos faltos de fe.

Todos deseamos respuestas inmediatas y directas a nuestras oraciones, y estamos dispuestos a desalentarnos cuando la contestación tarda, o cuando llega en forma que no esperábamos. Pero Dios es demasiado sabio y bueno para contestar siempre a nuestras oraciones en el plazo exacto y en la forma precisa que deseamos. El quiere hacer en nuestro favor algo más y mejor que el cumplimiento de todos nuestros deseos. Y por el hecho de que podemos confiar en su sabiduría y amor, no debemos pedirle que ceda a nuestra voluntad, sino procurar comprender su propósito y realizarlo. Nuestros deseos e intereses deben perderse en su voluntad. Los sucesos que prueban nuestra fe son para nuestro bien, pues denotan si nuestra fe es verdadera y sincera, y si descansa en la Palabra de Dios sola, o si, dependiente de las circunstancias, es incierta y variable. La fe se fortalece por el ejercicio. Debemos dejar que la paciencia perfeccione su obra, recordando que hay preciosas promesas en las Escrituras para los que esperan en el Señor.

No todos entienden estos principios. Muchos de

los que buscan la salutífera gracia del Señor piensan que debieran recibir directa e inmediata respuesta a sus oraciones, o si no, que su fe es defectuosa. Por esta razón, conviene aconsejar a los que se sienten debilitados por la enfermedad, que obren con toda discreción. No deben desatender sus deberes para con sus amigos que les sobrevivan, ni descuidar el uso de los agentes naturales para la restauración de la salud.

A menudo hay peligro de errar en esto. Creyendo que serán sanados en su respuesta a la oración, algunos temen hacer algo que parezca indicar falta de fe. Pero no deben descuidar el arreglo de sus asuntos como desearían hacerlo si pensaran morir. Tampoco deben temer expresar a sus parientes y amigos las palabras de aliento o los buenos consejos que quisieran darles en el momento de partir.

Los que buscan la salud por medio de la oración no deben dejar de hacer uso de los remedios puestos a su alcance. Hacer uso de los agentes curativos que Dios ha suministrado para

aliviar el dolor y para ayudar a la naturaleza en su obra restauradora no es negar nuestra fe. No lo es tampoco el cooperar con Dios y ponernos en la condición más favorable para recuperar la salud. Dios nos ha facultado para que conozcamos las leyes de la vida. Este conocimiento ha sido puesto a nuestro alcance para que lo usemos. Debemos aprovechar toda facilidad para la restauración de la salud, sacando todas las ventajas posibles y trabajando en armonía con las leyes naturales. Cuando hemos orado por la curación del enfermo, podemos trabajar con energía tanto mayor, dando gracias a Dios por el privilegio de cooperar con él y pidiéndole que bendiga los medios de curación que él mismo dispuso.

Tenemos la sanción de la Palabra de Dios para el uso de los agentes curativos. Ezequías, rey de Israel, cayó enfermo, y un profeta de Dios le trajo el mensaje de que iba a morir. El rey clamó al Señor, y éste oyó a su siervo y le comunicó que se le añadirían quince años de vida. Ahora bien, el rey Ezequías hubiera podido sanar al instante con una sola palabra de Dios, pero se le dieron recetas

especiales: “Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará”. Isaías 38:21.

Cuando hayamos orado por el restablecimiento del enfermo, no perdamos la fe en Dios, cualquiera que sea el desenlace del caso. Si tenemos que presenciar el fallecimiento, apuremos el amargo cáliz, recordando que la mano de un Padre nos lo acerca a los labios. Pero si el enfermo recobra la salud, no debe olvidar que al ser objeto de la gracia curativa contrajo nueva obligación para con el Creador. Cuando los diez leprosos fueron limpiados, sólo uno volvió a dar gracias a Jesús y glorificar su nombre. No seamos nosotros como los nueve irreflexivos, cuyos corazones fueron insensibles a la misericordia de Dios. “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”. Santiago 1:17.

Capítulo 55

La obra médica

El trabajo médico misionero es una obra de pioneros para el Evangelio, es la puerta por la cual la verdad para estos tiempos hallará entrada en muchos hogares. El pueblo de Dios debe estar formado por misioneros médicos genuinos, porque deben aprender a administrar a las necesidades tanto del alma como del cuerpo. Nuestros obreros deben dar evidencia de la más pura abnegación mientras salen para dar tratamientos a los enfermos, basándose en el conocimiento y la experiencia obtenidos por medio del trabajo práctico. Al trabajar de casa en casa hallarán acceso a muchos corazones. De este modo muchas personas que no serían alcanzadas de otra manera escucharán el mensaje del Evangelio. Una demostración de los principios de la reforma pro salud hará mucho para deshacer los prejuicios contra nuestro trabajo evangélico. El Gran Médico, el originador de la obra médica misionera, bendecirá a todas las personas que se esfuercen por

impartir la verdad para este tiempo.

La sanidad física se encuentra íntimamente ligada con la comisión evangélica. Cuando Cristo envió a sus discípulos en su primer viaje misionero, les ordenó: “Y yendo, predicad diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”. Mateo 10:7, 8.

La comisión divina no necesita ningún cambio. No se puede mejorar el método de Cristo para presentar la verdad. El Salvador les dio lecciones prácticas a los discípulos, al enseñarles cómo trabajar de tal manera que las almas se regocijaran en la verdad. Manifestó simpatía por los desanimados, los que soportaban cargas pesadas y los oprimidos. Alimentó al hambriento y sanó al enfermo. Anduvo constantemente haciendo el bien por todas partes. Interpretó el Evangelio para los seres humanos mediante el bien que realizó, por sus palabras llenas de amor y mediante sus actos de bondad.

Pero no se ha terminado el trabajo de Cristo en favor de los seres humanos. Todavía continúa actualmente. Sus embajadores deben predicar el Evangelio y revelar su amor por las almas perdidas que perecen. Al manifestar un interés altruista por los menesterosos ofrecerán una demostración práctica de la verdad del Evangelio. Esta obra requiere muchísimo más que la mera predicación de sermones. La obra que Dios ha dado a los que avanzan en su nombre es la evangelización del mundo. Se deben hacer colaboradores con Cristo, y revelar su amor tierno y compadecido a los que están por perecer. Dios llama a miles de personas para trabajar por él, no en la predicación de la verdad para este tiempo a los que ya le conocen, sino en la amonestación de los que nunca han escuchado el último mensaje de misericordia. Trabajen con el corazón lleno de un deseo ferviente por alcanzar a las almas. Hagan obra médica misionera. De ese modo hallarán entrada en los corazones de la gente, y prepararán el camino para una proclamación más decidida de la verdad.

Deben establecerse instituciones

Hay muchos lugares que necesitan el trabajo médico misionero y donde se deberían establecer clínicas pequeñas. Dios desea que nuestros sanatorios constituyan un medio para alcanzar a las clases altas y bajas, a los ricos y los pobres. Deben ser administrados de tal manera que mediante su trabajo llamen la atención al mensaje que Dios ha enviado al mundo.

Debe combinarse el ministerio a lo físico y a lo espiritual, llevando a los dolientes a confiar en el poder del Médico celestial. Aquellos que, mientras dan los tratamientos apropiados también oran por la gracia curativa de Cristo, inspirarán fe en la mente de los pacientes. Su propia conducta será una inspiración para aquellos que creen que sus casos son desesperados.

Para esto fueron establecidos nuestros sanatorios—para dar ánimo a los desesperanzados, al unir la oración de fe con el tratamiento apropiado, y al dar instrucción sobre el correcto

modo de vida físico y espiritual. Muchos se convertirán por medio de un ministerio así. Los médicos de nuestros sanatorios deben presentar el claro mensaje evangélico de la curación del alma.

La obra pionera del evangelio

Si hemos de contribuir a la elevación de las normas morales de cualquier país donde se nos pida servir, debemos comenzar por corregir los hábitos físicos de la gente.

La obra médico-misionera le trae a la humanidad el evangelio que la alivia de sus sufrimientos. Esta es la primera obra del evangelio. Es el evangelio practicado, la compasión de Cristo revelada. Hay gran necesidad de esta obra, y el mundo está abierto a ella. Permita Dios que sea comprendida la importancia de la obra médico-misionera y que inmediatamente entre en nuevos campos.

Entonces, la obra del ministerio será de acuerdo a la orden del Señor; los enfermos serán curados, y

la pobre y sufriente humanidad será bendecida.

Se van a encontrar con muchos prejuicios, una gran cantidad de celo falso y de piedad espuria; pero tanto en los campos nacionales como extranjeros descubrirán que Dios ha estado preparando a más corazones de los que pueden imaginar, para recibir la semilla de la verdad, y cuando les sea presentada, ellos darán gozosamente la bienvenida al mensaje divino.

La obra médico-misionera nunca me ha sido presentada de ninguna otra manera sino como teniendo la misma relación con la obra como un todo como la que tiene el brazo con el cuerpo. El ministerio evangélico es una organización para la proclamación de la verdad y para promover la obra en favor de los enfermos y los sanos. La obra del ministerio evangélico es el cuerpo; la obra médico-misionera es el brazo, y Cristo es la Cabeza que está sobre todo. Así me ha sido presentado este asunto a mí.

Empiecen a hacer obra médico-misionera con

los recursos que tengan a mano. Hallarán que así se abrirá el camino para dar estudios bíblicos. El Padre celestial os pondrá en relación con aquellos que necesitan saber cómo tratar a sus enfermos. Poned en práctica lo que conocéis en cuanto al tratamiento de las enfermedades. Así se aliviará el sufrimiento y tendréis la oportunidad de compartir el pan de vida con las almas hambrientas.

Una obra en la cual todos deben unirse

Los ministros del evangelio deben unirse con la obra médicomisionera, que siempre me ha sido presentada como la obra que quebrará los prejuicios que existen en nuestro mundo contra la verdad.

Un ministro del evangelio tendrá doble éxito en su trabajo si sabe cómo tratar la enfermedad.

El ministerio del evangelio es alcanzar a la gente allí donde está, cualquiera sea su posición, cualquiera sea su condición, y ayudarla en cada forma posible. Puede ser necesario que los

ministros vayan a las casas de los enfermos y les digan: “Estoy listo para ayudarlo y haré lo mejor que pueda. No soy médico, pero soy pastor, y quiero ministrar a los enfermos y a los afligidos”. Los que están enfermos en el cuerpo, casi siempre están enfermos en el alma, y cuando el alma está enferma, el cuerpo está enfermo.

No debe existir división entre el ministerio y la obra médicomisionera. El médico debe trabajar por igual con el pastor, y con tanto fervor y dedicación para la salvación del alma, como para la restauración del cuerpo.

Algunos, que no ven la ventaja de preparar a la juventud para que sean médicos tanto de la mente como del cuerpo, dicen que no debe usarse el diezmo para apoyar las instituciones médicas, pues dedican su tiempo a tratar a los enfermos. En respuesta a declaraciones como éstas, se me ha instruido que diga que la mente no debe ser tan estrecha como para no comprender la verdad de la situación. Un ministro del evangelio, que también es un médico misionero, que puede curar dolencias

físicas, es un obrero mucho más eficiente que uno que no puede hacer esto. Su obra como ministro del evangelio es mucho más completa.

El Señor ha declarado que el médico preparado encontrará entrada en nuestras ciudades donde otros no pueden entrar. Enseñad el mensaje de la reforma pro salud. Esto tendrá influencia sobre la gente.

La exposición de los principios bíblicos realizada por un médico inteligente, ejercerá una poderosa influencia en muchas personas. La eficiencia y el poder acompañan al que puede combinar en su esfera de influencia la obra de un médico y la de un ministro evangélico. Su obra se recomienda por sí misma al buen juicio de la gente.

Así es como deben trabajar nuestros médicos. Hacen la obra del Señor cuando trabajan como evangelistas y presentan instrucciones acerca de la forma como el alma puede ser sanada por el Señor Jesús. Todo médico debiera saber orar con fe por los enfermos, como también administrar el

tratamiento adecuado. Al mismo tiempo debiera trabajar como un ministro de Dios para enseñar arrepentimiento, conversión y salvación del alma y el cuerpo. Esta combinación de trabajo ampliará su experiencia y extenderá notablemente su influencia.

La obra médica abrirá puertas para la verdad

Los enfermeros y enfermeras misioneros pueden desempeñarse en diversos ramos de trabajo. Hay oportunidades para los enfermeros de ambos sexos bien preparados para que vayan hasta los hogares y allí procuren despertar el interés por la verdad. En casi todas las comunidades hay grandes números de personas que no asisten a ningún servicio religioso. Para alcanzar a estas personas con el Evangelio, hay que llevarlo a sus hogares. Con frecuencia el alivio de sus necesidades físicas constituye el único camino por el cual es posible aproximarse a ellos.

Los enfermeros y enfermeras misioneros que cuidan a los enfermos y alivian la aflicción de los

pobres, encontrarán muchas oportunidades para orar con ellos, para leerles la Palabra de Dios y hablarles del Salvador. Pueden orar con y por los desvalidos que carecen de fuerza de voluntad para controlar los apetitos que la pasión ha degradado. Pueden llevar un rayo de esperanza a las víctimas derrotadas y desanimadas. La revelación de un amor sin egoísmo, manifestado por medio de actos de bondad desinteresada, hará más fácil que estas personas dolientes crean en el amor de Cristo.

Se me ha mostrado que la obra médica misionera descubrirá en los mismos abismos de la degradación, a hombres que una vez poseyeron intelectos cultivados, aptitudes muy valiosas, quienes serán rescatados de su condición caída por un trabajo apropiado. La verdad tal cual es en Jesús es lo que debe presentarse ante las mentes humanas después que se las ha atendido con simpatía y se han satisfecho sus necesidades físicas. El Espíritu Santo está trabajando y cooperando con las agencias humanas que trabajan por tales almas, y algunos apreciarán poder apoyar su fe religiosa sobre una roca.

La mano derecha se usa para abrir las puertas por las cuales el cuerpo pueda entrar. Esta es la parte que ha de realizar la obra médica misionera. Ha de preparar en gran medida el camino para la recepción de la verdad para este tiempo. Es inútil un cuerpo sin manos. Al honrar al cuerpo, debe honrarse también a las manos ayudadoras, que son instrumentos de tal importancia que sin ellos el cuerpo no puede hacer nada. Por lo tanto, el cuerpo que trata con indiferencia a la mano derecha, rehusando su ayuda, no puede realizar nada.

Vivir el evangelio y mantener sus principios, esto es sabor de vida para vida. Las puertas que han permanecido cerradas para aquel que sólo predica el evangelio, se abrirán al médico misionero inteligente. Dios alcanza los corazones por medio del alivio del sufrimiento físico. Se deposita una semilla de la verdad en la mente, y es regada por Dios. Se puede requerir mucha paciencia antes de que esta semilla dé señales de vida, pero al fin brota y lleva fruto para vida eterna.

Capítulo 56

La relación con los que no son de nuestra fe

Puede formularse la pregunta: ¿No hemos de tener ninguna unión con el mundo? La Palabra del Señor ha de ser nuestra guía. Cualquier conexión con los infieles e incrédulos que nos identificase con ellos, está prohibida por la Palabra. Hemos de salir de entre ellos, y estar separados. En ningún caso hemos de unirnos con ellos en sus planes de trabajo. Pero no hemos de vivir una vida de reclusión. Debemos hacer a los mundanos todo el bien que esté a nuestro alcance.

Cristo nos dio ejemplo de ello. Cuando los publicanos y pecadores lo invitaban a comer, no rehusaba; porque de ninguna otra manera que tratándose con ellos podía alcanzar esta clase. Pero en toda ocasión les presentaba temas de conversación que atraían su atención a cosas de interés eterno. Y él nos recomienda: “Así alumbre

vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Mateo 5:16.

La sociedad de los incrédulos no nos hará daño si nos asociamos con ellos con el propósito de conectarlos con Dios, y si somos lo suficientemente fuertes espiritualmente como para resistir su influencia.

Cristo vino al mundo para salvarlo, para unir al hombre caído con el Dios infinito. Los seguidores de Cristo deben ser canales de luz. Manteniendo la comunión con Dios, deben transmitir a los que están en las tinieblas y el error las selectas bendiciones que ellos reciben del cielo. Enoc no se contaminó con la iniquidad que existía en sus días; ¿por qué tendríamos que contaminarnos en nuestros días? Podemos, al igual que nuestro Maestro, tener compasión por la humanidad doliente, piedad con los desdichados, y una consideración generosa hacia los sentimientos y necesidades de los pobres, los que tienen problemas y los desalentados.

Oro a Dios para que mis hermanos comprendan que el mensaje del tercer ángel significa mucho para nosotros, y que la observancia del verdadero día de reposo es la señal que distingue a los que sirven a Dios de los que no le sirven. Despiértense los que se han vuelto soñolientos e indiferentes. Somos llamados a ser santos y debemos aplicarnos cuidadosamente a no dar la impresión de que no tiene importancia que conservemos o no las características peculiares de nuestra fe. Nos incumbe la solemne obligación de asumir en favor de la verdad y de la justicia una posición más decidida que la que hemos asumido en lo pasado. La línea de demarcación entre los que guardan los mandamientos de Dios y los que no los guardan debe resaltar con claridad inequívoca. Debemos honrar concienzudamente a Dios y emplear diligentemente todos los medios para cumplir nuestro pacto con él, a fin de recibir sus bendiciones, que son tan esenciales para el pueblo que va a ser probado severamente. Deshonramos grandemente a Dios si damos la impresión de que nuestra fe y nuestra religión no constituyen una

fuerza dominante en nuestra vida. Así nos apartamos de sus mandamientos, que son nuestra vida y negamos que él sea nuestro Dios y que seamos su pueblo.

Hablando a los ministros y grupos de otras denominaciones

Tal vez tengáis ocasión de hablar en otras iglesias. Al aprovechar esas oportunidades, recordad las palabras del Salvador: “Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas”. Mateo 10:16. No estimuléis la malignidad del enemigo pronunciando declaraciones denunciatorias. En esa forma cerraríais las puertas a la entrada de la verdad. Hay que dar mensajes bien definidos, pero guardaos de crear antagonismo. Hay muchas almas que deben ser salvadas. Evitad toda expresión dura. En vuestras palabras y obras sed sabios para salvación, presentando a Cristo ante todas las personas con quienes os relacionéis. Vean todos que vuestros pies están calzados con el Evangelio de paz y buena voluntad hacia los hombres. Maravillosos

serán los resultados que veremos si nos dedicamos a la obra llenos con el Espíritu de Cristo. Recibiremos ayuda en nuestra necesidad si llevamos a cabo la obra con justicia, misericordia y amor. La verdad triunfará y llevará hacia la victoria.

Tenemos una obra que hacer en favor de los ministros de las otras iglesias. Dios quiere que se salven. Ellos, como nosotros, pueden obtener la inmortalidad únicamente por la fe y la obediencia. Debemos trabajar con fervor para que la obtengan.Dios quiere que tengan una parte en su obra especial para este tiempo. Quiere que estén entre aquellos que han de dar a su familia alimento a su tiempo. ¿Por qué no se habrían de dedicar a esta obra?

Nuestros ministros deben procurar acercarse a los ministros de otras denominaciones. Oren por estos hombres y con ellos, pues Cristo intercede por ellos. Tienen una solemne responsabilidad. Como mensajeros de Cristo, debemos manifestar profundo y ferviente interés en estos pastores del

rebaño.

Nuestros pastores han de hacer suya la obra especial de trabajar por los ministros. No han de entrar en polémica con ellos, sino que, con su Biblia en la mano, han de instarlos a estudiar la Palabra. Si esto se hace, hay muchos pastores que ahora predican el error, que predicarían la verdad para este tiempo.

Capítulo 57

Nuestras relaciones con las autoridades civiles y con las leyes

El apóstol delineó claramente cuál debía ser la actitud de los creyentes hacia las autoridades civiles: “Someteos a toda institución humana, ya sea al rey como superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey”. 1 Pedro 2:13-17.

Ciertos hombres han sido colocados sobre nosotros para gobernarnos, y hay leyes que rigen al pueblo. Si no fuera por estas leyes, la condición del

mundo sería peor que la actual. Algunas de estas leyes son buenas y otras malas. Las últimas han estado aumentando, y aun hemos de vernos en dificultades. Pero Dios sostendrá a su pueblo para que se mantenga firme y viva de acuerdo con los principios de su Palabra.

Vi que en cada caso es nuestro deber obedecer las leyes de nuestro país, a menos que estén en conflicto con la ley superior que Dios pronunció con voz audible desde el Sinaí, y que grabó luego en piedra con su propio dedo. “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo”. Jeremías 31:33. El que tiene la ley de Dios escrita en el corazón obedecerá a Dios antes que a los hombres, y desobedecerá a todos los hombres antes que desviarse en lo mínimo del mandamiento de Dios. Los hijos de Dios, enseñados por la inspiración de verdad e inducidos por una buena conciencia a vivir según toda Palabra de Dios, tendrán su ley escrita en el corazón como la única autoridad que puedan reconocer u obedecer. La sabiduría y la autoridad divina son supremas.

El gobierno bajo el cual Jesús vivió era corrompido y opresivo; por todos lados había abusos clamorosos: extorsión, intolerancia y crueldad insultante. Sin embargo, el Salvador no intentó hacer reformas civiles, no atacó los abusos nacionales ni condenó a los enemigos nacionales. No intervino en la autoridad ni en la administración de los que estaban en el poder. El que era nuestro ejemplo se mantuvo alejado de los gobiernos terrenales. No porque fuese indiferente a los males de los hombres, sino porque el remedio no consistía en medidas simplemente humanas y externas. Para ser eficiente, la cura debía alcanzar a los hombres individualmente, y debía regenerar el corazón.

Vez tras vez se le pidió a Cristo que decidiera cuestiones políticas y legales. Pero él rehusó interferir en los asuntos temporales.

Cristo estuvo en nuestro mundo como la Cabeza del gran reino espiritual que vino a establecer en nuestro mundo el reino de justicia.

Sus enseñanzas dieron evidencias de los principios ennoblecedores y santificadores que gobiernan su reino. Mostró que la justicia, la misericordia y el amor son los principios predominantes en el reino de Jehová.

Los espías vinieron a él con aparente sinceridad, como deseosos de conocer su deber, y dijeron: “Maestro, sabemos que dices y enseñas rectamente, y que no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad. ¿Nos es lícito dar tributo a César o no?”

La respuesta de Cristo no era una evasiva, sino una cándida respuesta a la pregunta. Teniendo en su mano la moneda romana, sobre la cual estaban estampados el nombre y la imagen de César, declaró que ya que estaban viviendo bajo la protección del poder romano, debían dar a ese poder el apoyo que exigía mientras no estuviese en conflicto con un deber superior.

Cuando los fariseos oyeron la respuesta de Cristo, “se maravillaron, y dejándole se fueron”.

Había reprendido su hipocresía y presunción, y al hacerlo había expuesto un gran principio que define claramente los límites del deber que tiene el hombre para con el gobierno civil y su deber para con Dios.

Los juramentos

Vi que algunos de los hijos de Dios han cometido un error con respecto a los juramentos, y Satanás se ha aprovechado de esto para oprimirlos y sacarles el dinero de su Señor. Vi que las palabras de nuestro Señor: “No juréis en ninguna manera”, no se aplican al juramento judicial. “Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede”. Mateo 5:34, 37. Esto se refiere a la conversación común. Algunos usan un lenguaje exagerado. Unos juran por su vida; otros por su cabeza, o declaran que están tan seguros de algo como de que viven, o de que tienen cabeza. Algunos toman el cielo y la tierra como testigo de que ciertas cosas son como ellos dicen. Algunos incitan a Dios a que les quite la vida si lo que dicen no es verdad. Contra esta clase de juramento

común amonesta Jesús a sus discípulos.

Vi que el Señor tiene algo que hacer todavía con las leyes de la tierra. Mientras Jesús está en el santuario, los gobernantes y el pueblo sienten la restricción del Espíritu de Dios. Pero Satanás domina en extenso grado las masas del mundo, y si no fuera por las leyes de la tierra, experimentaríamos mucho sufrimiento. Se me mostró que cuando es realmente necesario y se llama a los hijos de Dios a testificar en forma legal, ellos no violan la Palabra de Dios al invocarle solemnemente como testigo de que dicen la verdad y sólo la verdad.

Vi que si hay en la tierra alguien que pueda testificar bajo juramento en forma consecuente, ese tal es el creyente. El vive a la luz del rostro de Dios. Se fortifica en su fortaleza. Y cuando la ley debe decidir asuntos de importancia, no hay quien pueda apelar con tanto acierto a Dios como el creyente. El ángel me ordenó notar que Dios jura por sí mismo.

Excitación con respecto a la política

Los que enseñan la Biblia en nuestras iglesias y escuelas no tienen libertad de unirse para hacer públicos sus prejuicios en pro o en contra de hombres o medidas políticas, porque al hacerlo excitan la mente de otros, induciendo a cada uno a defender su teoría favorita. Hay entre los que profesan creer la verdad presente, algunos que se verán así incitados a expresar sus sentimientos y preferencias políticas, de manera que se produzca división en el seno de la iglesia. El Señor quiere que su pueblo entierre las cuestiones políticas. Acerca de estos temas, el silencio es elocuencia. Dios pide a sus Seguidores que se unan en los puros principios del Evangelio que están claramente revelados en la Palabra de Dios. No podemos votar sin peligro por los partidos políticos; porque no sabemos para quiénes votamos. No podemos, sin riesgo, tomar parte en plan político alguno.

Los que son verdaderamente cristianos serán sarmientos de la vid verdadera y llevarán el mismo

fruto que la vid. Obrarán en armonía, en compañerismo cristiano. No llevarán distintivos políticos, sino el distintivo de Cristo.

¿Qué hemos de hacer, pues? Dejar a un lado las cuestiones políticas.

Hay una gran viña que cultivar; pero mientras los creyentes trabajen entre los incrédulos, no han de parecer mundanos. No han de pasar su tiempo hablando de política ni desempeñando parte en ella; porque al hacerlo darían al enemigo oportunidad de penetrar y causar divergencia y discordancia.

Los hijos de Dios han de separarse de la política, de cualquier alianza con los incrédulos. No toméis parte en las luchas políticas. Separaos del mundo, y evitad de introducir en la iglesia o la escuela ideas que conducirán a contención y desorden. La disensión es el veneno moral introducido en el sistema por seres humanos egoístas.

Peligro de hacer declaraciones incautas

Enseñemos a nuestro pueblo a conformar su conducta en todas las cosas a las leyes de su estado, siempre que puedan hacerlo sin oponerse a la ley de Dios.

Algunos de nuestros hermanos han dicho y escrito muchas cosas que se interpretan como opuestas al gobierno y las leyes. Es un error exponernos así a una interpretación errónea. No es prudente censurar continuamente lo que están haciendo los gobernantes. Nuestra obra no consiste en atacar a los individuos o las instituciones. Debemos ejercer gran cuidado para no ser interpretados como opositores a las autoridades civiles. Es verdad que nuestra guerra es agresiva, pero nuestras armas deben basarse en un claro “Así dice Jehová”. Nuestra obra consiste en preparar un pueblo que subsista en el gran día de Dios. No debemos desviarnos y entrar en cosas que estimulen la controversia, ni despertar antagonismo en los que no son de nuestra fe.

Llegará el momento en que las expresiones incautas de un carácter denunciador, que hayan sido pronunciadas o escritas negligentemente por nuestros hermanos, serán usadas por nuestros enemigos para condenarnos. Las emplearán no sólo para condenar a los que hicieron las declaraciones, sino que las cargarán a toda la organización adventista. Nuestros acusadores dirán que en tal día y tal día, uno de nuestros hombres de responsabilidad habló así y así contra la administración de las leyes de este gobierno. Muchos se quedarán asombrados al ver cómo fueron archivadas muchas cosas que darán pie a los argumentos de nuestros adversarios. Muchos se sorprenderán al oír como sus propias palabras se repiten exageradas, para darles un significado que no se proponían darles. Por lo tanto, ejerzan cuidado nuestros hermanos y hablen cautelosamente en todo momento y en toda circunstancia. Sean todos cautos, no sea que por expresiones temerarias provoquen un tiempo de aflicción antes de la gran crisis que ha de probar las almas de los hombres.

Debemos recordar que el mundo nos juzgará por lo que aparentamos ser. Procuren no manifestar inconsecuencia de carácter los que quieren representar a Cristo. Antes de avanzar al frente, veamos que el Espíritu Santo haya sido derramado sobre nosotros. Cuando tal sea el caso, daremos un mensaje decidido, pero de un carácter mucho menos condenatorio que el que han estado dando algunos; y todos los creyentes serán mucho más fervientes en pro de la salvación de nuestros oponentes. Dejemos a Dios la responsabilidad de condenar a las autoridades y a los gobiernos. Con mansedumbre y amor, defendamos como centinelas fieles los principios de la verdad tal cual es en Jesús.

Leyes dominicales

Mientras profesan estar aliados con el Cielo y pretendan tener carácter de cordero, los poderes religiosos mostrarán por sus hechos Que tienen corazón de dragón y que son inspirados y dominados por Satanás. Se acerca el tiempo cuando el pueblo de Dios será perseguido porque

santifica el séptimo día. Satanás hizo cambiar el día de reposo con la esperanza de derrotar los designios de Dios. Procura que los mandamientos de Dios tengan menos poder en el mundo que las leyes humanas. El hombre de pecado que pensó cambiar los tiempos y la ley, y que siempre oprimió al pueblo de Dios, hará promulgar leyes que obliguen a observar el primer día de la semana. Pero el pueblo de Dios debe permanecer firme por él. Y el Señor obrará en su favor, mostrando claramente que es Dios de dioses.

La ley relativa a la observancia del primer día de la semana proviene de una cristiandad apóstata. El domingo es una hechura del papado, exaltada por el mundo cristiano por encima del santo día de reposo de Jehová. En ningún caso deben rendirle homenaje los hijos de Dios. Pero quiero que entiendan que no es hacer la voluntad de Dios desafiar la oposición, cuando él desea que la evitemos. Así crean prejuicios tan acérrimos que imposibilitan la proclamación de la verdad. No hagáis en domingo demostración alguna que desafíe las leyes. Si ello sucede en un lugar y sois

humillados, la misma cosa sucederá en otra parte. Podemos emplear el domingo para realizar una obra que favorecerá el lado de Cristo. Hagamos lo mejor que podamos trabajando con toda humildad y mansedumbre.

Consagrar el domingo al trabajo misionero es arrancar el látigo de las manos de los fanáticos arbitrarios, cuyo placer sería humillar a los adventistas del séptimo día. Cuando vean que dedicamos los domingos a visitar a la gente y explicarles las Escrituras, comprenderán que es inútil querer detener nuestra obra por medio de leyes dominicales.

El domingo puede dedicarse a diversas actividades que lograrán mucho resultado para Dios. Pueden celebrarse reuniones al aire libre y en las casas particulares. Puede trabajarse de casa en casa. Los que escriben pueden, en aquel día, redactar artículos para los periódicos. Cuando sea posible se celebrarán reuniones religiosas, y se las hará intensamente interesantes. Hablad con fuerza y seguridad del amor del Salvador, y cantad

verdaderos himnos de despertamiento religioso. Hablad de la temperancia y de la vida religiosa genuina. Aprenderéis así el arte de trabajar y alcanzaréis a muchas almas.

Consagren los maestros de nuestras escuelas el domingo al trabajo misionero. Se me ha mostrado que así podrán desbaratar los planes del enemigo. Celebren los maestros, en compañía de sus alumnos, reuniones para aquellos que no conocen la verdad. Lograrán más así que de cualquier otro modo.

Debe darse al mundo la verdad, una verdad clara, nítida, positiva. Pero debe ser presentada en el espíritu de Cristo. Debemos ser como ovejas en medio de lobos. Perderán preciosas ocasiones de trabajar por el Maestro los que no estén dispuestos, por el amor de Cristo, a conformarse a las reglas de prudencia que él nos recomendó, y a permanecer pacientes, dueños de sí mismos. El Señor no ha encargado a su pueblo que injurie a los que traspasan su ley. Nunca debe atacarse a las demás iglesias.

Debemos hacer todo lo que podemos para eliminar el prejuicio que existe en muchas mentes contra nuestra obra y contra el día de reposo bíblico.

Capítulo 58

La obra de engaño de Satanás

Vi a los malos ángeles contender por las almas, y a los ángeles de Dios resistirles. El conflicto era intenso. Los malos ángeles estaban corrompiendo la atmósfera con su influencia venenosa, y se cernían en tropel alrededor de aquellas almas para entumecer su sensibilidad. Los ángeles santos estaban mirando con ansiedad, y esperando para rechazar las huestes de Satanás. Pero no es obra de los ángeles buenos dominar las mentes de los hombres contra su voluntad. Si ellos se entregan al enemigo y no hacen esfuerzo para resistirle, entonces los ángeles de Dios no pueden hacer mucho más que mantener en jaque a la hueste de Satanás, para que no destruya a los que están en peligro, hasta que se les haya dado mayor luz con el fin de despertarlos y hacerlos mirar al Cielo en procura de ayuda. Jesús no comisionará a los ángeles santos para que libren a los que no se esfuerzan por ayudarse a sí mismos.

Si Satanás ve que corre peligro de perder a un alma, hace cuanto puede para conservarla. Y cuando la persona llega a darse cuenta del peligro que corre, y con angustia y fervor busca fortaleza en Jesús, Satanás teme perder un cautivo, y llama un refuerzo de sus ángeles para rodear a la pobre alma y formar una muralla de tinieblas en derredor de ella con el propósito de que la luz del cielo no la alcance. Pero si el que está en peligro persevera, y en su impotencia se aferra a los méritos de la sangre de Cristo, nuestro Salvador escucha la ferviente oración de fe, y envía refuerzos de ángeles poderosos en fortaleza para que lo libren.

Satanás no puede soportar que se recurra a su poderoso rival, porque teme y tiembla ante su fuerza y majestad. Al sonido de la oración ferviente, toda la hueste de Satanás tiembla. El continúa llamando legiones de malos ángeles, para lograr su objeto. Cuando los ángeles todopoderosos, revestidos de la armadura del cielo, acuden en auxilio del alma perseguida y desfalleciente, Satanás y su hueste retroceden, sabiendo perfectamente que han perdido la batalla.

Los voluntarios súbditos de Satanás son fieles, activos y unidos en un propósito, y aunque se aborrecen y se hacen guerra mutuamente, aprovechan toda oportunidad para fomentar su interés común. Pero el gran General del cielo y de la tierra ha limitado el poder de Satanás.

Peligro en aventurarse a salir de la protección del cielo

Los ángeles de Dios preservarán a sus hijos mientras ellos anden en la senda del deber; pero no pueden contar con tal protección los que se aventuran deliberadamente en el terreno de Satanás. Un agente del gran engañador dirá y hará cualquier cosa para lograr su objeto. Poco importa que se llame espiritista, o que asevere curas por el "magnetismo". Mediante declaraciones capciosas, se granjea la confianza de los incautos. Pretende leer la historia de la vida y comprender todas las dificultades y aflicciones de los que recurren a él. Disfrazándose como ángel de luz, mientras que en su corazón está la negrura del abismo, manifiesta gran interés en las mujeres que solicitan su consejo.

Les dice que todas sus dificultades se deben a un casamiento desgraciado. Esto puede ser demasiado cierto, pero el tal consejero no mejora su condición. Les dice que lo que necesitan es amor y simpatía. Asumiendo gran interés en su bienestar, echa un ensalmo sobre sus víctimas desprevenidas, encantándolas como la serpiente encanta al ave temblorosa. Pronto están completamente en su poder; el pecado, la deshonra y la ruina son las terribles consecuencias.

Estos obreros de iniquidad no son pocos. Su senda está señalada por hogares desolados, reputaciones marchitas, y corazones quebrantados. Pero de todo esto el mundo sabe poco; siguen haciendo nuevas víctimas, y Satanás se regocija por la ruina que ha producido.

“Y Ocozías cayó por la ventana de una sala de la casa que tenía en Samaria; y estando enfermo, envió mensajeros, y les dijo: Id y consultad a Baal-zebub, dios de Ecrón, si he de sanar de esta mi enfermedad. Entonces el ángel de Jehová habló a Elías tisbita, diciendo: Levántate y sube a

encontrarte con los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Por tanto, así ha dicho Jehová: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás. Y Elías se fue". 1 Reyes 1:2-4.

La historia del pecado y castigo de Ocozías encierra una lección y advertencia que nadie puede despreciar con impunidad. Aunque no tributen homenaje a los dioses paganos, millares están adorando ante el altar de Satanás tan ciertamente como lo hacía el rey de Israel. El mismo espíritu de idolatría pagana abunda hoy, aunque, bajo la influencia de la ciencia y la educación, ha asumido una forma más refinada y atrayente. Cada día añade tristes evidencias de que la fe en la segura palabra de la profecía está disminuyendo rápidamente, y de que en su lugar la superstición y hechicerías satánicas están cautivando las mentes humanas. Todos los que no escudriñan fervientemente las Escrituras, ni someten todo deseo y propósito de la vida a esa prueba infalible, todos los que no buscan a Dios en oración para

obtener el conocimiento de su voluntad, se extraviarán seguramente de la buena senda, y caerán bajo la seducción de Satanás.

Los hebreos eran la única nación favorecida con un conocimiento del verdadero Dios. Cuando el rey de Israel envió a consultar el oráculo pagano, proclamó a los gentiles que tenía más confianza en sus ídolos que en el Dios de su pueblo, Creador del cielo y de la tierra. Asimismo los que profesan conocer la Palabra de Dios le deshonran cuando se apartan de la Fuente de fuerza y sabiduría para pedir ayuda o consejo a las potestades tenebrosas. Si la ira de Dios fue provocada por una conducta tal de parte de un rey perverso e idólatra, ¿cómo considerará una conducta similar seguida por los que profesan ser sus siervos?

Ninguno puede servir a dos señores

Cristo señala aquí a dos señores: Dios y el mundo, y nos revela claramente que resulta simplemente imposible servir a ambos. Si predominan nuestro interés y amor por este mundo,

no apreciaremos las cosas que sobre todas las demás son dignas de nuestra atención. El amor al mundo excluirá el amor a Dios, y subordinará nuestros intereses más elevados a las consideraciones mundanales. Dios no ocupará así en nuestros afectos y devociones un lugar tan exaltado como las cosas del mundo.

Satanás obra con los hombres con más cuidado que con Cristo en el desierto de la tentación, porque sabe que allí perdió la batalla. Es un enemigo vencido. No se presenta al hombre directamente para exigirle el homenaje de un culto exterior. Pide simplemente a los hombres que pongan sus afectos en las buenas cosas de este mundo. Si logra ocupar la mente y los afectos, los atractivos celestiales se eclipsan. Todo lo que quiere del hombre es que caiga bajo el poder seductor de sus tentaciones, que ame el mundo, la ostentación y los altos puestos, que ame el dinero y ponga sus afectos en los tesoros terrenales. Si lo logra, obtiene todo lo que pidió de Cristo.

Capítulo 59

La falsa ciencia—el moderno vestido de luz de Satanás

La falsa ciencia es uno de los agentes de los cuales se valió Satanás en los atrios celestiales, y lo usa todavía hoy. Las falsas afirmaciones que presentó a los ángeles y sus teorías científicas sutiles sedujeron a muchos de ellos y los desviaron de su lealtad.

Habiendo perdido su sitio en el cielo, Satanás presentó sus tentaciones a nuestros primeros padres. Adán y Eva cedieron al enemigo, y por su desobediencia la humanidad se alejó de Dios, y la tierra quedó separada del cielo.

Si Adán y Eva no hubiesen tocado el árbol prohibido, el Señor les habría impartido una ciencia sobre la que no hubiese habido ninguna maldición, una ciencia que les habría infundido gozo eterno. Todo lo que ganaron por su

desobediencia fue el conocimiento del pecado y de sus resultados.

El dominio en el que Satanás condujo a nuestros primeros padres es el mismo en el cual conduce a los hombres hoy. Inunda al mundo con fábulas agradables. Por todos los medios de que dispone trata de impedir que los hombres obtengan el conocimiento de Dios que lleva a la salvación.

Cuando el error aparece como luz

Vivimos en un siglo de grandes luces; pero mucho de aquello que es llamado luz es sólo una puerta abierta a la sabiduría y a los artificios de Satanás. Muchas de las cosas que se presentaron como verdad será necesario considerarlas cuidadosamente y con mucha oración, porque pueden ser astucias del enemigo. A menudo, el camino del error parece paralelo al sendero de la verdad. Resulta difícil distinguirlo del camino que conduce a la santidad y al cielo, pero la mente alumbrada por el Espíritu Santo puede ver que dicho sendero se aparta del buen camino. Después

de cierto tiempo, los dos caminos están muy separados uno del otro.

La teoría según la cual Dios es una esencia inmanente en toda la naturaleza, es uno de los engaños más sutiles de Satanás. No presenta a Dios tal cual es y deshonra su grandeza y majestad.

Las teorías panteístas no son confirmadas por la Palabra de Dios. La luz de la verdad enseña que esas teorías son agentes destructores del alma. Las tinieblas son su elemento y la sensualidad su esfera. Agradan al corazón natural y dan rienda suelta a las inclinaciones. El resultado de aceptarlas es la separación de Dios.

Nuestra situación se ha vuelto antinatural a causa del pecado. Por eso el poder que debe restablecernos debe ser sobrenatural; de lo contrario no tiene valor. Hay sólo un poder que puede substraer los corazones de los hombres al imperio del mal: el poder de Dios en Cristo Jesús. Sólo por la sangre del Crucificado podemos purificarnos. Sólo su gracia puede hacernos

capaces de resistir las tendencias de una naturaleza caída y subyugarlas. Y ese poder lo anulan las teorías espiritualistas referentes a Dios.* Si Dios es una esencia inherente a toda la naturaleza, debe, pues, morar en todos los hombres, y para llegar a la santidad, el hombre necesita tan sólo desarrollar el poder que está en él.

Esas teorías desarrolladas hasta sus conclusiones lógicas suprimen completamente el cristianismo. Eximen de la necesidad de la redención, y hacen del hombre su propio salvador. Esas teorías referentes a Dios quitan toda eficacia a su Palabra, y los que las aceptan estarán expuestos al peligro de considerar finalmente toda la Biblia como una fábula. Pueden estimar que la virtud es mejor que el vicio; pero habiendo privado a Dios de su soberanía, ponen su confianza en la fuerza del hombre, la cual sin Dios no tiene valor. La voluntad humana abandonada a sí misma no tiene fuerza real para resistir al mal y vencerlo. Las defensas del alma son derribadas. El hombre no tiene más barreras contra el pecado. Una vez rechazadas las restricciones de los mandamientos

de la Palabra y del Espíritu de Dios, no sabemos hasta qué profundidad podemos caer.

Los que persistan en esas teorías arruinarán con seguridad su carrera cristiana. Se privarán de la comunión con Dios y perderán la vida eterna.

Un intento para engañar a los mismos escogidos

Los sofismas concernientes a Dios y la naturaleza, que inundan al mundo de escepticismo, son inspirados por el ángel caído. El estudia la Biblia; conoce la verdad necesaria a la humanidad, y procura distraer las mentes de las grandes verdades destinadas a prepararla para los acontecimientos que vendrán sobre el mundo.

Después de 1844 tuvimos que hacer frente a toda especie de fanatismos. Me fueron dados testimonios de censura contra algunas personas entregadas a las teorías espiritualistas predominantes.

Las enseñanzas impías van seguidas por la

práctica del pecado. Son el cebo del cual se vale el padre de la mentira para seducir y tiene por resultado la impenitencia en una impureza que se comete creyéndola justificada.

Lo experimentado en lo pasado se repetirá. En lo porvenir las supersticiones satánicas cobrarán formas nuevas. El error será presentado de un modo agradable y halagüeño. Falsas teorías, revestidas de luz, serán presentadas al pueblo de Dios. Así procurará Satanás engañar a los mismos escogidos, si fuere posible. Se ejercerán influencias extremadamente seductoras e hipnotizarán las mentes.

Para cautivarlas, se introducirán todas las formas de corrupción similares a las que existieron entre los antediluvianos. La exaltación de la naturaleza como Dios, la desenfrenada licencia de la voluntad humana, los consejos de los impíos, son instrumentos de Satanás para alcanzar ciertos fines. Se valdrá del poder de la mente sobre otra mente para ejecutar sus planes. Lo más triste de todo eso es que, colocados bajo esa influencia

engañosa, los hombres tendrán una apariencia de piedad sin estar en verdadera comunión con Dios. Como Adán y Eva, que comieron el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, muchos se alimentan ahora de los frutos del error.

Los agentes satánicos revisten las falsas teorías de un vestido atractivo, así como en el huerto de Edén Satanás ocultó su identidad a nuestros primeros padres, hablándoles por intermedio de la serpiente. Esos agentes hacen penetrar en la mente humana lo que en realidad es un error mortal. La influencia hipnótica de Satanás se ejercerá sobre quienes se aparten de la Palabra de Dios para aceptar fábulas agradables.

A aquellos que han tenido más luz es a quienes Satanás trata con mayor empeño de seducir. Sabe que si puede engañarlos, ellos, bajo su dirección, habrán de revestir al pecado de ropas de justicia, y así extraviarán a muchos.

A todos digo: Estad apercibidos porque, semejante a un ángel de luz, Satanás entra en cada

reunión de obreros cristianos y en cada iglesia, para tratar de atraer los miembros a su lado. Se me ha ordenado que transmita al pueblo de Dios la amonestación: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado”. Gálatas 6:7.

Satanás planea hacer de la naturaleza un Dios

Al espaciarse en las leyes de la materia y de la naturaleza, mu chos pierden de vista la intervención continua y directa de Dios, si es que no la niegan. Expresan la idea de que la naturaleza actúa independientemente de Dios, teniendo en sí y de por sí sus propios límites y sus propios poderes con que obrar. Hay en su mente una marcada distinción entre lo natural y lo sobrenatural. Atribuyen lo natural a causas comunes, desconectadas del poder de Dios. Se atribuye poder vital a la materia, y se hace de la naturaleza una divinidad. Se supone que la materia está colocada en ciertas relaciones, y que se la deja obrar de acuerdo a leyes fijas, en las cuales Dios mismo no puede intervenir; que la naturaleza está dotada de ciertas propiedades y sujeta a ciertas leyes, y luego

abandonada a sí misma para que obedezca a estas leyes y cumpla la obra originalmente ordenada.

Esta es una ciencia falsa, en la Palabra de Dios no hay nada que pueda sostenerla. Dios no anula sus leyes, sino que obra continua- mente por su intermedio y las usa como sus instrumentos. Ellas no obran de por sí. Dios está obrando perpetuamente en la naturaleza. Ella es su sierva, y él la dirige como a él le place. En su obra, la naturaleza atestigua la presencia inteligente y la intervención activa de un Ser que actúa en todas sus obras de acuerdo con su voluntad. No es por un poder original inherente a la naturaleza como año tras año la tierra produce sus dones y continúa su marcha en derredor del sol. La mano del poder infinito obra de continuo para guiar este planeta. Lo que le conserva su posición en su rotación es el poder de Dios ejercitado constantemente.

El mecanismo del cuerpo humano no puede comprenderse plenamente; sus misterios actuales dejan perplejo al más inteligente. Si el pulso late y una respiración sigue a la otra, no es como

resultado de un mecanismo que una vez puesto en movimiento, sigue funcionando. En Dios vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. Cada respiración, cada palpitación del corazón constituyen una evidencia continua del poder de un Dios siempre presente.

Los mayores intelectos humanos no pueden comprender los misterios de Jehová que se revelan en la naturaleza. La inspiración divina hace muchas preguntas que no puede contestar el erudito más profundo. Estas preguntas no fueron hechas para que las pudiésemos contestar, sino para llamar nuestra atención a los profundos misterios de Dios, y enseñarnos que nuestra sabiduría es limitada, que en lo que rodea nuestra vida diaria hay muchas cosas que superan la comprensión de las mentes finitas y que el juicio y el propósito de Dios son inescrutables. Su sabiduría es también insondable.

La educación iniciada aquí no se completará en esta vida; seguirá a través de toda la eternidad y progresará siempre, sin completarse jamás. Día tras día, las maravillosas obras de Dios, las evidencias

que dio de su poder milagroso al crear y sostener el universo, se manifestarán al intelecto con nueva belleza. Bajo la luz que brilla del trono desaparecerán los misterios, y el alma se llenará de asombro por la sencillez de las cosas que nunca antes fueron comprendidas.

Amonestaciones contra una religión de sensaciones

En este tiempo necesitamos en la causa de Dios hombres espirituales, hombres firmes en los buenos principios, que tengan una clara comprensión de la verdad.

Se me ha indicado que lo que la gente necesita no son teorías nuevas y fantásticas ni suposiciones humanas. Necesita el testimonio de hombres que conocen y practican la verdad, de hombres que comprendan la misión confiada a Timoteo en estas palabras: “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina,

sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio". 2 Timoteo 4:2-5.

Andad con firmeza y decisión, calzados los pies con el apresto del Evangelio de paz. Podéis estar seguros de que la religión pura y sin mácula no es una religión de sensaciones. A nadie ha confiado Dios la tarea de hacer nacer el apetito por las doctrinas especulativas. Hermanos míos, apartad esas cosas de vuestras enseñanzas; no permitáis que se introduzcan en vuestra vida religiosa; no dejéis que malogren la obra de vuestra vida.

La necesidad de un reavivamiento de la vida espiritual

He recibido la orden de decir a nuestros hermanos y hermanas: Sigamos a Cristo; no olvidemos que él es nuestro modelo en todas las

cosas. Podemos apartar con seguridad todas las ideas que no están en su enseñanza. Ruego a nuestros predicadores que procuren estar seguros de que sus pies descansan sobre la plataforma de la verdad eterna. Sed cuidadosos en cuanto a seguir vuestros impulsos, atribuyéndolos al Espíritu Santo. Algunos están en peligro en este sentido; quiero exhortarlos a sanear su fe y a ser capaces de dar, a cuantos se las pidan, las razones de su esperanza.

El enemigo está buscando apartar la mente de nuestros hermanos y hermanas de la obra que consiste en preparar un pueblo capaz de subsistir en el día postrero. Sus sofismas están calculados para desviar la atención de los peligros y deberes de la hora presente. Inducen a despreciar la luz que Cristo vino a comunicar a Juan para su pueblo. Enseñan que los acontecimientos que están por sobrecorgernos no son bastante importantes para prestarles atención especial. Anulan la verdad de origen celestial, y despojan al pueblo de Dios de su experiencia pasada para substituirla por una falsa ciencia.

“Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él”. Jeremías 6:16.

El Señor quiere que se repita la proclamación del testimonio directo dado en los años pasados. Desea una renovación espiritual. Las energías espirituales de su pueblo han permanecido adormecidas por mucho tiempo; pero deben resucitar de esa muerte aparente.

Por la oración y la confesión de nuestros pecados, debemos preparar el camino del Rey. Mientras lo hagamos, vendrá a nosotros el poder del Espíritu. Necesitamos la energía de Pentecostés, y ella vendrá porque el Señor prometió enviar su Espíritu.

Nos esperan tiempos peligrosos. Todo aquel que tiene conocimiento de la verdad deberá despertarse y entregarse en cuerpo, alma y mente, bajo la disciplina de Dios. El enemigo nos persigue; debemos estar bien despiertos y

prevenidos contra él: debemos revestir la armadura completa de Dios; debemos seguir las direcciones que nos han sido dadas por el espíritu de profecía. Debemos amar la verdad presente y obedecerla. Esto nos preservará de aceptar graves errores. Dios nos ha hablado por su Palabra, por los testimonios enviados a la iglesia y por los libros que han contribuido a explicar nuestro deber presente y la posición que debiéramos ocupar actualmente. Debemos prestar atención a las advertencias que nos han sido dadas línea tras línea, precepto tras precepto; si las descuidamos, ¿de qué excusa nos valdremos?

Suplico a los que trabajan por Dios que no acepten lo falso por lo auténtico. No pongáis la razón humana donde debiera estar la verdad divina y santificadora. Cristo espera la ocasión de encender la fe y el amor en el corazón de sus hijos. Ninguna doctrina errónea reciba apoyo de parte del pueblo que debiera estar afirmado sobre el pedestal de la verdad eterna. Dios nos invita a que nos aferremos a los principios fundamentales que están basados sobre una autoridad indiscutible.

Nuestra seguridad está en amar y conocer su palabra

Ha entrado en el corazón de no pocas personas que por mucho tiempo han estado en la verdad un espíritu de crítica inexorable. Son mordaces y buscan faltas en todo. Subieron al sitial de la justicia y condenan a los que no se amoldan a sus ideas. Dios pide que se humillen y se le acerquen por medio del arrepentimiento y de la confesión de sus pecados. Les dice: “Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de donde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”. Apocalipsis 2:4, 5. Procuran obtener el primer lugar y causan daño a muchos corazones por sus palabras y sus hechos.

Cristo invita a su pueblo a creer en su Palabra y a ponerla en práctica. Los que reciban su Palabra y se la asimilen, haciéndola participar en cada una de sus acciones y en cada rasgo de carácter, se harán

fuertes en la fortaleza de Dios. Será visible que su fe es de origen divino. No irán errantes por caminos extraños. Su mente no se dirigirá a una religión de sentimiento y emoción. Delante de los ángeles y de los hombres, se presentarán con caracteres cristianos, fuertes y consecuentes.

En el incensario de oro de la verdad tal cual es presentada en las enseñanzas de Cristo, tenemos lo necesario para convencer y convertir las almas. Presentad, en la sencillez de Cristo, las verdades que él vino a proclamar a este mundo; y se hará sentir el poder de nuestro mensaje. Nunca presentéis teorías que Cristo no mencionó y que no tienen ningún fundamento en la Biblia. Tenemos que presentar verdades grandes y solemnes. “Escrito está”, tal es la prueba que debemos hacer admitir por todas las almas.

Para ser guiados, vayamos a la Palabra de Dios. Busquemos un “así dice Jehová”. Nos hemos hartado de métodos humanos. Una mente formada solamente por la ciencia del mundo es incapaz de comprender las cosas de Dios. Mas la misma

mente, convertida y santificada, verá la potencia de Dios en su Palabra. Solamente el corazón y la mente purificados por la santificación que da el Espíritu pueden discernir las cosas celestiales.

La necesidad de una entrega completa

Hermanos míos, en el nombre del Señor, os ruego que os despertéis y comprendáis vuestro deber. Someted vuestros corazones al poder del Espíritu Santo y serán hechos susceptibles de recibir la enseñanza de la Palabra. Entonces podréis comprender las cosas profundas de Dios.

El testimonio de Cristo que reviste el carácter más solemne, debe ser dado al mundo. En todo el libro de Apocalipsis se encuentran promesas preciosas y alentadoras, así como advertencias del significado más solemne. ¿No querrán leer el testimonio dado por Cristo a su discípulo Juan los que pretenden poseer un conocimiento de la verdad? En él, no hay suposiciones ni engaños científicos. Contiene verdades que atañen a nuestro bienestar presente y futuro. ¿Por qué mezclar la

paja con el grano?

El Señor viene pronto. Los centinelas que están sobre los muros de Sión reciben la orden de despertar para asumir las responsabilidades que Dios les ha impuesto. Dios llama a centinelas que, en el poder del Espíritu, darán al mundo el último mensaje de advertencia y le dirán qué hora es de la noche. Quiere a centinelas que despierten a los hombres y mujeres de su letargo, no sea que se duerman en el sueño de la muerte.

Capítulo 60

Los milagros mentirosos de Satanás

Se me indicó que el pasaje de (Colosenses 2:8) de aplicaba especialmente al espiritismo moderno: “Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo”. Me fue mostrado que miles de personas, afectadas por la filosofía de la frenología y el magnetismo animal, han sido impulsadas a la incredulidad. Si la mente se encamina en esa dirección, es casi seguro que perderá su equilibrio y quedará dominada por un demonio. “Huecas sutilezas” llenan la mente de los pobres mortales. Se creen poseedores de un poder capaz de realizar grandes obras, y no sienten la necesidad de un poder superior. Sus principios y su fe son “conforme a los rudimentos del mundo y no según Cristo”. Jesús no les ha enseñado esta filosofía. Nada de esta índole puede hallarse en sus

enseñanzas. El no dirigió la mente de los pobres mortales a sí mismos, como si poseyesen algún poder. Siempre la dirigía hacia Dios, el Creador del universo, como fuente de su fortaleza y sabiduría. En el versículo 18 se da una amonestación especial: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal”.

Los que enseñan el espiritismo se presentan en forma agradable y seductora para engañarnos, y si escucháis sus fábulas quedaréis entrampados por el enemigo de la justicia, y perderéis ciertamente vuestra recompensa. Una vez que os haya vencido la influencia fascinadora del gran engañador, estaréis envenenados y su influencia mortífera adulterará y destruirá vuestra fe en que Cristo es el Hijo de Dios, y dejaréis de fiar en los méritos de su sangre. Los que son seducidos por esta filosofía se ven privados de su recompensa por los engaños de Satanás. Fían en sus propios méritos, ejercen una humildad voluntaria, y aún están dispuestos a hacer sacrificios y degradarse, entregando su intelecto a

una creencia sumamente insensata, y aceptando las ideas más absurdas por intermedio de seres que para ellos son sus amigos difuntos. Satanás ha enceguecido de tal manera sus ojos y pervertido su juicio, que no perciben el mal y siguen las instrucciones de los supuestos amigos difuntos, que aseveran ser ahora ángeles de una esfera superior.

Se me mostró que tenemos que estar en guardia por todos lados y resistir con perseverancia las insinuaciones y los trucos de Satanás. Este se ha transformado en ángel de luz y está engañando a muchos y llevándolos cautivos. El provecho que saca de la ciencia de la mente humana es tremendo. Algunas ciencias, como la frenología, la psicología y el mesmerismo son canales por los cuales se acerca más directamente a esta generación, y obra con ese poder que caracterizará sus esfuerzos hacia el fin del tiempo de prueba.

Sometiendo una mente al control de otra

No debería permitírsele a nadie que controle la mente de otra persona, con la idea de que eso le

proporcionará un gran beneficio. La cura mental es uno de los más grandes engaños que pueden practicarse con alguien. Se puede sentir un alivio temporal, pero la mente de la persona dominada nunca más será tan fuerte ni tan digna de confianza. Podemos ser tan débiles como la mujer que tocó el borde del manto de Jesús; pero si aprovechamos la oportunidad que Dios nos ha dado de acudir a él con fe, responderá tan rápidamente como lo hizo cuando se produjo ese toque de fe.

No es la voluntad de Dios que un ser humano someta su mente a la de otro. Cristo resucitado, que está sentado ahora en el trono a la diestra del Padre, es el poderoso sanador. Miren a él para recibir poder curativo. Sólo por medio de él pueden los pecadores acudir a Dios así como están. Jamás podrán lograrlo por medio de la mente de otro hombre. El ser humano jamás debe interponerse entre los agentes celestiales y los que sufren.

Cada uno debería estar en una posición de cooperar con Dios al dirigir las mentes de otros hacia él. Contadles de la gracia y el poder de aquel

que es el mayor Médico que el mundo ha conocido jamás.

No nos pongamos nunca bajo el control de la mente de nadie. La cura mental es la ciencia más horrible que jamás se haya presentado. Todo malvado puede usarla para llevar a cabo por medio de ella sus malignos designios. No tenemos nada que hacer con semejante ciencia. Deberíamos tenerle miedo. Nunca deberían entrar en nuestras instituciones ni siquiera sus principios más elementales.

El descuido en la oración hace que los hombres confíen en sus propias fuerzas y abre las puertas a la tentación. En muchos casos la imaginación es cautivada por la investigación científica, y los hombres son halagados por el conocimiento de sus propios poderes. Se exalta mucho las ciencias que tratan de la mente humana. Estas son buenas en su lugar; pero Satanás se apodera de ellas para utilizarlas como instrumentos para engañar y destruir a las almas. Sus artes se aceptan como si procedieran del cielo, y en esa forma recibe la

adoración que tanto le agrada. Mediante esas ciencias se destruye la virtud y se colocan los fundamentos del espiritismo.

Magia y superstición

Al quemar sus libros de magia, los conversos de Efeso demostraron que aborrecían ahora lo que antes los deleitaba. Por medio de la magia habían ofendido especialmente a Dios y habían puesto en peligro sus almas; y ahora manifestaban contra ella su indignación. Así dieron evidencia de que estaban verdaderamente convertidos.

Hay quienes suponen que las supersticiones paganas han desaparecido ante la civilización del siglo veinte. Pero la Palabra de Dios y el duro testimonio de los hechos declaran que en nuestro tiempo se práctica la hechicería tan ciertamente como en los días de los magos de aquella época. La antigua magia es en realidad lo que ahora se conoce como espiritismo moderno. Satanás llega a miles de mentes bajo el disfraz de amigos desaparecidos. Las Sagradas Escrituras declaran

que “los muertos nada saben”. Eclesiastés 9:5. Sus pensamientos, su amor, su odio, han perecido. Los muertos no se comunican con los vivos. Pero fiel a su antigua astucia, Satanás emplea este recurso a fin de apoderarse del dominio de la mente.

Por medio del espiritismo, muchos enfermos, enlutados y curiosos se están comunicando con los malos espíritus. Todos los que se atreven a hacerlo están en terreno peligroso. La Palabra de verdad declara cómo los considera Dios. En la antigüedad pronunció grave sentencia contra un rey que fue a pedir consejo a un oráculo pagano: “¿No hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Por tanto, así ha dicho Jehová: Del lecho en que estás no te levantarás, sino que ciertamente morirás”. 2 Reyes 1:3, 4.

Los magos de los tiempos paganos equivalen a los medium espiritistas, clarividentes y adivinos de hoy. Las místicas voces que hablan en Endor y en Efeso están extraviando todavía a los hijos de los hombres con palabras mentirosas. Si se descorriera el velo ante nuestros ojos, podríamos ver a los

ángeles malignos empleando todas sus artes para engañar y destruir. Donde se ejerza influencia para inducir a los hombres a olvidar a Dios, allí está Satanás ejerciendo su poder hechicero. Cuando los hombres se entregan a su influencia, antes que se den cuenta la mente se confunde y el alma se contamina. El pueblo de Dios de la actualidad debería prestar atención a la amonestación del apóstol a la iglesia de Efeso: “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas”. Efesios 5:11.

La oración de fe

Si nuestros ojos fueran abiertos y pudiéramos discernir la obra que efectúan los ángeles caídos con aquellos que se sienten tranquilos y seguros, no nos sentiríamos tan seguros. Los malos ángeles nos siguen en todo momento. Es lógico que los hombres malos estén dispuestos a obrar como les sugiere Satanás; pero mientras que nuestra mente no está en guardia contra sus agentes invisibles, ellos asumen nuevas posiciones y obran maravillas y milagros ante nuestros ojos. ¿Estamos preparados

para resistirles por la Palabra de Dios, la única arma que podemos usar con éxito?

Algunos estarán tentados a recibir esos prodigios como provenientes de Dios. Habrá enfermos que sanarán delante de nosotros. Se realizarán milagros ante nuestra vista. ¿Estamos preparados para la prueba que nos aguarda cuando se manifiesten más plenamente los milagros mentirosos de Satanás? ¿No serán entrampadas y apresadas muchas almas? Al apartarse de los claros preceptos y mandamientos de Dios, y al prestar oído a las fábulas, la mente de muchos se está preparando para aceptar estos prodigios mentirosos. Todos debemos procurar armarnos ahora para la contienda en la cual pronto deberemos empeñarnos. La fe en la Palabra de Dios, estudiada con oración y puesta en práctica, será nuestro escudo contra el poder de Satanás y nos hará vencedores por la sangre de Cristo.

Capítulo 61

La crisis venidera

A medida que la falta de respeto por la ley de Dios se vuelve más manifiesta, se hace más distinta la raya de demarcación entre sus observadores y el mundo. El amor hacia los preceptos divinos aumenta en una clase de personas en la medida en que en otra clase aumenta el desprecio hacia ellos.

La crisis se está acercando rápidamente. Las cifras que suben velozmente demuestran que está por llegar el tiempo de la visitación de Dios. Aunque le repugna castigar, castigará sin embargo, y lo hará prestamente.

El día de la venganza de Dios está por sobrecogernos. El sello de Dios será puesto únicamente sobre las frentes de aquellos que suspiran y lloran por las abominaciones que son cometidas en la tierra. Los que simpatizan con el mundo, comen y beben con los borrachos, serán destruidos con los que hacen iniquidad. “Porque

los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal". 1 Pedro 3:12.

Nuestra propia conducta determina si recibiremos el sello del Dios viviente, o si seremos abatidos por las armas destructoras. Ya han caído sobre la tierra algunas gotas de la ira divina; pero cuando se derramen las siete últimas plagas sin mixtura en la copa de su indignación entonces será para siempre demasiado tarde para arrepentirse y hallar refugio. No habrá entonces sangre expiatoria que lave las manchas del pecado.

No todos los que profesan observar el sábado serán sellados. Aun entre los que enseñan la verdad a otros hay muchos que no recibirán el sello de Dios en sus frentes. Tuvieron la luz de la verdad, conocieron la voluntad de su Maestro, comprendieron todo punto de nuestra fe, pero no hicieron las obras correspondientes. Los que conocieron tan bien la profecía y los tesoros de la sabiduría divina, debieran haber actuado de

acuerdo con su fe. Debieran haber mandado a sus familias tras sí, para que por medio de un hogar bien ordenado, pudiesen presentar al mundo la influencia de la verdad sobre el corazón humano.

Por su falta de devoción y piedad, por no haber alcanzado una alta norma religiosa, contribuyen a que otras almas se conformen con su situación. Los hombres de juicio finito no pueden ver que al seguir el modelo de estos hombres, que tan a menudo les comunicaron los tesoros de la Palabra de Dios, pondrán ciertamente en peligro sus almas. Jesús es el único modelo. Cada uno debe escudriñar la Biblia por su cuenta, de rodillas delante de Dios, con el corazón humilde y susceptible de ser enseñado como el de un niño si quiere conocer lo que el Señor requiere de él. Por muy grande que sea la altura en que haya estado cualquier ministro en el favor de Dios, si deja de seguir la luz que Dios le dio, si se niega a ser enseñado como un niñito, caerá en las tinieblas y los engaños satánicos, y conducirá a otros por la misma senda.

Ninguno de nosotros recibirá jamás el sello de Dios mientras nuestros caracteres tengan una mancha. Nos toca a nosotros remediar los defectos de nuestro carácter, limpiar el templo del alma de toda contaminación. Entonces la lluvia tardía caerá sobre nosotros como cayó la lluvia temprana sobre los discípulos en el día de Pentecostés.

Nadie necesita decir que su caso es desesperado, que no puede vivir como cristiano. Con la muerte de Cristo ha sido hecha amplia provisión para toda alma. Jesús es nuestro auxilio constante en tiempo de necesidad. Invoquémosle con fe, que él prometió oír y contestar nuestras peticiones.

¡Ojalá que tengamos fe viva y activa! La necesitamos; debemos tenerla, o desmayaremos y caeremos en el día de la prueba. Las tinieblas que descansarán entonces sobre nuestra senda, no deben desalentarnos ni desesperarnos. Son el velo con que Dios cubre su gloria cuando viene a impartir ricas bendiciones. Por nuestra experiencia pasada, debemos saber esto. En aquel día en que

Dios tenga controversia con su pueblo, esta experiencia será una fuente de consuelo y esperanza.

Ahora es cuando debemos guardarnos a nosotros y a nuestros hijos sin contaminación del mundo. Ahora es cuando debemos lavar el manto de nuestro carácter y emblanquecerlo en la sangre del Cordero. Ahora es cuando debemos vencer el orgullo, la pasión y la pereza espiritual. Ahora es cuando debemos despertarnos y hacer un esfuerzo resuelto para lograr simetría de carácter. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Hebreos 3:7, 8, 15.

Ahora es el momento de prepararse. El sello de Dios no será nunca puesto en la frente de un hombre o una mujer que sean impuros. Nunca será puesto sobre la frente de seres humanos ambiciosos y amadores del mundo. Nunca será puesto sobre la frente de hombres y mujeres de corazón falso o engañoso. Todos los que reciban el sello deberán estar sin mancha delante de Dios y ser candidatos para el cielo. Avanzad, mis hermanos y hermanas.

Puedo escribir sólo brevemente acerca de estos puntos en este momento y llamar simplemente vuestra atención a la necesidad de preparación. Escudriñad las Escrituras por vosotros mismos a fin de comprender la terrible solemnidad de la hora actual.

El sábado será el punto culminante

La cuestión del sábado será el punto culminante del gran conflicto final en el cual todo el mundo tomará parte. Los hombres han honrado los principios de Satanás por encima de los principios que rigen los cielos. Han aceptado el falso día de descanso que Satanás ha exaltado como señal de su autoridad. Pero Dios ha puesto su sello sobre su requerimiento real. Ambos días de reposo llevan el nombre de su autor, una marca imborrable que demuestra la autoridad de cada uno. Es nuestra obra inducir a la gente a comprender esto. Debemos mostrarle que es de consecuencia vital llevar la marca del reino de Dios o la marca de la rebelión, porque se reconocen súbditos del reino cuya marca llevan. Dios nos ha llamado a enarbolar

el estandarte de su sábado pisoteado. ¡Cuán importante es, pues, que nuestro ejemplo sea correcto en la observancia del sábado.

La misma mente magistral que maquinó contra los fieles en siglos pasados sigue procurando librar la tierra de aquellos que temen a Dios y obedecen su ley. Satanás excitará indignación contra la humilde minoría que concienzudamente se niega a aceptar las costumbres y tradiciones populares. Hombres de posición y reputación se unirán con los inicuos y los viles para maquinar contra el pueblo de Dios. La riqueza, el genio y la educación se combinarán para cubrirlos de escarnio. Los perseguidores gobernantes, ministros de la religión y miembros de las iglesias conspirarán contra ellos. De viva voz y por la pluma, con jactanciosas amenazas y ridículo, procurarán destruir su fe. Por calumnias y airados llamamientos, despertarán las pasiones del pueblo. No teniendo un “así dicen las Escrituras” para presentarlo contra los defensores del sábado bíblico, recurrirán a promulgaciones opresivas para suplir la falta. Para obtener popularidad y apoyo, los legisladores cederán a la

demanda de una ley dominical. Los que temen a Dios no pueden aceptar una institución que viola los preceptos del Decálogo. Sobre este campo de batalla se produce el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error. Y no se nos deja en duda en cuanto al resultado. Ahora, como en los días de Mardoqueo, el Señor vindicará su verdad y su pueblo.

Preparación para la tempestad

Dios ha revelado lo que ha de acontecer en los postreros días, a fin de que su pueblo esté preparado para resistir la tempestad de oposición e ira. Aquellos a quienes se les ha anunciado los sucesos que les esperan, no han de permanecer sentados en tranquila expectación de la venidera tormenta, consolándose con el pensamiento de que el Señor protegerá a sus fieles en el día de la tribulación. Hemos de ser como hombres que aguardan a su Señor, no en ociosa expectativa, sino trabajando fervientemente, con fe inquebrantable. No es ahora el momento de permitir que nuestras mentes se enfrasquen en cosas de menor

importancia. Mientras los hombres están durmiendo, Satanás arregla activamente los asuntos de tal manera que el pueblo de Dios no obtenga ni misericordia ni justicia. El movimiento dominical se está abriendo paso en las tinieblas. Los dirigentes están ocultando el fin verdadero, y muchos de los que se unen al movimiento no ven hacia dónde tiende la corriente que se hace sentir por debajo. Los fines que profesan son benignos y aparentemente cristianos; pero cuando hablen, se revelará el espíritu del dragón.

"Ciertamente la ira del hombre te alabará—dice el salmista—: Tú reprimirás el resto de las iras". Salmos 76:10. Dios quiere que la verdad probadora se destaque al frente y llegue a ser tema de examen y de discusión, aunque sea por el desprecio que se le imponga. Deben agitarse los espíritus. Toda controversia, todo oprobio y toda calumnia serán para Dios el medio de provocar investigación y despertar las mentes que de otra manera dormitarían.

Como pueblo no hemos hecho la obra que Dios

nos ha confiado. No estamos listos para la crisis que nos impondrá la promulgación de la ley dominical. Es deber nuestro, mientras vemos las señales de que se acerca el peligro, levantarnos y obrar. Nadie se quede sentado en serena expectación del mal, consolándose con la creencia de que esta obra debe ir adelante porque la profecía lo ha predicho, y que el Señor protegerá a su pueblo. No estamos haciendo la voluntad de Dios si permanecemos quietos sin hacer nada para preservar la libertad de conciencia. Deben ascender a Dios oraciones fervientes y eficaces para que esta calamidad sea diferida hasta que podamos realizar la obra que durante tanto tiempo ha sido descuidada. Elévense oraciones muy fervientes; y luego trabajemos en armonía con nuestras oraciones. Puede parecer que Satanás triunfa y que la verdad está abrumada por la mentira y el error. Pero Dios quiere que recordemos cómo en lo pasado él salvó a su pueblo de sus enemigos. Siempre eligió para manifestar su poder los momentos de extrema necesidad, cuando no parecían tener posibilidad de verse librados de la acción de Satanás. La necesidad del hombre es la

oportunidad de Dios.

Hermanos míos, ¿comprendéis que vuestra propia salvación, como también el destino de otras almas, depende de los preparativos que hagáis para la prueba que nos espera? ¿Tenéis el celo intenso, la piedad y la devoción que os capacitarán para subsistir cuando hayáis de hacer frente a la oposición? Si alguna vez Dios habló por mí, llegará el momento cuando seréis llevados ante concilios, y se criticará severamente todo punto de la verdad que sostenéis. El tiempo que tan pródigamente se desperdicia ahora, debiera dedicarse al encargo que Dios nos ha hecho de prepararnos para la crisis inminente.

Los juicios de Dios

Nos estamos acercando al fin del tiempo. Me ha sido mostrado que los juicios retributivos de Dios ya están sobre la tierra. El Señor nos ha advertido de los acontecimientos que están por suceder. Resplandece la luz de su Palabra, y sin embargo, las tinieblas cubren la tierra y densa

obscuridad los pueblos: “Qué cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán”. 1 Tesalonicenses 5:3.

El Señor está eliminando sus restricciones de la tierra, y pronto habrá muerte y destrucción, aumento de la delincuencia, y crueles y malas acciones contra los ricos que se han ensalzado contra los pobres. Los que no tengan la protección de Dios no hallarán seguridad en ningún lugar o posición. Los agentes humanos se adiestran y usan su poder inventivo para poner en funcionamiento la maquinaria más poderosa para herir y matar.

Los juicios de Dios están en la tierra. Las guerras y los rumores de guerras, la destrucción por fuego e inundación, dicen claramente que el tiempo de angustia, el cual irá en aumento hasta el fin, está cerca, a las puertas.

Pronto se producirán entre las naciones graves dificultades, que no cesarán hasta que venga Cristo. Como nunca antes necesitamos unirnos para servir a Aquel que ha preparado su trono en los cielos, y

cuyo reino rige sobre todos. Dios no ha abandonado a su pueblo, y nuestra fuerza estriba en no abandonarle a él.

Capítulo 62

El tiempo del zarandeo

El apóstol exhorta a los hermanos con estas palabras: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes... en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”. ¡Oh, que día está delante de nosotros! ¡Qué zarandeo habrá entre aquellos que pretenden ser hijos de Dios! Los injustos serán encontrados entre los justos. Los que tienen gran luz y no han andado en ella, tendrán tinieblas correspondientes a la luz que han despreciado. Necesitamos prestar atención a la lección contenida en las palabras de Pablo: “Sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”. El enemigo está trabajando diligentemente para ver a quién puede añadir a las filas de la apostasía; pero el Señor viene pronto y antes de mucho todo caso será decidido para la eternidad. Aquellos cuyas obras

corresponden con la luz que les fue misericordiosamente dada, se encontrarán del lado del Señor.

Pero los días de la purificación de la iglesia se están apresurando rápidamente. Dios tendrá un pueblo puro y verdadero. En el poderoso zarandeo que pronto ocurrirá, estaremos mejor capacitados para medir la fortaleza de Israel. Las señales revelan que está cercano el tiempo cuando el Señor manifestará que su aventador está en su mano, y purificará completamente a su pueblo.

Victoria para los que buscan la liberación

Me fue mostrado el pueblo de Dios y lo vi poderosamente sacudido. Algunos, con robusta fe y clamores de agonía, intercedían ante Dios.

Vi que algunos no participaban en esta lucha e intercesión. Parecían indiferentes y negligentes. No resistían a las tinieblas que los envolvían, y éstas los encerraban como una espesa nube. Vi que los ángeles de Dios se apartaban de ellos y acudían en

auxilio de los que se empeñaban en resistir con todas sus fuerzas a los ángeles malos y procuraban ayudarse, clamando perseverantemente a Dios. Pero los ángeles nada hacían por quienes no procuraban ayudarse a sí mismos; y los perdí de vista. Mientras los que oraban continuaban clamando con fervor, recibían a veces un rayo de luz que emanaba de Cristo para alentar su corazón e iluminar su rostro.

Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el directo testimonio que exige el consejo del Testigo fiel a la iglesia de Laodicea. Tendrá este consejo efecto en el corazón de quien lo reciba y le inducirá a ensalzar la norma y expresar claramente la verdad. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él. Esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios.

El testimonio del Testigo fiel no ha sido escuchado sino a medias. El solemne testimonio, del cual depende el destino de la iglesia, se tiene en poca estima, cuando no se lo descarta por

completo. Este testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento, y todos los que lo reciban sinceramente, le obedecerán y quedarán purificados.

Dijo el ángel: “Escuchad”. Pronto oí una voz que resonaba como si fueran muchos instrumentos musicales de acordes perfectos y armoniosos. Era incomparablemente más melodiosa que cuantas músicas hubiera oído hasta entonces y parecía henchida de misericordia, compasión y gozo santo y enaltecedor. Conmovió todo mi ser. El ángel dijo: “Mirad”. Fijé la atención entonces en la hueste que antes había visto tan violentamente sacudida. Vi a los que antes gemían y oraban con aflicción de espíritu. Los rodeaba doble número de ángeles custodios, y una armadura los cubría de pies a cabeza. Marchaban en perfecto orden, firmemente, como una compañía de soldados. Sus semblantes delataban el severo conflicto que habían sobrellevado y la desesperada batalla que acababan de reñir. Sin embargo, sus rostros que llevaban la impresión grabada por la angustia, resplandecían ahora, iluminados por la gloriosa luz

del cielo. Habían logrado la victoria, y esto despertaba en ellos la más profunda gratitud y un gozo santo y sagrado.

El número de esta hueste había disminuido. Con el zarandeo, algunos fueron dejados a la vera del camino. Véase Apocalipsis 3:15-17. Los descuidados e indiferentes que no se unieron con quienes apreciaban la victoria y la salvación lo bastante para perseverar en anhelarlas clamando angustiosamente por ellas, no las obtuvieron y quedaron rezagados en tinieblas; pero sus lugares fueron ocupados en seguida por otros, que se afiliaron a la hueste que había aceptado la verdad. Los ángeles malignos seguían agrupándose en su derredor, pero ningún poder tenían sobre ellos. Véase Efesios 6:12-18.

Oí que los revestidos de la armadura proclamaban la verdad con gran poder, y ella producía su efecto. Vi a las personas que habían estado atadas: algunas esposas por sus consortes, y algunos hijos por sus padres. Los sinceros, a quienes hasta entonces se les había impedido oír la

verdad, se adhirieron ardientemente a ella. Desvanecióse todo temor a los parientes. Tan sólo la verdad les parecía sublime, y la valoraban más que la misma vida. Habían tenido hambre y sed de verdad. Pregunté por la causa de tan profunda mudanza y un ángel me respondió: “Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia de Dios; el potente pregón del tercer ángel”.

Formidable poder tenían aquellos escogidos. Dijo el ángel: “Mi- rad”. Vi a los impíos malvados e incrédulos. Estaban todos muy excitados. El celo y poder del pueblo de Dios los había enfurecido. Cundía entre ellos la confusión. Vi que tomaban medidas contra la hueste que tenía la luz y el poder de Dios. Pero esta hueste, aunque rodeada por densas tinieblas, se mantenía firme, aprobada por Dios y confiada en él. Los vi perplejos; luego los oí clamar a Dios ardientemente, sin cesar día y noche. Ver Lucas 18:7, 8; Apocalipsis 14:14, 15. Oí estas palabras: “¡Hágase, Señor, tu voluntad! Si ha de servir para gloria de tu nombre, dale a tu pueblo el medio de escapar. Líbranos de los paganos que nos rodean. Nos han sentenciado a muerte; pero tu

brazo puede salvarnos". Estas son todas las palabras que puedo recordar. Todos mostraban honda convicción de su insuficiencia y manifestaban completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, todos sin excepción, como Jacob, oraban y luchaban fervorosamente por su liberación.

Poco después que estos seres humanos iniciaron su anhelante clamor, los ángeles, movidos a compasión quisieron ir a librarlos; pero un ángel alto y de aspecto imponente no lo consintió y dijo: "Todavía no está cumplida la voluntad de Dios. Han de beber del cáliz. Han de ser bautizados con el bautismo".

Pronto oí la voz de Dios que estremecía cielos y tierra. Ver Joel 3:16; Hebreos 12:26; Apocalipsis 16:17. Hubo un gran terremoto. Por doquiera se derrumbaban los edificios. Oí entonces un triunfante cántico de victoria, un cántico potente, armonioso y claro. Miré a la hueste que poco antes estaba en tan angustiosa esclavitud y vi que su cautividad había cesado. La iluminaba una

refulgente luz. ¡Cuán hermosos parecían entonces! Se había desvanecido todo rastro de inquietud y fatiga, y cada rostro rebosaba salud y belleza. Sus enemigos, los paganos que los rodeaban, cayeron como muertos, porque no les era posible resistir la luz que iluminaba a los santos libertados. Esta luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta que apareció Jesús en las nubes del cielo, y la fiel y probada hueste fue transformada en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, de gloria en gloria. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los santos, revestidos de inmortalidad, exclamando: "¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro!" Y juntamente con los santos vivos fueron arrebatados al encuentro de su Señor en el aire, mientras que toda lengua inmortal emitía hermosas y armónicas aclamaciones de gloria y victoria.

Los dos ejércitos

Vi en visión dos ejércitos empeñados en terrible conflicto. Una hueste iba guiada por banderas que llevaban la insignia del mundo; la otra, por el estandarte teñido en sangre del Príncipe

Emmanuel. Estandarte tras estandarte quedaba arrastrado en el polvo, mientras que una compañía tras otra del ejército del Señor se unía al enemigo, y tribu tras tribu de las filas del enemigo se unía con el pueblo de Dios observador de los mandamientos. Un ángel que volaba por el medio del cielo puso el estandarte de Emmanuel en muchas manos, mientras que un poderoso general clamaba con voz fuerte: “Acudid a las filas. Ocupen sus posiciones ahora los que son leales a los mandamientos de Dios y al testimonio de Cristo. Salid de entre ellos y separaos, y no toquéis lo inmundo, que yo os recibiré, y os seré por Padre y me seréis por hijos e hijas. Acudan todos los que quieran en auxilio de Jehová, en auxilio de Jehová contra los poderosos”.

La iglesia es ahora militante. Ahora nos vemos frente a un mundo sumido en las tinieblas de medianoche, casi completamente entregado a la idolatría. Pero llega el día en que la batalla habrá sido peleada, la victoria ganada. La voluntad de Dios ha de ser hecha en la tierra, como es hecha en el cielo. Todos formarán una familia feliz y unida,

revestidos de las vestiduras de alabanza y de agradecimiento, el manto de la justicia de Cristo. Toda la naturaleza, con belleza insuperable, ofrecerá a Dios un constante tributo de alabanza y adoración. El mundo quedará inundado por la luz del cielo. Los años transcurrirán en alegría. La luz de la luna será como la del sol, y la del sol será siete veces mayor que ahora. Sobre la escena cantarán juntas las estrellas de la mañana y los hijos de Dios clamarán de gozo, mientras que Dios y Cristo unirán su voz para proclamar: “No habrá más pecado ni habrá más muerte”.

Tal es la escena que me fue presentada. Pero la iglesia debe pelear contra enemigos visibles e invisibles, y peleará. Agentes de Satanás en forma humana están en el terreno. Los hombres se han confederado para oponerse al Señor de los ejércitos. Estas confederaciones continuarán hasta que Cristo deje su lugar de intercesión ante el propiciatorio, y se vista las vestiduras de venganza. Los agentes satánicos están en toda ciudad organizando febrilmente en partidos a los que se oponen a la ley de Dios. Los que profesan ser

santos y los que son francamente incrédulos se deciden por dichos partidos. Para los hijos de Dios, no es el momento de ser débiles. Ni por un instante podemos dejar de estar en guardia.

Capítulo 63

Algunas cosas para recordar

Las instrucciones que dio el Salvador a sus discípulos estaban destinadas a beneficiar a sus seguidores de toda época. Cuando dijo: “Mirad por vosotros” (Lucas 21:34) tenía en vista a los que vivirían cerca del fin del tiempo. A cada uno le toca apreciar por su cuenta en su corazón las gracias preciosas del Espíritu Santo.

La gran crisis está por sobrecogernos. Para hacer frente a sus pruebas y tentaciones, para cumplir sus deberes, se necesitará una fe perseverante. Pero podemos triunfar gloriosamente; nadie que vele, ore y crea será entrampado por el enemigo.

Hermanos, vosotros a quienes han sido reveladas las verdades de la Palabra de Dios, ¿qué papel desempeñaréis en las escenas finales de la historia de este mundo? ¿Comprendéis estas solemnes realidades? ¿Os percatáis de la gran obra

de preparación que se está realizando en el cielo y en la tierra? Presten atención a las cosas que están escritas en las profecías todos los que han recibido la luz y que han tenido la oportunidad de leerlas y oírlas; “porque el tiempo está cerca”. Nadie juegue ahora con el pecado, fuente de toda desgracia en nuestro mundo. Nadie permanezca ya en letargo y en el estupor de la indiferencia y deje que el destino de su alma dependa de una incertidumbre. Aseguraos de que estáis plenamente de parte del Señor. Preguntaos con corazones sinceros y labios temblorosos: “¿Quién podrá subsistir?” En estas últimas preciosas horas del tiempo de gracia, ¿habéis estado colocando el mejor material posible en el edificio de vuestro carácter? ¿Habéis estado purificando vuestras almas de toda mancha? ¿Habéis seguido la luz? ¿Habéis hecho obras correspondientes a vuestra profesión de fe?

Es posible ser un creyente parcial y formalista, y sin embargo ser hallado falto y perder la vida eterna. Es posible practicar algunas de las órdenes bíblicas y ser considerado como cristiano, y sin embargo perecer por carecer de las cualidades

esenciales para el carácter cristiano. Si descuidáis o tratáis con indiferencia las amonestaciones que Dios os ha dado, si albergáis o excusáis el pecado, estáis sellando el destino de vuestra alma. Seréis pesados en la balanza, y hallados faltos. Os serán retirados para siempre la gracia, la paz y el perdón; Jesús habrá pasado para nunca más estar al alcance de vuestras oraciones y súplicas. Mientras dura la misericordia, mientras el Salvador sigue intercediendo, hagamos una obra cabal para la eternidad.

Satanás no duerme, sino que vela para evitar que la segura palabra profética se cumpla. Con su astucia y poder engañador, se esfuerza por contrarrestar la voluntad de Dios revelada expresamente en su Palabra. Durante años, Satanás ha obrado para llegar a dominar las mentes de los hombres por medio de sofismas con los cuales ha querido substituir la verdad. En este tiempo de peligro, los que practican el bien en el temor de Dios glorifican su nombre repitiendo las palabras de David: “Tiempo es de actuar, oh Jehová, porque han invalidado tu ley”. Salmos 119:126.

Nosotros, como pueblo, profesamos tener más luz que cualquier otro pueblo de la tierra. Entonces nuestra vida y nuestro carácter debieran armonizar con una fe tal. Está por sobrecogernos el día en que los justos serán atados como trigo precioso en gavillas para el alfolí celestial, mientras que los perversos serán, como cizaña, recogidos para los fuegos del postrer gran día. Pero, crecen "juntamente lo uno y lo otro hasta la siega". Mateo 13:30.

Al cumplir con los deberes de la vida, los justos se verán hasta el último día en contacto con los impíos. Los hijos de la luz están diseminados entre los hijos de las tinieblas, para que todos puedan ver el contraste. Así han de demostrar los hijos de Dios "las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". 1 Pedro 2:9. El amor divino, al resplandecer en el corazón, y la armonía cristiana manifestada en la vida, serán como una vislumbre del cielo concedida a los hombres del mundo para que vean y aprecien su excelencia.

Nadie puede servir a Dios sin unir contra sí a los malos hombres y los malos ángeles. Los malos espíritus serán enviados a perseguir a toda alma que procure unirse a las filas de Cristo; pues Satanás desea recuperar la presa que le fue arrebatada. Los hombres malos se rendirán ante grandes engaños, creerán en ellos y se perderán. Estos hombres se cubrirán con vestiduras de sinceridad, y engañarán, si fuese posible, a los mismos escogidos.

El fin está cerca

El regreso de Cristo a nuestro mundo no se demorará mucho. Sea ésta la nota tónica de todo mensaje.

El Espíritu refrenador de Dios se está retirando ahora mismo del mundo. Los huracanes, las tormentas, las tempestades, los incendios y las inundaciones, los desastres por tierra y mar, se siguen en rápida sucesión. La ciencia procura explicar todo esto. Menudean en derredor nuestro las señales que nos dicen que se acerca el Hijo de

Dios, pero son atribuidas a cualquier causa menos la verdadera. Los hombres no pueden discernir a los ángeles que como centinelas refrenan los cuatro vientos para que no soplen hasta que estén sellados los siervos de Dios; pero cuando Dios ordene a sus ángeles que suelten los vientos, habrá una escena de contienda que ninguna pluma puede describir.

Si pudiese descorrerse el telón, y pudieseis discernir los propósitos de Dios y los juicios que están por caer sobre un mundo condenado, si pudieseis ver vuestra propia actitud, temeríais y temblaríais por vuestras propias almas y por las almas de vuestros semejantes. Haríais ascender al cielo fervientes oraciones con corazón angustiado. Lloraríais entre el pórtico y el altar, confesando vuestra ceguera espiritual y apostasía.

El peligro de pensar que se demora la venida de Cristo

Aquel siervo malo que dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir” (Mateo 24:48), profesa estar aguardando a Cristo. Es un “siervo” exteriormente

dedicado al servicio de Dios, mientras que en su corazón ha cedido a Satanás. No niega abiertamente la verdad, como el escarnecedor, sino que revela en su vida el sentir de su corazón, a saber, que la venida del Señor se tarda. La presunción lo vuelve negligente respecto de los intereses eternos. Acepta las máximas del mundo y se conforma a sus costumbres y prácticas. En él predominan el egoísmo, el orgullo mundanal y las ambiciones. Temiendo que sus hermanos ocupen un puesto más elevado que él mismo, empieza a hablar despectivamente de sus esfuerzos y a impugnar sus motivos. Así hiere a sus consiervos. A medida que se aparta del pueblo de Dios, se une más y más con los impíos. Se lo encuentra comiendo y bebiendo “con los borrachos” (vers. 49), uniéndose con los mundanos y participando de su espíritu. Así queda adormecido en una seguridad carnal y vencido por la indiferencia y la pereza.

La así llamada nueva luz engañará a muchos

Satanás espera envolver al pueblo remanente de Dios en la ruina general que está por sobrevenir a

la tierra. A medida que la venida de Cristo se acerque, será más resuelto y decidido en sus esfuerzos para vencerlo. Se levantarán hombres y mujeres, profesando tener alguna nueva luz o alguna nueva revelación que tenderá a conmover la fe en los antiguos hitos. Sus doctrinas no soportarán la prueba de la Palabra de Dios, pero habrá almas que serán engañadas. Harán circular falsos informes, y algunos serán prendidos en esta trampa. Creerán estos rumores, y a su vez los repetirán, y así se formará un vínculo que los ligue con el gran engañador. Ese espíritu no se manifestará siempre desafiando abiertamente los mensajes que Dios envía; pero un decidido descreimiento se expresa de muchas maneras. Cada declaración falsa alimenta y fortalece ese descreimiento, y por este medio muchas almas serán inclinadas en la dirección errónea.

No podemos ejercer demasiado cuidado contra toda forma de error, porque Satanás está tratando constantemente de apartar a los hombres de la verdad.

Importancia de la devoción personal

Si la oración secreta y la lectura de las Escrituras se descuidan hoy, se podrán omitir mañana con menos remordimiento de conciencia. Habrá una larga lista de omisiones por un solo grano sembrado en el terreno del corazón. Por otro lado, cada rayo de luz apreciado dará una mies de luz. Las tentaciones resistidas una vez darán poder para resistir más firmemente la segunda vez; y cada nueva victoria obtenida sobre el yo preparará el camino para alcanzar triunfos más elevados y más nobles. Cada victoria es una semilla sembrada para la vida eterna.

Todo santo que se allega a Dios con un corazón fiel y eleva sus sinceras peticiones a él con fe, recibirá contestación a sus oraciones. Vuestra fe no debe desconfiar de las promesas de Dios, porque no veáis o sintáis la inmediata respuesta a vuestras oraciones. No temáis confiar en Dios. Fiad en su segura promesa: “Pedid, y recibiréis”. Juan 16:24.

Dios es demasiado sabio para errar, y

demasiado bueno para privar de cualquier cosa buena a sus santos que andan íntegramente. El hombre está sujeto a errar, y aunque sus peticiones asciendan de un corazón sincero, no siempre pide las cosas que sean buenas para sí mismo, o que hayan de glorificar a Dios. Cuando tal cosa sucede, nuestro sabio y bondadoso Padre oye nuestras oraciones, y nos contesta, a veces inmediatamente; pero nos da las cosas que son mejores para nosotros y para su propia gloria. Si pudiésemos apreciar el plan de Dios cuando nos envía sus bendiciones, veríamos claramente que él sabe lo que es mejor para nosotros, y que nuestras oraciones obtienen respuesta. Nunca nos da algo perjudicial, sino la bendición que necesitamos, en lugar de algo que pedimos y que no sería bueno para nosotros.

Vi que si no advertimos inmediatamente la respuesta a nuestras oraciones, debemos retener firmemente nuestra fe, y no permitir que nos embargue la desconfianza, porque ello nos separaría de Dios. Si nuestra fe vacila, no conseguiremos nada de él. Nuestra confianza en

Dios debe ser firme; y cuando más necesitemos su bendición, ella caerá sobre nosotros como una lluvia.

A los cristianos les gusta pensar y hablar de cosas celestiales

En el cielo, Dios es todo en todos. Allí reina suprema la santidad; allí no hay nada que estropee la perfecta armonía con Dios. Si estamos a la verdad en viaje hacia allá, el espíritu del cielo morará en nuestro corazón aquí. Pero si no hallamos placer ahora en la contemplación de las cosas celestiales; si no tenemos interés en tratar de conocer a Dios, ningún deleite en contemplar el carácter de Cristo; si la santidad no tiene atractivo para nosotros, podemos estar seguros de que nuestra esperanza del cielo es vana. La perfecta conformidad a la voluntad de Dios es el alto blanco que debe estar constantemente delante del cristiano. El se deleitará en hablar de Dios, de Jesús, del hogar de felicidad y pureza que Cristo ha preparado para los que le aman. La contemplación de estos temas, cuando el alma se regocija en las

bienaventuradas seguridades de Dios, es comparada por el apóstol al goce de “las virtudes del siglo venidero”.

Está por sobrecogernos la lucha final del gran conflicto, cuando con “gran poder y señales y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad”, Satanás obrará para representar falsamente el carácter de Dios, a fin de seducir, “si fuere posible, aun a los escogidos”. Mateo 24:24. Si hubo alguna vez un pueblo que necesitase un aumento constante de la luz del cielo, es el pueblo que, en este tiempo de peligro, Dios llamó a ser depositario de su santa ley y a vindicar su carácter delante del mundo. Aquellos a quienes se confió un cometido tan sagrado deben ser espiritualizados y elevados por las verdades que profesan creer.

El pueblo de Dios avanza a pesar de la duda y el temor

El Señor trata ahora con su pueblo que cree en la verdad presente. Quiere producir resultados portentosos, y mientras que su providencia obra

con ese fin, dice a sus hijos: “¡Marchad!” Es cierto que el camino no está todavía abierto, pero cuando ellos avancen con la fuerza de la fe y el valor, Dios despejará el camino delante de sus ojos. Siempre hay quienes se quejan, como el antiguo Israel, y atribuyen las dificultades de su situación a aquellos a quienes Dios suscitó con el propósito especial de hacer progresar su causa. No alcanzan a ver que Dios los está probando mediante estrecheces, de las cuales sólo su mano puede librarlos.

Hay ocasiones en que la vida cristiana parece rodeada de peligros y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación se figura que le espera una ruina inminente al frente, y detrás, la esclavitud y la muerte. Sin embargo, la voz de Dios habla claramente por sobre todos los desalientos y dice: “¡Marchad!” Debemos obedecer a esta orden, fuere cual fuere el resultado, aun cuando nuestros ojos no puedan penetrar las tinieblas y sintamos las frías olas a nuestros pies.

En una vida dividida y tibia, hallaréis dudas y tinieblas. No podéis gozar los consuelos de la

religión, ni la paz que el mundo da. No os sentéis en el sillón de Satanás para no hacer nada, mas levantaos y esforzaos para alcanzar la elevada norma que es vuestro privilegio alcanzar. Es un bienaventurado privilegio renunciar a todo para Cristo. No miremos la vida de los demás ni la imitemos con el propósito de no elevarnos más alto que ellos. Tenemos tan sólo un Modelo infalible. Lo único seguro es seguir a Cristo. Resolved que si los demás obran con pereza espiritual, los abandonaréis y progresaréis hacia la elevación del carácter cristiano. Formad un carácter para el cielo. No durmáis en vuestro puesto. Obrad con fidelidad y veracidad para con vuestra propia alma.

Capítulo 64

Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote

La correcta comprensión del ministerio del santuario celestial es el fundamento de nuestra fe.

El santuario terrenal fue construído por Moisés conforme al modelo que se le mostró en el monte. “Lo cual es símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentan ofrendas y sacrificios”. Los dos lugares santos eran “figuras de las cosas celestiales”. Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, es el “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. Hebreos 9:9, 23; 8:2. Cuando en visión se le mostró al apóstol Juan el templo de Dios que está en el cielo, vio allí que “delante del trono ardían siete lámparas de fuego”. Apocalipsis 4:5.

Se le permitió al profeta contemplar el lugar santo del santuario celestial; y vio allí “siete

lámparas de fuego ardiendo” y “el altar de oro”, representados por el candelero de oro y el altar del incienso o perfume en el santuario terrenal. Nuevamente, “el templo de Dios fue abierto en el cielo” (Apocalipsis 11:19), y vio el lugar santísimo detrás del velo interior. Allí contempló “el arca de su pacto”, representada por el arca sagrada construida por Moisés para guardar la ley de Dios.

Juan dice que vio el santuario celestial. Aquel santuario, en el cual oficia Jesús en nuestro favor, es el gran original, del cual el santuario construído por Moisés era una copia.

Ningún edificio terrenal podía representar la grandeza y la gloria del templo celestial, la morada del Rey de reyes donde “millares de millares” le sirven y “millones de millones” están delante de él (Daniel 7:10), de aquel templo henchido de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus guardianes resplandecientes, se cubren el rostro en su adoración. Sin embargo, las verdades importantes acerca del santuario celestial y de la gran obra que allí se efectúa en favor de la

redención del hombre debían enseñarse mediante el santuario terrenal y sus servicios.

Después de su ascensión, nuestro Salvador iba a principiar su obra como nuestro Sumo Sacerdote. El apóstol Pablo dice: “No entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. Hebreos 9:24. Como el ministerio de Cristo iba a consistir en dos grandes divisiones, ocupando cada una un período de tiempo y teniendo un sitio distinto en el santuario celestial, asimismo el culto simbólico consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo.

Como Cristo, después de su ascensión, compareció ante la presencia de Dios para ofrecer su sangre en beneficio de los creyentes arrepentidos, así el sacerdote rociaba en el servicio diario la sangre del sacrificio en el lugar santo en favor de los pecadores.

Aunque la sangre de Cristo habría de librar al

pecador arrepentido de la condenación de la ley, no había de anular el pecado; éste queda registrado en el santuario hasta la expiación final; así, en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.

En el gran día del juicio final, los muertos han de ser juzgados “por las cosas que” están “escritas en los libros, según sus obras”. Apocalipsis 20:12. Entonces, en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el símbolo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del día de la expiación, o sea de la purificación del santuario terrenal, la cual se realizaba en virtud de la sangre de la víctima y por la eliminación de los pecados que lo manchaban.

Satanás inventa innumerables medios de distraer nuestras mentes de la obra en que

precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso. Sabe que su éxito estriba en distraer las mentes de Jesús y de su obra.

Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara a todos los que quieran seguirle: “Bástate mi gracia”. 2 Corintios 12:9. “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. Mateo 11:29, 30. Nadie considere, pues, sus defectos como incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote hacía la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas arrepintiéndose de sus pecados y humillándose ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma

manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les queden de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera a todos aquellos que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Esta obra se viene

realizando desde hace muchos años. Pronto—nadie sabe cuándo—les tocará ser juzgados a los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cualquier otro tiempo conviene que toda alma preste atención a la amonestación del Señor: “Velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo”. Marcos 13:33.

Cuando quede concluida la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos para vida o para muerte. El tiempo de gracia terminará poco antes de que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Al mirar hacia ese tiempo, Cristo declara en el Apocalipsis: “¡El que es injusto, sea injusto aún, y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! He aquí, yo vengo presto, y mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra”. Apocalipsis 22:11, 12, VM.

Los justos y los impíos continuarán viviendo en la tierra en su estado mortal, los hombres seguirán

plantando y edificando, comiendo y bebiendo, inconscientes todos ellos de que la decisión final e irrevocable ha sido pronunciada en el santuario celestial.

Inadvertida como ladrón a medianoche, llegará la hora decisiva que fija el destino de cada uno, cuando será retirado definitivamente el ofrecimiento de la gracia que se dirigiera a los culpables.

Capítulo 65

Josué y el Ángel

Si el velo que separa el mundo visible del invisible pudiera alzarse, y los hijos de Dios pudiesen contemplar la gran controversia que se riñe entre Cristo y los ángeles santos y Satanás y sus hues- tes perversas a propósito de la redención del hombre; si pudiesen comprender la admirable obra de Dios para rescatar las almas de la servidumbre del pecado, y el constante ejercicio de su poder para protegerlas de la malicia del maligno, estarían mejor preparadas para resistir los designios de Satanás. Su mente se llenaría de solemnidad en vista de la vasta extensión e importancia del plan de la redención y la magnitud de la obra que tienen delante de sí como colaboradores de Cristo. Quedarían humillados aunque estimulados, sabiendo que todo el cielo se interesa en su salvación.

En la profecía de Zacarías se nos da una muy vigorosa e impresionante ilustración de la obra de

Satanás y de la de Cristo, y del poder de nuestro Mediador para vencer al acusador de su pueblo. En santa visión, el profeta contempla a Josué, el sumo sacerdote, “vestido de vestiduras viles”, de pie “delante del ángel” (Zacarías 3:3), suplicando la misericordia de Dios en favor de su pueblo profundamente afligido. Satanás está a su diestra para resistirle.

El sumo sacerdote no puede defenderse a sí mismo ni a su pueblo de las acusaciones de Satanás. No sostiene que Israel esté libre de culpas. En sus andrajos sucios, que simbolizan los pecados del pueblo, que él lleva como su representante, está delante del ángel, confesando su culpa, señalando, sin embargo, su arrepentimiento y humillación, fiando en la misericordia de un Redentor que perdona el pecado; y con fe se aferra a las promesas de Dios.

Entonces el ángel, que es Cristo mismo, el Salvador de los pecadores, hace callar al acusador de su pueblo, declarando: “Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha escogido a Jerusalén te

reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?” Zacarías 3:2.

Al ser aceptada la intercesión de Josué, se da la orden: “Quitadle esas vestiduras viles”, y a Josué el ángel declara: “Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala”. “Y pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas”. Zacarías 3:4, 5. Sus propios pecados y los de su pueblo fueron perdonados. Israel había de ser revestido con “ropas de gala”, la justicia de Cristo que le era imputada.

Así como Satanás acusaba a Josué y su pueblo, en todas las edades ha acusado a aquellos que buscan la misericordia y el favor de Dios. En el Apocalipsis, se le declara ser “el acusador de nuestros hermanos”, “el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”. Apocalipsis 12:10. La controversia se repite acerca de cada alma rescatada del poder del mal, y cuyo nombre se registra en el libro de la vida del Cordero. Nunca se recibe a alguno de la familia de Satanás en la familia de Dios sin que ello excite la resuelta

resistencia del maligno. Las acusaciones de Satanás contra aquellos que buscan al Señor no son provocadas por el desagrado que le causen sus pecados. Su carácter deficiente le causa regocijo. Únicamente por el hecho de que violan la ley de Dios puede él dominarlos. Sus acusaciones provienen solamente de su enemistad hacia Cristo. Por el plan de salvación, Jesús está quebrantando el dominio de Satanás sobre la familia humana, y rescatando almas de su poder. Todo el odio y la malicia del jefe de los rebeldes se encienden cuando contempla la evidencia de la supremacía de Cristo, y con poder y astucia infernales trabaja para arrebatarle el residuo de los hijos de los hombres que han aceptado su salvación.

Induce a los hombres al escepticismo, haciéndoles perder la confianza en Dios y separarse de su amor; los induce a violar su ley, luego los reclama como cautivos suyos y disputa el derecho de Cristo a arrebatárselos. Sabe que aquellos que buscan a Dios fervientemente para alcanzar perdón y paz, los obtendrán; por lo tanto les recuerda sus pecados para desanimarlos. Constantemente busca

ocasión de acusar a aquellos que procuran obedecer a Dios. Trata de hacer aparecer como corrompido aun su servicio mejor y más aceptable. Mediante incontables designios muy sutiles y crueles, intenta obtener su condenación.

El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones. Con sus ropas manchadas de pecado, confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence al acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios, aun hasta la muerte de cruz, le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable. Al acusador de sus hijos declara: "¡Jehová te reprenda, oh Satanás! Estos son la compra de mi sangre, tizones arrancados del fuego". Y los que confían en él con fe reciben la consoladora promesa: "Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala".

Zacarías 3:4.

Todos los que se hayan revestido del manto de la justicia de Cristo subsistirán delante de él como escogidos fieles y veraces. Satanás no puede arrancarlos de la mano de Cristo. Cristo no dejará que una sola alma que con arrepentimiento y fe haya pedido su protección, caiga bajo el poder del enemigo. Su Palabra declara: “¿O forzará alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; si haga paz conmigo”. Isaías 27:5. La promesa hecha a Josué es hecha a todos: “Si guardares mi ordenanza... entre éstos que aquí están te daré lugar”. Zacarías 3:7. Los ángeles de Dios irán a cada lado de ellos, aun en este mundo, y ellos estarán al fin entre los ángeles que rodean el trono de Dios.

El hecho de que los hijos reconocidos de Dios están representados como de pie delante del Señor con ropas inmundas debe inducir a todos los que profesan su nombre a sentir humildad y a escudriñar profundamente su corazón. Los que están de veras purificando su alma y obedeciendo la verdad, tendrán una muy humilde opinión de sí

mismos. Cuanto más de cerca vean el carácter sin mancha de Cristo, mayor será su deseo de ser transformados a su imagen y menos pureza y santidad verán en sí mismos. Pero aunque debemos comprender nuestra situación pecaminosa, debemos fiar en Cristo como nuestra justicia, nuestra santificación y redención. No podemos contestar las acusaciones de Satanás contra nosotros. Cristo solo puede presentar una intercesión eficaz en nuestro favor. El pue- de hacer callar al acusador con argumentos que no están basados en nuestros méritos, sino en los suyos.

La iglesia remanente

La visión de Zacarías con referencia a Josué y el ángel se aplica con fuerza peculiar a la experiencia del pueblo de Dios durante la terminación del gran día de expiación. La iglesia remanente será puesta en grave prueba y angustia. Los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús sentirán la ira del dragón y de su hueste. Satanás considera a los habitantes del mundo

súbditos suyos; ha obtenido el dominio de las iglesias apóstatas; pero ahí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. Si él pudiese borrarlo de la tierra, su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyesen a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios. Todo lo que se requerirá será que se rinda obediencia a los edictos humanos en violación de la ley divina. Los que quieran ser fieles a Dios y al deber serán amenazados, denunciados y proscritos. Serán traicionados por “padres, y hermanos, y parientes, y amigos”. Lucas 21:16.

Su única esperanza se cifra en la misericordia de Dios; su única defensa será la oración. Como Josué intercedía delante del ángel, la iglesia remanente, con corazón quebrantado y fe ferviente, suplicará perdón y liberación por medio de Jesús su Abogado. Sus miembros serán completamente conscientes del carácter pecaminoso de sus vidas, verán su debilidad e indignidad, y mientras se miren a sí mismos, estarán por desesperar. El tentador estará listo para acusarlos, como estaba

listo para resistir a Josué. Señalará sus vestiduras sucias, su carácter deficiente. Presentará su debilidad e insensatez, su pecado de ingratitud, cuán poco semejantes a Cristo son, lo cual ha deshonrado a su Redentor. Se esforzará para espantar las almas con el pensamiento de que su caso es desesperado, de que nunca se podrá lavar la mancha de su contaminación. Esperará destruir de tal manera su fe que se entreguen a sus tentaciones, se desvíen de su fidelidad a Dios, y reciban la marca de la bestia.

Satanás insiste delante de Dios en sus acusaciones contra ellos, declara que por sus pecados han perdido el derecho a la protección divina y reclama el derecho de destruirlos como transgresores. Los declara tan merecedores como él mismo de ser excluidos del favor de Dios. “¿Son éstos—dice—, los que han de tomar mi lugar en el cielo, y el lugar de los ángeles que se unieron conmigo? Mientras profesar obedecer la ley de Dios, ¿han guardado sus preceptos? ¿No han sido amadores de sí mismos más que de Dios? ¿No han puesto sus propios intereses antes que su servicio?

¿No han amado las cosas del mundo? Mira los pecados que han señalado su vida. Contempla su egoísmo, su malicia, su odio mutuo".

Los hijos de Dios han sido muy deficientes en muchos respectos. Satanás tiene un conocimiento exacto de los pecados que él los indujo a cometer, y los presenta de la manera más exagerada, declarando: "¿Me desterrará Dios a mí y a mis ángeles de su presencia, y, sin embargo, recompensará a aquellos que han sido culpables de los mismos pecados? Tú no puedes hacer esto, con justicia, oh Señor. Tu trono no subsistirá en rectitud y juicio. La justicia exige que se pronuncie sentencia contra ellos".

Pero aunque los seguidores de Cristo han pecado, no se han entregado al dominio del mal. Han puesto a un lado sus pecados, han buscado al Señor con humildad y contrición y el Abogado divino intercede en su favor. El que ha sido el más ultrajado por su ingratitud, el que conoce sus pecados y también su arrepentimiento, declara: "Jehová te reprenda, oh Satán! Yo di mi vida por

estas almas. Están esculpidas en las palmas de mis manos”.

Cubiertos con el manto de la justicia de Cristo

Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: “Quitadle esas vestiduras viles”, y se pronuncian las alentadoras palabras: “Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala”. Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo. Sus nombres permanecen en el libro de la vida del Cordero, registrados entre los fieles de todos los siglos. Han resistido los lazos del engañador; no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador. Sus pecados han sido transferidos al originador de ellos.

Y ese residuo no sólo es perdonado y aceptado, sino honrado. Una “mitra limpia” es puesta sobre su cabeza. Han de ser reyes y sacerdotes para Dios. Mientras Satanás estaba insistiendo en sus acusaciones y tratando de destruir esta hueste, los ángeles santos, invisibles, iban de un lado a otro poniendo sobre ellos el sello del Dios viviente. Ellos han de estar sobre el monte de Sión con el Cordero, teniendo el nombre del Padre escrito en sus frentes. Cantan el nuevo himno delante del trono, ese himno que nadie puede aprender sino los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de la tierra. “Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallado engaño, pues son sin mancha delante del trono de Dios”. Apocalipsis 14:4, 5.

Capítulo 66

“He aquí yo vengo pronto”

Hace poco, durante la noche, El Espíritu Santo me impresionó con el pensamiento de que si el Señor ha de venir tan pronto como nosotros creemos que lo hará, deberíamos ser más activos aún de lo que hemos sido en los años pasados en la tarea de presentar la verdad a la gente.

En relación con esto rememoré las actividades de los creyentes adventistas de los años 1843 y 1844. En aquella época se realizaban muchas visitas de casa en casa y se efectuaban esfuerzos incansables para advertir a la gente acerca de lo que se dice en la Palabra de Dios. Deberíamos desplegar un esfuerzo mayor aún del que realizaban los que proclamaron tan fielmente el mensaje del primer ángel. Nos aproximamos rápidamente al fin de la historia terrena, y al comprender que Jesús en realidad está por venir debemos ponernos de pie y trabajar como no lo hemos hecho nunca antes. Se nos pide que

hagamos resonar la alarma ante la gente. Y debemos mostrar en nuestras propias vidas el poder de la verdad y la justicia. El mundo ha de encontrarse pronto con el gran Legislador para dar cuenta de su transgresión de la ley. Únicamente los que se apartan de la transgresión y aceptan obedecer pueden esperar perdón y paz.

¡Cuánto bien podría realizarse si todos los que tienen la verdad, la Palabra de vida, trabajaran por el esclarecimiento de los que no la poseen! Cuando los samaritanos acudieron a Cristo en respuesta a la invitación de la mujer samaritana, Cristo los comparó, al hablar con los discípulos, a un campo de trigo listo para la siega. Les dijo: "¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega". Juan 4:35. Cristo permaneció dos días con los samaritanos, porque estaban hambrientos de oír la verdad. ¡Y fueron días ocupadísimos! Como resultado, "creyeron muchos más por la palabra de él". Juan 4:41. Este fue su testimonio: "Nosotros mismos hemos oído, y sabemos que

verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo”. Juan 4:42.

Vuestra redención se acerca

Mientras oigo noticias de las terribles calamidades que de se- mana en semana están ocurriendo, me pregunto: ¿Qué significan estas cosas? Los desastres más espantosos se están produciendo uno tras otro en rápida sucesión. ¡Con cuánta frecuencia oímos hablar de terremotos y tornados, de destrucción por incendio e inundación, con gran pérdida de vidas y propiedades! Aparentemente estas calamidades son estallidos caprichosos de fuerzas que se dirían desorganizadas y no reguladas, pero en ellas se puede leer el propósito de Dios. Son algunos de los medios por los cuales procura despertar a hombres y mujeres y hacerles sentir su peligro.

La venida de Cristo está más cerca que cuando por primera vez creímos. Se acerca el fin de la gran controversia. Los juicios de Dios están en la tierra. Hablan en solemne amonestación diciendo:

“También vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis”. Mateo 24:44.

Pero en nuestras iglesias son muchísimos los que saben muy poco del verdadero significado de la verdad para este tiempo. Les ruego que no desprecien el cumplimiento de las señales de los tiempos, que con tanta claridad indican que el fin se acerca. ¡Oh, cuántos de los que no han procurado la salvación de su alma se lamentarán pronto acerbamente: “Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos”. Jeremías 8:20.

Estamos viviendo en medio de las escenas finales de la historia de esta tierra. Las profecías se están cumpliendo rápidamente. Están transcurriendo velozmente las horas del tiempo de gracia. No tenemos tiempo que perder, ni un momento. No seamos hallados durmiendo en la guardia. Nadie diga en su corazón o por sus obras: “Mi Señor se tarda en venir”. Resuene el mensaje del pronto regreso de Cristo en fervientes palabras

de advertencia. Persuadamos a hombres y mujeres por doquiera a arrepentirse y huir de la ira venidera. Despertémoslos para que se preparen inmediatamente; porque muy poco sabemos de lo que nos espera. Salgan los ministros y los miembros laicos a los campos que maduran para decir a los des preocupados e indiferentes que busquen al Señor mientras puede ser hallado. Los obreros hallarán su mies dondequiera que proclamen las verdades olvidadas de la Biblia. Hallarán quienes aceptarán la verdad y dedicarán su vida a ganar almas para Cristo.

El Señor va a venir pronto, y debemos estar preparados para recibirle en paz. Resolvamos hacer todo lo que está en nuestro poder para impartir luz a los que nos rodean. No debemos estar tristes, sino alegres, y recordar siempre al Señor Jesús. El va a venir pronto, y debemos estar listos y aguardar su aparición. ¡Oh, cuán glorioso será verle y recibir la bienvenida como sus redimidos! Largo tiempo hemos aguardado; pero nuestra esperanza no debe debilitarse. Si tan sólo podemos ver al Rey en su hermosura, seremos bienaventurados para siempre.

Me siento inducida a clamar con gran voz: “¡Vamos rumbo a la patria!” Nos estamos acercando al tiempo en que Cristo vendrá con poder y grande gloria a llevar a sus redimidos a su hogar eterno.

En la gran obra final encontraremos perplejidades que no sabremos resolver; pero no olvidemos que las tres grandes potestades del cielo están obrando, que una mano divina está sobre el timón y que Dios cumplirá sus promesas. El reunirá de todas partes del mundo un pueblo que le servirá en justicia.

La promesa de la victoria

Oro fervorosamente para que la obra que hacemos en este tiempo penetre profundamente en el corazón, la mente y el alma. Las perplejidades aumentarán, pero como creyentes en Dios animémonos unos a otros. No bajemos el estandarte, sino mantengámoslo ondeando en alto mientras contemplamos a Aquel que es el Autor y Consumador de nuestra fe. Cuando no puedo

conciliar el sueño elevo mi corazón en oración a Dios, y él me fortalece y me da la seguridad de que permanece con sus siervos ministradores aquí en este país y en los países distantes. Me siento animada y bendecida al comprender que el Dios de Israel sigue conduciendo a su pueblo y que continuará con él hasta el fin.

El Señor desea que la obra de la proclamación del mensaje del tercer ángel sea llevada a cabo con una eficiencia cada vez mayor. Así como ha obrado en todas las épocas para dar victorias a su pueblo, también desea llevar en este tiempo a una triunfante culminación sus propósitos para la iglesia. Pide que sus santos creyentes avancen unidos, que su poder aumente progresivamente, que de la fe pasen a una mayor seguridad y confianza en la verdad y la justicia de su causa.

Debemos permanecer firmes como una roca en lo que respecta a los principios de la Palabra de Dios, y recordar que Dios está con nosotros para proporcionarnos poder a fin de enfrentar cada nueva experiencia. Mantengamos siempre en

nuestras vidas los principios de la justicia para que progresemos en fortaleza en el nombre del Señor. Debemos retener como algo sacratísimo la fe que ha sido establecida por la instrucción y la aprobación del Espíritu de Dios desde nuestra experiencia más temprana hasta el momento actual. Debemos considerar como algo preciosísimo la obra que el Señor ha estado realizando por medio de su pueblo que guarda sus mandamientos, la cual, mediante el poder de su gracia, llegará a ser más fuerte y más eficiente a medida que el tiempo avanza. El enemigo está procurando oscurecer el discernimiento del pueblo de Dios y debilitar su eficacia, pero si sus miembros trabajan siguiendo las directivas del Espíritu de Dios, él abrirá puertas de oportunidad delante de ellos para realizar la obra de edificar las ruinas antiguas. Su experiencia consistirá en un crecimiento constante, hasta que el Señor descienda del cielo con poder y gran gloria para poner sobre sus fieles el sello del triunfo final.

La obra que tenemos delante es de tal naturaleza que exigirá la acción de todas las facultades del ser humano. Requerirá el ejercicio

de una fe poderosa y una vigilancia constante. Las dificultades que enfrentaremos a veces serán sumamente desalentadoras. La magnitud misma de la tarea nos consternará. Y sin embargo, sus siervos triunfarán finalmente porque cuentan con la ayuda de Dios. “Por lo cual—hermanos míos—pido que no desmayéis” (Efesios 3:13) a causa de las experiencias angustiosas que os esperan. Jesús estará con vosotros; irá delante de vosotros mediante su Espíritu Santo para preparar el camino; y él será vuestro ayudador en toda emergencia.

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén”. Efesios 3:20, 21.

He quedado profundamente impresionada por ciertas escenas que contemplé durante la noche. Parecía efectuarse un gran movimiento, una obra de reavivamiento, en muchos lugares. Nuestro

pueblo se alistaba y respondía al llamamiento de Dios. Hermanos míos, el Señor nos está hablando. ¿No escucharemos su voz? ¿No aprestaremos nuestras lámparas y obraremos como hombres que esperan la venida del Señor? El tiempo en que vivimos exige que se haga brillar la luz y que se pongan las manos a la obra.

Hermanos, “yo pues... os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Efesios 4:1-3.

La recompensa de los fieles

Mi hermano, mi hermana, os ruego que os preparéis para la venida de Cristo en las nubes de los cielos. Día tras día, desechad de vuestro corazón el amor al mundo. Comprended por experiencia lo que significa tener comunión con Cristo. Preparaos para el juicio, para que cuando Cristo venga para ser admirado por todos los que

creen, podáis estar entre aquellos que le recibirán en paz. En aquel día los redimidos resplandecerán en la gloria del Padre y del Hijo. Tocando sus arpas de oro, los ángeles darán la bienvenida al Rey y a los trofeos de su victoria: los que fueron lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero. Se elevará un canto de triunfo que llenará todo el cielo. Cristo habrá vencido. Entrará en los atrios celestiales acompañado por sus redimidos, testimonios de que su misión de sufrimiento y sacrificio no fue en vano.

La resurrección y la ascensión de nuestro Señor constituyen una evidencia segura del triunfo de los santos de Dios sobre la muerte y el sepulcro, y una garantía de que el cielo está abierto para quienes lavan las vestiduras de su carácter y las emblanquecen en la sangre del Cordero. Jesús ascendió al Padre como representante de la familia humana, y allí llevará Dios a los que reflejan su imagen para que contemplen su gloria y participen de ella con él.

Hay mansiones para los peregrinos de la tierra.

Hay vestiduras, coronas de gloria y palmas de victoria para los justos. Todo lo que nos dejó perplejos en las providencias de Dios quedará aclarado en el mundo venidero. Las cosas difíciles de entender hallarán entonces su explicación. Los misterios de la gracia nos serán revelados. Donde nuestras mentes finitas discernían solamente confusión y promesas quebrantadas, veremos la más perfecta y hermosa armonía. Sabremos que el amor infinito ordenó los incidentes que nos parecieron más penosos. A medida que comprendemos el tierno cuidado de Aquel que hace que todas las cosas obren conjuntamente para nuestro bien, nos regocijaremos con gozo inefable y rebosante de gloria.

No puede haber dolor en la atmósfera del cielo. En el hogar de los redimidos no habrá lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni indicios de luto. “No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad”. Isaías 33:24. Nos invadirá una grandiosa ola de felicidad que irá ahondándose a medida que transcurra la eternidad.

No transcurrirá mucho tiempo antes de que veamos a Aquel en quien ciframos nuestras esperanzas de vida eterna. Y en su presencia todas las pruebas y sufrimientos de esta vida serán como nada. “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”. Hebreos 10:35-37. Alzad los ojos, sí, alzad los ojos, y permitid que vuestra fe aumente de continuo. Dejad que esta fe os guíe a lo largo de la senda estrecha que, pasando por las puertas de la ciudad de Dios, nos lleva al gran más allá, al amplio e ilimitado futuro de gloria destinado a los redimidos. “Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca”. Santiago 5:7, 8.

“Aún no se ha manifestado lo que hemos de

ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es". 1 Juan 3:2.

Cristo contemplará entonces su recompensa en los resultados de su obra. En aquella gran multitud que nadie podrá contar, presentada "irreprensible delante de la presencia de su gloria con gozo extremado". Aquel cuya sangre nos ha redimido y cuya vida ha sido para nosotros una enseñanza, "verá el fruto del trabajo de su alma, y quedará satisfecho".

Confiadas palabras de ánimo y despedida

No espero vivir mucho. Mi obra está casi terminada... No creo que tendré ya más Testimonios para nuestro pueblo. Nuestros hombres de mente sólida saben lo que es bueno para la elevación y la edificación de la obra, pero con el amor de Dios en su corazón necesitan penetrar más profundamente en el estudio de las cosas de Dios.

Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ¡Alabemos a Dios! Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer del futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada.